LIBROS DE ANTAÑO
nuevamente dados á luz
por varios aficionados

III



CORTESANO

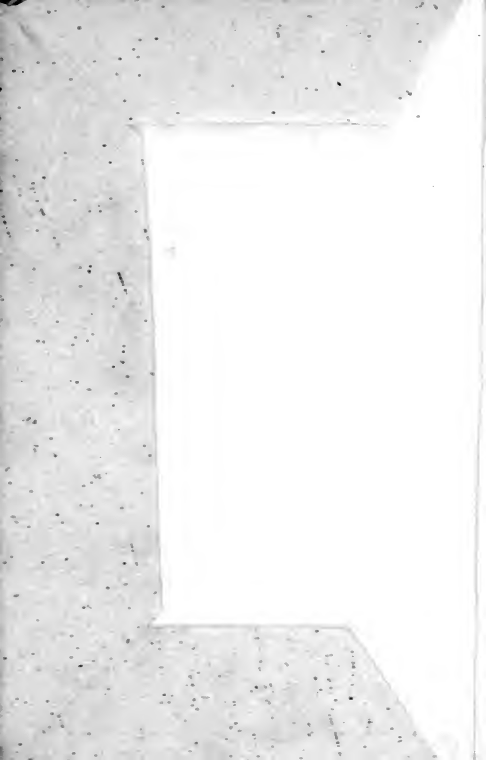
BALTASAR [illegible]

ANTONIO [illegible]

MADRID

LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS
— ALFONSO DURÁN —
C.ra de S. Jerónimo, 2

1873



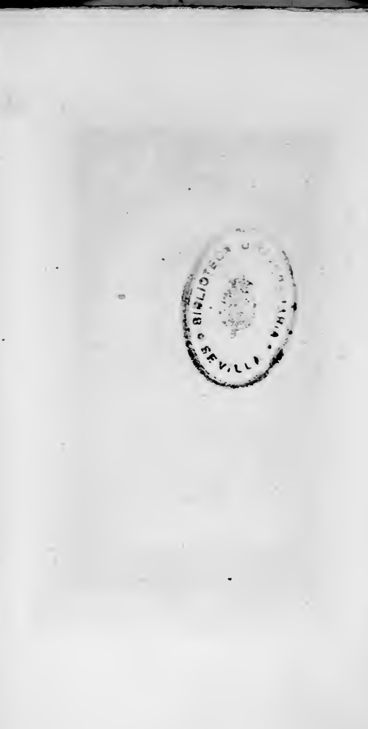





LIBROS
DE
ANTAÑO
nuevamente dados a luz
por
varios aficionados
TOMO III

Sr. D. Juan José Bueno.

MADRID, 1873.—IMPRENTA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.


BIBLIOTECA



A. [illegible] del. sculp — Imp A. Salmon, Paris

LOS CUATRO LIBROS

DEL

CORTESANO,

COMPUESTOS EN ITALIANO

POR EL CONDE BALTASAR CASTELLON,

y agora
nuevamente traduzidos en lengua castellana

POR BOSCAN

EDICION DIRIGIDA

POR D. ANTONIO MARÍA FABIÉ



MADRID
LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS
— ALFONSO DURÁN —
C.ra de S. Jerónimo, 2

M DCCC LXXIII



PRÓLOGO

DE LA PRESENTE EDICION

UNA persona, cuya competencia y gusto en materias literarias son de todos reconocidos, concibió la idea de que se volviese á dar á la estampa la traduccion de *El Cortesano*, del Conde Baltasar de Castellon, hecha por nuestro famoso Boscan, al principio del segundo tercio del siglo décimosexto. La idea fué aceptada, pues era feliz y oportunísima, por cuantos tenemos alguna parte en la publicacion de los *Libros de Antaño*, porque el mérito de esta version es tan grande y fué tan conocido, áun desde ántes de salir á luz, como lo prueba el testimonio de Garcilaso, de Ambrosio de Morales y de cuantos despues de ellos han tratado de esta obra; la cual, sin embargo, hace

cerca de tres siglos que se imprimió por última vez en el extranjero, y trescientos cuatro años que no la reproducen las prensas españolas.

Las ocupaciones que, cuando se dió principio á esta edicion, tenía la persona á quien aludo, que es mi particular amigo el erudito é insigne académico D. Juan Valera, han causado al público la extorsion de ser yo quien me haya encargado de dirigirla, lo cual hubiera él hecho con aquella ventaja que le dan su profundo saber, su exquisito gusto y su conocimiento profundo de nuestra lengua, que maneja tal vez como ningun otro contemporáneo. Falto yo de estas dotes, he procurado suplirlas en algun modo con mi diligencia, seguro, no obstante, de que todos mis esfuerzos no han de bastar á que se disminuya el sentimiento de los curiosos y de los amantes de nuestras letras, porque no sea el Sr. Valera quien haya desempeñado el trabajo, que, no con poca fatiga, he llevado á término.

El dar á luz nuevamente *El Cortesano*, en una época en que los adelantos de la crítica literaria y de la crítica histórica son tan considerables, debia ser ocasion para escribir el largo estudio á que, por su fondo y por las relevantes calidades de la version de Boscan, se presta este libro. Sin embargo, los límites en que tengo que encerrarme, más todavía que mi incompetencia, con ser tan grande, me vedan intentarlo, debiéndome

ceñir á las indicaciones más sucintas acerca de una obra que por su autor y por su traductor tiene, así en Italia como en España, una importancia no sólo literaria, sino científica, que no es posible exagerar por mucho que se encarezca.

Aunque escrito *El Cortesano* algunos años ántes, fué impreso la primera vez en Venecia, por los famosos Aldos, en el de 1528, es decir, cuando todavía estaba en su mayor apogeo ese primer instante de la civilizacion moderna, á que no sin razon se ha dado el nombre de Renacimiento; porque en él aparecen y se muestran con inusitado vigor, las fuerzas del espíritu aplicadas á todas las esferas de la vida humana; movimiento notable y fecundísimo, debido á várias causas, pero muy principalmente al descubrimiento de obras importantísimas del saber antiguo en los diferentes ramos de las ciencias y de las artes, y al afan con que se dedicaron á su estudio los más esclarecidos ingenios de Italia, siguiéndose su ejemplo en las otras naciones de Europa.

No se puede decir que este suceso aconteció de un modo insólito y por alguna circunstancia fortuita; várias contribuyeron á que se produjese, y su desarrollo ocupó un largo período de tiempo. Ni áun en las épocas más sombrías de la Edad Media se habia extinguido por completo la luz del saber, que con resplandores más ó ménos intensos brilló en las naciones occidentales, ahora lla-

madas con gran propiedad latinas, porque habian servido de teatro á la gran civilizacion grecoromana. El espíritu que la animó y los conocimientos que logró atesorar no se hundieron del todo en el abismo por las grandes catástrofes que pusieron término al poder romano. Si se analizan y examinan con atencion los hechos, verémos que no hay verdadera interrupcion en las tradiciones científicas, por más que existan, en este como en los demas aspectos de la actividad humana, períodos de profundísima decadencia. Boecio y Casiodoro conservan las reliquias del saber antiguo en medio de la perturbacion que causan las invasiones germánicas en el Occidente; cuando ya se ha formado en nuestra península una nacion nueva, producto de la fusion de los elementos romano y bárbaro, San Isidoro salva en sus *Etimologías* lo más esencial de la ciencia clásica; y poco despues las escuelas de Córdoba y de Toledo elaboran los elementos de la ciencia griega, traidos á la civilizacion universal por diferente conducto, pues es sabido que los árabes y judíos que florecieron en esas escuelas, así como en las de Oriente, Ibn Sina, Ibn Tofail y los más famosos y conocidos Ibn-Rochd, ó Averoes, y Maimonides, fueron, ó mejor dicho, pretendieron ser principalmente expositores y comentadores de Aristóteles.

Prescindiendo de este desarrollo de la ciencia,

en várias naciones de Europa y casi al mismo tiempo tiene lugar otro en cierta manera análogo, pues se presenta tambien como una resurreccion del saber de los antiguos, y áun de su organizacion social y política. Cuando Carlomagno intentó rehacer el imperio romano, entre las demas instituciones que pretendió crear, no fué la ménos importante la escuela establecida en su propio palacio, donde expuso las doctrinas platónicas de Plotino el famoso Scoto Erigenes, que áun en aquel período tenebroso, poseia el idioma en que Homero y Aristóteles escribieron sus obras inmortales. No correspondieron aquellos esfuerzos á los propósitos de su iniciador, pero en el órden científico el impulso dado no se extinguió completamente, y despues de algunos años fué la *escolástica* su fecundo y maravilloso resultado; doctrina científica cuyo carácter esencialmente cristiano y cuyo fin y tendencias religiosas no fueron obstáculo á que todos sus ilustres representantes aceptáran, en lo que á la ciencia humana se refiere, la autoridad de los filósofos antiguos, y especialmente la de Aristóteles, cuya preponderancia llegó á convertirse en verdadera tiranía.

Sacudir el yugo de esta tiranía en todo linaje de estudios parece que fué el principal objeto del Renacimiento, y no podia haber para lograrlo medio más eficaz y seguro que oponer á las in-

terpretaciones convencionales de los antiguos filósofos, que ya habian adquirido la autoridad de dogmas científicos, los textos auténticos y originales de sus obras; esta tendencia empezó á manifestarse en Italia y luégo en los demas pueblos de Europa desde el siglo XIV, produciendo un movimiento espontáneo y fecundo que en aquella nacion y en el órden literario representan Dante, el Petrarca y Boccacio, y que en España tiene grandísimo eco, siguiendo á esos escritores más ó ménos fielmente Juan de Mena, el famoso Marqués D. Iñigo Lopez de Mendoza y el arzobispo de Búrgos D. Alfonso de Cartagena ó de Santa María, en el siglo XV. Lo mismo en Italia que en España el afan de estudiar y de traducir los libros clásicos fué tan grande, que el número de versiones que por entónces se hicieron de las obras griegas y latinas, que á la sazon se conocian, á las lenguas romances, es copiosísimo, empleándose una actividad prodigiosa en la busqueda y descubrimiento de antiguos códices.

La conquista de Constantinopla por los turcos fortaleció esas aspiraciones, facilitando el conocimiento de la lengua y de la literatura griegas que ya habian hecho en cierta manera revivir algunos prelados que acudieron con el Emperador Juan Paleólogo al concilio de Florencia. Brillan en el siglo XV como descubridores de los tesoros literarios de la antigüedad Guarin de Ve-

rona, Gaspar de Verona y Poggio Bracciolini; y en aquella época empiezan tambien á intimarse las relaciones literarias de España y de Italia, á donde fueron para asistir á los concilios de Constanza y Basilea, entre otros, D. Diego Gomez de Fuensalida, obispo de Zamora, D. Gonzalo García de Santa María, D. Juan de Silva, D. Alvaro de Isorna, obispo de Cuenca, siendo el más notable y famoso de todos estos egregios castellanos Don Alonso de Cartagena, ántes nombrado. En tan claros ingenios no pudo ménos de causar profunda impresion aquella grande actividad literaria, despertando su admiracion y entusiasmo los maravillosos descubrimientos literarios que por entónces se hacian. Desde aquel tiempo y por muchos años la comunion intelectual entre España é Italia fué estrechísima, habiendo contribuido eficazmente á fortalecerla el establecimiento en el trono de Nápoles de la dinastía aragonesa, que en aquel tiempo era una rama de la de Castilla. Alonso V, hijo del gran D. Fernando el de Antequera, elevado al trono de Aragon por el compromiso de Caspe, era uno de aquellos infantes de Aragon, de que habla en sus famosas coplas Jorge Manrique, y el amor de este príncipe, tan turbulento en Castilla como glorioso en Italia, á las letras y á las ciencias fué tan grande y es tan conocido que no es menester probarlo.

Unidas más tarde las coronas de Aragon y de

Castilla por el feliz enlace de D. Fernando y de Doña Isabel, y poseedor el primero del reino de Nápoles, Italia fué el teatro de las glorias españolas, y la comunicacion entre los ingenios de ambas naciones cada vez más íntima, hasta el punto de que italianos y españoles aparecen, no obstante las vicisitudes de las guerras y de la política, como hijos de una misma patria. Al finalizar el siglo XV y principiar el siguiente, en el órden literario, reina entre ambos pueblos una admirable semejanza; el Renacimiento clásico domina en ambas penínsulas, y en el mismo período florecen en Italia Beroaldo, Jorge Merula y Demetrio Chalcondilas, y en España Nebrija y Barbosa, profundos conocedores de los idiomas griego y latino; y así en una como en otra nacion se desarrolló de tal manera el conocimiento de este último idioma y su uso entre los eruditos, que la mayor parte de ellos lo emplearon en las obras en prosa y verso á que daban mayor importancia, y en que ponian mayor esmero.

No se abandonaba, sin embargo, por completo el estudio de las lenguas vulgares que tantos escritores habian ya ilustrado, porque no era posible que cayesen en olvido idiomas que habian ennoblecido D. Alonso X, Juan de Mena y tantos otros en nuestra patria, y en Italia ingenios tan profundos como Dante y Petrarca, ó tan agudos como Boccacio. Así es que al empezar el siglo XVI culti-

van la prosa y la poesía italiana Navajero, Bembo y Castellon, á más del Tasso y de Ariosto, y escriben en el habla de Castilla, Pulgar, el cura de los Palacios, Juan del Encina y otros egregios escritores.

Las glorias de España llegan á su más alto punto en el reinado de Cárlos I de España, quien logra tener bajo su cetro todos los reinos en que ántes estuvo dividida la península, ménos el de Portugal, y que extiende su dominacion á la mayor parte de Italia, sin contar con los estados que constituian el imperio germánico, y con los inmensos territorios que iban agregando á la corona de Castilla los heroicos caudillos, que, con tan pocos medios como grandísimo valor y pericia, conquistaban y sometian el continente nuevamente descubierto por la grandeza de ánimo de la Reina Católica.

Los estados independientes de Italia, así la aristocrática y poderosa república de Venecia como los duques de Florencia y los Pontífices, se apresuraban á tratar paces con el César siempre que sus victorias parecian extender y fortificar su inmenso poder, sin perjuicio de confederarse contra él con los francesss ó con cualquier otra nacion, si por este medio creian que habian de lograr poner coto al predominio de España, la cual fué sin duda por entónces un gran peligro para la independencia de todos los pueblos de Europa. Estas

circunstancias fueron parte á que, ademas del contínuo roce de los españoles y de los italianos con motivo de las guerras y de la posesion legal y pacífica de ciertos estados de Italia, la venida á España de embajadores y nuncios de los estados independientes estableciera entre ambos pueblos nuevos medios de comunicacion intelectual, y á que Italia, más adelantada en las ciencias y en las artes, ejerciera en España poderosa y decisiva influencia.

Aun no habian alcanzado las armas españolas la señalada victoria de Pavía, que hizo por entónces incontrastable nuestro poder en Italia y en el resto de Europa, cuando ya el Papa Clemente VII habia enviado á España por apoderado y representante suyo al Conde Baltasar Castellon, fiando á su prudencia, á su talento y al poderoso atractivo de su elegante persona, el captarse la voluntad del César, haciéndole olvidar las señales de desafecto, y áun de enemiga, que le habia mostrado. Mas arteros todavía los venecianos, detuvieron con diversos pretextos á sus embajadores; pero conocido el triunfo de las armas españolas y la prision del rey Francisco, fué tan rápido su viaje á España despues de este suceso como perezoso y lento habia sido miéntras atravesaban la Italia.

El 11 de Febrero de 1525 entró en Madrid el Conde Castellon, y el 25 de Abril del mismo año

arribaba Andres Navajero, con su colega, al puerto de Palamós; de aquí pasó á Barcelona y luégo á Zaragoza, llegando á Toledo, residencia entónces del Emperador, el 11 de Mayo siguiente, donde ya debia estar Castellon, pues pocos dias despues (el 16 de Junio) escribe, desde la imperial ciudad, á la Condesa de Somomaglia. Aunque no tengo de ello pruebas directas, es evidente que estos dos insignes escritores y sabios italianos debieron conocer y tratar en la córte del Emperador á las dos personas que iniciaron de nuevo la reforma italiana en nuestra literatura, contribuyendo poderosamente al renacimiento español que produjo nuestros prosistas y poetas clásicos del siglo XVI. Claro es que aquí aludo á Boscan y á Garcilaso, el primero de los cuales era por entónces ayo del que alcanzó luégo el renombre de gran Duque de Alba, y el segundo moraba sin duda en aquella ciudad que fué su patria, no habiendo salido aún á las guerras de África, de Italia y Francia, donde perdió gloriosamente la vida.

El trato de estos ingenios, que se prolongó durante algunos meses, debió ser íntimo, no sólo porque todos ellos asistian de contínuo en la córte del Emperador, por razon de sus cargos, ó por su jerarquía social, sino por aquel afecto que siempre produce entre los hombres la identidad de gustos, y más que ninguna otra causa, el amor

á las ciencias y á las letras. El embajador Castellon, á pesar de haber sido hombre de guerra en su mocedad y de haberse dedicado luégo á los asuntos políticos y diplomáticos, no abandonó jamas el cultivo de las ciencias y de las artes, como resulta de las siguientes noticias de su vida.

Nació el autor de *El Cortesano* el 6 de Diciembre de 1478 en Casático, alquería perteneciente á su familia en el Mantuano. Su padre, de noble estirpe, estaba emparentado con los soberanos de aquel estado mediante su casamiento con una Gonzaga. Baltasar estudió en Milan, donde fué su maestro de latin Jorge Mérula, y de griego Demetrio Chalcondilas, habiendo perfeccionado su educacion literaria con Beroaldo el Antiguo. Sirvió Castellon como soldado primero al duque de Milan Luis Sforcia, mas habiendo los franceses conquistado el territorio llevándose prisionero á Francia al Duque, volvió Castellon á Mantua, siendo bien recibido por el Marqués Francisco Gonzaga, á quien acompañó cuando fué á Pavía para recibir á Luis XII, hallándose en el cortejo de este Rey al hacer su entrada solemne en Milan. Algunos años despues pasó á servir al Duque de Urbino, habiendo obtenido para ello permiso del Marqués de Mantua, que concibió sin embargo contra Castellon por tal motivo un ódio profundo. El Duque de Urbino Guido Ubaldo de la Rovere le dió el mando de una

compañía de cincuenta hombres de armas, y, habiendo terminado algunas expediciones en que entónces estaba ocupado, volvió á sus dominios en compañía de Castellon, que fué muy pronto uno de los ornamentos de aquella magnífica córte. Las grandes calidades que en él se unian al saber, al ingenio y á la urbanidad, determinaron al Duque á nombrarle en 1505 su embajador al Rey de Inglaterra Enrique VII, aunque no salió para su embajada hasta el mes de Setiembre del siguiente año, y, si bien estuvo poco en Lóndres, consiguió el favor del Rey, que le hizo caballero de sus órdenes y le dió magníficos regalos. Ya estaba de vuelta en Urbino en Marzo de 1507, habiéndosele encargado á poco una mision importante para el Rey Luis XII de Francia.

Despues de la muerte de Guido Ubaldo, el duque Francisco María no le favoreció ménos que su antecesor; y, para remunerar los servicios que habia prestado en la guerra entre el Papa y los venecianos al mando de su compañía de hombres de armas, le concedió el título de Conde de Castellon y el feudo de Nuvillara cerca de Pésaro. Habiendo sucedido Leon X al Papa Julio II en 1513, el Duque, que conocia la amistad que habia tenido Castellon con él cuando era cardenal, se lo envió como embajador. Obtuvo en la córte de Leon X el mismo éxito que en todas partes; y, durante su permanencia en ella, centro á la sazon

de las ciencias y de las artes, trabó amistad con los artistas y literatos más célebres. Vuelto á la gracia del Marqués de Mantua, se casó en 1516 con la hija del Conde Torelli, la cual, ademas de nobleza y fortuna, tenía notable belleza, grande ingenio y tierno corazon. Las bodas se celebraron en Mantua, y el Marqués, queriendo reparar de algun modo la desgracia en que por tan largo tiempo habia tenido á Castellon, dispuso que hubiera justas, torneos y todas las fiestas públicas y privadas con que se suelen solemnizar los más ilustres matrimonios. Volvió Castellon al servicio del Duque de Urbino esta vez con sincero beneplácito del Marqués de Mantua, y al año siguiente de su casamiento tuvo un hijo, pero en el tercero de esta union, que le habia ya dado y le prometia tanta ventura, murió su mujer de parto.

Hallábase entónces en Roma procurando alcanzar de Leon X el generalato de la Iglesia para el nuevo Duque de Urbino por haberlo desempeñado tambien su padre; y, despues de algunos dias consagrados á su dolor, Castellon reanudó los tratos, cuyo buen éxito, obtenido en Marzo de 1521, llenó de alegría al jóven Duque. Sirvió despues con no ménos eficacia al de Urbino en la guerra contra los franceses, volviendo de embajador á Roma en 1523.

Despues de la eleccion de Clemente VII, y

teniendo este Pontífice que tratar en 1524 asuntos gravísimos con el Emperador Cárlos V, los puso en manos de Castellon con beneplácito del Duque de Urbino. Llegó Castellon, como ya hemos dicho, á Madrid el 11 de Marzo de 1525, habiendo salido de Roma el 5 de Octubre de 1524, yendo despues con la córte del Emperador á Toledo, á Sevilla y á Granada; túvole el César grandes miramientos, recibiéndole siempre con particular agrado, pero la paz entre Clemente VII y Cárlos V no se restablecia, á pesar de sus deseos y afanes, llegando en tanto el terrible saco de Roma en 1527, suceso que fué un golpe funesto para Castellon. Acusóle el Papa de poco cuidadoso por no haberle dado noticias de lo que contra él se preparaba; pero lo acontecido entónces fué que circunstancias imprevistas obligaron en cierto modo al Condestable de Borbon á aquella empresa. Castellon, muy afligido por tal suceso y por la inmerecida desgracia que le ocasionó, logró justificarse ante el Pontífice, pero no pudo jamas consolarse. El Emperador redobló desde entónces las bondades que le tenía, le naturalizó en su reino y le dió el pingüe obispado de Ávila; pero el Conde dijo que no lo aceptaria miéntras el Emperador y el Papa no se reconciliáran. No tuvo el gozo de ser testigo de esa paz, porque su salud alterada por las penas se destruyó del todo, cayendo gravemente

enfermo en Toledo el 2 de Febrero de 1529 y muriendo de allí á ocho dias, esto es, el 10 del mismo mes. Hiciéronsele magníficas exequias; el Emperador mostró gran sentimiento por esta pérdida, y habiendo encomendado la familia de Castellon á un sobrino suyo que diera gracias á Cárlos V por los favores y distinciones que le habia hecho, le contestó el César en estos términos: *Yo os digo que es muerto uno de los mejores caballeros del mundo.*

Diez meses despues fué trasladado el cadáver á Italia, siendo sepultado en una iglesia de frailes menores cerca de Padua, en capilla labrada á este fin por su madre, que tuvo el dolor de sobrevivirle.

Tan celebrado escritor dejó, sin embargo, muy pocas obras, pero todas de estilo perfecto y de exquisito gusto: la más conocida y famosa es su libro del *Cortegiano*, escrito en 1518, el segundo año de su matrimonio; sometiólo entónces al exámen y juicio de Pedro Bembo, como resulta de la siguiente carta:

«*Al Magnífico Micer Pedro Bembo:*

»Temo, señor M. Pedro, que mi *Cortesano* no sea más que trabajo para mí y fastidio para los amigos, pues habiendo llegado á noticia de muchos, me estimulan á que lo publique, y yo, conociendo que ha de defraudar sus esperanzas, y no sabiendo hacerlo mejor, pienso encomendar parte de mi trabajo á los amigos, y principalmente á los que sepan y quieran aconsejarme

fielmente, que son pocos, y vuestra señoría está á la cabeza de la lista; y habiéndose encargado Monseñor de Bajus de llevarlo á Roma y volvérmelo á Padua, ruego á su señoría que se tome la molestia de leerlo todo, ó al ménos alguna parte, advirtiéndome lo que le parezca, á fin de que, si el libro ha de tener siempre muchos errores, si quiero no tenga infinitos; no mire vuestra señoría la letra (1), porque eso será cuidado de otro, y si no os place lo que digo ó la manera de decirlo, enmendaré, quitaré ó añadiré lo que querais. A vuestra señoría me ofrezco y me encomiendo siempre. De Mantua el XX de Octubre de MDXVIII.»

No obstante lo que en esta carta se dice, no se publicó por entónces *El Cortesano*, pero dió Castellon una copia del manuscrito á Victoria Colonna, Marquesa de Pescara, de quien tan grandes elogios hace el mismo Castellon y otros muchos escritores coetáneos, entre ellos nuestro Garcilaso en su bellísima carta á Doña Jerónima Paloua de Almogavar. A pesar de su aparente modestia y de la humildad con que Castellon habla de su obra, no desconocia su mérito, pues sólo encontrándola de algun valor la hubiera sometido á la crítica de quien tenía ya tan alto concepto li-

(1) El Abate Pierantonio Serrassi dice, en una nota á esta carta, que el primer borrador de *El Cortesano*, que sin duda fué el enviado á Pedro Bembo, se conservaba en su tiempo en la biblioteca Valenci, viéndose en él las enmiendas y adiciones que fué haciendo el autor en su obra.

terario como Bembo, y tanta fama de agudo ingenio y de exquisito gusto como la esposa del insigne capitan que por su nombre y por su gloria, aunque nacido en Italia, nos pertenece; siendo por esto, como por otras muchas cosas, digno de notarse que *El Cortesano* fué desde su orígen casi tan español como italiano.

En medio de los cuidados que su cargo le imponia y de las amarguras que tuvo que sufrir Castellon, por el poco fruto de sus buenos oficios para lograr la amistad del César y de Clemente VII, no se olvidaba de su libro, y sabiendo, como dice en su prólogo, que corrian por diversos puntos de Italia copias incompletas, y sin duda incorrectísimas, se quejó de la infidelidad con que guardó aquel depósito, á la Marquesa de Pescara y determinó darlo á la imprenta, hallándose en la ciudad de Búrgos, segun puede verse en la siguiente carta, que creo han de leer sin enfado los curiosos.

«*A la Señora Victoria Colonna, Marquesa de Pescara.*

»Ilustrísima señora, estoy muy agradecido al señor Juan Tomas Tucca, que ha sido la causa de que vuestra señoría me haya hecho la gracia de escribirme, lo que tengo en mucho y es razon que lo tenga, pues no he podido obtener respuesta á tantas cartas mias como os he escrito con tan diversas ocasiones; cierto que no era conveniente que vuestra señoría me escribiese, á

no ser para mandarme algo. Ahora haré yo por el señor Juan Tomas cuanto pueda, por habérmelo recomendado vuestra señoría y por el fraternal amor que le tengo.

» No me maravilla que el Sr. Gutierrez os haya escrito que yo me quejo, porque en verdad ya me he lamentado á vos en una carta que os escribí desde las montañas de Francia, cuando vine á España, y quien primero me dió noticia de los motivos de mi queja fué el Marqués del Vasto, mi señor, el cual me mostró una carta vuestra donde confesábais el hurto de *El Cortesano*, lo que tuve entónces por un gran favor, pensando que habia de quedar en su poder, y bien guardado, hasta que yo mismo le abriese tan honrada prision; pero últimamente he sabido por un hidalgo napolitano, que áun está en España, que habia en Nápoles algunos pedazos del pobre *Cortesano* que habia visto en poder de diversas personas, y el que lo habia comunicado á los otros decia que lo habia recibido de vos. Dolióme esto como padre que ve á su hijo maltratado, pero reflexionando luégo que su mérito no era merecedor de mayores cuidados, y que como abortivo debia ponerse en la calle al arbitrio de la naturaleza, determiné hacerlo así, pareciéndome que si el libro tenía algo no del todo malo, habria adquirido mala opinion por haberlo visto tan descompuestamente, y no bastaria ninguna diligencia para pulirlo, por faltarle ya quizá lo que tuvo al principio, que es la novedad. Aun conociendo que, como vuestra señoría dice, la causa de mi queja es muy frívola, determiné, ya que no me podia dejar de doler, al ménos quejar-

me, si bien lo que dije al Sr. Gutierrez en verdad no fué queja. Últimamente, algunos más piadosos que yo me han obligado á copiarlo tal como lo ha permitido la angustia del tiempo, y á enviarlo á Venecia para que se imprima, y así lo he hecho; pero si vuestra señoría cree que con esto he tratado de contradecir en un punto la voluntad que siempre he tenido de servirle, ha juzgado mal, lo que le habrá acontecido quizá por vez primera en su vida. Y me siento con mayor obligacion hácia vos, porque la necesidad de imprimirlo pronto me ha libertado de la fatiga de añadirle muchas cosas, que ya tenía ordenadas en mi mente, las cuales no podian ser sino de tan poco momento como las demas, con lo que se le aliviará al lector la molestia y al autor la censura, y de ello ni vuestra señoría ni yo tendrémos que arrepentirnos, pero á mí toca besarle las manos y pedirle que me tenga en su gracia. De Búrgos á 21 de Setiembre de 1527.

» Balthassar Castellon.»

Hízose en efecto la primera edicion de este libro, que describo en los apuntes bibliográficos que van al fin de este tomo, encargándose de su correccion Pedro Bembo, que estaba á la sazon en Mantua, á donde Aldo le remitia las pruebas; pero no es aventurado creer que ántes de su impresion fué conocido en España *El Cortesano*, y que lo sería, entre otros, muy principalmente por Boscan y Garcilaso, si es cierto, como supongo, que estos insignes ingenios trataron á Castellon desde

su llegada á Toledo en el año de 1525. A más de los indicios ya aducidos, milita en favor de esta opinion, el que resulta de la amistad estrecha que existia entre Castellon y Navajero, pues, teniéndola éste no ménos íntima con Boscan, sería inexplicable que no reinase igual entre estos cuatro amantes de las letras.

Las relaciones entre Navajero y Castellon no eran meramente las que suelen existir entre los diplomáticos acreditados en una misma córte, ni las que debian nacer de la analogía de propósitos y fines políticos que hubo entónces entre Clemente VII y los venecianos, sino todavía más íntimas, como lo prueba el final de la carta escrita por Navajero á Ranusio, desde Sevilla, el 12 de Mayo de 1526, que es como sigue: «Y poniendo aquí fin, me encomiendo á vos y á todos los amigos, *saludándoos de parte del señor Baltasar Castellon, Nuncio de su Santidad*, y de Micer Saordino.» Estas palabras prueban, á mi juicio, de un modo evidente, la cordial amistad que existia entre estos dos personajes, pues sólo se usa saludar en las cartas á aquellos á quienes van dirigidas, de parte de la familia, y de los que viven y están de contínuo con el que escribe.

Pertenecian asimismo á esta hermandad literaria otros dos ilustres italianos, que por su larga residencia en la Península, y por la autoridad que en ella alcanzaron, en virtud de sus mu-

chas letras, debieron servir de vínculo eficaz entre los embajadores de Venecia y del Pontífice, tan aficionados á ellas, y las personas que en España se dedicaban á su cultivo; era el uno el insigne Pedro Mártir de Angleria, maestro de una gran parte de la juventud española, y el otro Lucio Marineo Sículo, capellan é historiógrafo de los Reyes Católicos, y despues cronista cesáreo. La amistad íntima de Pedro Mártir con Navajero se prueba por el siguiente pasaje de la carta que éste escribió desde Toledo á Ranusio el 12 de Setiembre de 1525, la cual empieza así: «Os envio, hermano Juan Bautista, con el magnífico Micer Gaspar Contarini, el *Primaleon* que me encargasteis. Aquí no se encuentra nada impreso sobre las cosas de las Indias; pero con el tiempo os enviaré tanto, que os harte; pues tengo medio de enterarme de todo, así por *Micer Pedro Mártir, que es gran amigo mio*, como por el presidente del Consejo de Indias.»

De la amistad entre Castellon y Lucio Marineo Sículo dan testimonio las siguientes cartas que se insertan en la obra del segundo, *De las cosas memorables de España*, las cuales copio de la edicion castellana hecha en Alcalá de Henares, por Miguel de Eguía, en 1532 (1), al mismo tiem-

(1) Hay otra edicion latina de 1530, en que está el libro de los varones ilustres de España, suprimido despues por órden de Cárlos V, segun declara Sículo.

po que la edicion latina, en cuya lengua fué primeramente escrito este curiosísimo libro: hé aquí estas cartas tan interesantes por su fondo y por el estilo de la traduccion, y que tanto nos dicen acerca de los que las escribieron.

Carta del Conde D. Baltasar.

«*El Conde D. Baltasar de Castilion, orador del Sumo Pontífice, á Lucio Marinero Siculo, cronista cesáreo.— Salud.*

»En estos tres años despues que en España vine, demas de la solicitud y principal cuidado de mi embaxada al Emperador, en nombre del Sumo Pontífice, un gran deseo he tenido conmigo, que es conocer las cosas que en España son memorables y dignas de noticia; porque soy en gran manera codicioso de saber las cosas peregrinas y más celebradas, de que muchos escriptores han hecho mencion, y muy dado á las antigüedades; para la investigacion de las cuales, ningun espacio he tenido, porque muchos cuidados me oprimen y grandes negocios de dia y noche me fatigan en tal manera, que me parece estar olvidado de mí mismo.

»Y por tanto, habiendo oido cuán estudioso y diligente envestigador eres de las cosas memorables de España, te ruego, varon doctísimo, que en este caso me ayudes, y, en el dificultoso trabajo de buscarlas, des descanso á mi deseo con tu sabio consejo, de manera que no torne á Italia desaprovechado de las cosas de esta provincia. Las que yo principalmente deseo saber son en número de catorce.

»Y lo primero, por qué fueron dos Españas; conviene á saber, Citerior y Ulterior, y la Citerior, que desde los montes Pirineos toma su principio, hasta dónde alcanzan sus términos; y tras esto, cuáles son en España las ciudades que fueron colonias ó poblaciones de los patricios romanos. Asimismo, dónde son las colunas que quedaron por fin y señal de los trabajos de Hércules. Cuál es el monte Castulonense. Dónde fué Numancia y dónde Sagunto, y cuáles son al presente. A qué parte era el monte llamado Sacro y el rio Letheo. Dónde es Bilbilis, natural patria del epigramista Marcial; y dónde está la fuente que deshace la piedra, y la otra que restaña las cámaras de sangre, y en qué parte el profundísimo lago engendrador de los pescados negros, que la pluvia por venir con su gran ruido anuncia. En qué provincia se apacientan las yeguas monteses que, segun fama, conciben del viento.

»Estas son las cosas de que por tí querria ser enseñado; las cuales, aunque sé que son difíciles y á muchos otros varones ignotas, tú eres, segun de uno de tus familiares entendí, á quien, por tu gran diligencia y estudio no dudo sean manifiestas y reconoscidas, de las cuales, consiguiendo por tí la noticia, casi de tu nombre llevaré conmigo inmortal memoria, y convidado de tu autoridad de las cosas de España, cuando necesario fuere, libre y verdaderamente podré consultar. Vale, honra y fama de Sicilia.»

Carta del Sículo.

« *Lucio Marineo Sículo al Conde D. Baltasar de Castilion, orador del Pontífice romano.—Salud.*

»El mismo deseo que tú tienes tuve yo en el tiempo pasado, magnánimo Conde y excelente orador, y muy gran cobdicia me vino, no solamente de saber las cosas memorables de España, pero tambien de escribirlas; por lo cual, toda la provincia caminé, reconosciendo todas las cosas en ella dignas de memoria que de los autores griegos y latinos habia leido; las cuales con diligencia reconoscidas y bien consideradas, cuando determiné escribirlas, muchas y muy grandes dificultades me ocurrieron, que, venciendo las pesadas fuerzas de mi ingenio, fueron bastante obstáculo á mis pensamientos y determinacion. Primeramente la grandeza de la mesma España, las infinitas cosas que la tierra y mar produce, la abundantísima fertilidad, los admirables hechos de los príncipes, la grandísima fortaleza de muchos caballeros, capitanes y guerreros, los varoniles ánimos de muchas mujeres, y el número y catálogo de los santos y mártires, y las otras cosas peregrinas, mayormente las que me demandas, de no fácil noticia, y tras esto los innumerables nombres de las ciudades y rios y montes, y las demas que de las bárbaras y peregrinas gentes fueron tornadas diformes y mudadas de su primero y natural sér; cerca de lo cual, habiendo entrado en el muy luengo y difícil camino, queriendo *refirmar* el pié, desfallecí, y estuve por dexar lo comenzado, pero, exhortado por los muchos amigos, he pasado adelante ayudado de mis fuerzas y de las ajenas. En lo cual, muchas cosas que me parecieron dignas de memoria, he escripto y compuesto cierto volúmen, de lo cual, como itinerario ó viaje de mi peregrinacion, te envio en nombre de la ve-

neracion y servicio que por obligacion te debo.—Vale.»

«*El conde D. Baltasar de Castilion, orador del Sumo Pontífice, á Lucio Marineo Sículo, cronista cesáreo.—Salud.*

»El itinerario de tu peregrinacion recibí, doctísimo Sículo; recibí, digo, tu amplísimo dón, cosa que en verdad es de inestimable valor, y que así como ante que le hubiese, de ninguna tuve tanto deseo; agora habida, la reconozco por la más preciosa, y por eso no hallo bastantes gracias que darte. De las otras obras tuyas, que me ha acaescido leer, fácilmente he podido comprender tu doctrina de escribir y la manera y facilidad del estilo clarísimo. De muchos tambien de los que por luenga familiaridad te conocen, habia oido la bondad de tus costumbres y el fruto de tu ingenio; pero la liberalidad y grandeza de ánimo no la habia conocido; mas sólo este dón que agora me has enviado, sobrepujante á la munificencia de todos los reyes, lo manifiesta.

»Yo de tí no esperaba más noticia que de las catorce cosas que te habia rogado, y tú por tu gran liberalidad, más de ciento y cincuenta mil me ofreciste, las cuales, dexando aparte todos los otros negocios mios, pasé en contínuos nueve dias, que todos ellos con sus noches, salvo pocas horas que para satisfacer á la natura en comer y dormir empleé; y nunca me sentí cansado ni harto de tan luenga lecion, á lo cual en tan grande obra ayuda mucho el estilo de tu oracion, que así como *aplacible* rio sin murmurio se ex-

tiende. Y tras esto la muchedumbre de cosas nuevas, várias y muy agradables, que á los lectores principalmente suelen dar delectacion.

»Acreciéntame asimismo la cobdicia y atencion, miéntras más lo leo, los ínclitos y famosos hechos de los reyes, tan breve y adornadamente por tí escriptos; y tras esto convida mucho la hermosísima descripcion de las ciudades, montes y rios y las otras cosas semejantes. Apláccnos tambien en grandísima manera (y sin duda debe mucho agradar á todos los que á las letras son aficionados) esta tu honorífica narracion de los varones excelentes en el oficio de las cosas militares y de las sciencias, y no agradará ménos el fructo de tus trabajos en el copioso catálogo de los sanctos, vírgines y mártires gloriosos; ¡oh bienaventurada España, que tantos mártires y sanctos tiene intercesores en el cielo!

»Cosa es por cierto de admiracion la gran bienaventuranza de los príncipes de estos reinos, los prósperos fines de las guerras, el subceso de los acaecimientos, y sobre todo las espantosas y no pensadas victorias; y al fin, bienaventurada ella que, para la memoria de tales cosas, le cupo en suerte ser tú el autor. Sin duda te debe mucho, pues por tus trabajos y vigilias viene á ser tan ilustrada, que las alabanzas y cosas gloriosas (que ántes estaban ocultas), por tí de aquí adelante, por la *redondeza* del universo mundo, serán publicadas. Débente, asimismo, no ménos los príncipes y grandes señores y caballeros, y todos los hombres, así por armas como por letras famosos, cuyos nombres, y las cosas por ellos hechas, tu péndola hizo eternos.

¿Pues de qué no te serán deudoras todas las ciudades de España, cuyas cosas insignes y todo lo memorable que tienen, tus obras lo han dado á luz? Yo en verdad (aunque no sea español) á lo ménos quiero ser del número de aquellos que en gran manera te son deudores, pues la razon y tu mucho merecimiento lo requiere.—Vale.»

Como hemos visto, Navajero y Castellon se hallaban en Sevilla en Mayo de 1526; este viaje fué motivado por el del Emperador, quien, despues de ajustar paces con Francisco I, preso en Madrid desde la rota de Pavía (paces que por cierto no llegaron á tener efecto por haber faltado á su palabra el rey Francisco); separándose en Illescas del rey de Francia, volvióse éste á sus Estados, y el César vino á Toledo, dirigiéndose despues á Sevilla para celebrar sus bodas con la princesa de Portugal Doña Isabel. Los grandes y los embajadores de las naciones extranjeras acompañaban entónces á la Córte, que áun no tenía punto fijo de residencia, como despues lo tuvo; por lo cual anticipándose ó siguiendo al soberano, los diplomáticos acreditados cerca de los monarcas españoles tenian que ir adonde quiera que éstos iban, para tratar los negocios que les estaban encomendados.

A más de las noticias que sobre este viaje del César nos dan los historiadores españoles, espe-

cialmente el padre maestro fray Prudencio de Sandoval en su *Historia de la vida y hechos del emperador Cárlos V*, el curioso itinerario de Navajero y sus cartas á Giovatista Ranusio nos hacen asistir á él casi como testigos presenciales. No fija Sandoval el dia en que el Emperador salió de Toledo, pero no sería mucho despues del 24 de Febrero de 1526, en que partió Navajero para Sevilla, adonde llegó el dia 8 de Marzo siguiente, estando allí desde el sábado 3 la princesa Isabel, á quien ya daban título de Emperatriz (1). El Emperador no llegó hasta el 10, haciéndosele grandioso recibimiento y fiestas solemnísimas, como acostumbró hacerlas siempre la leal ciudad de Sevilla á sus monarcas, cuando la honraron con su presencia. En la sala de la linterna (2) del pintoresco alcázar que mandó hacer el muy alto y muy poderoso rey D. Pedro de Castilla, se celebró el casamiento por palabras de presente, ante el cardenal Salviatis, legado del Papa, habiendo velado á los emperadores aquella mis-

(1) Pero Mexía, en su historia inédita de Cárlos V, dice: «De allí (de Badajoz) se partió la Emperatriz para la ciudad de Sevilla, á la cual llegó ántes que el Emperador, un sábado, á 3 dias del mes de Marzo de este dicho año de xxvi, y fué suya la mesma fiesta y recebimiento que estaba aparejado para él, porque así lo mandó; el cual fué uno de los más solemnes que se han hecho en España, que yo no cuento porque sería cosa muy larga.»

(2) «De la media naranja» la llama Mexía, y su construccion es muy posterior á la obra de don Pedro.

ma noche, despues de la cena y ántes de consumarse el matrimonio, el arzobispo de Toledo, pues así lo quiso la exquisita piedad del César.

La córte estuvo en Sevilla hasta el 18 de Mayo, pasando de allí á Granada para libertarse de los calores, que tan fuertes son en la primera de aquellas ciudades. Navajero salió de Sevilla el dia 21, y no es dudoso que por el mismo tiempo emprendió su viaje Castellon, pues con fecha 24 de Junio escribe ya desde Granada al Arzobispo de Cápua. No hay pruebas directas de que Boscan acompañase á la córte desde Toledo á Sevilla, pero es casi seguro que así sucedería, como lo es que por aquel tiempo debia ejercer las funciones de ayo de D. Fernando Alvarez de Toledo; su presencia en Granada durante esta época, que duró desde fines de Mayo á 1.° de Noviembre, y sus relaciones con Navajero en este tiempo están confirmadas de un modo explícito en la carta á la Duquesa de la Somma que sirve de prólogo al segundo libro de sus poesías, donde se comprenden las escritas á la italiana. Esta carta es muy conocida de cuantos se dedican al estudio de nuestras letras; pero con todo, y por hacer mucho á mi propósito, inserto aquí el siguiente párrafo:

«Así tambien en este modo de invincion, si así quieren llamalla, nunca pensé que inventaba ni hacia cosa que habia de quedar en el mundo,

sino que entré en ello descuidadamente, como en cosa que iba tan poco en hacella y que no habia para qué dejalla de hacer habiéndola gana, cuanto más que vino sobre habla, *porque estando un dia en Granada con el Navajero*, el cual por haber sido varon tan celebrado he querido aquí nombrar á vuestra señoría, *tratando con él en cosas de ingenio y de letras*, y especialmente en las variedades de muchas lenguas, me dixo que por qué no probaba en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos autores de Italia, y no solamente me lo dixo así livianamente, sino que me rogó que lo hiciese.....»

No es esta ocasion á propósito para tratar una vez más, despues de tantas, la cuestion relativa á la originalidad de la innovacion métrica que en esta carta pretende haber introducido Boscan en nuestra poesía; sin duda ninguna el endecasílabo y el eptasílabo fueron usados por nuestros poetas ántes de que Boscan y Garcilaso los usasen; esto ya lo dijo Castillejo en su famoso juicio poético de la reforma; y, despues de publicadas las obras del Marqués de Santillana, por el señor don José Amador de los Rios, no puede ponerse en duda. Así debió suceder en efecto, porque, como ya he dicho, el primer renacimiento italiano tuvo una gran influencia en España, singularmente bajo el reinado de D. Juan II, y este influjo no era natural que se limitase á la esencia del mo-

vimiento literario, debiendo tambien trascender á la forma. Basta haber examinado los bellísimos códices florentinos que contienen las obras de Dante, de Petrarca y de Boccacio mandados hacer por D. Iñigo Lopez de Mendoza, y que se conservan con esmero en la biblioteca del Duque de Osuna, para comprender que aquel magnate y los hombres de letras que con él estaban en contacto no podrian ménos de rendir culto de admiracion y de respeto á la invencion y á la forma de aquellas obras inmortales, y estos sentimientos habian de engendrar el deseo y propósito de imitarlas.

Pero si esto es cierto, no lo es ménos que la decadencia de Castilla durante el triste reinado de Enrique IV debió detener este movimiento, hasta que, estrechándose nuestras relaciones con Italia, se sintió en España, al empezar el siglo XVI, el nuevo y poderoso impulso que habia tenido en aquella nacion el renacimiento clásico. Por eso, si el Marqués de Santillana tuvo pocos que le secundáran en sus intentos de renovacion métrica, todos los poetas españoles siguieron luégo la senda trazada por Boscan y Garcilaso, cayendo al fin en desuso para los géneros de poesía elevada y grandilocuente los versos de arte mayor, y empleándose, en lugar de éstos, los endecasílabos y eptasílabos.

Demostrada, por la dedicatoria de Boscan á la de la Somma, la presencia de aquél en Granada

miéntras estaban en esta ciudad Castellon y Navajero, poca imaginacion se necesita para figurarse que Boscan, los dos embajadores, y quizás el mismo Garcilaso, se reunirian más de una vez bajo las umbrosas y frescas arboledas del Darro, en los cármenes de la vega y en los jardines de la Alhambra y del Generalife, para tratar en *cosas de ingenio y de letras*, en las que todos cuatro eran tan entendidos por su genial disposicion ó por su ciencia adquirida. Confirma estas imaginaciones, que no deben distar mucho de la verdad, el amor de Navajero á los árboles y á los huertos, y ver el cuidado que, en medio de sus tareas de embajador, tenía con *Murano* y con la *Selva*, sobre cuyos predios escribia de contínuo á Ranusio, diciéndole que él queria, como Epicuro, pasar su vida en los jardines (1). Indica esta opinion Sedano en su biografía de Boscan al hablar de la traduccion de *El Cortesano*; pues dice el colector que «tambien pudo haber ayudado á nuestro Boscan para el desempeño, ademas de su gran inteligencia de aquel idioma, el haber tratado y comunicado su proyecto á Castellon, cuando vino por nuncio del Papa al emperador Cárlos V.»

(1) Obras de Navajero, impresas por Josefus Cominus, 1718, en Padua, pág. 308, y todavía da mayor fundamento á esta opinion la carta en que Navajero describe con gran minuciosidad á Granada y sus pintorescos alrededores, que empieza en la pág. 316 de la citada obra.

No he de ocultar, sin embargo, que la carta dedicatoria de la traduccion de *El Cortesano* dirigida por Boscan á Doña Jerónima Paloua contraría en cierta manera las anteriores suposiciones, pues en ella dice el traductor: «No há muchos dias que me envió Garcilaso de la Vega (como vuestra merced sabe) este libro llamado *El Cortesano*, compuesto en lengua italiana por el conde Baltasar Castellon. Su título y la autoridad de quien me le enviaba me movieron á leelle con diligencia. Vi luégo en él tantas cosas y tan buenas, que no pude dejar de conocer gran ingenio en quien le hizo.» Teniendo en cuenta los sucesos de aquella época, parece claro, segun esta carta, que Garcilaso de la Vega (que habia ido al socorro de Viena en 1532, con toda la nobleza castellana que acudió presurosa á rechazar al turco que por aquella parte amenazaba invadir la Europa), estando de vuelta de esta jornada en Italia con el Emperador, enviaria á Boscan, como muy digno de leerse, algun ejemplar de *El Cortesano*, que, publicado por primera vez en 1528, adquirió tan grande fama, que desde esta fecha hasta 1533, en que estuvo por segunda vez (1) en Italia el Emperador, se habian hecho de esta obra siete diversas ediciones en

(1) La primera fué el año 29, para ser coronado por Clemente VII en Bolonia.

distintas ciudades de Italia. Tambien podria decirse que Boscan no tenía noticia anterior de este libro, pues al leerlo entónces con diligencia, *vió en él tantas y tan buenas cosas;* y, como lo que le movió á leer el libro con diligencia fué la autoridad de Garcilaso, que se lo enviaba, habrá quien suponga que no conocia al autor, á quien no atribuye gran ingenio, sino despues de haber examinado su escrito. Sin duda esto sería extremar el sentido y las deducciones que de las palabras de Boscan pueden sacarse, de las cuales en rigor todo lo más que se desprende es, que no conocia ántes del año de 33 *El Cortesano*, mas á su autor no pudo dejar de conocerlo por las razones que ántes he apuntado, y porque Boscan fué, á más de ayo del Duque de Alba, familiar de la córte de Carlos V, quien explícitamente lo declara en el privilegio concedido para imprimir esta traduccion, dado en la villa de Monzon á 20 de Diciembre de 1533, donde el Emperador tuvo Córtes al reino de Aragon despues de su vuelta de Italia. En dicho privilegio, despues de la larga relacion de los títulos del Emperador, se dice: «Por cuanto por parte de vos, Pedro Mompezat, nos ha sido hecha relacion que Juan Boscan, *criado de nuestra casa*, ha traducido de toscano en romance castellano un libro titulado *El Cortesano*, etc.» No era posible que quien era criado de la casa del Rey y estuvo en ella con interrupcio-

nes más ó ménos largas, á lo ménos desde el año de 1526 á 1533, hubiera dejado de conocer á Castellon, nuncio del Papa desde el año de 1525 al de 1529, en que falleció, como queda dicho, en la ciudad de Toledo.

Lo escaso de las noticias que de la vida de Boscan se tienen, las cuales apénas he podido aumentar, no obstante haber practicado para ello activas aunque ineficaces diligencias, es causa de que no se puedan esclarecer como desearia estos curiosos puntos de nuestra historia literaria. Para que se comprenda mejor lo que va dicho y lo que más adelante se dirá, insertaré aquí lo que hasta ahora se sabe de Boscan, tomándolo de la biografía publicada por Sedano, en el tomo VIII de su *Parnaso*, y de la que se contiene en el *Diccionario de escritores catalanes* del Sr. Torres Amat, con las pocas correcciones que algunos nuevos datos indican.

Nuestro poeta y traductor se llamaba en su dialecto nativo, Mosen Juan Boscá (que significa hombre del bosque) y Almogaver, y debió nacer á fines del siglo XV, y no hácia el año 1500 como supone el Sr. Torres Amat, pues así se infiere de las noticias que de su vida tenemos. Como casi todos los hidalgos de su tiempo, militó en su juventud, recorriendo con este motivo várias regiones, y singularmente la Italia, donde los súbditos de la corona de Aragon tuvieron el principal tea-

tro de sus hazañas desde que adquirió D. Alonso V el trono de Nápoles. De vuelta de sus campañas y viajes estuvo en la córte de los Reyes de España, quizá desde ántes que empezase á reinar Cárlos V, y, durante el reinado del Emperador, consta que fué ayo de D. Fernando Alvarez de Toledo, que nació en 1508, y que fué luégo el gran Duque de Alba. Por razon de este cargo, tanto como por la estrecha amistad que con él le unia, le introduce Garcilaso en el elogio que hace de la casa y familia del Duque en su égloga segunda, donde se leen sobre Boscan los siguientes versos:

Miraba otra figura de un mancebo,
El cual venía con Febo mano á mano
Al modo cortesano. En su manera
Juzgáralo cualquiera, viendo el gesto
Lleno de un sabio honesto y dulce afeto,
Por un hombre perfeto en la alta parte
De la difícil arte cortesana,
Maestra de la humana y dulce vida.
Luégo fué conocida de Severo
La imágen por entero fácilmente
Deste que allí presente era pintado.
Vió que era el que habia dado á Don Fernando
Su ánimo, formando en luenga usanza
El trato, la crianza y gentileza,
La dulzura y llaneza acomodada,
La virtud apartada y generosa,
Y en fin, cualquier cosa que se via
En la cortesanía, de que lleno
Fernando tuvo el seno y bastecido.

Despues de conocido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre, *que se llama*
Boscan, de cuya llama clara y pura
Sale el fuego que apura sus escritos,
Que en siglos infinitos tendrán vida.

No pueden ménos de llamar la atencion las frases que he subrayado, en que tanto se habla de la cortesanía y de la difícil arte cortesana, en la cual dice Garcilaso que Boscan era un hombre perfecto. Sin duda estas calidades determinaron su eleccion para ayo de D. Fernando; pero mencion tan especial y repetida de ellas es una prueba de que en la época en que Garcilaso escribió su segunda égloga, acababa de publicarse la traduccion de *El Cortesano*, en lo que tuvo tanta parte el príncipe de nuestros líricos, como el mismo declara. En efecto, el elogio del que ya entónces era Duque de Alba, que en esta égloga se contiene, no menciona más hecho suyo que la asistencia al socorro de Viena, y su vuelta por Italia á Barcelona, de donde partió presuroso Don Fernando, atravesando rápido Cataluña y Aragon, para gozar las caricias de su esposa Doña María Enriquez que le esperaba en Castilla, pues aunque Garcilaso pone en boca de Severo la profecía de grandes hechos, diciendo:

Es lo que aquella diestra mano osada
Y virtud sublimada de Fernando
Acabarán *entrando más los dias;*

áun no habian sacado verdadero al gran poeta las hazañas de este ilustre guerrero, que dió tanta gloria á España bajo dos largos reinados, por más que pretendan deslustrarla sus detractores. Todo indica, pues, que la égloga se escribió en el año de 1533, que fué el mismo en que hizo Boscan la traduccion de *El Cortesano.*

Por aquel tiempo, y probablemente desde el año de 1527, estaba ya establecido Boscan en Barcelona y casado con Doña Ana Giron de Rebolledo, aunque esto no le impidiera asistir en la córte, cuando el Reyes tuviese en España, y especialmente en sus estados de la corona de Aragon. Satisfecho con su posicion y feliz con el amor de su esposa, describe su vida, en versos si bien no siempre armoniosos y fáciles, con grandísima verdad, en la carta que dió por respuesta á la de Don Diego Hurtado de Mendoza, glorioso y feliz heredero de Santillana y de Mendoza, no ménos ilustre en las letras que sus antepasados, y quizá más que ellos en las armas y en la política; la carta de D. Diego empieza así:

El no maravillarse hombre de nada,
Me parece, Boscan, ser una cosa
Que basta á darnos vida descansada.

En su respuesta el renovador del gusto italiano, tan estimado de los mayores ingenios de su tiempo, despues de decir que, desengañado de los peligros y

angustias de los amorosos galanteos, se ha resuelto á entrar por la senda de la vida sosegada y apacible del matrimonio, y despues de hablar del mútuo amor que él y su mujer se profesan, describe la vida que ambos llevarán, gozando juntos de la hermosura y encantó de la naturaleza en el campo, y de las comodidades y dulzura del trato civil en la ciudad. Toda esta epístola es interesante, porque á mi parecer contiene los datos autobiográficos más exactos que de Boscan nos quedan. Su mucha extension me impide insertarla aquí íntegra, y sólo pongo los siguientes fragmentos, los cuales dan idea del modo de vivir del ciudadano barcelones y de su estilo poético, que recuerda con frecuencia el que muchos años despues usó el buen capellan Salas, en su *Observatorio rústico:*

. . . .
Los ojos holgarán con las verduras
De los montes y prados que verémos
Y con las sombras de las espesuras;
  El correr de las aguas oirémos
Y su blando venir por las montañas,
Que á su paso vendrán donde estarémos;
  Y el aire moverá las verdes cañas,
Y volverán entónces los ganados,
Balando por llegar á sus cabañas.
  En esto, ya que el sol por los collados
Sus largas sombras andará encumbrando,
Enviando reposo á los cansados,
  Nosotros nos irémos paseando

Al lugar donde está nuestra morada,
En cosas que verémos platicando.
La compaña saldrá regocijada
A tomarnos entónces con gran fiesta,
Diciendo á mi mujer si está cansada.
Verémos al entrar la mesa puesta
Y todo con concierto aparejado,
Como es uso de casa bien compuesta.
Despues que un poco habrémos reposado,
Sin ver bullir ni andar yendo y viniendo,
Y á cenar nos habrémos asentado,
Nuestros mozos vernán allí trayendo
Viandas naturales y gustosas,
Que nuestro gusto estén en todo moviendo.
Frutas pornán maduras y sabrosas,
Por nosotros las más dellas cogidas,
Envueltas en mil flores olorosas....

. . . .

Tras esto, ya que el corazon se quiera
Desenfadar con variar de vida,
Tornando nuevo gusto á su manera,
A la ciudad será nuestra partida,
Adonde todo nos será placiente
Con el nuevo placer de la venida.
Holgarémos entónces con la gente
Y, con la novedad de haber llegado,
Tratarémos con todos blandamente,
Y el cumplimiento, que es siempre pesado,
A lo ménos aquel que de ser vano
No es ménos enojoso que excusado,
Alaballe estará muy en la mano;
Y decir que por sólo el cumplimiento
Se conserva en el mundo el trato humano.
Nuestro vivir así será contento,
Y alcanzarémos mil ratos gozosos
En recompensa de un desabrimiento.

f

Posteriores al año de 1526 son sin duda todas las poesías que hizo Boscan en verso endecasílabo, pues dice en su carta á la Duquesa de la Somma que durante su viaje de vuelta de Granada meditó el consejo, que le habia dado Navajero, y se determinó á ponerlo por obra, animado por la opinion de Garcilaso. En esta época siguió tambien su ejemplo este gran poeta, así como don Diego Hurtado de Mendoza, más jóven que ellos, pues habia nacido en el año de 1503. La amistad entre Boscan y Garcilaso fué tan íntima, como se demuestra, no sólo en el fragmento de la égloga que he copiado, sino en su elegía segunda, y muy especialmente en la epístola donde tan tiernamente se pinta el fraternal amor que Garcilaso tenía á Boscan, prueba sin duda de las grandes prendas que adornaban á éste, pues persona de tan alto entendimiento y de tan exquisita sensibilidad como Garcilaso, no podia estimar á quien no lo mereciese.

Esto explica lo que ántes he dicho respecto al envío de *El Cortesano* á Boscan desde Italia; y las circunstancias y el tiempo en que apareció la primera edicion, así como las cartas á doña Jerónima Palova, nos indican con entera claridad la fecha en que se hizo la traduccion de este libro, que no pudo ménos de ser en 1533 y miéntras Garcilaso permaneció en Barcelona al volver de Italia con el Emperador, pues aunque declara Bos-

can que la emprendió y llevó á cabo por órden de doña Palova, Garcilaso dice que él tambien queria que hiciera esta version, y por último nos revela «que estuvo presente á la postrera lima, haciendo que á todo correr la pasase» para darla á la imprenta, lo cual, como resulta del privilegio, tuvo lugar en Diciembre de 1533, acabándose la impresion en Abril de 1534.

La traduccion de *El Cortesano* fué la única obra que durante su vida publicó Boscan, quien murió sin duda todavía jóven, y cuando se consagraba con esmero al cultivo de las letras para hacer más amena y vária su descansada vida. Despues de publicado este libro, que sin duda contribuiria á aumentar su fama entre los escritores y poetas de su tiempo, llegaria al colmo su actividad literaria, pues no es dudoso que son posteriores al año de 533 las obras en que le menciona Garcilaso, ó que le dirige, y tambien lo es la epístola de D. Diego Hurtado de Mendoza que dejo citada. La muerte prematura del Cisne del Tajo determinó á su tierno amigo, tanto como los ruegos de muchos que tenian autoridad para persuadírselo, á ordenar las poesías que uno y otro habian escrito, disponiéndolas para la imprenta, pero no pudo cumplir su propósito, porque á él tambien le sorprendió la muerte el 5 de Febrero de 1540, y sólo tres años más adelante se hizo la primera edicion de dichas poesías, en

Barcelona, por Cárlos Amoros, siguiéndose numerosas ediciones de esta obra, con algunos aumentos, en várias ciudades de España, en Leon de Francia, y en Ambéres.

Las circunstancias, muy interesantes para nuestra historia literaria, de la publicacion de estas poesías se explican bien en la siguiente advertencia Á *los letores*, que se insertó en la primera edicion y que han reproducido las siguientes, que con ser numerosas, no han bastado para que dejen de ser raros los ejemplares que de ellas corren, por lo cual no creo excusado reproducirla.

«Este libro consintió Boscan que se imprimiese »forzado de los ruegos de muchos que tenian con »él autoridad para persuadírselo : y parece que era »razon que sus amigos le rogasen esto por el gran »bien que se sigue de que sea á todos comunica»do tal libro, y por el peligro que habia de que, sin »su voluntad, no se adelantase otro á imprimirlo, »y tambien porque se acabasen los yerros que »en los traslados que le hurtaban habia, que eran »infinitos. Despues que él ya se dexó vencer y »se determinó á la impresion, y andaba juntando »sus papeles y examinándolos para que con con»cierto saliesen adonde todo el mundo los viese, »que era cosa que él nunca pensó en el principio »que lo comenzó á escrebir, sabemos que los te»nía repartidos en quatro libros. En el prime»ro, las primeras cosas que compuso, que son

»coplas españolas, y en el segundo, canciones y »sonetos á manera de los italianos, y en el tercero, »epístolas y capítulos y otras obras, tambien á la »italiana, en el cuarto queria poner las obras de »Garcilaso de la Vega, de las que se encargó »Boscan por el amistad grande que entre ambos »mucho tiempo tuvieron, y porque despues de la »muerte de Garcilaso le entregáron á él sus obras »para que las dexase como debian de estar. Ya »que ponia la mano en aderezar todo esto, que»ria, despues de muy bien limado y polido, como »él sin falta lo sopiera hacer, dar este libro á la »señora Duquesa de la Soma, y le tenía ya es»crita la carta que va en el principio del segundo »libro. Plugo á Dios de llevárselo al cielo, y así »ovo de parar todo con tan gran causa; despues »ha parecido pasar adelante lo que él dexaba em»pezado; digo la impresion, que en la enmienda »de sus obras y de las de Garcilaso, no es cosa »que nadie la habia de osar emprender, y si algun »yerro ó falta se hallase en estos libros, duélase el »que los leyere de la muerte de Boscan, pues que »si él viviera hasta dexallos enmendados bien, se »sabe que tenía intencion de mudar muchas co»sas, y es de creer que no dexára ninguna ó pocas »que ofendieran á los buenos juicios, que con esos »se ha de tener cuenta, y así se ha tenido por menor »inconveniente que se imprimiesen como estaban, »y que gozásedes todos dellas, aunque no estén

»en la perfeccion en que estuvieran como Boscan »las pusiera, que no por no haber quedado aca»badas de su mano, tenellas guardadas y ascondi»das, donde nunca pareciesen sino tan mal con»certadas y escritas como suelen andar por ahí »de mano, de modo que la culpa de lo que en »este libro no estuviere bien no la tiene Boscan, »sino los que fueron causa de ésta impresion, y á »éstos hanles de perdonar cualquier cosa, por el »buen celo que han tenido con todos los buenos »ingenios y con el autor de este libro en que fue»se comunicado á todos.»

El privilegio para la impresion fué concedido «á la mujer y herederos de Boscan», y de esta palabra herederos han deducido sus biógrafos que dejó hijos, de lo cual no he podido hallar pruebas directas, aunque sí indicaciones en alguna de sus poesías.

No siendo mi propósito examinar todas las obras de Boscan, no me detendré mucho en lo que á sus poesías se refiere, las cuales fueron juzgadas con extraña severidad por algunos críticos del siglo XVI, y especialmente por el jefe de la escuela poética sevillana, Fernando de Herrera, no sin razon llamado el Divino, en sus anotaciones á Garcilaso, donde dice que Boscan «se atrevió á traer en su no bien compuesto vestido las joyas de Auxias March y el Petrarca.» Sin duda las composiciones á la italiana de Boscan no se pue-

den presentar como modelos en sus respectivos géneros, notándose con frecuencia falta de armonía y fluidez en sus versos, elevándose rara vez en ellas á la majestad y grandeza de Herrera, y no igualándose nunca en la ternura y delicadeza con Garcilaso, quien desde luégo, y en virtud de las raras y admirables dotes de su ingenio, oscureció á todos los poetas líricos de su tiempo, y á la mayor parte de los que, despues de él, han cultivado en España esta divina arte. Pero las faltas de armonía de Boscan se explican fácilmente teniendo en cuenta que no era el habla de Castilla su idioma nativo, y que no estaba aquella definitivamente formada cuando la empleó en sus obras, siendo muy de admirar, por otra parte, que la manejase con tanto acierto en la prosa, donde no son tan necesarios el número y las demas condiciones prosódicas como en el período poético, especialmente en las composiciones de versos endecasílabos, pues es sabido que no basta para formar este metro castellano su exacta medida, sino que es condicion en ellos indispensable la colocacion de los acentos, la cual, aunque sometida á reglas, sólo un oido ejercitado y sensible percibe y determina como corresponde. Por esto, porque el ejercicio y la experiencia son indispensables para la versificacion endecasílaba, vemos que los poetas del siglo XVI, que más altas dotes de ingenio tienen, suelen hacer endecasílabos duros é

inarmónicos más frecuentemente que los adocenados copleros de ahora, que les sacan la ventaja por haber venido despues de tener educado su oido desde la infancia en esta clase de metros. Dante abunda en estos defectos rítmicos, y hasta el mismo Garcilaso suele hacer versos poco armoniosos, á pesar de su prodigiosa organizacion artística, revelada en las por desgracia contadas poesías, que hasta nosotros han llegado, de tan insigne vate. ¿Cómo, pues, ha de maravillarnos encontrar en Boscan esa falta, cuando tenía en su disculpa los motivos que he indicado? Por esto se leen con ménos fatiga, y hasta con verdadero placer, sus composiciones hechas con los antiguos metros castellanos, en las cuales, por otra parte, no se echa tan de ménos la elevacion de los conceptos ni la grandilocuencia de los períodos.

Pero aunque Boscan no tuviera, en órden á la poesía castellana, más mérito que el de habernos conservado las inmortales obras de Garcilaso, bastaria con esto para merecer la gratitud de los amantes del arte divino, que es la expresion más alta y más adecuada de la belleza. Como ya he dicho, ademas de este mérito, tiene el de haber contribuido eficazmente á aumentar con las nuevas combinaciones métricas los medios de expresion poética; esto es, las formas, que son en las artes elementos tan necesarios para su existencia, como el fondo mismo de las obras

artísticas; y sin duda alguna, cual poeta y considerado en sí mismo y sin relacion con los que ántes y despues de él florecieron, Boscan debe tener en el Parnaso español un lugar, que le niegan con injusticia algunos críticos modernos.

Ademas de las obras comprendidas en las ediciones más completas de Boscan y Garcilaso, entre las cuales se hace mencion especial de la traduccion de la fábula de Leandro y Hero del poeta griego Museo, se dice que tradujo tambien de esta lengua una de las tragedias de Eurípides, cuyo nombre se ignora.

En cuantos escritos se conocen de Boscan se emplea el habla de Castilla, con lo que, dicen los críticos, que dió un golpe mortal á la lengua provenzal y á sus dialectos *d'oil* y *d'oc* que tanto usaron los prosistas y poetas, de las costas del Mediterráneo en anteriores siglos; y, aunque en nuestros dias se hacen esfuerzos grandes, lo mismo en España que en Francia, para mantener vivas estas lenguas, como lenguas literarias, juzgo que no fué el menor servicio que Boscan hizo á la nacion española, el de contribuir á su unidad, extendiendo al antiguo principado de Cataluña el habla castellana.

Bueno es que la ciencia del lenguaje estudie, con los procedimientos científicos que hoy emplea, todos los idiomas que salieron de la unidad latina; esto, ademas de facilitar la inteligencia de

las obras que en ellos están escritas, contribuye muy eficazmente á formar la ciencia filológica ó de las lenguas comparadas, que tan importante es para el verdadero conocimiento de la historia, la cual no es más, que la exposicion de las evoluciones que el espíritu humano ha verificado, siguiendo la ley de su desarrollo; pero sería ir contra esta ley, pretender que el lenguaje retrocediese en su camino, procurando que vuelva á determinarse en infinito número de dialectos, cuando todo tiende á reducirlos á los tipos principales, que engendran las circunstancias físicas y morales, que constituyen las nacionalidades modernas.

He dicho que Boscan escribió en lengua castellana todas sus obras, porque, áun cuando Mariana, Zurita y Feliu le atribuyen algunas escritas en idioma catalan, especialmente la *Historia de las guerras de su tiempo*, como el Sr. Torres Amat sospechaba, hay en esto una equivocacion que ha demostrado cumplidamente el señor D. Antonio Bofarull, quien me ha remitido, por medio de un amigo comun, la siguiente nota sobre este particular, por lo cual les muestro aquí mi agradecimiento.

«El historiador Zurita, al hablar de las guerras de D. Juan II de Aragon contra Cataluña, cita algunas veces unas Memorias que escribió Juan Frances Boscan, en las que se apoyó asimismo el analista catalan Feliu, reproduciendo, sin comprobarlo, cuanto dijo

ántes el aragones. Las contradicciones que resultaban de los relatos, comparados con los documentos, me indujeron á averiguar quién fuese este autor, y practicadas las investigaciones convenientes, las consigné en la historia de Cataluña (todavía inédita) que estoy escribiendo, en la siguiente nota:

»Es curioso el enredo que han fabricado los historiadores con el nombre de este autor, cuyas memorias sirvieron á Zurita. Sabido es que Juan Boscan, el poeta, introductor del metro italiano en la poesía castellana, nació á principios del siglo XVI ó fines del XV, y por consiguiente, no pudo ser éste el autor contemporáneo de los hechos del tiempo de D. Juan II explicados en las Memorias de que se trata. En la biblioteca Real de Madrid existia un manuscrito de un Boscá, con el título de *Memorias de* 1462, y bastó ver el apellido del autor para que Mariana lo atribuyera al poeta, diciendo que escribió las guerras de su tiempo. Sería este manuscrito ó copia del mismo, el que se conservaba en la biblioteca del Marqués de Mondejar titulado: *Libre de les nobleses dels Reys ço es dels nobles fets è valentíes è cavallieríes que feren en fets darmes*, etc. Pero es el caso que el autor de este libro sólo se llama *Francesch, natural de Barcelona*, y así del Juan, poeta del siglo XVI, del Boscá de las Memorias de la biblioteca Real de Madrid, y del Francesch sin apellido de la copia de Mondejar, ayudado con la autoridad equivocada de Mariana, ha resultado que se atribuya al primero de los nombrados, haciéndole figurar posteriormente, lo que sólo era obra de un cierto Boscan, individuo de una familia que existia en Bar-

celona en tiempo de D. Juan II y de oscura fama, por más que hizo empezar su libro hablando del primer Rey del mundo, que se llamaba *Ambrot senhor de Troja.* La preocupacion de Mariana fué mayor en Zurita, pues combinando nombres atribuyó al cabo las Memorias, como hemos visto, á Juan Francesch Boscan, que no ha existido, y por ende puede deducirse si Feliu llegó á ver la obra del *catalan desapasionado* á que se refiere.»

El único libro, que se sabe que escribiese en prosa Boscan, fué la traduccion de *El Cortesano*, que ahora nuevamente se publica. Muy largo sería hacer un exámen de este libro en cuanto á su esencia y contenido, y como en las notas que al fin de esta edicion se ponen, ya mias, ya tomadas de otros comentadores, se dan noticias de las fuentes en que recogió Castellon sus doctrinas, emplearé en esta materia ménos tiempo y menor espacio del que tal vez exige la importancia de la obra. Su objeto, como verá el que la leyere, es la educacion en general, y más especialmente la de las personas que andan en las córtes de los príncipes; y, como aquéllos influyen tan generalmente en el ánimo de éstos, para que *El Cortesano* pueda emplear útilmente su influencia, en los últimos dos libros se tratan cuestiones que pertenecen á la jurisdiccion de la ciencia y del arte políticas. Todo cuanto se refiere á la crianza de un hombre de calidad está tratado con acierto

y con notable erudicion por el autor, que, como inspirado en los escritos de Platon y de Aristóteles sobre esta materia, empieza por recomendar la gimnástica y la música, fundamentos de la educacion antigua, al buen hombre de córte, sólo que la primera de estas disciplinas varía en el libro de Castellon como las costumbres de su tiempo reclamaban, y á los ejercicios del gimnasio y de la palestra se añaden, dándole muy grande importancia, la jineta y la esgrima.

Ademas de la música, quiere Castellon que *El Cortesano* sea entendido en las otras bellas artes, especialmente en la pintura, y, aparte de las razones en que se apoya para esto, no puedo ménos de recordar que habia de mostrarse aficionado á ella el amigo y protector de Rafael, testigo de los triunfos de este gran artista, que ejecutaba sus portentosas obras en las salas y en las logias ó galerías del Vaticano, á presencia y tal vez siguiendo en muchas de ellas las indicaciones y consejos del Conde, cuya figura realzada por el brillo de sus pinceles nos ha legado el pintor de Urbino, por tantos vínculos y tan estrechos unido con el autor de *El Cortesano*. El mismo Castellon indica estas circunstancias haciendo decir al escultor Juan Cristóbal Romano, cuando se disputan las excelencias de la escultura y de la pintura, que se habia de mostrar favorable á la última por el afecto que el interlocutor de Romano tenía á Rafael.

Ya he indicado que en una carta dirigida por éste á Castellon, en que le habla de su manera de pintar, le dice que no teniendo facilidad para estudiar gran número de modelos humanos, crea las figuras «conforme á cierta idea que surge en su mente», prueba del idealismo de este artista, en quien no podrian ménos de influir las teorías que Castellon pone en labios de Bembo, al final del libro IV de *El Cortesano*, sobre el amor y la belleza, todavía más elevadas y puras que las que Platon atribuye á Diótima y á Sócrates en su diálogo *El Banquete*.

Otra materia de grande interes, y muy relacionada con la cuestion artística, examina despues de ésta Castellon en su libro, conviene á saber, la del lenguaje. Discútese en el libro primero un punto que está todavía pendiente entre los literatos y filólogos de casi todos los países, y que consiste en determinar si han de respetarse las formas del lenguaje, consagradas por los grandes escritores, ó si es posible y conveniente admitir modificaciones subcesivas, esto es neologismos, en el lenguaje hablado y escrito. Con escribir Castellon al principio del siglo XVI, y cuando todavía no habian florecido el Tasso, Guicciardini, Paruta, Machiavelli y otros grandes poetas y prosistas, que sin duda han contribuido en gran manera á hermosear y enriquecer el habla italiana, se encontraba ya con quienes creian, que no

era lícito pasar de los límites puestos en ella por Dante y Petrarcha en la poesía, y por Bocaccio en la prosa. Castellon combate estas opiniones, y va en contrario sentido tan léjos, que hasta juzga permitido usar indistintamente los diversos dialectos, que en su tiempo se hablaban en Italia, queriendo sacudir el yugo que en esta materia trataban de imponer los florentinos á los demas habitantes de Italia.

Sin duda en Grecia sucedió lo que Castellon proponia para su patria, formándose de los tres dialectos, que se hablaban en aquel país, la lengua comun del pueblo helénico, fusion que se verificó por virtud de la grande importancia artística y nacional de los poemas homéricos; mas, á pesar de esto, el predominio del Ática fué al cabo tan grande en la lengua como en las demas esferas de la actividad espiritual de aquélla raza. Asimismo en la Italia moderna, Florencia ha dominado en la formacion del lenguaje, como no podia ménos de dominar, por haber sido, en el período más importante del Renacimiento, el centro de donde irradiaban á toda Italia las nuevas ideas y las tendencias nuevas.

Por una de esas contradicciones tan propias de la naturaleza humana, y de los tiempos en que el sentimiento espontáneo domina á la reflexion, Castellon, que parece defensor del neologismo, pretende sin embargo restaurar las palabras italia-

nas, dándoles su primitiva forma latina, contra la opinion más sensata de Bembo, sostenida en la obra que escribió sobre la lengua vulgar, segun la cual debian respetarse las modificaciones, que el uso habia introducido en el idioma italiano. Estas opiniones y doctrinas no pueden ménos de subordinarse á una máxima, en que con razon hace gran hincapié el autor de *El Cortesano*; máxima que consiste en huir siempre el vicio de la afectacion, tan contrario á todas las calidades que deben brillar en un hombre bien educado, y muy especialmente en su lenguaje, para el cual hay una regla suprema á que nunca puede faltarse, que es la claridad, pues siendo el objeto de la palabra dar á entender á los demas lo que sentimos y pensamos, lo primero y principal que debemos procurar es que se cumpla este fin, y despues estará bien que en el lenguaje brille la hermosura que le dan la armonía y sonoridad de las voces ó su energía y fuerza, cosas que tanto contribuyen á aquel primero y principal objeto. Por lo que á los neologismos se refiere, parece que no pueden ser admitidos los innecesarios en las lenguas ya formadas, las cuales nunca deben corromperse con el uso de giros sintácticos, que sean impropios de su índole.

Mucho enlace tiene con esta materia la de los dichos agudos y graciosos que trata Castellon muy por extenso, tomando sus doctrinas y hasta

sus ejemplos de los libros de *Oratore* de Ciceron. En las notas señalo, aunque no todas, várias de las expresiones y frases que Castellon ha imitado ó meramente traducido del orador romano, á quien el autor del libro que me ocupa sigue en esta materia tan de cerca; siendo ademas probable que el pensamiento general de la obra fuese inspirado por la del gran escritor latino, de un modo inmediato y directo, si bien influiria mucho en el ánimo de Castellon el ejemplo de los autores griegos (especialmente Platon y Xenofonte, modelos en la forma y en la esencia que tuvo presentes Ciceron), para escribir en diálogo *El Cortesano*, pues estaba tan empapado como todos sus contemporáneos en el espíritu de la antigüedad, y era gran admirador de las formas clásicas.

Más ancho campo tenía Castellon, para tratar de los dichos y modos de hablar graciosos, que Ciceron, porque en la oratoria, cualquiera que sea su género, pero especialmente en la del foro y la tribuna, no cabe la libertad que es propia de la conversacion, aunque ésta pase entre circunspectos y pulidos cortesanos. Sin embargo, como ya conoció con su admirable gusto Garcilaso, en esta parte es donde hay en el libro de Castellon cosas de ménos valer, pues no todos los chistes y gracias que contiene lo son realmente, sin que valga en su defensa la disculpa que alega nuestro poeta. Es más, dichos hay y frases, en este fragmen-

to de la obra, que no se concibe cómo podian tenerse por lícitos en las córtes de Italia, pues llegaron en esta parte á tan extremada delicadeza, por más que en materias amorosas reinára siempre en ellas una libertad, que hoy no es tolerable, y en virtud de ella fuera cosa corriente que anduviesen en manos de las damas los libros de Bocaccio y del Aretino.

Tambien se propone el autor de *El Cortesano* formar una perfecta dama de córte, encargo que cumple por mandato de la Duquesa de Urbino el magnífico Julian de Médicis, gran defensor de las mujeres; por lo cual Castellon pone con gran oportunidad y acierto en sus labios el panegírico de la más bella mitad del género humano. Pero con la fina malicia, que tanto atractivo da á su obra, opone Castellon al Magnífco contradictores como Frigio, por cuyo medio aduce, exagerándolos, cuantos defectos se atribuyen á la mujer, si bien, como caballero y galante, traza el atildado y pulcro diplomático las cosas de modo que el defensor de las mujeres alcance sobre sus contrarios la más señalada victoria, trayendo á este fin muchas pruebas históricas y otras, que sin tener este carácter contribuyen en gran manera á dar amenidad al ingenioso alegato de Médicis. No haria mencion especial de esta parte de *El Cortesano* si no fuese porque en ella se contiene un elogio tan brillante como justo de la in-

mortal Doña Isabel la Católica, testimonio dado por un extranjero de las grandes cualidades que adornaban á esta ilustre reina, creadora de nuestra unidad nacional, y cuyo levantado espíritu dió á la civilizacion nuevo y más grandioso teatro con el descubrimiento del continente, en que sin duda esperan á la humanidad más brillantes destinos y mayores glorias que las que ha conquistado en el antiguo mundo.

Al leer este pasaje, ocurre la idea de que debió ser añadido por el autor durante su permanencia en España; porque no parece posible que tales apreciaciones y noticias las hubiese adquirido sino persona que las recogiera de la tradicion; y cuando Castellon vino á España, en 1525, conoció y trató sin duda á muchos sujetos que habian alcanzado el glorioso reinado de Doña Isabel, de los cuales sabria que fué tan grande la autoridad moral que adquirió esta gran Reina, que bastaba á determinar las acciones de sus súbditos, no ya sus preceptos, sino el considerar que si fueran de ella conocidas habia de aprobarlas ó condenarlas. Confirma esta opinion la noticia que da Serassi del primer manuscrito de *El Cortesano*, pues no obstante lo que asegura el autor en la carta escrita desde Búrgos á la Marquesa de Peschara, que arriba se inserta, dice el citado Serassi (1) que en

(1) Tomo I de las *Cartas de Castellon*, publicadas por Pierantonio Serassi, pág. 159.

ese manuscrito, conservado en la biblioteca Valenci, se ven las correcciones y adiciones que Castellon fué haciendo en su obra, la cual por su índole se prestaba tanto á ellas.

Claro está que, tratándose de damas, el amor habia de entrar por mucho en lo que respecto á ellas se dijese; y en efecto, Castellon emplea largo espacio para determinar la manera como en este asunto habia de proceder la perfecta dama, estando sus consejos llenos de moralidad y pureza, no obstante las insinuaciones picantes y poco escrupulosas que sobre este particular hacen los contradictores del Magnífico; pero, como luégo verémos, esta materia del amor se trata por un estilo mucho más elevado y sublime en el final de la obra.

En el cuarto libro el Sr. Octavian Fregosso, queriendo añadir cualidades á *El Cortesano*, no le considera ya meramente como un hombre agradable y cual lujoso ornamento del palacio de los príncipes, sino que le convierte en verdadero hombre político, encomendándole la direccion moral del señor á quien sirviere.

Partiendo de esta base, en el capítulo tercero se examinan las diversas clases de gobierno, en lo cual, así como en la corrupcion de las formas primitivas de las organizaciones políticas, sigue Castellon las doctrinas aristotélicas, aceptadas y desenvueltas con modificaciones más ó ménos importan-

tes por Polibio en el libro sexto de sus historias, y por Ciceron en su tratado *De república*. No eran conocidos en tiempo de Castellon sino muy escasos fragmentos de esta obra del orador romano (1), que conservó Aulo Gelio en sus *Noches áticas*, pero bastábale á Castellon conocer el texto de Polibio, y la admiracion que todos los italianos han tenido á las instituciones de la antigua Roma, para que se mostrase partidario, en este y en otros lugares de su obra, de la mezcla y combinacion de las tres formas puras de gobierno para la organizacion del estado perfecto. Sin duda es notable esta opinion en la época en que se sustenta, pero no creo que sea tan digna de elogio como algunos escritores italianos pretenden. Las doctrinas de los legistas del siglo XVI, que, inspirándose en las de los jurisconsultos romanos de la época de los emperadores, llegaron á establecer en Europa el poder absoluto de los reyes, no habian aún prevalecido en la práctica, por más que en las escuelas se tuviera como un axioma que «lo que place al príncipe tiene fuerza de ley»; así es que en tiempo de Castellon existia en Italia una república, si bien aristocrática, como la de Venecia, no habiendo llegado tampoco los Médicis á establecer su poder, como absoluto y permanente

(1) Sabido es que el cardenal Angelo May descubrió gran parte de este tratado de Ciceron en un palimpsesto de la Biblioteca Vaticana.

en Florencia. Ademas, el mismo Castellon pudo ver en España cómo áun bajo el reinado del gran Carlos V, no era posible establecer tributos, ni hacer verdaderas leyes, sin la intervencion de las Córtes, que solian contradecir eficazmente, lo mismo las de Castilla que las de Aragon, los propósitos del más poderoso y del más grande de los reyes que ha tenido España. Y por cierto que son muy parecidas á nuestras Córtes de Aragon las corporaciones que propone Castellon, como auxiliares del príncipe, para la gobernacion, en *El Cortesano.*

Otras muchas máximas políticas de Castellon no son aplicables á los estados modernos, ni áun á los que ya existian en su tiempo, siendo más á propósito ó para los de la antigüedad, en que la nocion de estado se confundia con la de ciudad, ó para los pequeños principados y repúblicas, en que estaba dividida entónces una gran parte de Italia, no debiendo olvidarse que en la córte de los Duques de Urbino es donde se supone que pasan los coloquios que forman el libro que rápidamente juzgo.

Más humanos y al par más racionales son los rincipios de Castellon en órden á la guerra, y anto más plausibles cuanto que en su tiempo, y especialmente en Italia, la guerra era una contínua y horrible plaga, y, aparte de las grandes campañas en que se disputaba el predominio de Francia y de España, la ambicion desapoderada era ocasion frecuente de luchas entre los pequeños

estados que conservaban mayor ó menor independencia y entre los que aspiraban á señorearlos, valiéndose para ello de la fuerza y de los demas medios que tan desvergonzada y exactamente explica Macchiavelli en su libro del Príncipe.

La última y en mi sentir, más bella parte de la obra de Castellon, es la apoteósis del amor que pone en boca de Bembo al fin del libro cuarto. Ya dejo dicho que las doctrinas platónicas tienen gran parte en aquellos sublimes conceptos, y, áun he señalado, como su orígen inmediato, *El Banquete;* pero el espíritu del cristianismo ha hecho sentir su vivificador influjo en esta concepcion del amor, de tal manera, que, en el último punto á que llega, en la teoría de Castellon, lo que aparece á nuestros ojos es la resplandeciente y creadora lumbre del amor divino tal como lo comprenden y expresan los más profundos y sublimes místicos; de manera que termina un libro que parece hecho para los hombres del siglo, para los que están entregados á las seducciones del mundo, como era propio de una obra escrita por un docto obispo, y puesta, por lo que al amor toca, en labios de un cardenal de la Iglesia romana.

Necesitaria hacer un prolijo estudio si hubiera de dar noticia de los tratados que se han hecho con un objeto análogo al que se propuso Castellon en su *Cortesano;* pues sabido es que, desde

la más remota antigüedad, la educacion del hombre en general, ó la propia de cada clase y estado ha sido materia de infinito número de libros. Sólo hablaré, por relacionarse más inmediatamente con el que ahora se publica, y porque en mayor ó en menor grado se ha escrito á imitacion de *El Cortesano*, del *Galateo* de M. Juan de la Casa, del cual trata con extraordinario elogio, en sus *Avisos del Parnaso*, Trajano Boccalini, que, no obstante ser natural de Italia, nada dice del libro de Castellon. El libro de La Casa fué traducido con algunas modificaciones por Lúcas Gracian Dantisco, bajo el título de *Galateo español*, y ni la obra original, ni la traducida, pueden sostener la comparacion con *El Cortesano*, ni con la elegante version del fiel amigo de Garcilaso.

Grandes pretensiones mostró el valenciano don Luis Milan al escribir, con el mismo título que el de Castellon, un libro que tambien trata de las cualidades que deben adornar á los caballeros y á las damas, y donde se dilucidan muy por extenso las cuestiones de amor, alternando la prosa con el verso en las seis jornadas en que está dividido este libro, de que se conservan rarísimos ejemplares; pero no doy de él más extensa noticia, porque está ya para publicarse por los Sres. Marqués de la Fuensanta y Sancho Rayon en su *Coleccion de libros raros y curiosos*. No tiene esta obra, ni con mucho, el mérito de la de

Castellon, á pesar de haberla escrito, como dice D. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova*, «*ad exemplum, seu potius ad emulationem comitis Castellonei*»; con todo esto el libro es muy curioso, y, á pesar de lo revesado de su estilo, conviene leerle por las noticias que encierra de personas y cosas de su tiempo, y por contener una pieza dramática interesante para la historia de nuestro teatro. De todos estos puntos se ocuparán sin duda sus modernos editores, así como de esclarecer si sólo se ha hecho de este libro la edicion que tiene el siguiente colofon: | «*Fué impresa la presente obra en la in* | *signe ciudad de Valencia en casa de Iuan* | *de Arcos, corregida á voluntad y* | *contentamiento del autor*, | *año* MDLXI», | ó si se hizo otra como parece inferirse del *Catálogo de Salvá*. Tambien pertenece á esta familia de libros el *Arte de galantería* que escribió D. Francisco de Portugal y que ofreció á las damas del palacio *don Luis de Portugal, comendador de la villa de Frontera y maestresala del Príncipe nuestro señor.*

El mérito de la version de Boscan fué reconocido por persona tan competente como Garcilaso, que no obedeció por cierto en sus juicios al afecto que al traductor profesaba, sino que le hizo cumplida justicia diciendo: «Dióse Boscan en esto tan buena maña, que cada vez que me pongo á leer este libro, ó, por mejor decir vuestro, no me parece que lo hay escrito en otra lengua; y si

alguna vez se me acuerda del que he visto y leido, luégo el pensamiento se me vuelve al que tengo entre las manos. Guardó una cosa en la lengua castellana, que muy pocos la han alcanzado, que fué huir del afectacion sin dar consigo en ninguna sequedad; y, con gran limpieza de estilo, usó de términos muy cortesanos y muy admitidos de los buenos oidos, y no nuevos ni al parecer desusados de la gente. Fué ademas de esto, muy fiel traductor, porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino al rigor de las sentencias, y por diferentes caminos, puso en esta lengua toda la fuerza y el ornamento de la obra.»

Este juicio fué algunos años despues confirmado por el cronista Ambrosio de Morales en el discurso en loor de la lengua castellana que pone, como introduccion á las obras de su tio, Fernan Perez de Oliva, en el cual se hace mencion especialísima de *El Cortesano*, y se aduce la opinion de su autor, como razon de gran peso, para demostrar la conveniencia del estudio de las lenguas vulgares, en los siguientes términos: «El autor de *El Cortesano* muestra bien el celo que aquella nacion tiene de ennoblescer su lengua, con una larga disputa de quién debe ser en ella imitado, Petrarca ó el Bocaccio (1), enseñando ántes de esto á su *Cortesano*,

(1) Evidentemente Morales no expresa aquí con exactitud el pensamiento de Castellon, que no contrapone como modelos de lengua vulgar italiana á Petrarca y al Bocaccio.

que allí instituye, cómo se ha de arrear mucho del bien hablar en su lengua, y preciarse de esto más que de ninguna otra gentileza.» Más adelante, para demostrar que el habla castellana es propia para todo género de obras en prosa y en verso, presenta, entre otros ejemplos que lo demuestran, la traduccion de Boscan, de la cual dice: «*El Cortesano* no habla mejor en Italia, donde nació, que en España, donde lo mostró Boscan por extremo bien en castellano. El mismo hizo nuestra poesía no deber nada en la diversidad y majestad de la compostura á la italiana, siendo en la delicadeza de los conceptos igual con ella, y no inferior en darlos á entender y expresarlos como alguno de los mismos italianos confiesan.»

En el famoso *Diálogo de la lengua*, publicado por Mayans, y reimpreso con muy atinadas correcciones por el Sr. Usoz y Rio, quien demuestra que es obra de Juan de Valdés, se hace mérito de *El Cortesano* en estos términos:

« *Martio.* ¿No habeis leido algun otro libro romanzado que os contente?

Valdés. Si lo he leido, no me acuerdo.

Martio. Pues he oido decir que el del *Pelegrino*, i el del *Cortesano* están muy bien romanzados.

Valdés. No los he leido, pero creedme, que tengo por mayor dificultad dar buen lustre á una obra traduzida de otra cualquiera lengua que sea

en la castellana, que en otra lengua ninguna» (1).

El juicio de estos famosos escritores tiene grandísima autoridad, y creo que hoy lo confirmarán todas las personas de buen gusto. El mérito de Boscan como hablista es tanto mayor cuanto que en su tiempo, y más aún en el que le siguió, reinaba en los escritores tal afectacion y tan excesivo atildamiento, ya por seguir de cerca el estilo y hasta las palabras de los clásicos latinos, ya por alcanzar originalidad y belleza, que sus obras son intolerables para la mayor parte de los lectores modernos.

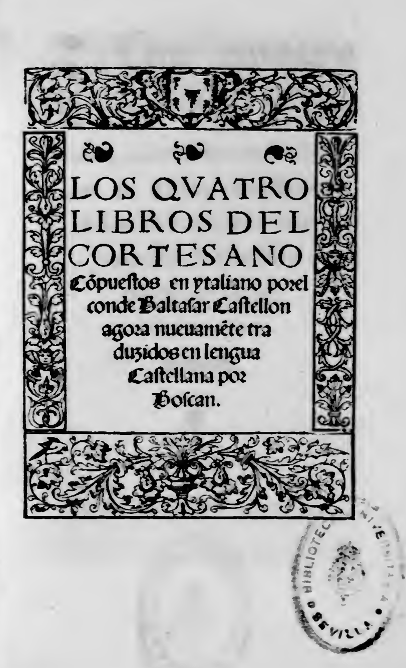
Poco me queda ya que decir respecto á la parte que he tomado en esta nueva edicion, para la cual he seguido la de Barcelona de 1534, desconocida ántes hasta el punto de haberse tenido por primera la de Toledo de 1539; no se diferencia mucho ésta de aquélla, siendo ya más notables las variantes en las ediciones posteriores; pero mi eleccion no ha podido ser dudosa, porque es racional creer que el mismo Boscan dirigió y

(1) Habrá quien atribuya á desden que Juan de Valdés no hubiese leido la traduccion de *El Cortesano*, sobre todo si sabe que Castellon maltrató de un modo inaudito á Alfonso de Valdés, con motivo del diálogo *Lactancio*, en que se trata del saco de Roma; y ya que de esto hablo, indicaré que á pesar de la respetable opinion del Sr. Usoz, el *Diálogo de la lengua* no pudo componerse hasta despues del año de 1534, pues en él se habla de la traduccion de Boscan como de cosa muy conocida, y ya se ha demostrado que no se imprimió hasta Abril de dicho año.

corrigió la edicion de Barcelona, que es, en efecto, la más pura, la más elegante en sus giros, y la que tiene todos los caractéres de haber conservado con todos sus accidentes la obra del traductor castellano.

Por lo que á la parte material de esta edicion se refiere, notará el lector que es tan esmerada como lo será la de todos los *Libros de Antaño*, y para darle mayor atractivo la ha adornado el editor con una reproduccion fotográfica de la portada de la de 1539, perfectamente hecha por el Sr. Sancho Rayon, no consintiendo el mal estado de los ejemplares que se han podido hallar de la edicion de 1534 reproducir, como deseábamos, la de ésta. Aun es mayor adorno de nuestra edicion el precioso grabado copia del retrato de Castellon, de mano de Rafael, de que ántes se habla, y que se conserva en el Museo nacional de París. No hay duda acerca de la autenticidad de este retrato; alguno la ha tenido de que fuese obra del mismo Sanzio, atribuyéndola siempre cuando ménos á los discípulos que trabajaban en Roma bajo su direccion; pero el Sr. Quatremere de Quincy demuestra de un modo incontestable que el retrato de Castellon es debido al maravilloso pincel del genio de Urbino.

[illegible]



LOS QVATRO LIBROS DEL CORTESANO

Cópueſtos en ytaliano poꝛel conde Baltaſar Caſtellon agoꝛa nueuamēte tra duzidos en lengua Caſtellana poꝛ Boſcan.

Los quatro libros del Cortesano compuestos en italiano por el Conde Balthasar Castellon y agora nuevamente traducidos en lengua castellana por

Boscan.



M.D.xxxiv.

Con privilegio imperial



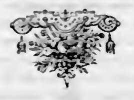


Don Cárlos por la divina clemencia emperador de romanos siempre augusto, rey de Germania; doña Joana, su madre, y el mismo don Cárlos por la gracia de Dios reyes de Castilla, de Aragon, de las dos Sicilias, de Hierusalem, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Leon, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las islas Indias y Tierra Firme del mar Océano; archiduques de Austria, duques de Borgoña y de Bravancia, e condes de Barcelona, Flándes y Tirol, e señores de Vizcaya y de Molina, e duques de Athenes y Neopatria; condes del Rosellon y de Cerdaña, marqueses de Oristan y Gociano: Por cuanto por parte de vos, Pedro Mompezat, nos ha sido hecha relacion que Juan Boscan, criado de nuestra casa, ha

traducido de toscano en romance castellano un libro intitulado *El Cortesano*, y nos habeis enviado á suplicar que os hiciésemos merced y mandásemos por el tiempo que fuésemos servido que vos ó la persona ó personas que vuestro poder hubiesen y no otras algunas puedan imprimir y vender en todos nuestros reinos y señoríos el dicho libro. É Nos, acatando lo susodicho y que por algunos de nuestro Consejo el dicho libro ha sido visto y examinado y aprobado por bueno, lo habemos tenido así por bien. Por ende, con tenor de las presentes, de nuestra cierta ciencia y autoridad real, os damos licencia y facultad que por tiempo y espacio de diez años primero siguientes que se cuenten del dia de la data desta en adelante, la persona ó personas que vuestro poder para ello hubieren, y no otras algunas, en todos nuestros reinos y señoríos puedan imprimir é impriman, y vendan el dicho libro desuso declarado, so pena que cualquier persona ó personas, que sin tener vuestro poder para ello lo imprimieren ó vendieren ó hicieren vender ó imprimir, pierdan toda la impresion que hicieren ó vendieren y los moldes y aparejos con que lo hicieren, é incurran cada uno dellos en pena de mil florines de oro por cada vez que lo contrario hicieren, la cual dicha pena se reparta en esta manera: la tercera parte para la persona que lo acusáre, y la otra parte para el juez que lo esecutáre, y la otra tercera parte pa-

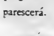
ra nuestro fisco. E por las mismas presentes ó su traslado auténtico, signado de escribano público, mandamos á todos y á cualesquier oficiales nuestros exercientes jurisdiccion en los nuestros dichos reinos y señoríos, que vos guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir con efecto la presente nuestra real provision y todo lo en ella contenido, y contra ella no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so incorrimiento de nuestra ira é indignacion y pena de mil florines de oro del que lo contrario hiciere, exigideros y á nuestros cofres aplicaderos. En testimonio de lo cual mandamos hacer las presentes con nuestro sello comun en el dorso selladas. Dat en nuestra villa de Monzon á xx dias de Deciembre del año del nacimiento de nuestro Señor mil quinientos treinta y tres.

El Rey.





SÍGUESE *El Cortesano*, dividido en cuatro libros, los cuales tratan y es su fin de formar un Cortesano de las calidades y perfeciones que le pertenecen para ser perfeto Cortesano. Y asimismo tratan de las calidades que le pertenecen á una dama para ser perfeta dama. Y como estas calidades son muchas y diversas, así son muchas y diversas las materias que se tratan en este libro por muy apacible estilo. Fueron tratadas y platicadas todas estas materias en la Corte ó palacio del Duque de Urbino entre los Cortesanos de su casa por ante la Duquesa y sus damas, segun que más por extenso se dirá en el primero capítulo del primero libro. El Autor no dividió estos libros por capítulos; mas agora pareciendo á algunos que leer un libro desde el principio hasta el fin, sin haber donde pare ó repose el espíritu, trae consigo un cansancio ó hastío, se acordó en esta impresion de dividir cada uno de los cuatro libros por sus capítulos para más descanso del lector, como por el progresso dél parescerá.





Á LA MUY MAGNÍFICA SEÑORA

DOÑA GERÓNIMA PALOVA DE ALMOGAVAR

No há muchos dias que me envió Garcilasso de la Vega (como Vuestra merced sabe) este libro llamado *El Cortesano*, compuesto en lengua italiana por el conde Baltasar Castellon. Su título y la autoridad de quien me le enviaba, me movieron á leelle con diligencia. Vi luego en él tantas cosas tan buenas, que no pude dexar de conocer gran ingenio en quien le hizo. Demas de parecerme la invincion buena, y el artificio y la dotrina, parecióme la materia de que trata, no solamente provechosa y de mucho gusto, pero necesaria por ser de cosa que traemos siempre entre las manos. Todo esto me puso gana que los hombres de nuestra nacion participasen de tan buen libro, y que no dexasen de entendelle por falta de entender la lengua, y por eso quisiera traducille luego. Mas como estas cosas me movian á hacello,

así otras muchas me detenian que no lo hiciese; y la más principal era una opinion que siempre tuve de parecerme vanidad baxa y de hombres de pocas letras, andar romanzando libros; que áun para hacerse bien vale poco, cuanto más haciéndose tan mal, que ya no hay cosa más léxos de lo que se traduce que lo que es traducido. Y así tocó muy bien uno, que hallando á *Valerio Máximo* en romance, y andando revolviéndole un gran rato de hoja en hoja sin parar en nada, preguntado por otro qué hacia, respondió que buscaba á *Valerio Máximo*. Viendo yo esto, y acordándome del mal que he dicho muchas veces de estos romancistas (aunque traducir este libro no es propiamente romanzalle, sino mudalle de una lengua vulgar en otra quizá tan buena), no se me levantaban los brazos á esta traducion. Por otra parte me parecia un encogimiento ruin no saber yo usar de libertad en este caso, y dexar por estas consideraciones ó escrúpulos de hacer tan buena obra á muchos, como es ponelles este libro de manera que le entiendan.

Andando yo en estas dudas, Vuestra merced ha sido la que me ha hecho determinar mandándome que le traduxese; y así todos los inconvenientes han cesado, y sólo he tenido ojo á serviros; y estoy tan confiado con tener tan buen fin, que esta sola confianza basta para hacerme acetar esto. Cuanto más que este libro dán-

dose á vos es vuestro, y así vos miraréis por él en aproballe y defendelle si fuere bueno, ó en ponelle en parte donde no parezca siendo malo. Yo sé que si yo no le he estragado en el traducille, el libro es tal que de ninguna otra cosa tiene necessidad, sino de un ingenio como el de Vuestra merced que sea para entendelle y gustalle. Y así he pensado muchas veces que este *Cortesano* ya cuanto á lo primero es dichoso; porque en Italia alcanzó por señora á la Marquesa de Pescara, que tiene fama de la más avisada mujer que hay en todas aquellas tierras, y casi en sus manos nació, y ella le tomó á su cargo y le crió y le hizo hombre para que pudiesse andar por el mundo ganando honra; y agora en España habrá alcanzado á ser de Vuestra merced, que (por hablar templadamente) teneis las mismas calidades della; y á él podréisle hacer tanta honra que quizá le baste para no querer más, ni curar de otra cosa ya sino de sosegarse y descansar de sus trabajos en vuestras manos.

Yo no terné fin en la traducion deste libro á ser tan estrecho que me apriete á sacalle palabra por palabra, ántes, si alguna cosa en él se ofreciere, que en su lengua parezca bien y en la nuestra mal, no dexaré de mudarla ó de callarla. Y áun con todo esto he miedo que segun los términos de estas lenguas italiana y española y las costumbres de entrambas naciones son diferentes, no haya de

quedar todavía algo que parezca ménos bien en nuestro romance. Pero el sugeto del libro es tal, y su proceso tan bueno, que quien le leyere será muy delicado si entre tantas y tan buenas cosas no perdonáre algunas pequeñas, compensando las unas con las otras. La materia de que trata, luégo en el principio de la obra se verá, es hacer un cortesano perfeto, y tal como Vuestra merced le sabria hacer si quisiese. Y porque para un perfeto cortesano se requiere una perfeta dama, hácese tambien en este libro una dama tal que áun podrá ser que la conozcais y le sepais el nombre si la mirais mucho.

Para todo esto ha sido necessario tocar muchas cosas en diversas facultades, todas de gran ingenio y algunas dellas muy hondas y graves. Por eso no me maravillaria hallarse quizá algunos, de los que consideran las cosas livianamente y no toman dellas sino el aire que les da en los ojos, que les parezca mal enderezar yo á Vuestra merced un libro, que aunque su fin principal sea tratar de lo que es necesario para la perficion de un cortesano, todavía toque materias entricadas, y más trabadas en honduras de ciencia de lo que pertenezca á una mujer y moza y tan dama. Á esto respondo que el que hizo el libro entendió esto mejor que ellos, y de tal manera mezcló las cosas de ciencia con las de gala, que las unas se aprovechan y se valen con las otras, y están puestas

tan á propósito y tan en su lugar, y los terminos que hay en ellas, si algunos por ser de filosofía se aciertan á ser pesados, son tan necesarios allí donde están, y asentados con tan buen artificio, y tan desculpados por los mismos que allí los usan y dichos tan chocarreramente donde es menester, que á todo género de personas, así á mujeres como á hombres, convienen y han de parecer bien, sino á necios. Y aunque todo esto no fuese, vuestro entendimiento y juicio es tal que vos no os habeis de encerrar en las estrechezas ordinarias de otras mujeres, sino que toda cosa de saber os ha de convenir totalmente. Y en fin, porque ya sobre esto no haya más que debatir, quiero aprovecharme de un argumento casi semejante al de un filósofo, que disputando un dia con él muchos, y haciéndole grandes razones para proballe que no habia movimiento en las cosas, la respuesta que les dió para concluilles fue levantarse de donde estaba asentado y pasearse, y allí nadie pudo negar el movimiento. Y así á éstos quiero yo tambien concluilles con que Vuestra merced se mueva un poco, y os vean cómo entendais y gustais las cosas por altas que sean, y entónces verán si os son convenibles ó no. En fin, Vuestra merced ha de ser aquí el juez de todo; vos veréis el libro y el cortesano, y lo que yo he hecho por él en habelle puesto en vuestras manos. Si os pareciere que he salido

de esto con mi honra, agradecéme la voluntad y la obra, y si no, á lo ménos la voluntad, pues ha sido de serviros, no se pierda.

¶ Boscan.





Á LA MUY MAGNÍFICA SEÑORA

DOÑA GERÓNIMA PALOVA DE ALMOGAVAR

Si no hubiera sabido ántes de agora dónde llega el juicio de Vuestra merced, bastárame para entendello ver que os parecia bien este libro. Mas ya estábades tan adelante en mi opinion, que pareciéndome este libro bien hasta aquí por muchas causas, la principal por donde agora me lo parece es porque le habeis aprobado, de tal manera que podemos decir que le habeis hecho, pues por vuestra causa le alcanzamos á tener en lengua que le entendemos. Porque no solamente no pensé poder acabar con Boscan que le traduxese, mas nunca me osé poner en decírselo, segun le via siempre aborrecerse con los que romanzan libros, aunque él á esto no lo llama romanzar, ni yo tampoco; mas aunque lo fuera, creo que no se escusara dello, mandándolo Vuestra merced. Estoy muy satisfecho de mí, porque ántes que el

libro viniese á vuestras manos, ya yo lo tenía en tanto como entónces debia; porque si agora despues que os parece bien empezara á conocelle, creyera que me llevaba el juicio de vuestra opinion. Pero ya no hay que sospechar en esto, sino tener por cierto que es libro que merece andar en vuestras manos para que luégo se le parezca donde anduvo, y pueda despues andar por el mundo sin peligro. Porque una de las cosas de que mayor necesidad hay, doquiera que hay hombres y damas principales, es de hacer, no solamente todas las cosas que en aquella su manera de vivir acrecientan el punto y el valor de las personas, mas áun de guardarse de todas las que pueden abaxalle. Lo uno y lo otro se trata en este libro tan sábia y tan cortesanamente que no me parece que hay que desear en él sino vello complido todo en algun hombre, y tambien iba á decir en alguna dama, si no me acordára que estábades en el mundo para pedirme cuenta de las palabras ociosas. Demas de todo esto, puédese considerar en este libro, que como las cosas muy acertadas siempre se estienden á más de lo que prometen, de tal manera escribió el Conde Castellon lo que debia hacer un singular cortesano, que casi no dexó estado á qüien no avisase de su oficio.

En esto se puede ver lo que perdiéramos en no tenelle; y tambien tengo por muy principal el beneficio que se hace á la lengua castellana en poner en ella cosas que merezcan ser leidas; porque yo no sé qué desventura ha sido siempre la nuestra, que apénas ha nadie escrito en nuestra lengua sino lo que se pudiera muy bien escusar, aunque esto sería malo de probar con los que traen entre las manos estos libros que matan hombres.

Y supo Vuestra merced muy bien escoger persona por cuyo

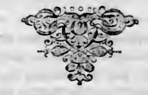
medio hiciésedes este bien á todos, que siendo á mi parecer tan dificultosa cosa traducir bien un libro como hacelle de nuevo, dióse Boscan en esto tan buena maña, que cada vez que me pongo á leer este su libro ó (por mejor decir) vuestro, no me parece que le hay escrito en otra lengua. Y si alguna vez se me acuerda del que he visto y leido, luégo el pensamiento se me vuelve al que tengo entre las manos. Guardó una cosa en la lengua castellana que muy pocas la han alcanzado, que fué huir del afetacion sin dar consigo en ninguna sequedad, y con gran limpieza de estilo usó de términos muy cortesanos y muy admitidos de los buenos oidos, y no nuevos ni al parecer desusados de la gente. Fué, demas desto, muy fiel tradutor, porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino á la verdad de las sentencias, y por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza y el ornamento de la otra, y así lo dexó todo tan en su punto como lo halló, y hallólo tal que con poco trabajo podrian los defensores de este libro responder á los que quisiesen tachar alguna cosa dél. No hablo en los hombres de tan tiernos y delicados oidos que entre mil cosas buenas que terná este libro les ofenderá una ó dos que no serán tan buenas como las otras, que destos tales no puedo creer sino que aquellas dos les agradan y las otras les ofenden, y podríalo probar con muchas cosas que ellos fuera desto aprueban.

Mas no es de perder tiempo con éstos, sino remitirlos á quien les habla y les responde dentro en ellos mismos, y volverme á los que con alguna aparencia de razon podrian en un lugar desear satisfacion de algo que les offendiese, y es que allí donde se trata de todas las maneras que puede haber de decir donaires y cosas bien dichas á propósito

de hacer reir y de hablar delgadamente, hay algunas puestas por exemplo, que parece que no llegan al punto de las otras, ni merecen ser tenidas por muy buenas de un hombre que tan avisadamente trató las otras partes; y de aquí podrian inferir una sospecha de no tan buen juicio ni tanta fineza del autor como le damos. Lo que á esto se puede responder es que la intincion del autor fué poner diversas maneras de hablar graciosamente y de decir donaires, y porque mejor pudiésemos conocer la diferencia y el linaje de cada una de aquellas maneras, púsonos exemplo de todas, y discurriendo por tantas suertes de hablar, no podia haber tantas cosas bien dichas en cada una destas, que algunas de las que daba por exemplo no fuesen algo más baxas que otras. Y por tales creo yo que las tuvo sin engañarse punto en ellas, un autor tan discreto y tan avisado como éste. Así que ya en esto se vee que él está fuera de culpa: yo sólo habré de quedar con una, que es el haberme alargado más de lo que era menester. Mas enójanme las sinrazones, y hácenme que las haga con una carta tan larga á quien no me tiene culpa. Confieso á Vuestra merced que hube tanta invidia de veros merecer sola las gracias que se deben por este libro, que me quise meter allá entre los renglones ó como pudiese. Y porque hube miedo que alguno se quisiese meter en traducir este libro, ó por mejor decir, dañalle, trabajé con Boscan que sin esperar otra cosa hiciese luégo imprimille por atajar la presteza que los que escriben mal alguna cosa suelen tener en publicalla. Y aunque esta traducion me diera venganza de cualquier otra que oviera, soy tan enemigo de cisma, que áun ésta tan sin peligro me enojára. Y por esto casi por fuerza le hice que á todo correr le pasase, y él me

hizo estar presente á la postrera lima, más como á hombre acogido á razon que como ayudador de ninguna enmienda. Suplico á Vuestra merced que pues este libro está debaxo de vuestro amparo, que no pierda nada por esta poca de parte que yo dél tomo, pues en pago desto, os le doy escripto de mejor letra, donde se lea vuestro nombre y vuestras obras.

¶ Garcilasso de la Vega.





AL ILLUSTRE Y MUY REVERENDO

SEÑOR DON MIGUEL DE SILVA,

OBISPO DE VISEO

Al tiempo que el Sr. Guidubaldo de Montefeltro, duque de Urbino, falleció, yo, juntamente con otros caballeros que le habian servido, quedé en servicio del duque Francisco María de la Rovere, heredero y sucesor dél en el Estado. Y sintiendo yo entónces en mi corazon el olor fresco de las virtudes del duque Guido, y acordándome del contentamiento que yo en aquellos años habia tenido con la dulce conversacion y compañía de tan escelentes hombres como entónces se hallaron en la córte de Urbino, fuí movido á escribir estos libros del *Cortesano*, y esto hícelo en pocos dias con propó-

sito de corregir despues con el tiempo los errores que del deseo de pagar presto esta mi deuda habian procedido. Mas la fortuna me ha traido muchos años siempre tan ocupado en negocios y trabajos tan continos, que yo nunca he tenido espacio de enmendar y poner este libro en el punto que convenia pará que mi flaco juicio quedase satisfecho. Así que hallándome en España, y siendo allí por cartas de Italia informado que la señora Vitoria de la Colona, marquesa de Pescara, á quien yo dí traslado de este libro, y no á otra persona ninguna, habia (quebrándome su palabra) hecho trasladar dél ya una muy gran parte, no pude dexar de recibir pena dello teméndome de algunos inconvenientes que en semejantes casos pueden acaecer. Todavía me confié mucho esperando que el ingenio y seso de esta señora (la virtud de la cual yo siempre he tenido en grande veneracion, como á cosa divina) serian bastantes á proveer que ningun perjuicio me viniese de haber yo obedecido á sus mandamientos. Despues supe que aquella parte del libro que se habia hecho trasladar, se hallaba en Nápoles en poder de muchos, y (segun comunmente son los hombres amigos de novedades) parecia que los más dellos andaban ya por hacella imprimir. Y así yo, de miedo de este peligro, determinéme de ver y emendar luégo en el libro lo poco que me sufria la brevedad del tiempo con

intencion de publicalle, juzgando ser ménos mal dexarle que le viesen poco corregido por mi mano que muy dañado y destruido por la ajena. De manera que siguiendo esta determinacion mia, comencé á leelle; y luégo en el comienzo, considerando el título, tomóme una tristeza grave, la cual despues, leyendo adelante, creció en mayor grado, acordándome que los más de aquellos que están introducidos en el proceso de la obra son ya muertos. Porque demas de los que van puestos en el prólogo del postrer libro, muerto es el mismo Micer Alfonso Ariosto, al cual es endereezada esta obra, mancebo bien criado, discreto, dulce, de buenas costumbres y hábil en toda cosa que conveniese á buen hombre de córte. Falleció asimismo el duque Julian de Medici, cuya bondad y nobleza merecian más largo tiempo en el mundo ser gozadas. Es muerto tambien Micer Bernardo, cardenal de Santa María *in Portico*, el cual por una gracia y viveza de ingenio que naturalmente tenía, fué muy aceto á todos los que le conocieron; y muerto es Otavian Fregoso, varon señalado en nuestros tiempos, manánimo y hombre de gran conciencia, lleno de bondad, de ingenio, de prudencia y cortesía, y verdaderamente amigo de honra y de virtud, y tan merecedor de ser loado, que sus mismos enemigos nunca pudieron dexar de loalle; y aquellas desdichas y adversidades, que él con gran ánimo continuamente

sufrió, harto claramente mostraron que la fortuna, como siempre ha sido, así tambien agora es contraria á la bondad. Muertos son, en fin, muchos otros de los nombrados en este libro, á los cuales parecia que la natura les hubiese prometido y les debiese larga vida. Pero lo que más es de doler y que no debria decirse sin lágrimas, es que tambien la señora Duquesa es muerta. Y si mi corazon se altera por la pérdida de tantos amigos y señores mios que me han dexado en esta vida como en un desierto lleno de trabajos, razon es que mucho más gravemente sienta el dolor de la muerte de esta señora que de todos los otros; pues ella mucho más que todos los otros valia, y yo tambien más á ella que á los otros era encargo. Así que por no tardarme en pagar lo que debo á la memoria de una señora tan ecelente y de los otros que fallecieron; movido tambien (como arriba dixe) por el peligro que á este libro comenzaba á recrecerse, hele hecho imprimir y hele publicado tal cual de la brevedad del tiempo me ha sido concedido.

Y pues vos no conocistes ni á la señora Duquesa ni á ninguno de los otros que murieron, salvo al duque Julian y al Cardenal de Santa María *in Portico*, porque agora los conozcais, aunque son muertos, os envio este libro como un retrato de la córte de Urbino, no hecho por mano de Rafael ó de Miguel Ángel, sino de

un pintor muy baxo y mal diestro y que solamente sabe debuxar, asentando las líneas principales sin acompañar ni hermosear la verdad con la lindeza de las colores, ni hacer parecer por arte de perspetiva lo que no es. Mas aunque yo haya mostrado con gran diligencia cuanto he podido, con las pláticas que en este libro se introducen, las proprias calidades y condiciones de los que en esta obra están nombrados, yo os confieso que no he podido llegar, no solamente á exprimir, mas ni áun á señalar las virtudes de la señora Duquesa, porque ni el estilo mio basta á esplicallas ni mi entendimiento á imaginallas. Y si en esto ó en otras cosas dignas de reprehension (de las cuales pienso que habrá muchas en este libro) yo fuere reprehendido, quiero que sepan todos que no he de contradecir á la verdad ni he de defenderme falsamente; mas porque hay hombres que huelgan tanto alguna vez de reprehender, que reprehenden hasta aquello que no merece ser reprehendido, yo agora no dejaré de responder á algunos que me echan culpa porque en el escribir no he seguido al *Bocacio*, ni he querido obligarme á la costumbre del hablar toscano de nuestros tiempos, y cuanto á lo primero decilles he, que aunque el *Bocacio* fuese de gentil ingenio, conforme á lo que en su tiempo se usaba y en alguna parte escribiese con discrecion y industria, todavía se tiene por determinado que mejor escribió cuando se dejó ir

tras su vena y instinto natural sin otro estudio ni cuidado de limar sus escritos, que cuando con diligencia y trabajo se esforzó en ser más limado y corregido. Por esto los mismos que son de su bando afirman que él en sus propias cosas tuvo el juicio muy errado, despreciando las que le han hecho honra y preciando las que valen poco ó no nada. Así que si yo siguiera aquella manera de escribir que en él es reprehendida hasta por aquellos que en lo demas le alaban, no pudiera huir por lo ménos aquella misma culpa que á él se dió acerca de esto, y áun fuera mayor la mia, porque él erró pensando que acertaba, y yo erraria agora conociendo que yerro: y tambien si yo siguiera aquella otra forma que en sus escritos es aprobada por muchos y ménos estimada por él, pareciérame, siguiéndole en esto, mostrar claramente que yo no concordaba en mi juicio con el del autor á quien seguia, lo cual no pudiera dexar (si yo no me engaño) de ser inconveniente ó desatino.

Y ya que todas estas cosas faltáran, no pudiera yo en el sujeto seguir al *Bocacio*, no habiendo él escrito jamas cosa de materia semejante á estos libros del *Cortesano*, y en la lengua (á mi parecer) tampoco debia seguille; porque la fuerza y verdadera regla de hablar bien consiste más en el uso que en otra cosa, y siempre es tacha usar palabras que no se usen; por esto no convenia usar yo muchas de las del *Bocacio*, las cuales en su

tiempo se usaban, mas agora ya andan desechadas áun por los mismos toscanos. Tampoco he querido obligarme á la costumbre del hablar toscano de nuestros tiempos, porque el trato que hay entre diversas naciones ha tenido siempre fuerza de llevar de la una á la otra casi como las mercadurías, así tambien nuevos vocablos, los cuales despues permanecen ó caen, segun son por el uso admitidos ó desechados. Y esto demas de estar probado con el testimonio de los antiguos, vese claramente en el *Bocacio;* en el cual hay tantas palabras francesas, españolas y proenzales, y algunas por ventura no bien entendidas por los toscanos modernos, que si se quitasen todas de él, quedarian sus libros mucho menores. Y porque (á mi parecer) la costumbre del hablar de las otras ciudades principales de Italia donde se juntan hombres sabios, ingeniosos y elocuentes que tratan cosas grandes de gobiernos de estados, de letras, de armas y de diversos negocios, no es justo que sea del todo despreciada en los vocablos que en todos esos lugares se usa hablando; pienso que he podido con razon usar aquéllos escribiendo que traen consigo gracia y gentileza en la pronunciacion, y son comunmente tenidos por buenos y proprios para declarar lo que conviene, aunque no sean toscanos ni tengan su principio de Italia. Demas de esto úsanse en Toscana muchos vocablos manifiestamente corrompidos del latin,

los cuales en la Lombardía y en otras partes de Italia han quedado enteros y sanos, y tan generalmente son usados de todos, que por los hombres principales son admitidos por buenos, y por el vulgo entendidos sin dificultad. Así que yo no pienso haber errado si escribiendo he usado alguno de éstos, y más ayna tomado el entero y sano de mi patria que el corrompido y estragado de la ajena. Y no tengo por buena regla la de muchos que dicen que la lengua vulgar tanto parece mejor cuanto ménos se parece con la latina, ni puedo entender por qué razon á una costumbre de hablar se debe dar tanta mayor autoridad que á otra, que bastando la toscana para abonar y ennoblecer los vocablos latinos corrompidos y faltos, y dalles tanta gracia que así mancos se puedan usar por buenos, lo cual yo no niego, no pueda tambien la lombarda ó cualquier otra sostener los mismos latinos puros, enteros, proprios y no mudados en ninguna cosa con tal que sean tolerables.

Y verdaderamente, así como querer formar vocablos nuevos ó mantener los antiguos á pesar de la costumbre, se puede decir que es una presuncion muy loca, así tambien querer contra la fuerza de la misma costumbre destruir y casi enterrar vivos, los que há muchos años que duran y con el amparo del uso se han defendido de la malinidad del tiempo largo, conservando su autoridad y lustre en tiempo que por las guerras y estra-

gos de Italia, la lengua, los edificios, los vestidos y las costumbres recibieron alteracion y mudanza, demas de ser cosa muy difícil, parece crueldad y casi un alzarse contra las cosas divinas. Por esto si yo no he querido, escribiendo, usar las palabras del Bocacio que ya no se usan en Toscana, ni someterme á las leyes de aquellos que no tienen por lícito usar las que no son usadas por los toscanos de este tiempo, creo que tengo harto buena desculpa. Y pienso que en la materia del libro y en la lengua, en cuanto una lengua puede ayudar á otra, he seguido autores tan aprobados cuanto lo es el Bocacio, y no creo que se me deba tener á mal haber querido más hacerme tener por lombardo hablando lombardo, que por no toscano hablando demasiadamente toscano, porque no me acaeciese como Theophrasto, el cual, por querer hablar muy atenies, fué conocido de una simple vejezuela por no atenies. Pero porque desto en el primero libro se trata largamente, no diré más sino que por quitar toda quistion, yo confieso á mis reprehensores inorar esta su lengua toscana tan difícil y secreta, y digo que he escrito en la mia como yo hablo, y á hombres que hablan como hablo yo. Y así pienso no haber en esto agraviado á nadie. Porque cierto creeria yo que cada uno en este mundo tiene licencia de escribir y hablar en su propria lengua natural, y así tambien la tienen todos de no leer ni escuchar lo que no les parece bien.

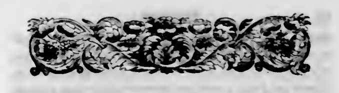
Por esto, si ellos no quisieren leer mi *Cortesano*, no pensaré que me hacen agravio.

Otros hay que quieren entrarme por otra parte; y dicen que siendo tan difícil y casi imposible hallarse un hombre tan perfeto como yo quiero que sea nuestro cortesano, ha sido escusado escribille tal; porque vana cosa es mostrar lo que no se puede aprender. Á éstos respondo que no se me dará nada haber errado con Platon, con Xenofonte y con Marco Tulio, y dexo de disputar agora, en respuesta desto, del mundo intelligible y de las ideas, entre las cuales; así como (segun la opinion destos sabios) hay idea de la perfeta república y del perfeto rey y del perfeto orador, así tambien la hay del perfeto cortesano, á la imágen de la cual si yo no he podido llegarme mucho con mi estilo, tanto menor trabajo ternán los cortesanos de llegarse con las obras al término y raya que yo con mi escribir les habré puesto. Y si áun con todo esto no pudieren alcanzar aquella perficion (cualquier que ella sea) que yo he trabajado de exprimir en estos mis libros, aquel que más cerca se le llegáre será el más perfeto, como de muchos ballesteros que tiran á un terrero, cuando ninguno dellos da en el blanco, el que más cerca dél se pone es el mejor.

No faltan algunos tambien que digan que yo he pensado formar á mí mismo, presumiendo que las calidades que pongo en el cortesano todas se

hallen en mí. Á éstos no quiero negar que no haya probado todo aquello que yo querria que supiese el cortesano. Y tengo por cierto que quien no hubiese tenido alguna noticia de las cosas que en este libro se tratan, mal podria, por muy doto que fuese, escribillas. Mas yo no soy tan sin juicio en conocer á mí mismo, que presuma de saber todo lo que sé desear. Pero, en fin, la defension de estas cosas de que me acusan, y por ventura de muchas otras, remito por agora al parecer de la opinion comun. Porque las más veces la multitud del vulgo, aunque perfetamente no conozca, todavía siente por un natural instinto un cierto olor del bien y del mal, y sin saber dar dello razon ninguna, al uno recibe y ama, y al otro desecha y aborrece. Así que, si generalmente este mi libro pareciere bien, ternéle por bueno y creeré que merece vivir, y si mal, ternéle por malo y pensaré que él mismo trae consigo su remedio, porque presto se perderá dél la memoria. Y si todavía mis reprehensores no quedaren satisfechos con este comun juicio, conténtense á lo ménos con el del tiempo, el cual de toda cosa en fin descubre las secretas tachas, y porque es padre de la verdad y juez sin pasion, suele siempre dar de la vida ó de la muerte de lo que se escribe justa sentencia.

BALTASAR CASTELLON.



PRIMER LIBRO DEL CORTESANO,

DEL CONDE BALTASAR CASTELLON,

Á MICER ALFONSO ARIOSTO;

Traducido de italiano en castellano.

PRÓLOGO

MUCHO *tiempo he dudado cuál de dos cosas seria para mí más difícil, ó negaros aquello que tan ahincadamente me habeis pedido muchas veces, ó disponerme á hacello como mejor pudiese. Por una parte me parecia muy áspero negar yo cosa alguna, en especial buena, á persona á quien en estremo amo y de quien en estremo me siento ser amado, y por otra juzgaba por cosa desconvinible, á quien teme las justas reprehensiones cuanto temer se deben, emprender lo que no esperase poderse llegar al cabo. En fin, despues de muchos debates he determinado probar cuánto en esto pueda ayudar á mi diligencia la aficion y el deseo grande de servir, con el cual en las otras cosas tanto suele ser acrescentada la in-*

dustria de los hombres. Así que, señor, vos me mandais que yo escriba cuál sea (á mi parecer) la forma de cortesanía más convenible á un gentil cortesano que ande en una córte para que pueda y sepa perfetamente servir á un príncipe en toda cosa puesta en razon, de tal manera que sea dél favorecido y de los otros loado, y que, en fin, merezca ser llamado perfeto cortesano así que cosa ninguna no le falte. Por eso, considerando yo tal mandamiento, digo que si á mí no me pareciera mayor mal ser de vos tenido por poco amigo que de los otros por poco sabio, sin duda yo me escusára de esta fatiga, temiendo no me juzgasen por loco todos aquellos que conocen cuán recia cosa sea entre tanta diversidad de costumbres como se usan por las córtes de los reyes cristianos escoger la más perfeta forma y casi la flor de esta cortesanía. Porque la costumbre hace que muchas veces una misma cosa agora nos parezca bien y agora mal; por do suele acontecer que los usos, las costumbres, las cerimonias y los modos que en un tiempo estuvieron en mucha estima vengan á ser despreciados, y por el contrario, los despreciados vengan á ser tenidos en muy gran precio. Por esto se vee claramente que el uso tiene mayor fuerza que la razon para introducir en nosotros cosas nuevas y destruir las viejas, de las cuales el que quiere juzgar la perficion hartas veces se engaña. Así que, conociendo yo esta dificultad y muchas otras en la materia que agora he de tratar, soy forzado a dar algunas desculpas, y protestar que este error (si con todo se pudiere decir error) sea de entrambos; por manera que si de esto reprehension alguna se me recreciere, tambien os quepa á vos parte de ella, que no menor culpa será la vuestra en haberme dado cargo desigual á mis fuerzas que la mia en habelle acetado.

Vengamos ya, pues, á dar principio á lo que agora nos es propuesto, y si posible fuere, formemos un cortesano tal que el príncipe que mereciere ser dél servido, aunque alcance pequeño estado, pueda llamarse muy gran señor. Yo en este libro no seguiré una cierta órden ó regla de precetos, la cual los que enseñan cualquier cosa suelen seguir comunmente; mas (segun la costumbre de muchos antiguos) renovando una agradable memoria recitaré algunas pláticas que entre algunos singulares hombres sobre semejante propósito verdaderamente pasaron, en las cuales, aunque yo no haya sido presente (por hallarme entónces cuando esto pasó en Inglaterra), trabajaré agora, cuan puntualmente la memoria me sufriere, de acordallas segun poco despues que fuí vuelto las supe de persona que muy fielmente me las contó, y con esto veréis lo que creyeron y juzgaron en esta materia hombres ecelentes y de muy gran fama, á cuyo juicio en toda cosa se puede dar mucha fe. Hará tambien á nuestro propósito, por llegar ordenadamente al fin do nuestra habla se endereza, contar la causa por donde estas pláticas se levantaron.





CAPÍTULO PRIMERO

En que se da noticia de la nobleza de la casa y córte del Duque de Urbino, y cuán noble y valeroso señor fué el duque Federico, cuya nobleza y virtudes heredó el hijo llamado Guidubaldo, en cuya casa y córte pasaron todas las pláticas y materias que se tratan en este libro entre los cortesanos y damas de su palacio, y pone las causas dello.

CASI en medio de Italia, á un lado de las montañas llamadas el Apennino, hácia el golfo de Venecia, está puesta (como todos saben) la pequeña ciudad de Urbino, la cual aunque esté entre sierras, y no tan aplacibles como por ventura son otras que vemos en muchas partes, ha alcanzado la influencia del cielo tan favorable que toda su tierra al derredor es fertilísima y llena de muchos frutos. De manera que demas de tener el aire muy sano, se halla abundantísima de toda cosa que sea menester para el vivir humano. Pero entre sus mayores bienaventuranzas tengo yo por la más principal que de mucho tiempo acá siempre ha sido señoreada de muy buenos y valerosos señores. No embargante que en los universales daños de las guerras de Italia se haya visto tambien esta ciudad, como las otras, por algun tiempo sin este bien. Mas no volviendo muy atras, podemos probar

esta bienaventuranza suya con la gloriosa memoria del duque Federico, el cual en sus dias ennobleció y honró á toda Italia, y entre los que agora viven no faltan verdaderos y ecelentes testigos de su prudencia, de su humanidad, de su justicia, de su liberalidad, de su ánimo nunca vencido, y de su saber y arte en la guerra, de la cual en especial hacen fe sus tantas vitorias, su tomar de lugares inespunables, su presteza en las empresas, y el haber muchas veces con muy poca gente desbaratado grandes y poderosos exércitos y nunca jamas haber perdido batalla. De suerte que podemos con mucha razon igualalle á muchos de los antiguos famosos. Este señor, demas de otras muchas cosas que hizo dinas de ser loadas, edificó en el áspero asiento de Urbino una casa (segun opinion de muchos), la más hermosa que en toda Italia se hallase, y así la forneció de toda cosa oportuna, que no casa, mas ciudad parecia, y no solamente de aquello que ordinariamente se usa, como de vaxillas de plata, de aderezos de cámara, de tapicería muy rica, y de otras semejantes cosas la proveyó; mas por mayor ornamento la ennobleció de infinitos bultos de los antiguos de mármol y de bronzo, de pinturas singularísimas y de todas maneras de instrumentos de música, y en todo ello no se pudiera hallar cosa comun, sino escogida y muy escelente.

Tras esto, con mucha costa y diligencia juntó un gran número de muy singulares y nuevos libros griegos, latinos y hebraicos, y guarneciólos todos de oro y de plata, considerando que ésta era la mayor escelencia de todo su palacio. Al cabo, siguiendo su

natural curso, ya de sesenta y cinco años murió con tanta gloria con cuanta siempre habia vivido. Dexó por sucesor suyo un solo hijo varon de diez años que sin madre le habia quedado, el cual se llamó Guidubaldo. Éste pareció no ménos heredero de las virtudes de su padre que del Estado, y luégo con maravillosa disposicion y habilidad de ingenio comenzó á dar tan grande esperanza de sí, cuanta no parecia que se pudiese tener de hombre mortal alguno. De suerte que todos concluian que ninguna cosa habia hecho el duque Federico de mayor escelencia que haber dado al mundo un tal hijo. Mas la fortuna, invidiosa de tanta virtud, con toda su fuerza se puso en contrastar á tan gran principio. De tal manera que no habiendo aún llegado el duque Guido á edad de veinte años cayó malo de gota, la cual con muy graves dolores, creciendo siempre, tanto en todos los miembros en breve tiempo le cargó, que ni estar en pié ni menearse podia; y así uno de los más hermosos y bien dispuestos cuerpos del mundo quedó en su verde edad desfigurado y perdido. Y no contenta aún desto la fortuna, en todo le fué tan contraria, que muy pocas veces llegó él al cabo cosa que desease. Y puesto que no le faltaba gran prudencia de juicio ni maravilloso esfuerzo ni constancia de ánimo, no por eso todo lo que comenzaba, así en los hechos de guerra, como en toda otra cosa, ó pequeña ó grande, dexaba siempre de sucedelle mal. Y desto dan testimonio muchas y diversas desdichas suyas, las cuales él de contino con tan buen corazon sufrió, que nunca de la fortuna su virtud fué vencida. Ántes él con mucho valor despreciando siem-

pre su mala dicha, así en las enfermedades como sano, y en las adversidades como bien fortunado, con grande autoridad y reputacion vivió. De manera que aunque fuese tan doliente como hemos dicho, siguió la guerra con muy honrados partidos. Primeramente en servicio de los serenísimos reyes de Nápoles, Alfonso y Fernando menor; despues con el papa Alexandre VI, y con venecianos y florentines. Tras todo esto, subido al pontificado Julio II, fué capitan de la Iglesia, en el cual tiempo, siguiendo su costumbre, procuraba sobre todo que su casa estuviese siempre llena de caballeros principales y valerosos, con los cuales muy familiarmente trataba, gozando de la conversacion dellos, y en todo esto no era menor el placer que él daba que el que recebia, por ser muy docto en la lengua latina y en la griega, y tener, juntamente con la afabilidad y buena conversacion, mucha noticia de muchas cosas. Y demas desto, tanto la grandeza de su corazon le encendia, que aunque él no pudiese con su persona exercitar las cosas de caballería (como en otro tiempo habia hecho), á lo ménos holgaba en extremo de vellas exercitar á los otros; y con buenas palabras, agora corrigiendo y agora alabando á cada uno segun los méritos, claramente mostraba cuán grande juicio fuese el suyo en semejantes exercicios. Desto procedia que en justas, en torneos, en saber menear un caballo y en jugar toda suerte de armas, asimismo en fiestas, en burlas, en música, y finalmente, en todas las cosas convenibles á caballeros de alta sangre, cada uno se esforzaba de mostrarse tal cual convenia á compañía tan escogida. Repartíanse, pues, todas las horas

del dia en honrados y deleitosos exercicios. Mas porque el Duque por su dolencia solia ordinariamente irse á echar temprano, todos tenian por costumbre de pasarse en aquella misma hora á la Duquesa, adonde hallaban siempre á Emilia Pía, la cual por ser de tan vivo ingenio y buen juicio, como sabeis, parecia maestra de todos en dar á cada uno el seso y el arte y el valor que convenia. Así que, juntados allí los unos y los otros, nunca faltaba buena conversacion entre ellos, así en cosas de seso como en burlas, y cada uno en su semblante venía lozano y alegre, de tal manera que por cierto aquella casa se pudiera llamar la propria casa del alegría. Yo no creo que jamas en otro lugar tan perfetamente como en éste se viese cuán grande fuese el deleite que se recibe de una dulce y amada compañía. Porque dexando aparte la honra que era para cada uno de nosotros servir á tal señor como el que arriba dixe, á todos en nuestros corazones nacia un estraño contentamiento cada vez que delante la Duquesa veniamos, y parecia que ella era la que á todos nos tenía en una conformidad de amor juntos y atados, de suerte que nunca concordia de voluntad ó amor de hermanos fué mayor que el que allí era entre nosotros.

Lo mismo se hallaba entre aquellas señoras que allí estaban, con las cuales teniamos una suelta y honesta conversacion, porque cada uno podia asentarse y hablar y burlar y reir con quien le parecia. Pero tanto era el acatamiento que se tenía á la Duquesa, que la misma libertad era un muy gran freno, y no habia ninguno de nosotros que no tuviese por

el mayor placer de todos servilla, y por el mayor pesar enojalla, y de aquí se seguia que la mucha libertad no quitaba la buena crianza. Las burlas y las risas en presencia della, demas de ser vivas y graciosas, traian consigo una dulce y honrada autoridad.

Aquella templanza y grandeza que en todos los hechos y palabras y ademanes della se mostraban burlando y riendo, hacian que áun de quien nunca otra vez la hubiese visto fuese tenida por muy gran señora; y así imprimiendo ella todo esto en los que le estaban cerca, parecia que á todos traia templados á su propria calidad y punto, de manera que cada uno se esforzaba á seguir el estilo conforme al della, tomando de una tal y tan gran señora reglas de buenas costumbres y crianza. Mas, en fin, todas sus grandes calidades yo no entiendo agora de escribillas, pues no hace á nuestro propósito, y pues son harto más conocidas en el mundo de lo que yo podria decir, y si algunas virtudes suyas pudieran por ventura en algun tiempo estar encubiertas, la fortuna, casi maravillándose de tantos bienes, ha querido con muchas adversidades y tentaciones de desdichas descubrillas, por mostrar que en un tierno corazon de mujer pueden la prudencia y la fortaleza hacer compañía con la hermosura y hallarse todas aquellas virtudes, que áun en los hombres muy sustanciales y graves pocas veces se hallan.

Pero dexando esto, digo que la costumbre de los caballeros de aquella casa era irse luégo despues de haber cenado para la Duquesa, adónde, entre otras muchas fiestas y músicas que continamente allí se

usaban, algunas veces se proponian algunas sotiles quistiones, y otras se inventaban algunos juegos ingeniosos, á la voluntad agora del uno y agora del otro, con los cuales los que allí estaban enamorados, descubrian por figuras sus pensamientos á quien más les placia. Alguna vez se levantaban disputas de diversas cosas, ó se atravesaban motes entre algunos. Y así holgaban estrañamente todos con esto por estar (como he dicho) aquella casa llena de muy singulares hombres, entre los cuales (como sabeis) eran los más señalados Otavian Fregoso, Micer Federico su hermano, el manífico Julian de Médici, Micer Pietro Bembo, Micer César Gonzaga, el conde Ludovico de Canossa, Gaspar Pallavicino, Ludovico Pío, Morello de Ortona, Pietro de Nápoles, Micer Roberto de Bari, y otros muchos caballeros, sin los que iban y venian, que, aunque no ordinariamente, la mayor parte del tiempo allí se hallaban : estos eran Micer Bernardo Bibiena, el único Aretino, Juan Cristoforo Romano, Pero Monte, Therpandro, Micer Nícolo Phrigio. De manera que nunca en aquella casa faltaban los más ecelentes ingenios en cualquiera facultad que en Italia se hallasen, como poetas, músicos y otras suertes de hombres para holgar.

Así que habiendo el Papa Julio II con su presencia y con ayuda de franceses reducido Boloña á la obediencia de la Sede Apostólica en el año de mil y quinientos y seis, y volviéndose á Roma, pasó por Urbino, adónde, cuan honradamente y con cuan largo y magnífico aparato se pudiera hacer en la más principal ciudad de Italia, fué recebido; de suerte que

no solamente el Papa, mas todos los Cardenales y los otros cortesanos quedaron en extremo satisfechos. Hubo algunos tan contentos de la conversacion de aquellos caballeros que allí hallaron, que, partiéndose el Papa y la córte, se quedaron muchos dias en Urbino. En este tiempo, no sólo se usaba el estilo acostumbrado de las fiestas y otros placeres ordinarios; mas cada uno tenía diligencia en añadir algo por su parte, en especial en los juegos, los cuales cada noche se trataban.

La órden dellos era ésta: que luégo llegados todos delante la Duquesa, se asentaban á la redonda, cada uno á su placer ó como le cabia, y al asentar ponínse ordenadamente un galan con una dama hasta que no habia más damas, porque casi siempre eran más ellos. Despues, como le parecia á la Duquesa se regían, la cual las más veces daba el cargo de gobernar á Emilia. Así que el dia despues de la partida del Papa, estando todos á la hora acostumbrada en el lugar ya dicho, despues de muchas pláticas buenas y de mucho gusto, la Duquesa ordenó que Emilia comenzase aquella noche los juegos, la cual, despues de habello rehusado un rato, dixo. Señora, pues á vos os parece que yo sea la que agora he de dar el comienzo á esto, yo, no pudiendo por ninguna via dexar de obedeceros, determino de levantar un juego, del cual pienso llevar poca reprension y ménos fatiga, y será que cada uno proponga á su voluntad un juego que hasta aquí nunca se haya visto, y que despues se escoja el que parezca mejor. Diciendo esto volvióse á Gaspar Pallavicino dándole el cargo de proponer pri-

mero, el cual luégo así respondió. A vos toca, señora, decir primero el juego que más os contentáre. Ya yo le he dicho, respondió ella, y en esto volvióse á la Duquesa suplicándole que mandase á Gaspar Pallavicino que obedeciese. La Duquesa entónces riendo dixo á Emilia. Porque todos de aquí adelante os obedezcan, yo os hago desde agora mi lugartiniente y os doy todo mi poder.

Estraña cosa es ésta (respondió Gaspar Pallavicino) que siempre las mujeres se escusen de fatigas, por cierto razon sería procurar de saber á lo ménos la causa desto. Mas por no ser yo el primero que desobedece dexaré esto para otro tiempo y diré lo que agora hace al caso, y así comienzo. A mí me parece que nuestros juicios, así en amar, como en todas las otras cosas, son diferentes, y por esto acontece muchas veces que lo que el uno tiene por muy bueno el otro lo tenga por muy malo. Pero, no embargante esto, todos se conforman en seguir siempre y preciar mucho la cosa amada. Por manera que suelen los enamorados, con su demasiada aficion, engañarse tanto, que piensan que aquella persona que aman sea sola en el mundo perfeta. No podemos decir que éstos no se engañen, pues nuestra naturaleza no admite perficiones tan acabadas como ellos imaginan, ni hay nadie á quien alguna cosa no falte. Pues luégo yo sería de parecer que nuestro juego fuese que dixese cada uno cuál virtud ó perficion querría que especialmente tuviese su dama, y pues no se puede alcanzar que haya persona en el mundo sin alguna falta, ya que esto ha de ser, cuál tacha en ella sufriria con ménos pena. Y en esto ve-

rémos cuál de los que aquí estamos sabrá hallar virtudes más ecelentes y provechosas, y vicios más tolerables y ménos dañosos para quien ama y para quien es amado.

En acabando de decir esto Gaspar Pallavicino, señaló Emilia á Costanza Fregosa (porque era la segunda que allí por órden estaba asentada) que dijese. La cual ya se aparejaba para hablar, pero la Duquesa la atajó diciendo que pues Emilia no habia querido tomar trabajo en hallar algun juego, tampoco era razon que las otras le tomasen, sino que todas igualmente gozasen de la misma libertad, en especial siendo tantos los hombres que allí estaban, que no habia peligro que faltasen juegos. Así se hará, respondió Emilia, y diciendo á Costanza Fregosa que no hablase, dió el cargo de hablar á César Gonzaga, el cual así dixo:

Quien con diligencia considerare todos nuestros hechos, hallará siempre en ellos diversas faltas, y es porque la natura, así en esto como en todo lo demas es vária; al uno ha dado lumbre de razon en una cosa y al otro en otra. De aquí es que sabiendo éste lo que aquél no sabe y siendo inorante en lo que el otro entiende, cada uno fácilmente conoce el error de su compañero y no el proprio; y, así, á todos nos parece que somos muy sabios, y más por ventura en aquello en que somos más locos; y por eso hemos visto en esta casa que muchos que al principio fueron tenidos por hombres de muy gran seso, despues cayeron en opinion de perdidos. De lo cual ha sido causa la diligencia que cada uno de nosotros ha siempre tenido en escudriñar y levantar la locura del otro,

y esto parece que es como lo que (segun fama) acaece en la Pulla con los que están mordidos de un animal que allí se llama la tarántola. Para la cura destos se inventan muchos instrumentos de música, y andan con ellos mudándoles muchos sones, hasta que aquel humor, que es causa de aquella dolencia, por una cierta conformidad que tiene con alguno de aquellos sones, sintiendo el que más cuadra á su propria calidad, súpitamente movido, tanto mueve al enfermo, que mediante este movimiento le reduce á su verdadera salud. Así nosotros, cuando en alguno sentimos alguna ascondida fuerza de locura, tan sotilmente y con tantas razones y consejos y artes la despertamos, que en fin conocemos muy bien hácia dónde se encamina. Despues, entendido el humor, tanta priesa le damos y así la meneamos y revolvemos, que luégo la hacemos llegar al perfeto punto de manifiesta locura. Y así los unos salen locos en hacer versos, los otros en ser muy músicos, algunos en amores, otros en danzar y bailar, quién en menear un caballo, quién en jugar de armas, cada uno, en fin, segun su vena, y desto (como sabeis) se han habido infinitos placeres. Así que tengo yo por cierto que en cada uno de nosotros hay alguna simiente de locura, la cual, si se granjea, puede multiplicarse casi en infinito. Por eso querria que nuestro juego fuese agora disputar esta materia, y que cada uno dixese, habiendo yo de enloquecer públicamente, en qué género de locura daria y sobre qué cosa se fundarian más aina mis desatinos. Esto se podrá sacar por aquellas señales ó centellas de locura que cada dia salen de mí. El mis-

mo juicio se haga en los otros, guardando la órden de nuestros juegos, y cada uno procure de fundar su opinion sobre algun verdadero argumento. El fruto que sacarémos desto será conocer nuestras faltas para mejor guardarnos dellas. Y si la vena de locura que descubriéremos fuera tan abundante, que parezca ser sin remedio, ayudalle hemos en hacella mayor; y (segun la doctrina de fray Mariano) habrémos ganado una alma, que no habrá sido poca ganancia. Deste juego rieron mucho, y hablaron en él todos un gran rato. El uno decia: yo enloqueciera de pensar. El otro: Yo de mirar. Decia otro: pues yo ya estoy loco, no sé si es de entrambas cosas. Y así hablaba cada uno lo que se le antojaba.

Entónces fray Serafin, riendo por el arte que solia, dixo: Eso sería muy larga cosa; pero si vosotros quereis yo os diré otro mejor juego, y podrá cada uno sobre él decir su parecer. ¿Por qué es que casi todas las mujeres se aborrecen con los ratones y quieren bien á las culebras? y apostar he que nadie sepa acertallo, sino yo, que sé este secreto por una estraña via. En esto ya comenzaba á decir su conseja, mas Emilia le mandó que callase, y dexando la dama que allí luégo por órden estaba asentada, señaló al único Aretino, al cual le cabia la mano que hablase. Él entónces, sin esperar más, comenzó á hablar por aquellos términos de que solia usar algunas veces, y dixo.

Yo querria ser juez con autoridad de poder con todo género de tormentos sacar la verdad de los malhechores. Y esto por descubrir los engaños de una se-

ñora harto desabrida y ingrata, la cual con los ojos de ángel y con el corazon de serpiente nunca trae la lengua conforme con el ánimo; ántes con fingida y engañosa blandura en ninguna cosa entiende, sino en hacer notomía de corazones, tanto que en aquella parte de África arenosa no se halla tan ponzoñosa sierpe, que tanto desee siempre henchirse de humana sangre, como esta falsa y áspera mujer, la cual no solamente con su dulce voz y blandas palabras, mas con los ojos, con la risa, con el semblante y con otras mil maneras trae asidos cuantos la oyen y la veen, y todo esto no para más de matallos luégo. Pero pues yo no puedo, como querria, aprovecharme de los tormentos que se suelen dar de cadenas y de cuerdas y de fuego por saber una verdad, deseo á lo ménos saberla con un juego, el cual es éste: que cada uno de nosotros diga lo que le parece que sinifica aquella letra S que la señora Duquesa trae en la cabeza; que, aunque sea esto tambien un artificioso velo para poder engañar, por ventura le darémos agora algun entendimiento que quizá ella hasta aquí no le haya pensado. ¿Qué sabemos si la fortuna, doliéndose de las fatigas que los hombres pasan por esta señora, la ha traido á que descubra con esta pequeña señal el entrañable deseo que tiene de matar y enterrar en congoxas á quien quiera que la mira ó la sirva? Rióse desto la Duquesa; mas viendo el único Aretino que ella queria escusarse de las culpas que él le echaba, díxole : no, señora, no es tiempo agora deso. No os cabe á vos el lugar de hablar por agora. Emilia entónces volvióse al Único y díxole.

No hay nadie aquí que no os otorgue ventaja en

todo, y mucho más en conocer á la señora Duquesa; y así como vos con vuestro gran entendimiento la conoceis mejor que los otros, así tambien la amais más que todos, los cuales no pueden entender sino ciegamente cuánto ella sea perfeta; así como las aves de flaca vista, que no alcanzan á tener ojos para el sol; y por esto vuestro juicio ha de declarar esta duda, que todo lo otro sería trabajar en vano. Así que esta demanda quédese para vos solo, pues vos solo sois el que la puede sacar en limpio.

El Único en esto, despues que hubo callado un poco, siéndole replicado que hablase, al cabo dixo un soneto, declarando lo que significaba aquella letra S. Muchos pensaron que entónces allí le habia hecho; mas por otra parte pareció tan ingenioso y de tan gentil estilo, que vieron todos, cómo no se pudiera hacer sino siendo muy pensado. Y así, despues de habelle, los que allí estaban, alabado mucho y pasado sobre él algunas pláticas, Otavian Fregoso, al cual le cabia ya decir su juego, en tal manera sonriéndose comenzó.

Señores, si yo quisiese afirmar que nunca en mi vida estuve enamorado, soy cierto que la señora Duquesa y la señora Emilia, aunque no lo creyesen, mostrarian creello y dirian que esto ha sido por haberme yo desconfiado de jamas poder acabar con mujer ninguna que me quisiese bien; lo cual, por cierto, yo hasta aquí no lo he trabajado con tanta fuerza que por razon deba perder ya las esperanzas de podello alcanzar siquiera alguna vez; ni tampoco he dexado de enamorarme porque yo me tenga en tanto ó á las

mujeres en tan poco que piense que no haya muchas que merezcan ser amadas y servidas de mí, mas helo dexado de miedo de los continos llantos de algunos enamorados, los cuales, amarillos, tristes y afligidos, con gran silencio, parece que siempre traen su proprio descontentamiento escrito en los ojos, y si hablan, acompañando las palabras con sospiros, continamente tratan de lágrimas, de tormentos, de desesperaciones y de deseos de muerte. Con esto yo, si alguna vez veo en mí encendida alguna centella de amores, prestamente me esfuerzo con toda industria á matalla, no porque quiera mal á las mujeres (como piensan estas señoras), mas por lo que cumple á mi salud. Despues he visto otros desta misma dolencia muy al reves de los que arriba dixe, los cuales no sólo se alaban y andan ufanos cuando sus amigas los miran ó les hablan bien ó les muestran un blando gesto, pero todos sus males tienen por buenos y en todos hallan gusto; por manera que las rencillas, las iras y los malos tratamientos, todo lo llaman dulce y todo les sabe bien. Estos tales tengo yo por más que bienaventurados, porque si tanto deleite hallan en los desabrimientos de amor, los cuales por los otros enamorados son tenidos por más ásperos que la muerte, pienso que en las blanduras deben sentir aquella bienaventuranza estrema que en este mundo no se halla. Así que yo querria que agora nuestro juego fuese que cada uno de nosotros dixese, habiendo de desgustarse con él su dama, ya que hubiese de ser por fuerza, cuál causa entre todas ántes escogeria que fuese la que la moviese á ello; porque si aquí se hallan algunos

que hayan probado aquellos dulces desabrimientos que hemos dicho, soy cierto que por cortesía escogerán alguna de aquellas causas que tan dulces los hacen. Y, yo áun por ventura con esto, podria ser que cobrase ánimo de pasar un poco más adelante en esto de los amores, con esperanza de hallar tambien aquella dulzura, donde muchos otros hallan tantas amarguras, y desta suerte no podrian estas señoras de aquí adelante reprehenderme más por hombre que no ama.

Pareció muy bien á todos este juego, y ya cada uno se aparejaba á hablar en él; pero no acudiéndoles Emilia, micer Pietro Bembo, que venía luégo por órden, así dixo:

Señores, en muy gran duda me ha puesto el juego del señor Otavian Fregoso, tratando de los desabrimientos de amor; los cuales, aunque sean diferentes, para mí á lo ménos siempre han sido de una manera en ser muy recios y darme mucha fatiga, y no creo que de mí se podria aprender cosa bastante para hacellos blandos; mas por ventura son éstos más ó ménos fuertes, segun acaece ser la causa de donde nacen. Yo me acuerdo ya haber visto alguna vez aquella señora á quien yo amaba enojada conmigo por alguna sospecha vana que de mí hubiese tomado, ó verdaderamente por otra opinion falsa que contra mí tuviese por algo que en mi perjuicio le hubiesen dicho. Esto entónces me penaba tanto que yo jurára ninguna pena poderse igualar con la mia, y el mayor dolor que en aquella hora yo sentia era padecer tan grande aficion, no por culpa mia, sino por

poco amor suyo. Otras veces la vi desabrida por cosa que supe yo que era culpa mia, y esto me llegaba tanto al alma que en aquel punto yo dixera que el pasado mal habia sido muy liviano en comparacion del que entónces sentia; y parecíame, que, haber yo enojado á la persona del mundo que más deseaba tener contenta, llevaba á todos los tormentos que pudiesen sentirse. Así que es mi voto, que nuestro juego sea que cada uno diga, habiendo de estar mal con él su dama, qué querria más, ó que lo estuviese por culpa della ó por culpa dél, y con esto sabrémos cuál es mayor dolor, ó enojar á la persona que amais ó recebir enojo della. Todos esperaban la respuesta de Emilia, cuando ella, no curando más del Bembo, se volvió á micer Federico Fregoso, señalándole que hablase, el cual luégo así comenzó.

Señora, yo querria que mi voto agora se convertiese en remitirme al de algun otro destos señores que aquí han hablado, que yo por mí (si me fuese lícito) de buena voluntad aprobaria algun juego de los que se han dicho; porque en verdad me parecen todos buenos; mas por no quebrar la regla dada en esto, digo, que el que quisiese loar esta nuestra córte, áun sin entrar en lo que merece la señora Duquesa, la cual con su ecelente virtud sería para levantar de tierra hasta al cielo el más baxo espíritu que en el mundo hubiese, bien podria sin ninguna sospecha de lisonja, decir que en Italia con gran dificultad se hallarian otros tantos caballeros tan singulares, no solamente en su principal profesion de caballería, mas áun en otras muchas cosas, como los que agora aquí

se hallan. Porque si en algun lugar hay hombres que merecen ser llamados buenos cortesanos y sepan juzgar lo que más pertenece á la perficion de buena cortesanía, ciertamente se puede bien creer que aquí están. Así que, por castigar muchos locos, los cuales piensan ser buenos cortesanos si van cargados de presuncion y hacen mil desenvolturas fuera de propósito, paréceme que hará al caso que agora sea nuestro juego escoger alguno de la compañía, el cual tome cargo de formar un perfeto cortesano, esplicando en particular todas las condiciones y calidades que se requieren para merecer este título. Y si algo se dixere que no parezca convenir á este propósito, pueda cada uno de nosotros contradecir á ello como hacen los filósofos en las disputas.

Proseguia más adelante en esto micer Federico, pero Emilia le atajó diciendo : Ese juego (si la señora Duquesa fuera servida) ha de ser por agora el nuestro. Respondió la Duquesa que le placia. Entónces todos, los unos como entre sí y los otros alto, dijeron que aquél era el mejor juego que se pudiera en el mundo hallar. Y así, sin esperar el uno la respuesta del otro, importunaban á Emilia que señalase el que habia de comenzalle. La cual, volviéndose á la Duquesa, la suplicó que determinase quién le comenzaria, porque ella no queria en esto dar su sentencia, por no mostrar cuál tenía por más suficiente en aquello, de manera que los otros quedasen injuriados. Respondió la Duquesa : como quiera que sea, vos habeis de hacer esta elecion, y guardaos de desobedecer por no dar exemplo á los otros que hagan lo mismo.

CAPÍTULO II

Cómo fué nombrado por Emilia dama, y confirmado por la Duquesa, el conde Ludovico de Canossa para que tomase el cargo de formar un perfeto cortesano, el cual acetó el cargo, y comenzando dixo que lo primero que le pertenece al cortesano es ser de buen linaje.



MILIA entónces, riendo, dixo al conde Ludovico de Canosa. Pues así es, por no perder más tiempo, vos, señor Conde, tomaréis agora este cargo en la manera que ha ordenado micer Federico, no porque yo os tenga por tan buen cortesano como conviene para tratar delgadamente esta materia, mas porque diciendo vos (segun de vos se espera) muchas cosas, y áun quizá todas, al reves de como se han de decir sobre esto, pienso que el juego se hará mucho mejor, porque así será forzado que cada uno os responda contradiciéndoos, lo cual no sería si otro más avisado que vos tomase este cargo, que entónces nadie podria contradecir, y así el juego sería frio.

Respondió á esto el Conde. Señora, bien seguros somos que no faltará quien contradiga á la verdad estando aquí vos presente. Rieron todos con esta respuesta un rato, y él pasó adelante diciendo. Mas yo por cierto querría mucho escusarme de este trabajo, porque me parece muy dificultoso, y conozco en mí que lo que vos, señora, habeis dicho burlando, no dexa de ser gran verdad. Dixistes que yo no supiera decir lo que conviene al que quiere ser buen corte-

sano, y ciertamente para probarse esto, paréceme que yo basto por testigo, porque si yo no lo soy bueno, mal sabré dar las reglas necesarias para serlo. Pero consuélame ver que no es culpa mia, y que merezco desto no ninguna ó muy poca reprehension. Porque sin duda muy peor es dexar de hacer bien por no querer que por no saber; mas como quiera que esto sea, pues vos sois servida de darme este cargo, yo no puedo ni quiero rehusalle por no ir contra la órden y voluntad vuestra, la cual yo precio harto más que la mia.

Por ser, dixo entónces Micer César Gonzaga, pasada ya gran parte de la noche, en especial pues tenemos aquí agora otros muchos pasatiempos, pienso que será bien dexar eso para mañana, y así darémos espacio al Sr. Conde de pensar lo que ha de decir sobre esto, porque, á la verdad, hablar tan desapercibidamente en materia tan honda y de tantas diferencias, no puede dexar de ser muy difícil cosa.

Yo no querría, respondió el Conde, hacello como aquel que se quitó el sayo por saltar más, y saltó despues ménos, y por esto me parece gran dicha que sea tan tarde, porque con la brevedad del tiempo seré forzado á hablar poco, y tambien, no haber tenido espacio de pensar, me será descargo y hará que tenga licencia de decir lo que primero me veniere á la boca. Así que, por salir presto desta obligacion y desembarazarme ya desta carga que traigo acuestas, digo que en toda cosa hay tanta dificultad de conocer la verdadera perficion, que casi es imposible. Esto es por la diversidad de los juicios. Porque se hallan muchos

que quieren los hombres habladores, y á estos tales llaman ellos hombres de buena conversacion. Otros los desean callados y mansos. A algunos les parecen mejor los que andan siempre entendiendo en algo, y desasosegados. A otros, los que en toda cosa muestran un buen reposo y una discreta consideracion. Y así cada uno alaba ó desalaba lo que se le antoja, encubriendo siempre la tacha con el nombre de la virtud que le está más junta, ó la virtud con el nombre de la más junta tacha. De suerte que del descarado y soberbio dicen que es libre y valeroso; del templado, que es seco; del necio, que es bueno; del malicioso, que es sabio, y así de todos los otros. No embargante esto, yo tengo por cierto que cualquier cosa tiene su perficion, la cual podrá con razonables argumentos ser conocida por quien de aquella tal cosa tuviere noticia. Y porque (como he dicho) la verdad muchas veces está encubierta, y yo no presumo de tener el conocimiento necesario para conocella siempre, yo no puedo alabar sino aquella suerte de cortesanos que tengo en más, y aprobar lo que segun mi poco juicio me parece más conforme á lo verdadero. Mi opinion seguilla heis si os parece bien, y si no, aterneisos á la vuestra si fuere diferente de la mia, y en tal caso no defenderé yo mi razon porfiándola mucho; porque no solamente á vosotros os puede parecer una cosa y á mí otra, mas yo mismo puedo tener sobre un mismo caso en diversos tiempos diferentes juicios.

Quiero, pues, cuanto á lo primero, que este nuestro cortesano sea de buen linaje; porque mayor des-

proporcion tienen los hechos ruines con los hombres generosos que con los baxos. El de noble sangre, si se desvía del camino de sus antepasados, amancilla el nombre de los suyos, y, no solamente no gana, mas pierde lo ya ganado; porque la nobleza del linaje es casi una clara lámpara que alumbra y hace que se vean las buenas y las malas obras; y enciende y pone espuelas para la virtud, así con el miedo de la infamia como con la esperanza de la gloria. Mas la baxa sangre, no echando de sí ningun resplandor, hace que los hombres baxos carezcan del deseo de la honra y del temor de la deshonra, y que no piensen que son obligados á pasar más adelante de donde pasaron sus antecesores. Muy al reves desto son los de gran linaje, porque tienen por gran vergüenza no llegar á lo ménos al término do los suyos llegaron. Por eso acontece casi siempre que los más señalados en las armas y en los otros virtuosos exercicios vienen de buena parte; y es la causa de esto, que la natura en aquella secreta simiente que en toda cosa está mezclada, ha puesto y enxerido una cierta fuerza y propriedad de su principio para todo aquello que dél procede, por manera que lo que nace tiene semejanza á aquello de donde nace. Esto no solamente lo vemos en las castas de los caballos y de otros animales; mas áun en los árboles, los cuales suelen las más veces echar las ramas conformes al tronco; y, si alguna vez yerran desto, es por culpa de quien los granjea. Lo mismo es en los hombres, los cuales si alcanzan quien los crie bien, casi siempre se parecen á aquellos de donde proceden, y áun acaece muchas ve-

ces salir mejores; pero si les falta la buena crianza, hácense como salvajes; y, de no ser bien granjeados, nunca en el árbol se maduran; verdad es que ó por la buena constelacion ó por la buena naturaleza nacen algunos acompañados de tantas gracias, que parece que no nacieron, sino que fueron hechos por las proprias manos de Dios puramente sin otro medio, y ennoblecidos de todos los bienes del alma y del cuerpo. Al contrario destos se veen otros tan necios y desconcertados, que no se ha de creer sino que la natura por despecho ó por burla los echó en el mundo.

Éstos así como pocas veces, ni por mucho trabajo que en ello pongan ni por muy buena crianza que reciban, pueden llevar buen fruto; así los otros con poca fatiga suben al más alto grado de escelente perficion. Y por daros un exemplo, mirá al Sr. D. Hipólito Deste Cardenal de Ferrara, el cual ha alcanzado tan próspero nacimiento, que su persona, su semblante, sus palabras y todos sus movimientos son con tanta gracia y tan conformes á lo que más conviene, que, aunque sea mozo, es de tanta autoridad, que más parece aparejado para mostrar á los otros que para aprender de ninguno; asimismo en el tratar con hombres y con mujeres de cualquier calidad, en el burlar y en el reir es tan dulce y tan gracioso, que cuantos le hablan ó le veen le quedan luégo aficionados para siempre.

CAPÍTULO III

En el cual se prosigue la plática sobre lo del buen linaje, en que hay sotiles contradiciones y hermosas réplicas, añadiendo primero el Conde á su cortesano que sea de claro ingenio y gentil hombre de rostro y de buena disposicion de cuerpo.



OLVIENDO á nuestro propósito, digo que entre este singular dón de naturaleza y aquella bestial necedad de que arriba hemos hecho mencion, hay un cierto medio; de manera que los que no son así de tan perfeto natural, pueden con industria corregir en gran parte sus faltas. Y así nuestro Cortesano, demas del linaje, quiero que tenga favor de la influencia de los cielos en esto que hemos dicho, y que tenga buen ingenio, y sea gentil hombre de rostro y de buena disposicion de cuerpo, y alcance una cierta gracia en su gesto, y (como si dixésemos) un buen sango que le haga luégo á la primera vista parecer bien y ser de todos amado. Sea esto un aderezo con el cual acompañe y dé lustre á todos sus hechos, y prometa en su rostro merecer el trato y la familiaridad de cualquier gran señor.

Aquí, no esperando más, Gaspar Pallavicino dixo. Porque nuestro juego traiga la forma que concertamos, y no parezca que se tenga en poco la facultad á nosotros dada de contradecir, digo que (segun mi opinion) no es tan necesario (como afirmais) el buen linaje en el cortesano; ántes si yo pensase decir en esto cosa nueva, yo os traería por exemplo mu-

chos, los cuales, siendo de muy alta sangre, han sido llenos de vicios, y, por el contrario, otros de ruin linaje que con su virtud han autorizado á sus decendientes. Y si fuese verdad lo que habeis dicho, que en todas las cosas está puesta una secreta fuerza de la primera simiente, sin duda todos seríamos de una misma calidad y condicion por haber procedido de un mismo principio; y así tambien hubiera habido igualdad en los linajes. Pero creo yo que son otras muchas las causas destas nuestras diversidades y altezas y baxezas de grados; entre las cuales pienso que es la fortuna la más principal; porque en todo lo del mundo la vemos señorear, y tomar casi por un pasatiempo levantar hasta el cielo sin ningunos méritos á los que se le antoja, y enterrar en lo más baxo á los que más merecieran ser ensalzados. Yo cierto bien os confieso lo que decis del próspero nacimiento de aquellos que nacen ya dotados de los bienes del alma y del cuerpo; mas esto así se vee en los de ruin como en los de buen linaje. Porque la natura no distingue tan sotilmente estas cosas, ántes (como ya dixe) á cada paso se hallan en hombres baxos dones naturales de mucho precio.

Así que, tomado por fundamento que esta nobleza no se alcanza ni por ingenio ni por fuerza ni por arte, y que más ayna se ha de agradecer á la virtud de nuestros antepasados que á la nuestra, pienso que es muy gran sinrazon querer que nuestro *Cortesano*, por no ser generoso, haya de perder por eso su valor y la nobleza propria de su espíritu, y que no le basten harto para hacelle perfeto las otras calidades que habeis nombrado, como son ingenio, hermosura de rostro y bue-

na disposicion de cuerpo, y aquella gracia que le haga luégo á la primera vista agradable á todo el mundo.

No niego yo, dixo entónces el conde Ludovico, que áun en los hombres baxos no puedan reinar las mismas virtudes que reinan en los de alta sangre; mas sin replicar lo que ya hemos dicho, ni traer otras muchas razones que se hallarian en loor desta nobleza, la cual siempre en todo el mundo ha alcanzado con harta razon muy gran honra, porque justo es de los buenos nacer los buenos, me parece á mí que habiendo nosotros de formar un cortesano sin tacha, es necesario hacelle de buen linaje. Y esto no solamente por muchas otras razones, mas áun por aquella buena opinion general que siempre se sigue tras la nobleza y el lustre de la buena sangre. Y si quereis ver esto, mirá que si aquí hay dos hombres igualmente buenos cortesanos y ninguno dellos es conocido, á la hora que se sepa ser el uno hombre de linaje y el otro no, claro está que el baxo será ménos estimado, y terná necesidad de mucha diligencia y de mucho tiempo para imprimir en todos aquel buen conceto de sí que el otro, en el mismo punto que fueron informados de su sangre, dexó imprimido. Pues de cuánta importancia sea este imprimirse en la gente una buena opinion ó mala, no hay quien dexe de alcanzallo. Que no curando de ir más léxos, en esta casa hemos visto notarse hombres, los cuales, siendo en estremo locos y groseros, tuvieron fama por toda Italia de grandes cortesanos, y, aunque á la postre hayan sido descubiertos, muchos dias nos truxeron engañados, y sostuvieron en nosotros aquella buena opinion de sí que luégo sin más alcan-

zaron, puesto que sus obras fuesen conformes á su valer poco. Hemos tambien conocido otros al principio muy poco estimados, y despues al cabo ser tenidos en mucho.

Destos engaños que se reciben son diversas las causas, entre las otras hay una muy grande, y es la tema ó la determinada porfía de los señores, que, por hacer milagros, quieren á fuerza de brazos hacer valer los que ellos mismos conocen que no son para valer, y áun estos señores muchas veces tambien se engañan. Mas, porque todo el mundo los sigue y les aprueba cuanto hacen, suele comunmente del favor dellos nacer gran fama, á la cual por la mayor parte nuestros juicios son tan sujetos, que, si alguna vez hallan alguna cosa contra la comun opinion, piensan que no es así, sino que reciben en aquello engaño, y dudan cómo pueda ser hallarse algo que repune á lo que todos sienten, y así sospechan que debe de haber allí algun secreto, y esperan que se descubra, porque realmente tienen por cierto, que estas opiniones universales se fundan siempre sobre verdad y nacen de causas razonables. Así que visto que nuestros corazones son naturalmente aparejados á amar y á aborrecer, como se vee en las justas, en los torneos y en otros juegos donde hay alguna competencia, que allí entónces los que miran, en la misma hora se aficionan sin saber por qué, á la una de las partes con deseo estremo que aquélla quede vencedora y la otra vencida, hemos de decir, que, acerca de la opinion que del valor y del punto de cada uno se concibe, la buena fama ó la mala luégo de la primera entrada nos mueve á una

destas dos pasiones. Y por eso acontece que cuando decimos nuestro parecer en algo, las más veces juzgamos con amor ó con aborrecimiento. Pues luégo bien claro veis cuán importante sea este primer conceto que recebimos de las cosas, y cuánto deba trabajar de alcanzalle bueno al principio el que quiere tener nombre de buen cortesano.

CAPÍTULO IV

En el cual, concluyendo el Conde que el cortesano ha de ser de buen linaje, dice que le conviene ser diestro en el uso y exercicio de las armas, y que debe huir el alabarse dello, sobre lo cual hay entre los cortesanos diversas razones y réplicas.

Mas dexando esto, por venir ya á particularizar algo, pienso que el principal y más proprio oficio del cortesano sea el de las armas, las cuales sobre todo se traten con viveza y gallardía, y el que las tratáre sea tenido por esforzado y fiel á su señor, la fama destas buenas condiciones alcanzalla ha quien hiciere en todo tiempo y lugar las obras conformes á ello, faltar en esto, no puede ser sin infamia. Y, como en las mujeres la honestidad una vez alterada mal puede volver á su primer estado, así la reputacion de un caballero que ande en cosas de caballería, si una sola vez un solo punto se daña por cobardía ó otra vileza, siempre queda dañada y con mengua. Así que, cuanto más escelente fuere este nuestro cortesano en esto

de las armas, tanto más merecerá ser alabado por todo el mundo. Aunque, á la verdad, yo agora no entiendo de afirmar ser necesario en él aquel perfeto conocimiento de la guerra y aquellas otras calidades que en un capitan se requieren. Sería esto meterse en muy grandes honduras y hacer la obligacion mayor que conviene. Por eso contentarnos hemos (como hemos dicho) con que sea fiel y esforzado y que lo sea siempre. Porque muchas veces se muestra más el buen corazon en las cosas pequeñas que en las grandes. Que cada dia acontece en los peligros de importançia, donde hay muchos testigos, hallarse hombres que, aunque sean de poco ánimo, todavía movidos por la vergüenza ó por la compañía, van adelante casi con los ojos cerrados, y satisfacen á lo que su obligacion los fuerza, pero Dios sabe cómo.

Estos mismos despues en las afrentas de menor aprieto donde les parece que sin ser notados pueden dexar de meterse al peligro, de buena voluntad saben acogerse y tomar la parte más segura. Pero los que, áun cuando piensan ni ser mirados ni vistos ni conocidos, muestran buen corazon y no faltan en cosa, por pequeña que sea, de la cual por alguna via les pueda quedar sospecha de deshonra, estos tales alcanzan verdaderamente aquella virtud de esfuerzo que nosotros en nuestro cortesano buscamos. El cual con todo esto no queremos que se muestre tan fiero que continamente traiga braveza en el rostro y en las palabras, haciéndose un leon, y diciendo que «*sus arreos son las armas y su descanso el pelear*» y amenazando al mundo con aquella ferocidad con que suelen amenazar los

soldados. Á estos tales con razon se puede decir lo que una gentil dama dixo una vez delante de otras muchas á un caballero que agora yo no quiero nombrar, el cual, siéndole por ella pedido que danzase, y no queriendo él aquello ni oir música ni otra ninguna cosa de las que suelen usarse entre hombres de córte, diciendo que no se pagaba de aquellas burlerías, al cabo preguntado por esta señora de qué se pagaba pues, respondió con un semblante muy fiero. Yo, de pelear. Díxole ella entónces, con una buena risa. Pues luégo agora que no hay guerra ni hay para qué seais, yo sería de parecer que os concertasen y os untasen bien, y, puesto en vuestra funda, os guardasen con los otros arneses para cuando fuésedes menester. Y con esto dexóle en su necedad, con mucha burla que hicieron todos dél. Sea luégo éste que nosotros buscamos áspero y fiero solamente cuando viere los enemigos, hállese entónces siempre con los primeros; pero en cualquier otro lugar parezca manso y templado, huyendo sobre todo la vanidad de quererse mostrar gran hombre y señalado entre todos; guárdese de alabarse desvergonzadamente, porque con esto cuantos le oyeren se moverán á ódio y á asco contra él.

Pues yo pocos hombres (respondió Gaspar Pallavicino) he conocido escelentes que no tengan por costumbre de alabarse, y paréceme que se les puede bien sufrir; porque el que se siente en sí valer, cuando se vee no ser conocido segun sus obras de los que no las saben ó no las entienden, se duele que su valor así se pierda entre la gente, y hale de descubrir

por fuerza en alguna manera por no carecer de su debida honra, la cual es la verdadera satisfacion de los virtuosos trabajos. Y por esto, entre los que antiguamente escribieron, comunmente el que mucho vale no dexa de loarse. Yo no digo que no sean intolerables los que sin méritos se alaban; pero nosotros no hacemos cuenta que sea destos nuestro cortesano.

Si vos, dixo entónces el Conde, lo entendistes bien, yo solamente he reprehendido el alabarse el hombre desvergonzadamente y sin ninguna consideracion. Y cierto (como vos decis) no se debe tener mala opinion de un hombre señalado que templadamente se alabe; ántes ha de ser este tal tenido por mejor testigo en aquello que otro. Bien es verdad que quien alabándose á sí mismo no parece mal, ni es pesado ni contra sí levanta mala voluntad en los que le oyen, es ciertamente en gran manera discreto, y hace tanto, que, demas del loor que él mismo se da, merece que todos los otros le loen mucho.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Eso nos habeis vos de mostrar.

No faltó, respondió el Conde, entre los autores antiguos quien lo mostrase; pero (segun mi opinion) lo más esencial desto consiste en decir las cosas de manera que quien las dice no parezca tener fin á vanidad, sino que las traiga tan á propósito y acudan ellas tan á su punto, que sea falta ó cortedad dexar de decillas. Y en fin, el que se alabáre, hágalo de tal arte que todos piensen que querria él escusallo, no como estos bravos, que no hacen sino abrir la boca echando palabras al viento; como uno de los nuestros, que

habiéndole en Pisa atravesado con una pica el muslo hasta la otra parte, dixo que no la habia sentido más que si le picára una mosca. Y otro dixo que no osaba tener espejo en su cámara, porque, cuando se enojaba, hacia el rostro tan espantoso, que si entónces se viese no podria dexar de hacerse á sí mismo muy gran miedo. Riéronse todos desto; pero atravesó César Gonzaga, diciéndoles.

Vosotros, señores, ¿de qué os reis? ¿No sabeis que Alexandre, oyendo un dia que un filósofo tenía por opinion que habia infinitos mundos, comenzó á llorar, y preguntado, por qué lloraba, respondió: porque áun yo no he acabado de conquistar uno habiendo tantos? ¿Qué más dixera, si hubiera tenido propósito de conquistallos todos? ¿No os parece que ésta fué mayor braveza que ninguna de las que aquí se han dicho?

Así Alexandre, dixo entónces el Conde, era hombre más escelente que estos de que agora hemos hablado. Las personas muy señaladas tienen licencia de presumir mucho de sí, porque quien ha de hacer grandes hechos es necesario que ose hacellos y esté de sí muy confiado; no ha de ser caido ni baxo, pero ha de ser templado en sus palabras, mostrando ménos presuncion de la que tuviere, no presuma tanto que llegue ya su presumir á locura.

Paró aquí el Conde un poco, y entónces dixo riendo micer Bernardo Bibiena. Acuérdome que arriba dixistes, que este nuestro cortesano convenia que fuese gentil hombre de rostro y de cuerpo, con una gracia que le hiciese ser agradable á todo el mundo.

La gracia y la hermosura del rostro ya yo sé cierto que la tengo, y por eso tantas mujeres (como sabeis) se mueren por mí de amores. De la buena disposicion del cuerpo estoy algo dudoso, en especial con estas mis piernas, que por decir verdad no me parecen tan buenas como yo querria, de lo demas yo me contento harto. Así que yo deseo que vos me declareis en particular esta buena disposicion de cuerpo cuál ha de ser, porque yo salga desta duda y viva de aquí adelante con el espíritu más sosegado.

Gustaron desto todos, y luégo el Conde acudió diciendo. Por cierto la gracia que decimos del rostro á vos no os falta, y áun con vos mismo, sin dar otro exemplo, se puede muy bien mostrar cuál ella ha de ser; porque sin duda vuestro gesto se nos asienta mucho, y os quedamos aficionados en la misma hora los que os vemos, no embargante que no sois muy delicado en las faciones; pero mostrais en vuestra cara una buena gravedad de hombre, y por otra parte pareceis dulce. Esta calidad es muy buena y suélese hallar en muchas y diversas formas de rostros, y, en fin, es tal cual yo la querria para nuestro cortesano; no regalada ni muy blanda, ni mujeril como la desean algunos, que no sólo se encrespan los cabellos, y, si á mano viene, se hacen las cejas, mas aféitanse y cúranse el rostro con todas aquellas artes y diligencias que usan las más vanas y deshonestas mujeres del mundo. Éstos son los que en el andar y en el estar y en todos los otros ademanes son tan blandos y tan quebrados, que la cabeza se les cae á una parte y los brazos á otra, y, si hablan, son sus palabras tan afligidas

que en aquel punto diréis que se les sale el alma. Y las veces que se hallan entre hombres principales, entónces se precian de usar con todas sus fuerzas estas tales blanduras (ó por mejor hablar) deshonestidades. Éstos, pues la natura no los hizo mujeres, como ellos (segun muestran) quisieran parecer y ser, no debrian como buenas mujeres ser estimados, sino echados como públicas rameras, no solamente de donde hubiese conversacion y trato de señores, mas áun de otra cualquier parte donde hombres de bien tratasen. Así que, viniendo agora á hablar de la disposicion de la persona, digo que basta cuanto á la estatura del cuerpo que ni sea en estremo grande ni sea en estremo pequeña, porque entrambas cosas traen consigo una cierta maravilla perjudicial, y suelen los hombres desta suerte, así demasiadamente grandes ó pequeños, ser mirados casi como unos monstruos; mas si me preguntais cuál destos dos extremos escogeria yo ántes por ménos malo, deciros he que el ser muy pequeño; porque verdaderamente los hombres estrañamente grandes, demas de ser comunmente groseros, son desmañados y inhábiles para todo ejercicio de armas y de ligereza, y no querria yo que esta tacha tuviese nuestro cortesano, ántes le conviene mucho tener la persona suelta, y por eso cumple que sea de buena disposicion y de miembros bien formados, mostrando en ellos fuerza y soltura. Tambien es razon que sea hábil y exercitado en todo aquello que en un buen hombre de guerra se requiere. Destas cosas ternia yo por la más principal ser diestro en toda suerte de armas á pié y á caballo, y saberse aprovechar dellas, conociendo los

tiempos y las posturas, y todo aquello en que un hombre se puede aventajar de otro.

Pero entre todas las otras armas se ha de tener principalmente destreza en las que ordinariamente se usan entre caballeros; porque éstas no solamente en las guerras, á donde por ventura no hay necesidad de tantos primores, mas áun en las quistiones particulares, que suelen entre hombres honrados levantarse, son muy necesarias. En especial que acontece (como cada dia vemos) reñir y revolverse un ruido, y allí entónces las más veces no hay lugar de aprovecharse de otras armas sino de las que en aquel punto os hallais más á mano; y en tal caso está claro que, el que fuere más diestro, estará más cerca de llevar lo mejor y con ménos peligro. Y lo que algunos dicen que en las afrentas, donde más es menester, allí todo el artificio y toda la destreza se olvidan, no lo apruebo; porque, ciertamente los que en tal tiempo pierden el arte, de creer es que ya de miedo tenian perdido el corazon y el seso. Hace tambien mucho al caso (segun mi opinion) saber luchar, porque ayuda en gran manera á todas las armas de pié. Es asimismo bien que entienda el cortesano para sí y para sus amigos lo necesario en carteles de batalla, y que sepa hacer buena su querella y aventajarse en los puntos que hubiere en ella, mostrándose siempre en todo esforzado y prudente. Pero no sea liviano en venir fácilmente á estos desafíos, escúselos cuanto pudiere, hasta que le fuerce la obligacion de su honra. Porque, demas del peligro que estas cosas en sí traen, quien á esto se arroja livianamente sin causa necesaria, tiene muy gran culpa y

merece grave reprehension, aunque salga bien dello.

Téngase con todo en esto gran aviso, que cuando el hombre esté en los casos desta calidad ya tan adelante que no pueda tornarse atras sin vergüenza, parezca entónces en los tratos que preceden al pelear, y despues cuando peleáre, muy determinado, muestre presteza y gana y corazon. No lo haga como algunos que se les va todo el negocio en palabras y en puntos, y, tocando á ellos el escoger las armas, escogen las que no corten ó que no tengan punta, y ármanse de piés á cabeza como si hubiesen de esperar docientos tiros de pólvora, y, pareciéndoles que les basta harto no ser vencidos, no curan sino de defenderse temporizando con sus enemigos, retrayéndose y rodeando con tanta cautela ó (por mejor decir) vileza, que la honra, que deste su pelear llevan, es por lo ménos grita de rapaces. Acontéceles á estos tales como á aquellos dos de Ancona que poco há se dieron campo en Perusa, y fueron reidos de todo el pueblo. ¿Quiénes fueron ésos? preguntó Gaspar Pallavicino.

Respondió César Gonzaga. Dos primos hermanos. Dixo entónces el Conde. Ántes, segun pelearon, debieran de ser hermanos: y prosiguió diciendo.

Aprovechan tambien las armas en tiempo de paz para diversos exercicios. Muéstranse y hónranse con ellas los caballeros en las fiestas públicas en presencia del pueblo, de las damas y de los príncipes. Por eso cumple que nuestro cortesano sea muy buen caballero de la brida y de la jineta, y que no se contente con sólo tener buen ojo en conocer un caballo y ser diestro en menealle; mas áun trabaje de pasar algo más adelante

que los otros en todo, de manera que se señale siempre y, como se lee de Alcibiades, que donde quiera que se hallase llevaba ventaja á todos, hasta en aquello en que ellos mayor habilidad tenian, así este de quien hablamos sea en la propria facultad de cada uno más escelente que todos aquellos con quien tratáre. De suerte que en cabalgar á la brida, en saber bien revolver un caballo áspero, en correr lanzas y en justar, lo haga mejor que los italianos; en tornear, en tener un paso, en defender ó entrar en un palenque, sea loado entre los más loados franceses; en jugar á las cañas, en ser buen torero, en tirar una vara ó echar una lanza, se señale entre los españoles. Pero, sobre todo, si quiere merecer aquella opinion general buena, que tan preciada es en el mundo, acompañe todas sus cosas con un buen juicio y una buena gracia. Puédense tambien hallar muchos otros exercicios, los cuales, aunque no procedan derechamente de las armas, tienen con ellas muy gran deudo y traen consigo una animosa lozanía de hombre. Entre éstos son los principales la caza y la montería, que en ciertas cosas se parecen con la guerra, y sin duda son los pasatiempos que más convienen á señores y á hombres de córte, y los antiguos los usaban mucho. Si quisiéredes tambien, no daña saber nadar, y antiguamente los hombres principales lo aprendian para muchos casos que pueden ofrecerse. Hace asimismo al caso tener habilidad en saltar, en correr, en tirar barra. Porque, demas del provecho que todo esto hace en la guerra, suele algunas veces atravesarse alguna porfía ó competencia en semejantes cosas, y el que entónces se

muestra más hábil queda mejor, especialmente en la opinion del pueblo, al cual de necesidad ha de tener respeto el hombre que quiere vivir en el mundo; y, porque lo digamos todo, es tambien un buen exercicio el juego de la pelota, en el cual se conoce claramente la disposicion y soltura del cuerpo, y casi todo aquello que en los otros exercicios se vee. Suele asimismo el voltear sobre una mula ó un caballo parecer muy bien, y, puesto que sea trabajoso y difícil, aprovecha más que otra cualquier cosa para hacer que el hombre sea lijero y suelto; y demas de estos provechos, si se hace sueltamente y con buen ademan, es (á mi parecer) una buena vista, y holgaria yo tanto con ella como con otra fiesta.

Así que siendo nuestro cortesano en todos estos exercicios más que medianamente instruido y exercitado, debe contentarse y no curar de muchos otros que hay, como son voltear en el suelo y sobre una cuerda, y otras tales cosas que no son para hombres de bien, sino para chocarreros que andan con ellas ganando dineros por el mundo.

Mas porque exercitarse siempre en todo esto que hemos dicho, no se podria hacer sin gran fatiga, por ser exercicios trabajosos, y tambien continuándose demasiadamente enhadarian y perderian aquella frescura y maravilla que hay en las cosas nuevas ó en las que se hacen pocas veces, es necesario mudar á ratos, y con la diversidad remediar el hastío que anda siempre envuelto en nuestra vida. Por eso quiero que nuestro cortesano se dé algunas veces á otras cosas más sosegadas y más mansas. Y así debe por no causar conti-

namente envidia, y porque le tengan por hombre de buena conversacion, hacer todo lo que los otros hacen con tal que sea lo que hiciere honesto y virtuoso, y que él se rija siempre con tan buen juicio, que no haga necedades ni locuras, sino que burle, ria, sepa estar falso, dance y se muestre en todo de tan buen arte que parezca avisado y discreto, y en nada le falte buena gracia.

CAPITULO V

En que se prosigue la plática sobre los ejercicios del cortesano. Y habiendo dicho el Conde en las pláticas pasadas que en todo lo que hiciere el cortesano lo haga con buena gracia y aire que á todos agrade, hace una pregunta Micer César Gonzaga sobre esta gracia. Sobre lo cual pasan hermosas razones y réplicas.

Por cierto, dixo entónces Micer César Gonzaga, no se debria atajar esta plática, pero tambien si yo callase no me aprovecharia de la libertad que tenemos de hablar en este juego, ni tampoco sabria una cosa que deseo mucho saber. Y no me tengais á mal si yo agora, habiendo de contradecir, pregunto, que ya esto mismo lo ha hecho Micer Bernardo Bibiena, el cual de pura codicia de ser tenido por gentil hombre ha quebrantado la ley que hemos puesto en este nuestro juego que cada uno pudiese contradecir, pero no preguntar.

¿Conoceis (dixo entónces la Duquesa) cómo de un yerro solo se levantan muchos? Por eso quien yer-

ra y da mal ejemplo, como Micer Bernardo, no solamente merece ser castigado por lo que él erró, mas áun por lo que hizo errar á los otros.

Yo, pues, señora (respondió entónces Micer César Gonzaga) seré agora libre de la pena que mereciera, si á Micer Bernardo se ha de dar la suya y la mia.

Ántes entrambos, dijo la Duquesa, habeis de ser punidos dobladamente. Él de su error y de haberos á vos traido á que errásedes, y vos del vuestro y de haber seguido el suyo.

Señora, respondió Micer César, yo hasta aquí áun no he errado, y así por no participar en la culpa de Micer Bernardo, acuerdo de callar; y en esto ya callaba.

Mas Emilia le dixo riendo. Decí, señor, lo que quisiéredes, que yo, con licencia de la señora Duquesa, perdono á quien ha tenido culpa y á quien la tuviere en cosa tan pequeña como ésa.

Acudió á esto la Duquesa diciendo. Á mí me place que se haga así; mas mirá que no os engañeis pensando que es mejor la clemencia que la justicia; porque perdonando mucho á los malos se hace perjuicio á los buenos. Pero con todo, yo no quiero por agora que mi rigor, siendo contra vuestra blandura, sea causa que dexemos de oir la pregunta de Micer César.

Y así entonces él (señalándole la Duquesa y Emilia que hablase) dixo. Si bien me acuerdo, paréceme, señor Conde, que vos muchas veces esta noche habeis replicado que el cortesano ha de dar lustre á todas sus obras y palabras y ademanes, y, en fin, á todos sus movimientos con la buena gracia. Ésta quereis que

sea la sal que se haya de echar en todas las cosas para que tengan gusto y sean estimadas. Y cierto creo yo que en esto sin mucha dificultad todos serán de vuestra opinion; porque hasta la sola fuerza del vocablo prueba que el que tiene gracia aquél agrada. Mas visto que vos habeis dicho ser esto comunmente un dón de natura, el cual, cuando no es totalmente perfeto se puede con industria y diligencia mejorar; me parece á mí que los que alcanzan tan buen nacimiento y son tan ricos deste tesoro, como algunos que vemos, tienen muy poca necesidad de otro maestro. Porque la buena influencia del cielo los levanta casi á pesar dellos más alto de lo que sabrian desear, y hácelos, no solamente agradables, mas maravillosos á todo el mundo. Por eso no se ha de hablar destos, no estando en nuestra mano alcanzallo por nosotros mismos. Mas aquellos que no son de tan próspera costelacion como estos otros, sino que paran en sólo tener aparejo de alcanzar esta gracia, poniendo en ello estudio y trabajo y diligencia, deseo saber con qué arte y con qué reglas puedan alcanzalla, así en los exercicios corporales, en los cuales, segun decís, es muy necesaria, como áun en toda cosa que se haga ó se diga. Así que, pues con alabarnos tanto esta calidad, nos habeis puesto á todos estraño deseo de alcanzalla, sois obligado á decirnos qué camino hemos de llevar para llegar á ella, si quereis cumplir con el cargo que la señora Emilia os ha dado.

No só yo por cierto obligado, dixo el Conde, á mostraros cómo habeis de tener buena gracia; mi obligacion es agora solamente de declararos cuál ha de ser

un perfeto cortesano. Mas con todo esto no penseis que yo emprenda demonstraros esta perficion de manera que seais ciertos de salir con ella, en especial habiendoos dicho poco há que el cortesano habia de saber luchar, voltear y muchas otras cosas, las cuales si yo nunca las aprendí, vosotros podeis ver cómo las sabré mostrar. Podrá bien ser que así como un buen soldado, cuando há menester algunas armas, se va al armero, y le dice de qué forma, de qué talle y de qué temple las quiere; mas no por eso le muestra cómo ha de hacellas, ni amartillarlas, ni templarlas, que así agora yo tambien sepa por ventura cuál ha de ser un cortesano perfeto; mas no mostraros cómo lo habeis de hacer puntualmente para serlo. Pero todavía por satisfacer cuanto posible me fuere á vuestra pregunta, puesto que vulgarmente se diga que la gracia no se puede aprender, digo que el que quisiere tratar los exercicios corporales con gracia, prosuponiendo con todo que no sea naturalmente inhábil, debe comenzar temprano y tener desde el comienzo los mejores maestros que pudiere. Esto cuán importante cosa sea, bien lo dió á entender Filipo, rey de Macedonia, pues quiso que Alexandre, su hijo, tuviese por maestro desde el a, b, c, á Aristótil, tan famoso filósofo, y quizá el mayor que haya jamas habido en el mundo.

De los hombres que nosotros conocemos, mirá cuán bien y cuán agraciadamente hace todos estos exercicios el Sr. Galeazzo San Severino, caballerizo mayor de Francia, y es la causa desto, demas de la natural disposicion que tiene de la persona, haberse desvelado mucho en buscar siempre buenos maestros, y tener cabe

sí escelentes hombres para aprender de cada uno dellos lo mejor. De manera que como en luchar, voltear y jugar de muchas suertes de armas, ha alcanzado por guía á nuestro Pero Monte, el cual (como sabeis) es el verdadero y solo maestro de todo artificio de fuerza y ligereza, así en menear un caballo, justar y cualquier otra cosa, ha tenido siempre delante sus ojos los más perfetos hombres que en aquellas facultades se hayan conocido. Así que quien deseáre ser buen dicípulo, no sólo ha de poner diligencia en hacer bien lo que hiciere, mas áun ha de trabajar cuanto pudiere de tomar el aire y las otras cosas de su maestro, y ha de desear transformarse en él si posible fuese; y tras esto, cuando se sintiere haber ya aprovechado mucho, hará al caso estar atento en ver diversos hombres diestros de estas tales habilidades, y, rigiéndose con aquel buen juicio que siempre ha de llevar por guía, andar tomando, ora del uno ora del otro, diversas cosas. Y en fin, como las abejas andan por los verdes prados entre las yerbas cogiendo flores, así nuestro cortesano ha de tomar la gracia de aquellos que á él le pareciere que la tienen, y de cada uno llevar la mejor parte. Pero de tal manera, que no lo haga como un amigo nuestro á quien todos vosotros conoceis, el cual pensaba parecerse mucho al rey D. Fernando menor de Aragon; y en lo que más habia siempre trabajado de parecelle, era en alzar de rato en rato la cabeza torciendo la una parte de la boca, la cual costumbre habia el Rey cobrado de una dolencia. De éstos se hallan muchos, que piensan haber hecho una gran hazaña, si alcanzan á parecerse sólo en alguna cosa á al-

gun hombre muy señalado, y hartas veces, dexando todo lo bueno, se quedan con una sola tacha que aquél terná. Pero pensando yo mucho tiempo entre mí, de dónde pueda proceder la gracia, no curando agora de aquella que viene de la influencia de las estrellas, hallo una regla generalísima, la cual pienso que más que otra ninguna aprovecha acerca desto en todas las cosas humanas que se hagan ó se digan; y es huir cuanto sea posible el vicio que de los latinos es llamado afetacion; nosotros, aunque en esto no tenemos vocablo proprio, podrémos llamarle curiosidad ó demasiada diligencia y codicia de parecer mejor que todos. Esta tacha es aquella que suele ser odiosa á todo el mundo, de la cual nos hemos de guardar con todas nuestras fuerzas, usando en toda cosa un cierto desprecio ó descuido, con el cual se encubra el arte y se muestre, que, todo lo que se hace y se dice, se viene hecho de suyo sin fatiga y casi sin habello pensado. De esto creo yo que nace harta parte de la gracia; porque comunmente suele haber dificultad en todas las cosas bien hechas y no comunes, y así en éstas la facilidad trae gran maravilla, y, por el contrario, la fuerza y el ir cuesta arriba no puede ser sin mucha pesadumbre y desgracia y hacellas ser tenidas en poco por grandes que ellas sean, por eso se puede muy bien decir que la mejor y más verdadera arte es la que no parece ser arte; así que en encubrilla se ha de poner mayor diligencia que en ninguna otra cosa; porque, en el punto que se descubre, quita todo el crédito y hace que el hombre sea de ménos autoridad. Acuérdome sobre esto haber leido que ya hubo algunos escelentes orado-

ro

res antiguos que artificiosamente se esforzaban á dar á entender que no tenian letras, y, disimulando el saber, mostraban sus oraciones ser hechas simplemente y con pureza, segun la natura y la verdad los guiaban, no con estudio ni con arte, la cual, si fuera conocida, pusiera sospecha de algun engaño en los oyentes. Veis luégo, cómo descubrir el arte y mostrar un cuidado demasiadamente atento en las cosas destruya toda la gracia.

¿Quién hay de vosotros que dexe de reirse cuando nuestro micer Pier Paulo danza á su modo con aquellos saltillos y con aquellas sus piernas estiradas de puntillas, sin menear más la cabeza que si fuese un palo, y todo con tanta atencion que no parece sino que va contando los pasos? ¿Quién, por ciego que sea, no verá en esto la desgracia que trae consigo el cuidado y la gracia que se muestra en el descuido de muchos hombres y mujeres que aquí están presentes cuando, con una descuidada desenvoltura, hablando ó riendo ó conversando discretamente con todos no muestran dárseles nada por lo que hacen, ántes parece que sólo no se acuerdan dello? De suerte que dan á entender tenello todo tan en la mano que ya casi no saben ni pueden errar.

En esto, no esperando más micer Bernardo Bibiena, dixo. Veis ahí cómo nuestro micer Roberto habrá ya por lo ménos caido (segun vuestras reglas) en la buena manera del danzar, aunque á todos estotros señores no les parezca así. Porque, cierto, si en ello lo mejor es el descuido y el tenello todo en poco y el monstrar casi pensar más en otra cosa que en lo

que se hace, yo digo que micer Roberto danza mejor que todos, pues por mostrarse muy descuidado se dexa caer la capa y los pantufos, y así se va danzando sin mirar en nada.

Respondió el Conde entónces: Pues quereis que se descubran aquí agora nuestras tachas sea mucho en hora buena. ¿Y cómo vos no sabeis que eso que en micer Roberto llamais descuido es el mayor cuidado, y (por usar del vocablo proprio) la más verdadera afetacion de todas? ¿No veis vos claramente la demasiada diligencia que él pone en mostrarse descuidado? Y ese su no pensar en lo que hace es un pensar muy grande, y por eso hemos de decir que aquel su desprecio, porque pasa ya los términos de la buena medianía, es vicio, y muestra más aina curiosidad que otra cosa, y así no puede sino parecer mal y salirle al reves de su intincion; pues por desear demasiadamente encubrir el arte la descubre. Por eso tengo yo por determinado, que esta tacha de la afetacion, ó desordenado deseo de parecer bien, no está ménos en el descuido que en el cuidado, si entrambas cosas esceden y pasan el medio. Ya veis que el desprecio en sí es loable; mas, si llega la cosa á dexaros caer la capa, reirse han de ello. Asimismo la diligencia y el atavío son cosas que merecen ser alabadas; mas, si están ya tanto en el estremo que ne oseis menear la cabeza por no desconcertar el cabello, ó traigais siempre con vos el peine y el espejo, ó mandeis que un paje os ande á cada paso rodeando con el escobilla, vosotros mismos podeis juzgar si serán tachas. Todos éstos son puros estremos, los cuales, demas de ser viciosos, son contrarios de

aquella pura y gentil llaneza que suele naturalmente asentarse en nuestros corazones. Bien habreis visto alguna vez, cuán desagraciado se muestre encima de un caballo ó de una mula uno que vaya estirado en la silla y muy mesurado á la valenciana, y cuánto mejor parezca otro que ande descuidado y tan suelto como si anduviese á pié. ¿Cuánto más agrada y cuánto es tenido por más honrado un caballero que sigue la guerra si es manso y habla poco y no se alaba, que otro que está siempre loándose y con bravezas y reniegos espanta al mundo, de lo cual no puede ser otra la causa sino extrema codicia de parecer esforzado? Lo mismo acontece en todas las otras cosas que se tratan, de cualquier calidad que sean.

Dixo el maníñco Julian entónces. Todo eso tambien se puede ver en la música, en la cual es muy defendido hacerse dos consonancias perfetas, la una luégo despues de la otra, tanto que nuestro mismo sentido se aborrece naturalmente con ellas y se huelga muchas veces con una segunda ó con una sétima que en sí son ásperas y intolerables disonancias. Esto es, porque continuar aquellas perfetas enhada, y señala una demasiada y curiosa armonía, la cual con mezclar algunas imperfetas se modera; y tambien lo bueno puesto cabe lo malo parece muy mejor, y hace estar nuestros oidos más atentos y gustar de lo perfeto con mayor gana, holgándose con aquella disonancia como con cosa descuidada.

Luégo bien veis, respondió el Conde, que en esto tambien daña la afetacion como en las otras cosas; y así hubo algunos grandes pintores antiguos que

(segun se dice) tuvieron por refran la mucha diligencia ser dañosa. Y por eso Apéles reprehendió á Prothogenes, porque cuando pintaba, de nunca satisfacerse, jamas sabía quitar la mano de la tabla.

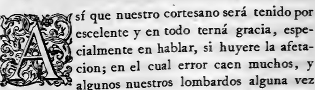
Esa misma tacha, dixo entónces micer César, tiene nuestro fray Serafin, que tampoco la quita, á lo ménos hasta que se quitan los manteles.

Rióse el Conde y prosiguió diciendo. Paréceme que Apéles queria en eso mostrar á Prothogenes que no sabía parar ni conocer lo que bastaba; lo cual todo le venía de este vicio de ser curioso y más diligente, en procurar de hacer sus obras perfetas, que era menester. Así que aquella virtud contraria á la afetacion, la cual por agora nosotros la llamarémos desprecio, demas de ser el verdadero principio de donde nace la buena gracia, trae consigo otro ornamento, con el cual toda obra nuestra si se acompaña, por pequeña que sea, no sólo descubre luégo el saber de quien la hace, mas áun hartas veces parece mucho más de lo que es realmente. Porque en la misma hora creen los que están presentes que quien tan descuidadamente y tan sin pena hace lo que hace, podria hacer mucho más si quisiese, y que le quedan dentro grandes secretos, y que no es nada todo aquello para con lo que haria, si en ello pusiese diligencia ó cuidado. Y por replicaros agora los mismos exemplos, mirá un hombre con una espada en la mano ó con otra arma, que, si queriendo jugar della, se pone en alguna postura tan sueltamente y tan sin trabajo, que parezca hacello naturalmente, luégo con la sola facilidad del ademan se muestra diestro en aquel exercicio. Asimismo en el dan-

zar un solo paso ó un solo movimiento, que se haga con buen aire y no forzado, en la misma hora descubre el saber de quien danza. Y un músico en el cantar, con un solo grito bien entonado descansado y dulce y tal que parezca haberse hecho aquello así acaso, hace creer que sabe mucho más de lo que sabe. Tambien en la pintura una sola raya ó un solo rasgo dado con el pincel diestramente y con livianeza, de manera que se muestre la mano, sin ser guiada por el arte, irse ella misma fácilmente de suyo al término conforme á la intincion del pintor, manifiesta claramente ser bueno aquel maestro en su oficio, acerca de la opinion del cual cada uno despues se estiende segun su juicio. Lo mismo acontece casi en cualquier otra cosa.

CAPÍTULO VI

En el cual, prosiguiendo la plática, dice el Conde que en el hablar y en el escribir es muy importante aviso al perfeto cortesano huir como de pestilencia la afetacion, que es una tacha que desbarata y destruye totalmente el lustre de la buena gracia; el cual aviso se dió en el capítulo pasado por una generalísima regla. Y sobre esta materia del hablar y escribir pasa gran disputa entre los cortesanos.



Así que nuestro cortesano será tenido por escelente y en todo terná gracia, especialmente en hablar, si huyere la afetacion; en el cual error caen muchos, y algunos nuestros lombardos alguna vez más que otros, los cuales, en estando un año fuera de

sus casas, cuando vuelven, luégo hablan romano ó español ó frances, y Dios sabe cómo. Todo esto procede de un gran deseo de mostrarse muy sabios, y aciertan pues bien; porque no hacen en esto sino trabajar con todas sus fuerzas de alcanzar una estraña y aborrecible tacha. Por cierto yo recibiria agora muy gran pena si en estas nuestras pláticas quisiese usar aquellas antiguas palabras toscanas que ya en nuestros tiempos no se usan, y áun creo que vosotros os reiríades de mí si yo lo hiciese.

Claro está, dixo entónces micer Federico, que sería malo, hablando así agora nosotros familiarmente como hablamos, servirnos de aquellas palabras que ya están fuera de uso; porque, como vos decis, fatigarian á quien las dixese y á los que las oyesen, y no serian entendidas de muchos sin harta dificultad. Pero escribiendo creeria, yo que erraria quien no se aprovechase de ellas, porque dan mucha gracia y autoridad á lo que se escribe, y compónese dellas una lengua más grave y más llena de majestad que de las modernas.

Yo no sé, respondió el Conde, qué gracia ó qué autoridad puedan dar á la escritura aquellas palabras que se deben huir no solamente en el hablar comun como agora es este nuestro, lo cual vos mismo habeis confesado, mas áun en toda otra cosa que imaginarse pueda. Y porque veais mejor esto, tomá agora aquí un hombre de buen juicio que haya de hacer un razonamiento sobre alguna materia de mucha calidad en el proprio senado de Florencia, que es la cabeza de Toscana, ó haya en la misma ciudad de hablar privadamente con alguna persona de estado sobre ne-

gocios importantes, ó con otro que sea acostumbrado de tratar cosas de gusto, ó si quisiéredes con damas ó caballeros, burlando en fiestas ó juegos ó adonde quiera que se halle, ó en cualquier tiempo ó lugar ó propósito que se le ofrezca; yo tengo por cierto que con mucho aviso se guardára de usar aquellas palabras antiguas de los toscanos, y, si por su desdicha ó necedad las usáre, no se escusará de ser burlado ó de hacer harto asco á quien le oyere. Paréceme luégo estraña cosa juzgar en el escribir por buenas aquellas palabras que en ninguna suerte de hablar se sufren, y querer que lo que totalmente y siempre paresce mal en lo que se habla, parezca bien en lo que se escribe. Porque cierto, ó á lo ménos segun mi opinion, lo escrito no es otra cosa sino una forma de hablar que queda despues que el hombre ha hablado, y casi una imágen ó verdaderamente vida de las palabras; y por esto en el hablar (el cual en el mismo punto que la voz es fuera de la boca queda derramado y perdido) pueden quizá sufrirse algunas cosas que en el escribir no se sufren, porque la escritura conserva las palabras y las somete al juicio del que lee, dándole tiempo de considerarlas maduramente. Y así es razon que en ella se tenga mayor diligencia y arte por hacella mejor y más corregida; pero no tampoco de manera que las palabras escritas sean diferentes de las habladas, sino que tome el que escribiere las más escogidas de las que habláre. Que ciertamente si en el escribir fuese lícito lo que es defendido en el hablar, seguirse ia este inconveniente, que la licencia sería más ancha en aquello en que más estrecho y mayor estudio se ha de poner. Y

de esta suerte la industria que se pone en el escribir, en lugar de aprovechar dañaria. Por eso está claro que lo que se requiere en lo que se escribe se requiere tambien en lo que se habla, y aquel hablar es mejor que se parece con el mejor escribir. Pienso asimismo que se sufre ménos escribir mal que hablar mal; porque los que escriben no están siempre presentes á los que leen, como los que hablan á aquellos con quien hablan. Así que, prosupuestos estos fundamentos, yo diria que el hombre juntamente con huir muchas palabras de las toscanas antiguas, podria usar sin miedo, escribiendo y hablando, las que hoy en dia se usan en la misma Toscana y en las otras partes de Italia, y tienen en la pronunciacion alguna gracia. Y es mi opinion que, quien sigue otra ley sino ésta, tiene muy gran peligro de caer en aquel tan odioso vicio de la afetacion, del cual hemos hablado poco há.

Yo, señor, os confieso, dixo entónces micer Federico, que el escribir es un modo de hablar. Mas hase de considerar esta diferencia: que si las palabras habladas traen consigo alguna escuridad, la habla no penetra en el corazon del que oye; y así, haciendo su camino sin ser entendida, queda vana. Pero si en el escribir las palabras escritas alcanzan una poca de dificultad (ó por mejor decir) una cierta agudeza sustancial y secreta, y no son así tan comunes como aquellas que se usan en el hablar ordinario, dan ciertamente mayor autoridad á lo que se escribe, y hacen que quien lee, no sólo está más atento y más sobre sí, pero áun mejor considera y con mayor hervor gusta del ingenio y dotrina del que escribe; y trabajando

un poco con su buen juicio, recibe aquel deleite que hay en entender las cosas difíciles. Y, si la inorancia del que leyere fuere tanta que no pueda valerse con la dificultad, será culpa suya y nó del autor que aquello escribió, y no se habrá de juzgar por esto que, aquella lengua en que aquello está escrito, no merezca ser aprobada. Y, en fin, la razon más principal que me mueve á tener por bien de usar las palabras solamente de los antiguos toscanos, es considerar que el tiempo, el cual hasta agora las ha conservado, es gran testigo y aprueba mucho que no pueden ser sino buenas y declaradoras de aquello que en ellas ha de ser sinificado, porque de otra manera cayéranse luégo, ó á lo ménos no duráran tanto, y demas desto, tienen aquella gracia y veneracion que la antigüedad suele dar no sólo á las palabras, mas á los edificios, á las medallas, á las pinturas y á toda cosa que pueda ser conservada, y muchas veces sólo con su lustre y autoridad pone hermosura y fuerza en la habla, de cuya virtud y gracia todo sujeto, por baxo que sea, puede quedar tan ennoblecido que merezca ser muy alabado; y áun más os digo, que esa vuestra costumbre, de la cual vos haceis tanto caso, no dexa de ser (si yo no me engaño) harto peligrosa, y puede muchas veces ser mala. Porque cierto si en el hablar se halla haberse apoderado algun mal vicio en los inorantes, no me parece que por eso se deba tomar por regla ni ser seguido por cada uno. Demas desto, los usos son muy diversos, y cada ciudad principal en Italia habla diferentemente de todas las otras. Por esto, si vos no párticularizais cuál es la más apro-

bada lengua, podria el hombre usar así la de Bérgamo como la de Florencia, y (segun lo que vos habeis dicho) no erraria. Paréceme luégo, que, el que quisiere huir todo escrúpulo, será bien que tenga diligencia en escoger un autor entre los otros á quien siga, el cual sea aprobado por consentimiento de todos. Este ha de ser la guía y el escudo contra los reprehensores. Y si me preguntais quién querría yo que fuese, deciros he que el Petrarca (en la lengua vulgar digo) ó el Bocacio, y quien destos se apartáre andará á tiento como si caminase á escuras, y así por fuerza habrá de errar el camino. Pero nosotros somos tan confiados, que nos despreciamos de hacer lo que hicieron los ecelentes antiguos, y presumimos de no tener necesidad de traer delante nuestros ojos algun autor tras quien enderecemos nuestro tino; pues sin esto yo digo que es imposible escribir bien. Puédese probar con Virgilio, el cual, puesto que con su divino ingenio y juicio hubiese quitado el esperanza á todos de poder bien seguirle, no por eso dexó él de seguir á Homero.

Esta disputa del escribir, dixo entónces Gaspar Pallavicino, merece ciertamente ser bien escuchada; mas todavía pienso que haria más al caso mostrar al Cortesano la forma que ha de tener en el hablar; porque, á mi parecer, tiene mayor necesidad dello, y más veces se ha de aprovechar del hablar que del escribir.

Respondió el manífico Julian entónces. Ántes si vosotros quereis que nuestro Cortesano sea perfeto, es necesario mostralle entrambas cosas. Y áun creo que

sin éstas quizá todas las otras valdrian harto poco; por esto si el Sr. Conde quisiere acabar de pagar su deuda, mostrárselas ha agora.

Respondió á esto el Conde. Ya vos, señor, no acabaréis comigo que yo emprenda eso; porque harta locura sería la mia querer mostrar lo que no sé. Y ya que lo supiese, ¿quién me pone á mí en pensar hacer con tan pocas palabras lo que apénas hicieron con grandísimo estudio y diligencia hombres de singular dotrina, á los cuales remitiria yo agora nuestro Cortesano, si todavía se estendiese mi obligacion á mostralle á hablar y escribir bien?

El señor Manífico habla, dixo entónces micer César del escribir y hablar vulgar, no del latino. Por eso lo que está escrito en este caso por los hombres dotos que decís, va fuera de lo que aquí tratamos, y así conviene agora que vos digais en esto lo que se os entiende, que tampoco os pedirémos más.

Ya yo lo he dicho, respondió el Conde. Mas, pues la plática es sobre la lengua toscana, tocaria más por ventura al señor Manífico que á otro ninguno dar en esto la sentencia.

Yo no puedo ni debo, dixo el Manífico, contradecir á quien dice que la lengua toscana lleva ventaja á las otras, bien es verdad que muchas palabras hay en Petrarca y en Bocacio que agora ya en nuestros tiempos no son admitidas por el uso. Éstas yo, por decir verdad, no querria usallas ni hablando ni escribiendo, ni áun ellos creo que si agora viviesen las usarian.

Ántes las usarian, dijo micer Federico, y vosotros, señores toscanos, debriades renovar vuestra lengua y

no dexar perdella, como veo que lo haceis. Que ya ménos noticia hay della en Florencia que en otros muchos lugares de Italia.

Respondió entónces micer Bernardo. Las palabras que en Florencia no se usan han quedado en los hombres baxos y aldeanos, y con esto, como corrompidas y dañadas por la vejez, son desechadas por las personas de calidad.

CAPÍTULO VII

En el cual, prosiguiéndose la plática del hablar y escribir, se afirma el Conde en su opinion, que es que las reglas que sirven para el hablar sirvan para el escribir.

No nos salgamos, dixo entónces la Duquesa, de nuestro primer propósito, sino que acabemos ya con el Sr. Conde que muestre al Cortesano de hablar y escribir bien, sea toscano ó el que fuere.

Yo, señora, respondió el Conde, ya he dicho lo que en esto sé, y es mi opinion que las mismas reglas que sirven á lo uno sirven á lo otro. Pero, pues así lo mandais, responderé á micer Federico, el cual tiene contrario parecer del mio, y por ventura habré de alargarme más de lo que conviene, pero tambien con esto haré pago. Primeramente digo que, segun mi opinion, esta nuestra lengua, la cual nosotros llamamos vulgar, es á mi parecer nueva, aunque haya mucho tiempo que se use, porque de haber sido Ita-

lia, no solamente fatigada y saqueada por bárbaros, mas largo tiempo poseida y habitada por ellos, con el trato de aquellas naciones la lengua latina se dañó, y deste dañarse procedieron otras lenguas, las cuales, así como los rios, que nacen de la cumbre del Apenino, se apartan los unos hácia al mar de Venecia, y los otros hácia al de Italia, así tambien se dividieron ellas; y algunas mezcladas con alguna latinidad, por diversos caminos llegaron á diversas partes, y una se quedó en Italia, no sin mucha participacion de lo bárbaro. Ésta ha andado entre nosotros largo tiempo descompuesta, y vária por no haber alcanzado quien la pusiese en concierto y le diese lustre escribiendo en ella; despues estuvo en Toscana algun tanto mejor tratada y no tan confusa como en otras partes de Italia, y parece que le quedó allí la flor de aquellos primeros tiempos, por haber aquella nacion guardado más que las otras la buena pronunciacion y la órden gramatical que conviene, y alcanzado tres famosos autores, los cuales ingeniosamente, y con las palabras y términos que se usaban en sus tiempos, han dicho todo lo que han querido. Éstos más prósperamente que á todos los otros (segun mi opinion) sucedió á Petrarca en las cosas de amores. Despues de tiempo en tiempo levantándose por toda Italia entre hombres principales que siguen córtes y tratan cosas de armas y de letras algun deseo de hablar y escribir mejor que no se hacia en aquella primera edad grosera, cuando los estragos hechos por los bárbaros no habian aún cesado, dexaron de usarse muchas palabras en Florencia y en Toscana y en toda Italia, y en lu-

gar de aquéllas tomáronse otras. Y así en esto se hizo la mudanza que se suele hacer en todas las cosas humanas.

Lo mismo ha siempre acaecido en las otras lenguas, y si las primeras cosas escritas de los más antiguos latinos hubiesen durado hasta agora, veríamos, si las leyésemos, cuán diferente fué el hablar de Evandro y de Turno y de los otros latinos de aquel tiempo, del que despues usaron los postreros reyes romanos y los primeros cónsules. Acordaos que los versos que cantaban los salios apénas eran entendidos de los que despues dellos sucedieron; mas porque estaban así ordenados por aquellos que primero los instituyeron, no se mudaban por acatamiento de la religion. Siguiendo este proceso, los oradores y los poetas anduvieron dexando muchas palabras usadas por sus antecesores. Antonio Craso, Hortensio y Ciceron huian hartas de las de Caton; Virgilio muchas de las de Ennio, y así lo hacian los otros, los cuales, aunque honraban mucho la antigüedad, no la apreciaban tanto que se obligasen á seguilla en todo, como vos quereis que lo hagamos agora nosotros; ántes en lo que les parecia la tachaban; como Horacio, que quiso que fuese lícito hacer vocablos nuevos, y dixo que sus antecesores fueron necios en alabar á Plauto; y Ciceron en hartos lugares reprehende á muchos de sus antepasados, y por decir mal de Servio Galba, afirma que sus oraciones tenian mucho de lo antiguo, y dice que Ennio tambien despreció en algunas cosas á los que fueron ántes dél; de manera que si nosotros quisiéremos seguir los antiguos, no los se-

guirémos, y Virgilio, que vosotros decis que siguió á Homero, no le siguió en la lengua. Así que yo estas palabras antiguas (cuanto por mí) huillas hia siempre salvo en ciertos lugares, y áun en éstos pocas veces las usaria. Y paréceme que quien de otra manera lo hace, no yerra ménos que erraria el que quisiese, por seguir los antiguos, comer bellotas agora que tenemos abundancia de trigo. Y á lo que decis que los vocablos antiguos sólo con aquel lustre de la antigüedad ennoblecen tanto cualquier sujeto por baxo que sea, que le hacen dino de ser loado, respondo que ni esas palabras antiguas ni áun las buenas tengo en tanto, que si no traen sustancia de muy singulares sentencias piense que deban ser estimadas. Porque el apartar las sentencias de las palabras, no es otra cosa sino apartar el alma del cuerpo, lo cual ni en la una cosa ni en la otra puede hacerse sin que lo compuesto quede destruido. Así que lo que más importa y es más necesario al Cortesano para hablar y escribir bien, es saber mucho. Porque el que no sabe, ni en su espíritu tiene cosa que merezca ser entendida, mal puede decilla ó escribilla. Tras esto cumple asentar con buena órden lo que se dice ó se escribe, despues esprimillo distintamente con palabras que sean proprias, escogidas, llenas, bien compuestas y sobre todo usadas hasta del vulgo, porque éstas son las que hacen la grandeza y la majestad del hablar, si quien habla tiene buen juicio y diligencia, y sabe tomar aquellas que más propriamente esprimen la sinificacion de lo que se ha de decir, y es diestro en levantallas, y dándoles á su placer forma como á cera, las pone en tal

parte y con tal órden, que luégo en representándose den á conocer su lustre y su autoridad, como las pinturas puestas á su proporcionada y natural claridad.

Todo esto que digo se ha de entender así del escribir como del hablar, en el cual todavía se requieren algunas cosas que no son necesarias en el escribir, como es la buena voz, no muy delgada ni muy blanda como de mujer, ni tampoco tan recia ni tan áspera que sea grosera; pero sonorosa, clara, suave y bien asentada, con la pronunciacion suelta y con el gesto y ademanes que convengan con lo que se dice; los cuales (á mi parecer) consisten en ciertos movimientos del cuerpo no forzados ni curiosos; mas templados, con un semblante conforme, y con un menear de ojos que traiga consigo gracia y ande concertado con las palabras, y, cuanto más sea posible, sinifique hasta con el gesto la intincion y el sentimiento del que habla. Pero todo esto sería de poco provecho si las sentencias que están dentro en las palabras no fuesen buenas, ingeniosas, agudas, elegantes y graves, segun la materia y el lugar y el tiempo.

Yo he miedo, dixo entónces Morello de Hortona, que si este nuestro Cortesano habla entre nosotros tan elegante y sustancialmente, no se hallen algunos que no le entiendan.

Mas ántes le entenderán todos, respondió el Conde, porque la facilidad y la llaneza siempre andan con la elegancia. Y no penseis que yo tampoco diga que hable él ordinariamente de cosas muy fundadas, sino que muchas veces decienda á las otras de placer, como de juegos, de motes y de burlas, segun

se ofreciere. Pero en todo tenga continamente buen seso y presteza y abundancia no confusa. No muestre vanidad ni mochachería en nada. Y si le acaeciere hablar en alguna materia escura ó difícil, conviene que, con las palabras y sentencias bien distintas, declare sotilmente su intincion, y con una cierta manera diligente y no pesada, desembarace y dexe llana toda forma de hablar dudosa. Asimismo cuando haga al caso sepa hablar con gravedad y fuerza, y tenga entónces habilidad para mover las pasiones y sentimientos que hay en nuestros corazones, y sea para encendellos y trastornallos, segun fuere la necesidad del negocio, y algunas veces los enternezca y casi los emborrache de dulzura con aquella pureza de buenas entrañas, que haga parecer que la misma natura habla. Todo esto se haga tan sin trabajo, que el que escucháre piense que aquello no es nada de hacer, y que está en la mano hacello él tambien; pero despues cuando venga á proballo, se halle muy léxos de poder hacello. Querria tambien que hablase y escribiese nuestro Cortesano de manera, que no solo tomase los buenos vocablos de toda Italia, mas aunque alguna vez usase algunas palabras francesas ó españolas, de las que son por nosotros en nuestro uso recebidas: como agora, por exemplo, no me pareceria mal que sobre algo que viniese á propósito dixese *acertar*, *aventurar* y otros semejantes vocablos, con tal que se pudiese esperar que habian de ser entendidos.

Sería tambien bueno que alguna vez tomase algunas palabras en otra sinificacion apartada de la propria, y transfiriéndolas á su propósito las enxiriese como una

planta en otra mejor por hacellas más hermosas, y por declarar con ellas y casi figurar las cosas tan á lo proprio que ya no nos pareciese oillas, sino vellas y tocallas. De esto no podria dexar de seguirse gran deleite al que oyese ó leyese. Y á vueltas de todo esto no ternia por malo que se formasen algunos otros vocablos nuevos, y con nuevas figuras ó términos de hablar, sacándose por gentil arte de los latinos, como los latinos los solian sacar de los griegos. Así que con esto, si entre los hombres dotos y de ingenio y de juicio que en nuestros tiempos entre nosotros se hallan, hubiese algunos que quisiesen poner diligencia en escribir de la manera que hemos dicho, en esta nuestra lengua, cosas dinas de ser leidas, presto la veriamos pura y elegante y abundosa de gentiles términos y figuras, y aparejada á que en ella se escribiese tambien como en otra cualquiera.

Y si mejorada y tratada por esta arte no saliese puramente antigua toscana, quedaria italiana comun, copiosa y vária, casi como un deleitoso jardin lleno de diversas flores y frutos. Esto no sería cosa nueva, porque ya los antiguos griegos de las cuatro lenguas que usaban, escogiendo de cada una las palabras, los modos y las figuras que mejor les parecieron, hicieron otra que se llamó comun; y así todas cinco debaxo de un solo nombre fueron llamadas lengua griega, y, puesto que la de Aténas fuese elegante, pura y abundosa más que las otras, los buenos autores, que no eran atenieses, no la codiciaban tanto que en la manera del escribir y casi en el olor y propriedad de su natural habla no fuesen conocidos, mas por eso no

eran despreciados, ántes los que querian parecer muy atenieses eran reprehendidos y burlados. Tambien entre los escritores latinos fueron estimados muchos que no eran romanos, aunque no hubiesen alcanzado aquella limpia pureza de la lengua romana, la cual pocas veces se dexa alcanzar de los que son de nacion estranjeros. No fué desechado Tito Livio, puesto que no faltó quien dixo haber hallado en él una cierta patavinidad, ni Virgilio, aunque fué reprehendido que no hablaba romano.

Y como sabeis, fueron tambien alabados y preciados muchos que nacieron en tierras bárbaras. Pero nosotros, más estrechos y rigurosos que los antiguos, cargámonos de nuevas leyes sin ningun propósito, y tiniendo delante nuestros ojos el camino trillado, buscamos los rodeos ó (por mejor hablar) los despeñadores. Porque en nuestra natural lengua, el oficio de la cual (como de todas las otras) es bien y distintamente declarar los concetos del alma, nos holgamos con la escuridad, y es bueno que llamándola lengua vulgar queremos en ella usar palabras que ni del vulgo ni de los hombres principales y dotos son entendidas, y no nos contentamos con usalla así livianamente, mas traémoslas siempre entre las manos mucho más que otra nacion alguna, sin considerar que todos los buenos antiguos continamente abominaron mucho los vocablos hallados fuera de la comun costumbre; la cual vos, segun me parece, no la tomais como ella se ha de tomar; porque por una parte decis que si algun mal vicio en el hablar se ha apoderado en muchos inorantes, no por eso se debe llamar costumbre ni tenerse por re-

gia; y por otra os he oido decir hartas veces que en lugar de capitolio quereis que se diga campidoglio, por Hierónimo Girolamo, y aldace por audace, y por patrone padrone, y otras tales fealdades de palabras corrompidas que han quedado no sé cómo en el mundo, no por más sino porque quizá se hallan escritas por algun antiguo toscano necio y porque así las usan hoy dia los hombres baxos y aldeanos de Toscana. La buena costumbre de hablar no es ésa, sino la que nace de los hombres de ingenio, los cuales con la dotrina y esperiencia han alcanzado á tener buen juicio, y con él concurren y consienten todos á una mano en acetar los vocablos que les parecen buenos, los cuales se conocen por una cierta estimativa natural, no por arte ó regla alguna. ¿No sabeis vos que las figuras del hablar, las cuales dan mucha gracia y lustre á la habla, todas son abusiones de las reglas gramaticales? Pero son admitidas y confirmadas por el uso, sin poderse dar otra razon dello sino solamente porque agradan y suenan bien al oido y traen suavidad y dulzura. Ésta creo yo que sea la buena costumbre, en la cual tanta habilidad pueden tener los romanos, los napoletanos, los lombardos y los otros como los toscanos. Verdad es que hay cosas que en todas las lenguas son siempre buenas, como la facilidad, la buena órden, la abundancia, las gentiles sentencias, las cláusulas numerosas que satisfagan bien al oido; y, por el contrario, la afetacion y las otras cosas que son al reves destas son malas.

Pero de las palabras, unas están en reputacion un tiempo, despues envejecen y pierden del todo la gracia;

otras van cobrando fuerzas, y suben hasta ser tenidas en muy gran precio, y como en los tiempos del año, en los unos los árboles pierden la hoja y en los otros echan y llevan fruto, así el tiempo hace caer los vocablos viejos, y el uso hace renacer otros de nuevo, dándoles autoridad y gracia, hasta que con la edad, cayéndose poco á poco, éstos tambien como los otros llegan al término donde se acaban y fenecen; porque, en fin, no solamente nosotros, mas áun todas nuestras cosas son mortales. Considerá que de la lengua de los oscos ya ninguna noticia nos queda; la proenzal, que muy poco ha era celebrada por autores famosos, agora ni áun de los moradores de aquella provincia es entendida. Así que yo pienso que si el Petrarca y el Bocacio (segun dixo muy bien el señor Maníſico) fuesen agora vivos, no usarian muchas palabras de las que están en sus libros; y por esto no me parece bien que nosotros en ellas los sigamos. Pero tampoco dexo de alabar aquellos que en su escribir tienen algunos buenos autores por familiares á los cuales sigan. Mas tras esto tambien digo que se puede escribir bien sin curar de seguir á nadie, en especial en esta nuestra lengua, en la cual podemos por la costumbre ser guiados, lo que no osaria yo decir de la latina.

CAPÍTULO VIII

En que prosiguiendo el Conde su plática dice que el uso es la guía del bien hablar y escribir.

Dixo entónces micer Federico: ¿Por qué quereis que yo haga más caso de la costumbre en la lengua vulgar que en la latina? Mas ántes de la una y de la otra, respondió el Conde, la costumbre es la guía. Pero porque aquellos que tenian la latina por su lengua propria y natural, como nosotros tenemos la vulgar, no están ya en el mundo, es necesario que de sus escritos aprendamos lo que ellos aprendieron del uso. Y, si bien lo mirais, ninguna otra cosa quiere decir hablar antiguo sino costumbre antigua de hablar; y así locura sería darse al hablar antiguo, solamente por deseo de hablar como se hablaba y no como se habla.

Luego los antiguos (respondió micer Federico) no imitaban.

Ántes creo yo, dixo el Conde, que muchos lo hacian, pero no en toda cosa; que si Virgilio hubiera en todo imitado á Hesiodo no le pasára el pié delante, ni Ciceron á Craso, ni Ennio á sus antecesores. Homero es tan antiguo que, segun opinion de muchos, así lleva á todos los poetas heroicos en antigüedad como en ecelencia de escribir. Así que siendo él el primero, ¿á quién queríades vos que hubiese imitado?

Á algun otro, dixo micer Federico, que quizá fué más antiguo, del cual nosotros no tenemos noticia por el mucho tiempo.

El Petrarca, pues, y el Bocacio, dixo el Conde, ¿á quién direis que siguieron, que áun ayer parece que se puede decir que eran vivos?

Yo no lo sé, respondió micer Federico; mas de creer es que ellos tambien tuvieron ojo á seguir á alguno, aunque nosotros no sepamos á quién.

Respondió á esto el Conde. Bueno está de ver que los autores, á la imitacion de los cuales los otros tienen fin, deben de ser mejores que aquellos que los imitan, y así gran maravilla sería que durando la fama destos se hubiese perdido tan brevemente la de aquellos otros que, segun esta cuenta, debieran de ser mejores. Por esto creo yo que si Petrarca y Bocacio siguieran á alguno, no pudiéramos dexar de saber quién fué éste. Pero tengo yo por cierto que sus verdaderos maestros fueron sus ingenios y sus proprios juicios naturales. Esto no se debe tener por cosa nueva; porque casi siempre por diversos caminos se puede llegar á lo más alto de cualquier ecelencia. Ninguna naturaleza hay que no tenga en sí muchas cosas, que aunque sean de un mismo género no sean diferentes por alguna via, mas no embargante esta diferencia, tiniendo igualdad de grado, son tambien iguales en la gloria. Mirá las composturas de la música y sus armonías, que agora son graves y tardas, agora prestas y de nuevos puntos; pero, puesto que sean diferentes, todas deleitan, aunque cada una de su manera. Esto se vee en la forma del cantar de Bidon, la cual es tan arti-

ficiosa, presta, ardiente, levantada y de sones tan varios que los sentidos de quien le oye todos se alborozan y se trasportan, y así encendidos y trasportados parece que se levantan hasta al cielo. No ménos mueve en su cantar nuestro Marcheto Cara, pero más blandamente, el cual con una arte suave y llena de una llorosa dulzura, enternece y traviesa las almas, imprimiendo en ellas dulcemente una pasion deleitosa. Tambien hay de una misma suerte cosas diferentes, que igualmente placen á nuestros ojos tanto que con dificultad se puede juzgar cuáles contenten más. En la pintura son muy señalados Leonardo Vincio, el Mantegna, Rafael, Miguel Ángel, Jorge de Castelfranco, y todos difieren los unos de los otros; mas de tal manera difieren que en ninguno dellos se halla que falte nada, sino que cada uno en su género es perfetísimo.

Lo mismo se ve en muchos poetas griegos y latinos, los cuales, siendo diversos en el escribir, son iguales en la fama. Los oradores tambien han siempre tenido entre sí tanta diversidad, que casi cada temporada ha producido y aprobado una suerte de oradores propria y conforme á aquel tiempo, los cuales no solamente de sus antecesores y sucesores, mas áun de sus contemporáneos han sido diferentes, como en los griegos se escribe de Isócrates, Lisias, Eschines y muchos otros, que aunque todos fueron ecelentes, á nadie se parecieron sino á sí mismos. Entre los latinos despues, aquel Carbon, Lelio, Scipion Africano, Galba, Sulpicio Cotta, Graco, Marco Antonio, Craso y tantos otros que sería muy larga cuenta de nombrallos,

todos fueron muy singulares; pero tampoco se parecieron los unos con los otros. De manera que quien se parase á pensar todos los oradores que han sido, cuantos oradores tantas formas de hablar hallaria. Antójaseme tambien que tengo en la memoria que Ciceron, en un lugar introduce á Marco Antonio diciendo á Sulpicio hallarse muchos que, no imitando á nadie, alcanzaron grado de singular perficion. Éstos fueron algunos que introduxeron una nueva forma de hablar, hermosa pero desacostumbrada, en la cual no seguian á nadie, y el mismo Ciceron afirma que los maestros deben considerar la natura de los discípulos, y, tomando aquélla por guía, encaminallos y ayudallos en la via á que su ingenio y natural disposicion los inclina. Por esta causa, señor micer Federico, pienso yo que si el hombre de suyo no tiene conformidad con un autor, no es bien ponelle en la imitacion de aquél; porque no sería sin amortiguarle la virtud de su ingenio y embarazársela, desviándosela del camino en el cual ella naturalmente hubiera medrado y hecho fruto, si no la atajáran. Así que yo no alcanzo cómo pueda ser bien, en lugar de enriquecer esta lengua y dalle espíritu, grandeza y luz, hacella pobre, flaca, baxa y escura, y procurar de echalla en tanta estrecheza, que seamos obligados, aunque nos pese, á seguir solamente al Petrarca y al Bocacio. Que cnanto desta manera, paréceme á mí que tampoco sería muy gran pecado dar tambien crédito en la forma del hablar al Policiano, á Lorenzo de Médici, á Francisco Diaceto y á algunos otros que no dexan de ser toscanos, y, por ventura, no de menor dotrina y juicio que fueron

el Petrarca y el Bocacio. Y verdaderamente estraña miseria sería luégo á dos pasos hallar atajado ó acabado el camino, y no pasar de donde llegó casi el primero de los que han escrito, y perder así sin más toda el esperanza que tantos y tan altos y tan maravillosos ingenios puedan en algun tiempo hallar más de una buena manera de hablar en la lengua que á ellos les es propria y natural. Pero hoy en dia hay muchos escrupulosos, los cuales casi supersticiosamente, y como en un caso recio de conciencia, hablando desta su lengua toscana, espantan á los tristes que los escuchan, de manera que hasta á muchos hombres de calidad y dotos hacen caer en tanto miedo, que no osan abrir la boca y confiesan no saber hablar aquella lengua que desde la cuna aprendieron en las tetas de sus amas. Mas paréceme que hemos hablado harto en esto, por eso será bien que volvamos á tratar de nuestro Cortesano.

Respondió entónces micer Federico. Yo quiero deciros esto primero, y es, que yo no niego ser las inclinaciones y ingenios de los hombres diferentes, y así no tengo por bien que un colérico y arrebatado se ponga en escribir cosas mansas y sosegadas, ni algun otro grave y severo componga libros de dulzuras· porque cada uno me parece que se debe aplicar á su natural instinto, y desto pienso que hablaba Ciceron cuando decia que los maestros habian de tener respeto á la naturaleza de los dicípulos ; por no hacer como los ruines labradores que siembran trigo en la tierra que no es buena sino para viñas, pero á mí no me cabe que en una lengua particular, la cual

no es universalmente á todos los hombres así propia, como son los discursos del alma, los pensamientos y muchas otras operaciones, sino una invincion contenida debaxo de ciertos términos, no sea más razon tener fin á seguir aquellos que hablan mejor, que hablar á caso; y que, como en el latin el hombre se debe esforzar á parecer á Virgilio ó á Ciceron más aina que á Silio ó á Cornelio Tácito; así tambien en el vulgar no se haya de tener por mejor seguir la manera del hablar de Petrarca y de Bocacio que la de los otros, y en ella declarar bien cada uno su intincion, y no descuidarse de lo que Ciceron dice, que debemos tener gran ojo á nuestra habilidad natural. Y por aquí se podrá ver que aquella diferencia que vos decis hallarse entre los buenos oradores, consiste en el sentido, y no en la lengua.

Yo he miedo, dixo entónces el Conde, que nosotros no nos metamos en muy grandes honduras y no dexemos nuestro principal propósito del Cortesano; mas con todo, pregúntos, ¿en qué está la bondad de esta lengua?

Respondió micer Federico. En guardar bien la propriedad della, y tomarla en aquella sinificacion en que la tomaron los que bien escribieron, usando el mismo estilo y la misma compostura de cláusulas que ellos usaron.

Querria saber, dixo el Conde, ese estilo y esa compostura que decis, si procede de las sentencias ó de las palabras.

De las palabras, respondió micer Federico.

Pues luego vos confesais, dixo el Conde, que

las palabras de Silio y de Cornelio Tácito no son las mismas que se hallan en Virgilio y en Ciceron, ni están puestas en la misma sinificacion en que éstos las pusieron.

Las mismas son, respondió micer Federico, mas algunas hay dellas fuera de su lugar, y tomadas diferentemente.

Respondió á esto el Conde. Y si de los libros de Cornelio y de Silio se quitasen todas aquellas palabras que están en otra sinificacion diferente de cómo las puso Ciceron y Virgilio, las cuales por ventura serian harto pocas, ¿no diriades vos que Cornelio se podria igualar con Ciceron, y Silio con Virgilio, y que sería bien seguir aquella su forma de estilo?

Atravesó en esto Emilia y dixo: á mí me parece que esa vuestra disputa ya dura mucho y comienza á ser pesada, por eso sería bien dexalla para otro tiempo.

Todavía micer Federico porfiaba á responder, pero Emilia le atajaba cada vez.

Al cabo dixo el Conde. Muchos quieren decir su opinion en los estilos y hablan de las cláusulas qué concierto de sílabas han de llevar para caer bien, así mismo dan su sentencia en la imitacion, cuál ha de ser. Mas por decir verdad, todos ellos con cuanto dicen no me saben hacer entender el bien de todo esto en qué consista, ni por qué las cosas que ha tomado Virgilio de Homero y de algunos otros, estén tan bien que digais que son suyas, ó que las tomó para mejorallas y no para tomallas. Pero no entender yo esto, por ventura

no es culpa dellos, sino mia que no lo alcanzo. Mas porque cuando el hombre está muy diestro y resumido en una cosa, siempre sabe bien mostralla, dudaria yo que ellos entiendan lo que no saben hacerme entender, sino que, en fin, yo creo que alaban á Virgilio y á Ciceron porque muchos los alaban, y no porque conozcan la ventaja que hay dellos á los otros; la cual cierto no consiste en sólo haber tenido buen aviso en dos ó en tres ó en diez vocablos, dichos diferentemente de como otros los dixeron; que tambien en Salustio, en César, en Varron y en otros buenos autores se hallan algunos términos usados por diversa via de la de Ciceron; mas no embargante esto, está bien todo y todo parece bien. Porque ciertamente no consisten el valor y la fuerza de una lengua en cosas de tan poca calidad. A este propósito bien dijo Demóstenes, cuando burlándosele Eschines de ciertas palabras que habia usado, no siendo puras de Aténas, y preguntándole si aquellos vocablos eran monstruos ó algunos desastrados agüeros, le respondió riendo, que no iban en aquello los estados ni los señoríos de Grecia. Así yo haria tambien poco caso si fuese reprehendido de algun toscano porque hubiese dicho *satisfato*, y no *sodisfato; honorebole*, y no *horrebole; causa*, y no *cagione; populo*, y no *popolo*, y otros semejantes vocablos.

Levantóse entónces micer Federico y dixo. Yo os suplico que me escucheis solamente dos palabras.

Pero en esto Emilia atajóle diciéndole con una risa. No más por agora sobre eso. El que más habláre en esta materia no ha de ser mi amigo. Yo

quiero que la dexemos para otra noche. Pero vos, señor Conde, pasá adelante en decir lo que hiciere al propósito de nuestro Cortesano, y parézcase agora vuestra buena memoria en saber tornar la plática adonde la dexastes.

Señora, respondió el Conde, paréceme que se quebró el hilo; mas con todo, si yo bien me acuerdo, pienso que deciamos, que aquella pestilencial tacha de la afetacion da siempre á todas las cosas mortal desgracia, y por el contrario, estrema gracia el descuido, y la llaneza avisada, en loor de la cual y en vituperio de la afetacion, muchas más cosas se podrian decir; pero yo agora diré solamente una. Estraño deseo tienen generalmente todas las mujeres de ser, ó á lo ménos de parecer hermosas, por eso lo que naturalmente en esto no alcanzaron, con artificio trabajan de alcanzallo. De aquí nace el afeitarse, el ponerse mil aceites en el rostro, el enrubiarse los cabellos, el hacerse las cejas y pelarse la frente y el padecer otros muchos tormentos por aderezarse; los cuales, vosotras, señoras, creeis que á nosotros son muy secretos, y hágoos saber que los sabemos todos.

Rióse á esto Constanza Fregosa, y dixo. Podria ser que fuese mejor cortesía agora la vuestra en proseguir vuestro razonamiento y hablar del Cortesano que en querer descubrir las miserias ó tachas de las mujeres sin ningun propósito.

Ántes con muy gran propósito, respondió el Conde, porque esas vuestras diligencias de que yo hablo os quitan toda la gracia, y ya veis cómo nacen de la afetacion, con la cual descubris claramente la ánsia

que teneis por ser hermosas. ¿No veis vosotras cuanto mejor parezca una mujer, que, ya que se afeite, lo haga tan moderadamente que los que la vean estén en duda si va afeitada ó no, que otra tan enxalbegada que parezca á todos una pared ó una máscara, y ande tan yerta que no ose reirse por no quebrar la tez, y nunca mude de color sino á la mañana cuando se compone, y despues todo el dia esté como un mermol sin menearse, dexándose ver solamente, no á la claridad del sol, sino á la luz de las velas, como mercader cauteloso que muestra sus paños ó sus sedas en la tienda do entre la claridad tan medida como es menester para sus engaños? Pues ¿cuánto más que todas las otras agrada la que muestra su color limpio y natural sin mistura de artificio, aunque no sea muy blanca ni muy colorada, sino que parezca con su cara propria agora algo amarilla por alguna alteracion, agora con un poco de color por vergüenza ó por otro algun acidente, con sus cabellos acaso descompuestos, con el rostro claro y puro, sin mostrar diligencia ni codicia de parecer bien? Ésta es aquella descuidada pureza que tanto suele contentar á nuestros ojos y á nuestro espíritu, el cual siempre anda recelándose de donde quiera que haya artificio, porque allí sospecha que hay engaño. Están muy bien á una mujer los buenos dientes, porque no mostrándose así claramente, como se muestra el rostro, ántes por la mayor parte del tiempo estando cubiertos, de creer es que no se pone en ellos tanto cuidado como en la cara, con todo, quien se riese sin causa, sólo por mostrallos, ya descubriria el arte, y aunque los tuviese muy

buenos pareceria mal, y no quedaria ménos frio que el Egnacio de Catullo. Lo mismo es de las manos, las cuales, si siendo hermosas y delicadas se muestran alguna vez á tiempo, segun el caso se ofrece, por descuido, huelga mucho el hombre de vellas, y desea que otra vez acaezca cosa por donde se puedan tornar á ver, lo que no sería si se mostrasen siempre; porque quien las trae cubiertas, no señala deseo de mostrallas, ántes se ha de creer que las tiene buenas, no por diligencia ni por arte, sino porque así son de suyo. ¿No habeis vosotros mirado cuando acaso acontece que yendo una dama por la calle, ó estando en otro lugar burlando, se le descubre un poco el pié ó el chapin descuidadamente? Si entónces se vee bien aderezado lo que muestra, ¿cuán bien parece? De mí os digo que huelgo mucho de vello, y creo que vosotros tambien, porque cada uno agradece más el aderezo en parte así ascondida que adonde siempre se vee; y traer en aquello la mujer concierto, más parece que es por ser ella naturalmente ataviada de suyo y para sí, que porque tenga cuidado de parecer bien á nadie, pues aquel atavío no es sino en parte donde no se ha de creer que se traiga para ser visto. Desta manera se huye ó se disimula el vicio de la afetacion. El cual bien podeis ya conocer cuanto destruya la buena gracia, así del cuerpo como del alma; de la cual áun hasta agora poco hemos hablado. Y ciertamente no es razon descuidarse della, porque cuanto de mayor valor es que el cuerpo, tanto más merece ser bien tratada y granjeada.

CAPÍTULO IX

Como al perfeto Cortesano le conviene ser ornado y ataviado en el ánima como en el cuerpo, y qué ornato debe ser éste.

VOLVIENDO, pues, al atavío del ánima, como se deba hacer esto en nuestro Cortesano, dirémos brevemente, dexando aparte las reglas de muchos sabios filósofos que desta materia han escrito, y declarado qué cosa es virtud de alma, y sotilmente disputado de la divinidad della. Bastará agora para nuestro propósito hacer que sea éste de quien hablamos hombre de bien y limpio en sus costumbres; porque en solo esto se contiene la prudencia, la bondad, el esfuerzo, la virtud, que por los filósofos es llamada temperancia, y todas las otras calidades que á tan honrado título, como es de Cortesano, convienen. Y cierto yo pienso que sólo aquel es verdadero filósofo moral que quiere ser bueno, y para alcanzar esto no hay necesidad de muchos precetos, sino desta tal voluntad. Por eso bien decia Sócrates, que sus dotrinas y sus consejos habian hecho ya gran fruto, luégo que con ellos sus discípulos se movian á querer conocer y aprender la virtud. Y es ésta por cierto muy gran verdad, porque aquellos que han llegado al término de no desear otra cosa sino ser buenos, fácilmente alcanzan la ciencia necesaria para serlo. Y así sobre esto no curemos por agora de hablar más.

Pero demas de la bondad, el substancial y principal aderezo del alma pienso yo que sean las letras, no embargante que los franceses tengan solamente las armas en mucho, de tal manera que no sólo no estiman la dotrina, mas áun se aborrecen con ella y desprecian á los hombres letrados como á gente baxa, y cuando quieren decir á alguno una recia lástima, llámanle estudiante.

Dixo entónces el manífico Julian. Por cierto, señor, vos decis gran verdad en eso, que ese error ya há largo tiempo que reina en los franceses. Mas si quisiese nuestra dicha que mosiur Dangolema succediese, segun se espera, á la Corona, creo que, como la gloria de las armas florece en Francia, así tambien floreceria la de las letras. Porque no há mucho que hallándome yo en la córte vi este señor, y parecióme, que, demas de la disposicion del cuerpo y hermosura del rostro, mostraba una tan gentil autoridad y grandeza mezclada con una tan graciosa afabilidad, que todo el reino de Francia parecia venille estrecho. Despues supe por relacion de muchos caballeros franceses y italianos, grandes virtudes dél; dixéronme sus excelentes costumbres, su grandeza de ánimo, su valor, su liberalidad; y entre todas estas cosas fui informado que amaba y preciaba estrañamente las letras y hacia muy gran cuenta de los hombres dotos, reprehendiendo mucho sus mismos naturales, porque eran tan enemigos de toda cosa de dotrina, en especial tiniendo casi dentro en sus casas un tan honrado y principal estudio, como el de París, adonde todo el mundo acude.

Gran maravilla es, dixo entónces el Conde, que siendo tan mozo, sólo por su natural inclinacion se haya puesto por tan buen camino contra la costumbre de su misma nacion, y pues los pueblos comunmente suelen seguir hácia donde se inclinan sus señores, no sería mucho que en breve tiempo fuesen las letras estimadas en Francia, las cuales de cuánta dinidad y virtud sean bien lo podrán entender los franceses si quisieren, viendo que ninguna cosa hay tan naturalmente deseada por los hombres ni más propria á ellos que el saber; y así gran bestialidad es decir ó creer que no sea siempre bueno. Y si yo hablase con ellos ó con otros que no fuesen de mi opinion en esto, quizá yo les haria ver bien claro cuánto á nuestra vida y autoridad sean provechosas y necesarias las letras; las cuales sin duda han sido un dón singular de Dios, enviado por su gran liberalidad á nosotros desde el cielo. No me faltarian agora exemplos de muchos ecelentes capitanes antiguos, los cuales todos ennoblecieron las armas con la dotrina. Alexandre tuvo, como sabeis, en tanta veneracion á Homero, que siempre tenia la *Iliade* á la cabecera de la cama; y no sólo en las letras que llaman de humanidad, mas áun en la especulacion de la filosofía puso muy gran diligencia tiniendo á Aristotil por maestro. Alcibíades acrecentó sus grandes calidades, y las hizo ser más señaladas, con ser muy doto y con estar siempre en compañía de Sócrates. César, cuán amigo fuese de las letras sus mismos *Comentarios*, que él divinamente dexó escritos, lo declaran. De Scipion Africano se dice que siempre traia en las manos aquellos libros de Xeno-

fonte que tratan debaxo del nombre de Cyro cómo ha de ser criado y instruido un príncipe para ser perfeto. Podria deciros de Lúculo, de Silla, de Pompeo, de Bruto y de muchos otros romanos y griegos; pero sólo quiero que os acordeis de Annfbal, el cual, como habréis leido fué entre todos un capitan muy señalado, y aunque era de condicion feroz, de nacion bárbara, ajeno de toda humanidad, sin fe ni ley, despreciador de los hombres y de los dioses, no por eso dexó de tener letras y de alcanzar alguna noticia de lo griego; y, si yo no me engaño, acuérdome haber leido que compuso un libro en lengua griega.

Pero escusado es deciros todo esto á vosotros que bien conoceis cuán gran engaño reciban los franceses pensando que las letras embaracen las armas, y no dexais de entender que en las cosas graves y peligrosas de la guerra la verdadera espuela es la gloria, y quien se mueve por interese de dinero ó de otro provecho alguno á pelear, demas que nunca hace cosa buena, no merece ser llamado caballero, sino muy ruin mercader. Tras esto, que la verdadera gloria sea aquella que se encomienda á la memoria de las letras, todos lo saben, sino aquellos cuitados que las inoran. ¿Qué hombre hay en el mundo tan baxo y de tan vil espíritu que leyendo los hechos de César, de Alexandre, de Scipion, de Annfbal y de otros muchos no se encienda en un estraño deseo de parecelles y no tenga en poco esta nuestra breve vida de dos dias por alcanzar la otra de fama perpétua, la cual, á pesar de la muerte, nos hace vivir miéntras más va con más honra?

Por cierto el que no siente el provecho que hay en las letras tampoco puede sentir la grandeza de la gloria por ellas conservada, y solamente mide la fama con la edad de un hombre ó de dos, porque no puede tener memoria de más tiempo. Y así no la precia tanto como la preciaria, si supiese que por el medio de los buenos autores que escriben, no sólo dura muy largos dias, más áun con el tiempo, con el cual todas las otras cosas se enflaquecen y se caen, ella cobra mayores fuerzas y se levanta. De aquí viene que el hombre inorante, no pudiendo por las razones ya dichas, tener en tanto la gloria como el que sabe, tampoco puede ni osa ponerse á tantos peligros por alcanzalla. Pero no querria que si alguno quisiese contradecirme, me traxese delante, por destruir mi opinion algunos efetos contrarios que alguna vez parece que hacen las letras en esto de las armas, y me diese luégo en los ojos con los italianos, diciéndome que con su tratar cosas de dotrina, de unos tiempos acá no son tan guerreros como á caballeros conviene, lo cual por cierto yo no niego, aunque bien se podria decir que la culpa de algunos pocos ha causado daño y deshonra á todos los otros. Destos procede la verdadera causa de nuestros males y de nuestra virtud caida, no quiero decir muerta. Mas harto mayor vergüenza sería agora para nosotros publicarse estas nuestras lástimas, que para los franceses manifestarse sus inorancias. Así que mejor será pasar con silencio lo que sin dolor no puede traerse á la memoria. Por eso dexemos esto y volvamos á nuestro Cortesano, el cual querria yo que fuese en

las letras más que medianamente instruido, á lo ménos en las de humanidad, y que tuviese noticia, no sólo de la lengua latina, mas áun de la griega, por las muchas y diversas cosas que en ella maravillosamente están escritas. No dexe los poetas ni los oradores, ni cese de leer historias; exercítese en escribir en metro y en prosa, mayormente en esta nuestra lengua vulgar; porque demas de lo que él gustará dello, terná en esto un buen pasatiempo para entre mujeres, las cuales ordinariamente huelgan con semejantes cosas. Y, si por otras ocupaciones ó por poca diligencia no alcanzáre en esto tanta perficion que lo que escribiere merezca ser muy alabado, sea cuerdo en callarlo, porque no hagan burla dél; solamente lo muestre á algun amigo de quien se fie, y no cure por eso de dexar de escribir algo á ratos, que aunque no lo haga muy bien todavía le aprovechará, para que, escribiendo, entienda mejor lo que los otros escribieren. Que á la verdad muy pocas veces acontece que quien no escribe sepa, por doto que sea, juzgar los escritos ajenos, ni guste de las diferencias y ventajas de los estilos, y de aquellas secretas advertencias y finezas que se suelen hallar en los antiguos.

Demas desto, haránle estos exercicios abundoso y largo en la conversacion, y (como respondió Aristipo á un tirano) osado en hablar con todos sin miedo. Pero ha de tener á vueltas desto siempre en la memoria este consejo: que en todo sea prudente, y más aina temoroso que atrevido; y guárdese de darse á entender falsamente que sepa lo que no sabe. Porque naturalmente todos somos más de lo que conviene codi-

ciosos de ser loados, y mayor deleite reciben nuestros oidos con la dulzura de las palabras que se dicen en loor nuestro, que con todas las músicas del mundo, y por eso los que sin mucho seso las admiten, suelen quedar, no solamente engañados, mas áun burlados y reidos de los mismos que los alaban. Viendo los antiguos sabios este peligro no faltó entre ellos quien escribiese libros, declarando por cuál manera se pudiesen conocer los verdaderos amigos entre los lisonjeros. Pero esto ¿qué aprovecha si hay infinitos hombres que, conociendo claramente la lisonja, quieren bien al que la dice y se aborrecen con el que virtuosamente los desengaña? Y áun muchas veces pareciéndoles que quien los alaba se alarga poco, ellos le ayudan, hablando de sí mismos tan vanamente que hasta el desvergonzado lisonjero que está presente se corre de ello. Mas dexemos en su ceguedad á estos ciegos y hagamos que nuestro Cortesano sea de tan buen juicio que no consienta que le hagan de lo blanco prieto, ni presuma de sí sino lo que manifiestamente conociere ser verdad. Este aviso tenga principalmente en aquellas cosas que micer César, si bien os acordais, en su juego tocó, las cuales, segun él dixo, hartas veces hemos nosotros usado, como á instrumentos para enloquecer á muchos. Todavía será más seguro que, aunque conozca ser verdaderos los loores que le dan, los reciba con templanza y no los sufra así puramente sin más, ni los confiese sin alguna contradicion, sino que moderadamente casi los niegue, mostrando siempre tener en efeto por su principal profesion la de las armas, y sinificando que todas las otras bue-

nas calidades son por ornamento de aquéllas. Esto en especial se ha de hacer entre hombres de guerra, por no ser como aquellos que entre letrados quieren parecer guerreros, y entre guerreros letrados. En esta manera, por lo que ya hemos dicho, podrá el Cortesano huir el vicio de la afetacion y hacer que las cosas medianamente buenas parezcan perfetas.

Respondió á esto micer Pietro Bembo. Yo no sé, señor Conde, por qué quereis que este nuestro Cortesano, tiniendo letras y tantas otras buenas calidades, tenga todas estas cosas por ornamento de las armas, y no las armas con todo lo demas por ornamento de las letras, las cuales, por sí solas sin otra compañía, llevan tanta ventaja á las cosas de la guerra cuanta es la que el alma lleva al cuerpo. Porque el exercicio dellas así pertenece propriamente al alma, como el otro de las armas pertenece al cuerpo.

Respondió entónces el Conde. Ántes al alma y al cuerpo pertenece el exercicio de las armas; pero yo no quiero que vos, señor micer Pietro Bembo, seais juez desta causa, porque seríades algo sospechoso para una de las partes, ni tampoco hace agora al caso volver en campo esta disputa, habiendo ya sido otras veces largamente disputada por hombres sabios, aunque yo realmente la tengo por determinada en favor de las armas, y quiero tambien que el Cortesano, pues yo puedo formalle á mi voluntad, sea de mi parte en esto, y si vos todavía quisiéredes ser de parecer contrario, vengan aquí un hombre de guerra y un letrado, y como el letrado está en la mano que defenderá

su opinion con las letras, así el de guerra defienda la suya con las armas, y veamos quién podrá más.

¡Ah, dixo micer Pietro, áun agora acabais de condenar los franceses porque tienen en poco la dotrina; y os dexais de decir que con ella los hombres llegan á entender de cuánto valor sea la gloria, y se hacen inmortales por fama, y agora tan presto parece que ya mudais de opinion! ¿No se os acuerda que

Giunto Alexandro a la famosa tomba
Del fiero Achile sospirando dise:
O fortunato che si chiara tromba
Trovasti e chi di te si alto scrise?

Pues si Alexandre, tiniendo envidia á Achîles no se la tuvo de sus hechos, sino de su buena fortuna, que le hubiese dado un tan gran autor como Homero para que escribiese sus cosas y se las levantase hasta al cielo, claro está que preciaba más el saber de Homero que el pelear de Achîles. Pues luégo, ¿qué otro juez ó qué otra sentencia quereis sobre esto sino esta que dió uno de los mayores capitanes del mundo?

Yo condeno, respondió el Conde, los franceses, porque piensan que las letras estorban las armas, y tengo por cierto que á nadie conviene más la dotrina que á un caballero que ande en cosas de guerra, y por eso estas dos calidades asidas y ayudadas la una con la otra, quiero que se hallen en nuestro Cortesano; así que, señor, por decir yo esto no me parece que haya mudado de opinion; mas, como he dicho otra vez, no quiero agora disputar esta materia. Bas-

ta saber que los hombres dotos, cuando escriben, casi nunca se ponen en alabar sino los varones famosos en guerra y sus hazañas maravillosas, las cuales de suyo merecen gloria por la propria y esencial virtud de donde nacen. Demas desto dan estas cosas una muy alta y singular materia á los que escriben, con la cual ennoblecen sus escritos, y en parte hacen que para siempre duren, los cuales por ventura no serian tan leidos ni estimados si les faltase un tan honrado sujeto. Y si Alexandre tuvo invidia á Achíles por velle que habia alcanzado un tan grande pregonero de sus hechos, no se concluye por eso que tuviese en más las letras que las armas, en las cuales, si se conociera quedar tan atras de Achíles, como sabía que en el escribir lo quedarian de Homero todos aquellos que dél escribiesen, no hay duda sino que deseára ántes el hacer bien en sí que el escribir bien en otro, y la codicia que tenía de alcanzar un singular autor de sus cosas, la convertiera en procurar de hacellas mejores.

Por eso creo yo que lo que él dixo no fué sino un secreto loor de sí mismo y un desear lo que entónces no tenía, que era alcanzar algun ecelente y maravilloso hombre que escribiese su historia, y no lo que ya pensaba tener, que era el esfuerzo y el saber en las armas, en el cual estaba muy confiado que podia bien igualarse con Achíles, y así le llamó *fortunato*, casi señalando que si su fama no fuese en todo tiempo tan ensalzada como aquella que fué celebrada por un poeta tan divino, no sería por culpa suya ni por falta de hazañas señaladas, sino por la fortuna, la

cual habia puesto en manos de Achíles á Homero, como un milagro de natura, por glorioso pregon de sus hechos; y tambien quizá con aquellas palabras tuvo fin á despertar algun ingenio de algun autor ecelente para que escribiese el proceso de sus cosas, mostrando habelle de quedar por ello en tanto cargo, cuanto era el amor que tenía á la memoria que en el mundo quedaba por el beneficio de las letras, de las cuales basta agora lo que hemos dicho.

Antes sobra, respondió Ludovico Pío; porque pienso que no se podrá hallar vaso en que quepa todo lo que vos quereis echar en este Cortesano.

CAPÍTULO X

Como al perfeto Cortesano le pertenece ser músico, así en saber cantar y entender el arte, como en tañer diversos instrumentos.

ESPERÁ pues un poco, dixo entónces el Conde, que muchas otras cosas han aún de entrar en él, y así volvió á decir. Habeis de saber, señores, que este nuestro Cortesano, á vueltas de todo lo que he dicho, hará al caso que sea músico; y demas de entender el arte y cantar bien por el libro, ha de ser diestro en tañer diversos instrumentos. Porque, si bien lo consideramos, ningun descanso ni remedio hay mayor ni más honesto para las fatigas del cuerpo y pasiones del alma que la música, en especial en las córtes de

los príncipes, adonde no solamente es buena para desenfadar, mas áun para que con ella sirvais y deis placer á las damas, las cuales de tiernas y de blandas fácilmente se deleitan y se enternecen con ella. Por eso no es maravilla que ellas en los tiempos pasados y en estos de agora hayan sido comunmente inclinadas á hombres músicos, y holgado estrañamente con oir tañer y cantar bien.

Atravesó á esto Gaspar Pallavicino diciendo. La música pienso yo que, como otras muchas vanidades, es muy conforme á las mujeres, y áun quizá tambien á algunos que parecen hombres, mas no lo son, los cuales no debrian por ninguna via con semejantes deleites y regalos ablandar ni enternecer sus corazones, de manera que se enflaqueciesen y se hiciesen medrosos.

No digais eso, respondió el Conde, sino haréisme entrar en grandes procesos de loores de la música, y acordaros he cuán estimada y honrada haya siempre sido entre los antiguos, y áun fué, pues me meteis en ello, opinion de muchos sabios y famosos filósofos ser el mundo compuesto de música, y los cielos en sus movimientos hacer un cierto són y una cierta armonía, y nuestra alma con el mismo concierto y compas ser formada, y por esta causa despertar y casi resucitar sus potencias con la música. Y así se lee de Alexandre que oyendo alguna vez, estando comiendo, tañer y cantar algunas cosas bravas y furiosas, fué forzado de dejar la comida y arremeter á las armas; despues mudando el músico aquella arte de són y ablandándose, amansarse él tambien, y volver de las armas á la mesa. Más os

digo, que Sócrates filósofo, siendo tan grave y tan estrecho, como sabeis, aprendió á tañer vihuela pasando ya de setenta años. Tambien me acuerdo que Platon y Aristótil quieren que el mancebo, para criarse bien, sea instruido en la música, y prueban con infinitas razones la fuerza della en nosotros ser muy grande, y tener todos los que quieren salir singulares hombres necesidad por muchas causas de aprendella desde niños, no sólo por aquella dulzura de són que nos da en los oidos, mas áun por ser ella bastante á hacer en nosotros un nuevo hábito bueno, y una costumbre que se endereza derechamente á la virtud y hace nuestros corazones más dispuestos á estar sosegados y contentos, así como los exercicios corporales hacen ser el cuerpo más recio y más suelto. Aprovecha asimismo, segun la opinion de estos dos filósofos, á las cosas de la guerra y al gobierno de la república, y así Licurgo la aprobó en sus rigurosas leyes. Léese tambien que los lacedemonios, gente muy guerrera, y los pueblos de Candía, usaban vihuelas y arpas y otros géneros de instrumentos blandos cuando habian de pelear, al punto que ya estaban los escuadrones para romper. Bien supo todas estas escelencias de la música Epaminundas y muchos otros singulares capitanes antiguos, pues con tanta diligencia la aprendieron, y si algunos hubo en aquellos tiempos que no la supiesen, como Temístocles, fueron por ello harto menospreciados. ¿No habeis vosotros leido que una de las primeras cosas que aquel buen viejo Chiron avezó á Achíles en su edad más tierna fué la música, y que quiso aquel sabio maestro que aquellas manos que ha-

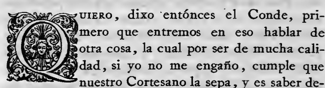
bian de derramar tanta sangre troyana estuviesen muchas veces ocupadas en tañer? ¿Qué caballero habrá luégo que haya vergüenza de seguir en esto á Achíles y á otros muchos famosos capitanes que yo podria nombrar agora? Así que no querais vos, señor, quitar á nuestro Cortesano un tan gran bien como es la música, la cual, no sólo amansa nuestros corazones, mas áun los de las fieras hartas veces, y el que no la gusta se puede pensar dél que tiene los sentimientos y espíritus discordes entre sí. Mirá cuanto puede, que ya hubo músico que con ella hizo llegar un muy gran pescado al navío donde él iba, y le truxo á que tomándole en sus espaldas le sacase en tierra. Ésta es la que en los sagrados templos celebra los divinos oficios, y canta á Dios los loores y las gracias por los beneficios recebidos, y así de creer es que á él le sea muy aceta, y que él nos la haya dado por un muy dulce alivio de nuestras fatigas y congoxas. Con ésta los trabajados labradores debaxo del ardiente sol engañan su mismo trabajo con el grosero y rústico cantar. Con ésta la mozuela, que ántes de amanecer se levanta descalza y mal vestida á hilar ó á texer, se defiende del sueño, y hace deleitosa su trabajosa labor. Ésta es una recreacion muy alegre para los miserables marineros despues que la fortuna y los vientos han cesado. Con ésta descansan los cansados romeros de sus largas y enojosas romerías, y los afligidos encarcerados entre sus hierros y cadenas se consuelan. Y que ésta sea con su cantar, aunque á las veces acaezca ser grosero, un muy grande y ordinario refrigerio de nuestros trabajos y enfados, puédese ver en esto, que hasta las amas,

cuando veen llorar sus niños, luégo, sin saber cómo, casi por un natural instinto se mueven á acallarlos y hacellos dormir con algun cantar, los cuales, tiniendo la sola natura por maestra, con aquel són en el mismo punto sosiegan y duermen y olvidan las lágrimas á ellos proprias, y dadas naturalmente en naciendo, como por un anuncio de todas las tristezas y desventuras que en todo el discurso de la vida contínamente han de pasar.

Aquí, callando un poco el Conde, dixo el manífico Julian. Por cierto yo no soy del parecer del Sr. Gaspar Pallavicino. Ántes pienso, por las razones que vos habeis dicho y por otras muchas, que conviene la música, no sólo por un ornamento bueno, mas de pura necesidad, al Cortesano. Pero querría saber esta calidad y las otras que le habeis señalado, cómo y en qué tiempo, y por qué arte han de ser por él tratadas. Porque ya sabeis que muchas cosas que de suyo son buenas, suelen hartas veces por hacerse fuera de tiempo ser malas, y, por el contrario, otras que parecen de poca importancia, usándose bien y discretamente, vienen á tenerse en mucho.

CAPÍTULO XI

Que al Cortesano conviene tener noticia del pintar, y sobre este punto pasaron sotiles razones entre los cortesanos.



QUIERO, dixo entónces el Conde, primero que entremos en eso hablar de otra cosa, la cual por ser de mucha calidad, si yo no me engaño, cumple que nuestro Cortesano la sepa, y es saber debuxar ó trazar y tener conocimiento de la propria arte del pintar. Y no os maravilleis que yo le desee esta arte, la cual hoy en dia quizá es tenida por mecánica, y por ventura no parece que convenga á caballero, que yo me acuerdo haber leido que los antiguos, en especial en toda Grecia, querian que los mancebos generosos estudiasen dentro en las escuelas y se exercitasen en la pintura como en cosa virtuosa y necesaria, y fué esta arte recebida en el primer grado de las liberales, despues con público mandamiento fué proveido que no se mostrase á los siervos. Tuviéronla tambien los romanos en mucho, y désta el antiguo y noble linaje de los Fabios tomó el uno de los tres nombres; y así el primer Fabio fué llamado pintor, porque realmente lo fué muy grande, y tan dado á la pintura, que habiendo pintado los muros del templo de la Salud intituló en ellos su nombre; pareciéndole que, aunque fuese de casa tan honrada y llena de tantos títulos de consulados,

de triunfos y de otras dinidades, y fuese muy gran letrado en muchas facultades y entendido en leyes, y puesto en la cuenta de los oradores, todavía acrecentaria su fama dexando aquella memoria de haber sido tan gran pintor. Otros muchos hubo de alta sangre famosos en esta arte, de la cual, demas de ser de muy gran valor y estima, se sacan grandes provechos, mayormente en la guerra, donde comunmente suele ser necesario saber trazar regiones, asientos, rios, puentes, riscos, fortalezas, y semejantes cosas, las cuales, aunque siempre se tuviesen en la memoria, lo que casi es imposible, no se podrian mostrar por otra via.

Verdaderamente quien no precia esta arte paréceme hombre fuera de toda razon; que si bien lo contemplamos, toda la fábrica de este mundo que veemos con el ancho cielo de claras estrellas lumbroso, y en el medio de todo la tierra rodeada de mar, de montes, de valles, de rios diversificada y de diversos árboles, de lindas flores, de extrañas yerbas aderezada, podemos decir que no es otra cosa sino una milagrosa y gran pintura por las manos de la natura y de Dios compuesta, la cual quien fuere para contrahacella merecerá ser alabado de todo el mundo. Arte es ésta que no se puede llegar á saber mucho della sin tener noticia de muchas cosas; y si no, pruébelo quien quisiere y vello ha. Por eso los antiguos la estimaban y hacian gran honra á los oficiales della; y así llegó á lo más alto de su perficion, como se puede bien conocer en los bultos antiguos de mármol y de bronzo que en nuestros dias se veen. Y,

puesto que sea diferente la pintura de la esculptura, la una y la otra nacen de una misma fuente, que es la buena traza ó figura que el oficial en sí concibe para la obra que ha de hacer. Por eso, como lo de los bultos es cosa divina, así tambien se puede decir que lo son las pinturas, y por ventura son tanto más ecelentes cuanto es mayor el artificio que en ellas cabe.

Emilia entónces, volviéndose á Juan Christóphoro Romano, que allí estaba asentado, díxole : ¿ Qué os parece desto ? ¿ Confesaréis vos que en la pintura quepa mayor artificio que en la esculptura ?

Respondió Juan Christóphoro. Yo, señora, tengo por opinion que la esculptura es de mayor trabajo, de mayor arte y de mayor dinidad que la pintura.

Respondió á esto el Conde : Bien podria ser verdad que los bultos fuesen de mayor estima, porque duran más tiempo, y así está claro que siendo hechos por una memoria satisfacen más que las pinturas al fin por donde se hicieron. Pero demas de la memoria fueron inventadas estas dos artes por un hermoso atavío del mundo, y por esta via lleva muy gran ventaja la pintura, la cual, si no es tan duradera, digámoslo así, como la esculptura, todavía permanece mucho, y eso que dura tiene harto mayor frescura y lindeza.

Creo yo verdaderamente, dixo Juan Christóphoro, que vos hablais al reves de lo que sentis, y todo ello es por hacer placer á vuestro Rafael. Y áun quizá os parece que la ecelencia del pintar que conoceis en él sea tan estrema que la del esculpir no pueda en nin-

guna manera subir á tan alto grado; mas esta perficion pensá que no es del arte, sino de un maestro solo. Con todo, no dexo yo cierto de conocer que entrambas artes son una artificiosa imitacion de natura; pero más perfetamente se saca lo natural al proprio en una figura de mármol ó de bronzo, en la cual son todos los miembros macizos, formados y medidos como si fuesen naturales, que en una imágen pintada, en la cual no se vee sino lo de encima, y las colores con que se engañan los ojos, y así no me negaréis vos que no sea más llegado á la verdad el ser que el parecer. Pienso tambien que la esculptura sea más difícil, porque el yerro que en ella se hace es imposible enmendalle; que ya veis que el mármol no se puede mudar ni recibe enmienda, sino que es necesario si en él una figura se yerra hacer otra de nuevo, lo que no acaece en la pintura, la cual es fácil cosa mudalla mil veces, y añadir y quitar della, mejorándola siempre.

Rióse el Conde y dixo. Yo no hablo aquí por defender la parte de Rafael, ni habeis vos de creer que sé tan poco que no conozca la perficion de Miguel Ángel y la vuestra y la de otros en el esculpir; mas yo agora trato del arte, y nó de los maestros della.

Y vos bien decis que entrambas artes son una imitacion de natura; pero decir que la esculptura tiene sér y la pintura nó, sino parecer, es muy gran engaño; que aunque los bultos sean todos macizos, como si fuesen vivos, y las pinturas solamente se parezcan en lo de encima, muchas cosas faltan á los bultos que

no faltan á las pinturas, como los lustres y las sombras, porque otro lustre tiene la carne y otro el mármol, y esto naturalmente lo contrahace el pintor con lo claro y con lo escuro, templándolo segun la necesidad de la obra, lo que no puede hacer el esculptor. Y, puesto que en el pintar no se haga là imágen redonda ni maciza, hácense todavía las junturas y los miembros como macizos y redondeados, tan diestramente, que, casi por una cierta manera que no se sabe decir, figuran ó dan á entender aquellas partes que no se veen, y todo con tal arte, que claro se comprende que el pintor las conoce y las entiende bien. A esto es necesario otro mayor artificio en hacer aquellos miembros que se han de medir á la proporcion de la vista por la perspetiva, la cual á poder de líneas muy medidas, de colores, de lustres y de sombras, suele mostrar en un muro pintado derecho lo llano y lo léxos más ó ménos, como ella quiere.

Tras esto, ¿no os parece que sea mucho contrahacer las colores naturales, figurando propriamente las carnes, los paños y todas las otras cosas que tienen color? Esto no lo hará ya el esculptor por más que haga, ni sacará tampoco á lo proprio la viva gracia de unos ojos negros ó zarcos, con aquella claridad de aquellos enamorados rayos; ni mostrará la color de unos cabellos rubios, no el resplandor de unas armas, no una noche escura, no una fortuna de mar, no los relámpagos y rayos, no un fuego de una ciudad que se quema, no el reir del alba con aquella frescura de color de rosas y con aquellos sus rayos, los unos como de puro oro y los otros colorados. No mostrará,

en fin, cielo, mar, tierra, cuestas, bosques, vegas, jardines, rios, ciudades, casas ni otras cien mil cosas, las cuales todas el pintor las saca perfetamente. Por eso tengo yo la pintura por más noble, y por cosa en que cabe mayor artificio que en la esculptura.

Y pienso que entre los antiguos floreció y llegó al punto de su perficion como las otras cosas, lo cual áun agora en nuestros dias se puede bien juzgar por algunos pedazos della que nos han quedado, en especial en las grutas de Roma. Pero más claros testigos desto son los libros que antiguamente se escribieron, en los cuales á cada paso se refiere la ecelencia del pintar y de sus maestros que en aquellos tiempos estaban en grande reputacion con los príncipes y con las repúblicas.

Y así se lee que Alexandre amó tanto á Apéles Ephesio que habiéndole hecho sacar al proprio una amiga suya toda desnuda, y conociendo que el buen pintor así pintándola, su poco á poco se habia enamorado en estremo della, sin considerar ninguna otra cosa más, se la dió. Liberalidad verdaderamente de Alexandre, no sólo dar sus tesoros y sus tierras, mas áun su propia aficion y deseos.

Quien esto hizo por Apéles ya veis si le querria bien, pues por satisfacer á la voluntad dél, no miró el enojo que hacia en esto á aquella mujer á quien tanto amaba, la cual bien se puede creer que no holgaria mucho de trocar un tan gran rey por un pintor. Escríbense otros mil exemplos del amor que Alexandre tuvo á Apéles; honróle tanto, que mandó con públicos pregones que nadie sino él fuese osado de pintar su

figura. ¿Quién acabaria de contar las competencias y disputas de muchos pintores famosos, en las cuales se mostraba tanta sotileza que todo el mundo las ensalzaba y se espantaba de vellas? Podria deciros con cuanta solenidad los capitanes y emperadores antiguos solian aderezar sus triunfos de pinturas y con cuanta majestad las ponian en los lugares públicos y como daban por ellas grandes sumas de dineros, y que hubo ya pintores que holgaron de dar sus obras graciosamente, viendo que ningun precio bastaba á pagalas, y que fué una tabla de Prothogenes tan estimada, que tiniendo Demetrio puesto cerco sobre Ródas, y pudiéndola entrar dándole fuego por la parte donde él sabía que aquella pintura estaba, por no quemalla dexó de dar el combate y así no tomó el lugar. Asimismo os podria traer á la memoria como los atenieses enviaron Metrodoro filósofo y pintor singular á Lucio Paulo, para avezalle sus hijos y aderezalle el triunfo que habia de hacer en aquellos dias. Gran argumento es de haber tenido esta arte antiguamente mucha autoridad, ver cuantos autores ecelentes han escrito della, pero no quiero extenderme más por agora sobre esto. Bastará decir que conviene á nuestro Cortesano tener noticia del pintar, como de cosa virtuosa y útil y preciada en aquellos tiempos cuando los hombres valian harto más que agora. Y ya que otro deleite ni fruto se sacase della, sino que demas de lo que aprovecha para saber alcanzar el primor de las estatuas antiguas y modernas, de los vasos, de los edificios, de las medallas, de los camafeos, de los entalles y de otras semejantes cosas, abre

mucho el juicio para conocer la lindeza de los cuerpos vivos, no sólo en la delicadeza de los rostros, mas áun en la proporcion de todo lo demas, así de los hombres como de los otros animales.

Veis luégo cómo tener conocimiento del pintar es causa de un muy gran gusto. Esto imagínenlo aquellos que todo su gozo y paraíso ponen en contemplar la hermosura de alguna mujer. ¿Cuánto, pues, más holgarian ellos en esta contemplacion si supiesen bien en qué está puntualmente el primor de una buena pintura? Porque más perfetamente entenderian aquella hermosura que les da tan entero contentamiento.

Rióse á esto micer César Gonzaga, y dixo: Yo cierto no soy pintor, pero todavía gustaré más de ver una mujer hermosa que no haria aquel vuestro gran Apéles si agora resucitase.

Ese gusto vuestro, respondió el Conde, no procede totalmente de la lindeza que veis; mucha parte dél nace del gran amor que vos por ventura teneis á aquella mujer que tan linda os parece. Y si quereis decir verdad, la primera vez que la vistes no holgastes con mil partes tanto como despues mientra más fué. Pues si la hermosura siempre ha sido aquella misma, ¿por qué razon vuestro placer no ha de ser el mismo? Hemos de confesar que vos crecistes en amor, y así tambien ha crecido el deleite que sentis en vella.

Yo no niego eso, dixo micer César; pero digo que como el placer nace de la aficion, así el aficion nace de la hermosura; y desta manera la hermosura es la que principalmente lo hace todo.

Muchas otras cosas, respondió el Conde, sin la hermosura, nos enamoran hartas veces, como las buenas costumbres, el saber y el hablar, los ademanes y aquel no sé qué del gesto y mil otras cosas, las cuales quizá por alguna via las podriamos tambien llamar hermosuras. Mas sobre todo, lo que más hace amar es ser amado, de manera que ya podriamos enamorarnos con gran hervor de alguna mujer que no fuese hermosa de esa hermosura de que vos hablais. Pero los amores que solamente nacen de la gentileza que vemos por defuera en los cuerpos, sin duda dan muy mayor placer al que más sotilmente la conoce que al que ménos. Y así, tornando á nuestro propósito, pienso que mucho más se holgaba Apéles mirando la hermosura de Campaspe que no Alexandre. Por esto se puede bien creer que el amor de entrambos procedia solamente de la hermosura della, y que quizá determinó Alexandre por este respeto dalla á quien él sabía que más perfetamente la pudiera conocer. ¿No habeis vos leido que aquellas cinco doncellas de Croton, las cuales, entre las otras de aquel pueblo, fueron escogidas por Zeusis, pintor, para hacerse de todas ellas una sola figura hermosísima, fueron celebradas con grandes versos de muchos poetas, no por más, sino porque habian sido aprobadas por hermosas de un tan gran juez de hermosuras como era Zeusis?

Aquí, mostrando micer César no quedar satisfecho ni querer consentir por ninguna via que otro pudiese gustar más que él de ver la hermosura de una mujer, comenzó á replicar; pero en esto oyeron un gran estruendo y un hablar alto de muchos

que venian, y así, mirando todos hácia la puerta de la sala donde estaban, vieron muchas hachas y luégo muchos caballeros principales que llegaban acompañando al Prefeto, el cual volvia de salir con el Papa, y en apeándose, preguntó qué hacia la Duquesa, y así supo lo que entónces pasaba, y de qué suerte era el juego de aquella noche, y cómo habian dado el cargo al conde Ludovico de tratar qué calidades habia de tener un perfeto cortesano; y por esto, dándose cuanta más priesa podia, trabajaba de llegar á tiempo que pudiese oir algo. Y así, entrando por la sala, hecha reverencia á la Duquesa, asentáronse todos, y él púsose con las damas. Lo mismo hicieron algunos de sus caballeros, en los cuales era el marqués Phebus y Ghirardino, hermanos de Ceva, micer Hector Romano, Vincencio Calmeta, Horacio Florido y muchos otros.

En esto, estando así todos callando, dixo el Prefeto. Señores, harto sin tiempo habria sido mi venida, si yo fuese causa que se atajasen tan buenas cosas como agora debieran de pasar entre vosotros. Por eso no me hagais este agravio que quiteis á mí y á vosotros mismos un tan buen rato.

Respondió á esto el conde Ludovico. Ántes pienso, señor, que haria por agora al caso callar yo; porque habiendo sido esta noche mio el cargo de tratar la materia que cuando vos llegastes se trataba, se han ofrecido tantos puntos, que ya, por decir verdad, yo estoy cansado de hablar, y así creo que lo estarán estos señores de escuchar, por no haber sido mi habla tal cual pertenecia á compañía de tantos hombres sabios, y cual se requeria en una tan gran cosa

como es la de que agora tratábamos, en la cual, pues yo no quedo satisfecho de mí, tampoco pienso que lo quedarán los otros. Por eso, señor, vos habeis sido mejor librado en llegar tan tarde, y no será malo que en lo que queda por decir, otro suceda en mi lugar, que quien quiera que éste sea, pienso que lo hará mejor que yo, en especial agora que estoy cansado.

No sufriré yo, respondió el manífico Julian, por ninguna cosa, que dexeis de cumplir la palabra que me distes. Y creo yo que al señor Prefeto no le pesará oir lo que vos me habeis prometido declarar.

¿Qué os he prometido yo de declarar, dixo el Conde?

Prometistes demostrarnos, respondió el Manífico, cómo debia el Cortesano usar aquellas buenas calidades que, segun vos habeis dicho, se requieren en él.

Era el Prefeto, aunque muy mozo, muy avisado y harto más discreto de lo que parecia poder caber en tan pocos dias, y en todo lo que en él se via mostraba, con una gentil grandeza de ánimo, una viveza de ingenio maravillosa, verdadero pronóstico ciertamente de aquel alto grado de virtud, donde se esperaba que habia de llegar; y así, oyendo las palabras del Manífico, dixo luégo.

Si todo eso queda por decir, paréceme que yo podria aún haber venido harto á buen tiempo; porque alcanzando yo á saber cómo el Cortesano deba usar sus buenas calidades, sabré tambien cuáles hayan de ser éstas, y así llegaré á entender todo lo que hasta aquí se ha dicho. Por eso, señor Conde, no os escuseis de

pagar enteramente vuestra deuda, en especial pues ya teneis pagada una buena parte della.

No habria yo de pagar tanto, respondió el Conde, si los cargos fuesen repartidos algo más igualmente; pero el yerro fué dar poder de tener el gobierno de estos juegos á una señora que es muy parte. Y en esto volvióse riendo á Emilia, la cual luégo así respondió.

No debriades vos quexaros deso, mas pues vos lo haceis así y os agraviais tan sin causa, darémos un pedazo desta honra, que vos teneis por fatiga, á algun otro. Y así en diciendo esto, volvióse á micer Federico Fregoso y díxole. Pues vos, señor, levantastes este juego del Cortesano, será bien que os quepa parte dél, y ésta quiero que sea satisfacer á la pregunta del señor Manífico declarando en cuál modo y manera y tiempo deba el Cortesano tratar sus buenas condiciones y calidades, y obrar todas aquellas cosas que el señor Conde ha dicho convenille.

Señora, dixo entónces micer Federico, si vos de las buenas calidades quisiéredes apartar el modo y el tiempo y la manera y el bien obrallas, sabé que será eso querer separar lo que no puede ser separado; porque estas cosas son las que ellas con ellas se ayudan, y con este concierto se hacen las calidades buenas y el saber obrallas bueno. Por eso habiendo el señor Conde hablado tan bièn en todo, y áun tocado algo en esto que agora decimos, pues ya estaba tan adelante y tenía ya concebido en su juicio lo que quedaba por decir sobre esto, fuera por cierto muy mejor que acabára él esta plática.

Hacé cuenta, dixo Emilia, que sois vos el Conde, y decí lo que se os figuráre que él dixera, y así quedará todo remediado.

Dixo entónces el Calmeta: Señores, ya es muy tarde; por eso, aunque no sea sino porque micer Federico, si fuere breve en su hablar, no tome por achaque que le faltó el tiempo, ternia por bien que se dexase esto para mañana y se gastase el rato que nos queda en algun otro pasatiempo de ménos competencia y porfía.

Fueron todos de este parecer, y con esto la Duquesa mandó á dos damas de las suyas que danzasen. Y así ellas, en comenzando á tañer los tañedores, danzaron una baxa y una alta, y despues bailaron con tanta gracia que todos holgaron estrañamente de vellas. En fin, por ser ya pasada la mayor parte de la noche, la Duquesa se levantó, y así todos, con mucho acatamiento despidiéndose della, se fueron á dormir.





EL SEGUNDO LIBRO DEL CORTESANO,

DEL CONDE BALTASAR CASTELLON,

traducido de italiano en castellano

PRÓLOGO

MARAVILLADO *me he muchas veces considerando dè dónde proceda un error, el cual, por verse comunmente en los viejos, podemos bien decir que les es proprio y natural; y es que casi todos ellos alaban los tiempos pasados y reprehenden los presentes, vituperando nuestros hechos y costumbres y todo lo que ellos en su mocedad no hacian; y verdaderamente parece maravilla y una cosa muy fuera de razon, que la edad ya madura, la cual con la larga esperiencia suele hacer en las otras cosas perfetos los juicios de los hombres, en sola ésta los estrague y dañe tanto que no entiendan que, si el mundo empeorára siempre y fueran los hijos generalmente peores que los padres, mucho há ya que hubiéramos llegado al cabo del mal, y no tuviéramos adonde pasar más adelante.*

Pero vemos que no solamente en nuestros dias, mas en los pasados reinó siempre esta dolencia en los viejos, segun claramente se puede alcanzar por lo que los autores más antiguos han escrito, en especial los cómicos, los cuales más naturalmente que los otros pintan la imágen de nuestra vida. La causa de esta falsa opinion pienso que sea porque los años, huyendo, se llevan tras sí muchos de nuestros bienes, y entre los otros nos quitan de la sangre gran parte de los espíritus vitales, y así nuestra complision se muda y el órgano se enflaquece, por el cual obran las potencias de nuestra alma; por eso en la edad ya vieja, como en el otoño vemos caer de los árboles las hojas, así de nuestros corazones caen las flores del contentamiento, y en lugar de los serenos y claros pensamientos entra la nublosa y turbia tristeza acompañada de mil malas venturas, de manera que el cuerpo y el alma entrambos juntamente están enfermos, y de los pasados placeres ninguna otra cosa nos queda sino una memoria muy honda y una imágen de aquel dulce tiempo de nuestra mocedad, la cual, cada vez que se nos representa, nos hace parecer que el cielo y la tierra y todas las otras cosas hacen fiesta y se andan riendo al derredor de nuestros ojos, y entónces se nos antoja que en nuestro pensamiento, como en un deleitoso jardin, florece la primavera del alegría. Por cierto sería muy mejor, cuando vemos ya declinar los dias y sentimos que nuestros placeres con la edad se acaban, pues los perdemos, perder tambien dellos la memoria, y hallar, como decia Themístocles, una arte para olvidar. Porque tan engañosos son los sentidos de nuestro cuerpo, que suelen muchas veces engañar el juicio de nuestra alma; y así los viejos me parecen como los que partiéndose de algun puerto, si miran la

tierra, se les antoja que se mueve, y que es ella la que se parte y ellos los que se quedan; siendo muy al reves, que el puerto, que es el tiempo y los placeres, está siempre quedo en su estado y nosotros con la nave, que es nuestra vida mortal, huyendo corremos los vnos tras los otros, pasando de una en cien mil tormentas por aquel bravo mar que toda cosa traga y consume, y nunca nos es posible tomar tierra, ántes combatidos de mil vientos contrarios al cabo damos al traves, donde quedamos perdidos para siempre.

Así que el corazon de los viejos, por ser un sujeto desproporcionado á muchos placeres, no puede bien gustallos, y acontéceles á éstos como á los que padecen calentura, los cuales tienen el gusto tan dañado, que cualquier vino, por bueno que sea, les amarga; así ellos por su indisposicion, aunque á ratos tambien tengan sus deseos, no hallan savor en los placeres, ántes los tienen por frios y por muy diferentes de aquellos que se acuerdan en su tiempo haber gustado, aunque en la verdad sean los mismos. Por esto hallándose dellos desposeidos, se duelen reciamente y condenan los tiempos presentes, no considerando que la mudanza que ellos sienten no viene del tiempo, sino de sí mismos, y, por otra parte, acordándose de los deleites pasados se acuerdan tambien del tiempo en que los sintieron, y así le alaban y le sospiran diciendo que aquél era bueno, porque todavía le hallan un cierto olor de aquello que en él sentian cuando era presente.

Esto no puede ser ménos, pues nuestros corazones naturalmente se aborrecen con todas las cosas que fueron en algunos dias compañeras de nuestros enojos, y aman las que hicieron compañía á nuestros placeres. Y así acaece que un hombre enamorado huelga de ver la ventana donde

alguna vez vió á su amiga, aunque la vea cerrada; y todos generalmente holgamos con una sortija, con una carta, y en fin, con toda cosa que en algun tiempo nos haya traido mucha alegría, asimismo nos alegramos con un huerto ó con otro lugar cualquier que sea donde hayamos recebido algun placer muy grande; y por el contrario, nos entristecemos con un aposento, por bueno que nos parezca, si hemos estado en él alguna vez presos, ó padecido algun trabajo ó enojo recio, y he conocido yo hartos hombres que en ninguna manera bebieran en vaso que se pareciese á otro en que hubiesen tomado algun xarabe siendo enfermos; porque así como aquella ventana ó sortija ó carta al uno representa una memoria que mucho le deleita, acordándole que cualquiera destas cosas fué casi como una parte de sus placeres, así al otro el aposento ó el vaso parece que le traiga juntamente con la memoria la prision ó la enfermedad.

Esta causa creo yo que haga á los viejos decir bien del tiempo pasado y mal del presente, y por eso se quexan y hablan mil sinrazones de todo lo del mundo, en especial de las córtes de los príncipes, y andan diciendo que las que ellos vieron en su tiempo fueron sin comparacion mejores, y más llenas de singulares hombres; y que no se puede creer la ventaja que llevaban á estas que agora se ven. Y todas las veces que se ofrece hablar sobre esto, comienzan á poner en el cielo con grandes esclamaciones los cortesanos del duque Philipo y tambien del duque Borso, y recitan dichos de Nicolo Picinino, y dicen con un gran hervor y con lástima que en aquellos tiempos muy pocas veces se usaba matar hombres, y que no habia pelear ni asechanzas ni engaños, sino que todo era bondad y fe y amor y

paz con todos, y que entónces solamente valian las buenas costumbres y la honestidad; y que los cortesanos no eran más que unos religiosos, y que guay de aquel que hubiese dicho entónces una mala palabra á otro, ó hecho un gesto ó un ademan poco honesto á una mujer. Afirman más, que agora todo es al reves desto, y que ya en los cortesanos no se halla aquella caridad ó amor fraternal, que este término usan ellos, ó aquel vivir medido de aquellos tiempos, y que en las córtes de los reyes ya no hay sino invidias y enemistades y malas crianzas, y una muy suelta vida en todo linaje de vicios; las mujeres desenvueltas deshonestamente y desvergonzadas; los hombres regalados y enternecidos, caidos y enflaquecidos todos en cosas mujeriles. Condenan tambien los vestidos por deshonestos y demasiadamente blandos; en fin, reprehenden infinitas cosas, muchas de las cuales merecen por cierto reprehension, porque realmente no se puede negar que entre nosotros no haya muchos bellacos y malos hombres, y que estos nuestros tiempos no sean harto más llenos de vicios y maldades que aquellos suyos. Mas no embargante que ellos en parte digan verdad y tengan razon, paréceme todavía que no saben bien entender la causa desta diferencia, y por decilla en una palabra, que son necios, pues querrian que en el mundo fuesen todos los bienes sin ningunos males, lo cual es imposible; porque siendo el mal contrario del bien y el bien del mal, es casi necesario que por un proceso y órden natural de contrarios y por un cierto contrapeso, el uno sostenga y fortifique al otro, y menguando ó creciendo el uno, mengüe tambien ó crezca el otro, pues ningun contrario se halla sin otro su contrario. ¿Quién no sabe que en el mundo no habria justicia si no hubiese injurias, ni mananimidad si no hubiese flaquezas

de espíritu, ni templanza si no fuese la destemplanza, ni salud si no fuesen las dolencias, ni verdad si no hubiese mentiras, ni dicha si no hubiese desdichas?

Por esto dice bien Sócrates en los libros de Platon, que se maravilla porque Esopo no hizo una fábula fingiendo á Dios, que ya que nunca habia podido juntar el placer y el desplacer, de manera que estuviesen mezclados en uno, á lo ménos los atára entrambos por los cabos de tal arte, que el principio del uno fuese el fin del otro, y así el alegría truxera consigo mayor gozo, sucediendo luégo despues de la tristeza. ¿Quién puede holgar mucho con el reposo si primero no ha sentido la pena del trabajo? ¿Quién se deleita con el comer y beber y dormir si ántes no ha padecido hambre, sed y sueño? Creo yo luégo que las pasiones y las enfermedades sean dadas á los hombres por la natura, no principalmente por hacellos sujetos á ellas, que no pareceria cosa convenible que, aquella que es madre de todo bien diese de su propio consejo determinado tantos males; mas hubo de ser así por fuerza, porque siendo naturalmente hechos el placer y la salud y los otros bienes, hubieron, por consiguiente, de seguirse tras ellos el desplacer y la enfermedad y los otros males. Por eso siendo las virtudes concedidas al mundo graciosamente por un dón ó merced que la natura nos ha querido hacer dellas, luégo en el mismo punto por aquella cadena ó atadura de contrarios les acudieron necesariamente los vicios por compañeros, de manera que siempre, como hemos dicho, creciendo ó menguando el uno, es forzado que tambien el otro crezca ó mengüe. Y así cuando nuestros viejos alaban las córtes pasadas de los reyes, diciendo que en ellas no habia hombres tan dados á los vicios como hay en las nuestras, no conocen que tampoco entónces los habia tan virtuosos como los hay agora en nuestros

dias. Y que esto sea así no es maravilla, porque ningun mal es tan malo como aquel que nace de la simiente del bien corrompida; y por eso produciendo agora la natura muchos mejores ingenios que no entónces, hase de seguir, que así como entre estos nuestros, aquellos que echan hácia el bien salen mejores y aprovechan más que no hacian aquellos suyos, así tambien los otros que echan hácia el mal, vienen á ser peores y hacen ménos fruto. Y no se ha de decir que los hombres de aquel tiempo, que no dexaban de hacer mal sino por no saber hacelle, mereciesen en tal caso alguna gloria, porque aunque el mal que ellos hacian era poco, no podia ser mayor, pues ya ellos hacian todo lo peor que sabian. Y que los ingenios de aquel tiempo generalmente no llegasen á los de agora, bien se puede juzgar por todo lo que en ellos se vee, así en las letras, como en las pinturas, estatuas y edificios y toda otra cosa.

Reprehenden asimismo estos viejos en nosotros muchas cosas que de suyo ni son buenas ni malas, y no por más dicen mal dellas, sino porque ellos no las hacen; predican ser vergüenza que los mancebos anden paseándose por el lugar cabalgando, en especial á mula, y que traigan peña ó ropas que no sean muy cortas, especialmente de verano, y que no deben traer bonete, á lo ménos hasta haber diez y ocho años, y otras mil cosas desta calidad, en las cuales verdaderamente se engañan; porque estos nuestros usos, demas de ser muy buenos de tratar y provechosos, son introducidos por la costumbre y agradan á todos generalmente, así como en aquellos tiempos parecia bien andar, segun ellos decian, en giornea *con calza abierta y zapatos de estraño talle, y traer por una gran gala todo el dia un gavilan en la mano sin propósito, y danzar sin tocar la mano de la dama y usar otras mil cosas que todas agora serian grandes groserías. Así que, pues ellos*

vivian segun su uso, tengamos tambien nosotros licencia de vivir segun el nuestro, sin ser reprehendidos falsamente dellos. Tras esto es muy gran donaire oilles decir, cuando quieren alabarse mucho: yo habia veinte años y áun dormia con mi madre y con mis hermanas, y hasta mucho tiempo despues no supe qué cosa era mujer, y agora los mochachos áun andan en los brazos de sus amas y ya saben más ruindad que sabian entónces los hombres de treinta años. ¿No ven estos necios que en decir esto hacen nuestra razon buena y confirman que ahora los niños saben más que no hacian entónces los viejos? Dexen luégo de condenar nuestros tiempos diciendo que están llenos de vicios, sepan que no pueden quitar éstos sin quitar tambien las virtudes. Acuérdense que en el tiempo que florecian aquellos ingenios más que de hombres, entre los buenos se hallaban muchos muy perversos, los cuales, si vivieran hasta agora, fueran entre los nuestros malos señaladísimos en el mal, así como en el bien lo fueran los buenos, y desto todas las historias hacen fe.

Pero basta lo que se ha dicho contra estos viejos; por eso dexarémos agora este proceso, el cual, aunque haya quizá sido demasiadamente largo, súfrase, pues ha hecho á nuestro propósito, y ya pues hemos probado que las córtes de los príncipes de nuestros tiempos no son de ménos calidad que aquellas tan alabadas por los viejos, volverémos á esplicar lo que más adelante pasó en la materia de nuestro Cortesano, y por aquí fácilmente se podrá entender cuál fué, entre las otras córtes, la de Urbino, y cuáles debieran ser aquellos dos señores que de caballeros de tan alto precio y de tan grandes ingenios se servian, y cómo se podian llamar bienaventurados los que gozaban de tal compañía.



CAPÍTULO PRIMERO

En que se platica en cuál modo y manera, tiempo y sazon deba el Cortesano usar de sus buenas calidades, y poner en obra todo lo que le conviene.



VENIDO, pues, el siguiente dia, hubo entre los caballeros y las damas grandes pláticas sobre las hablas y disputas de la noche pasada. La principal causa desto fué el Prefeto, que, deseoso de saber lo que se habia dicho en todo aquello, andaba preguntándolo á cuantos él pensaba que se lo sabrian decir, y como en semejantes cosas suele acaecer, cada uno le respondia de su manera, los unos eran de la una opinion y los otros de otra, y áun muchos estaban diferentes en el recitar lo que el Conde dixo por no habelles bien quedado en la memoria. Así que todo aquel dia no se habló sino en esto; y luégo en anocheciendo cenaron todos los caballeros con el Prefeto, y despues, en acabando de cenar, él y todos los que con él cenaron se fueron para la Duquesa, la cual, viendo tantos caballeros, y acordándose que venian más temprano que solian, dixo.

Gran obligacion me parece, micer Federico, esa que os han puesto; mucho habeis de hacer para salir

bien á todos los pasos donde pienso yo que os esperan.

Aquí, no esperando el único Aretino que micer Federico respondiese, dixo: ¿Cómo tan grande obligacion es ésa? ¿Quién es tan loco que sabiendo hacer una cosa no la haga siempre á su tiempo?

Estando en esto cada uno se asentó en su lugar en la manera ya dicha, esperando con mucha atencion el propuesto razonamiento.

Micer Federico entónces, volviéndose al único Aretino, le dixo: Así que á vos no os parece, señor Único, que sea muy trabajoso y difícil cargo, el que me cabe esta noche, de mostrar en cuál modo y manera y tiempo deba el Cortesano usar sus buenas calidades, y poner por obra todo aquello que hemos dicho convenille.

A mí no me parece tan gran cargo ése, respondió el Único, y creo yo que baste para todo ello decir con una palabra que el Cortesano no ha menester más sino ser hombre de buen juicio, segun el señor Conde dixo en la disputa desta noche pasada. Y siendo así, pienso que sin otras leyes, con sólo esto podrá tratar lo que supiere á tiempo y con buen arte. Esta generalidad basta, sin curar de particularizalla más ni reducilla á pesadumbre de reglas, lo cual, demas de ser difícil, tambien me parece escusado; porque no siento yo quién fuese tan indiscreto, que estando entre muchos oyendo música, se pusiese súpitamente á jugar de armas, ó anduviese bailando por las calles, aunque lo hiciese muy bien, ó cuando quisiese consolar una madre que se le hubiese muerto un hijo, por

consolalla se fundase en decille gracias y en hacer del Cortesano. Por cierto creo yo que esto no aconteceria á nadie que no fuese del todo loco.

Á mí me parece, señor Único, dixo entónces micer Federico, que vos andais mucho por los estremos, porque acaece alguna vez errar el hombre, de manera que no se conozca así fácilmente haber errado. Los yerros bien sabeis vos que no son iguales todos, y puede ofrecerse que sepa uno refrenarse de una locura pública y totalmente clara, como alguna de las que vos habeis traido por exemplo, y no sepa despues regirse en dexar de alabarse sin propósito, en no traer una presuncion pesada, en no decir una razon por parecer gracioso, la cual, por ser dicha fuera de tiempo, salga fria. Estos errores muchas veces vienen encubiertos de un cierto velo que no los dexa ser descubiertos ni conocidos de quien los hace, si con gran diligencia no se miran; y, sobre ser ya nuestra vida por muchas causas de suyo harto ciega, todavía por la negra codicia de la honra lo es mucho más, porque cada uno se quiere mostrar gran hombre en lo que piensa que sabe, ó sea verdadero ó falso este pensamiento. Así que el regirse bien en esto, paréceme que consiste en una cierta prudencia y juicio de buena elecion, y en conocer lo más y lo ménos que en las cosas se añade ó se quita haciéndolas á su tiempo ó fuera dél; y puesto que el Cortesano sea tan avisado y discreto que sepa juzgar y pesar estas diferencias, no dexará por eso de hallar más fácilmente lo que en todo esto buscáre, si se le abriere el juicio con algun preceto, y le fuere mostrado el camino y casi el lugar donde fundarse deba,

que no haria si sólo tuviese ojo á la generalidad. Habiendo, pues, el señor Conde ayer en la noche con tanta abundancia y tan gentil manera hablado en esta materia de la cortesanía, ciertamente me ha puesto miedo de no poder así satisfaceros, señores, en lo que me toca, como él os satisfizo en lo que le tocaba.

Con todo, por hacer que me quepa alguna parte de su honra y asegurarme de no errar, á lo ménos en esto, quiero conformarme con su opinion en todo lo quél dixo; así que, aprobando sus sentencias cerca del linaje, del ingenio, de la disposicion del cuerpo, de la gracia del gesto y de todo lo demas del Cortesano; digo que por alcanzar fama y buena reputacion con todos y favor con el príncipe á quien sirviere, paréceme necesario que sepa asentar bien el proceso de su vida y aprovecharse de sus buenas calidades, generalmente en la conversacion de aquellos que tratáre, y esto hágalo con tal arte que no mueva contra sí invidia ni mala voluntad en nadie; lo cual es difícil, que hasta aquí muy pocos hemos visto salir con ello. La causa desto es ser todos naturalmente más inclinados á reprehender lo malo que á loar lo bueno, y hay muchos que por una cierta malinidad (la cual parece que sacaron del vientre de sus madres) hasta aquello que conocen claramente ser bueno, trabajan con todas sus fuerzas de destruillo y de hallarle dentro alguna tacha, ó á lo ménos alguna semejanza della. Por eso conviene que nuestro Cortesano en sus cosas sea cauteloso, y que todo lo que hiciere y dixiere, sea dicho y hecho con prudencia, y no sólo ponga cuidado en tener partes y condiciones ecelentes,

mas ordene el tenor de su vida con tal órden, que el todo responda á estas partes, de manera que siempre se muestre uno y tal en toda cosa que nunca discorde de sí mismo, sino que de todas sus buenas calidades componga un solo cuerpo; de tal arte, que cualquier obra suya salga hecha y compuesta de todas las virtudes juntas, conforme al oficio (segun dicen los estoicos) del hombre sabio. Que aunque en todo hecho nuestro siempre hay una virtud que en aquello es principal, todavía están todas entre sí de tal manera atadas, que se enderezan á un fin, y todas pueden concurrir y servir para un mismo efeto. Por eso cumple tener manera en aprovecharse bien dellas y hacellas más lucir compasándolas y asentándolas de arte, que casi por la oposicion ó contrariedad de la una salga y se conozca más claramente la otra, como acaece en los buenos pintores, los cuales con las sombras hacen que se parezcan y se muestren más los resplandores de los relevados, y tambien con los resplandores abaxan y ponen en lo hondo las sombras de los llanos, y mezclan así las colores, y matízanlas con tal modo, que por la diversidad de todas cada una se muestra mejor; y tambien el asentar de las figuras, la una al contrario de la otra, les ayuda á hacer su oficio conforme á su intincion. Así que, siguiendo esta órden, la templanza y la mansedumbre parecerán bien en un caballero que sea recio y esforzado en las armas, y como la braveza en su tiempo se muestra mayor en el que es manso, así la mansedad sale y se muestra más en el que es bravo, cuando lo ha de ser. Por eso el hablar poco y el hacer mucho, el no alabarse de las cosas

grandes, disimulándolas con buen modo, acrecienta estas virtudes en persona que sepa discretamente aprovècharse desta arte. Esto mismo es en todas las otras buenas calidades. Será, pues, bien que nuestro Cortesano en cuanto haga y diga se guie por algunas reglas universales; en las cuales pienso que brevemente se contiene todo lo que yo he de decir agora.

La primera y más importante es que huya (como muy bien trató ayer el señor Conde) sobre todo el vicio de la afetacion. Tras esto considere atentamente la calidad de lo que hace ó dice, el lugar, en presencia de quién, á qué tiempo, la causa por que lo hace, la edad y profesion suya, el fin donde tiene ojo, y los medios con que puede llegar allá. Y así con estas consideraciones aplíquese cuerdamente á todo lo que hubiere de hacer ó de decir.

Despues que esto hubo dicho micer Federico, pareció que paraba algo. Atravesó en esto Morello de Ortona, diciendo.

Esas vuestras reglas antójaseme que aprovechan poco; yo por mí os digo que tanto me sé agora en esto como ántes que os las oyese, no embargante que se me acuerda ya otras veces habellas oido á algunos frailes cuando me confesaba, paréceme que las llamaban ellos las circunstancias.

Sonrióse á esto micer Federico, y prosiguió diciendo. Si bien nos acordamos, quiso ayer el señor Conde que el principal oficio del Cortesano fuese el de las armas, y declaró largamente de qué manera habia de usalle, y así no curarémos agora de replicar esto. Con todo, debaxo de nuestras reglas se podrá tambien

comprehender que hallándose el Cortesano en algun rencuentro ó batalla ó combate de tierra, ó en otra semejante pelea, debe con gentil acuerdo procurar de apartarse de la multitud de la gente, de manera que haciendo alguna cosa señalada entre pocos, se señale más que haciéndola entre muchos. Y hágala, si pudiere, en presencia de los más principales y estimados que hubiere en el exército, y mejor si la hiciere delante los proprios ojos de su Rey ó de su Capitan general. Porque, á la verdad, razon es aprovecharse de las cosas bien hechas de tal arte que no se pierdan, y tengo yo por cierto, que así como es malo buscar vanamente gloria de lo que no la mereceis, así tambien lo es apartaros ó desposeeros de la que justamente os viene, y haciendo cosas honradas no querer dellas aquel loor que es el solo y verdadero premio de los virtuosos trabajos. A este propósito yo me acuerdo haber conocido muchos neciamente esforzados que por pequeñas cosas (en las cuales se podia ganar poca honra) se ponian á grandes peligros, y no dudaban por hacer una cabalgada y tomar treinta vacas, de aventurar ni más ni ménos sus vidas, como las aventuráran por ser en un combate los primeros del escala. Esto no lo hará nuestro Cortesano si tuviere en su memoria la causa principal que le hace seguir la guerra, la cual no ha de ser otra sino la honra. Más adelante tenga tambien aviso en las fiestas públicas, que si justáre ó torneáre, ó jugáre á las cañas, ó hiciere cualquier otro exercicio semejante á éstos, considerado el lugar y en presencia de quién lo hace, salga no ménos aderezado y gentil hombre que

bien armado para su seguridad. Tenga fin á henchir los ojos del pueblo con todas aquellas cosas que le pareciere que puedan tener gracia y ser tenidas por galanas, y así saque buenos aderezos en su caballo, los vestidos vistosos y de hombre avisado, y, si fuere menester sacar letra, sea la invincion aguda, y la letra propria para el caso; salga, en fin, de manera que lleve tras sí embebecidos cuantos le vieren. Tenga cuidado de no ser de los postreros al salir; acuérdese que el pueblo, y en especial las mujeres, están más atentas y alborozadas para los primeros que para los que vienen despues; porque al principio todos con la codicia y el gozo de aquella novedad notan cualquier cosa por pequeña que sea, y así la notan, que les queda dentro muy imprimida; despues, continuado aquel mirar con el largo proceso de los otros que vienen, no solamente el corazon y los ojos se hartan, mas áun se cansan. Por esta causa hubo entre los antiguos un señalado representador de comedias, que siempre en ellas trabajaba de ser el primer personaje que saliese á representar lo que le cabia. Mire tambien con diligencia nuestro Cortesano que, si se ofreciere hablar en cosas de armas, tenga respeto á la profesion de aquellos con quien habláre, y sea la plática tan conforme á ellos, que de una arte hable en esto con los hombres y de otra con las mujeres. Y si quisiere tocar algo en loor suyo, hágalo disimuladamente, como acaso, sin detenerse en ello, y todo tan cuerdamente, que no salga un punto de lo que ayer el señor Conde dixo. ¿Paréceos agora, señor Morello, que nuestras reglas podrían aprovechar algo? ¿No mirais cómo aquel nues-

tro amigo, del cual pocos dias há que os hablé, debia de haberse olvidado con quién y la causa por que hablaba, cuando por trabar plática con una gentil dama (á la cual hasta entónces nunca habia visto), luégo á las primeras palabras le comenzó á decir que habia muerto tantos hombres, y que era tan esforzado, y que sabía muy bien jugar de espada de dos manos, y encendióse tanto en esto, que llegó la cosa á querelle mostrar cómo habia el hombre de reparar algunos golpes de hacha estando armado, y cómo estando desarmado, y decille las presas de los puñales? De manera que la cuitada estaba, como si estuvieran en cruz, y no veia la hora cuando le echase de sí, quizá temiendo que no la matase á ella tambien como á los otros. En estas necedades caen los que no miran las circunstancias: que vos decis haber oido á los frailes que os confesaron. Pero dexando esto, digo que de los exercicios del cuerpo hay algunos que casi siempre se hacen en lugares públicos, como el justar, el tornear, el jugar á las cañas y todos los otros que cuelgan de las armas. Habiendo luégo nuestro Cortesano de exercitarse en éstos, lleve primeramente tan buen concierto de caballo, de armas y de aderezos que no le falte nada, y, no viéndose bien á punto de todo esto, se quede; que si lo hiciese mal, no sería buena desculpa decir que no tenía buen caballo ó buenas armas, pues por ser aquello su principal profesion, no puede dejar de ser yerro faltarle en ella algo. Tras esto debe mucho considerar en presencia de quién se muestra, y con qué compañeros. Porque no sería cosa convenible que un caballero fuese á honrar con su persona una fiesta ó bo-

da de aldeanos, adonde los que mirasen y los que con él viniesen fuesen hombres baxos.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. En nuestra tierra de Lombardía no se miran todos esos primores; ántes muchos caballeros mancebos se hallan allí que bailan los dias de las fiestas todo el dia en el campo con los villanos, y con ellos tiran barra, luchan, corren y saltan, y esto creo yo por cierto que no es malo, porque allí en aquello no compiten de linaje ó de valor, sino de fuerzas y de maña, en lo cual muchas veces los villanos suelen llevar ventaja, ó á lo ménos ser iguales con los hombres honrados, y áun parece que aquella llaneza de trato de no tener punto en aquello los caballeros con aquella gente baxa, sino tratar así familiarmente con ellos, traiga consigo una cierta libertad de vida y una humanidad que los hace ser bienquistos de los otros.

El bailar en el campo, respondió micer Federico, á mí por ninguna via puede contentarme, ni sé qué fruto ó deleite se saque dél; mas el luchar, el saltar y el correr, ya que alguno quiera todavía usallo con los villanos, hágalo á lo ménos á manera de probarse, y (como se suele decir) por un pasatiempo y casi por burla, no por competencia ni por honra; y áun así, no quiero que se ponga en ello sino cuando tuviere casi por cierto que ha de llevar lo mejor; que no podria sino parecer muy mal y ser una cosa harto fea, quedar un caballero llevado de un villano, especialmente en lucha. Por esto creo yo que todavía será mejor dexar de hacello, á lo ménos en presencia de muchos, porque en tal caso el vencer traería poca ganancia, y el

ser vencido mucha pérdida. Tambien el juego de la pelota suele ser las más veces en público, y es una de las cosas en que parece bien haber muchos que miren. Quiero, pues, que así este exercicio, como los otros que no son de armas, haga nuestro Cortesano como cosa fuera de su oficio, y de la cual no muestre querer ni esperar honra, y no parezca que ponga en ello mucho tiempo ni diligencia, aunque lo haga á maravilla bien; y no le acaezca como á algunos que porque son inclinados á música y saben dos puntos en ella, en hablando con alguno, quien quiera que sea, luégo por poco que cese la plática, comienzan con un falsete á cantar entre dientes. Otros hay que andando por las calles, y áun por la iglesia, dan á cada paso sus arremetidas de bailar. Otros, que adonde quiera que topen con un amigo suyo, luégo hacen un ademan, ó se ponen en alguna postura de jugar de espada ó de luchar ó de otra cosa á que más sean inclinados.

Dixo á esto micer César Gonzaga: Mejor cierto lo hace un cardenal mozo que tenemos en Roma, el cual, porque se siente ligero y hábil de su persona, á cuantos le vienen á visitar, aunque nunca otra vez los haya visto, en la misma hora los lleva á un huerto que tiene dentro en su casa, y allí, á pura porfía y casi como por fuerza, haciéndolos desnudar en calzas y en jubon, los hace saltar con él.

Rióse micer Federico, y pasando adelante su habla, dixo. Hay algunos otros exercicios que se pueden usar en público y en secreto, como el danzar. Y en éste pienso yo que haya de tener alguna consideracion el Cortesano. Porque danzando en una fiesta

en presencia de muchos, paréceme que debe traer una honrada autoridad mezclada con una gentileza lozana, y con buen aire, y aunque se halle muy suelto y se vea señor de lo que hace, no cure de dar saltillos ni hacer habilidades ni meter mucha obra, lo cual, todo ya veis que nos parece bien en nuestro barleta, pero en un caballero y buen galan creo yo que nos pareceria mal, aunque, con todo, en una cámara estando así familiarmente entre otros podria hacello, y áun ternía licencia de bailar sueltamente los bailes que entre hombres de bien se usan. Pero en público ha de ser más recogido, sino cuando fuere máscara, que entónces puede andar más suelto, aunque le conozcan, y áun ésta es la mejor manera de todas para mostrarse las fiestas con armas y sin ellas; porque el ir máscara trae consigo una cierta libertad, con la cual, demas de otras muchas cosas, puede el hombre tomar la figura de aquello en que se siente más hábil, y ser diligente y ataviado para la principal intincion de la cosa en que se quiere mostrar, y en cierta manera descuidado para lo que no importa, lo cual suele dar estraña gracia comumente en todo, como si un mancebo se vistiese en hábito de viejo, pero suelto, sin embarazo, porque pudiese mostrar su soltura y ligereza, y un caballero en forma de pastor ó de villano, mas con buen caballo, y él tambien vestido y aderezado cuanto lo sufriese aquella invencion que trae. Acaece en estas cosas que luégo el sentido de los que miran, corre á imaginar lo que á los ojos primero se representa, y viendo despues salir mayor cosa de la que aquel hábito prometia, huélgase y re-

cibe dello muy gran gusto. Por eso en las fiestas donde se ofrece haber momerías no convernia, ántes sería bien señalada frialdad, que un rey viniese momo de su propria forma de rey, porque aquel placer que hemos dicho recrecerse con la novedad, en este caso faltaria; que á nadie es nuevo que el príncipe sea el príncipe, y áun él, cuando viesen todos que, demas de ser rey quiere tambien entónces parecello, claro está que perderia la libertad de hacer todas aquellas cosas que son fuera de la majestad de rey, y áun si en semejante fiesta se revolviese algun ruido donde se diesen buenas cuchilladas, podria decir alguno que el Rey supo lo que hizo en venir momo hecho rey, porque no le cupiese parte de aquel peligro. Tras esto habria en ello otra gracia, que haciéndose rey burlando, despues en las véras, cuando estuviese sin máscara, lo pareceria de burlas, y podria ser que fuese aquello la verdadera momería. Mas ciertamente si el príncipe en tales fiestas toma forma nueva y trata llanamente con los suyos, pero de tal manera que pueda ser conocido, cobra, con despreciar su grandeza, otra mayor grandeza, y es querer llevar á los otros, no en autoridad, sino en virtud, y mostrar que para su valor no hay necesidad de ser príncipe. Digo, pues, que el Cortesano, en las fiestas que hemos dicho de armas, debe tener esta misma consideracion conforme á su estado. En el voltear despues sobre una mula, en el luchar, correr y saltar, huya cuanto pudiere la multitud del pueblo, ó á lo ménos déxese ver pocas veces, porque no hay en el mundo cosa tan ecelente, de la cual los inorantes no se harten y vengan á

tenella en poco si la ven muy á menudo. El mismo seso quiero que tenga en lo de la música, y no lo haga como muchos, que adonde quiera que se hallen, hasta con señores que nunca hayan visto, luégo en llegando, sin dexarse mucho rogar, se ponen á hacer lo que saben, y áun alguna vez tambien lo que no saben, de manera que ya parece que no hayan venido allí sino por aquello, y que tengan sólo aquel oficio por proprio. Taña luégo y cante el Cortesano solamente como por un pasatiempo, y áun esto casi forzado, no en presencia de gente baxa ni de mucho pueblo; aunque sepa bien el arte y entienda perfetamente lo que hace, disimule el estudio que hubiere puesto en ello y la fatiga, la cual es necesaria en toda cosa para hacerse bien, y muestre en sí casi despreciar aquella gracia con tan buena maña, que por una parte señale tenella en poco, y por otra procure de hacella tan maravillosamente que todos se la tengan en mucho.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino: Muchas maneras hay de música, así en cantar como en tañer; por eso yo holgaría de saber cuál sea la mejor, y á qué tiempo debe usar ésta el Cortesano.

Muy buena música, respondió micer Federico, me parece cantar diestramente por el libro; mas áun pienso que es mejor cantar con una vihuela. Porque toda la dulzura consiste casi en uno que cante solo, y con mayor atencion se nota y se entiende el buen modo y el aire no ocupándose los oidos en más de una sola voz que si se ocupan en muchas, y allí entónces se juzga más delgadamente un hierro por pequeño que sea, lo

que no acaece si muchos cantan, porque el uno ayuda al otro. Mas por lo que yo estoy mejor con el cantar con una vihuela, es por lo que vulgarmente llamamos recitar, el cual da tanta gracia y fuerza á las palabras, que es maravilla. Traen asimismo grande y gentil armonía los instrumentos de tecla, porque tienen las consonancias muy perfetas, y fácilmente se pueden hacer en ellos muchas cosas que á nuestros sentidos parecen dulces. No deleita ménos una música de cuatro vihuelas de arco, porque es estrañamente suave y artificiosa. El cantar asienta muy bien en todos estos instrumentos; de los cuales bástele al Cortesano tener noticia, aunque cuanto mas ecelente fuere en ellos tanto mejor será, pero no cure mucho de los que Minerva y Alcibiades desecharon, porque parece que en cierta manera son ascorosos. El tiempo en que más se pueden usar todas estas músicas pienso yo que sea cada vez que el hombre se halle con una compañía familiar de amistad, cuando no haya otros negocios. Será mejor y converná mucho más si fuere entre mujeres; porque en esto la presencia y vista dellas suelen ablandar y enternecer los corazones de los que están presentes, y los hacen más aparejados á que en ellos más hondamente penetre la suavidad de la música, y áun levantan el espíritu de quien la hace. Todavía será en esto necesario (como ya he dicho) huir la multitud, en especial de gente baxa. La guía y casi el alma de todas estas cosas ha de ser la discrecion, porque realmente sería imposible imaginar todos los casos que pueden ofrecerse. Y así, si el Cortesano fuere buen juez de sí mismo, sabrá

bien conformarse con los tiempos y conocer la disposicion y la gana de los que hubieren de escuchalle; juzgará su misma edad y hallará cuán desconvenible cosa y cuánta risa sería ver un hombre de alguna autoridad, viejo, cano y sin dientes, lleno de rugas, con una vihuela en las manos, tañendo y cantando entre damas, aunque lo hiciese razonablemente. Demas de la vista en esto, que sería harto para reir, habria otra bien gran burla, que él en semejante caso no podria sino cantar cosas de amores, y ya veis en un viejo, tal cual hemos dicho, cómo cuadrarian, por más que él, entre otros milagros suyos, mostrase holgar mucho de encender á despecho de su vejez el hielo de sus entrañas.

Respondió entónces el manífico Julian: No quiteis ahora, señor, á los cuitados de los viejos este placer de la música, que yo he conocido ya hartos hombres de mucha edad tener muy singular voz y ser bien diestros y sueltos en el tañer, tanto que llevaban en esto gran ventaja á algunos mozos.

No quiero yo (dixo micer Federico) quitar á los viejos este placer, pero quiero quitaros á vosotros y á estas señoras que no os riais dellos. Si quisieren los viejos tañer y cantar, mucho enhorabuena, háganlo en secreto para sí mismos, solamente por descansar de los trabajosos pensamientos y graves cuidados de que nuestra vida está siempre llena, y por gustar aquella divinidad, la cual creo yo que gustaban Pithágoras y Sócrates en la música; y si ellos por ventura no fueren muy diestros en hacella, á lo ménos de estar en ella acostumbrados les verná este bien, que por un cierto hábito hecho en

sus almas, recibirán mayor gusto de oilla que otro cualquiera que no la hubiese usado ni tuviese della alguna noticia. Porque así como los brazos de un herrero, aunque de suyo fuesen floxos, serian, por estar exercitados en aquel amartillar contino, quizá para más que los de otro hombre naturalmente recio, pero no usado á cosas de trabajo, así los oidos exercitados en la música muy mejor y más presto la entenderán, y con más deleite la juzgarán que otros por buenos y sotiles que sean, no siendo usados en la diversidad de sus consonancias, porque realmente á éstos que vienen nuevos á oilla, no les entran las diferencias ni los buenos puntos della, ántes, sin dexalles ningun gusto de sí, pasan de largo; no embargante que hasta las fieras (como ya aquí se ha dicho) huelguen tambien con ella. Así que éste es propriamente el placer que ha de caber á los viejos de la música, lo mismo ha de ser en el danzar; porque á la verdad estos exercicios se han de dexar primero que la edad nos fuerce á dexallos.

Luégo mejor será (respondió Morello de Ortona casi enojado) sacar de la cuenta todos los viejos, y decir que solamente los mozos han de ser llamados cortesanos.

Rióse entónces micer Federico, y dixo : ¿Conoceis agora, señor Morello, cómo los que andan tras estas cosas de gala, si no son mozos, trabajan á lo ménos de parecello, y así se tiñen los cabellos y se hacen la barba dos veces en la semana? Y esto es porque la natura les dice al oido que andar en aquellas frescuras ó mocedades no conviene sino á los mozos.

Rieron desto todas aquellas señoras que allí estaban, porque bien vieron que aquellas palabras derechamente tocaban á Morello, y así pareció quél se corrió un poco dellas.

Otras maneras de pasatiempos hay con mujeres, prosiguió adelante micer Federico, conformes á los viejos.

¿Qué tales? dixo Morello, ¿diréis vos agora, si á mano viene, que contar consejas?

Y áun eso tambien, respondió micer Federico; pero cada edad (como sabeis) trae consigo sus pasatiempos, tiene alguna virtud propria, y asimismo algun proprio vicio. Por eso los viejos como por una parte son ordinariamente prudentes, templados, astutos; así tambien por otra son grandes habladores, escasos, pesados, medrosos, siempre riñen en casa, ásperos con sus hijos, quieren que todos sean hechos á su gusto; por el contrario, los mancebos son animosos, francos, verdaderos y llanos; mas tambien son burladores y mudables, que en un punto aman y desaman, sueltos á todos sus apetitos, y enemigos de buenos consejos. Destos dos estremos de edades, la de enmedio es la más templada, porque ya dexó las malas condiciones de la mocedad y no ha llegado aún á las de la vejez; así que estos que están ya casi al cabo, cumple que con el buen seso sepan corregir sus vicios naturales. Por eso deben los viejos guardarse de loarse mucho y de las otras tachas que (segun hemos dicho) les son proprias, y aprovecharse de aquella prudencia y buen conocimiento que por largo uso habrán alcanzado, y ser casi como unos profetas

enviados por Dios á los que quisieren pedilles consejo. Han de tener buena gracia en contar lo que supieren, de manera que venga bien á propósito, acompañando la gravedad de los años con una conversacion dulce y templada. Con esto podrán ser buenos cortesanos y sabrán estar con hombres y con mujeres, y los que los trataren holgarán en todo tiempo con ellos, aunque no los vean cantar ni tañer, ni los vean danzar; acuérdense tambien, cuando hiciere al caso, de mostrar su valor en las cosas de calidad. Este mismo juicio han de tener los mancebos, no en seguir el estilo de los viejos, porque claro está que lo que conviene á los unos no convernia en todo á los otros, y suélese decir que mucho seso en hombre mozo es mala señal; pero ténganle en corregir sus vicios naturales. Por eso yo me huelgo algunas veces de ver un mancebo, especialmente en cosas de armas, que sea un poco grave y callado sin peso, y que esté algo sobre sí, sin aquellas desenvolturas y desasosiegos que en tal edad se ven á cada paso; porque los que esto tienen, paréceme que alcanzan un no sé qué más que los otros. Tras esto, aquella manera así sosegada señala una cierta braveza de notar, porque es de creer que á su tiempo se moverá, no por ira, sino por juicio, y será más gobernada por la razon que por el apetito; ésta es la que casi siempre en los hombres de grande ánimo se conoce, y asimismo la vemos en aquellos animales brutos que tienen más nobleza y corazon que los otros, como en el leon y en el águila, y esto no es sin causa; porque aquel presto y furioso movimiento sin palabras, ni otra señal de cóle-

ra, que, con toda su fuerza recogida juntamente en un punto, casi como la pelota del escopeta rompe y revienta de aquel sosiego, que es su contrario, tiene mayor violencia y ímpetu que no aquel otro que creciendo por grados se enciende poco á poco. Por eso aquellos que habiendo de entrar en algun peligro hablan mucho y andan saltando acá y acullá sin saber estar quedos, parece que todo el esfuerzo se les va en aquello, y segun dice nuestro Pero Monte, acontéceles como á los muchachos, que andando de noche cantan de miedo. Así que, como en un mancebo la mocedad sosegada y madura es de loar, porque parece entónces que la liviandad, la cual en tal edad es una muy comun tacha, se tiempla y se corrige, así en un viejo se ha de preciar la vejez verde y viva, porque señala que la viveza y esfuerzo del espíritu es tan grande que calienta y da fuerza á aquella edad flaca y fria, y la sostiene en aquel buen medio, que es la mejor parte de nuestra vida. Pero, en fin, áun todas estas calidades no bastarian en nuestro Cortesano para alcanzar una ecelente opinion general con señores y caballeros y damas, si no alcanzase juntamente con ello un gentil y gracioso trato en la conversacion familiar con todos.



CAPÍTULO II

En el cual prosiguiendo micer Federico su plática, dice qué tal ha de ser la conversacion del Cortesano con el príncipe y con las otras personas.



E la conversacion del Cortesano creo yo que con trabajo se puede dar regla cierta, por las infinitas y diversas maneras de conversar que se ven á cada paso, tanto que de cuantos hombres hay en el mundo, no se hallarian dos que fuesen totalmente de una misma condicion y arte. Por eso quien ha de aplicarse á la conversacion de tantos, es necesario que se rija con su proprio juicio, y conociendo las diferencias de los unos y de los otros, cada dia y cada hora mude el estilo y manera conforme al punto y á la calidad de aquellos con quien tratáre. Cuanto yo, por mí os digo que en esto no os sabria dar otras reglas sino las que ya os he dado; las cuales, segun me parece, aprendió el señor Morello confesándose cuando era mochacho.

Rióse en esto Emilia, y dixo. Vos, señor micer Federico, andais por escusaros de trabajo; mas no os ha de aprovechar nada, que aquí habeis de hablar sobre esto hasta que sea hora de irse á dormir.

¿Y si yo, señora, respondió micer Federico, no tengo que decir?

Ahí se verá, dixo Emilia, vuestro ingenio. Y como, si es verdad lo que hartas veces he oido decir,

que hubo ya en el mundo hombres tan ingeniosos y elocuentes que compusieron libros en loor de la mosca, y no les faltó que escrebir sobre ello, otros en loor de la cuartana, otros loando el ser calvo, ¿no seréis vos agora bastante á saber hallar qué decir un rato de la noche sobre cortesanía?

Ya, señora, respondió micer Federico, nos hemos quebrado tanto la cabeza sobre esto y hemos pasado tantas cosas, que bien se pudieran haber hecho dos libros dello. Mas, pues no me vale justicia ni razon yo hablaré hasta que á vos os parezca que haya cumplido con lo que soy obligado, ó á lo ménos con lo que pudiere. Yo pienso que la conversacion á que más el Cortesano con todas sus fuerzas ha de tener ojo para hacella dulce y agradable, ha de ser la que hubiere de tener con su príncipe; y, puesto que este nombre de conversacion traiga consigo una cierta sinificacion de igualdad que parece no poder caber entre señor y criado, todavía nosotros por agora la llamarémos así. Quiero, pues, que el Cortesano, demas de haber ya dado y dar cada dia grandes pruebas de su valor, se dé con todo su corazon y pensamiento á amar y casi adorar, sobre toda otra humana cosa, al príncipe á quien sirviere, y su voluntad y sus costumbres y sus artes todas las enderece al placer dél.

Á esto, no esperando más Pedro de Nápoles, dixo. De esos cortesanos hartos se hallarian hoy en dia por nuestros pecados. Que vos, segun me parece, en lugar de pintarnos un buen cortesano, nos habeis pintado en breves palabras un gentil lisonjero.

Vos os engañais, dixo micer Federico, porque los

lisonjeros no aman á sus señores ni á sus amigos, lo cual, segun ya he dicho, no ha de caber en nuestro Cortesano; ántes su principal fin ha de ser amar á quien debe; pero bien veis vos que agradar y seguir la voluntad del señor á quien servis se puede hacer fácilmente sin lisonja. Porque yo aquí no entiendo de hablar sino de las cosas puestas en razon y honestas, ó verdaderamente de aquellas que en sí no son buenas ni malas, como sería el jugar ó el darse más á un exercicio que á otro; en ésta quiero yo que el Cortesano, aunque le venga cuesta arriba, se fuerce y esté en ellas, de manera que su señor siempre que le vea piense que le ha de hablar en cosas que sean de su gusto. Esto alcanzallo ha si tuviere buen juicio para conocer lo que el príncipe ha gana, y ingenio y cordura para saberse aplicar á aquello, y determinacion para hacer con buena voluntad lo que por ventura no hiciera sino por fuerza. Teniendo todas estas cosas, nunca delante de su príncipe estará desabrido ni triste ni callado con desgusto, como muchos que siempre parece que están agraviados de sus señores, y esto es una tacha harto aborrecible; lo cual muchas veces suele acaecer, que no sé por cuál desdicha nuestra anda siempre por las córtes de los reyes esta pestilencia, que ordinariamente los que son más bien tratados de los señores y más medrados y de baxos subidos á tener autoridad y honra, ésos se quexan más descaradamente, y dicen peor dellos que los otros que por ventura podrian hacello con alguna causa, y á la verdad éstos y aquéllos y todos son de culpar gravemente si lo hacen. Guardarse ha nuestro Cortesano de presumir

locamente y de traer nuevas enojosas; no sera indiscreto en decir palabras que ofendan, por decir las que agraden; no será pertinaz ni porfiado, como algunos que no huelgan sino de ser pesados y importunos, que han ya tomado por oficio de contradecir groseramente á toda cosa; no será chismero, vano ni mentiroso; no fanfarron ni lisonjero, sino templado y comedido, tiniendo siempre, especialmente en público, el acatamiento á su príncipe que como criado le debe. No hará lo que hacen muchos, que en topando con cualquier gran señor, por sólo habelle hablado una vez, luégo se van para él muy familiarmente, con una risa simple, con un gesto muy conversable ó muy necio, y hablan y burlan con él tan sin respeto como si fuese un igual dellos, ó quizá otro menor á quien quisiesen favorecer. Pocas veces, ó casi nunca, pedirá á un señor cosa para sí mismo, porque está en la mano, que, teniendo aquel á quien la pidiere empacho de negársela, se la dará más por vergüenza que por voluntad, y así no podrá dársela sino desabridamente y de mal arte, lo que sería mucho peor que si se la negase determinadamente; y áun si hubiere de pedir algo para otros, mirará tambien el tiempo discretamente, y no pedirá sino lo que fuere honesto y justo, y ofrecerse ha á pedillo de manera que si en ello hubiere algo que pueda causar alguna pesadumbre ó sinsabor, se quite luégo aquello y hará con buena maña que las dificultades parezcan livianas. En fin, sepa traer el negocio de tal arte, que aquel señor le conceda entónces lo que le pidiere, ó á lo ménos, si se lo negáre, no quede con escrúpulo de habérselo negado, sino satis-

fecho de haberse visto con desembarazo y libertad de no dárselo no queriéndoselo dar. Porque á las veces los señores, cuando alguno les pide algo con gran hervor, si no lo dan, paréceles que queda muy ofendido aquel tal en no haber alcanzado cosa que tanto mostraba desear; y por el mismo caso comienzan á querelle mal, porque sospechan que aquél tambien, de agraviado, les quiera mal á ellos, y así, por una cierta vergüenza y desconfianza que dél tienen, vienen á cargarse con él cada dia más, y nunca se aseguran para podelle tener buena voluntad. Procurará tambien nuestro Cortesano de ser, por más autoridad que tenga, comedido con su señor, en no entrar á donde él estuviere, cuando le vea retraido, si primero no fuere llamado; porque suelen los señores, cuando están en secreto, holgar de poder hablar á su placer y hacer lo que se les antoja sueltamente sin embarazo de nadie, y por eso no quieren ser vistos ni oidos de persona que pueda notalles algo; y por cierto en esto no dexan de tener alguna razon; ántes no la tienen aquellos que les echan culpa, porque tienen en su cámara personas baxas y de poco sér para otras cosas, sino para aquello de servir y de chocarrearse con ellos algunos ratos; bueno es que teniendo nosotros nuestros pasatiempos, no nos pese que ellos, que son señores, los tengan tambien. Por eso si el Cortesano que fuere naturalmente grave y acostumbrado á tratar cosas de importancia, se halláre alguna vez con algun señor destos en parte donde haya de estar con él familiarmente, debe mudar todo su estilo tomando casi una nueva forma y dexar las cosas de calidad para otra hora, hacien-

do su conversacion dulce, tratando de burlas y de cosas de placer y conformándose con lo que entónces más conviniere, para no atajalle su pasatiempo. En fin, en esto y en toda otra cosa mire mucho en no selle odioso, y espere que los buenos tratamientos y favores le vengan, y que no muestre el solicitallos ni buscallos tan descubiertamente como lo hacen muchos, que parece que les va la vida en aquello; y si les acaece quedar desfavorecidos algun dia, ó ven que otros quedan mejor, entristécense y angústianse tanto, que no pueden disimular su invidia, hasta llegar la cosa al término que ya todos corren á vellos para burlar y holgar con tan buena fiesta, y áun los mismos señores huelgan de favorecer á otro delante dellos por hacellos rabiar. Estos mismos, cuando despues se hallan con alguna miseria de prosperidad, andan luégo tan levantados y tan beudos con aquella su hinchada ufaneza, que no caben en sí ni saben dó echar las manos ni dó poner los piés, y están á dos dedos de llamar á todos sus amigos que vengan á ver aquella su bienaventuranza, y á congratularse con ellos della. No quiero yo que sea como éstos nuestro Cortesano. Mas tampoco se entiende que me parezca mal que ame el favor; pero no le ha de tener en tanto que muestre no poder vivir sin él, y cuando le alcanzáre, no se alboroce con él como con cosa nueva, ni señale maravillarse de habelle alcanzado. Mire tambien que no le rehuse baxamente, como algunos que de groseros ó de cortos ó de desvalidos no saben recebir las honras que les hacen, sino que de tal manera se encogen, que dan á entender no tenerse por merecedores dellas; bien que

sería yo de opinion que el hombre todavía procurase más ayna de dexarse estar un poco atras que de ir muy delantero en las cosas, y que no fuese muy fácil en acetar los favores que se le ofreciesen, sino que mostrase rehusallos templadamente, agradeciéndolos y estimándolos con tan buen arte, que el que se los hiciese quedase con gana y casi con obligacion de hacérselos mayores cada dia. Porque vemos por experiencia, y está en razon, que si nosotros no admitimos livianamente el favor, sino que con el modo ya dicho le rehusamos un poco, como á cosa que nos viene ancha, luégo le parece á quien nos le hace que tenemos en mucho su autoridad y sabemos conocer la honra que de su parte nos viene, y así queda con gusto y con gloria de habernos honrado. Éstos son los verdaderos y bien fundados favores que hacen ser estimados los hombres; porque no siendo alcanzados por negociacion, ni pedidos como por limosna, claro está que cada uno ha de pensar que se alcanzaron por pura virtud y méritos, en especial siguiéndose luégo tras ellos llaneza y humildad en quien los recibe.

Paréceme, dixo entónces micer César Gonzaga, que habeis hurtado ese paso del evangelio, donde dice. Cuando fueres convidado en alguna boda, asiéntate en el lugar más baxo, porque viniendo aquel que te hubiere convidado te diga, amigo, subíos acá más arriba, y así con estas palabras quedarás honrado en presencia de los otros que allí estuvieren.

Rióse micer Federico, y dixo. No hiciera yo tal por la vida, que fuera gran sacrilegio hurtar del evangelio, pero con todo, vos sois un hombre harto más

doto en la sagrada escritura de lo qne yo pensaba.

Tras esto prosiguió adelante su habla, diciendo. Pensad bien en cuánta afrenta se ponen los que á ciegas, sin saber cómo, se meten en pláticas con señores; la ganancia que por lo ménos llevan desto es que aquel señor, con quien ellos andan por tratar, luégo comienza á secarse y no les responde, ó si les responde, es tan desabridamente que todos lo conocen, y si estas diligencias no le bastan para echar de sí estos importunos, vuelve la cabeza á otra parte y déxalos claramente como á perdidos. Así que, por alcanzar de los señores que os hagan honra, ningun camino hay tal como merecella. Y no conviene que el hombre, en viendo á otro haber llegado á tener cabida con algun señor, se ponga luégo á seguir los mismos pasos pensando por allí llegar adonde el otro llegó; porque ya veis que una misma cosa no parece bien en todos. Hallaréis uno á quien Dios habrá dado una gracia tan natural, que no dirá ni hará cosa que no os haga reir con ella, y si otro que naturalmente tire algo á lo grave y á las cosas de seso, quisiere ponerse en hacer lo mismo, estará en la mano que por avisado que sea quedará frio, y tan desgraciado, que haga asco á quien le oya, y en fin, será como el asno, que por hacer lo que hacia el perro, retozando, pnso las patas en los pechos de su señor. Por eso es necesario que cada uno, conociéndose á sí, conozca sus mismas fuerzas, y se aplique adonde su habilidad le lleváre, considerando siempre lo que es de segnir y de huir.

Ántes que paseis más adelante, dixo aquí Vincencio Calmeta, me parece, si yo bien lo he entendido, que

dexistes poco há que el mejor camino para alcanzar que os hagan honra es merecella, y que más ayna debe el Cortesano esperalla que le venga, que ir á buscalla locamente. Yo dudo que esa regla sea tan provechosa como vos lo haceis, y áun parece que la esperiencia está en contrario; porque hoy en dia solamente son favorecidos de los señores los que andan cargados de presuncion, y vos podeis ser buen testigo desto, que habréis visto algunos que estaban harto caidos y bien olvidados de sus señores, y despues, con solo el presumir, se valieron y llegaron á ser queridos y estimados; de éstos vemos infinitos á cada paso; pero de esotros que con buen tiento y con templanza hayan subido y medrado, yo de mí os digo que áun hasta aquí no he visto ninguno, y vos pensá en ello cuanto quisiéredes, que tambien creo que hallaréis harto pocos, y si mirais la córte de Francia, la cual en nuestros tiempos es una de las mejores de la cristiandad, hallaréis en ella que todos los más cabidos y estimados tienen una presuncion loca, y no solamente la tienen unos con otros, mas áun con el mismo Rey.

No digais eso, respondió micer Federico, que ántes en Francia son todos muy bien criados; verdad es que tienen una cierta libertad y una conversacion suelta, la cual es natural á toda aquella nacion; así que por eso no se deben llamar soberbios ni locos, porque ya es su arte aquélla, y aunque burlen y huelguen como hombres que presumen más de lo que es razon, no dexan en su caso de preciar y honrar mucho á las personas de valor y bien criadas.

Respondió el Calmeta: Mirá los españoles, que

son habidos por grandes cortesanos; ¡ea! decí si halláreis muchos que no traigan consigo una soberbia y fantasía loca donde quiera que se hallen con hombres y con mujeres, y tanto más que los franceses, cuanto á primera vista os parecerán más dulces y más mansos; y en verdad yo los tengo en esto por cuerdos. Porque (como dixe) los señores de nuestro tiempo así quieren los hombres.

No os sufriré yo, respondió micer Federico, que pongais esa tacha en los señores de nuestro tiempo, que muchos dellos hallariamos muy amigos de hombres llanos y de buena crianza; la cual yo por eso no digo que sólo baste á hacer que el hombre sea estimado y bien querido; pero tengo por determinado que si se juntáre con un buen valor, traerá mucha honra al que la poseyere, y aunque ella no hable de sí, las honradas obras hablarán donde quiera que menester fuere, y serán puestas en mayor precio que si se mezcláran con presuncion y locura; con todo, no niego yo que no haya muchos españoles muy locos y llenos de una fantasía harto pesada; pero digo que los de mayor punto, y todos aquellos que se apartan de la banda, comunmente son blandos y mansos y bien criados. Discurriendo más adelante, hállanse otros hombres de otra calidad, tan frios y tan encogidos, que ordinariamente andan apartados, huyendo de conversacion, de manera que se hacen tener ó por empachados ó por soberbios, y éstos por ninguna via los alabo, ni quiero que la templanza sea tan seca que llegue á ser grosería. Pero sea el Cortesano, cuando hiciere al caso, largo y abundoso en su

conversacion, y si se ofreciere hablar en cosas graves, hable en ellas como hombre sabio y prudente, y tenga juicio para saberse conformar con las costumbres de las tierras donde se halláre; despues en las otras cosas de ménos sustancia sea dulce y alegre, tiniendo siempre por fundamento la virtud, no invidioso ni maldiciente, ni cure de ganar amistades ó haciendas por ruines caminos y vergonzosos ni por medios desastrados.

Pues yo os aseguro, dixo entónces el Calmeta, que todos los otros caminos aprovechan por ventura ménos que ésos que vos agora habeis condenado por tan malos; porque hoy en dia, que esto quiero tornar á decir cien veces, los señores no hacen bien sino á los que se valen por esas vias ilícitas y defendidas.

No digais eso, respondió micer Federico, que de esa manera todos los señores de nuestro tiempo serian malos, lo cual ciertamente vemos no ser así, ántes hay muchos buenos. Mas si nuestro Cortesano por su desdicha hubiere tropezado en servir á alguno de los ruines, en la misma hora que le conozca por tal, despídase de su servicio, por no sentir el dolor que sienten los buenos cuando sirven á los malos.

Valdráos á la fe, respondió el Calmeta, si le acertáredes bueno, que ya despues, cuando el mal recaudo está hecho, habeis de sufrir el que Dios os ha dado, ó sea bueno, ó sea malo; porque muchos y grandes respetos fuerzan á un hombre de bien perseverar en el servicio de un señor despues que ha comenzado á serville. La mala dicha toda está en no acertar al principio, y en este caso son los cortesanos como las tristes aves que nacen en triste valle.

A mí me parece, dixo micer Federico, que la razon debe siempre tener más fuerza que los respetos, y así remediado solamente que el caballero no dexe á su señor en mitad de una guerra ó en alguna adversidad, de manera que parezca que le dexó por mejorarse, ó porque le via en tan baxo estado que no esperaba poder medrar con él, en todo otro tiempo puede y debe despedirse de su servicio, en el cual, si porfiase á perseverar, no podria sino desautorizarse mucho entre los hombres de honra. Porque razon es pensar que quien sirve á los buenos es bueno, y malo quien sirve á los malos.

Querria, dixo entónces Ludovico Pío, que me sacásedes de una duda, y es ésta. Si un caballero que vive con un príncipe ó con un señor, es obligado á obedecelle en las cosas injustas que le mandáre.

En cosas injustas, respondió micer Federico, no debemos obedecer á nadie. Replicó Ludovico Pío:

¿Y si yo estoy, replicó Ludovico Pío, en servicio de un señor que me trate bien y tenga confianza de mí, que le he de servir en todo lo que fuere posible, mandándome que mate un hombre, ó haga otra cualquier cosa, no la haré?

Vos debeis, dixo micer Federico, hacer el mandamiento de vuestro señor en todo lo que á él le fuere provecho y honra, no en lo que le ha de ser daño y vergüenza. Por eso, si él os mandase que hiciésedes una traicion, no solamente no seríades obligado á hacella, mas séllo íades á no hacella por lo que cumpliria á entrambos; que no habeis vos de perjudicar vuestra honra, y ser ministro de la infamia de aquel con quien

vivis; verdad es que muchas cosas traen al principio color de buenas que son malas, y muchas le traen de malas que son buenas. Por eso alguna vez es lícito que el hombre por servicio de su señor mate mil hombres, cuanto más uno, y haga otras cosas, las cuales, á quien no las considerase bien, parecerian malas, no siéndolo.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Suplícoos agora, señor, que por me hacer merced hableis en eso un poco y nos declareis cómo se puedan conocer las cosas realmente buenas entre las aparentes.

Si vos mandais, señor, respondió micer Federico, yo por agora no me deterné en todo eso, que sería un largo proceso, sino que lo remito todo á vuestro buen juicio.

Declarános replicó, Gaspar Pallavicino, á lo ménos otra duda.

Respondió micer Federico: ¿Qué duda quereis que os declare?

Querria saber, dixo Gaspar Pallavicino; dándome un señor cargo de algun negocio con instruciones tasadas de lo que hubiese de hacer, si despues en el proceso de aquella negociacion yo viese venir las cosas de manera, que me pareciese poderse hacer aquel negocio mejor y más brevemente y con más honra, no rigiéndome puntualmente por los memoriales dados desde el principio, si debo todavía estar atado á las instruciones ó gobernarme por mi mismo juicio, y por lo que viere suceder en la cosa.

Respondió entónces micer Federico. Yo en eso os diria lo que siento sólo con el exemplo de Manlio Torquato, el cual, por demasiado amor que tuvo á su pa-

tria, mató á su hijo, si yo este tal hecho suyo le aprobase totalmente; mas en verdad no le apruebo ni tampoco oso condenalle contra la opinion y autoridad de tantos años. Porque sin duda es harto peligro, en los cargos que os dan, torcer de los mandamientos de los señores, confiando más de vuestro juicio que de las reglas por ellos dadas, que si por caso vuestro seso os engaña y la cosa sale mal, ya cuanto á lo primero no habeis hecho lo que os mandaron, y despues habeis echado á perder con vuestras proprias manos el negocio, sin tener recurso á ninguna desculpa ni quedaros esperanza de perdon; y si os sucede bien, dicen luégo que habeis sido dichoso, y échanlo todo á vuestra buena fortuna y vos habeisos de contentar desto. Hay tambien en ello este inconveniente, que se introduce de unos en otros una costumbre de regirse muchos despues en los cargos por su proprio juicio, no curando de lo que les es mandado, viendo que otros (los cuales quizá eran más sabios y tuvieron otras calidades y fueron ayudados por la fortuna) lo acertaron haciéndolo así, y desta manera hartos hombres inorantes y livianos dan consigo al traves, confiando de sí demasiadamente en las cosas importantes y haciendo lo que se les antoja por mostrarse sabios y dar á entender que tienen autoridad para poder hacer lo que quieren en negocios ajenos, lo cual es muy malo y causa de infinitos errores. Todavía digo que en esto se puede tomar este medio, que el que tal cargo tiene debe poner delante sus ojos, y pensar maduramente por la una parte el provecho que se espera en aquel negocio si le guiáre segun su seso, y por la otra, el daño que en él

se teme, y viendo que el daño se trasluce que ha de ser mayor sucediendo mal la cosa, que no el provecho sucediendo bien, paréceme que debe dexar toda otra consideracion, y arrimarse solamente á lo que primero le fué mandado; y, por el contrario, si el provecho se muestra mayor acudiendo bien el negocio que el daño acudiendo mal, creeria yo que podria en tal caso con alguna razon seguir lo que á él le pareciese mejor, y apartarse un poco del rigor de las instruciones á él dadas, haciéndolo como los buenos mercaderes, que ponen en aventura lo poco por ganar lo mucho, mas no lo mucho por ganar lo poco. Con todo, débese en esto tener gran respeto á la natura y costumbre de aquel señor por cuyo mandamiento fué tomado el tal cargo y gobernarse segun fuere; que si se viese en él una condicion tan estrecha y rigurosa, como se suele ver en muchos, yo no consejaria entónces á ningun amigo mio que mudase en un solo punto la órden de lo que le fuese mandado, porque no le aconteciese lo que se lee haber acontecido á un maestro de artillería de los atenieses, al cual, mandándole Publio Craso Muciano, que era capitan general por los romanos en Asia, que fuese á Aténas á tomar de allí uno de dos árboles de nao que él habia visto para hacer un cierto ingenio por dar combate á una ciudad que tenía cercada, y diciendo que tomase el mayor, el maestro, como sabio y exercitado en tales cosas, conoció que el menor aprovecharia más para aquel efeto y sería mejor de traer, y así envióle á Muciano, el cual, informado de cómo habia pasado todo, mandó venir al cuitado del maestro, y preguntándole por qué no habia

obedecido puntualmente su mandamiento, y no admitiéndole ninguna razon de las muchas buenas que él le daba, le hizo desnudar y azotalle tanto, hasta que á puros azotes le mataron, pareciéndole que en lugar de obedecelle le habia querido dar consejo. Así que es necesario con estos hombres tan recios tratar muy delicadamente y con gran tiento. Pero dexemos á una parte esto de la conversacion que se ha de tener con señores, y vengamos á la que hemos de tener con nuestros iguales ó con los que no fueren muy mayores, de la cual no nos hemos de descuidar, sino tener muy gran fin á ella, por ser más general y habella menester más veces.

CAPÍTULO III

En que habiendo dicho micer Federico en el capítulo pasado cómo debe el Cortesano conversar con señores, dice agora en éste cómo debe conversar con sus iguales.



HAY muchos necios que yendo en compañía del mayor amigo que tienen, luégo que topan con otro que trae mayor fausto y es, como dicen, de los bien vestidos, se pegan con él por mejorarse, y andan siempre tanteando las compañías y escogiéndolas, no por su gusto ni por virtud, sino por una vanidad miserable, que viendo desde una legua un señor en una plaza, ó en otro lugar donde haya mucho pueblo, luégo se van para él á gran priesa desatinados rom-

piendo por la gente, y no paran hasta ponérsele al lado, y allí, aunque no tengan que decille, buscan que hablalle; y así dicen cosas escusadas y mil frialdades, acompañándolas con grandes gestos, dando de la cabeza y de las manos, agora riéndose y agora mesurándose por mostrar que tratan cosas de mucha gracia ó de mucha calidad, y por dar á entender que privan estrañamente con aquel señor; pero pues estos tales no se precian de hablar sino con señores, así agora nosotros no nos preciemos de hablar con ellos.

Querria, dixo el magnífico Julian entónces, pues habeis, señor micer Federico, hecho mencion de estos que de tan buena voluntad se acompañan con los bien vestidos, que nos mostrásedes de qué manera se debe vestir el Cortesano, y qué suerte de vestidos le convenga, más, y, acerca de los atavíos de su cuerpo, cómo haya de regirse; porque en esto vemos infinitas diferencias; los unos se visten á la francesa, los otros á la española, hay algunos que quieren parecer tudescos, y no faltan hartos que se vistan ya como turcos, quién trae barba y quién no. Sería luégo muy gran bien en tanta confusion saber escoger lo mejor.

Yo, en verdad, dixo micer Federico, no sabria dar en esto regla cierta, sino que me parece que debe el hombre en el vestir conformarse con los más, y pues, como vos decis, la costumbre en esto es vária, y los italianos son tan amigos de trajes nuevos, pienso que cada uno puede ya vestirse á su placer. Mas yo no sé cuál fortuna haya sido ésta, que Italia no tenga ya, como solia, hábito conocido por italiano, que, aunque estos que agora se usan hagan ser tenidos por groseros

los que en otro tiempo se usaron, á lo ménos aquéllos quizá eran una señal de libertad, como éstos han sido un mal anuncio de sujecion, el cual, en fin, ha habido de salir verdadero. Y como se escribe que habiendo Dario el primer año que peleó con Alexandre, hecho aderezar su espada y mudalla al talle de las de Macedonia, fué interpretado por los adevinos que aquella nacion en cuyo talle habia mudado Dario su espada, habia de venir á señorear la Persia; así el haber nosotros tomado diversas maneras de vestidos de diversas naciones, pienso que haya sinificado que todos aquellos pueblos en cuyos hábitos los nuestros se han mudado, habian de llegar á sojuzgarnos y tenernos cativos, lo cual ha sido harto más verdad de lo que fuera menester para nosotros; que ya no queda provincia ni tierra que no esté rica de nuestros despojos, tanto que no queda ya que despojar, y áun la desventura no cesa de pasar cada dia más adelante. Pero no entremos agora en materias enojosas, sino que volvamos á los vestidos de nuestro Cortesano, los cuales pienso que, como se usen y no sean contrarios á su profesion, puedan en lo demas todos estar bien, con tal que satisfagan á quien los trae. Verdad es que yo querria que no siguiesen los estremos, echando demasiadamente á la una parte ó á la otra, como el hábito frances que ecede en ser muy ancho, y el tudesco en ser muy angosto, sino que fuesen como los que, tomando del uno y del otro, son corregidos y reducidos en mejor forma por los italianos, y no ternia por malo que echasen algo más hácia lo grave que hácia lo vano; por eso me parece que tiene más gra-

cia y autoridad el vestido negro que el de otra color, y ya que no sea negro, sea á lo ménos escuro. Esto entiéndese del vestir ordinario; que para sobre armas no hay duda sino que están mejor las colores alegres y vistosas, y los vestidos lozanos y de fiesta bordados y acuchillados, pomposos y soberbios. Tambien han de ser así en las fiestas, en los juegos de cañas, en las máscaras y en semejantes cosas, porque desta manera traen consigo una cierta viveza y gallardía, que hace mucho al propósito para las armas y para estas tales fiestas; pero en lo demas, querria que mostrasen el sosiego y la gravedad de la nacion española; porque lo de fuera muchas veces da señal de lo de dentro.

Yo cierto, dixo entónces micer César Gonzaga, no me fatigaria mucho sobre ello; porque si un caballero en las otras cosas vale, los vestidos no le quitan ni le dan reputacion.

Vos decis gran verdad, respondió micer Federico; mas si viésemos agora en esa calle un caballero con una ropa de diversas colores, y con un sayo lleno de cuchilladitas y de cintillas y de tiras y de ribetes, ¿no le terniamos por loco ó por truhan?

Por cierto, dixo micer Pietro Bembo, no le ternia por loco ó por truhan quien hubiese vivido en Lombardía algun tiempo; porque allí así andan todos.

Pues luégo, respondió la Duquesa riendo, si así andan todos, no les echemos culpa, siéndoles tan comun y tan proprio ese hábito, cuanto lo es á los venecianos el traer mangas anchas y á los florentines capirotes.

No hablo yo agora, dixo micer Federico, más de Lombardía que de otras naciones; porque en toda parte

hay muchos locos y muchos cuerdos. Mas por pasar adelante en esto de los vestidos, y decir en ello lo que me parece, quiero que nuestro Cortesano sea ataviado y primo en el vestir, y tenga una moderada diligencia en aderezarse, de tal manera que no sea mujeril ni vano, ni decline más á una cosa que á otra, como vemos muchos que tienen tanto cuidado del cabello, que se descuidan de lo demas; otros que no curan sino de los dientes; otros solamente de la barba; otros de borceguís; otros de bonetes; otros de cofias; y así acaéceles, que, aquello poco que traen concertado y lucido, parece prestado, y todo lo otro parece proprio dellos. Esta tal costumbre sería yo de parecer que huyese nuestro Cortesano; y más le doy por consejo, que consigo determine, qué manera de tresno y de arte quiere que parezca la suya, y conforme á aquélla se vista, y haga que el vestido le ayude á que le tengan todos por cual él querria ser tenido, hasta los que no le oyan hablar ni le vean hacer nada.

A mí nadie me hará creer, dixo entónces Gaspar Pallavicino, que se use entre hombres de bien juzgar las condiciones y el arte por los vestidos, y no por las palabras y obras; porque así muchos se engañarian; y no sin causa se trae por refran, que el hábito no hace al monje.

No digo yo, respondió micer Federico, que por solo el vestido se hayan de hacer juicios resolutos y ciertos de las condiciones de los hombres, y que no se conozcan más por las palabras y por las obras que por lo que el hombre viste; pero digo que áun el hábito no es pequeño argumento de la fantasía y mane-

ra de quien le trae, aunque á las veces se pueda en esto recebir engaño. Tambien los ademanes y costumbres y otras cosas que apénas tienen nombre, dan señal de la calidad de aquel en quien se veen.

¿Qué cosas hallais vos, respondió Gaspar Pallavicino, por las cuales nosotros podamos hacer estos juicios, que no sean palabras ó obras?

Por cierto, señor, dixo micer Federico, vos debeis de ser un sotil lógico; mas porque no presumais agora que vos solo lo sabeis todo, yo os quiero decir cómo entiendo esto. Algunas obras hay, que áun despues de hechas, quedan, como es el edificar, el escribir y otras tales cosas, otras no quedan, como son estas que hacen agora á mi propósito; por esto no llamo yo en este nuestro caso al pasear, al reir, al mirar y á semejantes cosas obras; pero, como quiera que las llamemos, todavía esto que se vee de fuera, da muchas veces noticia de lo de dentro. Decíme, ¿no juzgastes vos por muy liviano y vano hombre aquel nuestro amigo, de quien hablábamos esta mañana, cuando le vistes pasear con aquel torcer de cabeza, meneándose todo y casi requiriendo con un gesto blando á cuantos topaba que le quitasen el bonete? Así tambien cuando veis á uno que está embelesado mirando alguna cosa bobamente, ó anda dando grandes risadas fuera de propósito, aunque no hable ni haga más, ¿no le teneis por un muy gran majadero? Bien alcanzais luégo que estas maneras y costumbres (las cuales yo agora no entiendo de llamarlas obras) bastan á hacer que en gran parte seamos conocidos. Mas dexando esto, paréceme que otra cosa hay harto

importante para hacer que estén en muy buena ó en muy mala opinion los hombres, y es el escoger aquellos amigos con los cuales se ha de tener estrecha conversacion. Porque mucha razon es que, los que por gran amistad y familiar compañía están siempre juntos, estén tambien con las condiciones, con las voluntades, con los corazones y con los juicios muy conformes; y así quien trata con necios ó con malos, es luégo tenido por necio ó por malo; y por el contrario, quien trata con buenos y sabios y discretos, es tenido por tal como ellos. Porque naturalmente se hace juntarse fácilmente cada cosa con otra semejante á ella; por eso cumple que se tenga gran seso y consideracion en comenzar estas amistades; porque de dos estrechos amigos, quien conoce al uno luégo piensa que el otro es ni más ni ménos que aquél.

Respondió entónces micer Pietro Bembo. Paréceme que se debe mirar mucho en obligarse á una amistad tan estrecha como esa que vos decis, no solamente por ganar ó perder reputacion, mas porque se hallan pocos amigos verdaderos hoy en dia. Y no creo yo que en el mundo ya veamos otro Píllades y Oréstes, otro Theseo y Pirithoo, ni otro Scipion y Lelio; ántes no sé por cuál desdicha nuestra hemos caido en esta miseria, que cada dia acontece dos amigos muy grandes y de muy largo tiempo, al cabo ó por malinidad ó por invidia ó por liviandad, ó por alguna otra ruin causa venir á desavenirse, y echar cada uno la culpa al otro, teniéndola quizá entrambos. Por eso, viéndome yo en estas amistades muchas veces engañado por amigos á los cuales amaba estrañamente, y de los cuales

confiaba ser estrañamente amado, heme recogido y he determinado entre mí que mejor es no fiar de nadie ni entregarse totalmente á ningun amigo por grande que sea, de tal manera que le comunique el hombre todos sus secretos sin reservarse ninguno. Porque en nuestros corazones hay tantos rincones y ascondrijos, que es imposible ningun saber humano bastar á conocellos todos. Mi opinion es luégo que debemos amar á uno más que á otro, segun los méritos y valor de aquél; pero no asegurarse ni engolosinarse tanto en la dulzura del amistad, que despues nos arrepintamos della tarde y con mal.

Por cierto, dixo entónces micer Federico, no podria ser tanta la ganancia como la pérdida, si aquel más subido punto del amistad se quitase de la conversacion humana, el cual (segun mi opinion) nos da cuanto bien alcanza nuestra vida. Por eso yo nunca confesaré que por razon se sufra poder nosotros vivir sin esta perfeta amistad, ántes presumo de concluiros con claros y necesarios argumentos, que sin ella los hombres serian mucho más miserables y desventurados que todos los otros animales; y si algunos, como bárbaros y ajenos de nuestra ley, dañan este santo nombre de amistad, no por eso la hemos de desarraigar de nuestros corazones, y por culpa de los malos quitar á los buenos tanto bien. Pues yo osaria jurar que aquí entre nosotros hay más de un par de amigos, el amor de los cuales es tan sin engaño, que está muy seguro de perderse, y aparejado á durar hasta la muerte con grande conformidad, no ménos que el de aquellos antiguos que vos habeis nombrado

poco há; y así suele ser todas las veces que el hombre, demas de la inclinacion que nace de las estrellas, escoge un amigo que en las costumbres se parezca con él. En todo esto que digo se tome la virtud por fundamento; porque no puede ser amistad la de los malos. Pero este ñudo tan apretado que (como he dicho) ha de ser entre los amigos, no alabo yo que sea de más de dos; porque de otra manera quizá sería peligroso; que, como sabeis, con mayor dificultad se acuerdan tres instrumentos de música que dos. Así que yo querria que nuestro Cortesano tuviese un singular y sustancial amigo, tal, si posible fuese, cual hemos dicho; despues, segun la calidad y el valor de cada uno, amase y honrase á los otros, y procurase siempre de tratar más con los mejores y más estimados que con los que no fuesen tales, aunque éstos le quisiesen y honrasen mucho. Todo esto ternálo hecho si fuese bien criado y hombre de buena condicion, franco, tratable y dulce en la compañía, inclinado á hacer placeres, diligente y desvelado en el provecho y honra de sus amigos así ausentes como presentes, sufriéndoles sus tachas naturales, con tal que sean de sufrir, sin romper con ellos por pequeñas cosas, y corrigiendo en sí mismo lo que familiarmente y con amor le fuere reprehendido; no procurando mejorarse entre los otros con buscar lugares más honrados, ó con hacer lo que hacen algunos que muestran despreciar cuanto veen, y quieren con una gravedad pesada dar ley á todo, y, demas de ser porfiados sin propósito en lo que no va nada, reprehenden todo lo que ellos no hacen, y continuamente buscan causas

de quexarse de sus amigos, lo cual es una cosa en estremo odiosa.

Aquí callando un poco micer Federico, dixo Gaspar Pallavicino. Querria que tratásedes algo más particularmente de este conversar con los amigos; porque á la verdad no os veo tocar sino generalidades, y señalar las cosas casi pasando de largo.

¿Cómo de largo? respondió micer Federico. ¿Querríades vos, por ventura, que os dixese hasta las mismas palabras formadas que se han de decir? ¿No os parece que basta lo que hemos hablado ya sobre esto?

Paréceme que basta, respondió Gaspar Pallavicino, pero todavía deseo de saber algunas particularidades del arte que se ha de tener en el tratar con hombres y mujeres; la cual cosa á mí me parece necesaria y muy importante, considerando que en las córtes de los reyes lo más del tiempo se gasta en esto, y que esta conversacion, para no cansar, no ha de ser siempre de una manera.

Yo pienso, dixo micer Federico, que nosotros hemos dado al Cortesano noticia de tantas cosas, que podrá muy bien variar la conversacion y aplicalla á la calidad de las personas que tratáre: prosuponiendo con todo que sea de buen juicio y se gobierne con él, y sepa, segun los tiempos, fundarse á ratos en cosas graves, y á ratos ocuparse en fiestas y en juegos.

¿En qué juegos? dixo Gaspar Pallavicino.

Respondió entónces riendo micer Federico. Preguntémoslo á fray Serafin, que cada dia los halla nuevos.

Replicó Gaspar Pallavicino. No hablemos agora

en materia de motes ni de otras burlas, ¿paréceos que sería tacha en el Cortesano ser jugador?

A mí no por cierto, dixo micer Federico, si ya no lo fuese tanto que por ello dexase las otras cosas de más sustancia, ó mostrase mucha codicia de ganar, ó fuese tramposo, ó perdiendo se entristeciese de manera, que le tuviesen por escaso.

¿Qué me diréis, dixo Gaspar Pallavicino, del juego de axedres?

Respondió micer Federico. Que es un gentil y agudo juego, y un buen pasatiempo; mas hállole una sola tacha, y es que puede ser ruin estremo sabelle jugar en cabo bien; porque el que quisiese ser ecelente en él, habria de gastar mucho tiempo, y poner en él tanto estudio como en otra cualquier ciencia, y, en fin, cuando bien hubiese trabajado, no alcanzaria de saber más de una cosa, que es juego; y así en esto pienso que acaeceria lo que casi nunca suele acaecer, que sea la medianía más de loar que la ecelencia.

Respondió Gaspar Pallavicino. Muchos españoles se hallan grandes maestros en este y en otros juegos, y no gastan mucho tiempo en ellos, ni tampoco dexan de hacer lo que conviene en las otras cosas.

Respondió micer Federico. Creed que no es poco el tiempo que gastan en ellos, mas hácenlo disimuladamente. Pero aquellos otros juegos que vos decis que saben, demas del axedres, quizá son como muchos que yo he visto hacer á gente baxa, que no sirven sino para hacer éstar al vulgo con las bocas abiertas; éstos no merecen otro lóor ni otro premio sino

el que dió Alexandre á uno que tomaba una sarta de garbanzos y enhilábala de harto léxos en una aguja. Mas dexando esto, digo que porque la fortuna, así en abonar ó dañar la opinion de los hombres como en muchas otras cosas, tiene gran fuerza, suele acontecer que verémos un caballero muy honrado y de buena condicion y gracioso, y con todo esto habrá algunos señores que se aborrezcan con él sin causa que se pueda entender, sino que dirán que no es de su gusto; cuando este tal les viniere delante, no siendo conocido de los otros que estuvieren presentes, aunque sea avisado y tenga muy buen arte, harán poco caso dél, y le dexarán descontento y casi afrentado; y así los que vieren esto, en la misma hora seguirán la opinion destos señores, y parecelles ha que es hombre baxo; no holgarán con él, y dirán que cuanto habla son frialdades; comenzarán todos á burlar dél y á corrello, tanto que no le aprovecharán sus buenas respuestas, ni tomar las burlas cortesanamente; y podrá ser que llegue la cosa á ponérsele al derredor los pajes, y que ande la burla tan descarada, que, aunque sea el más valeroso y sabio hombre del mundo, haya por fuerza entónces de quedar perdido. Por el contrario, si algunos de estos grandes señores favorecieren á uno que no sepa hablar ni hacer cosa buena, luégo la condicion deste y el arte y el saber y las costumbres serán aprobadas y puestas en el cielo con grandes esclamaciones y misterios, y parecerá que toda la córte le tenga respeto, y le vaya á mirar como á hombre diferente de todos los otros; y dirán todos en oyéndole una palabra, que por ventura será

algun término ó donaire de escudero, que nunca hombre tal dixo, y no habrá en todo el dia otra fiesta sino recitar sus dichos, y querer hacerse cada uno gracioso con trabajar de recitallos bien. Ésta es la ceguedad comun de los hombres que ordinariamente traen su opinion atada á la de los señores. Por esto quiero que nuestro Cortesano, demas de su saber y su valer, se ayude en esto lo mejor que pudiere con buena maña, y siempre que hubiere de ir á alguna parte donde haya gente principal, si no fuere conocido, procure que primero vaya allá su buena opinion que su persona; tenga manera que allí sean informados de la buena cuenta en que le tienen en otras partes los señores y los caballeros y las damas; porque aquella fama, que es vista proceder de muchos buenos juicios, causa un cierto y firme crédito bueno, el cual despues, hallando los ánimos de aquellos que os tratan dispuestos y casi granjeados, fácilmente con las obras se mantiene y se mejora. Demas destos provechos que se siguen, haciendo esto se huye una pesadumbre que yo suelo recebir harto grande, cuando llego á alguna parte donde no me conocen, que luégo se llega alguno á mí muy mesurado, y me pregunta: Señor, ¿quién sois? ¿Cómo es vuestro nombre?

Por cierto yo no sé, respondió micer Bernardo Bibiena, cómo pueda aprovechar esa maña que vos decis, porque de mí os sé decir haberme acaecido hartas veces, y creo que á muchos otros, que habiendo concebido en mi juicio gran opinion de alguna cosa por relacion que della tenía de muchos hombres sabios y de autoridad, despues, en viéndola, no me pa-

recia tal cual me habian dicho, ántes quedaba muy atras de donde yo la esperaba. La causa desto no podia ser otra sino haber creido yo demasiadamente á la fama, y formado en mí un tan gran conceto, que midiéndole despues con la verdad, aunque el efeto fuese grande, todavía quedaba corto para la medida de lo que yo habia imaginado. Otro tanto temo, que no acaezca al Cortesano. Por eso no sé yo cómo sea bien enviar, segun habeis dicho, adonde hubiéredes de ir, vuestra buena opinion primero que vuestra persona, para que todos os esperen con gran alborozo. Catá que nuestros corazones cada hora y cada punto figuran cosas, á las cuales es imposible corresponder el hombre; y así más se pierde en esto que se gana.

Dixo aquí micer Federico. Las cosas que suelen parecer muy menores que su fama, son comunmente las que en viéndose pueden con los ojos ser juzgadas; como si agora por caso vos nunca hubiésedes visto Nápoles ni Roma, y oyésedes alabar mucho estas dos ciudades, estaria en la mano imaginar más dellas de lo que despues á la vista os pareceria; pero en las condiciones y artes de los hombres no es así; porque aquello que se vee de fuera es lo ménos. Por eso si la primera vez que viéredes un caballero y le oyéredes hablar, luégo no halláredes en él tanto como os dixeron y creistes, claro está que siendo vos discreto, no perderéis así presto la buena opinion que dél cobrastes, como haríades en aquello de lo cual el ojo puede ser luégo el júez, sino que esperaréis de rato en rato descubrir en él algun secreto ó primor que hasta

entónces no haya sido menester descubrirse, tiniendo por determinado que no se puede recebir engaño en un crédito ganado por relacion de tantos buenos juicios. Y siendo despues este caballero tal cual yo prosupongo que sea nuestro Cortesano, cada dia os confirmará más en su buena reputacion, porque él con las obras os la hará firme, y vos con la imaginacion os la haréis mayor de como la viéredes. Y cierto, no se puede negar que los primeros concetos imprimidos en nuestros juicios no puedan en nosotros mucho, y que no sea bien tenelles gran respeto. Y porque mejor veais cuánto poder tengan, os quiero decir esto; que yo en mis dias he conocido un caballero, el cual, aunque era harto gentil hombre y razonablemente avisado y bueno en las armas, no era tan señalado en ninguna destas cosas que no hubiese muchos que pudiesen llevalle en todas ellas gran ventaja, pero ya como quiera que esto fuese, su buena dicha fué tal, que una señora bien gentil dama y harto principal se enamoró dél, y creciendo cada dia este amor por las demostraciones que el caballero hacia de amalla tambien á ella, como se sentia della ser amado, y no habiendo ningun lugar ni forma de hablarse, fatigada esta señora y apretada de su dolor, fué forzada de descubrirse á una su grande amiga, de la cual esperaba algun remedio para su deseo; ésta no era ménos hermosa, ni ménos estimada que estotra, y así viéndola estar tan enamorada y decir tanto bien deste caballero, al cual ella nunca habia visto, teniéndola por mujer de precio y de buen juicio, pensó que hombre á quien una tan gentil dama se habia

aficionado y tenía en tanto, no podia dexar de ser muy avisado y de gran punto; y con esto tan fieramente se enamoró dél, que comenzó luégo por términos á descabullirse della, y á tomar la negociacion para sí y á mostralle á él cuánto le queria, haciendo todas las diligencias posibles para ganalle la voluntad, lo cual no fué muy malo de acabar, porque á la verdad era ella mujer harto más para ser rogada que para rogar. Ora oí un estraño caso. No mucho tiempo despues acaeció que una carta que escribió esta segunda mujer que hemos dicho, á aquel su servidor, vino á las manos de una otra señora en estremo hermosa y virtuosa, y áun más estimada que las otras; la cual, siendo, como es costumbre dellas, codiciosa de saber secretos, en especial de otras mujeres, abrió esta carta, y leyéndola, entendió bien que era escrita con estremo amor. Las dulzuras y los regalos que ella al principio leyó, luégo la movieron á lástima de aquella señora que tan perdida mostraba estar, que bien la conoció en la letra, y áun sabía á quién la carta iba. Despues, revolviendo entre sí muchas veces aquellas palabras y blanduras, tanta impresion hicieron en ella, que, considerando cuán señalada persona debiera de ser aquel á quien una tan especial mujer amaba tan de verdad, en la misma hora ella tambien cayó á enamorarse dél como las otras; y así aquella carta hizo en ella más que hiciera quizá otra que él le enviára. Y como suele alguna vez acontecer que una ponzoña aparejada puesta para matar á uno mata á otro, que por desastre inorantemente viene primero á comer della, así esta señora por inorancia y por

codicia vino á tomar con sus proprias manos los bebedizos que la mataron. ¿Qué diréis á esto? La cosa fué harto pública, y anduvo de manera que muchas mujeres sin éstas, parte por hacer despecho á las otras, parte por competencia, trabajaron estrañamente por gozar del amor deste caballero, y anduvieron casi como niñas á los cabellos por quién le llevaria. Todo esto procedió de la primera opinion que recibió en sí aquella señora, viéndole tan querido de la otra.

Aquí, riendo Gaspar Pallavicino, respondió. Muy gran donaire es que vos, por confirmar vuestro parecer con razones, nos traigais exemplos de mujeres, las cuales en sí por la mayor parte van fuera de toda razon; y si quereis decir la verdad, yo os seguro que ese tan querido de tantas señoras debiera ser algun necio y baxo hombre; porque dolencia es comun dellas inclinarse ordinariamente á los más ruines, y seguir siempre tras la primera por donde quiera que se encamine. Demas desto son tan invidiosas ellas con ellas, que aunque ese que habeis dicho fuera un monstruo, todas procuráran de cogelle por quitalle las unas á las otras.

A esto se alborotaron todos y comenzaron á contradecille ya con gran furia; pero la Duquesa les mandó que callasen, y luégo volviéndose á Gaspar Pallavicino, dixo sonriéndose. El mal que decis de las mujeres está tan léxos de ser verdad, que pues por esta causa toda la deshonra es vuestra en decille, no he de sufrir que os respondan, ni quiero que con las muchas buenas razones que contra vos se podrian decir

en esto, perdais esa mala costumbre, sino que lleveis de vuestro pecado el castigo, el cual ha de ser la mala opinion que de vos ternán todos aquellos que vos oyeran hablar tan mal.

Atravesó entónces micer Federico, diciendo. No digais, señor Gaspar Pallavicino, que las mujeres sean tan fuera de razon, aunque veais (segun lo que he contado dellas) que se muevan á amar más ayna por opinion ajena que por la propria, que muchos hombres sabios hartas veces hacen lo mismo. Y si aquí no hemos agora de hablar á sabor de nadie, sino decir verdades, no me negaréis que vos y todos nosotros no sigamos á cada paso más las opiniones de los otros que las nuestras. Y si quereis ver esto, acordaos que unos versos que el otro dia nos truxeron acá, diciéndonos que eran del Sanázaro, luégo los recogimos y los tuvimos por muy ecelentes, y los alabamos con voces al cielo; despues, sabida la verdad que eran de otro, en la misma hora los dexamos caer, y quedaron con tan poca reputacion, que fueron tenidos por ménos que razonables. Y agora tambien poco há, cantándose en presencia de la señora Duquesa un motete, nunca pareció bien ni fué estimado hasta que se supo que era de Josquin des Prés. Mas, en fin, ¿qué otra señal quereis de la fuerza de la opinion, sino lo que pasó por vos mismo no há muchos dias? ¿No os acordais que bebiendo de un mismo vino, una vez decíades que era muy singular y otra que no valia nada, no por más sino porque os dieron á entender que eran dos vinos, el uno de ribera de Génova, y el otro desta tierra? Y áun despues que fué descubierto el engaño, no

queriades desengañaros en ninguna manera, sino que tan firmemente se os habia encaxado aquella falsa opinion, la cual habia procedido solamente de las palabras de los otros, que la porfiábades contra todos. Debe, pues, el Cortesano tener en los principios gran cuidado de dar buena opinion de sí, y considerar cuán malo y dañoso sea lo contrario; á lo cual están más aparejados que los otros los que toman por oficio ser graciosos, y se han ocupado con sus donaires, buenos ó malos, una cierta licencia bien ruin de decir y hacer lo que primero se les antoja sin recelo de nada. De aquí viene que estos tales se meten muchas veces en cosas, de las cuales, no sabiendo descabullirse, saltan en ayudarse con decir gracias para hacer reir, y esto, haciéndose por esta via, ha de hacerse de necesidad tan desgraciadamente, que en lugar de mover risa mueva asco. Acontéceles tambien á éstos, que por mostrarse muy cortesanos y decidores, segun ellos dicen, en presencia de mujeres de precio, y áun á ellas muchas veces, se ponen en decir deshonestidades y desvergüenzas, y el que entónces las hace parar más coloradas, aquél se tiene por mejor hombre de córte; dan ellos allí unos con otros grandes risadas y huelgan y précianse entre sí de haber alcanzado un dón de Dios tan grande como es ser graciosos por esta arte. Pero lo que á éstos los hace hacer mayores bestialidades, es codicia estraña de ser tenidos por compañeros. Éste es el título que más sustancial les parece, y del cual ellos se alaban más; y por alcanzalle se hablan unos á otros muy rotamente sin ninguna crianza, pensando que ésta es la verda-

dera familiaridad, y dícense mil bellaquerías y burlan de manos á cada paso, dándose de puñadas, echándose tierra en los ojos, haciéndose caer los caballos encima por valladares; despues, cuando están en la mesa, no queda cosa que no se la arrojen á los ojos, tras esto luégo las grandes risas y vocerías, y el que más suelto y desvergonzado ha andado en esto, aquel tal lleva lo mejor y la honra de la jornada; y si alguna vez convidan á estas sus fiestas algun caballero que esté algo encogido entre ellos, y no quiere así soltarse á estas borracherías, luégo le dicen que es perdido por parecer grave, y que quiere ser tenido por filósofo y que no sabe ser compañero. Mas, ¿cómo harémos si áun hay peor que esto? Que se hallan hombres que compiten y apuestan por quién podrá comer y beber cosas de las que ménos se suelen asentar en el estómago, y son más ascorosas, y comen muchas dellas tan ajenas de nuestra natura, que es imposible traellas á la memoria sin asco.

¿Qué cosas pueden ser ésas? preguntó Ludovico Pío.

Hacé que os las diga, respondió micer Federico, el señor marqués Febus, que muchas veces las ha visto en Francia, y quizá se debe de haber hallado en alguno de los banquetes donde estas gentilezas se usan.

Respondió el marqués Febus. Yo por cierto no he visto hacerse cosas desas en Francia que tambien no se hagan en Italia. Pero séos decir que cuanto bueno tienen los italianos en el vestir, en el andar con damas, en el banquetear, en el tratar cosas de armas y

en otra cualquier cosa de buen cortesano, todo lo tienen de los franceses.

No digo yo, respondió micer Federico, que en Francia no se hallen hombres de gentil crianza y de muy buen arte; y yo de mí os hago saber que he conocido hartos destos, pero algunos hay bien desdonados; y cierto, hablando en general, los españoles se compadecen más con los italianos; porque aquella gravedad sosegada natural de España me parece más conforme á nosotros que la presta y arrebatada desenvoltura de los franceses, la cual no les está mal á ellos, ántes les da gracia por serles tan propria, que claramente se conoce no traer ningun artificio. Mas lo bueno es hallarse muchos italianos perdidos por parecer franceses, y todo lo que toman dellos es levantar mucho la cabeza y menealla cuando hablan, y hacer una reverencia atravesada de mala gracia, y andar cabalgando por las calles tan apriesa, que no hay mozo de espuelas que pueda tener con ellos; y haciendo esto les parece que nacieron en mitad de Francia, y que pueden usar de aquella libertad francesa, la cual no se sufre sino en los que desde niños se criaron entre hombres de aquella nacion. Lo mismo acontece en el saber hablar diversas lenguas, lo cual apruebo en el Cortesano, en especial que sepa la española y francesa; porque el trato destas dos naciones es muy ordinario en Italia, y entrambas lenguas nos cuadran más que las otras, y los dos príncipes destos dos reinos, por ser poderosísimos en la guerra y abundantísimos en la paz, siempre tienen cada uno su córte llena de muy singulares hombres que andan

acá y acullá por todo el mundo, y á nosotros hartas veces nos conviene tratar con ellos. Otras muchas reglas podria daros que no dexarian de hacer al caso; pero no quiero gastar tiempo en cosas tan sabidas, como sería decir que el Cortesano no ha de tener por oficio ser gloton ni gran bebedor, ni disoluto, ni roto en su vivir con ciertas maneras de hombre baxo y más de villano que de caballero. Porque el que viviere así, no solamente no se ha de esperar dél que salga buen hombre de córte, mas ha de ser tenido en cuenta de un pastor. Pero, en fin, digo que sería bien que supiese nuestro Cortesano tan perfetamente lo que ha de saber, y que todo lo que hiciese y dixese fuese hecho y dicho fácilmente y sin trabajo, tanto que todos se maravillasen dél, y él de nadie. Entiéndese que en esto no hubiese una cierta soberbia pesada, como la de algunos que muestran no maravillarse de lo que los otros hacen, porque presumen de sabello hacer ellos mucho mejor, y con un callar odioso lo desprecian como á cosa que sólo hablar della es risa, y casi quieren dar á entender que no solamente no hay nadie que les llegue al pié; pero que no se hallaria quien fuese para entender dónde llega la hondura de lo que ellos saben. Por eso debe el Cortesano huir estas maneras aborrecibles, y con buena voluntad y dulzura alabar las cosas bien dichas de los otros, y aunque él se conozca en sí llevar grandísima ventaja á todos, disimulallo templadamente y mostrar no tenerse por tal.

CAPÍTULO IV

En el cual prosiguiendo micer Federico su plática, da ciertos avisos y reglas que el Cortesano debe guardar en su conversacion.



Mas porque en esta nuestra humanidad muy pocas veces, ó quizá nunca, se hallan estas perficiones tan acabadas, no debe el hombre, aunque se vea faltar en algo, desconfiarse luégo de sí mismo ni perder el esperanza de llegar á un término harto bueno, puesto que no pueda alcanzar aquella perfeta y más subida ecelencia adonde él tiene ojo. Porque en cualquier arte hay muchos grados sin el mejor, y todos merecen ser loados; y así el que tiene fin á llegar á lo más alto, alcanza desto á lo ménos pasar casi siempre más adelante de la mitad del camino. Pero, en fin, dexando esto, es mi parecer que nuestro Cortesano, si en alguna cosa, demas de en las armas, se halláre ecelente, se aproveche y honre con ella de buen arte, y sea tan discreto que sepa con maña traer los hombres que quisiere á que le vean y oyan aquello en que él se sintiere más hábil, mostrando siempre hacello, no por vanidad de mostrarse, sino acaso, ni de su propria voluntad, sino rogado; y á todo lo que hubiere de hacer ó decir, venga siempre, si posible fuere, apercebido; pero de manera que parezca venir descuidado; tenga tambien aviso que en las cosas en que se conociere solamente alcanzar una razonable

medianía, pase por ellas livianamente sin fundarse mucho; de arte que se pueda creer que sabe más en ellas de lo que muestra; como en otro tiempo acontecia haber algunos poetas que señalaban sotilísimamente algunos puntos de filosofía ó de otras ciencias, y por ventura sabian harto poco dellas; pero en aquello en que totalmente se viere inorante, no quiero que pare poco ni mucho, ni cure de querer ganar fama en ello, ántes si viniere sobre habla, confiese claramente que no lo sabe.

Eso yo os seguro, dixo el Calmeta, que no lo hiciera Nicoleto, el cual siendo ecelentísimo filósofo, informado por relacion de muchos que el Gobernador de Padua le querria dar una cátedra de leyes, no sabiendo más dellas que de volar, nunca por más que sus amigos le dixesen quiso desengañarse ni confesar que no las sabía, diciendo siempre que en aquello no queria seguir la opinion de Sócrates, y que no era cosa de filósofo decir no sé.

No digo yo, respondió micer Federico, que el Cortesano vaya él mismo sin ninguna necesidad á dezir no sé esto, que yo tampoco no estoy bien con la necedad de los que sin más se condenan; ántes suelo reirme mucho de algunos que sin ningun propósito cuentan algo que les acaeció, en lo cual, aunque quizá no se haya atravesado culpa dellos, todavía les cabe dello alguna sombra de infamia, ó por lo ménos algun deslustre; como hacia un caballero que todos conoceis bien, el cual, cada vez que delante dél se hablaba de la batalla de Parmesana contra el rey Cárlos, luégo con gran diligencia comenzaba á contar de

qué manera habia él huido, tanto que ya de aquella jornada no parecia que le quedaba otra cosa de que alabarse; y si allí tras esto se ofrecia hablar de una famosa justa que hubo en aquellos dias, decia luégo que justando en ella habia dado una gran caida; y otras veces, estando en pláticas con muchos, parecia que andaba por hacerse venir á propósito de contar cómo una noche, yendo á hablar por concierto con una señora, le dieron muy buenos palos. En estas tales necedades no consiento yo que caya nuestro Cortesano, mas soy de parecer que huya cualquier ocasion por la cual haya él de mostrarse en cosa que inore, y si ya la necesidad le apretáre tanto que no pueda hallar salida, no será tan malo confesar claramente que no sabe aquello, como ponerse á peligro de quedar confuso. Si así lo hiciere, huirá una culpa, en la cual caen muchos, los cuales, no sé cómo, por una perversa inclinacion y juicio desconcertado, siempre se ponen á hacer lo que no saben y dexan lo que saben, y porque mejor veais esto, yo conozco un muy singular músico, el cual, dexada totalmente la música, se ha dado con todas sus fuerzas á componer versos, creyendo en todo su seso ser en ellos muy gran hombre, y hacen todos burla dél, y es lo bueno que perdiéndose en esto, ha perdido tambien la música. Sé asimismo de otro, que siendo uno de los mejores pintores del mundo, desprecia y olvida aquella arte en que es estremado, y hase puesto en aprender filosofía, en la cual tiene unas imaginaciones tan estrañas y unas quimeras tan nuevas, que él con toda su pintura no sabria pintallas. De estos tales se hallan á cada paso infi-

nitos. Otros hay que siguen otra cierta via, que no dexa de parecerme harto buena si es acompañada con buen juicio; y éstos son algunos, los cuales, conociéndose ecelentes en una cosa, toman otra por principal en la cual saben ménos; pero todavía no son en ella inorantes, y cuando se ofrece caso, hacen, en la que se sienten valer, maravillas; y desto se sigue que quien los vee tan grandes maestros en lo que muestran tener por accesorio, piensa que lo son mayores en lo que tomaron por principal. Esta arte, si discretamente, como he dicho, se usáre della, no podrá sino aprovechar.

A esa no llamaria yo arte, respondió Gaspar Pallavicino, sino un gentil engaño, y por cierto yo nunca sería de parecer que, en el que quisiese ser hombre de bien, se sufriese en algun tiempo engañar.

Esto que yo he dicho, respondió micer Federico, podria ser más aína un ornamento para acompañar y dar lustre á lo que se hace, que engaño; y ya que lo fuese, no sería de reprehender. Decí, si viésemos agora aquí esgrimir dos hombres diestros, y el uno, por serlo más, armase al otro algun tiro con que le diese, ¿no diríamos todos que le engañó? Pero este engaño no sería malo, y áun tomándolo propriamente, no hubiera sido aquello engaño, sino saber el uno más de aquella arte que no el otro. Asimismo si vos tuviésedes un diamante ó un rubí que desengastado pareciese bueno, pero todavía viniendo á manos de un buen platero, engastado muy bien por él, pareciese mucho mejor, claro está que diríades que aquel platero engaña los ojos de quien vee aquella pie-

dra, mas tambien os pareceria que merece loor de tal engaño. Porque á la verdad las manos del oficial, con el buen juicio y con el artificio, dan ornamento y ponen gracia á lo que labran. Pues luégo no digamos que el arte ó aquel tal engaño (si vos estais todavía en llamarle así) merezca reprehension alguna. Podemos tambien decir no ser malo que un hombre que se conozca habilidad en una cosa, busque mañosamente ocasion de mostrarse en ella, encubriendo lo que le pareciere della ménos bueno; mas todo esto sea con una disimulacion avisada, como hacia el Rey Don Hernando de Nápoles, que, sin mostrar que pensaba en ello, buscaba siempre causas para quitarse el sayo, porque quedando en calzas y en jubon sabía que habia de parecer á todos muy bien dispuesto; y asimismo, porque no tenía buenas manos, pocas veces ó casi nunca se quitaba los guantes; pero esto hacíalo de manera que muy pocos hombres le cayan en ello. Paréceme tambien haber leido que Julio César de muy buena gana traia la corona del laurel, porque pudiese con ella mejor encubrir la calva. Mas cumple ser en estas mañas muy prudente y de singular juicio, por no salirse de los términos que convienen. Porque acaece cada dia que el hombre por huir de un yerro da en otro, y por querer ganar honra se deshonra. Es luégo lo más seguro en el modo del vivir y en la conversacion ordinaria, regirse siempre con templanza, y tomar una buena medianía, la cual ciertamente es un grande y recio escudo contra la invidia y el ódio, del cual nos hemos de defender con gran diligencia, viendo que con él nos aguardan

todos á cada paso. Asimismo digo que es muy necesario que nuestro Cortesano se guarde de cobrar fama de mentiroso y de vano; y en esto suelen algunos dar de ojos, áun sin merecerlo; por eso en su hablar tenga aviso de no decir cosas recias de creer, y calle muchas veces la verdad si pareciera mentira; no sea como algunos que jamas cuentan sino milagros y imposibilidades; y quieren ser de tanta autoridad, que, si dicen que han visto volar un buey, piensan que les hacen agravio en no creello. Otros hay que en comenzando á trabar amistad con alguno, por granjear aquel nuevo amigo, luégo el primer dia que le hablan comienzan á hacelle grandes juramentos que no hay persona en el mundo á quien amen tanto como á él, y que desean poner mil vidas por su servicio; y así hínchenle destas vanidades; y si despues se ofrece partirse dél para algun lugar que está algo léxos, muéstranse tristes, haciendo que lloran y que no pueden de puro dolor hablar palabra; desta manera, por querer ser tenidos por grandes y verdaderos amigos, hácense tener por mentirosos y necios y lisonjeros. Pero querer yo agora referir todos los vicios que se pueden ofrecer en esto de la conversacion, sería un largo y trabajoso proceso. Así que para lo que deseo en el Cortesano, bastará decir, demas de lo dicho, que procure de ser tal, que nunca le falte que hablar conforme á las personas que tratáre, y sepa con una buena dulzura hacer que huelguen con él los que le oyeren, y levantallos discretamente con motes y gracias y buenas burlas, y hacellos reir de manera que, sin jamas ser pesado, sea

gustoso para los que lo hubiere de ser. Yo pienso que ya la señora Emilia terná por bien de darme licencia de callar; y, si todavía no quisiera dármela, yo con mis palabras mismas seré condenado á no quedar por tan buen cortesano como este de quien tratamos; porque no solamente las buenas cosas para hablar, las cuales quizá ni agora ni en otro tiempo de mí habréis oido, mas áun las otras mias comunes y ordinarias me faltan todas.

Dixo entónces riendo el Prefeto. Yo no quiero consentir que nadie reciba en vos tan grande engaño, como sería no teneros por muy buen cortesano; y verdaderamente el deseo vuestro de callar no es tanto por faltaros que decir, como por querer escusaros de trabajo. Así que, porque no parezca que en disputa de tantos hombres tan señalados haya quedado algo por declarar, tené por bien de decirnos qué cosas haya de tener principalmente un hombre para ser gracioso, y cómo se deban usar esos motes y gracias, de las cuales vos poco há hecistes mencion; y en fin, mostránós el arte que conviene á toda suerte de burlas y de donaires, para mover risa y dar placer con gentil manera; porque cierto yo pienso que todo esto haga mucho al caso, y sea necesario al Cortesano.

Señor, respondió micer Federico, las gracias y los motes son más dón y gracia de la natura que del arte; y en esto se hallan unas naciones más prestas que otras, como los toscanos, que verdaderamente son muy vivos. Tambien los españoles son harto sueltos y graciosos en las burlas; pero en éstos y en todos los otros, se hallan muchos que, por ser demasiadamente

grandes habladores, pasan el término que conviene, y quedan groseros y frios; porque no tienen respeto á la calidad de aquel con quien hablan, ni al lugar donde se hallan, ni al tiempo, ni á su propria autoridad, ni á la templanza que ellos mismos debrian guardar.

Respondió entónces el Prefeto. Vos por una parte afirmais que las gracias y los motes no van por arte, y por otra, diciendo que en ellos se ha de guardar la autoridad y la templanza, y tener respeto al tiempo y á la persona con quien se habla, mostrais ser esto una cosa que se puede aprender, y que haya en ella alguna forma de dotrina.

Estas reglas ó circunstancias, respondió micer Federico, que yo, señor, he tocado agora en esto, son tan generales, que á toda cosa vienen bien y aprovechan. Mas yo he dicho en las gracias no haber arte, porque dellas se hallan dos suertes solamente, de las cuales, la una consiste en el hablar largo y no interrompido, como se vee en algunos que cuentan con tan buena gracia, y exprimen tan perfetamente algo que les haya acontecido ó hayan visto ó oido, que con los gestos y ademanes y palabras nos lo pintan y nos lo ponen delante los ojos, y casi nos lo hacen tocar con las manos; ésta por ventura, por no alcanzar vocablo proprio en nuestro romance, se podria llamar, aprovechándonos del latin, festividad ó urbanidad. La otra suerte de donaires es breve, y está solamente en los dichos prestos y agudos, y que alguna vez pican, como suelen pasar entre nosotros muchas veces; y áun parece que no tienen gracia si no muerden algo; éstos, entre los antiguos, solian tambien llamarse dichos, agora

comunmente se llaman gracias ó donaires, ó en cierta coyuntura, motes si quisiéredes. Digo, pues, que en la primera suerte que hemos dicho poderse llamar urbanidad, la cual consiste en aquella propria y sabrosa manera de contar alguna cosa, no hay necesidad de arte, porque la natura misma hace y forma los hombres hábiles á saber decir un cuento gracioso y acompañarle con un no sé qué, que le da más gracia, concertando el gesto y los ademanes con la voz y palabras, y aplicándolo todo, como conviene para esplicar propriamente y representar lo que quieren. ¿Pues en la otra de los dichos prestos y vivos que puede aprovechar el arte? Viendo por esperiencia que el donaire, para ser gracioso, ha de ser tan presto que os dé en el alma ántes que quien le dice parezca que le pueda haber pensado; de otra manera será siempre frio. Por eso pienso que todo esto sea obra del ingenio y buena natura.

Tomó entónces la mano micer Pietro Bembo, y dixo. No os niega el señor Prefeto lo que decis, que la natura y el ingenio no hagan principalmente al caso para esto de que tratamos, en especial acerca de la invincion; pero no hay duda sino que en el alma de cualquier hombre, sea de cuan alto entendimiento vos quisiéredes, nacen unos concetos buenos y otros malos, en los cuales hay más y ménos, el juicio despues los lima y los emienda y pone en su punto, y, escogiendo los buenos, desecha los malos. Por eso dexando agora lo que pertenece al ingenio, decí lo que consiste en el arte, declarándonos, de las gracias y motes que suelen mover risa, cuáles convengan al

Cortesano y cuáles no, y en qué tiempo y manera se deban usar; que esto es lo que el señor Prefeto os pregunta.

Dixo entónces micer Federico con una risa. No hay aquí nadie de nosotros á quien yo no otorgue ventaja en todo, en especial en esto de ser gracioso, salvo si por ventura las necedades, que muchas veces hacen reir más que las buenas razones, no fueren aquí admitidas por gracias. Y en esto, volviéndose al conde Ludovico y á micer Bernardo Bibiena, dixo. Veis aquí los maestros desto que agora hablamos, y ellos, si yo hubiere de tratar esta materia, será necesario que me avecen lo que conviniere.

Respondió el conde Ludovico. Ya vos me parece que os dais á usar eso de que decis que no sabeis nada, y comenzais á ser gracioso en querer hacer reir estos caballeros, burlando de micer Bernardo y de mí; porque todos saben muy bien que lo que alabais en nosotros se halla en vos muy más perfetamente. Mas si estais cansado, por mejor ternia que suplicásedes á la señora Duquesa que mandase dexar lo que queda de esta plática para mañana, que no, con buenas palabras ó con engaños, saliros de vuestra obligacion.

Comenzaba micer Federico á responder, pero luégo Emilia le atajó, diciendo. No hace agora al propósito que toda la disputa se pase en esas cortesías; baste que entrambos seais conocidos y tenidos por los que sois. Mas porque me acuerdo que ayer vos, señor Conde, me distes culpa que yo no repartia igualmente los trabajos, será bien que micer Federico descanse un poco, y demos el cargo de tratar de cómo ha de ser

un hombre gracioso á micer Bernardo Bibiena. Porque, no solamente en aquella suerte de gracias que aquí se ha dicho caber debaxo de una razon larga, alcanza mucho, mas áun me acuerdo que hartas veces ha prometido de escribir sobre esta materia, y por esto es de creer que la terná muy bien vista, y que no podrá sino satisfacernos enteramente en ella. Despues que se hubiere tratado esto, volverá micer Federico á hablar en lo que le queda por decir del Cortesano.

Por cierto, señora, dixo entónces micer Federico, no sé si me queda algo por decir, mas sea lo que fuere, yo acuerdo agora, como si fuese un caminante cansado del largo camino y fatigado del mucho sol, descansar un rato en el hablar de micer Bernardo, al són de sus palabras, como debaxo de una sombra de un deleitoso y fresco árbol, al ruido de alguna fuente viva. Y así, despues de haber reposado un poco, podrá ser que tenga aliento para decir algo más de lo que he dicho.

Respondió riendo micer Bernardo. Si yo os muestro la cabeza veréis qué sombra se puede esperar de las hojas de mi árbol. De sentir el ruido de alguna fuente viva podrá ser muy bien; porque yo fuí ya convertido en una fuente, no de alguno de los antiguos dioses, sino de nuestro fray Mariano, y desde entónces nunca me ha faltado el agua.

Comenzaron á reir desto todos; porque esta burla que micer Bernardo tocó, por haber acaecido en Roma en presencia de Galeoto, cardenal de San Pedro Víncula, era muy sabida.

Despues que cesó la risa, dixo Emilia. ¿Para qué es hacernos reir con decir gracias? No cureis vos agora de decillas, sino de mostrarnos cómo se han de decir, y de qué coyunturas ó pasos se suelen levantar, y, en fin, declaradnos todo lo que en esta materia supiéredes; y por no perder más tiempo, comenzá.

Pienso, dixo micer Bernardo, que es ya muy tarde, y así he miedo de ser pesado y de parecer, hablando de gracias, desgraciado. Por eso ternia por bien que se dexase esto para mañana.

Aquí respondieron muchos que era temprano, y que de muy gran rato áun no sería la hora acostumbrada de irse.

CAPÍTULO V

En el cual micer Bernardo, á quien la señora Emilia dió la mano en el hablar, muestra cuáles son los términos y modos que debe usar el Cortesano en el decir de las gracias y motes para hacer reir, y cómo se deben fundar.

Entónces micer Bernardo, volviéndose á la Duquesa y á Emilia, díxoles. Yo no quiero escusarme de tomar este cargo, no embargante que, pues suelo maravillarme de los que son tan confiados que osan cantar con una vihuela delante Jacomo San Secondo, no debria agora en presencia de tantos caballeros tan avisados, que saben esto y otra cualquier cosa mejor que yo, atreverme á tratar esta materia. Con todo, por no dar mal exemplo ni ser causa que otro

desobedezca lo que le fuera mandado, diré cuanto más brevemente pudiere lo que se me ofrece acerca de las cosas que suelen mover risa; la cual es tan natural á nosotros, que, por describir un hombre, se suele decir que es un animal dispuesto á reirse; porque el reir solamente se vee en los hombres, y es casi siempre testigo de una cierta alegría que se siente dentro en el corazon, el cual naturalmente es inclinado al placer, y apetece el reposo y recreacion, y así vemos muchas cosas inventadas para este efeto, como las fiestas y tantas maneras de juegos como se usan. Y, porque nosotros comunmente amamos los que nos dan estos pasatiempos, solian los reyes antiguos, los romanos y los atenieses y muchos otros, por ser bienquistos del pueblo, y deleitar los ojos y los sentidos de la gente, hacer grandes teatros y otros públicos edificios, y allí mostrar nuevos juegos, correr de caballos y de carros, combates de lugares, estrañas animálias, comedias, tragedias y bailes de mil maneras. Y holgaban de ver esto hasta los más graves filósofos, los cuales, con semejantes fiestas y con banquetes, recreaban sus almas fatigadas de aquellas altas especulaciones y divinos pensamientos. Este ó otro cualquier género de pasatiempo buscan de buena gana todos los hombres, de cualquier calidad que sean; porque no solamente los labradores, los marineros y todos aquellos que con ásperos exercicios ganan su vida; mas los santos religiosos y los encarcerados, que de punto en punto esperan la muerte, andan tambien buscando algun camino y remedio para su recreacion y descanso. Así que todo lo que mueve risa decimos que

alegra y da placer, y hace que aquel rato el hombre se olvide de las enojosas pesadumbres, que tienen nuestra vida lo más del tiempo ocupada. Por eso todos, como veis, huelgan con el reir; y es mucho de loar el que le mueve en los otros á buena sazon y por buen arte. Mas qué cosa sea esta risa y dónde tenga su asiento, y cómo ocupe las venas, los ojos, la boca y las ijadas, y parezca que quiere reventar, tanto que á las veces no nos sea posible tenella, por más que lo trabajemos, dexallo he por agora á Demócrito que lo dispute; el cual podrá muy bien ser que, aunque prometiese de declarárnoslo, no saliese con ello. Pero, dexando esto, digo que el fundamento y casi la fuente donde nacen las gracias que hacen reir, consiste en una cierta desproporcion ó diformidad, si quisiéredes así llamalla; porque solamente nos reimos de aquellas cosas que en sí desconvienen y parece que estan mal, pero realmente no lo están. Yo esto no lo sé declarar de otra manera. Mas si vosotros quereis mirallo bien, veréis que casi siempre aquello de que nos reimos es una cosa que en sí no conviene, y con todo esto no está mal. Cuáles sean, pues, los términos y modos que debe usar el Cortesano para mover esta risa, y hasta qué punto le sea permitido estenderse, trabajaré de decillo cuanto mi juicio me bastáre. Ya una por una esto está sabido que él no ha de hacer reir siempre ni ha de burlar desatentadamente, como hacen los necios y los locos y truanes. Y puesto que en las córtes de los príncipes los hombres de esta suerte, así rotamente sueltos, parezca que en cierta manera se sufren, y áun sean menester muchos

ratos, todavía no deben ser llamados Cortesano, sino que cada uno ha de tener su nombre y ser tenido por quien es. La medida tambien y el término de hacer reir mordiendo, cumple que sea diligentemente considerado, y se mire la calidad de la persona que mordeis. Porque claro está que lastimar á un triste, cargado de dos mil desventuras, ó burlar de un gran bellaco y malvado público, no sería ninguna gracia ni moveria risa en nadie. Que destos así tan malos, pues que merecen mayor castigo que ser burlados, y de aquellos tan miserables no sufren nuestros corazones que se haga burla dellos, salvo si no son tan locos que en mitad de sus miserias estén muy vanos y se muestren soberbios. Débese tambien tener respeto á los que son generalmente amados de todo el mundo y que pueden mucho, porque con el burlar á éstos podria el hombre caer en enemistades peligrosas. Así que lo que conviene en esto, es reirse de las tachas de las personas, ni tan afligidas que muevan compasion, ni tan malas que merezcan pena de muerte, ni tan poderosas que un pequeño desabrimiento suyo baste á hacer tan gran daño. Asimismo habeis de saber que donde se fundan los motes para hacer reir, se pueden tambien fundar las sentencias graves para loar y reprehender; y puédese algunas veces acudir á todo esto con unas mismas palabras. Como por alabar un hombre franco, que pone su hacienda en comun por los amigos, se suele decir que lo que tiene no es suyo; y lo mismo se dice por tocar á uno que haya robado, ó por otras vias injustamente alcanzado lo que tiene. Dícese tambien en italiano: aquélla es una mujer de *assai*,

queriéndola alabar de sábia y de buena; lo mismo se podria decir por tacharla, señalando que fuese mujer de muchos. Pero más veces se ofrece aprovecharse de los mismos fundamentos para esto que de las mismas palabras, como pocos dias há, estando en una iglesia tres caballeros oyendo misa delante de una señora, con la cual el uno dellos andaba de amores, llegó á ella un pobre á pedille por Dios, y, con grande inoportunidad gimiendo, replicó muchas veces que le diese limosna; con todo esto, ella ni se la daba ni tampoco se la negaba con decille por señas ni por palabras que Dios le ayudase, sino que estaba siempre sobre sí, como si pensase en otra cosa. Dixo entónces á sus compañeros el que era servidor della. Bien veis agora lo que yo puedo esperar desta señora. ¿No mirais que es tan cruda, que no solamente no da limosna á aquel pobre hecho pedazos y muerto de hambre, que tantas veces y con tanto dolor se la pide, mas áun no quiere dalle licencia ni decille que se vaya? Tanto huelga de ver delante sí una persona que esté muriendo en miserias y en vano le pida remedio. Respondió el uno de los dos. Esa que vos decis, no es crueza, sino un querer ella haceros conocer que no há gana de dar á quien le pide con mucha importunidad. Acudió el otro, deciendo. Ántes quiere dar á entender que aunque ella no dé lo que le piden, todavía huelga de ser rogada. Veis aquí cómo en no haber esta señora echado de sí aquel pobre, se fundó un dicho de reprehension rigurosa, otro de loor templado, y otro de burla que la mordia. Volviendo, pues, á declarar las maneras de las gracias que hacen

á nuestro propósito, digo que, segun mi opinion, tres suertes dellas se hallan, aunque micer Federico haya sólo hecho mencion de dos, de la que cae en el hablar largo, que, segun él dixo, se puede llamar urbanidad, y consiste en el efeto de una cosa, y de la presta y aguda viveza que está en un dicho solo. Á estas dos nosotros agora añadirémos la tercera, que llamamos recaudos falsos ó burlas, en las cuales hay cuentos largos y dichos breves, y áun alguna cosa puesta por obra. Aquella primera que cae en el hablar largo y que dura un rato sin ser atajado, es casi como cuando el hombre dice algun cuento, en el cual se pueden notar una cosa ó muchas graciosas. Y por daros un exemplo, habeis de saber que en aquellos mismos dias que murió el papa Alexandre VI, y sucedió en el pontificado Pío III, hallándose en Roma en el palacio micer Antonio Agnello, vuestro Mantuano, señora Duquesa, y en aquel punto platicando de la muerte del uno y de la creacion del otro, y echando sobre esto diversos juicios con unos amigos suyos, díxoles. Señores, bien creo que sabreis como en el tiempo de Catullo hablaban las puertas sin lenguas y oian sin oidos, y así descubrian muchos adulterios; agora, puesto que los hombres no valen tanto como valian en aquellos tiempos, quizá las puertas, muchas de las cuales se hacen, á lo ménos aquí en Roma, de aquellos mármoles antiguos, alcanzan la misma virtud que alcanzaban las de entónces; y yo para mí creo que estas dos sabrian agora declararnos todos estos puntos que tratamos, si dellas quisiésemos sabellos. Estaban á esto muy atentos los que

le escuchaban esperando en qué habia de parar. Micer Antonio entónces, siguiendo su pasear por aquella sala donde andaban, alzó los ojos como acaso á una de dos puertas que habia allí, y parándose un poco, mostró con la mano á los que eran allí presentes, unas letras que encima de aquella puerta estaban, las cuales decian: «Papa Alexandro»; y al cabo habia una v. y una i., que significaban, como sabeis, sexto, y dixo.

¿No mirais que esta puerta dice *Alexandro papa vi*, que significa Alexandro papa por fuerza? Porque fué hecho papa aprovechándose más con todos de la fuerza que de la razon. Agora veamos, pues ésta nos ha dicho lo que queriamos saber del Papa muerto, si nos diria estotra algo del nuevamente elegido. Y volviéndose á la otra puerta, mostró en ellas estas letras, una N., dos pp., y una v., que querian decir. *Nicolaus papa quintus*. Y luégo dixo ¡Oh qué malas nuevas! Veis aquí como estotra dice. *Nihil Papa valet*.

Esta manera de saber burlar, bien conoceis que puede ser buena, y algunas veces será conforme á lo que conviene á cualquier buen hombre de córte, ó sea verdadero lo que se cuenta, ó fingido; porque en tal caso es lícito fingir; y siendo el fundamento puesto sobre verdad, puédese aderezar con atreverse á mentir un poco, quitando ó poniendo, segun es menester. Mas la verdadera y perfeta fineza desto es mostrar tan propriamente y tan sin trabajo, con ademanes y con palabras, lo que el hombre quiere esprimir, que á los que lo oyan, les parezca ver hecho y formado delante sus ojos lo que se cuenta. Y tan-

ta fuerza tiene esta manera de contar así distinta y propria, que muchas veces es causa que parezca bien una cosa y sea tenida por muy buena, aunque de suyo no lo sea. Y, puesto que en lo que se cuenta se requieran los gestos y los ademanes conformes, y aquella fuerza que consiste en la voz viva, todavía tambien en lo que se escribe se conoce la destreza y ecelencia del saber bien esplicar lo que hace al caso. Decíme, ¿quien no se reirá con lo que Juan Bocacio refiere en la otava jornada de sus novelas, cuando se escribe cómo se esforzaba el cura de Verlongo en cantar bien unos kiries y unos santus, luégo que sentia que su amiga la Bel-color estaba en la iglesia? Tambien hay muchos graciosos cuentos en las de Calandrino y en muchas otras. A esta misma habilidad parece que tira el contrahacer ó remedar, en lo cual yo hasta aquí ninguno he visto más hábil que nuestro micer Roberto de Bari.

No sería, dixo micer Roberto, pequeño loor ése, si cupiese en mí, porque yo cierto trabajaria siempre de remedar más ayna lo bueno que lo malo; y, si yo pudiese con esto alcanzar de parecer á alguno que yo conozco, terníame por muy dichoso. Pero he miedo que todo mi contrahacer no sea de cosas que hacen reir, las cuales, segun vos habeis dicho, consisten en una cierta desconveniencia ó disformidad que no puede dexar de ser tacha.

Tacha sí, respondió micer Bernardo, mas no parece mal, y quiero que sepais que este remedar de que nosotros hablamos, no puede caber sino en persona de ingenio y de juicio; porque demas de saber

asentar las palabras y ademanes en su punto y poner delante los que están presentes el semblante y la manera y las costumbres de aquel á quien remedais, es necesario en esto ser prudente, y tener gran respeto al lugar, al tiempo y á las personas que la veen, y no arrojarse á truhanerías ni eceder los términos convenibles, en lo cual todo sabeis vos maravillosamente regiros; y por eso pienso que lo entendeis muy bien. Que á la verdad ya vos veis cuán mal pareceria que un caballero tenido en buena reputacion, por contrahacer á alguno, fingiese en su gesto llorar ó reir, ó formase puntualmente las voces del otro, ó luchase consigo mismo, como hace Berto; ó se vistiese un vestido de villano en presencia de muchos, como Estracino, ó hiciese semejantes cosas, las cuales, en estos que agora hemos dicho, parecen bien por ser éste el oficio proprio dellos; mas á nosotros no conviene, sino pasando disimuladamente, hurtar esto del remedar, guardando siempre la autoridad que se requiere en los hombres de honra, no diciendo palabras sucias ni haciendo cosas deshonestas, ni torciendo el rostro ó la persona con una desenvoltura desvergonzada y baxa, sino componiendo los ademanes y todos los movimientos de manera que, los que estuviesen presentes imaginen por nuestras palabras y gestos mucho más de lo que ven y oyen, y con esto sean movidos á reirse. Débese tambien en esto tener ojo á no burlar pesado contrahaciendo perjudicialmente algunas tachas, en especial unas fealdades que hay de rostro ó de cuerpo, porque, así como las disformidades de la persona dan muchas veces grande y graciosa materia de

risa á quien discretamente sabe burlar dellas, así tambien el que lo hace descaradamente y con aspereza, no solamente es habido por truhan, mas por enemigo. Por eso cumple, aunque sea dificultoso, tener en esto, como he dicho, el arte de nuestro micer Roberto, el cual remeda á todos los que quiere, tocándoles en sus tachas; mas hácelo tan sotilmente, que, aunque ellos estén presentes y lo vean, no se corren dello, ántes gustan ni más ni ménos como si la fiesta se hiciese en otros; y desto escusado será daros exemplos, pues cada dia los veis en él. Trae asimismo risa, lo cual tambien se contiene debaxo de saber contar bien un cuento, el recitar con buena gracia ciertos defetos de algunos, con tal que no sean muy grandes ni merecedores de otra mayor pena que de ser castigados con burla que se haga dellos, como serian algunas groserías simples ó dichas con una poca de locura presta y que picase. Hacén tambien reir las afetaciones ó curiosidades cuando son estremas, asimismo algunas muy grandes mentiras y bien compuestas. En las simplezas fué singular la que recitó pocos dias há micer César, la cual fué, que hallándose él un dia con el corregidor de este lugar, vió venir un labrador á quexarse que le habian hurtado un asno; el cual despues que se hubo fatigado mucho, y encarecido su pobreza y el engaño que le habia hecho el ladron, dixo al cabo por hacer su pérdida más grave. ¡Oh señor, si vos hubiérades visto mi asno, conociérades muy mejor la razon que yo tengo de quexarme! Porque es cierto que cuando él estaba aderezado y puesta su albarda, no parecia sino un Tulio. Otro hubo

que topando un rebaño de cabras, y viendo venir delante dellas un gran cabron, se paró, y, con una estraña maravilla, dixo. ¿No mirais qué hermoso cabron? Parece un San Pablo. De otro oí decir al señor Gaspar Pallavicino, que conoció, el cual habia ofrecido al duque Hércules de Ferrara, por ser su criado antiguo, dos hijitos suyos por pajes, los cuales, ántes que llegasen á edad de poder venir á serville, murieron; sabiendo esto el Duque, mostró al padre sentimiento dello, diciéndole que le pesaba mucho; porque de una sola vez que los habia visto le habian luégo parecido muy bonicos y muy cordezuelos. Respondióle el padre. Señor, no es nada lo que vistes; que de poco acá se habian hecho los más lindos y bien criados y discretos mochachos que yo pudiera pensar jamas, y cantaban ya entrambos, como si fueran dos gavilanes. Y no há muchos dias que un dotor de los nuestros, viendo pasar por la plaza cabe sí un azotado, y habiendo mancilla dél, porque, no embargante que el verdugo le sacudia muy bravos azotes y las espaldas le corrian todas sangre, le veia andar tan á paso como si anduviera paseándose, por su desenfado díxole. Hermano, andad más apriesa y saldréis más presto de este trabajo. El bueno del azotado entónces, volviéndose al dotor con un gran ceño, paróse como enfadado de lo que habia oido, y así estuvo un poco quédo, mirándole sin hablar palabra, despues díxole. Oíslo, hombre de bien, cuando á vos os azotaren id vos á vuestro placer si quisiéredes, agora dexáme á mi ir al mio. No sé tambien si os acordais de una necedad harto buena que poco há nos contó el señor

Duque de un abad, el cual, hallándose un dia en una plática, que el duque Federique tenía con otro, sobre lo que se habia de hacer de una gran cantidad de tierra que se sacó, haciendo los cimientos deste palacio, en el cual todavía á la sazon se labraba, dixo. Señor, yo he pensado dónde se eche muy fácilmente esta tierra: mandá que se haga otra gran cava, y allí se podrá echar toda sin ningun embarazo. Respondió el Duque con harta risa. ¿Y la que se sacáre desta cava que decis, dónde la echarémos? Mandalda hacer, dixo el abad, tan grande que quepa la de la una y de la otra. En fin, por más que el Duque replicase que cuanto mayor se hiciese la cava tanto más tierra habria, nunca á este abad le pudieron meter en la cabeza que no fuese posible hacella tan grande que pudiese caber en ella toda la tierra de la una y de la otra, ni jamas le sacaron otra respuesta, sino: hacelda siempre mayor. Mirá qué buena estimativa debiera tener el señor abad.

Dixo entónces micer Pietro Bembo. ¿Y por qué vos no contais tambien la del vuestro comisario Florentin? El cual estando cercado del Duque de Calabria en una fortaleza, y hallando un dia dentro ciertos pasadores con hierba, que se los habian tirado los del campo, escandalizóse mucho, y escribió al Duque que si la guerra se habia de hacer tan cruda, él tambien pornia hierba en las pelotas de los tiros de pólvora, y entónces cada uno que mirase por sí.

Rióse micer Bernardo, y dixo. Catá, micer Pietro, que, si no callais, yo tambien contaré todas las necedades que he visto y oido de vuestros venecianos, que

no son pocas, en especial cuando se quieren hacer grandes hombres de caballo.

Pídos por merced, respondió micer Pietro, que no las conteis, que yo tengo agora otras dos muy singulares de florentines que podria decir, y callarlas he por amor de vos.

Mirá, dixo micer Bernardo, que no serán sino de seneses, que ya están en costumbre de caer en semejantes simplezas; como uno, que oyendo no há muchos dias leer en el Consejo ciertas cartas, en las cuales, por no repetir tantas veces el nombre de aquel de quien en ellas se hablaba, se replicaba este término, el sobredicho, dixo al que las leia: teneos agora ahí un poco por me hacer merced, y decíme ese sobredicho si es amigo de nuestra república.

No pudo tener la risa micer Pietro, y dixo. Yo hablo de florentines, y no de seneses.

Pues luégo contá libremente, dixo Emilia, lo que quisiéredes, y no cureis de tener respeto á nadie, sino decí.

Prosiguió micer Pietro. Cuando los florentines tenian guerra con los pisanos, halláronse una vez, por los demasiados gastos que se ofrecieron, muy alcanzados; y así, tratándose un dia en el Consejo qué manera se podria tener para hallar dineros, despues de haberse movido muchos caminos y hablado muy sustancialmente en ello, dixo un ciudadano de los antiguos. Yo he pensado dos formas de hallar dineros prestas y ciertas: la una es que, considerando ser la mayor renta que nosotros tenemos la de los derechos de las entradas de las puertas de Florencia, como tene-

mos once puertas, mandemos hacer en la misma hora otras-once; y así, doblándose las puertas, doblarse han tambien las rentas de las entradas: la otra sea que se provea luégo que en Pistoya y en Prato se abran las casas de la moneda, ni más ni ménos como en Florencia, y dias y noches no se haga allí otra cosa sino hacer moneda, y toda la que se hiciere sea muy buenos ducados; y este remedio, á mi parecer, será más breve y áun ménos costoso.

Rieron mucho del sotil consejo deste buen ciudadano, y cesado el reir, dixo Emilia. Pues cómo, ¿así sufriréis vos, micer Bernardo, que micer Pietro burle tan descaradamente de los florentines sin que os vengueis dél?

Respondió riendo micer Bernardo. Yo le perdono esa injuria; porque si él me ha hecho pesar en burlar de los florentines, hame hecho mayor placer en obedeceros, y lo mismo haré yo siempre que se ofrezca caso para ello.

Dixo entónces micer César. ¿Qué más hermosa simpleza que la que oí de un bresciano? El cual, habiendo estado en Venecia este año pasado el dia de la Ascension, contaba en mi presencia á unos compañeros suyos las grandes cosas que allí en aquella fiesta habia visto, y decia cómo estaban todas las calles llenas de tantas marcadurías, de tanta plata, de tantos paños, de tanta tapicería; y que despues la Señoría salió con gran procesion á hacer aquella cerimonia que se hace allí de desposar la mar, y para esto entraron todos, como es de costumbre, en aquella galera que llaman ellos Bucentoro, en la cual iban tantos caba-

lleros tan aderezados, tantos sones y tantos cantores, que parecia un paraíso. Y preguntándole uno de aquellos sus compañeros qué manera de música le habìa allí más contentado, respondió. Todas eran buenas, pero entre las otras yo vi tañer una cierta trompeta de estraña arte, que el que la tañía no hacia sino cada vez meterse más de dos palmos dello por la garganta, y luégo despues la sacaba, y luégo la tornaba á meter y á sacar, tanto que yo estaba pasmado que nunca vistes otra tan gran maravilla.

Riéronse entónces todos viendo la necedad deste cuitado, que hubiese pensado de aquel tañedor que se metiese por la garganta aquella parte del sacabuche que entra y sale.

Bolvió entónces micer Bernardo á su plática, y dixo. Las afetaciones y curiosidades que paran en una medianía comun aborrecen; pero, cuando van fuera de toda medida y son estremas, mueven risa, como vemos muchos que á cada paso las dicen; los unos preciándose de tener muy gran cuerpo, los otros de ser esforzados, otros de venir de muy buen linaje; y así tambien las mujeres, unas teniéndose por muy hermosas, y otras fingiéndose muy delicadas, y haciéndose todas llenas de misterios. Como acaeció en estos dias á una señora, la cual estando triste y pensativa en una fiesta donde habia muchas damas y caballeros, y siéndole preguntado en qué pensaba que la hiciese estar así tan desabrida, respondió. Yo estaba pensando en una cosa que cada vez que se me acuerda me llega al alma, y no la puedo echar de mí; y es que habiendo el dia del juicio de resucitar todos los cuer-

pos, y parecer desnudos ante Dios y todo el mundo, yo no puedo en ninguna manera sufrir que entónces haya de ser visto el mio tambien desnudo como los otros. Estas tales afetaciones, porque pasan el término, traen comunmente más risa que pesadumbre. Y aquellas grandes mentiras que eceden el grado de toda credulidad, cuando están bien compuestas, ya vosotros veis cómo hacen reir. Y agora me acuerdo que aquel nuestro amigo, que siempre se halla razonablemente proveido dellas, poco há que me contó una muy singular.

Dixo entónces el manífico Julian. Ésa no sé yo qué tal fué, pero séos decir que la que el otro dia afirmaba por cosa muy cierta, un nuestro toscano mercader Luches, es la mayor y más estraña que yo he oido en mi vida.

Mandó entónces la Duquesa al manífico que la contase. Y así él riendo, comenzó á decir.

Este mercader, segun él dixo, hallándose una vez en Polonia, determinó de comprar una gran cantidad de martas cebellinas con pensamiento de traellas á Italia y ganar en ellas mucho. Despues de haber entrado algunos dias en la plática de esto, no pudiendo él ir en persona á Moscovia, por la guerra que entónces era entre el Rey de Polonia y el Duque de Moscovia, concertó por medio de algunos de aquella tierra, que un dia determinado viniesen con sus martas ciertos mercaderes moscovitas á los confines de Polonia, y que él tambien para el mismo tiempo se hallaria allí, y podrian tratar cara á cara el negocio. Así que yendo el Luches con sus compañeros al lugar apla-

zado, llegó á un gran rio llamado el Boristhenes, el cual estaba tan cuajado y tan duro de yelo como si fuera un mármol; y vió que los moscovitas, los cuales tambien por miedo de la guerra se temian de los de Polonia, habian ya llegado á la otra parte del rio, mas no osaban pasar más adelante; y así, habiéndose los unos y los otros conocido, despues de haberse hecho algunas señas, los moscovitas comenzaron á hablar alto diciendo el precio que querian por sus martas; pero tan estremo era el frio, que era imposible ser entendidos, porque las palabras, ántes que llegasen á la otra parte del rio donde estaba el mercader Luches y sus intérpretes, se helaban todas en el aire y quedaban cuajadas. Viendo esto aquellos de Polonia que sabian ya la costumbre, tomaron por remedio hacer un gran fuego en mitad del rio, que aquél era, al parecer dellos, el término donde llegaba la voz todavía caliente ántes de ser atajada por el yelo; y áun el rio estaba tan duro y tan macizo, que bien podria sostener el fuego; de manera que hecho esto, las palabras que por espacio de una hora habian estado heladas en el aire, comenzaron á derretirse y á decender murmurando, como las nieves cuando se desatan de las sierras el mes de Mayo, y así en el mismo punto fueron entendidas perfetamente, no embargante que los hombres de la otra parte ya eran idos; mas porque al Luches le pareció demasiado el precio que aquellas palabras pedian por las martas, no quiso concertarse, ni curó más dellas.

Riéronse entónces todos, y micer Bernardo dixo. Por cierto la que yo quiero contar no es tan sotil,

pero todavía es harto bueno, y es esto. Tratándose pocos dias há de la tierra ó mundo nuevamente hallado por los portogheses, y contándose muchas estrañezas de diversos animales y de otras cosas que ellos de allí traen cada dia á Portugal, aquel nuestro amigo que yo os he dicho, contó por cosa cierta haber visto una mona de forma en estremo diferente de las que acá nosotros solemos ver, la cual, segun él decia, jugaba al axedres maravillosamente, y una vez, entre otras muchas, hallándose delante del Rey de Porthogal el caballero que la habia traido, y jugando con ella al axedres, la mona jugó algunos lances sotilísimos, de manera que apretó tanto á aquel caballero que en fin le dió mate; de lo cual quedando él corrido, como lo suelen quedar todos los que pierden en semejante juego, tomó el Rey del axedres, que era muy grande, y arrojándole á la cabeza de la mona, hirióla; la cual prestamente saltó á la otra parte, quexándose con grandes gritos y pareciendo que pedia justicia al Rey de la sinrazon que le habia hecho. El caballero dende á un rato volvió á requerilla que jugase; ella, rehusándolo primero un poco con sus ademanes y momerías, en fin tornó á jugar, y como la otra vez, así tambien estotra le truxo á muy mal punto. Al cabo viendo la mona que estaba ya en su mano dalle mate, con una buena astucia quiso asegurarse de no ser otra vez herida, y así disimuladamente, sin que nadie cayese en ello, puso la mano derecha debajo del codo izquierdo de aquel caballero y quitóle una almohadilla de tafetan que él tenía por regalo para arrimar el brazo, y hecho esto, luégo en un mis-

mo punto con la izquierda le dió mate de peon, y con la derecha se cubrió la cabeza con el almohadilla; despues dió un gran salto delante del Rey, mostrando alegría y ufaneza de su vitoria. Ora ¿no veis bien cuán sábia y discreta era esta mona?

Dixo entónces micer César Gonzaga. No es posible sino que debiera ser dotora y de gran autoridad entre las otras; y áun pienso que la república de las monas indianas la envió á Portugal por ganar reputacion en tierra estraña.

Todos entónces rieron de la gruesa mentira, y gustaron de lo que micer César habia dicho.

Y luégo siguiendo su habla micer Bernardo, dixo. Bien creo que teneis ya entendido lo que á mí me ha ocurrido de las gracias, que consisten en el efeto de alguna cosa, y en el hablar una razon larga; por eso agora será bien tratar de las que están en un dicho sólo, y alcanzan una presta agudeza puesta brevemente en la sentencia ó en las palabras. Y así, como en aquella primera suerte de hablar manso y estendido, el cual se puede llamar, aprovechándonos del latin, segun aquí se ha dicho, festivo ó urbano, debemos guardarnos con todas nuestras fuerzas, ó contando ó remedando algo, de parecer truhanes ó chocarreros, ó hombres de los que hacen reir con sus necedades ó locuras, así en estotra del hablar breve y presto conviene tambien que huya el Cortesano de ser tenido por malino y perjudicial, y no cure de decir donaires por sólo hacer despecho y tocar en la llaga que más duele. Sepa que los que se dan á esto son muchas veces, por la sola culpa de la lengua, castigados en todo el cuer-

po. Así que, viniendo á las gracias que están en un dicho breve, digo que aquéllas son sotilísimas que nacen de una palabra ó razon que se puede echar á dos sentidos, lo cual entre los latinos, especialmente en este caso, se llama ambigüidad, aunque con todo las que tienen ese fundamento no hacen siempre reir, ántes son casi solamente tenidas por sotiles y delicadas, y se gustan más con silencio que con risa. De este arte fué lo que dixo pocos dias há el nuestro micer Anníbal Paleoto á uno que le traia un bachiller para avezar gramática á sus hijos. Que despues que se lo hubo alabado por muy doto, y dicho, viniendo al partido, que demas del salario queria una cámara con su cama y con todo su aderezo, porque él *non avea letto*, respondió micer Anníbal. Pues ¿cómo puede ser doto *se non a letto?* Veis aquí cómo se fundó la sotileza desto en aquella significacion vária del *non haber letto*. Mas porque estas gracias puestas por este camino suelen ser vivas, y traen mucha agudeza por causa que quien las dice toma las palabras dellas en sinificacion diferente de como las toman los otros, parece, segun dixe, que mueven más maravilla que risa, salvo si se juntan con otra manera de dichos. Así que aquella suerte de donaires que más se usa para hacer reir es cuando nosotros esperamos oir una cosa, y el que responde sale á decirnos otra; llámase esto fuera de opinion; y si á esto se juntáre el otro género que arriba diximos fundarse sobre los términos que tienen dos entendimientos, el donaire entónces será harto gracioso y lleno de sal. Como el otro dia tratándose de hacer un hermoso suelo, que nos-

otros llamamos *mattonato*, en una cámara de la señora Duquesa, despues de muchas pláticas, vos, Juan Cristophoro, dexistes. Si nosotros pudiésemos haber á las manos el Obispo de Potencia, y hacelle muy bien allanar, haria mucho á este nuestro propósito, porque cierto él es el más hermoso *mattonato* que yo en mi vida haya visto. Todos rieron mucho con esto. Porque dividiendo aquella palabra *mattonato*, hicístesla de las que se pueden echar dos entendimientos, y tras esto decir que fuese allanado un obispo y que dél se hiciese suelo de una cámara, fué esto muy bien fuera de la opinion de todos los que escuchaban, y así fué gracia sotil y aparejada para hacer reir. Pero destos dichos que tienen dos sinificaciones, los cuales por los latinos son llamados ambiguos, hay muchas suertes; por eso cumple estar en ellos sobre aviso, y con buen juicio tener ojo á las palabras, huyendo las que suelen hacer el donaire frio, ó las que vienen tan forzadas que parecen ser traidas por los cabellos, ó las que, segun hemos dicho, son totalmente maliciosas y no pueden dexar de ser pesadas. Como hallándose una vez muchos en casa de uno con quien tenian amistad, el cual era ciego de un ojo que se le habia vaciado, y convidándoles él á comer con mucha cortesía, todos, agradeciéndole su buena crianza, se fueron, salvo uno que le dixo, yo me quedaré aquí, porque ya á lo ménos veo para uno un lugar vacío. Con esto quiso tocalle en el ojo que le faltaba y fué pesado; porque lastimó á aquel su amigo sin causa y sin ser primero por él lastimado, y dixo lo que pudiera decirse contra todos los tuertos; y la verdad es

que semejantes motes sobre casos universales no placen, porque parece que pueden ser pensados. Desta misma manera fué aquello que se dixo á uno que no tenía narices. ¿Y tú cómo te pones los antojos ó con qué hueles las rosas? Pero entre las otras gracias aquellas deben de parecer muy bien cuando, de lo que os dice alguno para morderos, tomais las mismas palabras en el mismo sentido, y sacais dellas cosa con que le derroqueis, hiriéndole con sus mismas armas; como un pleiteante que estaba una vez delante del juez dando voces, diciéndole su adversario, ¿tú por qué ladras? respondió luégo, porque veo un ladron. Por esta arte fué tambien cuando Galeotto de Narni, pasando por Sena, se paró en una calle á preguntar por el meson, y viéndole un senes así gordo y barrigudo como era, dixo riendo. Los otros suelen traer las alforjas detras, y éste, segun veo, las trae delante. Respondióle entónces Galeotto. Oíslo, hermano, así se ha de hacer en tierra de ladrones.



CAPÍTULO VI

En el cual prosiguiendo micer Bernardo su plática sobre el decir de las gracias, dice otros muchos y diversos fundamentos sobre que el Cortesano puede fundar sus gracias y donaires.



TRA suerte hay tambien de dichos, la cual vulgarmente llamamos derivar, y ésta consiste en mudar ó quitar ó poner una letra ó sílaba; como el que dixo á uno que siempre hablaba suciedades, y preciábase mucho de ser buen griego: Vos debeis ser harto más doto en la lengua latina que no en la griega. Y á vos, señora, os escribieron una carta con un sobrescrito que decia: A la señora Emilia Impia. Trae asimismo mucha gracia aplicar á algun caso un verso ó más, ó algun refran ó dicho muy trillado, tomándole en otro propósito diferente de como le tomaron los primeros inventores; alguna vez se puede traer al mismo propósito, pero en tal caso será mejor si se mudáre alguna palabra; como lo que dixo uno, que siendo casado con una mujer muy fea y desabrida, preguntándole otro cómo se hallaba, respondióle: Ya vos veis cómo puedo yo hallarme. *Que furiarum maxima iusta me cubat.* Y micer Jerónimo Donato, andando con otros compañeros suyos un Juéves Santo las estaciones de Roma, topó en una calle muchas mujeres hermosas juntas, y diciendo uno de aquellos que con él iban:

Quod cælum stellas, tot habet tua Roma puellas,

acudió él con estotro verso :

Pascua quotque hedos, tot habet tua Roma cinedos;

mostrando otros tantos mancebos que venian de la otra parte. Dixo tambien micer Marco Antonio de la Torre al obispo de Padua lo que se sigue. Hay un monesterio de monjas en Padua, al cual solia tener cargo de servir en decir las misas y en confesar, un religioso tenido por hombre de muchas letras y de buena vida; aconteció que teniendo este buen padre muy estrecha familiaridad con las señoras monjas, y confesándolas muchas veces, las cinco dellas (y por ventura no habia otras tantas en el monesterio) se empreñaron dél. Descubierta la cosa, el bueno del fraile quisiera huir, mas no supo, y así el Obispo le mandó prender. El triste, á la hora que se vió preso, confesó cómo inducido por tentacion del diablo habia caido en aquel pecado; de manera que el Obispo estaba muy determinado á castigalle gravemente; mas porque este fraile era hombre de dotrina tenía muchos amigos, los cuales todos procuraron con diligencia de valerle en tan grande afrenta; entre los otros acordó de ir micer Marco Antonio al Obispo á ver si podria alcanzar algun perdon para el triste del religioso. El Obispo estaba recio, y no queria por manera alguna escuchalle; pero él, no embargante esto, todavía porfiaba, desculpando al malhechor con el aparejo del lugar, con la flaqueza humana y con otras muchas cosas; en fin, ni por eso el Obispo queria ablandarse, sino que decia. Yo no lo haré por más

què vos digais; porque desto yo he de dar cuenta á Dios. Y tras esto, despues de muchas réplicas, dixo al cabo. ¿Y qué responderé yo á Dios el dia del juicio cuando me dixere. *Redde racionem villicationis tuæ?* respondió entónces micer Marco Antonio. Señor, podeis responderle aquello que dice el Evangelio. *Domine quinque talenta tradidisti mihi: ecce allia quinque superlucratus sum.* Ya entónces el Obispo no pudo tener la risa, y con esto templó su ira y la pena que estaba aparejada al malhechor. Es tambien bueno interpretar algunos nombres y fingir algo el sobrenombre de aquel de quien se trata, ó sobre alguna otra cosa que acaezca; como no há muchos dias pidiendo el Proto de Luca, el cual, como sabeis, es muy gracioso, el obispado de Callo, respondióle el Papa. ¿No sabes tú que *callo* en lengua española quiere decir no hablo, y tú eres un gran hablador? Así que no convernía á un obispo nunca poder nombrar su título sin decir mentira, por eso calla. A esto dió el Proto una respuesta, la cual aunque no se comprenda debaxo del género destotra, es harto buena, y fué. Que habiendo porfiado mucho sobre lo que pedia, y viendo que no aprovechaba nada, en fin dixo. Padre Santo, si vuestra Santidad me diere este obispado, no será sin una buena recompensa; porque yo renunciaré á quien vuestra Santidad mandáre dos oficios muy honrados y de gran provecho. ¿Qué oficios renunciarás tú? dixo el Papa. Respondió el Proto. Yo renunciaré el oficio mayor y el otro de Nuestra Señora. No pudo entónces el Papa, aunque era muy grave, dexar de reirse. Y preguntando yo un dia á Phedra por qué era que ha-

ciendo la Iglesia el Viérnes Santo oracion, no solamente por los cristianos, mas áun por los paganos y por los judíos, no hacia mencion de los cardenales como de los obispos y otros perlados; respondióme que los cardenales se comprehendian en aquella oracion que dice. *Oremus pro hereticis & scismaticis*. Y el nuestro conde Ludovico dixo que yo decia mal de una señora que le relucia mucho el rostro, porque cuando la miraba me veia en su gesto como en un espejo, y desto parecíale á él que no podia sino pesarme. Desta arte fué lo que pasó micer Camillo Paleoto con micer Antonio Porcaro, el cual diciendo de un su amigo, que cuando se confesaba decia siempre á su confesor que ayunaba de muy buena voluntad, y oia cada dia misa y hacia muchas limosnas, dixo en fin: Y desta manera paréceme que éste en lugar de acusarse se alaba; y respondióle micer Camillo: Antes se acusa, porque todas esas cosas tiene él por grandes pecados. No se os acuerda tambien cuán bueno fué lo que el otro dia dixo el señor Prefeto, el cual, maravillándose Juan Thomas Galeoto de uno que pedia doscientos ducados por un caballo, y diciendo que no daria por él un maravedí, porque demas de otras muchas tachas no tenía el rostro firme á las armas, ántes huia dellas tanto que era imposible hacelle llegar á ellas, dixo queriendo morder al que le vendia: Por cierto si ese caballo tiene eso que huye de las armas, yo me maravillo que su dueño le quiera dar Por ningun dinero. Suélese tambien muchas veces decir una razon á otro fin del que se usa como llegando un dia el Sr. Duque á un rio harto grande para pasalle á vado, y diciendo á

un su trompeta: pasa primero, volvióse el trompeta con el bonete en la mano, y haciendo mucho del bien criado dixo: pase vuestra señoría. Es tambien buen arte de burlar cuando el hombre parece que toma solamente las palabras del que habla, y no la sentencia, como acaeció una vez, que topando un tudesco una tarde por Roma al nuestro micer Philippo Beroaldo, que era su maestro, y diciéndole. *Domine magister, Deus det vobis bonum sero.* Respondióle el Beroaldo: *Et tibi malum cito.* Dixo asimismo micer Jacomo Sadoleto al Beroaldo, que estaba diciendo que en todo caso se queria ir á Boloña. ¿Por qué causa quereis vos agora dexar á Roma, donde hay tantos pasatiempos, y iros á Boloña, donde no hay sino revueltas? Respondió el Beroaldo: *Per tre conti.* Y en esto ya habia levantado tres dedos de la mano izquierda por señalar tres causas en su partida, cuando micer Jacomo prestamente le atajó, diciendo: *Questi tre conti* que os hacen ir á Boloña son el uno el conde Ludovico de Sant Bonifacio, el otro el conde Hércules Rangon, y el otro el Conde de Pepoli. Gustaron desto todos, porque estos tres condes habian sido discípulos del Beroaldo, y eran gentiles mozos, y estudiaban en Boloña. Así que las gracias desta calidad suelen tener gusto y hacer reir, porque traen consigo respuestas muy contrarias de las que el hombre espera; y naturalmente en semejantes cosas nuestro mismo error nos deleita, del cual comunmente nos reimos, hallándonos engañados de lo que esperábamos. Habeis de saber tambien que las maneras del hablar, y las figuras que tienen gracia en las cosas de seso y graves, las más veces tambien la tienen en

las burlas y dichos graciosos. Mirá las palabras contrapuestas cuán bien parecen cuando una cláusula contraria se opone á la otra; lo mismo es en las gracias. Desta manera fué lo que dixo un genoves, el cual, por ser gran gastador, siendo reprehendido de un logrero muy codicioso que le dixo. ¿Y tú cuándo acabarás de echar á mal tu hacienda? Respondió: Cuando tú acabáres de robar la ajena. Y porque, como hemos dicho, allí donde se fundan las gracias que muerden, se pueden tambien fundar los dichos graves que alaban, es un modo gentil y gracioso para entrambos efetos, cuando el hombre consiente ó confirma lo que dice otro, mas interprétalo de otra manera de como aquél lo entiende; como en estos dias diciendo un cura de un lugar la misa á sus feligreses, y comenzando, despues de haber echado las fiestas, la Confesion general (como es de costumbre) en nombre del pueblo diciendo: Yo pecador me confieso á Dios que pequé en reir y burlar, en escarnecer, en mal pensar, y lo que se sigue, haciendo mencion de todos los pecados mortales, un amigo suyo muy familiar, volviéndose á los que le estaban cerca, díxoles. Vosotros séme testigos de lo que por su misma boca confiesa haber hecho el cura, porque yo entiendo de acusalle ante el Obispo. Mucho sirven tambien, así á los dichos graciosos para picar como á los graves para alabar, las metáforas ó translaciones conformes, en especial si son respuestas, y si el que responde se tiene todavía en la misma translacion dicha por el otro que le habla. Por esta arte fué la respuesta que se dió á micer Palla de Strozzi,

el cual siendo echado de Florencia, y estando siempre puesto en sacar de donde quiera alguna ocasion para derrocar á Cosme de Médici, su adversario, y queriéndoselo dar á entender, envió allá un criado suyo, y díxole. Mira, dirás de mi parte á Cosme de Médici que la gallina está sobre los huevos. Dado este mensaje por el mensajero, respondióle Cosme de Médici. Y tú de mi parte dirás á micer Palla que estando las gallinas fuera del nido, mal pueden estar sobre los huevos. Con una metáfora alabó tambien micer Camillo Porcaro muy gentilmente á micer Antonio Colonna, el cual sabiendo que micer Camillo en un razonamiento suyo habia alabado á algunos señores italianos famosos en las armas, y entre ellos habia hecho mencion dél, honrándole no ménos que á los otros, despues de habérselo agradecido mucho le dixo. Vos, micer Camillo, habeis hecho conmigo lo que con sus dineros suelen hacer algunos mercaderes, los cuales, cuando se hallan algun ducado falso, por pasalle le ponen á vueltas de otros muchos buenos, y con esto tienen remedio para poder gastalle. Respondió entónces micer Camillo: Los que hacen ducados falsos, suelen dorallos tambien, que á la vista parecen muy mejores que los buenos; por eso si en los hombres fuese esto, como en los ducados, podríase entónces sospechar que vos érades falso, porque pareceis mejor que los otros. Veis aquí cómo este fundamento es comun á entrambas maneras de dichos, y así se hallarian muchos otros, de los cuales se podrian dar infinitos exemplos, en especial en cosas de seso: como aquello que dijo el Gran Capitan, el

cual un dia, estando comiendo, y siendo ya la mesa tan llena que apénas podian caber más, vió que habian quedado en pié dos caballeros italianos, los cuales habian servido muy bien en la guerra, y, en viéndolos, levantóse luégo, y hizo levantar á todos para que les hiciesen lugar, y dixo: Dexá asentar á comer esos dos caballeros, que, sino por ellos, nosotros no terniamos agora qué comer. Dixo tambien á Diego García, el cual le aconsejaba que se quitase de un lugar peligroso donde daba la artillería: Pues Dios no ha puesto miedo en vuestro corazon, no cureis vos agora de ponelle en el mio. Y el rey Luis que hoy en dia es rey de Francia, siéndole dicho poco despues que fué rey, que entónces era tiempo de castigar sus enemigos que le habian ofendido miéntras era Duque de Orliens, respondió, que no tocaba al Rey de Francia vengar las injurias hechas al Duque de Orliens. Puede tambien el hombre morder de buen arte con una cierta gravedad sin mover risa: como cuando dixo Gein Ottomani, hermano del Gran Turco, siendo prisionero en Roma, que el justar le parecia mucho para burlas y poco para véras. Y el mismo, oyendo que el rey don Hernando menor tenía la persona muy suelta para toda cosa, y que corria muy bien y saltaba y volteaba, y era hábil en semejantes exercicios, dixo que en su tierra los esclavos hacian todo aquello; pero que los señores desde niños no aprendian sino de ser francos, y que esto era su exercicio, y desto se preciaban. Casi por esta arte fué (aunque algo más para hacer reir) lo que dixo el Arzobispo de Florencia al Cardenal Alexandrino; que los hombres no

tenian sino hacienda y cuerpo y alma; que la hacienda estaba puesta en trabajo por culpa de los letrados, y el cuerpo por la de los médicos, y el alma por la de los teólogos.

Respondió aquí el magnífico Julian. A esto se pudiera añadir lo que decia Nicoleto, que muy pocas veces se hallaba letrado que pleitease, ni médico que tomase medicina, ni teólogo que fuese buen cristiano.

Rióse micer Bernardo, y pasó adelante su plática, diciendo. Infinitos exemplos hay destos, y todos de hombres sabios y de mucha autoridad. Las comparaciones tambien y apodaduras hartas veces tienen gracia y hacen reir, como lo que escribió nuestro Pistoya al Serafin : Tórname á enviar el maleton que te parece; porque, si bien os acordais, Serafin tenía proprio talle de maleta. Hay asimismo algunos que huelgan de apodar hombres y mujeres, á caballos, á perros, á aves, á casas, á carros y á semejantes disparates, lo cual algunas veces parece bien, otras es una muy gran frialdad; por eso conviene en esto considerar el lugar, el tiempo, las personas y todas las otras cosas que ya tantas veces hemos dicho.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Harto buena comparacion fué aquella que hizo Juan Gonzaga del gran Alexandre á Alexandre su hijo.

Yo no la sé. Respondió micer Bernardo.

Jugaba dixo Gaspar Pallavicino á los dados Juan Gonzaga, y, como él tiene de costumbre, habia ya perdido una gran suma de ducados, y todavía perdia más; Alexandre su hijo, el cual, aunque es mochacho, juega de tan buena voluntad como su padre, mirá-

táles que tienen por gentileza decir mal á Dios, deben ser echados de toda conversacion de caballeros y hombres de honra. Parecen asimismo muy mal los que son deshonestos y sucios en su hablar, y estando con mujeres no les tienen ningun acatamiento en cuanto dicen; ántes de ninguna cosa muestran gustar tanto como de hacellas parar coloradas, diciéndoles mil deshonestidades, y sobre esto se hacen muy desenvueltos, y andan buscando gracias y agudezas; como no há mucho que en Ferrara en un convite en presencia de muchas damas, hallándose un florentin y un senes, los cuales por la mayor parte, como lo sabeis, son enemigos, dixo el senes por morder al florentin. Nosotros hemos casado á Sena con el Emperador y hémosle dado á Florencia en dote, y esto dixo; porque en aquellos dias se hablaba que el Emperador habia tomado los seneses en su proteccion, y ellos le habian dado una gran cantidad de dineros. Respondió luégo el florentin una cosa que áun dexalla de decir aquí agora creo que será lo más seguro.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Decilda por los mejores términos que pudiéredes, ó á lo ménos decímela á mí, que yo la callaré, ó si alguna destas señoras quisiere despues sabella, yo se la diré como mejor supiere.

Volviéndose entónces á él micer Bernardo, díxole. Este florentin que os he dicho, respondió al senes. Sena será cuanto á lo primero cabalgada á la francesa, despues, como dice el refran italiano, el dote se pleiteará á buen reposo. Estas palabras fueron agudas, mas por haber sido en presencia de mujeres, pa-

recieron deshonestas y no conformes al lugar donde esto pasó.

Las mujeres dixo entónces Gaspar Pallavicino no huelgan sino de oir hablar semejantes cosas, y ¿vos quereis agora quitalles este pasatiempo? Yo de mí os digo que más veces me he puesto colorado por palabras desta calidad que me han dicho mujeres, que por las que me han dicho hombres.

De esas tales mujeres no hablo yo, dixo micer Bernardo; hablo yo de las virtuosas y honradas, que merecen ser estimadas y acatadas de todo el mundo.

Sería necesario, respondió Gaspar Pallavicino, hallar alguna sotil regla para saber conocellas, porque infinitas veces las que parecen mejores son peores.

Micer Bernardo entónces riendo, dixo. Si aquí no estuviese presente el señor manífico Julian, el cual en todas partes es tenido por un fuerte defensor de mujeres, yo tomaria esta demanda por propria y os responderia, pero no quiero hacelle tan gran agravio como sería tomalle la mano en este caso.

Aquí Emilia, con una buena risa, dixo. No tienen necesidad las mujeres de defensor contra acusador tan flaco; por eso dexalde al señor Gaspar Pallavicino en su mala opinion, la cual más ayna le habrá venido de nunca haber él hallado mujer, que solamente haya querido velle, que de falta de las mujeres; y no cureis sino de seguir adelante vuestra habla.

Dixo á esto micer Bernardo. Por cierto, señora, ya á mí me parece haber señalado muchos pasos de donde se puedan levantar dichos sotiles y avisados, los cuales despues ternán tanto mayor gracia, cuanto

más fueren de mejores palabras y términos acompañados. Todavía sin éstos se podrian decir muchos otros, como cuando, por encarecer ó desencarecer algo, se dicen cosas que eceden todo género de muestra que tenga color de verdad; y desta manera fué lo que dixo Mario de Volterra de un perlado, diciendo que se tenía por tan alto de cuerpo, que en Roma, cuando entraba en la iglesia de San Pedro, ordinariamente se abaxaba por no dar con la cabeza en lo más alto de la puerta. Dixo asimismo el señor manífico Julian, que aquí está presente, que Golpino, su criado, era tan flaco y tan seco, que una mañana soplando el fuego habia sido llevado del humo por la chiminea arriba hasta encima, y sino que fué tanta su dicha que quedó atravesado en una de aquellas ventanillas que suelen estar en lo más alto, el humo y él hubieran juntamente volado por esos aires. Dixo tambien micer Augustin Venazzano que un mercader muy escaso, el cual no habia querido vender su trigo estando en harto gran precio, viendo despues que habia abaxado mucho, se ahorcó de una viga de su cámara, y un criado suyo, sintiendo el ruido, corrió allá, y viendo su señor ahorcado, prestamente cortó la soga, y así le libró de la muerte; el mercader despues de vuelto en sí, queria que en todo caso su criado le pagase la soga que le habia cortado. Por este camino parece que vaya lo que dixo Lorenzo de Médici á un truhan frio: No me harias reir aunque me hicieses cosquillas. Respondió tambien desta misma arte á otro loco, el cual una mañana, hallándole muy tarde en la cama, le reprehendió diciéndole. ¿Qué dormir

es ése? Yo ya he estado en el mercado nuevo y en el viejo, y despues fuera de la puerta en San Gallo al derredor de la cerca haciendo exercicio, y he hecho otras mil cosas, y vos áun dormis? Díxole entónces Lorenzo. Más vale lo que yo he soñado en una hora que lo que tú has hecho en cuatro. Es tambien bueno cuando el hombre con una respuesta reprehende lo que no parece que sea su intincion de reprehender; como estando un dia comiendo el marqués Federico de Mantua, padre de la señora Duquesa, con muchos caballeros, uno dellos, despues que hubo comido toda una escudilla de potaje, dixo: Señor Marqués, perdonáme, y esto dicho, comenzó á sorber el caldo que le quedaba. Díxole el Marqués entónces: Á los puercos habeis vos de pedir perdon deso, que á mí no me haceis injuria. Dixo asimismo micer Nicolo Leonico por decir mal de un tirano que falsamente estaba en opinion de franco. Ved cuán largo y dadivoso es este señor, que no da solamente su hacienda, mas áun la ajena. Harto gracioso y de buen arte es tambien lo que consiste en una cierta disimulacion cuando se dice una cosa y debaxo de aquélla se entiende otra; no hablo de aquellas disimulaciones totalmente contrarias, como es llamar á un enano gigante, ó á un negro Juan blanco ó á un feísimo hermosísimo, porque tales contrariedades son demasiadamente claras, no embargante que alguna vez hacen reir, sino de unas solapadas y chocarreras, cuando, con un hablar mesurado y grave burlando, dice el hombre sabrosamente lo que no tiene en el corazon; como un dia diciendo un caballero una muy gran mentira á micer Augus-

tin Soglieta, y esforzándose mucho en afirmalla con gran fuerza, porque le parecia que con harto trabajo se la haria creer, dixo al cabo micer Augustin. Suplícoos agora, señor, si en algun tiempo me habeis de hacer merced alguna, sea ésta, que tengais por bien que yo no crea agora eso que vos me decis. Replicando el otro y porfiando con grandes juramentos ser lo que decia, tornó en fin á decille micer Agustin. Pues así, señor, lo mandais, yo soy contento de creello por haceros placer, porque en verdad otras mayores cosas haria yo por vos. Casi desta manera fué cuando don Juan de Cardona dixo por uno que se queria partir de Roma. Éste, á mi parecer, lo yerra en quererse ir, porque es tan gran bellaco, que, estando en Roma aún por tiempo, podria ser cardenal. Por esta arte fué tambien lo que dixo Alfonso Santa Cruz, el cual, habiendo en aquellos dias recebido muchos agravios del cardenal de Pavía en una cierta negociacion que traia con él, y paseándose fuera de Boloña con algunos caballeros, hácia el lugar donde suelen ahorcar los malhechores, viendo un ahorcado, puso los ojos en él con un gesto triste, y dando un gran sospiro, dixo con una voz tan alta que todos lo oyeron. Dichoso tú que no tienes que ver con el cardenal de Pavía. Esta forma de decir gracias que alcanza esta manera de ironía ó disimulacion parece muy conveniente á hombres de autoridad, porque es grave, y tiene gusto, y puédese usar en las burlas y en las véras; por eso muchos de los antiguos y de los más estimados la usaron, como Caton y Scipion Africano menor, mas sobre todos se dice haber sido en ella señalado Sócra-

tes, y en nuestros tiempos el rey D. Alonso I de Aragon; el cual, asentándose una vez á comer y queriéndose lavar las manos, quitóse unas sortijas que traia en los dedos con muy preciosas piedras, y diólas al primero que se llegó á tomallas casi sin mirar quién era; éste pensó que el Rey no habia echado de ver á quién las habia dado, y que con otros pensamientos de mayor calidad fácilmente se descuidaria dellas, y á esto se determinó más viendo que el Rey no se las pedia, y así pasando dias y semanas y meses sin sentimiento de nada, tuvo ya por cierto que todo estaba seguro, de manera que casi dende á un año despues, queriéndose el Rey una otra mañana lavar las manos, este mismo tornó á ponérsele delante y alargó la mano para volver á tomar otras tantas sortijas; entónces el Rey, llegándosele al oido, díxole. Bástente las primeras, que éstas agora serán buenas para otro. Veis cómo estas palabras fueron graciosas y delgadas y graves, y dignas verdaderamente de la mananimidad de un Alexandre. Semejante á esto que tira á lo irónico ó disimulado, se halla otro modo, cuando con buenas palabras y cubiertas se reprehende una cosa viciosa; como lo que dixo el Gran Capitan por un caballero suyo, el cual, despues de la jornada de la Cirinola, cuando ya la vitoria estaba ganada y todas las cosas en seguro, le vino muy bien armado encima de un gran caballo como si hubiera de pelear. Viéndole entónces el gran Capitan, volvióse á don Ugo de Cardona, y díxole. Agora ya podemos estar seguros de tormenta, pues Sant Elmo nos ha aparecido. Y así con esta palabra mansa y disimulada le tocó; porque ya sa-

beis que Sant Elmo siempre suele aparecer despues de la tempestad y da la señal de bonanza. Estando tambien Otaviano Ubaldino en Florencia con algunos hombres honrados de la ciudad, y hablando de ciertos soldados de aquel tiempo, uno de aquellos ciudadanos le preguntó si por ventura conocia á Antonello de Forli, el cual entónces habia huido del Estado de Florencia. Yo no le conozco, respondió Otavio, sino cuanto he oido siempre decir que es un diligente soldado. Acudió entónces á esto otro florentin, diciendo. Yo os diré cuán diligente es, que se parte ántes que pida licencia. Sotil forma de decir es tambien cuando el hombre saca de lo que otro le dice lo que aquél no querria; y desta manera pienso que fué lo que respondió el señor Duque á aquel alcaide que perdió la fortaleza de Sant Leon cuando este Estado fué tomado por el papa Alexandre y dado al duque Valentin: y fué, que estando el señor Duque en Venecia en el tiempo que he dicho, venian á él cada dia muchos de los suyos á dalle secretamente avisos de cómo pasaban las cosas de su Estado. Entre los otros vino este alcaide, el cual, despues de haberse desculpado lo mejor que supo echando toda la culpa á su desdicha, le dixo. Señor, no esteis con tanto pesar desto, que áun yo me siento bastante á hacer de manera que se pueda cobrar Sant Leon. Respondió entónces el señor Duque. No os fatigueis más en esto, Alcaide, que ya el perdelle fué hacer de manera que se pudiese cobrar. Hay otra forma de dicho, cuando un hombre tenido por avisado dice una cosa que parece necedad; como el otro dia dixo micer Camillo Paleoto por uno

que habia fallecido. Este necio en comenzando á ser rico se murió. Semejante á esto se suele usar una cierta disimulacion aguda y graciosa, cuando un hombre, como he dicho, sabio muestra no entender lo que entiende; como lo que dixo el marqués Federico de Mantua, el cual importunado de uno que se le vino á quexar con grandes voces que unos vecinos suyos le tomaban con lazos los palomos de su palomar, y viéndole estar así medio llorando y pidiendo justicia teniendo todavía un palomo en la mano colgado del pié juntamente con el lazo, que así le habia hallado muerto, le respondió que se proveeria en ello. No sosegado este importuno con esto, ántes volviendo á sus quexas replicándolas muchas veces y encareciendo el daño que habia recebido, mostrando siempre el palomo así ahorcado, y diciendo. ¿Qué os parece, señor, que se deba hacer desto? Díxole el Marqués, á mí me parece que ya una por una ese palomo en ninguna manera se ha de enterrar en lugar sagrado; porque habiéndose así ahorcado él mismo, de creer es que es muerto desesperado. Casi por esta arte fué lo que pasó Scipion Nacica con Ennio; que yendo una vez Scipion á casa de Ennio por hablalle, y llamándole desde la calle, una su criada le respondió que no estaba allí, y Scipion oyó claramente que el mismó Ennio habia dicho á aquella su criada que dixese aquello, y así fuése. No mucho despues fué Ennio á casa de Scipion, y así tambien le llamó desde la calle. Scipion entónces á altas voces él mismo manifiestamente le respondió que no estaba en casa. Allí Ennio maravillándose por una parte, y por otra riéndo-

se, díxole. ¿ Pues cómo? ¿ no conozco yo vuestra voz? Respondióle Scipion entónces. Vos, señor, sois muy sobrado con vuestros amigos; creí yo el otro dia á vuestra criada cuando me dixo que no estábades en casa, y vos agora no me quereis creer á mí. Es asimismo bueno cuando uno queda mordido en lo que primero mordió al otro; como acaeció una vez que estando Alonso Carrillo en la córte de España, mandóle el Rey prender por algunas mocedades de poca importancia, y luégo otro dia le soltaron; y así yendo á palacio aquella mañana, entró en una sala donde habia muchos caballeros y damas, y así en viéndole la Marquesa de Moya, burlando de aquella su prision, le dixo. Por cierto, señor Alonso Carrillo, á mí me pesaba mucho de vuestra desdicha; porque todos los que os conocian pensaban que el Rey os habia de mandar ahorcar. Respondióle entónces Alonso Carrillo. Yo tambien, señora, lo temí harto, pero tuve siempre esperanza que vos me pidiérades por marido. Veis cómo esta viveza fué delgada y dicha á buen tiempo; porque ya sabeis la costumbre de España y de otras muchas naciones acerca desto, cuando llevan alguno á ahorcar. Así respondió tambien Rafael, pintor, á dos cardenales con los cuales tenía mucha familiaridad. Ellos, por hacelledecir algo, tachaban en su presencia una pintura que él habia hecho, donde estaban San Pedro y San Pablo; la tacha que le ponian era, que aquellas dos figuras estaban pintadas con los rostros demasiadamente colorados. Díxoles entónces Raphael. Señores, no os maravilleis deso, que yo adrede he querido pintar

esos dos santos así, por sacallos más á lo proprio; porque de creer es que San Pedro y San Pablo, allí donde están, están tan colorados como aquí los veis, de vergüenza que tienen de ver su iglesia regida por tales hombres como vosotros.

Son asimismo sotiles aquellos dichos que traen consigo una cierta ascondida sospecha de burla; como una vez haciendo un hombre gran llanto y llorando mucho porque su mujer se habia ahorcado de una higuera, otro se le llegó, y tirándole bonico de la halda díxole. Hermano mio, ¿podríades vos hacerme tan señalada merced, que me diésedes siquiera un ramito de aquella higuera por enxerille en algun árbol de mi huerto? Hay algunos otros donaires que muestran una cierta paciencia dichos mansamente con gravedad: como trayendo una vez un hombre una arca en las espaldas, y á descuido dando con ella un buen golpe á Caton, despues de habelle dado, díxole. Aparta. Caton entónces, volviéndose á él muy sosegado, respondióle. ¿Cómo? ¿otra vez me quieres dar? Suele tambien mover risa cuando un hombre, habiendo hecho un error, por remedialle dice adrede alguna cosa que parece locura, ó en cierta manera descaramiento; pero todavía hace á su propósito, y con ella se ayuda para no quedar atajado; como en estos dias, hallándose en el Consejo de Florencia dos hombres honrados, cada uno de los cuales era de bando contrario del otro, segun muchas veces acaece en estas repúblicas, el uno dellos, el cual era de casa Altoviti, dormia, y un amigo suyo que estaba asentado á su lado por reir, aunque su adversario, que era de

casa Alamanni, no hablase ni hubiese hablado, dándole del codo le despertó y díxole. ¿No oís lo que hulano dice? Respondé, que los del Consejo quieren saber vuestro parecer. El Altoviti entónces todo soñoliento, sin pensar nada, se levantó y dixo: Señores, yo digo todo lo contrario de lo que ha dicho el Alamanni. Respondió el Alamanni: Yo no he dicho nada. Pues luégo, dixo el Altoviti, de lo que dixéredes. Desta arte fué tambien lo que pasó el vuestro maestro Seraphin, médico de aquí de Urbino, con un aldeano desta tierra, el cual, habiendo recibido un tan gran golpe en el ojo que á la verdad le habia perdido, todavía, pensando que no era tanto, se fué á curar con maestro Seraphin; él, viéndole, aunque conociese ser imposible sanalle, todavía, por sacalle dineros, como la herida le habia sacado el ojo, prometióle largamente salud, y así haciéndole remedios, aunque vanos, cada dia le pedia dineros, afirmando que dentro en cinco ó seis dias comenzaria á cobrar la vista. El cuitado del paciente dábale eso poco que tenía; al cabo, viendo que la cura se alargaba mucho, comenzó á quexarse del médico y á decir que no sentia mejoría ni via más con aquel ojo que si no le tuviese; en fin, viendo maestro Seraphin que poco era ya lo que le podia apañar, díxole: Hermano, necesario será haber paciencia, sabed que habeis perdido el ojo, y en esto no hay remedio, y quiera Dios que no perdais el otro. Este pecador, oyendo tales nuevas, comenzó á llorar y á quexarse muy reciamente, diciendo á voces: Vos me habeis muerto y robado mis dineros; yo pediré justicia de vos al Duque. Y tras esto

daba los mayores gritos del mundo. Maestro Seraphin entónces, haciendo mucho del bravo, dixo por descabullirse. ¡Ah, don Villano, puerco! ¿Luego vos tambien queríades tener dos ojos como los caballeros y los hombres honrados? ¡Andá para villano, que vos no mereceis más de un ojo! Estas palabras dixo el médico con tanta fuerza, que el triste labrador calló de espanto, y, abaxando su cabeza, fuése con Dios, pensando que quizá no tenía razon, ni le habia sido hecho ningun agravio. Tiene asimismo harta gracia declarar alguna cosa ó interpretalla burlando, como lo que dixo Rafael de Paz, que viendo una carta que el Prior de Mesina escrebia á una señora con el sobrescrito que decia: «Esta carta se ha de dar á quien causa mi penar», dixo: Paréceme que esta carta va á Pablo Tolosa. Rieron con esto los que estaban presentes, porque todos sabian que Pablo Tolosa habia prestado al Prior diez mil ducados, y el Prior por ser gran gastador no tenía forma de volvérselos. Semejante es á esto, cuando alguno familiarmente dice su parecer á otro á manera de consejo, pero disimuladamente: como dixo Cosme de Médici á un su amigo, el cual era muy rico, pero sabía poco, y con el favor de Cosme habia alcanzado un oficio fuera de Florencia, y preguntando éste en su partida á Cosme, qué manera le parecia que habia de tener para regirse bien en aquel su oficio, respondióle Cosme: Vístete de colorado y habla poco. Dixo asimismo el conde Ludovico á otro necio que le preguntó cómo podria pasar desconocido por un cierto lugar peligroso: Vistíos como dotor ó con al-

gun otro vestido de hombre sabio. Dixo tambien Juanote de Paz á uno que queria hacer un sayo de armas de las más diversas y diferentes colores que se pudiesen hallar: Toma palabras y obras del Cardenal de Pavía. Solémonos tambien reir de algunas cosas que no conciertan, y son casi á manera de desvaríos; como el otro dia dixo uno á micer Antonio Fizzo por un Forlines: ¿Quereis ver si es necio que se llama Bartholomé? Y otro: Tú buscas caballerizo y no tienes caballos: y, á éste no le falta otra cosa, sino hacienda y seso. Hay otras para hacer reir que parecen que conciertan y que son conformes: como en estos dias habiendo sospecha que un amigo nuestro habia hecho hacer una renunciacion falsa de un beneficio, díxole Antonio Torello, sabiendo que otro clérigo estaba muy malo. ¿Que estás ahí perdiendo tiempo? ¿Por qué no envias por aquel tu escribano, y apañarás estotro beneficio? Hay asimismo algunas para el mismo efeto, que no son conformes y tienen en sí desproporcion: como el otro dia habiendo el Papa enviado por micer Juan de Luca de Pontremolo y por micer Domingo de la Puerta, los cuales, como sabeis, son corcovados, y no muy derechos en la justicia, y, haciéndolos oidores, diciendo que queria enderezar la Rota, dixo micer Latin Juvenal: Nuestro señor el Papa se engaña en querer con dos tuertos enderezar la Rota. Suele tambien ser cosa para hacer reir, cuando el hombre confiesa lo que le dicen y áun más adelante, pero muestra entendello de otra manera: como habiéndose desafiado el capitan Peralta y Aldana, y estando entrambos ya dentro en el campo para pelear,

y pidiéndole el capitan Molart, que era padrino de Aldana, á Peralta el juramento, que en semejantes casos se suele pedir, si traya consigo algunas oraciones ó conjuros que le guardasen de ser herido, Peralta juró que no traia consigo oraciones, ni conjuros, ni reliquias, ni otra devocion ninguna en que tuviese fé; Molart entónces por tocalle de judío díxole: No gasteis tiempo en esto, que esto yo lo juraré por vos. Es asimismo bueno para este propósito de mover risa usar á tiempo aquellas figuras ó términos de hablar, que, segun hemos dicho, se llaman metáphoras ó traslaciones: como una vez habiendo maestre Marcantonio compuesto una muy larga comedia de diversos autos, díxole Boton de Cesena. Paréceme que para el aparato de vuestra comedia serán menester cuantos leños hay en Esclavonia. Respondióle entónces Marcantonio. Y para el aparato de vuestra tragedia no serán menester más de tres.

Muchas veces se dice tambien una palabra, en la cual hay una secreta sinificacion, léxos de lo que parece que se quiere decir: como tratándose una vez de un capitan, el cual, á la verdad, en sus dias las más veces ha sido desbaratado, y entónces á dicha habia sido vencedor, y diciendo uno de aquellos que hablaban dél, que el dia que entró en aquel lugar, que habia tomado, traia vestido un sayo de terciopelo carmesí, con el cual solia siempre aderezarse despues de haber ganado alguna vitoria, dixo el señor Prefeto. Debe ser nuevo. Harto buena gracia es tambien para hacer reir, cuando el hombre responde á lo que no ha dicho el otro con quien él habla, ó muestra creer

que se haya hecho aquello que no se ha hecho y se debiera hacer; como Andrea Goscia, hallándose una vez en casa de un señor, el cual le hizo tan poca cortesía que no le mandó asentar, díxole. Pues vuestra señoría me lo manda, por obedecelle asentarme hé; y en diciendo esto asentóse. Mueve tambien á risa cuando de buen arte el hombre se excusa de algun yerro: como el otro dia diciendo yo á un capellan del señor Duque, que yo conocia á otro clérigo que decia la misa más presto que él, respondióme. No es posible; y llegándose más cerca, díxome al oido. Sabé la verdad, que ordinariamente me dexo casi la mitad de la misa. Asimismo Biagin Crivello, sabiendo que era muerto un clérigo en Milan que tenía un muy buen beneficio, pidiólo al Duque, el cual estaba ya determinado de dalle á otro. Así que viendo Biagin que no le valia razon con el Duque, díxole. ¿Pues cómo, señor, si yo he hecho matar á este clérigo, por qué no quereis vos darme este beneficio? Tiene tambien gracia algunas veces desear cosas que no pueden ser: como el otro dia uno de nuestros amigos, viendo que todos estos señores se exercitaban jugando de armas, y él estaba echado sobre una cama mirándolos á buen reposo, dixo: ¡Oh quién me diese que esto que yo agora hago fuese exercicio de valiente hombre y buen soldado! Es asimismo buen arte y graciosa, en especial en personas graves y de autoridad, responder al reves de lo que queria aquel con quien se habla; però esto ha de ser hecho mansamente y casi con una cierta consideracion dudosa, y una falsedad avisada: como el Rey don Alfonso I de Aragon, que habien-

do dado á un criado suyo armas y caballo y vestidos, porque le dixo que la noche ántes habia soñado que su alteza le daba todo aquello, y luégo pocos dias despues, diciéndole el mismo criado que habia tornado á soñar que le daba muchos ducados, respondióle. De aquí adelante no creais en sueños. Casi por esta misma manera respondió el Papa al Obispo de Servia, el cual le dixo por tentalle. Padre Santo, por toda Roma, y áun en palacio, dicen todos que Vuestra Santidad me hace gobernador. Díxole entónces el Papa : Dexaldos decir, que son unos bellacos ; no hayais miedo, que yo os prometo que no es verdad.

Podria quizá, señores, discurrir más adelante por muchos otros pasos, de donde se suelen sacar gracias para hacer reir : como serian algunas cosas dichas con miedo, ó con una gran maravilla, ó con amenazas, ó sin órden y con ira. Demas desto hay ciertos casos nuevos, que acontecidos traen risa. Estar asimismo el hombre callando con un cierto gesto como maravillado de algo, y áun él mismo reir sin propósito, hace reir; pero á mí me parece que lo que he dicho basta por agora; porque las gracias que consisten en las palabras, creo yo no salen de aquellos términos que nosotros hemos tocado; las otras despues, que están en el efeto, puesto que tengan infinitas partes, todavía se reducen en pocas; mas en el uno y en el otro género dellas, la principal cosa es engañar la opinion, y salir muy léxos de donde os esperan los que escuchan. Y es necesario para ser bueno el donaire que sea mezclado con este engaño, ó disimulando, ó burlando, ó reprehendiendo, ó usando

otra cualquiera manera, y no embargante que las gracias todas muevan risa, hacen todavía en el reir diversos efetos; porque algunas dellas traen consigo una cierta pureza de hablar con una dulzura gustosa y templada; otras pican á veces cubiertamente, y á veces descubiertamente; otras tienen un cierto brío y una lozanía traviesa; otras hacen reir en siendo oidas; otras despues cuantó más se piensa en ellas; otras con la risa nos hacen que nos corramos; otras nos enojan y nos mueven á alguna ira; pero en todas las suertes dellas se ha de considerar la disposicion de los oyentes, porque á los afligidos las burlas más los afligen, y hay algunas dolencias que con los remedios se encrudecen. Teniendo, pues, el Cortesano en el burlar y en el decir gracias respeto al tiempo, á las personas, á su propria calidad y estado, y mirando en no usallo demasiadamente, porque á la verdad cansa y enfada estar todo el dia y en todas las pláticas y sin propósito arrimado siempre á decir donaires, podrá ser llamado gracioso, con tal que mire tambien en no ser tan pesado ó mofador, que se haga tener por malino, mordiendo sin causa ó con ódio manifiesto y á personas muy poderosas, que es mal seso, ó muy miserables, que es crueldad, ó muy malvadas, que es vanidad, ó diciendo cosas con que ofenda á quien no querria, que es inorancia; porque hay algunos que piensan que son obligados á decir siempre donaires, y á tocar á cada uno sin más todas las veces que pueden, sea como fuere. Entre estos tales se hallan aquellos que, por decir un remoque ó una agudeza, no dexarán de difamar una mujer honrada, lo

cual es muy mal hecho y merece ser gravemente castigado, porque en este caso las mujeres van en la cuenta de los miserables, y por eso no deben ser lastimadas, pues no tienen armas para defenderse, pero, demas destas consideraciones, conviene que, el que hubiere de ser dulce y gracioso, sea formado de una cierta naturaleza dispuesta á todas las suertes de decir gracias, y á éstas aplique sus costumbres, sus ademanes y su semblante, el cual, cuanto más grave y firme fuere, tanto más hará que las cosas que se dixeren parezcan sabrosas y sotiles. Mas vos, micer Federico, que pensastes descansar debaxo deste árbol sin hojas, y recrear en la sequedad de mi habla, pienso que os habréis arrepentido, y os parecerá ser entrado en el meson de Montefior. Por eso bien será que, como correo plático, por salir de una ruin posada os partais algo más temprano de lo acostumbrado, y sigais adelante vuestro camino.

Mas ántes estoy, respondió micer Federico, aposentado tan á mi placer, que acuerdo de estarme quedo más de lo que tenía pensado. Por eso entiendo de reposar aún hasta tanto que vos deis fin á vuestra habla, de la cual me parece que os habeis dexado una parte que al principio señalastes, que son las burlas hechas ó recaudos falsos, y no ternia por bueno que estos caballeros quedasen sin ser enteramente pagados de todo lo que les prometistes. Mas así como en lo de las gracias nos habeis mostrado muchas buenas cosas, y nos habeis puesto corazon para osallas usar con el exemplo de tantos singulares ingenios y grandes hombres y príncipes y reyes y papas, así tambien

creo que, en esto de los recaudos falsos, nos daréis tanto esfuerzo, que áun podrá ser que nos atrevamos á haceros alguno.

Dixo entónces riendo micer Bernardo: Vosotros no seréis los primeros; pero quizá no será eso tan liviana cosa de hacer como pensais; porque tantas burlas me han hecho en este mundo, que ya todo me parece engaño, y de todo me guardo, como algunos perros que, de haber sido quemados con agua caliente, han tambien miedo á la fria. Pero ya, pues acordais todos que yo trate destotra parte que decis se me habia olvidado, pienso podella concluir con pocas palabras.

CAPÍTULO VII

Cómo habiendo ya micer Bernardo concluido en el capítulo pasado su plática sobre el decir de las gracias y donaires, dice agora en éste las maneras y fundamentos de las burlas que suelen hacer los amigos unos á otros.



UANTO á lo primero, paréceme que recaudo falso no es otra cosa sino un engaño, que puede pasar entre amigos, de cosas que no ofenden nada, ó á lo ménos poco; y como en las gracias el decir al reves de lo que se espera trae risa, así en las burlas hechas, tambien las trae el hacer al reves de lo que esperábamos, y éstas tanto más agradan, cuanto son más sotiles por una parte, y por otra moderadas; porque el que quiere burlar desatentadamente, ofende muchas veces; de donde forzadamente han de nacer

rencillas y grandes enemistades. Mas los fundamentos destas burlas son casi los mismos de las gracias. Por eso, por no replicallos, digo solamente que dos suertes de recaudos falsos se hallan, cada una de las cuales podria partirse en muchas partes; la una es cuando se hace algun engaño sotilmente y con sabor, quien quiera que sea el engañado; la otra cuando muy disimuladamente se echa de mano ó se finge alguna cosa para hacer picar, de tal manera que el hombre mismo corra á engañarse de suyo. La primera suerte es del arte que fué una burla que pocos dias há se hizo, con un nombre fingido de un español llamado Castillo, á dos grandes señoras, que yo no quiero nombrar agora.

¿Por qué no quereis, dixo la Duquesa, nombrallas?

No querria, respondió micer Bernardo, que les pesase.

Replicó la Duquesa riendo. Por cierto no parece mal hacer tambien estas burlas á grandes señores, y he oido yo decir que se hicieron muchas al duque Federico, al rey Don Alfonso de Aragon, á la reina Doña Isabel de España, y á otros muchos grandes príncipes, y á ellos no solamente no habelles pesado, mas haber hecho largas mercedes á los que les burlaron.

Respondió micer Bernardo. Ni áun con todo esto las nombraré yo.

Decí, pues, cómo quisiéredes, dixo la Duquesa.

Prosiguió entónces micer Bernardo, diciendo. Pocos dias há que llegó al lugar que yo agora entiendo un villano de Bérgamo, y, en llegando, tomáronle luégo ciertos caballeros cortesanos, y vistiéronle tan

concertadamente, que segun le aderezaron bien, aunque nunca habia hecho sino guardar bueyes, dixérades, si no le hubiérades visto ántes, que era un muy honrado caballero y un muy buen galan. Y así, siendo dicho á aquellas dos señoras que allí habia llegado un español, criado del Cardenal Borja, que se llamaba Castillo, hombre muy avisado y gran músico y buen danzador, y en fin, el mejor cortesano que hubiese en toda España, en la misma hora desearon mucho hablalle, y así enviaron luégo por él. Venido delante dellas, despues de habelle muy bien recebido, hiciéronle asentar, y comenzaron á hablalle muy de propósito; y casi los más de los que estaban allí presentes sabian que aquél era un vaquero de Bérgamo. Por esto viendo que aquellas señoras le hacian tanta honra no podian valerse de risa. Y tras esto habia otra mayor gracia, que el bueno del pastor hablaba su lengua natural bergamasca; pero los caballeros que urdieron esta burla, dixeron primero á estas señoras, que este caballero, entre las otras cosas, era gran burlador, y hablaba á maravilla todas las lenguas, en especial la que se suele usar en Lombardía entre la gente baxa, de manera que siempre pensaron que él fingidamente hablaba como villano, y que lo hacia por burlar; y así á cada palabra se volvia la una á la otra con grandes maravillas, y decian. ¿No mirais cuán propriamente contrahace aquella lengua? En fin, tanto duró esta plática, que á todos les dolian ya las ijadas de risa : y él al cabo hubo de dar tan buenas señas de sí, que ya estas señoras hubieron de caer en la cuenta, aunque con trabajo pudieron des-

engañarse. De estos recaudos falsos cada dia vemos muchos; mas entre los otros, aquellos son muy graciosos que al principio espantan, y despues pára todo en burla, porque el mismo burlado se rie de sí mismo, viéndose que ha habido miedo de nada; como yendo yo una vez camino, y quedando una noche en Paglia, aconteció que, en el mismo meson donde yo posaba, posaban otros tres caminantes compañeros, los dos de Pistoya y el uno de Prato; los cuales despues de haber cenado se pusieron, como muchas veces se hace, á jugar; y dende á poco rato el uno de los dos pistoleses, perdiendo su resto, quedó sin blanca; de manera que comenzó á desesperarse y á maldecirse y á renegar muy fieramente, y así echando mil reniegos se fué á dormir. Los otros dos que quedaron jugando, despues que hubieron jugado un buen rato, determinaron de hacer una burla á este que se fué á echar, y así, sintiendo que ya dormia, mataron todas las lumbres, y cubrieron una poca de brasa que les habia allí quedado en un brasero, de manera que toda la casa quedó á escuras, y luégo pusiéronse á hablar alto y á hacer ruido, y mostraban estar en alguna gran contienda sobre el juego, diciendo el uno, tú tomaste la carta debaxo, y el otro negándolo, y diciendo á voces. Tú has envidado con flux, el juego iba á monte: y con estas porfías era tanto el estruendo, que recordó el que dormia; y sintiendo que sus compañeros jugaban y hablaban, así como si viesen las cartas, abrió un poco los ojos, y no viendo lumbre en la cámara, dixo: ¿Y qué diablos haceis vosotros ahí toda la noche dando voces? Y en diciendo esto vol-

vióse á dormir. Los otros no curaron de respondelle nada, sino que todavía pasaron adelante su porfía, de manera que éste volvió á despertarse, y despierto del todo, comenzó á maravillarse un poco; y viendo que en la cámara no habia señal de lumbre ni de claridad ninguna, y que no embargante esto, aquellos todavía jugaban y andaban en tantas reyertas, díxoles. ¿Cómo podeis ver vosotros las cartas á escuras? Respondió el uno. Tú debes de haber perdido la vista juntamente con los dineros. ¿Y no ves agora tú aquí dos candelas ardiendo? Levantóse entónces aquél un poco, así como estaba en la cama, y puesto de codos, casi enojado, dixo. O yo estoy borracho, ó ciego, ó vosotros mentís. Levantáronse en esto los dos, y fueron atinando hácia la cama con gran risa, mostrando creer que él burlaba dellos; y él replicaba siempre. Yo os digo á vosotros que no os veo. En fin, los dos comenzaron á mostrar maravillarse mucho. Y el uno dixo al otro. Aún sería el diablo; por cierto que me parece que debe decir verdad, dad acá esa lumbre, y veamos si por ventura se le ha enturbiado la vista. Este pecador entónces tuvo por cierto que habia cegado, y llorando muy crudamente, dixo : ¡Oh hermanos mios, yo estoy ciego! Y en la misma hora empezó á reclamar á Nuestra Señora de Loreto, y á rogalla con grandes lágrimas que le perdonase las blasfemias que habia dicho contra ella despues de haber perdido el dinero. Los dos compañeros consolábanle, y decian. No es posible que vos no veais, guarda que no debe ser sino imaginacion. ¡Oh cuitado de mí, replicaba el otro, que no es imaginacion, ni veo más que si nunca tuviera

ojos! Vos teneis á lo ménos, respondian los dos, los ojos bien claros. Y decia el uno al otro. Mirá cómo los abre bien, y cómo parece que los tiene buenos; ¿quién creería que no ve? El cuitado miéntras más los otros le consolaban, más reciamente lloraba, y á cada palabra pedia misericordia á Dios. Al cabo dixéronle los otros. Hacé voto de ir á Nuestra Señora de Loreto devotamente descalzo y desnudo, que éste es el mejor remedio de todos; y nosotros irémos luégo á Aguapendiente y á estos otros lugares vecinos por buscar algun médico, y vos esforzaos, que nosotros no os faltarémos. Este pobre desventurado arrodillóse entónces en la cama, y con infinitas lágrimas, y con grandísimo arrepentimiento de haber dicho mal á Dios, hizo voto de ir desnudo á Nuestra Señora de Loreto; y ofrecióle un par de ojos de plata, y no comer carne en miércoles, ni huevos en viérnes, y ayunar á pan y agua los sábados, por honra de Nuestra Señora, si le alcanzaba gracia de cobrar la vista. En esto los dos compañeros entrando en una otra cámara encendieron una candela, y volvieron con la mayor risa del mundo á ponerse delante de este cuitado, el cual, puesto que se viese libre de tan gran trabajo como podeis pensar, estaba todavía tan atónito del pasado miedo, que no solamente no podia reir, mas ni áun hablar; y los dos compañeros no hacian sino porfialle que era obligado á cumplir todos los votos que habia hecho, pues Nuestra Señora le habia alcanzado gracia que cobrase la vista. De la otra suerte de burlas, la cual es cuando el hombre pica en algo y queda engañado, no es menester daros otro

exemplo, sino contaros lo que me aconteció á mí no há muchos dias. Porque estas Carnestoliendas pasadas, el Cardenal de Sant Pedro vincula, el cual sabe cuánto suelo yo holgar de hacer burlas á frailes cuando voy máscara, habiendo primero bien concertado lo que queria que se hiciese, vino un dia juntamente con el Cardenal de Aragon y algunos otros Cardenales á unas ventanas que están en la calle de Bancos, mostrando quererse estar allí por ver pasar las máscaras, como es costumbre de Roma. Yo, yendo máscara, pasé luégo por delante dellos, y viendo estar un fraile hácia la una parte de la calle, á mi parecer algo turbado, holguéme y vi que aquello era lo que yo buscaba; y así en la misma hora me fuí corriendo para él, como suele un halcon hambriento ir volando tras el ave que há gana de matar; y preguntándole á las primeras palabras quién era, en respondiéndome él, mostré conocelle, y con muchas razones comencé á hacelle creer que la justicia andaba buscándole por algunas malas informaciones que dél tenía, y por eso que se viniese comigo hasta la Chancillería, que allí le pornia en salvo. Él entónces, sobre la turbacion que ya mostraba, mostrándose más turbado, todo medroso y temblando parecia que no sabía qué hacerse, y decia que él habia muy gran miedo que si se alexaba de San Celso no lo prendiesen; yo, poniéndole siempre buen corazon, díxele en fin tanto, que él saltó en las ancas de mi caballo. Entónces cuando yo vi esto, yo me tuve por rey, y no me trocára por todo el mundo; y así luégo arremetí mi caballo por Bancos adelante, el cual iba dando saltos y echando coces

acá y acullá. Imaginad vosotros agora qué hermosa vista sería un fraile en ancas de un caballo de una máscara con sus hábitos volando, y cayéndosele la cabeza agora para adelante, y agora para atras, que á cada paso parecia que habia de dar consigo en el suelo. Viendo tan buena fiesta aquellos señores, comenzaron á tirar huevos desde las ventanas, luégo hicieron lo mismo todos los banqueros y cuantos allí estaban; de manera que nunca con tanta abundancia cayó del cielo granizo, con cuanta entónces caian huevos de aquellas ventanas, los cuales casi todos me cabian á mí; mas yo, pues iba máscara, no recebia de aquello pena, ántes me parecia que la risa y todo era sobre el fraile; y por esto no hacia sino dar docientas vueltas por Bancos hácia arriba y hácia baxo, y siempre con aquel monstruo en las espaldas, no embargante que él casi llorando me rogaba que le dexase apear, y que no hiciese tan gran afrenta á los hábitos. Y diciendo esto el Ribaldo, hacíase dar ascondidamente muchos huevos á algunos mozos de espuelas que estaban allí puestos para esto, y mostrando tenerme abrazado por no caer, estrujábamelos todos en los pechos y muchas veces en la cabeza, y otras en mitad de la frente, tanto que yo estaba perdido y atestado de toda la suciedad del mundo. En fin, cuando ya todos estuvieron cansados de reir y de tirar huevos, saltó el bueno del fraile de las ancas de mi rocin, y echándose atras la cogulla, mostróme su cabeza con un gran cabello, y díxome. Micer Bernardo, yo soy un mozo de mulas de Sant Pedro vincula, y soy el que cura vuestro macho. Yo quedé

entónces tal, que no sé si fué mayor el dolor ó la saña ó la vergüenza que hube; pero ya por ménos mal púseme á huir á gran priesa hácia mi posada, y en todo el otro dia nunca osé parecer; y fué tanta la risa desta burla, que hasta hoy dura. Y así entónces, tornando todos á reir nuevamente desto, prosiguió micer Bernardo diciendo. Es asimismo buena manera de hacer burlas, en la cual tambien se pueden fundar gracias, cuando mostrais creer que uno quiere hacer una cosa, y en la verdad aquél no quiere hacella; como estando yo una tarde, despues de cenar, en la puente de Leon, y andando allí burlando con César Beccadello, comenzamos á trabarnos de los brazos como si quisiéramos luchar. Esto haciamos porque nos parecia que en la puente no habia nadie, y estando así acudieron dos franceses, los cuales, viéndonos tan revueltos, preguntaron qué era, y paráronse por ponernos en paz, pensando que reñiamos. Yo entónces prestamente dixe. Ayudáme, señores, que este cuitado de hombre á ciertos tiempos de luna enloquece; y veis aquí agora cómo le ha tomado esta locura de quererse echar de la puente abaxo. Aquellos dos entónces arremetieron, y juntamente conmigo tomaron á César, y teníanle muy asido; y él siempre volviéndose á mí, decíame que yo era loco, y forcejeaba por descabullirse; los otros teníanle más recio, de manera que comenzó á cargar mucha gente, y cuanto más el buen César andaba dando de las manos y de los piés, porque ya estaba enojado, tanta más era la gente que acudia, y viendo todos la fuerza grande que él ponia por soltarse, tenian por determi-

nado que todo aquello hacia por echarse en el rio; y por eso trababan más reciamente dél. Llegó la cosa á tanto, que al cabo muchos se juntaron para tomalle, y así cargando todos dél, le llevaron en peso al meson, todo desbaratado y sin bonete, y amarillo de cólera y de vergüenza, que, en fin, no le aprovechó cosa que dixese, porque de una parte los franceses no le entendian, y de la otra yo tambien, ayudando á llevalle al meson, andaba siempre doliéndome de su desdicha, que así hubiese enloquecido. Así que de los recaudos falsos se podria, como hemos dicho, hablar largamente; pero baste agora replicar que los fundamentos donde ellos se fundan son los mismos de las gracias. Infinitos exemplos tenemos dellos que cada dia pasan por nosotros; y entre los otros son muy graciosos algunos que hay en las novelas de Juan Boccacio. Como aquellas burlas que hacian Bruno y Bustalmaco á su Calandrino, y á maestre Simon; y otras de mujeres, que realmente son sotiles. Y acuérdome haber conocido muchos hombres agudos y sabrosos en esto; y entre los otros conocí en Padua un estudiante siciliano llamado Poncio, el cual viendo una vez un villano, que traya un muy buen par de capones para vendellos, llegóse á él fingiendo que los queria comprar; y despues que estuvieron concertados en el precio, díxole que se fuese con él hasta su posada, y que demas de la paga le daria colacion; y así llevándole de calle en calle, le llevó hasta una parte de la ciudad, donde hay un campanario, el cual está apartado de la iglesia, de manera que se puede andar al rededor, y enfrente de una delantera de las

cuatro del campanario viene á dar una calleja pequeña; allí Poncio, trayendo ya pensado lo que habia de hacer, dixo al villano. Tú has de saber que yo he apostado ese par de capones con un mi compañero á esto; que él dice que esta torre tiene de cerco bien cuarenta piés, y yo digo que no, y en el mismo punto que te hallé acababa de comprar este cordel para medilla, por eso ántes que lleguemos á mi posada quiero sacar en limpio cuál de nosotros gana; y en diciendo esto, sacó de la manga el cordel, y dió el un cabo al villano, y díxole. Dame acá en tanto esos capones, tenértelos hé; y así tomándolos, tomó él otro cabo del cordel con la una mano, y haciendo con la otra como que queria medir, comenzó á andar al rededor de la torre, habiendo primero hecho quedar al villano y tener recio el cordel en la parte contraria de la delantera que hemos dicho que da en la calleja, á la cual cuando el buen Poncio llegó, hincó un clavo en la pared, y ató en él el cordel, y, dexándole así, fuése pié ante pié por la calleja adelante con los capones. El villano estuvo quédo un buen rato, esperando que el otro acabase de medir; en fin, despues que hubo llamado muchas veces y dicho á voces. ¿Qué haceis allá tanto, que nunca acabais? fué á ver lo que era, y halló que quien tenía el cordel no era Poncio, sino el clavo, el cual le quedó tan solamente en pago de los capones; de esta arte hizo Poncio infinitas burlas. Muchos otros ha habido tambien graciosos en estos recaudos falsos; como fué el Gonella y el Meliolo en dias pasados, y agora el nuestro fray Mariano y fray Serafin, que aquí está presente, y otros muchos que todos co-

noceis; y á la verdad ésta es una gracia que parece harto bien en hombres que tienen esto por oficio, y no entienden en otra cosa. Mas las burlas del Cortesano parece que todavía deben apartarse algo más de la truhanería, y en ninguna manera han de llegar á ser engaños de chocarreros para sacar provecho, como vemos muchos bellacos que andan por el mundo con diversas invinciones de trampas por ganar dineros, fingiendo agora una cosa y agora otra; hase tambien de mirar que no sean recias ni pesadas; y sobre todo se ha de tener, así en esto como en todo lo demas, gran respeto y acatamiento á las mujeres, en especial donde se atraviesa la honra dellas.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Por cierto, señor micer Bernardo, vos os inclinais algo demasiadamente á la parte de las mujeres. Decíme, ¿por dónde fundais vos que hayan de tener los hombres más respeto á ellas que no ellas á los hombres? ¿No os parece que hemos de tener nosotros en tanto nuestra honra como ellas la suya? Luego desa manera vuestra opinion es que las mujeres tengan licencia de burlar á su placer de los hombres, y los hombres hayan de estar mudos, y, áun encima de todo ello, agradecelles los agravios que dellas reciben

Respondió á esto micer Bernardo. No digo yo que las mujeres, en la conversacion y en el burlar, no deban tener con los hombres aquellas consideraciones que hemos dicho, pero digo que en lo que toca á la honestidad, ellas pueden más libremente mordernos que nosotros á ellas. La causa desto es, porque nosotros mismos habemos hecho esta ley, que en los hom-

bres no sea deshonra ni tacha vivir deshonestamente, y en las mujeres sea una vergüenza tan recia y una infamia tan extrema, que aquella de quien una vez se habla mal, ó sea verdad ó mentira, haya de quedar para siempre con mengua. Por eso, pues, tocando en la honestidad dellas, hay tan gran peligro de ofendellas gravemente, digo que debemos mordellas en otra cosa, y en ésta poner silencio; porque el donaire ó la burla que lastima, pasa el término que hemos dicho que conviene á cualquier hombre de honra.

Aquí parando un poco micer Bernardo, dixo riendo Otavian Fregoso. Podria muy bien el señor Gaspar Pallavicino responderos á eso y decirnos que esa ley que, segun vos decis, nosotros mismos hemos hecho, quizá no es tan fuera de razon como á vos os parece, porque siendo las mujeres animales imperfetísimos, y de poco ó de ningun valor en comparacion de los hombres, era necesario, pues de suyo no eran dispuestas á hacer ninguna obra virtuosa, que con la vergüenza y el temor de la infamia se les pusiese un freno, que casi por fuerza introduxese en ellas alguna buena calidad; y entre todas las otras parece que les sea más necesaria la continencia, y esto porque no estemos en duda de nuestros mismos hijos, si son nuestros ó ajenos; y de aquí ha sido poner tantas fuerzas y inventar tantas artes para hacellas continentes, y así casi les permitimos que en todas las otras cosas valgan poco y siempre hagan al reves de lo que debrian, con tal que en la bondad no falten. Por eso, siéndoles lícito errar en todo lo demas, sin

que por ello se les recrezca mengua, si nosotros las quisiéremos morder en aquellas tachas, las cuales, como hemos dicho, les son permitidas, y por el mismo caso no les desconvienen ni las alteran en nada, nosotros ni ternemos gracia ni moverémos risa, porque ya vos aquí habeis dicho que la risa suele moverse con algunas cosas que en sí no convienen.

Dixo entónces la Duquesa. ¿Así hablais vos, señor Otavian, en las mujeres, y despues quexaisos si ellas no os quieren bien?

Deso no me quexo yo por cierto, respondió Otavian, ántes les agradezco que lo hagan así, pues no amándome, tampoco me obligan á que las ame. Y mirá, señora, que lo que yo he dicho no ha sido deciros mi parecer determinado en esto; ha sido deciros solamente que el Sr. Gaspar pudiera traer en defension suya todas las razones que yo he tocado.

Gran cosa sería para las mujeres, dixo micer Bernardo, si pudiesen confederarse con dos tan grandes enemigos suyos, como sois vos y el Sr. Gaspar.

Yo no les soy enemigo, repondió Gaspar Pallavicino, pero vos me parece que lo sois de los hombres; porque si quereis que nosotros no toquemos á las mujeres en la honestidad, debríades tambien ponelles ley á ellas que no nos tocasen en cosas que para nosotros son tan vergonzosas como para ellas el ser deshonestas. Decí, ¿por qué no ha de ser tan buena la respuesta que dió Alonso Carrillo á la Marquesa de Moya sobre la esperanza que tuvo de salvar la vida, pidiéndole ella por marido, como lo que ella dixo, diciéndole que todos los que le conocian pensaban

que el Rey le habia de mandar ahorcar? Y, pues vos decis que en Juan Boccacio las burlas de las mujeres son tan buenas, ¿por qué no fué tan lícito á Ricardo Minutoli engañar la mujer de Phillippello, y hacella venir al baño, como á Beatriz hacer levantar de la cama á Egano su marido, y hacer que Anichino le diese muy buenos palos, despues que hubo estado con él holgando á sus vicios un buen rato? ¿Y qué me diréis de la otra que se ató el cordel al dedo del pié, y hizo creer á su marido que no era ella?

Dixo micer Bernardo entónces. Señores, pues solamente era á mi cargo tratar esta materia de cómo ha de ser un hombre gracioso, y decir esto en qué consiste, yo no entiendo agora de meterme en otras pláticas; y pienso tambien haber ya dicho la causa por donde á mí no me parezca cosa razonable lastimar á las mujeres en dicho ni en hecho acerca de la bondad dellas. Asimismo me acuerdo que les he dado por regla que tampoco ellas burlen á los hombres en lo que les duele. Digo más, que en las burlas y motes que vos, señor Gaspar, agora alegastes, no me parece mal lo que dixo Alonso Carrillo á la Marquesa, puesto que la tocaba algo en la honestidad; porque rodeó la cosa de harto léxos, y puso la lástima tan escondida, que lo que él dixo, se pudiera entender simplemente á la letra; de manera que si fuera menester, pudiera disimularse el sentido de aquello, y afirmarse que no se habia dicho á aquel fin. Otra cosa dixo él á mi parecer harto desconvenible, y fué que pasando la Reina delante la posada de la Marquesa, vió él á la puerta pintados con carbon muchos de aquellos animales des-

honestos que se pintan por los mesones de muchas maneras; y visto esto, llegándose á la Condesa de Casteñeda, díxole. Veis aquí, señora, las cabezas de los puercos que mata cada dia la Marquesa en sus monterías. Veis cómo, aunque sea ésta una ingeniosa traslacion y bien sacada de los monteros, que tienen por gloria hincar á sus puertas muchas cabezas de las fieras que matan, todavía es este dicho demasiadamente suelto y deshonesto; y más, que no fué respuesta; que el responder tiene algo mayor licencia, y es ménos descortesía y más de cortesano, aunque con él lastimais un poco; porque parece que sois movido, y áun obligado con lo que el otro os dice, á respondelle, y no puede ser sobre pensado. Mas volviendo al propósito de las burlas de las mujeres, no digo yo que hagan ellas bien en engañar á sus maridos, mas digo que algunos de aquellos engaños, que cuenta Juan Bocacio dellas, son muy delicados, en especial los que vos mismo habeis contado; pero, segun mi opinion, la burla de Ricardo Minutoli pasa el término, y es más recia que la de Beatriz; porque mucho más quitó Ricardo á la mujer de Filipello, que no Beatriz á Egano su marido; que claro está que Ricardo, con aquel engaño hízole á ella fuerza, y trúxola á que hiciese de sí misma lo que no queria; pero Beatriz engañó á su marido por hacer de sí lo que habia gana.

Dixo á esto Gaspar Pallavicino. Con ninguna otra cosa puede Beatriz excusarse de culpa sino con haber errado por amor, el cual ya veis si se debe perdonar en los hombres como en las mujeres.

En verdad, respondió micer Bernardo, las pasiones

de amor gran desculpa traen consigo de cualquier yerro; mas, aunque esto sea, yo osaria afirmar que un hombre de bien, estando enamorado, debe, así en ésto como en todas las otras cosas, ser verdadero, y no tramposo. Y si es verdad que sea vileza y falta muy abominable ser traidor, aunque lo seais contra vuestro enemigo, considerad cuánto más grave debe ser el tal yerro contra persona que ameis y tengais en mucho; y creo yo que cualquier buen enamorado, si sufre tantas fatigas y tanto no poder dormir, si se aventura á tantos peligros, si derrama tantas lágrimas y usa tantas artes y maneras, como cada dia vemos, por contentar á su dama, no es principalmente por alcanzar el cuerpo, sino por conquistar aquella gran fortaleza del alma, rompiendo aquellas duras peñas, y calentando aquellos cuajados hielos que en los tiernos corazones de las mujeres se hallan; y éste pienso yo que sea el mayor y más sustancial gusto, y el fin verdadero donde la intincion de un alto corazon tira. Y yo de mí os digo que querria más, si estuviese enamorado, conocer claramente que la que yo amo, me ama con toda verdad, y me ha dado su alma sin darme otra satisfacion ninguna, que alcanzar della contra su voluntad todo lo que se pudiese alcanzar; porque en tal caso á mí me parecería ser solamente señor de un cuerpo muerto. Por eso aquellos que satisfacen á sus deseos por medio destas burlas que agora hemos dicho, las cuales más ayna podrian quizá llamarse traiciones que burlas, hacen perjuicio y gran injuria á la parte agraviada, y con todo esto no alcanzan el fin que debe desear el verdadero enamora-

do, pues sólo llegan á poseer el cuerpo sin el alma. Lo mismo digo de algunos otros que en amores usan nigromancias y hechizos, ó hacen fuerza, ó dan cosas para hacer dormir, ó se aprovechan de semejantes artificios. Y habeis de saber, tras esto, que las dádivas tambien disminuyen mucho el gusto de los amores; porque, cuando se atraviesa dar, puede dudar el enamorado que su amiga no le ama, sino que hace demostraciones de amalle por sacar provecho dél; por eso los amores de mujeres principales son tenidos en mucho, porque parece que no pueden proceder sino de puro amor, y no se ha de creer que una mujer de precio muestre amar á nadie, sino amándole verdaderamente.

Yo no digo, respondió Gaspar Pallavicino, que los pensamientos, las fatigas y los peligros de los enamorados no deban tener más principalmente su fin enderezado al vencimiento del alma de la mujer amada, que no al del cuerpo; pero digo que estos engaños, que vos en los hombres llamais traiciones y en las mujeres burlas, son unos muy buenos medios para alcanzar el hombre lo que desea, porque siempre el que es señor del cuerpo de una mujer lo es del alma. Y, si bien se os acuerda, la mujer de Filippello, despues del mucho enojo que recibió por el engaño que Ricardo le hizo, conociendo al cabo cuánto eran más sabrosos los besos del enamorado que los del marido, convertiendo toda su dureza en blandura, amó á Ricardo desde aquel dia muy tiernamente. Veis aquí cómo lo que nunca pudo hacer el dar contínuo, ni las muchas señales de amor de muy largo tiempo, en bre-

ve espacio se hizo con estar él con ella holgando aquel rato; así que esta burla ó traicion, si así quisiéredes llamalla, fué buen camino para alcanzar aquella gran fortaleza del alma que habeis dicho.

Paréceme, señor, dixo micer Bernardo, que vos haceis un falsísimo prosupuesto, porque si las mujeres diesen siempre el alma á quien les tiene el cuerpo, todas amarian más á sus maridos que á ninguna otra persona del mundo; de lo cual se ve por experiencia lo contrario; mas Juan Bocacio era, como vos, con gran sinrazon, gran enemigo dellas.

Yo no soy enemigo dellas, respondió Gaspar Pallavicino, aunque pocos hombres de valor se hallan que no las tengan en poco, puesto que por algun respeto muestren tenellas en mucho.

Respondió á esto micer Bernardo. Vos agora en eso no solamente haceis injuria á las mujeres, mas áun á todos los hombres que las aman y las precian; pero, en fin, yo, como ya he dicho, no me quiero salir por agora de mi principal propósito, que es el de las burlas, ni entrar en una demanda tan recia, como sería defender las mujeres contra vos, que sois un gran guerrero; por esto acuerdo de dar fin á esta mi habla, la cual por ventura ha sido harto más larga que fuera menester, y no tan buena como vosotros esperábades. Y pues yo veo todas estas señoras estar á esto tan sosegadas, y sufrir con tanta paciencia las injurias que les decís, yo os digo que pensaré desde agora ser verdad en parte lo que ha dicho el Sr. Otavian, que á ellas no se les da nada de cualquier tacha que les pongan, con tal que no les toquen en la bondad.

Las más de aquellas señoras entónces, porque la Duquesa les señaló que lo hiciesen así, se levantaron, y todas riendo arremetieron contra Gaspar Pallavicino como por mesalle, y áun hacer dél lo que hicieron de Orfeo las sacerdotisas de Baco; y decian á voces. Agora veréis si nos pesa que digan mal de nosotras. Y así por la mucha risa, y porque todos á esto se levantaron en pié, fué tanto el alboroto, que algunos que ya comenzaban á tener sueño por ser ya tarde, quedaron muy desvelados.

Y comenzó Gaspar Pallavicino á decir: ¿Veis cómo por no tener estas señoras justicia quieren aprovecharse de la fuerza; y así andan por desbaratar la plática, metiendo el juego á barato?

No se os hará, respondió Emilia, como pensais; que vos agora, pues veis á micer Bernardo cansado con lo mucho que ha dicho sobre la materia que ha tratado, comenzais á decir mal de mujeres, pensando que no habrá quien vuelva por ellas, y engañaisos en eso; porque nosotras pornémos en campo un caballero de refresco, que ni estará cansado, ni dexará de pelear con vos, á fin que vuestras culpas sean castigadas; y en esto, volviéndose al manífico Julian, el cual hasta entónces habia siempre callado, díxole. A vos os tienen todos por un muy gran protector de las mujeres; por eso agora es tiempo de mostrar que no sin causa alcanzastes tan buena fama. Y si hasta aquí habeis llevado alguna satisfacion de tan honrado oficio, pensá que agora, si nos defendiéredes de tan fuerte enemigo, nos obligaréis á que sea la remuneracion mayor, y ha de ser tan grande este cargo que nos echa-

réis, que aunque nunca hagamos sino pagaros, habrá de quedar la deuda siempre en pié.

Respondió el manífico Julian á esto. Paréceme, señora, que vos honrais agora mucho á vuestro adversario, y muy poco á quien ha sido de vuestra parte; porque cierto hasta aquí ninguna cosa ha dicho el señor Gaspar Pallavicino contra las mujeres, á la cual micer Bernardo no haya maravillosamente respondido, y creo yo que nadie hay de nosotros, que dexe de conocer cuán gran acatamiento les deba el Cortesano, y que, el que fuere bien criado y discreto, jamas se porná en motejarlas de poco honestas. Por eso, disputar una verdad tan manifiesta, parece que es casi poner duda en lo que está claro. Mas, porque lo digamos todo, pienso que el Sr. Otavian ha hablado un poco más largo de lo que convenia, diciendo que las mujeres son animales imperfetísimos, y no dispuestas á hacer ninguna obra virtuosa, y de poco ó de ningun valor en comparacion de los hombres, y porque muchas veces se da fe á las personas de autoridad, hasta en las cosas que no son del todo verdaderas, no solamente cuando hablan en seso, mas áun cuando están burlando, ha sido el Sr. Gaspar movido con las palabras del Sr. Otavian á decir que los hombres sabios las tienen en poco, lo cual es falsísimo; ántes muy pocos hombres especiales he conocido yo que no las amasen y acatasen mucho; porque la virtud dellas, y por consiguiente su reputacion, no es menor, si yo no me engaño, que la de los hombres. Pero todavía si esto hubiese de venir á disputarse, la parte de las mujeres recibiria muy gran perjuicio, por-

que estos caballeros han formado un Cortesano tan ecelente, que quien pusiere el pensamiento á contemplalle tal, imaginará las perficiones de las mujeres no poder llegar á tan alto término, por eso deberia ponerse la cosa en igualdad. Mas para esto sería primero necesario, que un hombre tan sabio ó tan bien hablado como el señor conde Ludovico y el señor micer Federico formase una Dama con todas las ecelencias conformes á una mujer perfeta, como ellos han formado un Cortesano con las ecelencias conformes á un perfeto hombre; y entónces, si el que defendiese la parte dellas fuese siquiera medianamente avisado y hábil en su hablar, pienso que por ser ayudado de la verdad, mostraria claramente que las mujeres valen tanto como los hombres.

Mas ántes valen mucho más, respondió Emilia, y sino vedlo; que la virtud parece que es mujer, y el vicio hombre.

Rióse á esto Gaspar Pallavicino, y volviéndose á micer Nicolo Frigio, díxole. ¿Qué os parece á vos desto, Sr. Frigio?

Respondió el Frigio. Que he lástima al Sr. Manífico; porque engañado con los ofrecimientos y blanduras de la señora Emilia, ha dicho cosas que yo por su honra me corro dellas.

Respondió riendo Emilia. Harto más os correréis vos de vos mismo, cuando viéredes al señor Gaspar Pallavicino confesar su culpa y la vuestra, y pedirnos perdon, á tiempo que quizá nosotras no querrémos dársele.

Dixo la Duquesa entónces. Por ser ya muy tarde pienso que será bien dexar esto para mañana, en es-

pecial, porque me parece bueno el consejo del señor Manífico, que ántes de venir á esta disputa se forme una Dama perfeta, como han formado estos caballeros un perfeto Cortesano.

Señora, dixo entónces Emilia, quiera Dios que no hayamos puesto nuestra justicia en manos de quien esté conjurado con el señor Gaspar, y nos pinte una cortesanía que no sepa sino de estar en la cocina y de hilar.

Por cierto ése es, dixo el Frigio, el proprio oficio de las mujeres.

Dixo entónces la Duquesa. Yo quiero fiar del señor Manífico, el cual por ser de tan buen entendimiento y juicio, como todo el mundo sabe, imaginará la más alta perficion que desearse pueda en mujer, y así como la sabrá pensar, así tambien la sabrá decir, y desta manera no nos faltarán razones para contradecir á lo que falsamente nos levanta el señor Gaspar.

Señora, respondió el Manífico, yo no sé si ha sido buena determinacion la vuestra en quererme dar cargo de tanta calidad; porque en verdad yo no me hallo bastante para tan gran cosa; y no penseis, señora, que mi habilidad sea tan grande que pueda igualarse con la del señor Conde y la del señor micer Federico, los cuales, con la abundancia de su buen hablar, han formado un Cortesano tal, que podemos decir que nunca fué ni puede ser quizá; mas todavía, si vos mandais que yo tome este cargo, sea á lo ménos con la misma condicion que hasta agora se ha guardado, y es que cada uno pueda, donde le pareciere, contradecirme; porque esto no pensaré yo que sea

sino ayudarme, y, haciéndose así, podrá ser que con enmendar mis yerros se descubra aquella perficion, que agora buscamos en una gentil dama.

Respondió la Duquesa. Yo espero que vos habláreis tan bien en esto, que se os podrá contradecir muy poco. Así que levantá vuestro espíritu, y hacénos tal esta dama, que estos nuestros adversarios se corran de decir que no puede igualarse con el Cortesano, del cual basta agora lo que micer Federico ha dicho, que harto nos parece que le ha subido, en especial poniéndole en tan alto punto, que haya de ser puesto en comparacion con una dama.

Señora, dixo micer Federico, á mí ya poco ó nonada me queda por decir del Cortesano, y lo que tenía pensado de decir más adelante, háseme olvidado todo, con lo que micer Bernardo ha dicho sobre la materia que ha tratado.

Si así es, dixo la Duquesa, mañana, acudiendo acá todos á buen hora, ternemos tiempo de hablar en la una cosa y en la otra. Y dicho esto levantáronse todos, y haciendo cada uno reverencia á la Duquesa, fuéronse á sus posadas.





EL TERCER LIBRO DEL CORTESANO,

DEL CONDE BALTASAR CASTELLON,

Á MICER ALFONSO ARIOSTO;

traducido de italiano en castellano.

PRÓLOGO

Léese que Pitágoras sotilísimamente y con gran arte halló la medida del cuerpo de Hércules, desta manera: que sabiendo cierto que aquel espacio, en el cual de cinco en cinco años se celebraban los juegos olímpicos en Acaya, cerca de Elide, delante el templo de Júpiter Olímpico, habia sido medido por Hércules, y hecho dél un estadio de seiscientos y veinte y cinco piés de los suyos, y que los otros estadios, que despues por toda Grecia fueron instituidos, eran tambien de seiscientos y veinte y cinco piés, pero con todo esto menores que aquel primero, fácilmente conoció, tiniendo ojo á esta proporcion, cuánto el pié de Hércules hubiese sido mayor que los otros piés humanos. Y así, entendida la medida del pié, con ella llegó á entender todo el cuerpo de Hércules haber sido tanto mayor que los de los otros hombres pro-

porcionalmente, cuanto aquel otro estadio ecedia en grandeza á los otros. De esta arte vos, señor micer Alfonso, podréis claramente, por esta pequeña parte de todo el cuerpo, sacar cuánta ventaja llevase la córte de Urbino á todas las otras de Italia, considerando cuanto en ella estos juegos, los cuales fueron inventados para recrear los corazones fatigados de otros negocios graves, fuesen mejores que todos los que en las otras córtes de Italia se usaban. Y, si estas cosas en que no iba mucho eran tales, pensá cuáles serían las otras de más importancia, donde el seso y el cuidado suelen poner todas sus fuerzas. En esto yo oso hablar muy confiadamente con esperanza de ser creido, porque ya veis que yo no alabo cosas tan antiguas, que tenga licencia de fingir, y puedo muy bien probar cuanto digo con muchos hombres de autoridad que áun viven; y que en su presencia han visto y conocido la vida y costumbres que en aquella casa de U vino un tiempo florecieron, á la cual yo debo tanto, que quedo obligado á esforzarme de trabajar con toda diligencia que su memoria no se pierda, y hacella vivir con mis escritos en los corazones de nuestros descendientes, de donde podrá proceder por ventura que en los tiempos venideros no falte quien tenga invidia á nuestros tiempos, porque no hay quien sepa los maravillosos hechos de los antiguos, que en su corazon no forme una cierta opinion, de aquellos de quien se escribe, mayor que no parece que puedan exprimir los libros, por más que dinamente estén escritos. Así yo deseo que todos aquellos en cuyas manos viniere este nuestro libro, si con todo en algun tiempo tanto favor mereciere que de caballeros de honra y de damas de precio merezca ser leido, piensen y tengan por cierto haber sido la córte de Urbino mucho

más ecelente y llena de singulares hombres, que pudiésemos nosotros escribiendo explicallo. Y, si en mí hubiese tanta elocuencia, cuanto en ellos habia valor, no ternía yo agora necesidad de otros testigos para hacer que á nuestras palabras diesen todos entera fé.





CAPÍTULO PRIMERO

Cómo la Duquesa dió el cargo al Manífico Julian de formar una perfeta Dama con las calidades que le convienen, así como queda un perfeto Cortesano en lo ya platicado en los dos libros pasados, el cual acetándolo comenzó su plática.

Siguiendo pues nuestro propósito, digo que vueltos aquellos caballeros el siguiente dia á la hora acostumbrada, adonde la Duquesa estaba, y asentados todos con gran silencio, estuvieron luégo un rato mirando á micer Federico y al Manífico Julian, esperando cuál dellos comenzaria á hablar; y así la Duquesa, despues que hubo estado callando un poco, dixo. Sabed, señor Manífico, que todos aquí desean ver esa vuestra Dama muy bien aderezada; por eso, si no la mostráredes tal que toda su hermosura se vea, pensarémos que de celoso lo habeis hecho.

Señora, respondió el Manífico, si yo la tuviese por hermosa, mostraríala sin ningun aderezo, y de la manera que Páris quiso ver las tres diosas; pero si todas estas señoras, pues ellas me han puesto en este cuidado, no me ayudan á aderezalla, yo pienso que no solamente el señor Gaspar y el señor Frigio, mas áun

todos estos otros señores ternán justa causa de decir mal della. Por eso agora miéntras ella está en alguna opinion de hermosa será por ventura mejor tenella secreta, y oir lo que le queda á micer Federico por decir del Cortesano, el cual sin duda pienso yo que parece ya mejor de lo que podria parecer esta mi Dama.

Lo que yo entendia, respondió micer Federico, de decir del Cortesano no es cosa que haga tanto al caso que no pueda muy bien dexarse; ántes es materia casi diversa de la que hasta aquí se ha tratado.

Pues decínos qué es, dixo la Duquesa.

Yo queria, respondió micer Federico, declarar las causas destas órdenes de caballeros fundadas por grandes príncipes debaxo de diversos títulos; como es la de Sant Miguel en la casa de Francia, y la de la Jaretiera, que es debaxo del nombre de Sant Jorge, en la casa de Inglaterra, y la del Tuson en la de Borgoña; y pensaba decir de qué manera se suelen dar estas dinidades, y cómo se quitan á los que merecen ser despojados dellas, y de dónde han procedido, y quiénes fueron los fundadores dellas, y á qué fin han sido fundadas; porque en las grandes córtes suelen ser siempre los caballeros destas órdenes hombres muy principales. Pensaba tambien, si hubiese tenido tiempo, demas de la diversidad de las costumbres que se usan en las córtes de los príncipes cristianos en la manera del servirse, y en el andar los galanes con las damas, y en las fiestas y justas y juegos de cañas y semejantes cosas, decir algo de la del Gran Turco; pero más particularmente de la del Sofi rey de Persia,

porque siendo yo informado por mercaderes, que largo tiempo han estado en aquella tierra, los caballeros de allá ser muy valerosos y de gentiles costumbres, y en el tratar unos con otros, y en el servir á las damas y en todas las otras cosas muy bien criados y discretos, y en las armas cuando se ofrece, y en las fiestas y juegos tener mucho punto y ser francos y galanes, heme dado á saber qué manera tengan ellos y qué arte en todo esto, y de qué cosas más se precien, y en qué consistan sus pompas y sus aderezos de vestidos y de armas, y en qué sean ellos diferentes de nosotros, y en qué conformes, qué forma de trato tengan las mujeres con los hombres, y con qué uso sepan traer á los que andan con ellas de amores; mas á la verdad no es agora tiempo de entrar en esto, en especial habiendo otras cosas que decir, mucho más á nuestro propósito que no éstas.

Ántes esto y otras muchas cosas hacen, respondió Gaspar Pallavicino, harto más al propósito que formar la Dama que aquí se ha dicho, considerado que las mismas reglas que son para el Cortesano son tambien para la Dama; porque así debe ella como él tener respeto al tiempo y al lugar, y guardar, segun su flaqueza, todas las otras circunstancias que aquí muchas veces se han tocado. Y por eso, en lugar desto, quizá no sería malo decir alguna particularidad de las que nos muestran á saber servir á un príncipe; que por cierto al Cortesano conviene sabellas y hacellas con buena gracia, ó, ya que esto no se dixese, á lo ménos sería bien se tratase qué manera se ha de tener en los exercicios del cuerpo, y cómo hemos de me-

near un caballo, y jugar de armas y luchar, y en qué consiste la dificultad de todas estas cosas.

Dixo entónces la Duquesa riendo. Un Cortesano tan ecelente no ha de servir á nadie; y esos otros exercicios que vos decis, dexémoslos á micer Pietro Monte, que él terná cuidado de mostrallos cuando le pareciere tiempo; por eso agora el Sr. Manífico no ha de tratar de otra cosa sino desta Dama, á la cual me parece que ya vos comenzais á haber miedo, y así há rato que andais por desbaratar la plática, y atravesais otras materias escusadas.

Tiene razon el señor Gaspar, respondió el Frigio, que ciertamente no hace agora al caso hablar de mujeres, en especial quedando más que decir del Cortesano; porque verdaderamete no debrian mezclarse estas dos cosas.

Vos os engañais, respondió micer César Gonzaga, porque así como no puede haber córte ninguna, por grande y maravillosa que sea, que alcance valor ni lustre. ni alegría sin damas, ni Cortesano que tenga gracia, ó sea hombre de gusto ó esforzado, ó haga jamas buen hecho, sino movido y levantado con la conversacion y amor dellas; así tambien el tratar agora esta materia desta cortesanía no alcanzará su perficion si ellas no se atravesaren, poniendo en ello aquella parte de buena sombra y de gentil gracia, con la cual se hace perfeto el sér del Cortesano.

Rióse á esto Otavian, y dixo. Veis aquí un poco de aquella salsa que hace enloquecer á los hombres.

El Manífico Julian entónces, volviéndose á la Duquesa, díxole. Señora, pues, vos así lo mandais, yo

diré lo que supiere; pero temo mucho que no he de salir desto con mi honra. Y cierto por menor trabajo ternia formar una señora que mereciese ser reina de todo el mundo, que una perfeta Dama, porque desta no tengo yo original de donde sacalla, pero de la reina no sería menester ir muy léxos para hallarle; y bastaria sólo imaginar las grandes ecelencias de una señora que yo conozco, y contemplándolas, enderezar todo mi espíritu á exprimir con palabras lo que muchos ven con los ojos; y, ya que no fuese para hacer nada desto, nombrando solamente á esta señora, saldria con mi intincion, y daria harto buen cabo á lo comenzado.

Dixó entónces la Duquesa. No os salgais de vuestro propósito, señor Manífico; no quebranteis la órden puesta en esto, ni cureis sino de formar esa Dama, de tal manera que, aquella señora que habeis dicho, tenga de quien poder servirse con mucha honra.

Prosiguió el Manífico, diciendo. Pues luégo, señora, porque se vea claramente que vuestros mandamientos pueden tanto en mí, que bastan hasta á hacerme probar á hacer lo que no sé hacer, formaré esta Dama como yo la querria; y despues que la haya formado conforme á mi juicio, si viniere la cosa á no poder alcanzar otra, ó á haberme de contentar con ésta, tomalla he y tenerla he por mia, como Pimalion tuvo la suya. Y porque el señor Gaspar ha dicho que las reglas que aprovechan al Cortesano aprovechan tambien á la Dama, yo digo, cuanto á lo primero, que mi opinion es muy contraria en esto de la suya; que aunque algunas calidades sean comunes á entrambos, y tan

necesarias al hombre como á la mujer, hay otras que convienen más á la mujer que al hombre, y otras que cuadran á los hombres, de las cuales las mujeres deben huir totalmente. Lo mismo digo en los exercicios del cuerpo. Mas sobre todo me parece que en la manera, en las palabras, en los ademanes y en el aire, debe la mujer ser muy diferente del hombre, porque así como le conviene á él mostrar una cierta gallardía varonil, así en ella parece bien una delicadeza tierna y blanda, con una dulzura mujeril en su gesto, que la haga en el andar, en el estar y en el hablar, siempre parecer mujer, sin ninguna semejanza de hombre. Así que añadiendo esta consideracion á las reglas que estos caballeros han dado al Cortesano, pienso que de muchas dellas podria la Dama, segun ha dicho el señor Gaspar, aprovecharse; porque muchas virtudes del alma son necesarias en la mujer como en el hombre; y así lo son tambien la nobleza del linaje, el huir la afetacion, el tener gracia natural en todas las cosas, el ser de buenas costumbres, ser avisada, prudente, no soberbia, no envidiosa, no maldiciente, no vana, no revoltosa ni porfiada, no desdonada, poniendo las cosas fuera de su tiempo, saber ganar y conservar el amor de su señora y de todos los otros, y hacer bien y con buena gracia los exercicios que convienen á las mujeres. De la hermosura se ha de hacer otra cuenta, porque es mucho más necesaria en la Dama que en el Cortesano; que ciertamente á la mujer que no es hermosa, no podemos decir que no le falte una muy gran cosa. Debe tambien ser más recelosa que no el hombre en lo que toca á su honra, y te-

ner mayor cautela en no dar ocasion que se pueda decir mal della, y regirse de tal manera que no solamente sea libre de culpa, mas áun de sospecha; porque la mujer no tiene tantas armas para defenderse de lo que le levantan como el hombre. Mas porque el señor conde Ludovico ha esplicado particularmente el principal oficio del Cortesano, y ha querido que fuese el de las armas, paréceme tambien justa cosa de decir cuál sea, segun mi opinion, el de la Dama, y en esto consiste la mayor parte de lo que yo he de tratar agora. Así que dexando aquellas virtudes del alma que le son á ella comunes con el Cortesano, como es la prudencia, la grandeza del ánimo, la continencia, y muchas otras, y asimesmo aquellas calidades que se requieren en todas las mujeres, como ser buena y discreta, saber regir la hacienda del marido, y la casa y los hijos si fuere casada, y todas aquellas partes que son menester en una señora de su casa, digo que la que anda en una córte ó en otro lugar, donde se traten cosas de gala, paréceme que de ninguna cosa tenga tanta necesidad como de una cierta afabilidad graciosa, con la cual sepa tratar y tener correa con toda suerte de hombres honrados, tiniendo con ellos una conversacion dulce y honesta, y conforme al tiempo y al lugar y á la calidad de aquella persona con quien habláre. Y todo esto ha de hacer ella mezclando en sus costumbres sabrosas y moderadas y en la honestidad, la cual siempre ha de andar en todo, una presta viveza de espíritu, que la haga muy ajena de toda grosería; pero esto con tal manera de seso y de bondad lo haga, que en opinion de to-

dos sea tan buena, prudente y bien criada, cuanto graciosa, avisada y discreta. Por eso tiene necesidad de guardar una cierta medianía difícil, y casi compuesta de contrarios, con la cual llegue puntualmente á cierto término con tan buen tiento que no le pase. Así que no debe esta Dama, por querer hacerse tener por muy buena y honesta, ser tan recogida y mostrarse tan enemiga de las compañías y pláticas algo sueltas, que hallándose entre ellas se aparte luégo; porque haciéndolo así, fácilmente se podria sospechar della que se finge tan recogida por disimular y hurtar el viento á los que andan en el rastro de sus secretos; y tambien la manera del vivir tan estrecha y desconversable suele siempre ser odiosa. Tampoco debe, por mostrarse muy desenvuelta y graciosa, decir palabras deshonestas, ni usar una familiaridad demasiadamente suelta, de tal manera que se haga tener por mala siendo buena, sino que, cuando se halláre en semejantes pláticas, las escuche, pero con algun empacho y con una vergüenza noble, sin grosería. Asimismo debe huir una tacha, en la cual yo he visto caer muchas, que es decir y escuchar de muy buena gana alguna infamia de otras mujeres; guárdese desto mucho, porque las que, oyendo contar cosas deshonestas de otras, se alteran dello cuerdamente, y muestran no creello, señalando tener por una cosa de monstruo que una mujer sea mala, dan manifiesta señal de sí, que pareciéndole á ellas aquella culpa tan fea, deben hallarse sanas della en la conciencia; mas las que andan siempre escudriñando amores ajenos, y contándolos con grandes particularidades y con mucho pla-

cer, dan á entender claramente que tienen dello invidia, y que quieren derramallos por todo el mundo, porque tengan ellas tambien licencia con aquel exemplo de hacer lo mismo, y así, cuando se ofrecen semejantes cuentos, rien muy sueltamente, y dicen tales palabras, y hacen tales ademanes, que muestran gustar entrañablemente de aquella plática, y de aquí nace que los hombres que entónces las escuchan, aunque parezca que huelguen y tengan aquello por bueno, en volviéndoles las espaldas llevan dellas muy mal conceto, y las desprecian, y piensan que todo aquello hayan ellas dicho y hecho por hacellos caer y ponelles osadía que pasen más delante á otras peores cosas, y así de lance en lance llega la cosa á término, que con razon las difaman, y al cabo vienen á tenellas en tan poco, que hasta de su conversacion huyen, y las aborrecen totalmente, y, por el contrario, ningun hombre hay tan mal criado ni tan loco que no tenga siempre mucho acatamiento á las cuerdas y tenidas por buenas, porque aquella gravedad, templada con seso y bondad, es casi un escudo contra el descato y bestialidad de los locos. Y así se vée por esperiencia que una palabra, una risa, una señal, por pequeña que sea, de amor de una mujer honesta y grave, es tenida en más que todas las blanduras y regalos de las que así sin ningun tiento se muestran desvergonzadas. Estas tales son las que muchas veces, siendo buenas, se condenan por malas con aquellas sus risas desatentadas, con aquel su hablar siempre, y con aquellas sus locuras y truhanerías que usan á cada paso. Mas porque las palabras que no traen sustancia,

ni van fundadas sobre algun sujeto de alguna calidad son vanas y casi son niñerías, es necesario que la Dama, demas del conocimiento que ha tener de la persona con quien habláre, tenga noticia de muchas cosas, porque, tratando agora de las unas y agora de las otras, haga su conversacion larga, agradable y sustancial. Ha de saber tambien en el conversar escoger, de todas las cosas que supiere, las que hicieren más al propósito de la condicion de aquel con quien habláre, y tenga aviso en no decir á descuido alguna vez palabras que le ofendan, y guárdese de ser pesada, alabándose indiscretamente ó hablando mucho; no ande mezclando en las burlas cosas de seso, ni en las de seso burlas; no sea grosera ni vana en mostrar saber lo que no sabe; mas procure cuerdamente de honrarse con lo que sabe, huyendo, como ya hemos dicho, la afetacion en todo; con esto quedará ella aderezada y ennoblecida de buenas costumbres, y hará con buena gracia los exercicios del cuerpo que en mujer se requieren, y terná su habla abundosa y llena de prudencia, de honestidad y de gusto, y así será no solamente amada, más acatada de todo el mundo, y podrá ser que merezca igualarse con este nuestro gran Cortesano, así en las calidades del alma como en las del cuerpo. En acabando de decir esto el Manífico Julian, calló y estuvo sobre sí, casi como si hubiese puesto fin á su habla.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Por cierto, señor Manífico, vos teneis ya muy bien aderezada esa vuestra Dama, aunque todavía me parece que os habeis tenido mucho á lo general, y habeis señalado en

ella algunas cosas tan grandes, que se me antoja que de vergüenza dexastes de declarallas; y lo que hasta aquí le teneis dado, más ahína me parece que ha sido deseárselo, como los que desean cosas imposibles, que habello mostrado. Por eso querria á lo ménos que nos declarásedes algo más en particular, cuáles sean los exercicios del cuerpo más conformes á ella, y qué manera haya de ser la suya en la conversacion que tuviere con los hombres para dexallos con gusto y con buena opinion de sí, y cuáles sean aquellas muchas cosas de que ella, segun dexistes, ha de tener noticia; y si entendeis que la prudencia, la grandeza del ánimo, la continencia y aquellas otras virtudes tantas, que habeis dicho, le hayan de aprovechar solamente para el gobierno de su casa y de sus hijos y de sus criados, lo cual vos no quereis que sea su principal fin, ó verdaderamente para la buena conversacion, y para hacer con gentil gracia los exercicios del cuerpo que le convienen; y entre éstas y éstas os suplico, señor, que os guardeis de poner estas pobres virtudes en tan baxo oficio que hayan de quedar corridas.

Rióse á esto el Manífico Julian, y dixo. Sea lo que fuere, señor Gaspar, que vos, en fin, no podeis dexar de mostrar la mala voluntad que teneis á las mujeres; por cierto á mí me parecia haber dicho ya harto sobre esta materia, en especial hablando con personas tan sábias; porque en verdad no pienso yo que haya aquí nadie de vosotros que no sepa, acerca de los exercicios del cuerpo, que no convernia á una mujer exercitarse en cosas de armas, ni menear un ca-

ballo, ni jugar á la pelota, ni luchar, ni hacer muchas otras cosas que son proprias solamente para los hombres.

Dixo entónces el único Aretino. Solia usarse entre los antiguos luchar las mujeres desnudas con los hombres, pero nosotros por nuestros pecados hemos perdido esta buena costumbre juntamente con otras muchas.

Acudió á esto micer César Gonzaga, diciendo. Yo en mis dias he visto mujeres jugar de armas, y á la pelota, menear un caballo, ir á caza, y hacer casi todos los exercicios que pudiera hacer un hombre.

CAPÍTULO II

En el cual prosiguiendo el Manífico Julian su plática en las calidades de la Dama, dice. los exercicios que le competen, y cómo los debe usar; y tambien quiere que la Dama tenga noticia de letras, de música y del pintar, y otras muchas calidades, sobre lo cual pasan entre los cortesanos sotiles razones y réplicas.

Pues que yo, respondió el Manífico, tengo licencia de formar esta Dama á mi placer, no solamente no quiero que use esos exercicios tan impropios para ella, pero quiero que áun aquellos que le convienen los trate mansamente, y con aquella delicadeza blanda que, segun ya hemos dicho, le pertenece. Y así en el danzar no querria vella con unos movimientos muy vivos y levantados, ni en el cantar ó tañer me pareceria bien que usase aquellas diminucio-

nes fuertes y replicadas que traen más arte que dulzura; asimismo los instrumentos de música que ella tañiere, estoy en que sean conformes á esta intincion; imaginá agora cuán desgraciada cosa sería ver una mujer tañiendo un atambor, ó un pífaro, ó otros semejantes instrumentos; y la causa desto es la aspereza dellos, que encubre ó quita aquella suavidad mansa, que tan propriamente y bien se asienta en las mujeres. Pero si alguna vez le dixeren que dance ó taña ó cante, debe esperar primero que se lo rueguen un poco; y cuando lo hiciere, hágalo con un cierto miedo, que no llegue á embarazalla, sino que solamente aproveche para mostrar en ella una vergüenza natural de mujer casta, la cual es contraria de la desvergüenza; y áun su vestir debe tambien ayudar á esto; y así han de ser sus vestidos de manera que no la hagan vana ni liviana. Mas porque á las mujeres es permitido y debido que tengan más cuidado de la hermosura que los hombres, y en la hermosura hay muchas diversidades, debe esta Dama tener buen juicio en escoger la manera del vestido que la haga parecer mejor, y la que sea más conforme á lo que ella entiende de hacer aquel dia que se viste; y conociendo en sí una hermosura lozana y alegre, débele ayudar con los ademanes, con las palabras y con los vestidos, que todos tiren á lo alegre. Y tambien si se conoce ser de un arte mansa y grave, debe seguilla acudiéndole con las cosas conformes á ella por acrecentar aquel dón de naturaleza que Dios le dió. Asimismo, siendo un poco más gorda ó flaca de lo que conviene, ó siendo blanca, ó algo baza, es bien que

se ayude con saberse vestir como mejor le estuviere; mas esto halo de hacer tan disimuladamente, que cuanto más cuidado pusiere en curar su rostro y en traer su persona aderezada, tanto mayor descuido muestre en ello. Pero porque el señor Gaspar Pallavicino preguntó poco há cuáles sean aquellas muchas cosas de que ella deba tener noticia, y qué manera de conversacion haya de ser la suya para saber tratar con cualquier género de hombres honrados, y si deben las virtudes servir á este trato, digo que yo quiero que esta Dama alcance algun conoscimiento de aquello que estos caballeros han querido que sepa el Cortesano; y, áun en aquellos exercicios que hemos dicho no convenille, será bien que tenga aquel juicio que muchas veces nos acaece tener en las cosas, que no sabemos hacellas, aunque sepamos juzgallas; y esto halo de alcanzar ella por saber alabar y preciar las habilidades que viere en los galanes, segun los méritos de cada uno; y por replicar en parte con pocas palabras lo que ya se ha dicho, quiero que esta Dama tenga noticia de letras, de música, de pinturas; y sepa danzar bien, y traer, como es razon, á los que andan con ella de amores, acompañando siempre con una discreta templanza, y con dar buena opinion de sí, todas aquellas otras consideraciones que han sido enseñadas al Cortesano; y haciéndolo así, parecerá bien á todos hablando ó riendo, en juegos, en burlas, y, en fin, en cuanto hiciere, y sabrá entretener discretamente y con gusto á cuantos tratáre; y puesto que la continencia, la grandeza del ánimo, la templanza, la fortaleza, la prudencia y las otras virtudes

parezca que no hagan al caso para la buena conversacion que hemos dicho, yo quiero que esta Dama las tenga todas, no tanto por esta buena conversacion, no embargante que áun á ésta pueden aprovechar, cuanto porque sea virtuosa, y porque estas virtudes la hagan tal, que componiendo y ordenando con ellas todas sus obras, sea tenida en mucho.

Maravíllome, dixo entónces riendo Gaspar Pallavicino, que pues dais á las mujeres las letras, la continencia, la grandeza del ánimo y la templanza, no querais tambien que ellas gobiernen las ciudades, y hagan las leyes, y traigan los ejércitos, y que los hombres se estén quedos hilando, ó en la cocina.

Respondió sonriéndose el Manífico. Aun quizá eso no sería malo; y tras esto dixo. ¿No sabeis vos que Platon, el cual á la verdad no era muy amigo de las mujeres, quiere que ellas tengan cargo del regimiento de las ciudades, y que los hombres no entiendan sino solamente en las cosas de guerra? ¿No creeis vos que se hallarian muchas tan sábias en el gobierno de las ciudades y de los exércitos como los hombres? Mas yo no he querido dalles este cargo, porque mi intincion es formar una Dama, y no una reina. Conozco agora bien que vos querríades tornar á mover aquello que falsamente dixo ayer contra ellas el señor Otavian, cuando no tuvo empacho de decir que las mujeres son animales imperfetísimos, y no dispuestas á hacer ninguna obra virtuosa, y de muy poco valor, y de ménos autoridad en comparacion de los hombres; pero verdaderamente vos y él recibiríades muy gran engaño, si eso pensásedes.

Yo no quiero, dixo entónces Gaspar Pallavicino, tornar á mover las cosas ya dichas, mas paréceme que vos querríades agora con vuestras palabras hacerme decir algo que ofendiese á estas señoras; y así por la una parte me revolveríades con ellas, y por la otra las granjearíades para vos con vuestras lisonjas; pero, con todo, yo las tengo á ellas por tan discretas, que pienso que querrán más la verdad, aunque no les sea muy favorable, que la mentira, por más que sea en loor suyo. Y con esto no ternán por malo que yo diga que los hombres les llevan alguna ventaja, ni dexarán de confesar que habeis vos dicho grandes milagros, y puesto en esta Dama algunas imposibilidades que más parecen burla que otra cosa, y que, en fin, la habeis hecho llena de tantas virtudes, que Sócrates y Caton y todos los filósofos del mundo quedan baxos para con ella. Y ciertamente, hablando aquí agora entre nosotros, yo me maravillo mucho que no hayais habido empacho de desmandaros tanto; que harto os debiera bastar hacer que esta Dama fuese hermosa, discreta, honesta y dulce, y que supiese con buena conversacion tratar con hombres honradamente, y danzase bien, y no dexase de saber tañer y cantar á su tiempo, cuando hiciese al caso, y fuese para señalarse en burlas, en motes, y en otras cosas que cada dia vemos usarse en la córte; pero querelle dar conocimiento de todas las cosas del mundo, y ponelle aquellas virtudes que tan pocas veces se han hallado en los hombres, ni en nuestros tiempos ni en los pasados, es una cosa que ni sufrir ni escucharse puede. Y á lo que decis que ha dicho el señor Otavian, que las mu-

jeres son animales imperfetos, y por consiguiente de menor valor que los hombres, y que en ellas no caben las virtudes que caben en ellos, digo que no quiero yo por agora meterme en eso, ni entiendo de afirmallo; porque lo que estas señoras valen, no me haga salir mentiroso. Séos bien decir que hombres sabios y muy dotos han dexado escrito que la natura, por cuanto siempre entiende, y es su propósito hacer las cosas más perfetas, haria, si pudiese, contínuamente hombres; y así cuando nace una mujer, es falta y yerro de natura y contra su intincion; como acaece en uno que nace ciego ó coxo ó con algun otro defeto; lo mismo se vee en aquellos árboles, en los cuales suele haber mucha fruta que nunca madura; y por eso podemos decir que la mujer es un animal producido acaso. Y si quereis ver esto, mirá las operaciones del hombre y las de la mujer, y por ellas sacaréis la perficion del uno, y la imperficion del otro; mas, con todo, pues ellas tienen todas estas tachas por culpa de la natura, que las ha hecho tales; no debemos por eso dexar de amallas y tenellas aquel acatamiento que es razon; pero preciallas más de lo que merecen, y pensar que sean más de lo que son, eso nunca dexaré de decir que es error manifiesto.

Esperaba el manífico Julian que Gaspar Pallavicino dixese más; pero viendo que ya callaba, dixo. Para probar imperficion en las mujeres, paréceme que habeis traido una razon muy fria, á la cual, aunque agora, por ventura, ni el lugar, ni el tiempo no nos sufran entrar en estas sotilezas, respondo, segun la opinion de los que más saben y segun la verdad,

que la sustancia en ninguna cosa puede recebir en sí más ó ménos; y por esto, así como ninguna piedra puede ser más perfetamente piedra que otra, cuanto al sér de la piedra, ni un leon más perfetamente leon que otro, así un hombre no puede ser más perfetamente hombre que otro; y por consiguiente, no será el macho más perfeto que la hembra cuanto á la sustancia suya formal, porque entrambos se comprehenden debaxo de la especie del hombre; y aquello en que el uno es diferente del otro, es cosa acidental, y no esencial. Pues si tras esto me decis que el hombre es más perfeto que la mujer, si no cuanto á la esencia, á lo ménos cuantó á los acidentes, respondo que estos acidentes es necesario que consistan ó en el cuerpo ó en el alma. Si en el cuerpo, por ser el hombre más recio, más hábil para los exercicios corporales, más ligero, ó mayor trabajador, digo que todos éstos son indicios que señalan muy poca perficion; porque, áun entre los mismos hombres, los que tienen más estas calidades que los otros, no son por ellas más estimados, y en las guerras, adonde se requiere mucho trabajo y fuerza, los más recios y más sueltos no son por eso tenidos en más. Si en el alma, digo que todas las cosas que puede entender el hombre, puede tambien entender la mujer, y adonde puede penetrar el entendimiento dél, podrá penetrar el della. Aquí paró un poco el manífico Julian y dixo luégo sonriéndose. ¿No sabeis vos que en filosofía se tiene esta proposicion, que los que tienen las carnes más delicadas tienen más sotil entendimiento? Por eso las mujeres, por ser más delicadas de carnes, serán de entendi-

39

miento más sotil, y de ingenio más hábil para la especulacion que los hombres. Pero, dexando esto, y respondiendo á lo que dexistes, que por las obras podria yo sacar la perficion del uno y la imperficion del otro, digo que si vos considerais bien los efetos de la natura, hallaréis que ella produce las mujeres tales como son, no acaso, sino con razon, conforme al fin necesario que conviene; porque, aunque las haga para los exercicios del cuerpo blandas y sosegadas, y con muchas otras calidades contrarias á las de los hombres, todavía las condiciones de entrambos tiran á un solo fin, enderezado á un mismo provecho. De manera que como ellas por aquella su tierna blandura son ménos esforzadas, así tambien por esta misma son más cautelosas. Por eso las madres crian á los hijos cuando niños, y los padres los enseñan y los ponen en cosas de virtud cuando son grandes, y con el esfuerzo andan ganando por el mundo lo que ellas despues con su diligencia guardan dentro en casa; y no son ménos de loar ellas en esto, que ellos en lo otro. Pues si revolveis las historias antiguas, y áun las modernas, no embargante que los hombres siempre fueron cortos en escribir las ecelencias de las mujeres, hallaréis que no han sido ellas ni son ménos valerosas que ellos; y que ha habido muchas que en guerras alcanzaron señaladas vitorias, y gobernaron reinos con gran prudencia y justicia, y en fin, hicieron todo lo que han hecho hombres muy señalados y famosos. Pues acerca de las letras, ¿no se os acuerda haber leido de muchas que han alcanzado á ser muy sábias en filosofía; de otras que han sido ecelen-

tísimas en poesía, y de otras tan entendidas en leyes, que abogaban públicamente, y acusaban y defendian elocuentísimamente delante los jueces? De las obras manuales sería larga cuenta ponerse agora en decillas, y no habria necesidad de buscar testigos para proballas. Así que, si en la sustancia esencial el hombre no es más perfeto que la mujer, ni en los acidentes tampoco, y para la prueba desto, demas de las razones, se veen los efetos, yo no alcanzo en qué consista esta mejoría que dais al hombre. Mas porque vos habeis dicho que la natura siempre entiende de producir las cosas más perfetas, y por eso, que si ella pudiese, nunca produciria sino hombres, y que el producir mujeres es más ahína error ó falta de la natura que intincion suya, respondo que eso totalmente se niega. Y por cierto no sé yo cómo podeis vos decir que la natura no entiende de producir mujeres, pues sabeis que de ninguna cosa es ella más deseosa que de la conservacion del linaje humano, el cual no puede ccnservarse sin ellas. Y así con el medio de esta compañía de macho y de hembra se producen los hijos, los cuales pagan á los padres ya viejos los beneficios recebidos en la niñez mantiniéndolos, así como fueron mantenidos dellos; y despues vuelven á renovar otros con engendrar ellas tambien otros hijos, de los cuales esperan recibir en la vejez lo que siendo mozos dieron á sus padres; y de aquí la natura casi volviendo esta rueda hinche la eternidad, y da la inmortalidad á los mortales; siendo, pues, para esto tan necesaria la mujer como el hombre, yo no hallo razon por donde ella sea hecha más acaso que él. Vos con todo bien

decis verdad, que la natura entiende siempre de producir las cosas más perfetas, y por eso entiende de producir al hombre en su especie, pero no más varon que hembra; ántes si siempre produxiese varon erraría mucho; porque, como del cuerpo y del alma resulta un compuesto más noble que sus partes, el cual es el hombre, así de la compañía del varon y de la hembra resulta un compuesto conservador de la especie humana, sin el cual las partes perecerian; y por eso macho y hembra á natura se consiguen y están siempre juntos, y no puede ser el uno sin el otro, y así no se debe llamar macho el que está sin hembra, segun la difinicion del uno y del otro, ni hembra la que está sin macho. Y porque un sexo sólo muestra imperficion, atribuyeron aquellos primeros teólogos de la gentilidad más antigua entrambos sexos á Dios; y así Orfeo dixo que Júpiter era macho y hembra; y léese en la *Sagrada Escriptura*, que Dios formó los hombres, macho y hembra, á su semejanza, y muchas veces los poetas, hablando de los dioses, confunden el sexo.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Yo cierto no querria que nosotros nos metiésemos en tan grandes honduras; porque he miedo que estas señoras no nos entenderán; y así, puesto que yo defienda bien mi parte, ellas creerán, ó á lo ménos mostrarán creer, que no tengo justicia; y, si á mano viene, darán la sentencia contra mí. Pero, ya que hemos tropezado en esto, diré brevemente lo que se me ofrece. El hombre, como vos mismo sabeis ser opinion de muy grandes filósofos, es comparado á la forma,

y la mujer á la materia; y por eso, así como la forma no solamente es más perfeta que la materia, pero áun le da el sér, así el hombre es mucho más perfeto que la mujer. Y acuérdome haber oido que un gran filósofo, en unos problemas suyos, hace esta pregunta: ¿Qué es la causa que naturalmente la mujer ama siempre aquel hombre que fué el primero con quien ella se juntó á recibir sus deleites, y, por el contrario, el hombre aborrece aquella mujer que ha sido la primera con quien él se envolvió por esta via? Y poniendo la causa, afirma ser esto, porque en semejante ayuntamiento la mujer recibe del hombre perficion, y el hombre de la mujer imperficion; y así cada uno ama naturalmente aquello que le hace perfeto, y desama lo que le hace imperfeto, y demas desto, gran argumento de la perficion del hombre y de la imperficion de las mujeres es, que generalmente todas las mujeres desean ser hombres por un cierto instinto natural, que las guia á desear su perficion.

Respondió á esto el manífico Julian. Las cuitadas no desean ser hombres por ser más perfetas, sino por alcanzar alguna libertad, y huir aquel señorío que los hombres malamente se han usurpado contra ellas; y esa comparacion que vos habeis hecho de la materia y de la forma no conviene, como pensais, en todo, porque no es así hecha perfeta la mujer por el hombre, como es la materia por la forma. La materia recibe esta perficion que vos decis, porque recibe el sér de la forma, y sin ella no puede estar; ántes cuanto más de materia tienen las formas, tanto más tienen de imperficion, y separadas della son perfetísimas;

mas la mujer no recibe del hombre el sér, ántes así como es ella hecha perfeta por él, así tambien ella le hace á él perfeto; y desta manera entrambos concurren en la generacion, la cual cosa no puede hacer el uno sin el otro. Y la causa que despues alegastes del amor perpétuo de la mujer con el hombre con quien primero se juntó, y del aborrecimiento del hombre con aquella mujer á la cual él se llegó primero, no confesaré yo, por cierto, que sea la que da vuestro filósofo en sus problemas; pero diré que lo uno se causa por la firmeza de la mujer, y lo otro por la liviandad del hombre, y todo esto no es sin natural razon; porque siendo él de natura caliente, toma naturalmente de su calor la liviandad, el movimiento y la mudanza; y, por el contrario, la mujer recibe de la frialdad el sosiego, la gravedad y la firmeza y los concetos más fixos.

Emilia entónces, volviéndose al manífico Julian, díxole. Dexá ahora, por me hacer merced, esos vuestros términos de materia y forma, y de macho y hembra, y hablá de manera que os entendamos, porque os hago saber que todas hemos oido, y muy bien entendido el mal que de nosotras han dicho el señor Otavian y el señor Gaspar, y agora, á vos que nos defendeis, no os entendemos, ni alcanzamos las razones que traeis por nuestra parte; así que esto me parece que es casi un saliros de lo que conviene á nuestra defension, y no abonarnos contra los argumentos de nuestros enemigos.

No nos pongais, señora, respondió Gaspar Pallavicino, ese nombre. Catá que más le merece el señor

Manífico; porque, dando á las mujeres loores falsos, muestra que para ellas no los hay verdaderos.

Dixo tras esto el Maníﬁco. Señora, perded cuidado, que á todo se responderá largamente; pero yo no quiero decir lástimas á los hombres tan sin causa, como ellos las han dicho á las mujeres; y si yo he usado de aquellos términos que vos agora me reprehendistes, helo hecho porque, si aquí hubiese alguno que escribiese nuestras disputas, pesarme hia que despues, en lugar donde fuesen entendidas estas materias y formas, se viesen sin respuesta los argumentos de nuestros adversarios.

Yo no alcanzo, respondió Gaspar Pallavicino, cómo podeis vos negar, señor Maníﬁco, que el hombre por sus calidades naturales no sea más perfeto que la mujer, siendo ella fria por su complision, y él caliente; porque no inorais vos cuánto más noble y más perfeto sea lo caliente que lo frio, por ser activo y poderoso de producir. Y, como muy bien sabeis, los cielos influyen acá en nosotros solamente lo caliente, y no lo frio, lo cual no entra en las obras de natura, y por eso, el ser las mujeres frias de complision, creo yo que sea la causa de sus poquedades y miedos.

Todavía me parece, respondió el Maníﬁco, que quereis entrar en sotilezas; pues sea así, que quizá no os irá bien dello; por eso escuchá. Yo os confieso que la calor es en sí más perfeta que el frio; mas esto no es en las cosas compuestas; porque si así fuese, el cuerpo más caliente sería más perfeto, lo cual es falsísimo, que ántes los templados son los muy perfetos. Mas

os digo que la mujer se dice ser de complision fria en comparacion del hombre, el cual por demasiado calor está muy léxos de lo templado; pero cuanto en sí es templada, ó á lo ménos más cerca de sello que no el hombre; porque tiene proporcionado con el calor natural lo húmedo, lo cual en el hombre, por la mucha sequedad, más presto se reşuelve y se consume. Es asimismo la frialdad de la mujer de tal calidad, que retiene y refuerza el calor natural, y le hace ser más cercano á lo templado; y en el hombre lo demasiado caliente presto reduce al postrero grado el calor natural, el cual, faltándole su mantenimiento, forzadamente se ha de resolver; y así, porque los hombres en el engendrar se gastan más que las mujeres, acontece que muchas veces son de más corta vida que no ellas, y áun esta perficion entre las otras alcanzan ellas, que viviendo más que los hombres, exercitan y obran más tiempo aquello que es intento de la natura. El calor, tras esto, que, segun dexistes, infunden los cielos sobre nosotros, no es el que agora hace á nuestro propósito; que, aunque tiene un mismo nombre, no es propriamente este de que hablamos; porque ya veis que no puede ser contrario al frio, siendo conservador de todas las cosas que son debaxo de la luna, así calientes como frias. Más adelante, el miedo que habeis dicho ser ordinario en las mujeres, puesto que señale alguna imperficion, nace todavía de buena y loable causa, porque procede de la delgadeza y presteza de los espíritus, los cuales representan presto las especies al entendimiento; y por eso las mujeres fácilmente se alteran por las cosas exteriores, y áun este

miedo no es vergonzoso ni de culpar, que, por el contrario, veréis muchos hombres que ni temen muerte, ni otra ninguna afrenta, y con todo esto no se pueden llamar esforzados, porque no conocen el peligro, y van como perdidos por donde ven el camino ancho, sin pensar en nada, y esto procede de tener los espíritus gruesos y pesados; por eso no se puede decir que un loco ó necio sea animoso. El verdadero esfuerzo es aquel que nace de un juicio proprio, y de una voluntad determinada á hacer lo que conviene, y á tener en más la honra y la obligacion della que todos los peligros del mundo; y en fin, el buen corazon ha de ser tal, que, aunque tenga la muerte á los ojos, sea tan firme que sus sentidos estén siempre libres, y su acuerdo entero. Esta manera de esfuerzo hemos visto y oido haber alcanzado muchos señalados hombres y muchas mujeres, las cuales, así en los tiempos pasados como en los presentes, han mostrado gran ánimo, y hecho en el mundo hazañas tan maravillosas como las que se escriben de los hombres.

Esas hazañas, dixo entónces el Frigio, comenzaron á hacerse cuando la primera mujer, errando, hizo errar al hombre contra Dios, y por mayorazgo nos dexó la muerte, las fatigas y las pasiones, y todas las miserias y trabajos que hoy en dia en el mundo se sienten.

Respondió el Manífico Julian entónces. Pues veo que todavía os inclinais á entrar en lo sagrado, tambien os habré de salir por ahí. ¿No sabeis vos que ese yerro, como fué hecho por una mujer, así fué corregido por otra? Y montó mucho más el provecho que

ésta nos truxo, que el daño que aquélla nos hizo; de manera que esta culpa, siendo redimida con tales y tantos méritos, con razon se llama bienaventurada. Pero yo no quiero agora fundarme en decir, cuánto todas las criaturas humanas sean inferiores á la Vírgen Nuestra Señora, por no mezclar las cosas divinas con estas nuestras baxas y vanas pláticas. Tampoco me porné en contar cuántas mujeres hayan con gran firmeza padecido por el nombre de Cristo ásperos martirios y crudas muertes, dadas por sentencias de tiranos cruelísimos; ni diré de muchas que con su ciencia, disputando, atajaron y convencieron infinitos idólatras. Y si á esto me respondeis que aquello todo era milagro y cosa hecha por gracia del Espíritu Santo, digo que ninguna virtud es mayor que aquella que es aprobada, siendo Dios el testigo. De otras muchas mujeres, de las cuales no se hace tanta cuenta, podréis vos mismo leer si quisiéredes, en especial en Sant Hierónimo, el cual celebra algunas de sus tiempos con tan maravillosos loores, que bastarian para cualquier hombre, por santo que fuese. Pensá, tras esto, cuántas hay en el mundo que no son conocidas, porque están encerradas las tristes sin aquella pomposa soberbia y codicia desordenada de alcanzar nombre de santas en el vulgo, como hoy en dia hacen muchos hombres hipócritas malditos, los cuales, olvidando, ó, por mejor hablar, menospreciando la dotrina de Cristo, que quiere que cuando el hombre ayune, aderece y cure el rostro, porque no parezca que ayuna, y manda que las oraciones, las limosnas y las otras buenas obras se hagan, no por las plazas ni por las sina-

gogas, sino en secreto, tanto que la izquierda no sepa de la diestra, afirman que no hay nada bueno en el mundo sino dar buen ejemplo; y así con el cuello caido á la una parte, y con los ojos baxos, dando á entender que no hablarian con mujeres por la vida, ni comerian sino de las hierbas crudas del campo, marchitos, ahumados, con sus túnicas hechas pedazos, alaban la manera del vivir simple, y tras esto, si se ofrece, no dexan de falsar un testamento, ni de revolver los maridos con sus mujeres, y dalles bebedizos si á mano viene, y en fin no paran hasta ser hechiceros y nigrománticos, y usar toda suerte de maldad y ribaldería. Y si alguno se escandaliza dellos, traen luégo esta autoridad por su parte: *Si non castè, tamen cautè*, y paréceles que con estas palabras todo está sano, y que con ellas harán creer á los que no son bien cautelosos que todos los pecados, por graves que sean, fácilmente se perdonan, con tal que sean secretos, y no nazca dellos mal exemplo. Y así con un velo de santidad, y con este tratar sus cosas secretamente, ponen muchas veces todos sus pensamientos en trastornar el corazon de alguna mujer virtuosa; otros en sembrar discordias y enemistades entre hermanos; en gobernar estados; en levantar al uno y derrocar al otro; en hacer degollar, encarcelar y desterrar hombres; y al cabo en ser ministros de las maldades, y casi tesoreros de los robos que hacen muchos príncipes. Otros echan por otro camino; huélganse sin ningun empacho de andar muy frescos y gordos y colorados y bien vestidos, con la barba y corona bien rapada; y cuando andan por las calles, al-

zan de rato en rato la túnica por mostrar las calzas estiradas, y la disposicion de la persona, y précianse de hacer una reverencia muy galana. Otros usan ciertos ademanes y gestos, hasta en el decir la misa, con los cuales piensan tener mucha gracia y ser muy mirados ¡Malvados, abominables y infernales hombres, ajenos totalmente, no sólo de nuestra religion cristiana, más áun de toda buena costumbre y crianza! éstos son aquellos que si alguno los reprehende de su disoluta manera de vivir, hacen burla dél, y ríense de los que les aconsejan bien, y casi se precian públicamente de sus bellaquerías.

Emilia entónces, no pudiendo más sufrirse, dixo. Holgais tanto de decir mal de frailes, que saliéndos de vuestro propósito, os habeis metido sin saber cómo en esa plática; y cierto no es bien murmurar de religiosos, y es gran cargo de conciencia, y cosa sin ningun provecho, que sino por ellos, que ruegan á Dios por nosotros, podria ser que Dios no nos tuviese la mano tan liviana.

Rióse á esto el manífico Julian, y dixo. Yo no sé, señora, cómo habeis vos así acertado en pensar que yo hablaba de frailes, no habiéndolos hasta aquí nombrado; pero, en verdad, esto que yo hacia agora no era murmurar, ántes era hablar bien alto y bien claro; y lo que digo no se ha de entender sino de los malos, de los cuales no hablo de mil partes la una de lo que sé dellos.

No hableis agora más de frailes, respondió Emilia, que á mí ya se me hace conciencia escucharos; por eso, si no callais, irme he.

Soy contento, dixo el Manífico, de no hablar más en esto. Por eso, volviendo á las ecelencias de las mujeres, digo que el señor Gaspar no me dará ningun hombre ecelente, que yo no le dé luégo la mujer ó hija ó hermana igual con él en valor, y alguna vez que le lleve ventaja, y más, os hago saber que algunas han sido causa de infinitos bienes á sus maridos, y á hartos dellos han corregido de muchos yerros. Pero siendo, como aquí hemos declarado, las mujeres naturalmente dispuestas á recebir las mismas virtudes que suelen recebir los hombres, y habiéndose visto muchas veces esto por esperiencia, no sé por qué, dándoles yo lo que es posible caber en ellas, y ha cabido, y cada dia cabe, haya de ser tenido, segun aquí me ha acusado dello el señor Gaspar, por hombre que dice milagros y imposibilidades, considerando que siempre ha habido mujeres en el mundo, y agora tambien las hay, tan cerca de poder igualarse con esta Dama que yo aquí he formado, como hombres de poderse igualar con el Cortesano.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Á mí no me parecen buenas las razones que tienen la esperiencia en contrario; y cierto si yo os preguntase agora quiénes sean ó hayan sido esas singulares mujeres merecedoras de ser tan loadas cuanto lo fueron aquellos singulares hombres, cuyas mujeres, hermanas y hijas han sido ellas, ó cuáles sean esas que, segun vos decís, fueron causa de mucho bien para sus maridos y corrigieron las tachas dellos, yo creo que vos quedaríades confuso y razonablemente atajado.

Respondió el manífico Julian. Por cierto ninguna

cosa podria atajarme en esto, sino hallar yo tanto que decir sobre esta materia, que no sabria por dónde echar primero. Y si no faltase el tiempo, yo os contaría agora á este propósito la historia de Otavia, mujer de Marco Antonio y hermana de Augusto; la de Porcia, hija de Caton y mujer de Bruto; la de Caya Cecilia, mujer de Tarquino Prisco; la de Cornelia, hija de Scipion, y las de otras infinitas que son por todo el mundo sabidas, y no solamente os diria de las de nuestras naciones, más áun de las estranjeras y bárbaras, como de Alexandra, mujer de Alexandre, rey de los judíos, la cual despues de la muerte de su marido, viendo sus pueblos levantados y todos ya puestos en armas para matalle dos hijitos que de Alexandre le quedaban, y esto por entregarse en los hijos de las sin razones y crueldades con que el padre los habia siempre tratado, húbose con ellos tan cuerdamente, y súpolos llevar con tan buena maña, que en la misma hora los amansó, y les hizo perder la memoria de los agravios recebidos, y cobrar amor á los hijos del padre, que con infinitas injurias los habia largo tiempo forzado á que le fuesen crueles enemigos.

Contá á lo ménos, respondió Emilia, cómo eso pasó.

Dixo el Manífico. Esta Reina, viendo á sus hijos en tanto peligro, luégo á la hora hizo echar el cuerpo de Alexandre en mitad de la plaza; y tras esto mandó llamar prestamente los más principales del pueblo, y venidos ante ella, díxoles que ella conocia muy bien cuánta razon tenian de estar agraviados de su marido, y que toda cosa que quisiesen hacer contra él era muy justa; porque las graves injurias que él les

tenía hechas lo merecian todo, y que así como siendo él vivo quisiera ella mucho apartalle de aquellas sus injusticias y maldades, así entónces, despues de fallecido, estaba ella con voluntad de mostrar el sentimiento grande que habia siempre tenido de todo aquello, y se determinaba á ser con ellos, y á castigar crudamente á su marido así muerto, como mejor pudiese; por esto que tomasen el cuerpo dél, y, arrastrándole feamente, le hicisen mil pedazos con los más crudos y bravos modos que imaginarse pudiesen, y que, en fin, le echasen á los perros para que dellos fuese tragado aquel cuerpo donde un alma tan perversa habia morado. Pero que les rogaba por aquel amor que ella les tenía y habia siempre tenido, que hubiesen lástima de aquellos sus hijitos, cuitados y inocentes niños, los cuales, no solamente no podian tener culpa, mas ni áun saber las bellaquerías del padre. Tanta fuerza tuvieron estas palabras, que la brava ira, ya concebida en los corazones de todo aquel pueblo, súpitamente fué mitigada y convertida en un amor tan grande, que no sólo eligieron en concordia de todos á aquellos dos niños por sus señores, más áun el cuerpo del muerto padre enterraron con grandes honras. Aquí paró un poco el manífico Julian, y luégo tras esto volvió á decir. ¿No habeis vos leido que la mujer y hermanas de Mitridates mostraron ménos temor de la muerte que el mismo Mitridates, y la mujer de Asdrubal que Asdrubal? ¿No sabeis vos que Harmonia, hija de Hieron, tirano de Zaragoza de Sicilia, viendo que los enemigos le quemaban su patria, quiso morir en mitad del fuego?

Dixo entónces el Frigio. Eso más ahína fué tema ó pertinacia que otra cosa; porque bien sabeis vos, que si una mujer comienza de recio á tomar un antojo, tras él se dexará morir, como aquella que estaba en el pozo con el agua hasta los ojos, y no pudiendo más decir á su marido tiseras, señalábaselas con las manos.

Rióse el manífico Julian, y dixo. La pertinacia que se endereza á fin virtuoso no se ha de llamar propriamente pertinacia, sino constancia, como fué la de Epichari, libertina romana, la cual, siendo sabidora en una conjuracion grande contra Neron, fué tan constante, que por más que la descoyuntaron con los más ásperos tormentos, que inventarse pudieron, jamas por ella fué descubierto hombre de los conjurados. Pues en esta misma revuelta muchos caballeros principales y senadores, de puro miedo, acusaron hermanos y amigos, y las personas más queridas que en el mundo tuvieron. ¿Y qué me diréis vos de aquella otra que se llamaba Leona, por honra de la cual los atenieses pusieron delante la puerta de la fortaleza una leona de bronzo sin lengua, por mostrar en esta mujer la constante virtud del saber callar? Ésta tambien, sabiendo en otra conjuracion contra los tiranos, no se espantó de ver que mataron sobre el mismo caso á dos grandes hombres, amigos suyos; y así, por más que fué apretada y rompida con infinitos y crueles tormentos, nunca descubrió nada.

Dixó entónces Margarita Gonzaga. Paréceme, señor, que vos contais muy brevemente esos hechos tan señalados de mujeres; y así estos nuestros adversarios, aunque los hayan oido y leido, todavía muestran no

sabellos, y quieren que se pierda dellos la memoria. Por eso si haceis que nosotros lo sepamos, no los dexarémos caer, sino que nos honrarémos con ellos.

A mí me place, respondió el Manífico, de hacello así; y quiero luégo contaros de una mujer que hizo lo que hacen muy pocos hombres. Y esto pienso yo que lo confesará el mismo señor Gaspar. Y así comenzó.

CAPÍTULO III

En el cual, prosiguiendo más adelante el manífico Julian su plática, cuenta en defension de las damas algunos notables hechos que hicieron muy afamadas mujeres, y estos exemplos trae á consecuencia contra las razones del Frigio y de Gaspar Pallavicino.

En Marsella hubo una costumbre, la cual piensan muchos que vino de Grecia, y fué ésta: que públicamente se guardaba ponzoña mezclada con una hierba que llaman cicuta; y consentíase que la tomase el que, por determinacion del Senado, tuviese licencia de quitarse la vida por algunas desdichas ó trabajos grandes que en ella le hubiesen recrecido, ó por alguna otra justa causa. Y esto se hacia á fin que si alguno se viese caido en alguna grande adversidad, ó subido en alguna prosperidad señalada, ni aquélla le durase, ni ésta se le mudase; así que hallándose Sexto Pompeo.....

En esto el Frigio no esperando que el Manífico Julian pasase más adelante, atajóle diciéndole. Eso,

por deciros verdad, me parece principios de alguna muy larga hablilla.

El manífico Julian entónces volviéndose con una risa á Margarida Gónzaga, díxole. Veis aquí, señora, cómo no me dexa hablar el señor Frigio. Yo queria agora contaros de una mujer, la cual, habiendo probado delante el Senado que tenía mucha razon de no querer más vivir, tragó sin ningun miedo en presencia de Sexto Pompeo la ponzoña con tanto esfuerzo, y con tan cuerdas y dulces y amorosas contemplaciones hechas á los suyos, que Pompeo y todos los que estaban presentes, viendo en una mujer tan gran acuerdo y tan firme determinacion, en mitad del espantoso paso de la muerte, quedaron llorando, confusos y turbados de ver un hecho tan maravilloso.

Dixo aquí Gaspar Pallavicino riendo. Yo tambien me acuerdo haber leido un razonamiento, en el cual un mal aventurado de un hombre pedia al Senado licencia de matarse, y, la justa causa que alegaba para esto, era no poder sufrir la ordinaria pesadumbre que recebia del parlar y de las chismerías de su mujer; y así se determinó este cuitado más aina á beber la ponzoña que, segun vos decis, se guardaba públicamente, que á tragar el enojo que su mujer le hacia con sus palabras.

A esa cuenta, respondió el Manífico, ¡ cuántas pecadoras de mujeres ternian razon de pedir esa licencia de darse la muerte por no sufrir, no digo las malas palabras, mas las malísimas obras de sus maridos! De mí os digo que yo conozco hartas que ya en este mundo padecen las mismas penas del infierno.

Así tambien hay muchos maridos, respondió Gaspar Pallavicino, que tienen tan mala vida con sus mujeres, que no hay dia ni hora que no deseen la muerte.

¿Qué mala vida, dixó el Manífico, pueden las mujeres dar á sus maridos, que sea tan sin remedio como la que dan los maridos á sus mujeres? Las cuales si no por amor, á lo ménos por temor siguen la condicion ó el antojo dellos.

Vos, señor, dixo Gaspar Pallavicino, habeis tocado agora una gran verdad, que ciertamente eso poco que ellas hacen por contentar á sus maridos todo es de miedo; porque habeis de saber que hay muy pocas que allá dentro en sus almas no se aborrezcan con ellos.

Vos os engañais en eso, respondió el Manífico. Y, si quereis acordaros de lo que habeis leido, no me negaréis vos que no se halle en todas las historias, que casi siempre las mujeres suelen amar más á sus maridos, que no ellos á ellas. Decíme, ¿leistes vos jamas ó vistes que algun marido mostrase á su mujer una señal tan grande de amor cuanta fué la que mostró Camma á su marido?

Yo no conozco esa Camma, respondió Gaspar Pallavicino, ni sé quién se es, ni sé qué señal de amor fué esa que mostró á su marido.

Ni yo, dixo el Frigio.

Respondió el Manífico. Oildo, pues. Y vos, señora Margarida Gónzaga, estad atenta y acordaos bien desto que quiero contar agora. Esta Camma fué una mujer hermosa y moza, y tan bien criada y discreta, que no ménos por esto que por la hermosura, fué es-

timada y querida de todo el mundo. Era casada y amaba entrañablemente á su marido, el cual se llamaba Sinato. Aconteció que otro caballero de mayor estado que Sinato, y casi tirano de aquella ciudad donde vivian, se enamoró desta señora; y así, despues de haber trabajado largo tiempo por muchas vias de alcanzalla, viendo que no aprovechaba nada cuanto hacia, parecióle que lo mucho que ella amaba á su marido debiera de ser la causa, por la cual ella no queria venir en nada de lo que él deseaba; y con este pensamiento acordó de hacer matar al marido, y así lo hizo. Hecho esto, tornando luégo á porfiar en su demanda, cuanto más trabajaba en ello, tanto más hallaba por experiencia, que todos sus trabajos eran en vano; por donde, creciendo cada dia este amor ó este deseo así tan loco, determinó de tomalla por mujer, no embargante que fuese él muy más principal que no ella, y de mucho mayor hacienda; y así requeridos los parientes della por Signorige, que así se llamaba este caballero, tomáronla luégo todos ellos, y aconsejáronle que tuviese por bien de casarse con él; y para traella á esto, dixiéronle los provechos que habia en hacello, y los daños y peligros que podrian recrecérsele á ella y á ellos si no lo hiciese. Ella, despues de haber dicho muchas veces que no lo queria hacer, en fin concluyó que era contenta, y que mucho enhorabuena se concertase. Los parientes luégo hiciéronlo saber á Signorige, el cual, alegre en todo extremo con tan buena nueva, procuró que se velasen presto. Así que venidos entrambos para esto al templo de Diana con grande fiesta, Camma hizo traer una cierta confa-

cion para beber, dulce y de buen gusto, la cual ella misma habia hecho. Y así, tomándola delante la imágen de Diana, en presencia de Signorige, bebió la mitad della, y luégo de su mano, porque esto así se usaba en las bodas, dió el vaso con lo que quedaba á su esposo, el cual le bebió todo. Hecho esto, viendo Camma que la cosa le habia sucedido á su placer, toda alegre y contenta se arrodilló delante la imágen de Diana, y dixo estas palabras: ¡Oh señora! tú que conoces mi corazon y ves mis entrañas, tú, señora, puedes agora serme buen testigo con cuánta dificultad y trabajo, despues que mi marido y todo mi bien murió, haya yo podido acabar conmigo hasta agora de no matarme, y con cuánta fatiga haya sostenido la carga y el dolor de la vida, en la cual ningun bien ni deleite jamas he sentido, sino el esperanza tan solamente de alcanzar esta venganza, que agora me hallo haber alcanzado. Por eso alegre y contenta me parto á hallar la dulce compañía de aquella alma que yo en vida y en muerte más que á mí misma he siempre querido. Y tú, malvado, que pensaste ser mi marido, en lugar de la cama que se te habia de aderezar para la boda, provee que te sea aparejada la sepultura, porque te hago saber que yo de tí he hecho sacrificio al alma de Sinato. Espantado Signorige con estas palabras, y sintiendo ya la fuerza de la ponzoña que le turbaba, buscó muchos remedios, mas no aprovechó ninguno; y á Camma sucedióle tan bien el negocio, que ántes que ella muriese supo que Signorige era muerto; y así, en sabiéndolo, echóse en la cama con un placer estraño, llamando, siempre con los ojos al cielo, el nombre de Si-

nato, y diciendo : ¡ Oh mi marido y mi señor, agora que yo he dado á tu muerte por dádiva postrimera lágrimas y venganza, y no veo que me quede ya aquí otra cosa que pueda hacer por tí, huyo del mundo y desta vida, sin tí cruelísima, con la cual yo por tu sola causa me holgué en algun tiempo! Sal, pues, á recibirme, señor mio, y acoge esta alma en tí con tanta voluntad, con cuanta ella para tí se parte! Y así desta manera, hablando con los brazos abiertos, casi pareciendo que queria abrazar á su marido, se murió. Decí agora, pues, señor Frigio, ¿qué os parece desta mujer?

Paréceme, respondió el Frigio, que vos querríades hacer llorar estas señoras. Mas pongamos que eso haya sido verdad, ¿paréceos á vos, señor, que agora se hallarian en el mundo tales mujeres como ésa?

Sí se hallarian por cierto, respondió el Manífico. Y porque veais que es como yo digo, oid. En mis dias hubo en Pisa un caballero llamado micer Tomaso, que no me acuerdo de qué casa era, aunque á mi padre, que era gran amigo suyo, lo oí decir muchas veces. Así que este micer Tomaso, pasando una vez en un pequeño navío de Pisa á Sicilia por cosas de su hacienda, fué salteado de ciertas fustas de moros, las cuales dieron sobre él tan arrebatadamente, que los que gobernaban el navío apénas se dieron cata dello, hasta que casi tuvieron los enemigos dentro, y así, aunque todos se defendieron harto bien, todavía por ser pocos y los moros muchos, fueron tomados, unos heridos y otros sanos, segun la dicha de cada uno, y con ellos fué tambien preso micer Tomaso, el cual, pelcando muy valientemente, mató á un hermano de un capitan de

los de las fustas; por donde este capitan, enojado de haber perdido á su hermano, quiso á micer Tomaso por su prisionero; y así, maltratándole y azotándole cada dia, llevóle á África, adonde habia determinado de tenello toda su vida cativo con mucha miseria y trabajo. Todos los otros compañeros, unos por una via y otros por otra alcanzaron en breve tiempo libertad, y volviendo á sus casas hicieron saber á la mujer, que Argentina se llamaba, y á los hijos la áspera vida y gran tormento en qué micer Tomaso vivia, sin esperanza de jamas verse libre, si Dios milagrosamente no le ayudase; lo cual ya ella y ellos tenian por muy cierto, porque habian ya tentado muchos remedios para sacalle, y no habia aprovechado ninguno, y sabian cómo él mismo tenía ya tragado de acabar en aquella desventura. En fin, no mucho despues desto, aconteció que un hijo de los suyos, llamado Pablo, doliéndose de la miserable fortuna de su padre, desvelóse y esforzóse tanto en procurar de sacalle, que, menospreciado todo género de peligro, determinó morir, ó poner á su padre en libertad. Esta determinacion sucedió tan prósperamente á este mancebo, que en pocos dias sacó á su padre con tan buena maña y tan cautelosamente, que primero llegaron entrambos á Liorna que se supiese en África. Desde allí micer Tomaso, ya puesto en salvo, escribió á su mujer una carta, haciéndole saber su libertad y el lugar donde entónces se hallaba, y como luégo otro dia esperaba de ser con ella; esta señora con sus entrañas llenas de virtudes y de amor, salteada de tanta y tan no pensada alegría, contemplándose que habia de ver

tan presto á su marido, el cual habia sido librado por el esfuerzo y sobrado amor de su hijo en tiempo que no esperaba ella jamas velle, leida la carta, alzó los ojos al cielo, y llamando con alta voz el nombre de su marido, cayó muerta; y luégo los que acudieron con muchos remedios, pensando que debiera ser algun desmayo, vieron claramente el cuerpo totalmente desamparado del alma. Cruel y dolorosa vista, y bastante á moderar las voluntades humanas, y á retraellas de desear muy ahincadamente las alegrías desordenadas deste mundo.

Dixo entónces riendo el Frigio. ¿Qué sabeis vos si murió esa señora de pesar, viendo que su marido volvia?

Eso es, respondió el Manífico, querer decir gracias; que bien veis vos que no fué por eso, porque no vivia ella de manera que se pudiese pensar tal cosa della; ántes creo que su alma, no pudiendo sufrir aquel poco de tiempo que habia de tardar de ver con los ojos corporales á su marido, se salió del cuerpo, y, llevada con el deseo, voló súbitamente adonde leyendo la carta habia volado el pensamiento.

Dixo á esto Gaspar Pallavicino. Quizá esa señora amaba más apasionadamente de lo que convenia; porque ya sabeis que las mujeres comunmente siguen en toda cosa los estremos, los cuales siempre son malos. Y así se vió en ella por experiencia, que, por amar demasiadamente, hizo mal á sí y á su marido y á sus hijos, á los cuales todos convirtió en amarga tristeza el gozo de aquella libertad deseada y alcanzada con mucho peligro. Por eso no debeis alegar esa mujer

por una de aquellas que han sido causa de muchos bienes.

Yo la alego, respondió el Manífico, por una de las que prueban hallarse muchas que aman en cabo á sus maridos; que desas otras que fueron causa de muchos bienes para el mundo, podria traeros infinitos exemplos, y contaros de algunas tan antiguas, que casi parecen fábulas las cosas que con verdad se escriben dellas. Podria asimismo deciros de otras que han sido inventoras de tantas cosas tan provechosas á los hombres, que merecieròn ser tenidas por diosas, como fué Pallas y Céres. Tambien os podria decir de las Sibilas, por cuyas bocas Dios habló tantas veces, y reveló al mundo las cosas que habian de acaecer. Asimismo de aquellas que han sido maestras de grandes hombres, como Aspacia y Diotima, la cual con sacrificios dilató diez años el tiempo de una pestilencia que habia de venir sobre Aténas. Deciros ia tambien de Nicostrata, madre de Evandro, la cual mostró las letras á los latinos, y de otra mujer que fué maestra de Píndaro Lírico. Asimismo os diria de Corinna y de Safo, que fueron ecelentísimas en poesía; pero no quiero traer las cosas de tan léxos. Séos bien decir, dexando agora lo demas aparte, que de la grandeza de Roma quizá las mujeres fueron tanta causa como los hombres.

Eso querria yo, dixo Gaspar Pallavicino, que me dixésedes cómo fué.

Oid pues, respondió el Manífico. Despues que Troya quedó abrasada y por el suelo, muchos troyanos, que de tanto estrago habian escapado, huyeron

los unos á una parte y los otros á otra; de los cuales un cierto número, que por la mar habian pasado recias tempestades, aportaron á una comarca de Italia, donde el Tíber entra en la mar; y así, saliendo á tierra por buscar bastimentos y otras cosas necesarias, comenzaron á andar vagando por aquella provincia. Entónces las mujeres, que habian quedado en las naves, pensaron entre sí un provechoso consejo, con el cual se pudiese poner fin á su navegacion larga y peligrosa, y, en lugar de la patria que habian perdido, se procurase de cobrar otra; y así todas en uno consultando, ántes que sus maridos volviesen, quemaron las naves; y la primera que lo comenzó se llamaba Roma; todavía, temiendo el enojo que dello podrian recebir los hombres, los cuales ya volvian, saliéronles al camino, y algunas abrazando y besando á sus maridos, otras á sus parientes, amansaron con blanduras y halagos el primer ímpetu dellos, y despues que los vieron algo sosegados, comenzaron á decilles cuerdamente la causa de su prudente determinacion; por lo cual los troyanos, así por su necesidad, como porque fueron recogidos cortésmente de los moradores de aquella tierra, tuvieron por bueno lo que las mujeres habian hecho, y así moraron allí con los latinos en el lugar donde despues fué Roma, y desto procedió la costumbre antigua en los romanos, que las mujeres, cuando topaban á sus parientes, los besaban. Así que bien veis cuánto estas mujeres aprovecharon á que se fundase Roma. Pues si éstas hicieron este provecho para el comienzo desta ciudad tan grande, no lo hicieron menor las sabinas para el acrecentamiento della; por-

que, habiéndose Rómulo enemistado generalmente con todos los pueblos comarcanos por el robo que hizo de las mujeres dellos, fué apretado por todas partes con grandes guerras, las cuales él, por ser hombre de mucho valor y esfuerzo, brevemente las despachó con vitoria, salvo la de los sabinos, qué fue muy recia por el valiente corazon y prudencia singular de Tito Tacio, rey dellos; y así, ofreciéndose un dia entre estos dos pueblos una cruda batalla, con grave daño de entrambas partes, y aparejándose otra mayor, las mujeres sabinas, vestidas todas de luto, mesando sus cabellos y llorando ásperamente, sin miedo de las armas de los exércitos que estaban ya para romper, pusiéronse en medio entre los padres y los maridos, rogándoles que no quisiesen ensangrentar sus manos con la sangre de sus proprios suegros y yernos; y si por caso estaban mal satisfechos del deudo que entre ellos habia, volviesen contra ellas las armas, que mucho mejor les sería morir que quedar viudas ó sin padres y sin hermanos, y acordarse que habian parido de los que les habian muerto á sus padres, ó eran nacidas de los que les habian muerto á sus maridos. Tras esto muchas dellas, llorando con gemidos lastimosos, traian sus hijitos pequeños en los brazos, algunos de los cuales comenzaban ya á formar algunas palabras, y parecia que querian llamar y halagar á sus agüelos, á los cuales ellas, mostrando los nietos, decian con grandes lágrimas. Veis aquí vuestra sangre propria, la cual vosotros agora quereis tan cruelmente derramar con vuestras mismas manos. Tanto pudo en este caso el amor que estas mujeres tuvieron á su patria, á sus padres

y á sus maridos, y la prudencia de que supieron en tan brava afrenta aprovecharse, que no solamente fué establecida perpétua amistad y concordia entre estos dos reyes enemigos, más aún, lo cual fué de más maravillar, fueron los sabinos á vivir en Roma, y de dos pueblos se hizo uno solo; y así esta paz acrecentó mucho el estado y poder de los romanos; lo cual todo se ha de agradecer á estas sábias y animosas mujeres, las cuales fueron luégo tan remuneradas de Rómulo, que él, entre otras cosas, dividiendo el pueblo en treinta barrios, les puso los nombres dellas. Aquí comenzó á callar un poco el manífico Julian, y viendo que Gaspar Pallavicino tambien callaba, díxole. ¿No os parece que con razon se puede decir que estas mujeres fueron causa de mucho bien para los hombres, y que hicieron gran provecho al acrecentamiento de Roma?

— Yo conozco, respondió Gaspar Pallavicino, que esas mujeres merecen ser tenidas en mucho; pero si vos quisiérades en esto ser juez igual, y decir de las mujeres así los males como los bienes, no calláredes que una mujer en esta guerra de Tito Tacio cometió una traicion bien grande contra Roma, mostrando á los enemigos el paso por donde podian entrar en el Capitolio; y así vino la cosa á muy poco que no quedasen los romanos perdidos para siempre.

— Respondió á esto el manífico Julian. Vos me hablais de una sola mujer mala, y yo á vos de infinitas buenas; y áun demas de los exemplos que os he dado, podria daros muchos otros de los provechos que á Roma hicieron las mujeres. Y podríaos decir por qué causa fué edificado un templo á Vénus Armada, y

otro á Vénus Calva; y que fué instituida á Juno la fiesta de las mozas, porque libraron á Roma de las asechanzas de los enemigos; pero dexando esto, ¿no os parece á vos que aquel hecho tan señalado de haber descubierto la conjuracion de Catilina, del cual Ciceron tanto se alaba, principalmente procedió de una mujer baxa, la cual por esto sólo se podria decir que fué causa de todo aquel bien que en tantas partes Ciceron se precia haber hecho á la República Romana? Y si no me faltase tiempo, áun quizá os mostraria cómo las mujeres han corregido hartas veces en los hombres muchas tachas; mas paréceme que ya esta mi habla dura mucho y comienza á ser pesada; por eso, pues yo pienso haber ya cumplido, segun mis pocas fuerzas, con el cargo que estas señoras me han dado, acuerdo de dexar lo demas á otro que sepa decillo mejor que yo.

No hagais, dixo Emilia, tan gran perjuicio á las mujeres como sería dexar de dalles todos los loores que merecen, y acordaos que, si el señor Gaspar y áun quizá el señor Otavian os escuchan con pena, todos estos otros caballeros y nosotras os escuchamos con mucho placer.

Todavía el Manífico porfiaba á no decir más, pero todas aquellas señoras se pusieron en rogalle que dixese, y así él riendo dixo. Por no hacer que el señor Gaspar me quiera peor de lo que me quiere ya, diré brevemente sólo de algunas que agora se me acuerdan, y dexaré otras muchas que podria deciros, y así comenzó. Habiendo Filipo de Demetrio puesto cerco sobre la ciudad de Chio, mandó pregonar que á to-

dos los esclavos que huyesen de la ciudad y se viniesen para él, prometia de ahorrallos y casallos con las mujeres de sus dueños. Agraviáronse y embraveciéronse tanto las mujeres con este pregon tan ultrajoso para ellas, que luégo, armándose todas, corrieron con gran ímpetu á la cerca, y allí tan fieramente pelearon, que Filipo dende á pocos dias hubo de levantar el real y irse con daño y con mengua. Esto hicieron las mujeres, lo cual hasta entónces nunca habian podido hacer los hombres. Estas mismas, llegando á Leuconia con sus maridos, padres y hermanos, que andaban desterrados, hicieron un hecho no ménos honrado que esotro, y fué que moviendo los eritreos, los cuales estaban allí con sus confederados, guerra contra estos chios, éstos, no siendo parte para poder valerse contra sus enemigos, vinieron á tratar con ellos algun partido; y así fué el concierto, que los dichos dexasen la ciudad y se fuesen cada uno solamente con su jubon y camisa. Viniendo á los oidos de las mujeres este partido tan vergonzoso, hubieron mucho pesar dello, pareciéndoles gran deshonra que unos hombres, que hasta allí habian sido tenidos en muy buena reputacion, pasasen sin armas y desnudos entre sus enemigos; y así dixéronles que en ninguna manera lo hiciesen. Respondiendo ellos que el concierto era hecho, y que no podian tornarse atras, diéronles ellas por consejo que dexasen todos los vestidos y sólo llevasen sus lanzas y sus escudos, y dixesen á sus enemigos que aquéllos eran sus jubones y sus camisas. Ellos lo hicieron así, y desta manera encubrieron gran parte de la deshonra que parecia no

poder escusarse ya. Habiendo tambien Ciro en una cruel batalla desbaratado un gran exército de los persianos, ellos, huyendo hácia la ciudad, hallaron á sus mujeres cabe la puerta del lugar; y así, ellas viéndolos venir ya cerca, dixéronles con un rigor muy grande: ¿Adónde huis, perdidos y baxos hombres? ¿Querríades agora vosotros por ventura asconderos en nosotras dentro en el lugar de donde salistes? Oyendo los persianos estas y semejantes palabras, y conociendo cuánto sus mujeres valian más que ellos, hubieron tan gran empacho de sí mismos, que vueltos en el mismo punto á sus enemigos, tornaron nuevamente á pelear con ellos, y desbaratáronlos.

Habiendo hasta aquí hablado el manífico Julian, paró, y volviéndose á la Duquesa, díxole. Sé que agora, señora, darme heis licencia que calle.

Paréceme, dixo Gaspar Pallavicino, que os será forzado callar, pues ya no teneis más que decir.

Respondió riendo el Manífico. Vos, señor, me poneis en necesidad que os ponga yo á vos en trabajo de escucharme toda esta noche loores de mujeres. Y así sabréis de muchas espartanas que holgaron estrañamente con las honradas muertes de sus hijos proprios, y veréis de otras que, ó no los quisieron por hijos, ó los mataron en sabiendo que habian hecho vileza. Oireis más, cómo las mujeres de Morviedro en la perdicion de su patria se armaron contra la gente de Annibal; y tambien os diré, cómo siendo el exército de los tudescos desbaratado por Mario, las mujeres de aquellos bárbaros, no pudiendo alcanzar de los romanos que pudiesen vivir en Roma con libertad en

servicio de las vírgenes Vestales, todas se mataron juntamente con sus hijitos pequeños; y si mucho me enojais, diréos de otras mil, de las cuales las historias antiguas están llenas.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. ¡Ah, señor Manífico, Dios sabe cómo esas cosas pasaron! ya sabeis que de luengas vias aquellos tiempos quedan tan atras y tan léxos de nosotros, que muchas mentiras pueden decirse de lo que pasó entónces, y muy pocas probarse.

Si quisiéredes, respondió el Manífico, en todo tiempo medir el valor de las mujeres con el de los hombres, hallaréis que ellas nunca han quedado, ni agora quedan, un paso atras dellos; porque, dexando aquellos tiempos más antiguos, si venimos al tiempo en que los godos señorearon á Italia, hallarémos entre ellos haber sido una reina Amalasunta, la cual reinó muchos años con maravillosa prudencia. Despues Teodelinda, reina de los lombardos, virtuosísima, y Teodora, griega, emperatriz. Y en Italia, entre otras muchas, fué muy ecelente señora la condesa Matilda, de la cual sería mejor que hablase el señor conde Ludovico, porque viene de aquel linaje.

Ántes es mejor, respondió el conde Ludovico, que hableis vos della, porque no parece bien alabar el hombre sus mismas cosas.

Pasó adelante el Manífico, diciendo. ¿Y no han llegado á vuestra noticia las mujeres que en los tiempos pasados fueron en toda virtud famosas de esta illustre casa de Montefeltro? ¿Y las de casa Gonzaga, las de Este, y las de Pij? Pues si quisiésemos hablar

agora de los nuestros tiempos, no sería menester illas á buscar muy léxos, que en casa las tenemos. Mas yo no quiero aprovecharme de las que están presentes, porque no parezca que me confesais por cortesía, lo que en ninguna manera podeis negarme; y, porque salgamos ya de Italia, acordaos que en nuestros dias hemos visto á Ana, reina de Francia, señora no ménos poderosa en la virtud que en el estado, la cual si en la justicia, en la clemencia, en la liberalidad y santidad de vida quisiéredes comparalla con los reyes Cárlos y Ludovico, que de entrambos fué mujer, hallarla heis en todo y por todo igual con ellos. Mirá tambien á madama Margarita, hija del emperador Maximiliano, la cual con grandísimo seso y justicia ha gobernado hasta aquí, y todavía gobierna, su estado. Pero dexando aparte todas las otras, decíme, señor Gaspar, ¿qué rey ó qué príncipe hemos visto en nuestros dias, ó hemos oido decir que haya sido muchos años atras en la cristiandad, que merezca ser comparado con la reina doña Isabel de España?

Respondió Gaspar Pallavicino. ¿Qué rey? El rey Don Hernando, su marido.

Vos decís, dixo el Maníficо, muy gran verdad por cierto; que, pues ella le juzgó merecedor de ser su marido, y le amó tanto, no se puede decir que no pueda ser comparado con ella. Con todo, bien creo yo que la reputacion y autoridad que ella le dió no fué menor dote que el que le truxo, trayéndole todo el reino de Castilla.

Ántes pienso yo, respondió Gaspar Pallavicino, que

muchas cosas buenas de las que hacia él, las echaban á ella.

Dixo entónces el Maníflco. Si los pueblos de España, los señores, los privados, los hombres y las mujeres, los pobres y los ricos, todos nó están concertados en querer mentir en loor della, no ha habido en nuestros tiempos en el mundo más glorioso exemplo de verdadera bondad, de grandeza de ánimo, de prudencia, de temor de Dios, de honestidad, de cortesía, de liberalidad, y de toda virtud, en fin, que esta gloriosa Reina; y puesto que la fama desta señora en toda parte sea muy grande, los que con ella vivieron, y vieron por sus mismos ojos las cosas maravillosas della, afirman haber esta fama procedido totalmente de su virtud y de sus grandes hechos. Y el que quisiere considerar sus cosas, fácilmente conocerá ser la verdad ésta; porque, dexando otras infinitas hazañas suyas que darian desto buen testigo, y podrian agora decirse, si fuese este nuestro principal propósito, no hay quien no sepa que, cuando ella comenzó á reinar, halló la mayor parte de Castilla en poder de los grandes; pero ella se dió tan buena maña, y tuvo tal seso en cobrallo todo tan justamente, que los mismos despojados de los estados que se habian usurpado, y tenian ya por suyos, le quedaron aficionados en todo estremo, y muy contentos de dexar lo que poseyan. Cosa es tambien muy sabida con cuánto esfuerzo y cordura defendió siempre sus reinos de poderosísimos enemigos. A ella sola se puede dar la honra de la gloriosa conquista del reino de Granada; porque en una guerra larga y tan difícil contra enemigos obstinados, que pelea-

ban por las haciendas, por las vidas, por su ley, y, al parecer dellos, por Dios, mostró siempre con su consejo, y con su propria persona tanta virtud, que quizá en nuestros tiempos pocos príncipes han tenido corazon, no digo de trabajar en parecelle, más ni áun de tenelle invidia. Demas desto afirman todos los que la conocieron haberse hallado en ella una manera tan divina de gobernar, que casi parecia que solamente su voluntad bastaba por mandamiento, porque cada uno hacia lo que debia sin ningun ruido, y apénas osaba nadie en su propria posada y secretamente hacer cosa de que á ella le pudiese pesar. Y en gran parte fué desto causa el maravilloso juicio que ella tuvo en conocer y escoger los hombres más hábiles y más cuerdos para los cargos que les daba. Y supo esta señora así bien juntar el rigor de la justicia con la blandura de la clemencia y con la liberalidad, que ningun bueno hubo en sus dias que se quexase de ser poco remunerado, ni ningun malo de ser demasiadamente castigado, y desto nació tenelle los pueblos un estremo acatamiento mezclado con amor y con miedo, el cual está todavía en los corazones de todos tan arraigado, que casi muestran creer que ella desde el cielo los mira, y desde allá los alaba ó los reprehende de sus buenas ó malas obras, y así con solo su nombre y con las leyes establecidas por ella, se gobiernan áun aquellos reinos de tal manera, que aunque su vida haya fallecido, su autoridad siempre vive, como rueda que movida con gran ímpetu largo rato, despues ella misma se vuelve como de suyo por buen espacio, aunque nadie la vuelva más. Considerá tras esto, señor Gaspar, que en

nuestros tiempos todos los hombres señalados de España y famosos en cualquier cosa de honra han sido hechos por esta Reina; y el Gran Capitan Gonzalo Hernandez mucho más se preciaba desto que de todas sus vitorias y ecelentes hazañas, las cuales en paz y en guerra le han hecho tan señalado, que si la fama no es muy ingrata, siempre en el mundo publicará sus loores y mostrará claramente que en nuestros dias pocos reyes, ó señores grandes, hemos visto que en grandeza de ánimo, en saber y en toda virtud, no hayan quedado baxos en comparacion dél. Pero volviendo otra vez á nuestra Italia, digo que áun aquí no faltan señoras ecelentísimas; porque en Nápoles tenemos dos singulares reinas; y en la misma ciudad murió poco há la reina de Ungría, señora tan ecelente cuanto vos sabeis, y bastante para igualarse con el famoso y nunca vencido rey Matía Corvino, su marido. Asimismo la duquesa doña Isabel de Aragon, hermana del rey don Hernando de Nápoles, la cual en las ásperas revueltas de la fortuna ha mostrado su virtud y esfuerzo, como suele el oro mostrar en el fuego su valor. Pues si dais vuelta á la Lombardía, veréis luégo á doña Isabel, Marquesa de Mantua, á cuyas virtudes se haria injuria hablando dellas tan templadamente, como sería forzado hacello aquí agora donde estamos. Mas pésame que no hayais todos conocido á la Duquesa de Milan doña Beatriz, su hermana, porque con ella daríades cabo á no maravillaros más ya de otro ningún ingenio de mujer, por singular que fuese. La duquesa tambien doña Leonor de Aragon, duquesa de Ferrara, y madre destas dos señoras que

yo agora os he nombrado, fué tal que sus señaladas virtudes mostraban bien á todo el mundo que ella, no solamente merecia ser hija de rey, mas ser reina de mucho mayor estado que no habian poseido todos sus antecesores. Y por deciros de otra, ¿conoceis vos por ventura muchos hombres en el mundo que sufriesen los recios encuentros de la fortuna con tanto seso con cuanto los sufre la reina doña Isabel de Nápoles, la cual despues de la pérdida de su reino; despues del destierro y muerte del rey Don Federique, su marido, y de dos hijos; despues de la prision del Duque de Calabria, su primogénito, todavía en mitad de estas adversidades parece reina, y pasa con tan buen ánimo su miserable pobreza, que muestra muy claramente, que, aunque haya mudado de estado, no ha mudado de condicion? Dexo de hablar agora de infinitas otras señoras, y de mil mujeres de baxa suerte, como de muchas pisanas, que en la defension de su patria contra los florentines, mostraron aquel generoso esfuerzo, sin temor de la muerte, que pudieran mostrar los corazones más animosos que hayan sido jamas en el mundo; y así fueron celebradas por muchos famosos poetas en sus versos. Podria tambien deciros de algunas ecelentísimas en letras, en música, en el arte del pintar y esculpir; pero no quiero andar revolviéndome más tras estos exemplos, los cuales son de vosotros tan sabidos como de mí. Basta por agora, que si vos en vuestro corazon quereis considerar las mujeres que vos mismo conoceis, halláréis sin dificultad que ellas por la mayor parte valen tanto como sus padres, hermanos y maridos, y que muchas

han sido causa de grandes provechos á los hombres, y hartas veces les han enmendado sus yerros. Y si agora no se hallan en el mundo aquellas grandes reinas que sojuzgaban regiones estrañas, y hacian edificios señalados, pirámides y ciudades, como aquella gran Tomíris, reina de Scitia, Artemisia, Zenobia, Semíramis y Cleopatra, tampoco se hallan hombres tan famosos como fué César, Alexandre, Scipion, Lucullo, y aquellos otros emperadores romanos.

No digais eso, respondió riendo el Frigio, que sin duda agora hartas mujeres se hallan como Cleopatra y Semíramis; y, si no tienen tan grandes estados como aquélla, no les falta por eso la buena voluntad de seguillas en darse placer, y satisfacer, cuanto es posible, á sus apetitos.

Vos, señor Frigio, dixo el Manífico, andais apartandoos de la tela; porque bien veis vos que si agora se hallan algunas Cleopatras, no dexan de hallarse enfinitos Sardanápalos, que es harto peor.

No hagais, dixo Gaspar Pallavicino, esas comparaciones, ni creais que los hombres sean ménos castos que las mujeres, y ya que lo fuesen no sería peor; porque de la incontinencia de las mujeres nacen infinitos males, que no nacen de la de los hombres; y por eso, como ayer se dixo, sábiamente ordenaron ellos que á ellas les fuese lícito sin infamia poder errar en todas las otras cosas, á fin que pudiesen poner todas sus fuerzas en mantener esta sola virtud de la castidad, sin la cual los hijos serian inciertos, y aquel ñudo que tiene al mundo atado con el deudo de la sangre, y con amar naturalmente cada uno aque-

llo que ha producido, quedaria suelto; y por eso es muy justo que parezca peor en las mujeres la vida deshonesta que no en los hombres, los cuales no traen en sus cuerpos nueve meses los hijos.

Hermosos argumentos, respondió el Manífico, son esos que agora vos haceis. No sé por qué no mandais luégo escribillos. Pero decíme, ¿por qué razon no ha sido ordenado que en los hombres fuese tan gran deshonra la vida disoluta como en las mujeres, considerado que si ellos son naturalmente más virtuosos y de mayores fuerzas para resistir á los vicios, más fácilmente podrán mantenerse en esta virtud de castidad que no ellas? Y los hijos serán tan ciertos desta manera, como desa otra que habeis dicho; porque aunque las mujeres fuesen malas, y quisiesen andar envueltas en mil deshonestidades, si los hombres fuesen buenos, y no consintiesen en las maldades dellas, claro está que ellas, siendo solas, ni podrian dañar con sus vicios, ni poner entre nosotros duda de nuestros hijos. Mas, en fin, si quereis confesar la verdad, no dexais de conocer vos que nosotros de nuestra propria autoridad nos hemos ocupado esta licencia, que unos mismos pecados se tengan por livianos en nosotros, y alguna vez merezcan ser loados, y en las mujeres sean tenidos por gravísimos, y no basten penas para castigallos, sino es una vergonzosa muerte, ó por lo ménos una perpétua infamia. Por eso, ya que esta opinion dañada está apoderada en el mundo, parecerme ha tambien justa cosa castigar gravemente á los que con mentiras andan disfamando mujeres. Y tengo yo por cierto que sea obligado todo buen caballero á defen-

der la verdad siempre que sea menester, en especial cuando sepa que alguna mujer es acusada falsamente de mala.

Y yo, respondió riendo Gaspar Pallavicino, no solamente afirmo ser obligacion de todo buen caballero hacer eso que vos decis, mas áun pienso que es cortesía y gentileza encubrir cualquier yerro, en el cual, por desastre ó por mucho amor, haya caido una mujer de bien. Y en esto veréis que yo tomo más la parte de las mujeres, donde la razon lo sufre, que no haceis vos. No niego yo con todo que los hombres no se hayan metido por esta libertad adelante algo más de lo que debieran, y esto porque saben que, segun la opinion comun, no les trae á ellos la vida disoluta tanta deshonra como á las mujeres, las cuales por su flaqueza son más aparejadas á consentir en sus apetitos que los hombres. Y si alguna vez dexan de acudir á sus deseos, hácenlo de vergüenza; y por eso nosotros les hemos puesto el miedo de la infamia, como un freno que por fuerza las haga parar en esta virtud de la castidad, sin la cual, por decir verdad, valdrian ellas harto poco; porque el mundo ningun provecho lleva dellas sino el engendrar de los hijos. Esto no es así en los hombres, los cuales son útiles para muchas cosas; gobiernan las ciudades y los exércitos, y hacen otros mil provechos de mucha calidad, lo cual todo, pues vos así lo quereis, no quiero yo agora disputar cómo sabrian hacello las mujeres, basta ver que no lo hacen. Pues cuanto á la continencia, todas las veces que la cosa ha venido á lance que se hubiese de ver esta virtud en los hombres, así en esta como en las otras

han llevado ellos la ventaja á las mujeres, puesto que vos no lo confeseis; y yo para la prueba desto no quiero recitaros tantas historias ó fábulas cuantas habeis vos recitado; contentarme he de remitiros solamente á la continencia de dos grandes hombres y mozos, y llenos de vitorias frescas de entónces, con las cuales suelen tomar mucha licencia y enloquecerse hasta los hombres baxos. Del uno es la que usó el gran Alexandre con la mujer y hijas hermosísimas de Dario, enemigo y vencido: la otra es de Scipion, á quien siendo de edad de veinte y cuatro años, y habiendo en España tomado por fuerza una ciudad, fué traida una muy hermosa y muy principal moza, presa entre otras muchas, y siendo Scipion informado ser ésta esposa de un señor de aquella tierra, no solamente no quiso llegar á ella, mas volvióla á su marido con grandes dádivas. Podria tambien deciros de Xenocrátes, el cual fué tan casto, que siéndole puesta en su cama al lado una mujer fresca y bien dispuesta, y haciéndole ella todos los regalos que se podian hacer, y usando todas las artes para aquello necesarias, en las cuales era gran maestra, nunca pudo trastornar el ánimo de este varon singular, ni áun hacelle mostrar señal alguna, por pequeña que fuese, de deshonestidad, no embargante que en esto gastó ella toda una noche. Podriaos asimismo decir de Pericles, el cual oyendo solamente que uno alababa con gran hervor á un muchacho de hermoso, le reprehendió gravemente; y de muchos otros continentísimos por su propria voluntad, y no por vergüenza ni miedo, como las más de las mujeres, que por estas dos solas causas suelen ser

buenas, las cuales áun con todo esto merecen ser alabadas, y el bellaco que las disfama, debe, como vos decis, ser muy reciamente castigado.

CAPÍTULO IV

Cómo despues que en el capítulo precedente el manífico Julian ha traido muchos exemplos de los notables hechos de mujeres, en especial de la memorable señora doña Isabel, reina de España, agora en éste, tomando la mano en la plática micer César en defension de las damas, trae otros muchos exemplos de afamadas señoras.


icer César entónces, el cual habia gran rato que estaba callando, dixo. Mirá cuál debe ser el mal que el señor Gaspar dice de las mujeres, que esto que agora acaba de decir, dice él por alaballas. Por eso si el señor Manífico me consintiere que yo pueda en lugar suyo respondelle un poco acerca de cuanto, á mi parecer, falsamente ha dicho sobre esto, será quiza bien para él y para mí; porque él descansará en tanto un rato, y despues podrá mejor volver á su proceso de formar su Dama, y yo holgaré mucho que se me haya ofrecido ocasion de poder defender la verdad, como es oficio de todo buen caballero.

Ántes os suplico, respondió el Manífico, que lo hagais así; porque ya á mí me parecia haber cumplido, segun mis fuerzas, con mi obligacion, y temia que esta mi habla no comenzase á desmandarse algo.

Dixo entónces micer César, ya yo no quiero hablar

del provecho que el mundo recibe de las mujeres demás del parir; porque harto se ha declarado cuánto ellas sean necesarias, no solamente á nuestro sér, más áun á nuestro bien sér; pero digo, señor Gaspar, que si ellas son, como vos decis, más prestas á sus apetitos que los hombres, y con todo esto se resisten más que no ellos, lo cual vos mismo habeis confesado, merecen tanto más ser alabadas, cuanto su naturaleza es ménos fuerte para vencer los movimientos naturales; y, si decis que de vergüenza resisten á sus deseos, paréceme que desa manera, en lugar de dalles una virtud, les dais dos; porque si en ellas puede más la vergüenza que el apetito, y por ella se refrenan de hacer mal, pienso que esta tal vergüenza, la cual, en fin, no es otra cosa sino temor de infamia, es una singular virtud, y de muy pocos hombres poseida. Y si yo agora pudiese, sin muy gran deshonra y confusion de los hombres, decir cuántos dellos estén enterrados en mitad de la desvergüenza, que es el vicio contrario á esta virtud, amancillaria los limpios y castos oidos que me escuchan; y lo peor es que por la mayor parte estos tales, injuriosos á Dios y á la natura, son ya hombres viejos, de los cuales los unos son clérigos, los otros filósofos, los otros dotores en leyes; y gobiernan las repúblicas con una severidad grave en sus rostros, la cual promete toda la limpieza del mundo. Éstos son los que por una parte se autorizan ó andan por autorizarse, diciendo á cada paso con un gran ceño que las mujeres son incontinentísimas, y por otra continamente se están quexando de sí mismos, que ya no pueden, y que ya les falta el calor natural para satis-

facer á sus abominables deseos, los cuales les quedan atravesados en el alma despues que la natura los niega al cuerpo, y así muchas veces hallan modos en que las fuerzas no son necesarias. Pero yo no quiero agora más alargarme en esto, y basta ver que me confesais que las mujeres se abstienen más del vivir deshonesto que los hombres. Sabé otra cosa, que ningun freno las aprieta ni las sojuzga, sino el que ellas mismas se ponen; y veréislo en esto, que las más de las que son guardadas con grandes estrechezas, ó maltratadas de sus maridos ó padres, son ménos buenas que las que viven con más libertad. El verdadero freno generalmente para las mujeres es la virtud y deseo de la honra, de la cual, muchas que yo en mis dias he conocido, hacen más caso que de la propria vida. Y si quereis decir la verdad, no hay aquí nadie de nosotros que no haya visto mancebos de gran linaje y principales, discretos, avisados, animosos, bien dispuestos, y, en fin, muy gentiles galanes, haber gastado muchos años andando de amores con alguna dama, sin jamas descuidarse de diligencia, ni de cosa que pudiese aprovechar, dando, suplicando, llorando, y, en fin, haciendo cuanto se pudiese pensar, y al cabo ser todo en vano. Y sino porque quizá querríades estar cortesano comigo, y responderme que en mí no es maravilla, que yo no soy para que me vaya bien de amores, probaros ia conmigo mismo lo que he dicho; porque más de una vez, por la recia y dura bondad de una mujer, me he visto llegar al punto de la muerte.

No os maravilleis deso, respondió Gaspar Pallavi-

cino, que quizá esas mujeres estuvieron tan recias porque no les parecian bien ó tenian un no sé qué, que no eran de su gusto, esos que andaban con ellas; y sabé más, que las que son muy rogadas, ésas son las que se detienen, y las que no las ruega nadie, aquéllas son las que ruegan.

Yo por cierto, dixo micer César, nunca he visto hombre que fuese requerido de mujer ninguna. Bien he visto muchos, que, despues que se ven haber trabajado en vano y gastado sus dias locamente, se acogen á una gentil venganza, que es decir que alcanzaron muy largamente lo que por ventura ellos consigo mismo solamente imaginaron; y paréceles á éstos que ser disfamadores, y fingir cuentos para que anden mil mentiras en perjuicio de alguna mujer de bien, sea una muy delicada cortesanía; y verdaderamente los tales que se alaban perjudicialmente de una gentil dama, ó sea verdad ó mentira, merecen ser gravemente castigados; y si alguna vez llevan algo sobre la cabeza, son ciertamente hombres de honra los que les dieron tal pago; porque, si con mentira disfaman, ¿qué más abominable bellaquería que quitar falsamente á una mujer honrada lo que ella precia más que la vida? Y esto por lo que ella hizo bien, y por lo de que mereciera ser muy loada; y si con verdad, ¿qué castigo ó qué pena podrá bastar para un hombre tan malo y tan traidor, que pague con tanta ingratitud y maldad á una mujer de bien, lo que ella hizo por él vencida de sus falsas blanduras, de sus fingidas lágrimas, de sus continas importunidades, de sus quexas y lamentaciones, de sus artes y mañas y jura-

mentos falsos, con lo cual todo hubo ella de caer á amar mucho, y amando mucho, fué necesario entregarse totalmente á un tan malino espíritu? Mas por responderos tambien á esta gran continencia que habeis alegado de Alexandre y de Scipion, digo que yo no os niego que entrambos hiciesen una cosa muy bien hecha; mas todavía al encuentro desto, porque no podais decir que contándos cosas muy antiguas os cuento hablillas de viejas, os quiero contar de una mujer de nuestros tiempos, de baxa suerte, la cual se mostró harto más continente que esos dos grandes hombres que habeis dicho. Así que digo, que yo conocí una moza hermosa y delicada, el nombre de la cual no quiero deciros, porque no se escandalicen della los necios, los cuales en sabiendo que una mujer está enamorada, luégo tienen mal conceto della; ésta siendo largo tiempo amada de un mancebo noble y de buenas costumbres, volvióse con todo su corazon y entrañas á amalle, y esto no solamente yo lo sabía, á quien ella descubria todos sus secretos, como si yo fuera, no digo hermano, mas una hermana entrañable suya; pero áun todos aquellos que la veian en presencia deste mancebo, conocian claramente cuán perdida por él estaba; y así, amando ella tan ahincadamente cuanto amar puede un corazon por enamorado que esté, sostúvose dos años en tanto recogimiento, que nunca hizo muestras á este mancebo de amalle, sino las que en ninguna manera podia encubrille; ni jamas le quiso hablar ni recibir dél cartas ni dádivas, ni otros presentes, siendo requerida con todas estas cosas á cada paso; pues cuanto desease

ella hacello, yo bien lo sé; porque si alguna vez secretamente podia alcanzar alguna cosa que hubiese sido de este su servidor, teníala tan guardada, y tan preciada, y regalábase tanto con ella, que parecia que aquello era su vida y todo su bien; en fin, en todo este tiempo nunca en nada quiso contentalle, sino en velle y dexarse ver, y alguna vez ofreciéndose algunas fiestas públicas, danzaba con él como con los otros; y porque las calidades y haciendas de entrambos eran harto conformes, deseaban ellos que este amor parase en casamiento; lo mismo deseaban cuantos hombres y mujeres habia en aquella ciudad, salvo el crudo y áspero padre della, el cual por una perversa y estraña opinion acordó de casalla con otro más rico. A esto no contradixo la cuitada de la moza con otra cosa sino con lágrimas. Estas solas fueron sus palabras y sus razones y todas sus defensas; así que hecho este malaventurado matrimonio con mucho dolor de todo aquel pueblo, y con mayor desesperacion destos tristes enamorados, áun este encuentro de la fortuna no bastó para desarraigar un tan fundado amor de entrambos corazones, porque áun despues duró por espacio de tres años, puesto que ella muy cuerdamente lo disimulase y procurase con todas sus fuerzas de cortar el hilo á sus deseos, los cuales ya eran sin esperanza, y en todo este tiempo siguió siempre su determinado propósito de no dexarse vencer; y viendo que no podia honestamente gozar de aquel en quien adoraba, determinó de estarse sin él, y de no querelle; y así seguia su costumbre de no escuchar los recaudos que él le enviaba, ni recebir sus dádivas, ni

dexarse ver; en fin, con esta recia determinacion y fuerza que se hizo la cuitada, vencida del áspero trabajo, y venida por larga pasion en estrema flaqueza, al cabo de tres años se murió, y escogió más ahina sufrirse sin su proprio contentamiento, y sin sus deseos, y, en fin, sin su misma vida, que sin su virtud. Pues yo os seguro que no le faltaban hartos lugares para poder acudir á su voluntad secretamente, y sin peligro de infamia ó de otra alguna pérdida; y con todo esto siempre estuvo firme, sin consentir en lo que tanto deseaba, moviéndola á ello la persona del mundo á quien más ella queria. Este hecho tan señalado no le hizo ella por miedo ni por otro ningun respeto, sino por el solo amor de la verdadera virtud. ¿Y qué me diréis vos de otra, la cual seis meses enteros estuvo casi cada noche desnuda en una cama con un hombre, por quien era perdida, y en todo este tiempo, teniendo los manjares á la boca, con deseos de comer, y convidada con los ruegos y lágrimas de quien ella más que á sí misma amaba, siempre se tuvo? Y aunque estuviese presa así desnuda en la recia cadena de aquellos amados brazos, nunca se dió por vencida, sino que conservó siempre sana la flor de su limpieza. ¿Paréceos, señor Gaspar, que podrian igualarse estos hechos de contenencia con el de Alexandre, el cual enamorado en todo estremo, no de la mujer é hijas de Dario, sino de aquella fama y grandeza que le despertaban con las aldabadas de la gloria, y le movian á sufrir trabajos, y á pasar peligros por hacerse inmortal, no sólo las otras cosas, mas su propria vida despreciaba? ¿Pues paréceos gran milagro que con tales pensamien-

tos se refrenase de una cosa que no deseaba mucho? Porque claro está, que no habiendo jamas visto aquellas mujeres, no habia luégo en aquel punto de enamorarse tanto dellas, que no le fuese muy fácil cosa no caer; cuanto más que estaba en la mano quererlas mal por causa de Dario, enemigo mortal suyo; y siendo así esto, toda cosa que él cometiera con ellas fuera injuria, y no amor. Y por eso no fué mucho que Alexandre, el cual no ménos con su grandeza de ánimo que con las armas venció al mundo, dexase de injuriar unas mujeres tristes y presas y llenas de miseria. La continencia tambien de Scipion merece ciertamente ser alabada, mas con todo, si bien se considera, no se debe igualar con la de estas dos mujeres que he dicho; porque él tambien dexó de caer á cosa no deseada, estando en tierra de enemigos, y siendo un capitan nuevo, y luégo en el principio de una empresa importantísima, y esperando todos en su patria que habia de hacer las más señaladas cosas que nunca hombre hizo, y habiendo de tener residencia de todo lo que hiciese ante jueces rigurosísimos, los cuales muchas veces castigaban, no solamente los grandes, mas áun los pequeños delitos, y sabía que entre ellos no faltaban algunos que le tenian mala voluntad; y más conociendo que si de otra manera hiciera aquello, se pusiera en peligro, por ser aquélla una mujer muy principal y casada con un gran señor, de alterar toda la tierra, y de hacer que se levantasen contra él muchos, y con esto pudiera su vitoria dilatarse, ó quizá perderse. Así que con tantos y tan grandes inconvenientes, no fué mucho abste-

nerse de un liviano y dañoso apetito; en especial mostrando en ello esta virtud de continencia, y una liberal bondad, con la cual, segun se escribe, ganó todos los corazones de aquellos pueblos, y con ella se aprovechó tanto como con otro muy gran exército para vencer con amor los ánimos qué por ventura con armas nunca hubiera vencido. Así que esto más aína se pudiera llamar un buen ardid de guerra que pura continencia; cuanto más que este hecho de Scipion no se tiene por tan verdadero como quizá pensais; porque algunos autores aprobados afirman haber Scipión gozado de esta moza; pero lo que yo os he contado podeis creer que fué así sin duda.

¿Leísteslo vos, dixo el Frigio, por ventura en los Evangelios?

Yo mismo lo he visto, respondió micer César, y por eso lo sé mejor que podeis saber vos ni otro lo que se escribe de Alcibíades, que se levantaba por la mañana de la cama de Sócrates como suelen levantarse los niños de las camas de sus padres. Ésto, hablando aquí la verdad, no sé yo cómo era, que cuanto á mí no me parece muy propio lugar ni tiempo la cama, ó la noche para contemplar aquella pura hermosura, la cual se dice que amaba Sócrates sin ningun deseo deshonesto, en especial amando más la hermosura del alma que no la del cuerpo, pero esto en los mochachos. Pues un gentil exemplo es aquel de Xenócrates; por cierto creo yo que no se pudiera hallar otro mejor para alabar la continencia de los hombres; que siendo éste un filósofo envuelto siempre en sus libros, obligado á su misma profesion,

la cual consiste toda en la virtud y buenas costumbres, y no en las palabras; viejo ya, consumido, perdida la fuerza natural, no pudiendo ni mostrando señal de poder, ¿qué queríades que hiciese, sino lo que hizo? ¿Quisiéredes que no pudiendo se encharcára en una ramera pública, la cual con solo el nombre era bastante á hacelle asco? Más aína creyera yo que hubiera él sido continente, si mostrando en aquel caso algun movimiento ó señal de alboroto, hubiera usado de su continencia, ó si se templara en el vino, el cual suele ser harto más natural á los viejos, que envolverse con mujeres. Pero mirá qué viejo tan templado, que dél se escribe que holgaba con el beber razonablemente, y que ordinariamente andaba lleno de vino; pues yo querria que me dixésedes si hay cosa en el mundo más ajena de la continencia de un viejo que la borrachez. Pero, en fin, si astenerse de obras carnales merece loor en los viejos, ¿cuánto mayor es el que se merece desto en unas mujeres mozas y delicadas como aquellas dos que os he dicho? La una de las cuales, poniendo ásperas leyes á todos sus sentidos, no solamente negaba á los ojos su luz, mas quitaba al corazon aquellos pensamientos que fueron muy largo tiempo el puro mantenimiento con que ella sostuvo su vida. La otra enamorada perdida, hallándose tantas veces sola en los brazos de aquel á quien más que á todo el mundo amaba, peleando contra sí misma y contra él, vencia á aquel ardiente deseo, que muchas veces ha vencido á hartos hombres sabios y muy honrados. Pues luégo, señor Gaspar, ¿no os parece que debieran los que han escrito tener empacho de hacer

mencion de Xenócrates en este caso, y de llamalle continente? Porque, cierto, si pudiésemos agora sabello, yo apostaria cuanto vos quisiésedes, que el buen viejo, toda la noche, hasta el otro dia á hora de comer, durmió como un muerto enterrado en vino, y que nunca aquella honrada mujer, por mucho que en él hiciese, pudo despartalle, ni hacelle abrir más los ojos que si le hubieran dado dormideras.

A esto rieron todos; y Emilia tambien riendo dixo. Por cierto, señor Gaspar, yo creo que si pensais en ello un poco más, áun hallaréis otro hermoso exemplo de continencia tan bueno como este que habeis dicho.

¿No os parece, señora, dixo micer César, que tambien es bueno lo que nos ha contado de Perícles? Yo me espanto que no se haya acordado de la continencia y de aquel gentil dicho que se escribe de uno, á quien una ramera pidió muy gran precio por una noche, y él respondióle que no queria dar tanto por un arrepentimiento.

Andaba todavía gran risa, y micer César, habiendo callado un poco, dixo. Suplícos, señor Gaspar, que me perdoneis, si os he enojado con decir más verdades de las que vos quisiérades oir; porque, en fin, ésos son los milagros de continencia que los hombres escriben de sí mismos, condenando á las mujeres por malas, en las cuales á cada paso se ven infinitas señales de gran virtud; porque, en verdad, si bien lo quereis mirar, no hay fortaleza en el mundo tan inespugnable ni tan bien defendida, que combatiéndola con mucho ménos fuerza y arte que por derrocar el firme corazon de una mujer se inventan, no la tomásedes

al primer combate. ¿Cuántos criados de reyes y de señores, hechos ricos y puestos en autoridad por ellos, siendo alcaides de sus fortalezas, las cuales eran la llave y el fundamento de todos sus estados, las han vendido por pura codicia de dinero, sin vergüenza ni miedo de ser despues tenidos por traidores? Pluguiese á Dios que en nuestros tiempos hubiese tan pocos destos, que no tuviésemos mayor trabajo en hallar alguno que en tal caso hubiese hecho lo que debia, que en nombrar agora muchos que en esto hayan errado. Pues si quereis mirallo todo, veréis tantos otros que andan cada dia robando, salteando y matando hombres. Otros por la mar cosarios despojando á todos los que topan. Pues ¿cuántos prelados hay que venden las cosas de la Iglesia de Dios? ¿Cuántos letrados y escribanos que falsan testamentos? ¿Cuántos que hacen mil juramentos falsos? ¿Cuántos que testifican en juicio contra la verdad por dinero? ¿Cuántos médicos, que por esta misma causa dan hierbas á los enfermos? ¿Cuántos tambien se hallan que por miedo de la muerte hacen vilezas baxísimas? Y á todas estas recias y crudas batallas, que las más veces por la maldita codicia se levantan, resiste á cada paso una mujer moza y delicada; que hartas hemos visto que han escogido ántes morir que perder la honra.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Creo yo, en verdad, señor micer César, que no hay agora en el mundo desas mujeres que vos decís.

Yo no quiero, respondió micer César, alegaros las pasadas; séos decir que se hallarian y se hallan muchas de nuestros tiempos que en tal caso no tienen la

muerte en lo que pisan. Y agora me ha ocurrido que cuando Capua fué saqueada de los franceses, que áun no há tanto esto que no se os pueda á vos muy bien acordar, una gentil moza capuana, mujer de linaje, siendo presa de una compañía de gascones, y llevada por ellos fuera de su casa, cuando llegó al rio que pasa por Capua, quedándose un poco atras del que la llevaba, con achaque de adobarse un zapato, se echó súpitamente en el rio. Y ¿qué me diréis vos de una labradorcilla, que no há muchos meses que en tierra de Mantua, en un lugar llamado Gazuolo, estando un dia con una hermana suya cogiendo la rebusca en el campo, sobrada de sed, fué á una casa que estaba un poco apartada á pedir una poca de agua; y así entrando dentro, y viéndola el dueño de la casa, que era hombre mozo, así sola, pareciéndole bien, llegóse primero á ella con buenas palabras, despues viendo que no aprovechaba aquello nada, comenzó á amenazalla, en fin, desque vió que siempre ella estaba firme, maltratándola y golpeándola, forzóla. Ella luégo toda descabellada llorando volvióse al campo á su hermana, y nunca por mucho que la otra la importunase que le dixese lo que le habia acaecido se lo quiso decir; y así dende un rato entrambas comenzaron á irse hácia el lugar, y la moza caminando con su hermana, mostraba ya estar sin enojo; y así hallándole con el gesto alegre y sin lágrimas, encargóle ciertas cosas que se habian de hacer; luégo despues llegada á Oglio, que es el rio que pasa cabe Gazuolo, apartándose un poco de la hermana, la cual no podia pensar lo que ella quisiese hacer, prestamente se echó en el

rio. La hermana en viendo tan triste caso, llorando y dando gritos, andaba siguiéndola cuanto más podia junto al agua, que con el raudal la llevaba reciamente, y todas las veces que la cuitada salia encima del agua, la triste de la hermana le echaba una soga con que traia las espigas, que habia cogido, liadas; y puesto que la cuerda le viniese más de una vez á las manos, y pudiese ella muy bien tomalla y probar á salir, la determinada y constante moza siempre la rehusó y la echó de sí; de manera que huyendo todo socorro que pudiese dalle vida, en breve espacio alcanzó la muerte que deseaba. Ésta no se movió con la nobleza de su sangre á hacer un tan gran hecho, ni con el miedo de otra más cruel muerte ó de infamia, sino solamente con el dolor de la pérdida de la virginidad. Por aquí podréis ver cuántas otras mujeres hagan cosas señaladas y dignas de memoria, sin que se haga mencion dellas, cuando esta moza habiendo dado, áun ayer se puede decir, tan gran prueba de su virtud, ya no está en cuenta de nada, ni se habla della. Mas si en aquellos dias no sobreviniera la muerte del Obispo de Mantua, tio de la Duquesa nuestra, bien sería agora aquella ribera de aquel rio de Oglio, en el lugar donde esta moza se echó en el rio, enoblecida de una hermosa y manífica sepultura, en memoria de aquella alma tan gloriosa que merecia tanto mayor fama despues de la muerte, cuanto en ménos generoso cuerpo viviendo habia morado. Aquí paró un poco micer César, y luégo dixo. No há mucho que en Roma tambien acaeció un semejante caso, y fué éste: que una hermosa y principal moza romana, siendo largo

tiempo seguida de uno que mostraba mucho amalla, estuvo siempre con él tan recia que hasta parecer en lugar donde estuviese nunca quiso; de manera que éste perdido, viéndose tan sin remedio, hizo con una criada della, dándole mucho dinero, que le ayudase en este negocio como mejor pudiese. Ésta, con el placer de la ganancia, y con la codicia de ganar más, deseosa de hacer buena obra, rodeó con su señora que un dia, que no fuese fiesta, fuese á oir misa á San Sebastian. Concertado esto, hízolo luégo saber á aquel caballero, y díxole todo lo que habia de hacer. Y así, llegada la señora á esta iglesia, la criada llevóla luégo á una de aquellas capillas hondas y escuras, donde suelen entrar á hacer oracion casi todos los que allá van, en la cual habia buen rato que secretamente estaba ascondido el caballero. Y así él hallándose sólo con la que amaba tanto, comenzó á suplicalla, cuanto más blandamente pudo, que quisiese dolerse dél y convertir sus asperezas en amor, pero despues viendo que sus blanduras no le valian, probó si con amenazas pudiera hacer algo; no aprovechando esto tampoco, púsose en maltratalla y herilla muy reciamente, y, en fin, determinóse á salir con su intencion por fuerza ó como quiera, y así él por una parte, y la malvada de la criada por otra, tomáronla y hiciéronle cuanta fuerza en el mundo pudieron para vencella, y ella siempre firme defendiéndose fuertemente sin consentir en nada; de manera que este mal caballero, parte por el enojo que tenía della, viendo no queria hacer nada de lo que él queria, parte de miedo que los parientes della no lo supiesen, y á él no le costase cara tan gran bellaque-

ría, con ayuda de la criada, la cual se temia de lo mismo, ahogó á esta cuitada de señora, y dexóla allí muerta, sin poner ningun recaudo en el cuerpo, y huyó donde no pudiesen hallarle. La criada, turbada y ciega de su mismo pecado, no supo huir; y, puesta en la cárcel por algunos indicios, confesó todo el negocio como pasaba, y así fué justiciada como merecia; el cuerpo de aquella constante y singular mujer fué sacado con gran honra de aquella capilla, y llevado á enterrar en Roma con una corona de laurel en la cabeza, y acompañado de infinitos hombres y mujeres, de los cuales no hubo nadie que volviese á su casa con los ojos sin lágrimas. Y así esta señora fué generalmente de todos tan llorada cuanto alabada. Mas por hablaros de las que vos mismo conoceis, ¿no oistes vos que yendo la señora Felice de la Rovere, por mar, á Saona, y temiendo que ciertas velas que se habian descubierto no fuesen del papa Alexandre, que viniesen tras ella para tomalla, se aparejó con firme determinacion á echarse en la mar, si aquellos navíos se llegasen tanto que no hubiese remedio para escaparse dellos? Pues yo os seguro que della no se puede creer que hiciese tal cosa por liviandad; porque vos, así como algun otro, conoceis muy bien ser esta señora no ménos avisada y cuerda que hermosa. Pero, en fin, yo no puedo más sufrirme sin decir siquiera una palabra de la señora Duquesa nuestra, la cual, habiendo vivido quince años en compañía de su marido como viuda, no solamente estuvo siempre firme en jamas descubrir esto á persona del mundo, mas siendo de sus proprios parientes requerida y im-

portunada que no sufriese tal vida, sino que procurase de salir de una tan áspera viudez, escogió más aína padecer destierro, pobreza, y toda otra suerte de miseria que aceptar, lo que á todos parecia ser bien y gran prosperidad de fortuna.

Queriendo hablar más micer César en esto, díxole la Duquesa. Hablá en lo que hace al caso, y dexá esto, que hartas otras cosas teneis agora que decir.

Sé por lo ménos, dixo micer César, que esto que agora he dicho no me lo negaréis vos, señor Gaspar, ni vos, señor Frigio.

No por cierto, respondió el Frigio. Mas una golondrina no hace verano.

Verdad es, dixo entónces micer Cesar, que estos tan señalados hechos acaecen en pocas mujeres; pero todavía las que resisten á los combates de amor hacen una cosa tan alta y tan difícil, que casi parece milagro, y las que no pueden hacello, sino que alguna vez caen y quedan vencidas, verdaderamente tienen desculpas tan grandes, y tantas causas de haber caido, que ninguna otra cosa merecen sino compasion y lástima que se tenga dellas; porque realmente las diligencias de los enamorados, las artes que usan, y los lazos que arman, son tantos y tan contínos, que no es ménos de un gran milagro que una tierna moza pueda no caer ó escaparse dellos. ¿Qué dia hay, ó qué hora que esta combatida mujer no sea de su servidor requerida é importunada con dádivas, con presentes, y con todas aquellas cosas que pueden á ella parecelle bien? ¿En qué punto se puede ella parar á la ventana, que siempre no vea pasar al triste enamorado deter-

minado á morir en su demanda, callando con la boca, pero hablando con los ojos, con el gesto afligido y quebrado, no sin sospiros y lágrimas hartas veces; y cuando sale ella para ir á la iglesia, ó á otra cualquier parte, que éste su servidor no se halle delante della, ó á cada vuelta de calle no salga á topalla, con aquella su triste pasion imprimida en los ojos de tal manera que parece que de punto en punto espera la muerte? Dexo agora los aderezos y el primor del vestir, las invenciones, las letras, las fiestas, el danzar, las máscaras, las momerías, las justas y los torneos, lo cual todo sabe ella muy bien que es por ella. Despues en la noche, cuando todas las cosas callan y sosiegan, si ella alguna vez despierta, la primera cosa que oye es tañer y cantar debaxo de sus ventanas, ó á lo ménos aquel desasosegado espíritu rodeándole la casa con sospiros y gemidos; y si por caso á esta señora se le antoja hablar un rato con alguna de sus criadas, ya cualquiera dellas está trastornada con dineros, y así en viniéndole delante, luégo á dos palabras le da alguna cosa que su servidor le envia, ó una carta ó una copla, ó algo desta calidad, de parte del triste enamorado; y allí de lance en lance viene á hablalle en él fundadamente, y luégo le dice cuánto el cuitado la quiere, y cómo por servilla no se le da nada de perder la vida, y cómo no quiere della cosa que le esté mal; que no querria sino solamente poder hablalle; para esto, si no hay lugar sin muchas dificultades, á todas se hallan mil remedios, llaves falsas, escaleras de cuerdas, confaciones ó artes para hacer dormir; y si la cosa es recia, píntase de manera que parece li-

viana; danse exemplos de muchas otras, que siendo muy honradas mujeres, hicieron y hacen mayores saltos; así que el camino se hace tan llano, y preséntanse tantas causas para hacer caer, que ya á ella no le queda otro trabajo sino decir que es contenta; y si todavía se detiene algunos dias más, tantas tentaciones acuden y tantas diligencias ó casos ó blanduras, ó enamorados desavenimientos sobrevienen, que con la mucha fuerza y el amartillar contino, si alguna contradicion quedaba, es necesario que se rompa y cese luégo; y demas desto hay algunos malos hombres, que viendo todos sus trabajos ser en vano, danse á amenazar, y dicen que las disfamarán y las publicarán á sus maridos por las que no son. Otros tratan valientemente con los padres, y alguna vez con los maridos, los cuales por dinero, ó por alcanzar favor, entregan sus proprias hijas ó sus mujeres, á pesar dellas, en manos de hombres que por lo ménos las dexan deshonradas y perdidas. Otros trabajan con hechizos y ningromancias en quitalles aquella libertad que Dios por proprio y ecelente don ha concedido á nuestras almas, y en esto se ven grandes y espantosos efetos cada dia; pero yo no sabria decir en mil años todas las artes y mañas que usan los hombres para alcanzar lo que quieren de las mujeres; y es lo bueno, que demas de las que cada uno se halla para sí, no ha faltado quien haya sotilísimamente escrito cómo debemos regirnos para que nos vaya bien de amores. No sé yo, pues, qué remedio tengan estas importunadas y combatidas mujeres para guardarse de tantas redes, cuantas nosotros les armamos, en especial ar-

mándoles con tan dulce cebo. En fin, ¿por tan recia cosa teneis que una mujer, viéndose amada en todo estremo y largo tiempo de un hombre de bien y buen cortesano, de buenas costumbres y de buen linaje, el cual mil veces cada dia se ponga á peligro de muerte por servilla, y nunca piense sino en tenella contenta, que esta tal, con aquel dar y herir contino, con que suele el agua muchas veces romper las peñas, quede vencida, y se determine á amalle, y determinada á este amor, le haga merced de aquello que, segun vos decis, ella naturalmente por su inclinacion desea más que el hombre? ¿Tan grave os parece este yerro, que siendo presa esta mujer con tantos regalos y blanduras, no merezca á lo ménos aquel perdon que muchas veces á los homicidas, á los ladrones, á los salteadores y traidores se concede? ¿Querríades vos por ventura que este pecado fuese tan grave, que por haber resbalado en él alguna mujer, todas por eso hubiesen de ser condenadas y tenidas en poco? ¿No os acordaréis que se hallan muchas que están siempre firmes, sin jamas consentir en ninguna tentacion de amor, ántes las veréis más recias á todos los encuentros, que las peñas á los continos golpes de la mar?

Gaspar Pallavecino entónces, viendo que micer César habia parado un poco y estaba así suspenso, comenzaba á querer respondelle, mas díxole Otavian Fregóso sonriéndose. Daos agora por vencido, señor Gaspar, que yo voy viendo que haria ya poco al caso todo lo que vos dixésedes, y no haríades sino cobrar, no solamente á estas señoras por enemigas, mas áun la mayor parte destos caballeros.

Rióse Gaspar Pallavicino, y dixo. Por cierto hasta agora harto tienen que agradecerme todas las mujeres; porque si yo con mis razones no enojára un poco al señor Manífico y al señor micer César, no se oyera decir tanto bien dellas cuanto aquí se ha dicho.

Dixo entónces micer César. El bien que el señor Manífico y yo hemos dicho de las mujeres, es tan claro que ha sido escusado decille. ¿Quién no sabe que sin mujeres no se puede alcanzar placer ni contentamiento en esta vida; la cual sin ellas sería grosera, sin ningun gusto y casi salvaje, y más áspera que la de las fieras alimañas? ¿Quién no alcanza que las mujeres son las que quitan en nuestros corazones todos los baxos y viles pensamientos, las fatigas, las miserias y aquellas tristezas tristes que andan en compañía de todo esto? Y si quisiéremos muy bien considerar la verdad, conocerémos que acerca del conocimiento de las cosas grandes no nos desvian ellas, ni nos embarazan, ántes nos despiertan y nos levantan. Hacen asimismo en la guerra ser los hombres sin miedo, y realmente yo tengo por imposible que en corazon de un hombre donde una vez haya entrado amor pueda jamas entrar vileza ni cobardía; porque quien ama, desea siempre hacer cosas que le hagan ser amado, y teme ordinariamente no le acaezca algo que le deslustre, por donde venga á tenelle en poco la que él desea que le tenga en mucho; y así muy fácilmente se pone mil veces á peligro de muerte, porque su señora conozca que él merece el amor della; de manera que, si se pudiese hacer un exército todo de enamorados, y que peleasen en presencia de sus damas, yo tengo

por cierto que el mundo todo no sería bastante á resistille, salvo si contra él no viniese de la misma manera otro de otros tantos enamorados. Y cree sin duda que nunca Troya se pudiera tener diez años contra toda Grecia, si no fuera por algunos enamorados que dentro en la ciudad estaban, los cuales, cuando habian de salir á pelear se armaban delante de sus señoras, y ellas alguna vez se llegaban á dalles las armas, y al partir decíanles alguna palabra que los enamoraba, y les abria las entrañas para no saber sino morir ó ganar honra; y así despues al pelear eran más que hombres, porque sabian que ellas los estaban mirando desde las almenas, y parecíales que, cualquier cosa que hiciesen señalada, no podia allí perderse, sino que todo habia de ser agradecido y alabado por ellas, y éste era el mayor galardon que ellos pudiesen alcanzar de sus trabajos y peligros. Dicen tambien muchos que las damas fueron en parte gran causa de las vitorias del rey don Hernando y reina doña Isabel contra el Rey de Granada; porque las más veces, cuando el exército de los españoles iba á buscar los enemigos, la Reina iba allí con todas sus damas, y los galanes con ellas, hablándoles en sus amores hasta que llegaban á vista de los moros; despues, despidiéndose cada uno de su dama, en presencia dellas iban á las escaramuzas, con aquella lozanía y ferocidad que les daba el amor y el deseo de hacer conocer á sus señoras que eran amadas y servidas de hombres valerosos y esforzados; y así muchas veces hubo caballeros españoles que con muy poco número de gente desbarataron y mataron gran multitud de moros. ¿Esto á quién

se ha de agradecer sino á las damas, que con ser hermosas, dulces y de gran punto, imprimian maravillosos efetos en sus servidores? Por esto yo verdaderamente no alcanzo, señor Gaspar, cuál engaño ó cuál diablo os haya traido á decir mal de mujeres. ¿No veis vos que de todos los exercicios alegres y cortesanos que dan lustre al mundo, la principal causa son las mujeres? ¿Quién trabaja en saber danzar y bailar con gracia sino por ellas? ¿Quién se da á tañer y cantar bien sino por contentallas? ¿Quién compone buenos versos, á lo ménos en lengua vulgar, sino por declarar aquellos sentimientos que los enamorados padecen por causa dellas? Acordaos de cuantas cosas maravillosamente escritas en la poesía careceríamos agora en la lengua griega y en la latina, si las mujeres no hubieran sido tenidas en mucho por los poetas. Pero dexando todos los otros, ¿qué mayor pérdida pudiera pensarse que fuera la del Petrarcha, el cual ha escrito tan divinamente como veis en esta nuestra lengua sus amores, si hubiera puesto todo su ingenio solamente en las cosas latinas, así como está claro que lo hiciera, si el amor de madama Laura no se lo estorbára? No me quiero ocupar en nombraros los claros entendimientos que hay agora en muchas partes, y hartos dellos aquí presentes, que cada dia escriben y echan en el mundo obras maravillosas, tomando por sujeto la hermosura y valor de las mujeres. Acordaos de Salomon, que queriendo escribir cubiertamente cosas altísimas y divinas, fingió, por ascondellas debaxo de un hermoso velo, un blando y ardiente diálogo de un enamorado con su amiga, pa-

reciéndole que no se podia hallar aquí entre nosotros semejanza más conforme á las cosas divinas, que el amor de un singular hombre con una singular mujer; y, así escribiendo desta manera, nos quiso dar un cierto aire ó un olor de aquella divinidad que él por ciencia y por gracia conocia mejor que otro; por esto, señor Gaspar, si vos quisiérades, bien escusado fuera disputar esta materia, á lo ménos con tantas palabras; y áun habeis hecho otro mal, que con vuestro tanto porfiar contra la verdad, habeis atajado la plática que aquí se tenía, de cuál ha de ser una dama para ser perfeta; y hubiéranse dicho, sino por vos, mil otras cosas buenas acerca desto.

Creo yo por cierto, respondió Gaspar Pallavicino, que sobre esa materia ya no se puede más decir; y si á vos os parece que el señor manífico Julian áun no haya dado á su dama todas las buenas calidades que en ella pueden caber, sabé que no ha sido por falta dél, sino de quien ha hecho que no hubiese más virtudes en el mundo, porque él todas las que hay le ha dado.



CAPÍTULO V

En el cual, concluyendo micer César en los exemplos de illustres mujeres, torna el manífico Julian á proseguir su plática en las calidades de la Dama, y dice cómo se ha de haber con el galan que la sigue de amores, y muéstrale á saber amar.



La Duquesa riendo dixo á Gaspar Pallavicino. Ahora callá, que áun el señor Manífico hallará alguna otra cosa buena que dalle.

En verdad, señora, respondió el Manífico, yo pienso que le he dado ya hartas; y cuanto por mí, yo me contento bien desta Dama, así como ella está agora; y si estos señores quieren otra mejor, déxenme á mi ésta.

Entónces micer Federico, viendo que todos callaban, dixo. Siquiera por haceros decir más, quiero agora, señor Manífico, preguntaros una cosa cerca de lo que habeis querido que sea el principal oficio de la perfeta Dama, y es ésta, que yo deseo saber cómo ella deba regirse en una particularidad, que, á mi parecer, hace mucho al caso; que aunque en las grandes cosas que vos en ella habeis puesto se encierren entendimiento, saber, juicio, desembarazo en la conversacion, buena crianza, y otras muchas calidades, con las cuales ella podria muy bien saber estar y conversar con quien quiera, y en cualquier caso, pienso que de ninguna cosa tenga tanta necesidad como de saber tratar con

los que anduvieren con ella de amores; porque todo buen enamorado, demas de trabajar en tener, por alcanzar el amor de su dama, todas aquellas gentilezas y virtudes que hemos dado al cortesano, tiene tambien por muy principal cosa para este efeto, y así procura de alcanzalla, hablar bien. Y no sólo quiere alcanzar esto por descansar de sus angustias con su amiga, más áun por dexalla satisfecha, hablándole de tal manera que ella crea, y tenga por cierto, que cuanto él le dice, es verdad. Y desto se sigue quedar ella contenta de sí misma, pareciéndole que el amor deste servidor suyo muestra ser ella mujer para ser amada, y que su hermosura y su arte y todas sus cosas son tales que obligan y fuerzan á todos á servilla. Por eso yo querria saber esta señora, cuando su servidor llegáre á hablalle, con qué seso y manera se ha de haber con él; y cómo ha de responder al verdadero enamorado, y cómo al fingido; y si debe disimular ó entenderse luégo, ó si debe acudir al amor que este su servidor le tiene, ó desdeñalle; y, en fin, deseo que me digais cómo debe gobernarse en todo esto.

Dixo el manífico Julian entónces. Primero sería menester mostrar á esta Dama cómo y en qué pudiese conocer los enamorados fingidos entre los verdaderos; despues, sabido esto, pienso, cuanto á lo del acudir al amor de quien la sirve, que en eso la regla cierta ha de ser la misma voluntad della, con la cual se ha de guiar, y no con la ajena, prosupuesto que sea esta dama mujer de buen juicio y de buen punto.

Mostralde, pues, dixo micer Federico, cuáles sean

las más ciertas señales para conocer el amor fingido y el verdadero, y con qué se deba ella contentar para quedar bien certificada del amor que su servidor muestra.

Respondió riendo el Manífico. Yo eso no lo sé, porque hoy en dia los hombres son tan tramposos y andan tan doblados, que alcanzan mil artes para mostrar falsamente lo que no tienen en el corazon, y alguna vez lloran cuando han buena gana de reir. Por eso sería necesario enviallos á la Insula firme, porque allí se probasen debaxo del arco de los leales amadores. Mas porque esta mi Dama, de la cual yo he de tener especial cuidado por ser mi hechura, no tropiece en algunos yerros en que yo he visto caer muchas, dóile por consejo que no crea luégo livianamente á los que le dixeren que la aman, ni lo haga como algunas, que no solamente no muestran no entender á quien les dice amores, aunque los diga cubiertamente, mas al primer remoque luégo lo admiten todo por requiebro, y responden dulzuras, ó si no hacen esto, danse á hacer misterios, ó escandalízanse, ó desechan de manera las palabras que oyen, que más aína es todo esto ser ganchosas y recoger bien, que recogerse; así que el arte que yo quiero que tenga esta mi Dama, con quien le dixere amores, ha de ser mostrar con una buena presuncion que tiene por cosa liviana lo que él le dice, y, en fin, no ha de dar á entender luégo que cree ser amada. Y si este caballero que presumiere de servilla llegáre á hablalle, como lo hacen muchos, con una soberbia grosera, sin tenelle todo el acatamiento que fuere razon, secarse

ha de manera con él, ó decille ha brevemente tales palabras, que él se tenga por entendido, y otro dia, por necio que sea, no lo sea tanto que llegue á hablalle desacatadamente. Pero si éste que la sirviere fuere discreto y le habláre con buena crianza y mansamente, y áun los amores que le dixere no fueren muy descubiertos, y en fin si fuere tan hombre de bien que traiga con ella toda el arte que traería en tal caso nuestro Cortesano, muestre entónces no entendelle, y las palabras que él le dixere échelas á otra cosa, procurando siempre con el juicio y templanza y arte que hemos dicho de sacalle de aquello. Y si los términos fueren tales que ella no pueda disimular, tomallo ha como burlando, ó con una buena llaneza decille ha cuerdamente algunas palabras, de las cuales él ni pueda quedar desabrido, ni tampoco con asidero para quedar muy confiado. Y si él se pusiere en loalla, esté ella de manera en ello que ni lo recoja, ni tampoco lo deseche, sino que algunas veces parezca que lo disimula, y otras que lo toma llanamente. Si ella así lo hiciere, ternánla todos por avisada y cuerda, y no pasará peligro de ser engañada. Ésta es el arte que, á mi parecer, ha de tener la perfeta Dama con quien se le llegáre á decille amores.

Dixo entónces micer Federico. Vos, señor Manífico, hablais en esto de manera, como si fuese necesario que todos los amores fuesen fingidos, y que en este caso los hombres no quisiesen sino engañar. Si ello así fuese, yo ternia vuestros consejos por buenos; pero si este caballero que llega á hablar á su dama está verdaderamente enamorado, y siente aquella viva

pasion que tanto suele afligir los corazones humanos, ¿no considerais vos en cuánto trabajo y miseria le echais agora, queriendo que jamas ella le crea cosa de cuantas él le dice? Pues cómo, ¿las maldiciones que él se echa, las lágrimas y tantas otras señales de amor, no es razon que puedan algo? Catá, señor Manífico, que quizá no es bien que, demas de las crueldades que las mujeres naturalmente hacen, vos agora de nuevo les mostreis otras.

Yo hablo, respondió el Manífico, no de quien ama, sino de quien dice amores; en lo cual, los que lo hacen sólo por una costumbre de gala, siempre andan buscando que no les falte que decir; y así nunca callan. Mas los verdaderos enamorados, como tienen el corazon caliente, así tienen la lengua fria *con parlar roto é súbito silencio*. Y así por ventura no sería muy gran sinrazon decir que el que mucho ama habla poco; pero, en fin, no se puede en esto dar regla cierta por la diversidad de las costumbres de los hombres, ni yo en ello sabria decir, sino que la Dama debe estar recatada en sí, y acordarse siempre que con mucho ménos peligro pueden los hombres mostrar que están enamorados, que no las mujeres.

Atravesó en esto Gaspar Pallavicino, diciendo. Decíme, señor Manífico, ¿no os pareceria á vos bien que esa vuestra tan ecelente Dama amase á lo ménos cuando verdaderamente se conociese ser amada? Considerando que si á nuestro Cortesano le fuese mal con ella, está en la mano desgustarse luégo, y dexar de servilla, y desta manera perderia él muchas cosas buenas, las cuales ternia todas con gran abundancia

amándola; y entre las otras faltalle ia una muy sustancial, y sería aquella sojucion y acatamiento con que acatan y casi adoran los enamorados á sus damas.

Eso que habeis preguntado, respondió el Manífico, no lo ha de hacer ella por consejo, ni se ha de tratar esa materia de amores con argumentos, sino que la que cayera caya, y la otra que se esté. Cosa que trae consigo una pasion tan grande como es amar, no se puede ordenar ni medir en los hombre ni en las mujeres, acaecimientos son ó dolencias que es cosa difícil prevenillas, y casi imposible curallas. Séos bien decir, si esto se ha de hablar por rigor de derecho y hemos de andar aquí en dotrinas y filosofías estrechas, que ese amar, como vos lo entendeis que sea, quizá no sería lícito sino á las que están por casar; porque, cuando el amor no ha de parar en casamiento, es forzado que la mujer tenga dél el escrúpulo que se suele tener de las cosas defendidas, y ponga en algun peligro la fama que tanto le importa.

Respondió á esto riendo micer Federico. Esa vuestra opinion, señor Manífico, me parece muy estrecha; y antójaseme que la debeis de haber aprendido de algun fraile predicador, de los que suelen reprehender mucho las mujeres que se enamoran de hombres seglares, y esto porque querrian que todas se guardasen para ellos. Y ciertamente esa ley que dais á las casadas es algo dura; porque muchas dellas se hallan poco amadas, y muy maltratadas de sus maridos sin ninguna causa. Y por cierto es muy gran maldad la dellos, que ningun empacho tengan de hacelles á

cada paso mil desabrimientos, ó con andar envueltos con otras mujeres, ó con hacelles cuantos pesares en el mundo pueden. Pues otras hay muy bien libradas, que las casaron sus padres por fuerza con hombres viejos, dolientes, asquerosos, que las hacen vivir en perpétua desventura; y si éstas pndiesen descasarse y apartarse de aquellos con quien tan mal se juntaron, y no lo hiciesen, no sería quizá entónces de sufrilles que amasen sino á sus maridos; mas cuando, ó por la fortuna enemiga, ó por la diversidad de las compliciones, ó por otro cualquier acidente acaece que en la cama, la cual deberia ser lugar de concordia y de amor, siembra la maldita furia infernal del diablo su ponzoña, de la cual despues nacen las rencillas, las sospechas y las espinas del triste aborrecimiento que atormentan aquellas cuitadas almas atadas cruelmente con la recia cadena qne quebrar no se puede hasta la muerte, ¿por qué no consentiréis vos que á esta mujer que está en tan dnro estado, le sea permitido buscar algun alivio para tantos trabajos, y dar á otro aquello que del marido es no solamente despreciado, mas áun aborrecido? No dexo de conocer que las que tienen los maridos conformes á sn condicion y gusto, y están seguras que no andan ellos en otros amores, sino que solamente son ellas las más amadas, no deben ofendellos; pero las otras tampoco deben ofenderse á sí mismas, amando á quien no las ama.

A sí mismas se ofenden ellas, respondió el Manífico, amando sino á sus maridos. Mas con todo, prosupuesto que amar ó dexar de amar no está siempre en nuestra mano, digo que si á la Dama le acaeciere, ó por

ódio del marido, ó por amor de quien la ama, enamorarse, no ha de dar otra cosa á su servidor sino el corazon, ni jamas le ha de hacer demostracion ninguna tan cierta de querelle bien, que él lo tenga por determinado, sin quedar todavía con alguna desconfianza.

Dixo entónces micer Roberto de Bari. Yo, señor Manífico, apelo desta vuestra sentencia, y otro tanto pienso que harán muchos. Mas ya que acordais de mostrar esa grosería á las mujeres casadas, y quereis que sean unas labradoras, ¿quereis tambien por ventura que las no casadas sigan el mismo camino, y sean tan cortas que no acudan á sus servidores, á lo ménos en algo?

Si esta mi Dama, respondió el Manífico, no fuere casada, y hubiere de amar, quiero que ame á hombre con quien pueda casarse, y no terné por malo que á este tal le muestre alguna señal de amor. Y para esto quiero dalle una regla general con pocas palabras, porque pueda ella tambien con poca fatiga tenella en la memoria; y es que tenga licencia de hacer todas las demostraciones de amor á quien la amáre, salvo aquellas que podrian dar esperanza de cosas deshonestas. Y en esto es necesario tener gran tiento, porque es un error muy comun de las mujeres, en el cual caen infinitas, que porque todas desean ser hermosas y tenidas por tales, y de su hermosura ningun testigo hay mayor que ser muy servidas, andan siempre haciendo grandes diligencias por alcanzar un gran número de servidores; y así danse á ganchearse con todos; y á los unos con una desenvoltura desautorizada; á los otros con un regalo poco honesto; á otros

con un mirar bien loco, y á otros con palabras y gestos desvergonzados; á todos, en fin, andan pescando, pareciéndoles que éstas son las finas damerías para matar de amores á todo el mundo, y es éste un muy gran engaño; porque los que muestran caer á semejantes lazos, no presuman ellas que estén enamorados, ni que las quieren bien; ántes quiero que sepan que las demostraciones que ellos entónces hacen no nacen de amor, sino solamente de una opinion que han concebido de las liviandades dellas, con la cual tienen por determinado que á ocho dias se las llevarán en las uñas. Por eso quiero que esta mi Dama no parezca ofrecerse con maneras deshonestas á quien anduviere por servilla, ni cure de andar echando redes á los ojos ó al corazon de quien la miráre. Gane ella hombres de bien por servidores que la amen verdaderamente, y gánelos no con las artes que hemos dicho de las otras, sino con su gentileza, con sus buenas costumbres, con su autoridad, con su gracia, con un buen descuido, y, en fin, con decir y hacer lo que debe. Con estas cosas será ella amada y tenida en mucho, y honralla han sus servidores en presencia, y mucho más en ausencia, y desto nacerá, que el que se viere ser amado de una dama de tan gran precio, fácilmente sufrirá sus trabajos; y aunque muchas veces, de muy apretado de sus fatigas, venga á romper y casi á desesperarse, todavía volverá sobre sí, y hallará que tiene razon de contentarse, ó á lo ménos de sufrirse con cualquier señal de amor que en ella vea, por pequeña que le parezca, y preciará más una blandura ó un buen mirar desta, que ser totalmente señor

de otra. Formada esta Dama del arte que hemos dicho, yo me contentaria, y no sabria añadille otra cosa, sino que fuese amada de un tan ecelente Cortesano como el que ha sido formado por estos caballeros, y que ella tambien le amase, y desta manera alcanzarian entrambos su propria y entera perficion.

Habiendo el manífico Julian hasta aquí hablado, calló, y entónces Gaspar Pallavicino dixo sonriéndose. Agora ya no podria nadie quexarse que el señor Manífico no haya puesto esta Dama en su punto, haciéndola tan perfeta cuanto es posible. Ya de hoy más yo digo que, si una tal dama como ésta se halláre, merecerá igualarse con el Cortesano.

Yo me obligo, respondió Emilia, á hallarla, siempre que vos hallardes al Cortesano.

Acudió á esto micer Roberto de Bari, diciendo. Sin ninguna duda esta Dama hecha por el señor Manífico es perfetísima; pero todavía me parece que si siguiese sus consejos en estas postreras condiciones, que tocan á lo de los amores, quedaria algo corta; porque, segun me parece, él quiere que ella, ni con las palabras, ni con el gesto, ni con los ademanes dé á su servidor ninguna esperanza, sino que le traiga del todo desesperado; y desta manera destruye todo el fundamento de los amores; porque no hay quien no sepa que nuestros deseos no se estienden á aquello de que no se tiene esperanza; y puesto que se hallen algunas mujeres que con la presuncion de valer mucho, y de ser muy hermosas, responden desabridamente á sus servidores, y luégo á las primeras palabras los desesperen, todavía tras esto son más trata-

bles, y con un mirar blando y un buen gesto los recogen de manera que con la blandura de las obras ó ademanes tiemplan en parte la dureza de las palabras; pero si esta dama quitáre con el gesto, con las palabras, y despues con las obras, de raíz toda la esperanza, por cierto creo yo que, si el Cortesano no fuere necio, no la amará; así ella habrá de quedar por fuerza con esta imperficion de no tener quien ande enamorado della.

No quiero yo, dixo el Manífico, que esta mi Dama quite el esperanza de todas las cosas, sino solamente de aquellas que fueren deshonestas, las cuales, si el Cortesano fuere tan discreto y bien criado como estos señores le han hecho, no solamente no las esperará, mas ni áun las deseará; porque si la hermosura, las buenas costumbres, el entendimiento, la bondad, el saber, la buena crianza, y otras muchas virtuosas calidades que á esta Dama hemos dado, son las cosas que han de enamorar al Cortesano, el fin deste tal amor de necesidad ha de ser virtuoso. Y si tambien la nobleza de linaje, el esfuerzo y valor en las armas, el saber en las letras y en la música, el ser gentilhombre, el tener buena conversacion en las burlas y en las cosas de seso, y todo esto con gentil gracia, son los medios con los cuales el Cortesano ha de alcanzar el amor de su Dama, forzado es que el fin deste amor sea conforme á estos medios; demas desto, como en las mujeres se hallan diversas maneras de hermosuras, así tambien se hallan diversos gustos y deseos en los hombres, y por eso acaece que hay muchos que viendo una mujer grave, que andando y es-

tando queda, y burlando, y haciendo otra cualquier cosa, trae siempre una autoridad consigo tal, que hace tener á raya á los que le están cerca, sin que se descuiden de tenelle contino acatamiento, se espantan y no osan servilla, y se dan, movidos de alguna esperanza, á andar con otras halagüeñas, blandas y tan regaladas, que en las palabras, en el gesto y en el mirar muestran un cierto caimiento, y una pasion quebrada de tal arte, que parece que fácilmente todo aquello se puede convertir en amor. Otros hay que de miedo de ser engañados aman á las que son claras y libres y sueltas, para hacer así en los enojos como en las palabras, y en todos sus movimientos, lo que primero se les antoja, con una cierta pureza con que descubren su condicion y pensamientos. Hay tambien algunos tan valerosos y de tan alto punto, que sabiendo que el verdadero valor consiste en las cosas dificultosas, y que la buena vitoria es vencer lo que á los otros parece no poder ser vencido, se inclinan á amar á las más recogidas y ásperas, y esto por dar á entender que ellos son hombres para ablandar un corazon de una mujer por recio que sea, y hacelle que ame; y así estos mismos, de muy confiados, porque piensan que nadie ha de ser para engañarlos, aman tambien de buena voluntad á unas mujeres que parecen disimuladas y falsas, ó algunas otras calladas y poco risueñas y desdeñosas: hállanse otros que no se precian de amar, sino á las que en el mirar y en el hablar, y en cuanto dicen y hacen, muestran toda la gentileza, todas las buenas costumbres, todo el saber y todas las gracias juntas, así como una flor compuesta de to-

das las ecelencias del mundo. Siendo esto así, si esta mi Dama no alcanzáre alguno de aquellos enamorados que se inclinan á amar, movidos con esperanza de cosas deshonestas, no quedará por esto sin servidores, porque alcanzará muchos de los otros que la amarán por lo que ella mereciere, y por la confianza del valor proprio de sí mismos, con el cual ternán esperanza de ser amados della.

CAPÍTULO VI

En el cual, prosiguiendo el manífico Julian su plática en las calidades de la Dama, en especial en mostralle saber amar, se atraviesan hermosas disputas entre la señora Emilia y el único Aretino y otros cortesanos sobre los medios que ha de tener el Cortesano para irle bien de amores, y para saberse conservar en ellos.



ONTRADECIA á esto todavía micer Roberto, y traia ya tales razones por su parte, que pudiera quizá con ellas quedar la opinion del Manífico en algunas cosas destruida, y en otras algo moderada; pero no embargante esto, la Duquesa tuvo por bien de condenar á micer Roberto, confirmando el parecer del Manífico, y despues dixo. Por cierto nosotras tenemos mucha razon de quedar contentas del señor Manífico; porque ciertamente pienso que esta Dama por él agora hecha se puede igualar con el Cortesano, y áun llevalle ventaja, porque le ha mos-

trado á saber amar, lo cual no han hecho estos caballeros á su Cortesano.

Respondió entónces el único Aretino. Justa cosa es mostrar á las mujeres á amar, pues hay tan pocas que sepan hacello; y es lo bueno que casi todas tienen por tema que no vale nada la hermosura si no es acompañada de mucha aspereza y desagradecimiento contra los que con mejores entrañas se pierden por ellas, y merecen con su valor y virtud ser pagados de sus fatigas; y tras esto, despreciando á los mejores, se entregan á los más ruines, que ni las quieren bien ni curan dellas; y así por quitar estos tales errores, fuera quizá bien mostralles primero á saber escoger los hombres que merecen ser amados, y despues á saber amallos, lo cual no es necesario que á nosotros nos sea mostrado, que harto por nuestros pecados lo sabemos, y yo puedo dello ser harto buen testigo, porque nunca aprendí á amar de nadie, sino de la hermosura y gran valor de una señora, la cual me lo ha mostrado tan bien, que nunca en mi mano ha sido no adoralla; así que yo en esto no he tenido necesidad de arte ni de maestro, y en lo mismo pienso yo que se hallan todos los que verdaderamente aman. Por eso más aína convernia mostrar al Cortesano á saber hacerse amar, que á saber amar.

Dixo entónces Emilia. Pues luégo, señor Único, yo os pido por merced que trateis agora esa materia un poco.

Paréceme, respondió el Único, que el verdadero camino para alcanzar el amor de las mujeres, sería servillas siempre, y tenellas contentas; pero esto de

que ellas se sirven y se contentan, es necesario sabello dellas mismas, porque muchas veces tienen unos antojos tan estraños, que nosotros ni podemos acertallos ni áun imaginallos; y áun ellas ratos hay que no se entienden ni saben lo que se quieren. Por eso será bien que vos, señora, que sois mujer, y por el mismo caso es razon que sepais la condicion de las mujeres, y lo que les parece bien ó mal, tomeis trabajo de declararnos esto, por hacer al mundo un tan gran provecho, como sería poder nosotros entenderos.

Respondióle entónces Emilia. Las mujeres os quieren tanto, y están todas tan satisfechas de vos, que desto se puede sacar en limpio que debeis vos de saber todos los caminos por donde se alcanza el amor dellas; por eso es razon que vos agora nos mostreis esto.

Señora, respondió el Único, yo no sabria dar á un enamorado ningun aviso tan provechoso como sería que procurase que vos tuviésedes estrecha amistad con la dama con quien él anduviese de amores; porque si algunas buenas calidades ha habido en mí, segun á algunos ha parecido, y si éstas se han juntado con el más puro y verdadero amor que jamas en hombre se haya visto, todo ello no ha podido tanto para hacer que yo fuese amado, cuanto vos para hacer que fuese aborrecido.

Guárdeme Dios, respondió Emilia, de pensar, cuanto más de hacer, cosa por la cual vos hubiésedes de ser aborrecido; porque demas que yo haria en esto lo que no debo, sería tenida por mujer de poco seso en querer hacer lo que sería imposible. Pero yo, pues así

lo quereis, y me habeis traido por buenas razones á que diga lo que, á mi parecer, quieren las mujeres, y lo de que más se contentan, decillo he. Y si en esto dixere algo contra vuestra opinion, dad la culpa á vos mismo; así que yo pienso que el que quiere que le amen, debe primeramente amar, y despues ser tal que merezca ser amado. Estas dos cosas bastan á un hombre para que le vaya bien de amores. Mas por responder á vuestras quexas, digo que aquí todos saben que la una cosa destas dos, la cual es ser hombre para ser amado, vos la alcanzais muy enteramente, la otra, que es amar tan puramente como decis, esa áun yo no me determino que la hayais alcanzado; y en esta misma duda pienso yo que están muchos de los que os conocen; porque ser vos tan aparejado para que os amen, ha causado que hayais sido amado de muchas mujeres, á las cuales vos tambien habeis habido de acudir con amallas; y ya sabeis que los rios repartidos en muchas partes, vienen á traer poca agua; así tambien el amor que se reparte, viene á tener poca fuerza. Pero ese vuestro quexaros, afirmando que todas las mujeres que habeis servido os han hecho mil agravios, lo cual no se ha de creer, considerado lo que vos valeis, es una forma de traer vuestros amores secretos por encubrir vuestras prosperidades, y asegurar á las mujeres que os aman y se os han entregado, que no serán publicadas. Y así por esta via á ellas les place, y ellas os consienten que en lo público sintais andar con otras por poder mejor andar con ellas en lo secreto. De manera que si algunas mujeres de aquellas, á las cuales vos agora mostrais

querer bien, no os creen tan fácilmente como vos querríades, hácenlo porque ya comienzan á caeros en la cuenta, y no porque yo sea causa que ellas os quieran mal.

Dixo entónces el Único. Yo no quiero ponerme en contradecir á vuestras palabras; porque, segun veo, mucho há que me cabe en dicha no ser creido de la verdad, como á vos ser creida de la mentira.

Ya por lo ménos, señor Único, dixo Emilia, vos no podréis probarme que ameis así tan verdaderamente como querríades que nosotras lo pensásemos; porque, si así amásedes, conformaros yades con la que amais, y querríades lo que ella quiere, que ésta es la verdadera ley de amor. Pero ese vuestro tanto agraviaros señala algun engaño, como he dicho, ó verdaderamente muestra que vos quereis lo que ella no quiere.

Ántes yo quiero, dixo el Único, lo que ella quiere, y ésta es manifiesta prueba que yo la amo; pero quéxome, porque ella no quiere lo que quiero yo, que es señal que no me ama, segun la ley que vos misma agora habeis alegado.

Quien comienza á amar, respondió Emilia, debe tambien comenzar á obedecer y á conformarse totalmente con la voluntad de la persona á quien ama, y con ella gobernar la suya, y hacer que sus deseos sean como esclavos, y que su misma alma sea como sierva, y que no piense jamas sino en transformarse, si posible fuese, en la cosa amada, y esto ha de tener por su mayor y más perfeta bienaventuranza; porque así lo hacen los que verdaderamente aman.

Mi mayor y más perfeta bienaventuranza, respondió el Único, estaria en su punto, si una voluntad sola gobernase el alma de la que yo amo y la mia.

En vuestra mano está, respondió Emilia.

Micer Bernardo Bibiena entónces, atajando esta plática, dixo. Cierto está que quien de verdad ama, luégo pone todos sus pensamientos en servir y contentar á su dama; mas porque los buenos servicios no son siempre conocidos, pienso que demas del servir y querer bien, sea necesario hacer todavía alguna otra demostracion de amar tan clara que vuestra amiga no pueda disimular el conocimiento que tuviere de ser amada; pero hase de hacer esto tan templadamente que nunca el acatamiento que se debe á ella se pierda. Y por eso vos, señora, que habeis comenzado á decirnos que el alma del enamorado ha de ser sierva de la mujer á quien ama, mostránoslo agora este secreto; el cual parece muy importante.

Rióse micer César, y dixo. Si el enamorado fuere tan comedido que tenga empacho de decir á su señora lo que la quiere, y lo que por ella padece, escríbaselo.

Ántes si fuere, dixo Emilia, tan discreto como conviene, primero que se lo diga estará seguro de ofendella.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Todas las mujeres huelgan que les digan amores, aunque no entiendan de dar lo que les piden.

Vos os engañais, respondió el manífico Julian, y cierto yo no consejaria á nuestro Cortesano que se declarase con una dama sin que primero tuviese grandes indicios que habia de ser bien recebido.

Pues luégo ¿qué os parece, preguntó Gaspar Pallavicino, que habria de hacer el Cortesano en esto?

Dixo el Maníſico. Si él quisiere escribir ó decir amores, debe entrar en ello en tan buen tiento y tan cautelosamente, que sus palabras sean muy disimuladas, y solamente sirvan á tentar el vado, y díganse con un velo, ó por decillo así, con una neutralidad, que dexen á la dama á quien se dixeren camino para poder disimulallas, ó salida para echallas á otro sentimiento que no sea de amores. Y desta manera podrá él, viendo dificultad en ella, tornarse atras sin perder nada, y mostrar haber dicho ó escrito aquello á otro fin. Y tambien, haciéndolo así, gozará de aquel buen tratamiento y familiaridad estrecha, que por amistad se alcanza con las damas, y se pierde luégo que se descubren amores. Y así aquellos que son muy prestos, y se aventuran con demasiada confianza á declararse, porfiando en ello, las mas veces se pierden y quedan entristecidos, y no sin causa; porque toda dama de precio se tiene por poco acatada, y casi recibe injuria de quien así livianamente se declara con ella por servidor, sin primero habella tratado y servido mucho por otra via. Por eso, segun mi opinion, el camino que el Cortesano ha de tener para descubrir su voluntad á su Dama ha de ser mostrársela más aína con un gesto, con un ademan, con un no sé qué, que con palabras; porque verdaderamente alguna vez mayor amor se descubre en un sospiro que salga de las entrañas, en un buen acatamiento y en un miedo, que en mil palabras. Tras esto los ojos hacen mucho al caso, y son grandes soli-

citadores; son los diligentes y fieles mensajeros que á cada paso llevan fuertes mensajes de parte del corazon, y muchas veces muestran con mayor fuerza las pasiones del alma, que no hace la lengua ni las cartas, ni otros recaudos; y no solamente descubren los pensamientos, mas áun suelen encender amor en el corazon de la persona amada; porque aquellos vivos espíritus que salen por los ojos, por ser engendrados cerca del corazon, tambien cuando entran en los ojos donde son enderezados como saeta al blanco, naturalmente se van derechos al corazon, y hasta allí no paran, y allí se asientan como en su casa, y allí se mezclan con los otros que ya estaban dentro; y con aquella delgadísima natura de sangre que tienen consigo inficionan y dañan la sangre vecina al corazon, donde han llegado calentándola, y haciéndola semejante á sí, y de su misma calidad propria, y dispuesta á recebir la impresion de aquella imágen que consigo truxeron. Y así poco á poco, yendo y viniendo estos mensajeros por el camino que va de los ojos al corazon, y llevando la yesca y el pedrenal de la hermosura y de la gracia, encienden con el viento del deseo aquel fuego que tanto arde, y nunca se acaba, porque siempre le traen mantenimiento de esperanza para mantenelle. Y así bien se puede decir que los ojos son la guia de los amores, en especial si son graciosos y dulces, negros y claros, ó zarcos y alegres con buena risa, y así sabrosos y penetrantes en el mirar, como algunos, en los cuales parece que aquellas vias por donde salen los espíritus sean tan hondas, que casi por ellas se vea hasta el corazon. Así que los ojos

están ascondidos en salto, como en la guerra los guerreros en las celadas. Y si la forma de todo el cuerpo, siendo hermosa y bien compuesta, convida y trae á sí al que de léxos le mira, hasta hacelle llegar á estar cerca, luégo allí en estando junto, los ojos salen y arremeten, y hacen todo el hecho, dañando y trastornando cuanto topan; en especial cuando por derecho camino envian sus rayos á los ojos de la persona amada, en tiempo que ella tambien haga lo mismo; porque entónces los espíritus de entrambos se topan y se encuentran, y en este dulce encuentro el uno toma la calidad del otro, como acaece en un ojo enfermo, que mirando muy en hito á otro sano, le pega su enfermedad. Así que, á mi parecer, nuestro Cortesano puede por esta via declarar gran parte de su amor á su dama. Verdad es que los ojos, si el hombre no está sobre aviso, y no los gobierna con gran cautela, descubren muchas veces los secretos amores á quien el hombre ménos querria; porque por ellos casi visiblemente se traslucen aquellas vivas pasiones, las cuales queriendo el enamorado manifestallas solamente á su señora, acaécele hartas veces descubrillas á quien él más querria tenellas encubiertas. Por eso quien no está del todo desatinado, tiene en esto gran tiento, y considera el tiempo y el lugar; y, cuando es necesario, refrena el mirar muy ahincado, no embargante que sea un muy gran gusto estar mirando á quien bien quereis. Pero fácilmente el buen enamorado tiene en esto y en todo lo demas cuanta cautela á él le es posible para traer su juego bien secreto, porque sabe lo que le va en ello, y no dexa de conocer

cuán trabajosos y pesados sean los amores públicos.

Respondió á esto el conde Ludovico. Acontece alguna vez que andar enamorado públicamente no daña, ántes es una forma de disimular lo que más cumple que se disimule; porque en tal caso muchos piensan que unos amores traidos así sin cautela no deben ser criminales, y tras esto, negándolos, tiene el hombre libertad de estar y hablar en público con su dama sin escrúpulo, lo cual no acaece á los que andan secretos, porque hacen el negocio más sustancial, y parece que tengan mucha esperanza, y estén ya muy cerca de alcanzar alguna gran merced, la cual no querrían que se supiese; y demas desto, he visto yo mujer no querer ver á un hombre ni oille, y despues venir á amalle entrañablemente, no por más, sino porque supo que muchos tenian por opinion que estaba ella tan enamorada dél cuanto él della; y la causa desto creo yo que era, que aquel juicio universal de muchos, se le figuraba bastante prueba para hacelle creer que aquel tal hombre merecia que ella le amase; y la fama casi parecia que le llevaba de parte del enamorado los mensajes muchos más verdaderos y más ciertos que no fueran los que él mismo le pudiera enviar con cartas ó con recaudos. Por esto la voz pública no solamente alguna vez no daña, mas áun aprovecha.

Los amores, respondió el Manífico, de los cuales la fama es la tercera, son harto peligrosos, y están muy cerca de hacer que sea el hombre mostrado con el dedo; y por eso el que hubiera de andar enamorado secretamente, es necesario que señale tener ménos fuego en su corazon del que tiene, y muestre con-

tentarse de lo que le pareciere poco, y disimule sus deseos, sus celos, sus trabajos, y tambien sus placeres, y ria muchas veces con los ojos y con la boca, cuando llore con el corazon y con las entrañas, y finja ser pródigo de lo que es muy escaso. Todas estas cosas son tan recias de hacer, que casi son imposibles; mas áun con todo esto, si nuestro Cortesano quisiese creerme, yo le pornia en camino para poder tener sus amores harto secretos.

Dixo entónces micér Bernardo. Cumple luégo que vos se lo mostreis; y paréceme que es ésta una de las cosas que hacen mucho al caso; porque demas que hay algunos enamorados que con ciertas señas ó con un ademan que no se puede decir qué es, se descubren tan cubiertamente á la persona que quieren, que casi sin hacer ellos ningun movimiento, ella les lee en los ojos y en el gesto lo que dentro en el corazon tienen; he visto yo alguna vez algun hombre hablar con su amiga largo rato en sus amores, y ser la plática de entrambos de tal suerte, que, aunque los que estaban delante oian lo más, no podian entender ninguna particularidad, ni certificarse que aquello fuesen amores, y esto todo se hacia, porque tenian estos dos que hablaban estraño aviso y cuidado de todo lo que pasaba, y llevaban tal arte en esto, que sin mostrar estar recatados de los que los oian, decian baxo solamente las palabras que más importaban, y alto todas las otras que podian echarse á otros fines.

Dixo entónces micer Federico. El tratar tan particularmente estas consideraciones y artes que convienen para traer los amores secretos, sería derecha-

mente hacer un proceso en infinito. Por eso yo querria que, dexando agora esto aparte, se tratase un poco de cómo un enamorado se ha de conservar en el amor de su dama; y esto me parece por agora más necesario.

Pienso yo, respondió el Manífico, que los medios que aprovechan para que os vaya bien de amores, esos mismos aprovechan para conservaros en ellos. Y todo esto consiste en contentar siempre á la dama á quien servis, sin jamas ofendella en nada; pero esto es tan difícil, que tambien lo sería dar regla cierta en ello, porque por infinitas vias el que no usa de mucho seso en este caso, hace tales errores, que aunque parecen pequeños, enoja con ellos gravemente á su señora; y esto suele comunmente acaecer á los que están enamorados; y así hay algunos que todas las veces que pueden hablar á sus damas, se quexan tan reciamente, y piden cosas tan imposibles, que con esta importunidad son pesados y vienen á ser aborrecidos. Otros hay que en dándoles una punta de celos se dexan luégo ir tras esta pasion tan desenfrenadamente, que, sin tener respeto á nada, se dan á decir mil maldades de aquel de quien son celosos, y quieren tener á sus amigas tan apretadas, que luégo riñen y se dan al diablo si las ven hablar con algun hombre, y áun no pueden sufrir que vuelvan los ojos á mirar á nadie; y esto hácese muchas veces por un solo antojo, que es más para ser reido que para ser remediado. Y estas tales formas de amar no solamente son desabridas hartas veces á la mujer que amais, mas áun suelen ser causa que ame ella á aquel de quien se piden

lós celos; porque, cuando el enamorado muestra tener miedo á su competidor, hácele gran honra, y subiendo á él baxa á sí mismo, y da á entender que le tiene en mucho; y con esta opinion la mujer se vuelve tambien á tenelle en alguna cuenta, y á mirar sus cosas con mejores ojos que no solia, y de lance en lance se mueve á amalle, y no cree el mal que oye decir dél, porque piensa que todo se dice solamente para hacer que ella no le quiera bien; y así, miéntras más atajos le ponen delante, más le ama.

Yo confieso, dixo entónces micer César, que no soy tan cuerdo que pudiese dexar de decir mal de mi competidor, salvo si vos no me mostrásedes alguna otra mejor arte para desbaratalle.

Respondió riendo el Manífico. Tenemos casi por refran, que cuando vemos á nuestro enemigo con el agua hasta la cinta, le debemos dar la mano para sacalle; mas cuando le llega hasta la barba, debemos entónces con piés y manos dalle priesa para ahogalle luégo, y por eso hay algunos que lo hacen así con sus competidores; que cuando los ven andar un poco levantados, temporizan con ellos, y muéstranseles muy amigos, pero despues en viéndolos algo caidos, si se ofrece caso para poder acabar de derrocallos, no cesan jamas de usar contra ellos todas las artes y engaños que pueden, levantándoles mil rabias, ó descubriendo dellos todas las tachas que les saben. Mas porque yo no querria que nuestro Cortesano se aprovechase contra nadie de engaños ni de ruines mañas, consejaríale que procurase de llevar á su competidor, no con artes ni con malicias, sino con ganar la vo-

luntad de su dama, sirviéndola y amándola, y procurando de ser muy virtuoso, esforzado, discreto, y bien criado, y, en fin, trabajando de ser mejor que él, siendo en toda cosa avisado y cauteloso, y guardándose de algunas necedades, en las cuales he visto hartas veces caer muchos necios por diversas vias. Que ya yo conozco algunos, que hablando, y escribiendo á mujeres, usan unas ciertas palabras retóricas de Polifilo, y fúndanse en unas sotilezas tan pesadas, y en unos términos tan nuevos, que ellas se enfadan luégo, ó se desconfian de sí mismas viendo que no los entienden, y tiénense por poco sábias, y por esta via tambien forzadamente se han de cargar con ellos, y de desear que se acabe aquella plática. Otros veo que no pensando decir nada, dicen algunas cosas que derechamente vienen á ser en perjuicio y daño de sí mismos. Como algunos, que todo su fin es amores, y así sin más propósito dirán estando hablando con dama: yo nunca hallé mujer que me quisiese bien; y no entienden estos perdidos que aquellas mujeres que entónces les oyen esto, luégo juzgan que no puede aquello proceder de otra cosa, sino de ser ellos tan viles y baxos hombres, que ni merecen que les vaya bien de amores, ni áun el agua que beben; y con esta opinion luégo los tienen en tan poco, que por todos los bienes del mundo no se inclinarian á amallos, pareciéndoles que si los amasen, valdrian ellas harto ménos que las otras que no los amaron. Otros, pues, hay muy discretos, que por decir mal de algun competidor suyo, y desbaratalle de piés á cabeza, dicen en presencia de mujeres: hulano es el más dichoso del

mundo, que ni es gentil hombre, ni sabio, ni esforzado, ni sabe decir ó hacer ninguna cosa mejor que otro, y con todo esto no hay mujer que no se pierda por él; y así éstos, mostrando tener invidia á la buena dicha deste, no embargante que este tal no muestre tener cosa por donde merezca ser amado, dan á entender con sus palabras que él debe tener algunas gracias secretas, con las cuales alcanza el amor de tantas mujeres; y así aquellas que oyen todo esto dél, muévense con esta opinion á amalle.

Rióse el Conde Ludovico, y dixo: yo os prometo que el cortesano avisado no querrá aprovecharse de semejantes mañas ó necedades en sus amores.

Ni áun de otra, respondió micer César Gonzaga, que en mis dias hizo un caballero, que no era de los ménos estimados, al cual yo, por honra de los hombres, no quiero nombrar agora.

Decí á lo ménos, dixo la Duquesa, qué necedad fué esa que hizo.

Dixo entónces micer César. Este caballero que yo digo alcanzó por su dicha ó desdicha parecer tan bien á una gran señora, que vino ella á amalle tanto, que le envió á llamar que viniese secretamente á una ciudad donde ella estaba; y así venido él á aquel lugar, despues de haber estado allí algunos dias, y hablado con esta señora por concierto, al cabo partiéndose della con muchas lágrimas y gemidos, señalando el estremo dolor que sentia de la partida, suplicóla que se acordase siempre dél, y dicho esto le dixo más, que por cuanto él habia estado en un meson todos aquellos dias, y debia toda la costa al mesonero, le

hiciese merced de mandar pagar aquello; que, pues él habia allí venido por mandado della, razon era que él no pagase el gasto. Todas aquellas señoras entónces comenzaron á reir mucho, y á decir que este tal no debiera de ser caballero, sino algun escudero muy ruin; y muchos de los que allí estaban sentian ya pena de la vergüenza y confusion que este perdido sentiria, si en algun tiempo Dios le mejorase el juicio de manera, que viniese á conocer una necedad tan grande como esta que hizo.

Volviéndose entónces Gaspar Pallavicino á micer César, díxole. Harto mejor fuera dexar de contar esto por honra de las mujeres, que dexar de nombrar ese caballero por honra de los hombres, que bien podeis agora vos ver cuán buen conocimiento debiera de tener esa que vos llamais gran señora, queriendo bien á un tan gran majadero. Y áun con razon se puede creer della que escogió á ese entre otros muchos servidores suyos por el más avisado, dexando y despreciando á alguno de quien él no merecia ser mozo.

Rióse el Conde Ludovico, y dixo. Por ventura ése debiera ser sabio en las otras cosas, y solamente necio en esto de los mesones. Pero desculpémosle agora un poco más. ¿No sabeis vos que por sobrado amor los hombres suelen muchas veces hacer algunas grandes necedades? Y si vos quereis aquí agora confesar la verdad, yo os seguro que habeis hecho más de dos en este mundo, de muy enamorado.

Respondió riendo micer César. Dexemos agora esto, señor Conde, y no descubramos de aquí adelante todos nuestras tachas.

Conviene, dixo Gaspar Pallavicino, descubrillas por enmendallas. Y dicho esto, volviéndose al manífico Julian, díxole. Pues ya el Cortesano sabe ganar y conservar el amor de su dama, y llevar á su competidor, vos, señor, sois obligado á mostralle cómo ha de saber traer secretos unos amores.

Respondió el Manífico. Yo he hablado ya harto; por eso hacé que otro tome cargo de tratar esa materia que agora habeis tocado.

Entónces micer Bernardo y todos los otros caballeros que allí estaban, comenzaron á cargar dél, y á rogalle muy ahincadamente que hablase en aquello un poco.

Dixo entónces el Manífico. Vosotros, señores, quereis probarme: yo sé muy bien que en cosa de amores todos sois grandes maestros; pero si todavía deseais saber más en ello, leed á Ovidio.

¿Y cómo, dixo micer Bernardo, tan necio pensais que he de ser yo, que si estuviere enamorado me rija por los preceptos de Ovidio, sabiendo que da por consejo, que debe el hombre, estando en presencia de su amiga, fingir que está borracho? Mirá qué gentil manera de ganar la voluntad á una dama. Y dice más, que es muy buen arte para decir amores disimuladamente, cuando el hombre está con su amiga en algun banquete, tomar vino con el dedo, y escribir en la mesa, en parte que ella lo vea, algo de lo que hace al caso.

Respondió á esto sonriéndose el Manífico. En aquel tiempo debiera de usarse eso, y quizá se tenía por bueno.

Y áun por eso hemos de creer, dixo micer Bernardo, que los hombres de entónces, pues se pagaban de semejantes frialdades ó desdones, no debian de saber tratar los amores tan bien como nosotros. Pero con todo no dexemos nuestro propósito de mostrar al Cortesano cómo ha de andar enamorado secretamente.

CAPÍTULO VII

En el cual concluye su plática en formar la Dama perfeta con las calidades que le convienen, y da algunos avisos para que el Cortesano sepa traer secretos sus amores.

Paréceme, dixo el Manífico, que para andar el hombre secreto en unos amores, se deben primeramente huir las causas que los publican, las cuales son muchas; pero la más principal pienso que sea el querer ser demasiadamente secreto, y no confiarse de ninguna persona en comunicalle los sentimientos ó los tratos que se ofrecen á cada paso, para que entienda en el negocio, y ayude lo que pudiere; porque todo enamorado desea hacer saber sus fatigas á su señora, y, hallándose solo, sin amigo de quien se pueda aprovechar, esle forzado hacer muchas más demostraciones, y más fundadas, que si tuviese alguno que le ayudase á llevar la carga; y sin duda las muestras, que la parte principal hace, causan mayor sospecha que las que se hacen por tercera persona; y,

de parte de ser nuestros corazones naturalmente curiosos y deseosos de saber hasta las cosas escusadas, á la hora que alguno comienza á sospechar algunos amores, pone tanta diligencia en seguir el rastro dellos, que no pára hasta saber la verdad, y, sabida, ningun empacho tiene de descubrilla, ántes se precia y huelga mucho de publicalla. Esto no lo hará un amigo, el cual, demas de ayudar y consejar en las necesidades, suele muchas veces remediar los yerros del enamorado ciego, y siempre procura que todo ande muy secreto, y provee en muchas cosas, en las cuales no puede proveer la misma parte; y, demas destos provechos, es muy gran alivio decir vuestras congoxas á quien las tome como por proprias; y asimismo los placeres se hacen mayores comunicándose.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Otra cosa me parece que descubre más los amores que no esa que agora habeis dicho.

¿Cuál? Respondió el Manífico.

La vanidad, replicó Gaspar Pallavicino, y la locura y crueldad de las mujeres, las cuales, como vos mismo habeis dicho, mueren por alcanzar gran suma de servidores, y desean abrasallos todos en vivas llamas, y querrian, si posible fuese, despues de quemados y hechos ceniza, tornar á hacellos de nuevo, y á resuscitallos por volver á quemallos otra vez y otras ciento; y, aunque ellas tambien los amen, huélganse estrañamente con los tormentos dellos, porque entónces cuando los ven andar tristes y afligidos, llamando á cada paso la muerte, tienen la suya sobre el hito, y creen cierto què son verdaderamente amadas,

y que pueden con su hermosura hacer de los hombres lo que se les antoja, á los unos cargándolos de miseria, y á los otros hinchéndoles de bienaventuranza, dando á éstos vida, y á aquéllos muerte; y éste es el natural manjar de que ellas se mantienen; y son tan hambrientas dél, que, porque no les falte, de desconfiadas no osan acabar de contentar á sus servidores, ni tampoco los desesperan, sino que, por tenellos continuamente puestos entre el trabajo y el deseo, usan una cierta gravedad compuesta de desabrimientos, con una poca de esperanza al cabo, y quieren que una palabra dellas, un buen mirar, un ademan blando sea tenido por gran bienaventuranza; y, porque todo el mundo las tenga por muy buenas, procuran que estas sus durezas ó malas crianzas sean públicas, á fin que todos piensen que, pues ellas tratan tan mal á los hombres de bien, mucho peor tratarán á los ruines, y hartas veces tras esto, pensando con esta manera ser seguras qne no serán tenidas por malas, duermen enteras noches con hombres baxísimos y apénas conocidos dellas mismas. De manera que por holgar y hartarse bien de la desventura y lágrimas de algun hombre estimado de todo el mundo y querido dellas, niegan á sí mismas aquellos placeres que podrian gozar con harta disculpa, gozándolos con personas de precio y que lo mereciesen. Y así son causa que el triste del enamorado, viéndose perdido, de pura desesperacion ha de hacer cosas por donde descubra, lo que con toda industria se debria tener secreto. Otras hay que con engaños trabajan de asir á muchos, y dalles á entender que los aman, y luégo, en habiéndoles puesto

esta confianza, andan haciéndoles celos, tratando bien al uno en presencia del otro; y, cuando veen que aquel que ellas tienen por escogido entre todos, anda muy confiado, y tiene por cierto que le va bien por las señales que vee, entónces con unas palabras que se pueden echar á muchos entendimientos, y con unos desprecios fingidos, le desatinan y le traen dudoso de su mismo estado, y, en fin, le quebrantan y le atormentan, mostrando que no curan dél, y que se inclinan más á otro. Luégo de aquí nacen iras, enemistades, infinitos escándalos y manifiestos daños; porque, quien ama, forzado es que en semejante caso de pura pasion muestre públicamente su congoxa, aunque por ello á su dama se le haya de recrecer vergüenza y infamia. Otras, no contentas de dar sólo este tormento de celos á sus servidores, despues que el enamorado ha dado todas las pruebas de sí de querer bien y de ser verdadero, y despues que ellas le han recebido blandamente; así en sana paz, sin ningun propósito, cuando ménos tal cosa se habia de esperar, comienzan á secarse con él, mostrando creer que ya anda tibio, y tras esto fingen creer que están sospechosas, que ya él no trae aquello con la verdad que solia, y así señalan que ellas tambien quieren dexar aquello del todo y apartarse. Entónces este cuitado, por sanar estos inconvenientes, de necesidad ha de volver á hacer todas aquellas demostraciones que hacia al principio, y así comienza á andar todo el dia dando vueltas por la calle donde está su amiga; y cuando ella sale, luégo él allí se halla presente, y acompáñala donde quiera que vaya, andando siempre mirándola, sin jamas vol-

ver los ojos á una parte ni á otra, y por aquí torna de nuevo á sus quexas y lloros acostumbrados, á su estar descontento, á sus juramentos, á sus blasfemias, y á todas aquellas desesperaciones y locuras, á que los tristes enamorados son traidos por estas crudas fieras, que nunca se hartan de nuestra sangre. Estas tales demostraciones luégo son muy miradas y conoscidas, y alguna vez harto más hondamente juzgadas por todos que por quien las causa; y así en muy breve tiempo son tan públicas, que no pueden dar un paso ni menear el ojo, que todo no sea notado por cien mil personas. Y de aquí acaesce que mucho ántes que estos amores se lleguen al cabo, ya todo el mundo lo piensa; porque ellas, cuando veen que el enamorado, de puro perdido y muerto con los desabrimientos dellas, determinadamente se quiere alzar y rompello todo, entónces comienzan á mostrar querelle de corazon y á hacelle buenas obras, y, en fin, á echarse en sus manos; y así esto hácenlo estas señoras á tan buen tiempo, que el que ama, de estar ya totalmente desgustado y caido, con sus deseos quebrantados y muertos, apénas puede ya holgar con los placeres que tan tarde y con tanto mal recibe, ni tiene ya por qué agradecellos; de manera que todo va bien al reves de como habria de ir. Y, siendo ya por las demostraciones que hemos dicho estos amores harto descubiertos, descúbrense tambien á su tiempo todos los efetos y obras dellos; y así quedan ellas deshonradas, y el enamorado se halla haber perdido el tiempo y los trabajos, y haberse acortado la vida, trabajando sin fruto y sin placer ninguno, pues alcanzó lo que

deseaba, no cuando gustára tanto dello que hubiera sido bienaventurado; mas cuando ya no lo preciaba de tener el corazon tan caido, que no tenía ya sentimiento de placer ni de contentamiento, que se le ofreciese.

Otavian Fregoso entónces dixo riendo. Vos, señor Gaspar, os recogistes un rato, y dexastes de decir mal de mujeres, y agora, segun veo, habeis vuelto á mordellas, de tal manera que parece que habeis estado quedo para cobrar fuerzas, como los que queriendo arremeter muy recio, tornan dos pasos atras para salir con más furia. Y cierto no teneis razon de hacello así, porque ya debríades estar contento con lo que habeis dicho, y amansar vuestra ira.

Rióse desto Emilia, y volviéndose á la Duquesa, díxole. ¿No mirais, señora, como vuestros adversarios ya comienzan á desbaratarse y á desavenirse?

No me pongais ese nombre, respondió Otavian Fregoso, que yo no soy vuestro adversario, ni quiero ser contra vosotras. Bien es verdad que quisiera que se escusára esta porfía, no porque me pesase ver la cosa ganada por parte de las mujeres, mas porque en este debate el señor Gaspar se ha arrojado á decir peor dellas de lo que debiera, y el señor Manífico y micer César á loallas por ventura un poco más de lo que fuera razon; y demas desto, por lo mucho que nos hemos detenido en esta plática, hanse dexado de tratar muchas otras cosas buenas que se pudieran haber dicho sobre el Cortesano.

Veis ahí, dixo Emilia, cómo vos mismos os condenais agora por nuestro adversario, pues confesais que

quisiérades que se escusára la disputa que ha pasado sobre las ventajas que nosotras llevamos á los hombres, y en esto mostrais bien claro que os pesa que haya sido formada esta tan escelente Dama, que agora acaba de formar el señor Maníficо, y esto no porque por ello se haya desbaratado la plática sobre el Cortesano, porque ésta ya era acabada, y estos caballeros habian ya dicho en ella lo que sabian, y no creo yo que ni vos ni otro tenga más que decir sobre ella; sino que en forma sentis pena de oir decir tanto bien de mujeres, por la envidia que teneis á la honra dellas.

Todavía digo, respondió Otavian Fregoso, que demas de las cosas dichas sobre el Cortesano, se podrian decir muchas otras muy buenas, pero ya que todos os contentais con lo que se ha dicho, yo tambien me contento. Y por cierto, pues así lo quereis, yo no le mudaria en ninguna cosa, sino en hacelle algo más amigo de las mujeres que no es el señor Gaspar; pero tampoco querria que lo fuese tanto como algunos de los que aquí están.

Necesario es, dixo entónces la Duquesa, que se vea agora si vuestro ingenio es tan grande, que sea para poner mayor perficion al Cortesano que la que hasta agora se le ha puesto. Por eso tené por bien decirnos en esto lo que se os entiende, porque de otra manera pensarémos que vos tampoco teneis más que decir sobre ello, sino que lo que agora habeis dicho ha sido solamente por apocar las excelenciass desta nuestra Dama, pareciendos que es tan perfeta que se puede muy bien igualar con el Cortesano. Y así, pues,

vos no podeis á ella abaxalla, querríades dar á entender que él puede subir más alto de donde le han subido estos caballeros.

Rióse á esto Otavian y dixo. Las perficiones y las tachas que aquí se han puesto á las mujeres más de lo que convenia, nos dexan los oidos y los corazones tan llenos, que por agora no nos queda lugar desocupado donde pueda caber ninguna otra cosa; y demas desto, paréceme que debe ser muy tarde.

Pues luégo, dixo la Duquesa, quédese esto para mañana, y así ternémos más tiempo para todo, y esas perficiones y tachas, que, segun vos decis, han sido puestas á las mujeres por una parte y por la otra algo desmedidamente, entre tanto olvidallas han estos caballeros, y así quedarán más desocupados para recebir la verdad de lo que vos dixéredes. En acabando de decir esto la Duquesa levantóse, y dando licencia á todos que se fuesen, retrúxose á su retraimiento, y los caballeros fuéronse á sus posadas.





EL CUARTO LIBRO DEL CORTESANO

DEL CONDE BALTASAR CASTELLON,

traducido de italiano en castellano.

Á MICER ALFONSO ARIOSTO

PRÓLOGO

PENSANDO *yo de escribir las pláticas que en la cuarta noche, despues de las contenidas en los precedentes libros, pasaron, siento entre otras imaginaciones mias un áspero pensamiento que me hiere el alma, y me representa á la memoria las miserias humanas y nuestras esperanzas engañosas, y me hace contemplar cómo la fortuna muchas veces en mitad del camino, y otras ya cerca del cabo, desbarata y rompe nuestros flacos y vanos propósitos, y alguna vez los hunde y los ahoga ántes que áun de léxos puedan ver el puerto. Y así acuérdome que poco tiempo despues qne estas disputas pasaron, privó la muerte importuna la casa de nuestro Duque de tres muy escogidos hombres, al tiempo que más en*

edad y en esperanza de gran honra florescian. Destos fué el primero Gaspar Pallavicino, el cual siendo apretado de una recia enfermedad, y llegado por ella dos ó tres veces muy al cabo, puesto que su ánimo fuese de tanta fuerza que por algun espacio de tiempo pudiese tener el alma en el cuerpo á pesar de la muerte, todavía en mitad de su mocedad hubo de morirse; pérdida, por cierto, grande, no solamente para la casa de Urbino y para los amigos y parientes suyos, más áun para su patria y toda la Lombardía. No mucho despues murió micer César Gonzaga, el cual á todos los que le conocian dexó estraño dolor de su muerte, porque produciendo la natura pocas veces tales hombres, pareció sin razon quitarnos éste tan presto. Que cierto nosotros perdimos á micer César en tiempo que él comenzaba á hacer verdad lo que dél todos habian siempre esperado, y á ser tan estimado cuanto sus virtudes merecian, porque ya con muchos virtuosos trabajos habia mostrado su valor, con el cual, demas de la nobleza del linaje, de las letras, de la habilidad en las armas, y de toda otra buena costumbre suya, estaba en tan buena opinion con todos, que por su bondad y entendimiento y esfuerzo y saber, ninguna cosa habia tan grande, que dél no se pudiese esperar. Luégo tras él fallesció micer Roberto de Bari, de la muerte del cual á todos nos pesó en grande estremo, y con mucha razon por cierto, porque ¿quién no habia de dolerse de perder un mancebo bien criado y de buenas costumbres, gracioso y gentil hombre, y de una complision tan próspera y gallarda, cuanto en el mundo desearse pudiese? Así que estos tres, si vivieran, pienso yo que llegáran á término, que pudieran mostrar consigo mismos claramente á todos los que los conocieran cuán ecellente fue-

se la córte de Urbino, y cuán llena siempre de singulares hombres. Desto mismo dieron testimonio casi todos los otros que allí se criaron, porque verdaderamente nunca del caballo troyano salieron tantos señores y capitanes, cuantos desta casa caballeros en virtud escogidos, y en toda cosa estimados, han salido. Que, como sabeis, micer Federico Fregoso fué hecho arzobispo de Salerno; el Conde Ludovico, Obispo de Bayous; Otavian Fregoso, Duque de Génova; micer Bernardo Bibiena, Cardenal de santa María in Pórtico; micer Pietro Bembo, secretario del papa Leon; el manífico Julian, Duque de Nemours; y puesto en aquella grandeza, en que agora se halla, el señor Francisco María Róvere, prefeto de Roma, y despues Duque de Urbino; aunque mayor gloria es de la casa donde él fué criado, haber sacado un tan escelente señor en toda calidad de virtud, como agora se vee, que habelle subido á poseer el ducado de Urbino; y de todo esto creo yo que no haya sido pequeña causa la compañía de hombres escogidos, con la cual contínuamente tratando, siempre ha visto y oido singulares cosas. Así parésceme que esta casa, ó sea esto á dicha ó por su buena constelacion que la haya dado de mucho tiempo acá señores escelentísimos, todavía dura y hace los mismos efetos que solia, y por eso bien se puede tener esperanza que áun la fortuna ayudará tanto á estas obras virtuosas, que la prosperidad de esta casa y de su estado, no solamente no caerá, mas cada hora subirá más, y se porná en más alto grado, y ya desto se veen muchas señales, entre las cuales tengo yo por la más principal habernos dado nuestro Señor Dios tal señora como es la señora doña Leonor Gonzaga, duquesa nuevamente venida á este estado; porque si alguna

vez en un solo cuerpo se vieron juntos saber, gracia, hermosura, grande entendimiento, gentil arte, llaneza y buena condicion y cualquier otra costumbre perfeta, en esta señora todas estas cosas así están atadas, que dellas es hecha casi una cadena, que estas calidades todas, y sus movimientos, compone juntamente y atavia. Sigamos, pues, adelante el proceso de nuestro Cortesano, con esperanza que despues de nosotros, no han de faltar muchos que tomen claros y honrados exemplos de virtud de la presente corte de Urbino, así como agora nosotros los tomamos de la pasada.





CAPÍTULO PRIMERO

En el cual, tomando la mano en la plática Otavian Fregoso, dice cómo mediante las calidades que se le han dado al Cortesano, y con las demas que se le pueden dar, puede hacerse muy amado y privado del Príncipe, y así podrá inducille á las virtudes y reprendelle los vicios.



sí, que segun Gaspar Pallavicino solia contarnos, pareció que el siguiente dia, despues de las razones contenidas en el precedente libro, Otavian Fregoso estuvo algo apartado, y por eso muchos creyeron que se hubiese retirado para mejor pensar lo que hubiese de decir; de manera que siendo á la hora costumbrada, ya todos vueltos adonde la Duquesa estaba, fué necesario mandar buscalle, y con todo esto le hubieron de esperar buen rato, porque nadie podia hallarle; y así muchos caballeros de los que allí estaban comenzaron á danzar con las damas y á ocuparse en muchos otros placeres, pensando que ya aquella noche no se trataria nada del Cortesano; y ya todos estaban puestos los unos en una cosa y los otros en otra, cuando Otavian Fregoso entró por la sala adelante, á tiempo que ya casi no le esperaban, y, viendo que micer César Gonzaga y Gaspar Pallavicino

danzaban cada uno con su dama, despues de hecha reverencia á la Duquesa, dixo riendo: yo esperaba que áun todavía esta noche el señor Gaspar Pallavicino habia de decir mal de mujeres, mas viéndole agora danzar con una, pienso que ha hecho la paz con todas; y por cierto pláceme que el pleito, ó por mejor hablar, la plática sobre el Cortesano haya parado en esto.

No ha parado en eso, repondió la Duquesa, porque yo no quiero tanto mal á los hombres cuanto vos á la mujeres, y por eso no quiero que al Cortesano se dexe de dar toda la honra que se le debe, sino que acabe de tener todos aquellos ornamentos que vos ayer le prometistes; y, en diciendo esto, mandó que todos en acabando de danzar aquellos caballeros, se asentasen como solian las otras noches, y así fué hecho, y luégo estando cada uno muy atento, dixo Otavian Fregoso. Señora, pues al haber yo deseado muchas otras buenas calidades en el Cortesano, demas de las que aquí se le han dado, poneis nombre de haber yo prometido de decillas; yo las diré, no con pensamiento de decir todo lo que sobre esto decirse podria, sino solamente aquello que baste para quitar de vuestra opinion lo que ayer me dixistes, que pensábades que yo habia dicho que al Cortesano se pudieran todavía dar otras perficiones sin las que le habian sido dadas, no porque fuese así, sino porque haciendo falsamente creer que podia él subir más, quedase la Dama formada por el señor Manífico algo baxa. Así que por esto, y por ser más tarde que no era estas otras noches cuando comenzábamos estas

pláticas, seré breve. Digo, pues, siguiendo adelante lo que estos caballeros han tratado, lo cual en todo apruebo y confirmo, que de las cosas que nosotros llamamos buenas, hay algunas que puramente y por sí mismas son siempre buenas, como es la templanza, la fortaleza, la salud y todas aquellas virtudes que causan sosiego en nuestros corazones; otras hay que por diversos respetos, y por el fin donde se enderezan son buenas, como las leyes, la liberalidad, las riquezas, y otras desta calidad. Pienso yo luégo que el Cortesano perfeto de la manera que le han formado el señor conde Ludovico y el señor micer Federico, puede ser verdaderamente cosa buena y merecedora de ser loada, mas no puramente buena ni por sí, sino por respeto del fin al cual puede ser enderezado, porque en la verdad, si el Cortesano, con ser de buen linaje, gracioso, de buena conversacion, y hábil en tantos exercicios cuantos aquí le han sido dados, no hiciese otro fruto sino el ser tal para sí mismo, no sería yo de opinion que sólo por alcanzar esta tal perficion de cortesanía, trabajase el hombre tanto cuanto sería necesario para alcanzalla. Antes diria que muchas de aquellas calidades que, segun aquí se ha dicho, le convienen, como es danzar, conversar con damas, cantar y jugar, serian todas liviandades y vanidades puras, y en un hombre muy principal y de autoridad más aína para ser reprendidas que para ser alabadas; porque los atavíos y fiestas y burlas y otras semejantes cosas que son necesarias para tratar con damas, y para andar de amores con ellas, muchas veces, aunque otros tengan lo contrario, no hacen sino enflaque-

cer nuestros corazones, y dañar la mocedad, echándola en una vida muelle y demasiadamente regalada; de donde nacen aquellos malaventurados efetos que traen el nombre italiano arastrado y cargado de infamia; y por estos medios adelante la cosa llega á término que se hallan ya muy pocos que osen, no digo morir, mas entrar en un peligro. Y ciertamente infinitas otras cosas se hallarian, las cuales, si se tratasen con industria y diligencia, serian mucho más provechosas en la paz y en la guerra que esta tal cortesanía por sí sola. Mas resumiéndonos en esto, si las obras del Cortesano se enderezan al fin que es razon y que yo entiendo, en tal caso paréceme que no sólo no son dañosas ni vanas, mas son muy provechosas y dinas de loores infinitos. El fin luégo del perfeto Cortesano, del cual hasta agora no se ha tratado, creo yo que sea ganar, por medio de las calidades en él puestas, de tal manera la voluntad del príncipe á quien sirviere, que pueda decille la verdad, y de hecho se la diga en toda cosa, y le desengañe sin miedo ni peligro de selle cargado; y, conociendo la intincion del inclinarse á hacer alguna cosa mal hecha, que ose estorbársela y contradecírsela sin ningun empacho, y en esto que tenga tan gentil arte con la gracia alcanzada por sus buenas calidades, que pueda, sin alterar ni dexar llaga, curalle del mal que hubiere hecho, y atajalle que no haga más; y así desta manera, teniendo el Cortesano en sí la bondad que estos señores le han dado, acompañada con la viveza del ingenio y buena conversacion, y con la prudencia y noticia de letras y de tantas otras cosas, sabrá diestramente en cual-

quier cosa mostrar á su príncipe cuánta honra y provecho le venga á él y á los suyos de la justicia, de la liberalidad, de la grandeza del ánimo, de la benignidad, y de las otras virtudes que en un buen príncipe se requieren; y por el contrario, cuánta infamia y daño se recrezca de los vicios contrarios á todo esto. Por eso yo tengo por opinion, que como la música, las fiestas, las burlas y las otras cosas para holgar son casi la flor, así el inclinar y traer su príncipe al bien y apartalle del mal sea el verdadero fruto desta cortesanía, y porque la perficion de las buenas obras consiste principalmente en dos cosas, la una de las cuales es escoger un fin que sea realmente bueno, hácia el cual nuestra intincion se enderece, y la otra el saber hallar los medios oportunos para poder con ellos llegar á este buen fin trazado en nuestro pensamiento, hemos de decir que el que entiende de hacer que su príncipe no sea engañado por ninguno, ni escuche los lisonjeros ni los maldicientes y mentirosos, sino que tenga firme conocimiento del bien y del mal, y al uno ame y al otro aborrezca, tiene ojo á fin singularísimo. Los medios, pues, para llegar á él en la mano están, que serán las condiciones dadas al Cortesano por estos caballeros; y que este fin de que agora tratamos sea bueno y provechoso, vese claramente; porque de muchos errores que hoy en dia vemos en muchos de nuestros príncipes, los mayores son la inorancia y la loca presuncion que ellos tienen de sí mismos, y la raíz destos dos males es puramente la mentira, la cual con mucha razon es aborrecible á Dios y á los hombres, y más dañosa á los señores que ningun otro

vicio; porque ellos comunmente carecen más de aquello de que debrian tener más abundancia, lo cual es tener cabe sí quien les diga la verdad y les acuerde bien; que sus enemigos, pues no les tienen amor, claro está que no les dirán cosa que les aproveche; ántes holgarán de vellos envueltos en mil maldades, y que nunca se enmienden; ni tampoco osarán, lo que harian de muy buena gana, decir mal dellos públicamente, de miedo de ser castigados; pues de los amigos pocos hay que sean tan privados, que tengan con ellos gran cabida, y esos pocos temen de reprendellos tan libremente, como reprenderian á sus iguales; y muchas veces por granjeallos y ganalles bien la voluntad, no curan sino de decilles cosas con que huelguen, aunque sean malas y deshonestas; de manera que de amigos vienen á hacerse chocarreros; y, por sacar provecho desta estrecha familiaridad que con ellos tienen, síguenles siempre la vena en todo, y hácense abrir las puertas á poder de mentiras, de las cuales en el corazon del príncipe luégo nace la inorancia, no solamente de las cosas exteriores, más aún de sí mismo, y ésta se puede decir que es la mayor y la más recia mentira de todas; porque el alma inorante engaña y miente á sí misma allá dentro en sus entrañas; y de aquí acaece que los señores demas de nunca ser informados de la verdad en ninguna cosa, emborrachados de aquella muy suelta y mala libertad que trae consigo el señorear, y ahogados en los placeres con la abundancia de los deleites, se engañan tanto, y tienen el espíritu tan dañado de verse siempre obedecidos y casi adorados con tanto acatamiento y tantos loores, no solamente sin reprehension, mas áun sin con-

tradicion ninguna, que desta tal inorancia saltan en una estrema confianza de sí mismos, de tal manera que vienen á no admitir consejo ni parecer de nadie; y porque creen que el saber reinar sea una muy fácil cosa, y que para alcanzalla no haya necesidad de arte ni de órden ni de regla, sino de sola fuerza, ponen su corazon y todos sus pensamientos en sostener el poder que alcanzan, pensando que la verdadera bienaventuranza sea que pueda el hombre todo lo que quiera. Y así hay algunos destos que se aborrecen con la razon y con la justicia, pareciéndoles que si quisiesen guardar estas dos cosas, serían ellas un freno y una atadura para hacelles tener á raya, y atalles tanto las manos, que por aquí podrian quizá venir á ser sujetos, y á perder parte del bien y contentamiento que ternian en ser señores, y que su forma de señorear no sería perfeta ni entera, si ellos estuviesen atados á obedecer á lo justo y honesto, porque realmente creen que el que obedece no es verdaderamente señor; y así corriendo á gran priesa tras estos fundamentos, y dexándose llevar de su loca fantasía, llegan á toda la soberbia del mundo, y con un semblante puesto siempre en mandar riguroso y secutivo, y con unas costumbres estrechas y duras, con vestidos pomposos cargados de oro y de perlas, y con un estar casi siempre retraidos, y parecer pocas veces en público piensan alcanzar gran autoridad con todos y ser tenidos por dioses. Estos tales, á mi parecer, se podrian comparar á aquellos grandes bultos que el año pasado se hicieron en Roma, los cuales por defuera parecian unos grandes hombres encima de poderosos caballos, y de dentro estaban llenos de estopa y de borra; pero

áun con todo, estos príncipes son mucho peores, porque aquellos bultos en su mismo peso se sostienen derechos; mas estos señores, por ser dentro mal contrapesados, y puestos demasiadamente sobre asientos desiguales, por su propria graveza se caen de suyo. Y áun hay peor, que de un error dan en otro, y de otro en otros mil, hasta dar en infinitos, porque su propria inorancia, llena de la falsa presuncion que tienen de no poder errar, y mezclada con el tener por determinado que su poder procede de su saber, les hace que ocupen locamente por vias justas ó injustas grandes estados; pero si ellos se determinasen á saber y hacer lo que debiesen, así trabajarian por no reinar como agora trabajan por reinar, porque conocerian cuán desconcertada y dañosa cosa sea que los vasallos que han de ser gobernados sean más sabios que los príncipes que han de gobernar. Vemos por experiencia que la inorancia en la música ó en el danzar ó en el menear bienun caballo, no daña á nadie, y áun con todo esto el que no es buen músico tiene empacho de cantar en presencia de otro, y asimismo de danzar ó de cabalgar en un caballo quien no lo sabe hacer; pero de no saber gobernar á los pueblos nacen tantos males, muertes, destruiciones, abrasamientos y sacos de casas y de lugares, que se puede bien decir que es la más mortal pestilencia que se halle sobre la tierra, y tras esto veréis algunos príncipes inorantísimos en el gobierno, ponerse sin ningun empacho en gobernar no sólo delante cinco ó seis hombres, mas en presencia de todo el mundo; porque el estado dellos está puesto en un lugar tan alto, que cien mil ojos andan siem-

pre rodeando sobre ellos, ý por esto sus tachas, por pequeñas que sean, siempre son notadas. Y así se escribe que notaban en aquel gran Cimon Athenies que le sabía bien el vino, y en Scipion que dormia mucho, y en Lúculo que era amigo de hacer siempre banquetes. Mas pluguiese á Dios que los príncipes destos nuestros tiempos mezclasen sus vicios con tantas virtudes con cuantas los mezclaban aquellos antiguos, los cuales si alguna vez en algo erraban, no dexaban por eso de escuchar de muy buena voluntad las reprehensiones, ni de seguir los consejos de los que eran suficientes para reprehendellos y consejallos; ántes procuraban con toda diligencia de ordenar y asentar su vida debaxo de reglas de hombres singulares, como Epaminundas debaxo de las de Lisias Pitagórico, Agesilao de las de Xenofonte, Scipion de las de Panecio, y infinitos otros. Mas si agora llegase á alguno de nuestros príncipes un severo filósofo ó otro cualquier hombre, el cual abiertamente y sin grandes rodeos quisiese ponelle delante los ojos aquel rostro áspero de la verdadera virtud, y instruille en buenas costumbres, y decille qué forma de vida hubiese de seguir, yo soy cierto que luégo á la hora le echaria de sí como á una sierpe que viniese á mordelle, ó por lo ménos haria burla dél como de una cosa perdida. Así que digo que, pues hoy en dia los príncipes están dañados con sus malas costumbres, y con la inorancia y falsa presuncion de sí mismos, pues tan difícil cosa es hacelles entender la verdad, y traellos al camino de la virtud, y pues todos los que están cabe ellos, andan por ganalles la voluntad con mentiras y

lisonjas y con maneras viciosas y baxas, puede fácilmente y debe el Cortesano, por medio de aquellas buenas calidades que le han dado el señor Conde Ludovico y micer Federico, alcanzar el amor de su príncipe, y ponelle tan buen gusto de sí, que llegue á privar tanto con él que pueda decille toda cosa sin peligro de selle pesado, y esto, si él fuere tal como aquí se ha dicho, ternálo hecho; y así podrá decille con buena arte la verdad en todo. Demas desto, podrá tambien poco á poco hacelle virtuoso, instruyéndole en la continencia, en la fortaleza, en la justicia, en la templanza, y haciéndole gustar la dulzura que hay debaxo de aquella poca amargura, que luégo al principio se ofrece á quien contrasta á los vicios, los cuales siempre son dañosos, desabridos y cargados de deshonra y de infamia, así como las virtudes son provechosas, alegres y llenas de loor y de gloria. Y á éstas el Cortesano hale de levantar con el exemplo de los capitanes más famosos, y de otros ecelentes hombres, á los cuales los antiguos solian hacer estatuas de bronzo y de mármol, y algunas veces de oro, y ponellas en los lugares públicos, así por honrar á ellos como por mover á los otros que trabajasen con una honrada envidia de parecelles. Desta manera podrá él llevar á su príncipe por el áspero camino de la virtud, hinchiéndosele de frescuras y de sombras, y enramándole de flores por templar el enojo de la trabajosa jornada á quien fuere de fuerzas flaco; y, agora con música, agora con armas y caballos, agora con versos y coplas, y agora con pláticas de amores y con todas aquellas cosas que estos señores han tratado,

podrá tenelle continamente el espíritu ocupado en honestos placeres, imprimiéndole siempre, como he dicho, á vueltas destos regalos alguna virtuosa costumbre, y engañándole con un provechoso engaño, como hacen los médicos mañosos, que muchas veces, queriendo dar á algun mochacho enfermo y delicado alguna medicina amarga, ponen primero por toda la orilla del vaso alguna cosa dulce; así que aprovechándose el Cortesano para este fin de esta tal arte, envolviendo el trabajo con el placer, en todo tiempo, en todo lugar y en todo exercicio, saldrá con su intincion, y merecerá mucho mayor loor y premio por esto que por otra cualquiera buena obra que pudiese hacer al mundo; porque ningun bien hay que tan generalmente aproveche á todos como el muy buen príncipe, ni mal que tan generalmente dañe como el mal príncipe. Por eso no se hallaria pena bastante á castigar aquellos malvados cortesanos que usan de sus gracias y buenas habilidades para mal fin, y con éstas granjean á sus príncipes para dañarlos y desviallos del camino de la virtud y echallos derechamente en mitad de los vicios; porque de estos tales puédese muy bien decir que no un vaso donde ha de beber uno, mas la fuente pública donde todo el pueblo ha de ir á coger agua, emponzoñan con mortal ponzoña.

CAPÍTULO II

En el cual prosiguiendo Otavian Fregoso su plática, cerca de las virtudes que son atavío del ánima, declara la diferencia que hay entre la virtud de la temperancia y continencia, sobre lo cual pasan sutiles razones entre los cortesanos.



ALLABA ya Otavian Fregoso, y parecia que no queria hablar más, pero díxole Gaspar Pallavicino. A mí no me parece, señor Otavian, que esa bondad y esa continencia y esas otras virtudes que vos quereis que el Cortesano muestre á su príncipe, se puedan aprender; mas pienso que á los hombres que las alcanzan hayan sido concedidas graciosamente por mano de Dios y de la natura; y para prueba desto es gran argumento ver que no hay nadie tan malo ni de tan perversa condicion en el mundo, ni tan determinadamente dado á los vicios, ni tan injusto, que siéndole preguntado, él, si por ventura tiene estas tachas, las confiese; ántes cada uno, por malvado que sea, huelga de ser tenido por justo y continente y bueno, lo cual no sería así, si estas virtudes se pudiesen aprender, porque no es vergüenza no saber aquello en que se requiere estudio, si no habeis estudiado en ello; mas dexar de tener aquello de que á natura debemos estar ennoblecidos, no solamente parece mal, pero es deshonra. Y por eso comunmente todos solemos trabajar de encubrir las tachas naturales, así del alma como

del cuerpo, según se vee en los ciegos, coxos, tuertos, y otros naturalmente tollidos ó diformes; que, aunque estos defetos se puedan asentar á cuenta de la natura, todavía quien quiera recibe pena de vellos en sí, porque parece que, por testimonio de la misma natura, tenga el hombre aquella falta casi como por un sello ó señal de su malicia. Confirma tambien esta mi opinion aquella fábula de Epimetheo, el cual supo tan mal repartir los dones naturales entre los hombres, que los dexó mucho más menesterosos de cualquiera cosa que á todos los otros animales. Y así, en enmienda desto, Prometeo robó aquel artificioso saber de Minerva y de Vulcano, con el cual los hombres ganaban la vida, mas no alcanzaban aquel otro saber que era necesario para que supiesen estar juntos en las ciudades, y hacer sus repúblicas, y vivir moralmente, porque éste estaba dentro en aquella gran fortaleza de Júpiter puesto á recaudo con grandes guardas, las cuales tanto espantaban á Prometeo, que no osaba llegarse á ellas, y por esto Júpiter, doliéndose del miserable estado de los hombres, los cuales, no pudiendo estar juntos por faltalles la virtud que compone y concierta el trato humano, andaban por los montes como salvajes, y eran á cada paso despedazados por las fieras, envió con Mercurio la Justicia y la Vergüenza al mundo, á fin que estas dos cosas ennobleciesen las ciudades, y atasen en concordia y pacífico ayuntamiento á los moradores dellas, y quiso que á todos fuesen dadas estas dos virtudes como las otras artes, en las cuales un solo maestro basta para muchos inorantes, como es la medicina. Mas no embar-

gante esto, fué su voluntad que fuesen en cada uno imprimidas, y estableció una ley, que todos los que quedasen sin justicia y sin vergüenza, fuesen, como pestilenciales á las ciudades, desterrados y muertos. Veis aquí, pues, señor Otavian, cómo estas virtudes son de Dios concedidas á los hombres, y no se aprenden, sino que son naturales.

Otavian Fregoso entónces casi riendo dixo. ¿Pues luégo quereis vos, señor Gaspar, que los hombres sean tan malaventurados y de un juicio tan perverso, que habiendo hallado con su industria arte para domar las bravas alimañas, lobos, osos y leones, y pudiendo con ella avezar á una ave de volar al albedrío del hombre, de tal manera que vuelva del campo y de su natural libertad voluntariamente á la jaula ó al señuelo, no puedan ó no quieran con la misma industria hallar artes para aprovechar á sí mismos, y con diligencia y estudio hacerse mejores de lo que son? Esto, á mi parecer, sería como si los médicos estudiasen con gran cuidado de saber solamente sanar el mal que se hace en las uñas ó en áhito de un niño que mama, y no curasen de aprender á saber dar remedios á una recia calentura, ó á un dolor de costado, ó otras enfermedades graves; ya veis esto, si así fuese, cuán gran locura sería. Así que, por concluir, yo pienso que las virtudes morales en nosotros no sean naturales totalmente, porque ninguna cosa se puede jamas acostumbrar á lo que naturalmente le es contraria, como lo vemos en una piedra, que aunque nunca hiciésemos sino echalla hácia arriba, jamas ella tiraria de suyo sino hácia abaxo. Por eso si en nosotros las virtudes

fuesen tan naturales como es la graveza en la piedra, nunca sería posible acostumbrarnos al vicio. Tampoco se ha de decir que son naturales los vicios totalmente, porque si lo fuesen no terniamos remedio para ser virtuosos, y sería gran sinjusticia y locura castigarnos por aquellos delitos, que, de ser naturales en nosotros, se hiciesen sin culpa nuestra; y errarian mucho las leyes, las cuales no dan pena á los malhechores por el crímen pasado, porque no se puede hacer que lo hecho no sea hecho, pero tienen ojo á lo porvenir, á fin que quien ha errado no yerre mas, ni dé causa con su mal exemplo á otro que yerre; de manera que con esto las leyes muestran tener por determinado que las virtudes se pueden aprender, y es así verdaderamente, porque nosotros somos nacidos dispuestos á recebillas, y asimismo á recebir los vicios, y por eso de entrambas cosas se hace en nosotros un hábito por la costumbre; y así primero hacemos obras de virtud ó de vicios, y despues somos virtuosos ó viciosos. Lo contrario desto se halla en las cosas que son en nosotros naturales que primero podemos hacellas, y despues las hacemos como se vee en los sentidos, que primero podemos ver, oir y tocar; y despues vemos oimos y tocamos, aunque con todo muchas destas obras se mejoran con el arte. Y así los que quieren bien criar á los niños, no solamente les muestran letras, mas áun los avezan á que sepan tener buena manera y honesta en el comer y beber y hablar y andar con buena aire y con un ademan conforme á lo mejor; y por eso, como en las otras artes, así tambien en las virudes es necesario tener maestro, el cual con su dotrina y

buenos consejos, despierte y levante en nosotros aquellas virtudes morales, de las cuales tenemos la simiente enterrada en nuestras almas, y las granjee como buen labrador, y les abra el camino por donde nazcan, quitándoles las espinas y las malas yerbas de los deseos, los cuales muchas veces tanto ocupan y ahogan nuestros corazones, que ni les dejan echar flor ni producir aquellos singulares frutos que debiéramos desear que naciesen solos en nosotros. Así que desta manera es natural en los hombres la justicia y la vergüenza, aunque vos digais que Júpiter nos las envió á todos acá en la tierra. Mas así como un cuerpo sin ojos, por recio y hábil que sea, si se mueve para algun lugar cierto á cada paso yerra el camino, así la raíz destas virtudes, potencialmente engendradas en nuestras almas, si no es ayudada con la dotrina y arte, pierde muchas veces su fuerza, y viene á ser tanto como nada; porque si se ha de reducir en su obra y hábito perfeto, no le basta, como ya se ha dicho, la natura sola, pero tiene necesidad de la costumbre artificiosa de la razon, para que purifique y aclare el alma, quitándole la tiniebla de inorancia, de la cual casi todos nuestros errores comunmente proceden; porque si el bien y el mal fuesen perfetamente conocidos, todos escogeriamos siempre el bien, y huiriamos el mal. Y así la virtud se puede casi decir que no es sino una prudencia y un saber elegir el bien, y el vicio que no es sino una imprudencia y una inorancia que nos hace juzgar falsamente las cosas; porque está claro, que nunca los hombres escogen el mal con opinion que es mal, pero engáñanse con una cierta semejanza de bien que les viene á los ojos.

Respondió entónces Gaspar Pallavicino. Todavía hay muchos que conosciendo claramente que hacen mal no dexan de hacelle, y esto porque tienen en más el deleite que entónces tienen delante, que el castigo que temen que les ha de venir dello, como los ladrones, los homicidas y otros tales.

El verdadero placer, respondió Otavian, es siempre bueno, y el verdadero dolor malo, y en esto solemos comunmente engañarnos, que tomamos el placer falso por el verdadero, y el verdadero dolor por el falso; y así muchas veces corriendo tras los falsos placeres damos de ojos en los verdaderos desplaceres. Así que aquella arte que nos muestra á conocer esta verdad y esta mentira se puede á lo ménos aprender; y aquella virtud con la cual escogemos lo que verdaderamente es bien, no aquello que falsamente nos paresce que lo es, se puede llamar verdadera ciencia, y más provechosa á la vida humana que otra ninguna, porque quita la inorancia, de la cual, como he dicho, proceden todos los males.

Yo no sé, señor Otavian, dixo entónces micer Pietro Bembo, cómo el señor Gaspar os dexa pasar eso que agora decis, que de la inorancia procedan todos los males, y que no haya muchos hombres en el mundo, los cuales pecando, saben determinadamente que pecan, y no se engañan un solo punto en el verdadero placer ni en el verdadero dolor; porque cierto es que los incontinentes tienen el juicio sano, y veen lo que es razon, y saben que aquello á que los inclina el ruin deseo es malo, y por esto resisten y ponen la razon por defensa contra el apetito; y de aquí nace

la pelea del deleite y del dolor contra el juicio hasta que, en fin, la razon vencida del apetito, que en aquel caso es más poderoso, se dexa caer y se desampara, como nao que un largo rato se defiende de la tempestad fuerte; pero al cabo, combatida del furioso ímpetu de los vientos, perdidas las áncoras, quebrado el mastel, y rotas las velas, se dexa llevar y correr su fortuna sin aprovecharse de gobernalle, ni de brúxola, ni de otro ningun artificio; así que los incontinentes, á la hora que se dexan vencer, cometen sus errores, mas cométenlos con una cierta duda y remordimiento y casi contra su voluntad, lo cual no harian si no supiesen que es malo lo que hacen, ántes se dexarian ir sin ninguna contradicion totalmente tras el deseo, y entónces haciéndolo así no se llamarian, segun filosofía, incontinentes, sino intemperados, lo cual es mucho peor; y por esto la incontinencia se dice ser vicio diminuido, porque tiene en sí alguna parte de razon, y la continencia virtud imperfeta, porque participa de algun movimiento de sensualidad. Así que concluyendo en esto, paréceme que no se puede decir que los incontinentes pequen por inorancia; ni se ha de creer que ellos se engañen ó que no yerren, sabiendo ciertamente que yerran.

Vuestro argumento, señor micer Pietro Bembo, respondió Otavian Fregoso, es harto bueno, aunque con todo, segun mi opinion, es más aparente que verdadero, porque, puesto que los incontinentes yerran con esa duda y remordimiento que habeis dicho, y la razon en ellos contradiga al apetito, y les parezca que el mal sea mal, todavía no alcanzan perfeto

conocimiento de lo que yerran, ni entienden la cosa tan enteramente como sería necesario, sino que tienen para conocer sus errores más aína una flaca opinion que cierta ciencia, y de aquí les viene consentir que la razon se dexe vencer de la sensualidad. Que claro está que si ellos estuviesen con verdadera ciencia de sus yerros, nunca errarian, porque siempre aquello por lo cual el apetito vence á la razon es inorancia, y la verdadera ciencia es imposible ser en ningun tiempo vencida por el deseo, el cual nace del cuerpo, y no del alma; y si por la razon es bien corregido y gobernado, viene á hacerse virtud, y de otra manera hácese vicio; pero tanta fuerza tiene la razon, que se hace siempre obedecer de la sensualidad, y con maravillosas maneras y vias penetra hasta donde conviene, con tal que la inorancia no tenga ocupado aquello que ella debria tener de su mano. Y así acaece que aunque los espíritus procedidos de la sangre, y tambien los nervios y los huesos, no tengan en sí razon, todavía, cuando en nosotros nace aquel movimiento del alma que nos mueve á hacer algo, parece que, casi como si el pensamiento pusiese las espuelas y requiriese el freno á los espíritus, todos los miembros se aperciben, los piés para andar, las manos para tomar ó hacer lo que piensa el juicio; y esta obediencia que tiene el cuerpo al alma áun se conoce más manifiestamente en muchos que comen alguna vez algun manjar asqueroso y aborrecible para ellos no sabiendolo, pero por estar bien guisado, y porque les parece que es otra cosa, sábeles bien, y alábase mucho, despues sabiendo lo que era no solamente reciben pena y sienten

asco en el alma de habelle comido; más áun el cuerpo sigue tanto en aquello el juicio, que vienen luégo á vomitar todo lo que comieron.

Seguia adelante Otavian Fregoso su habla, mas atajándole el manífico Julian, díxole. Paréceme, señor Otavian, que si yo bien me acuerdo dello, vos habeis dicho agora poco há que la continencia es virtud imperfeta, porque tiene en sí algun movimiento de parte de la sensualidad. Y por cierto mi opinion es que aquella virtud, la cual, habiendo discordia entre la razon y el apetito, pelea y hace quedar la razon vencedora, debe ser tenida por más perfeta que no aquella que vence sin tener contradicion de deseo ni de otra ninguna aficion; porque en tal caso parece que el alma no se refrene del mal por virtud, sino que solamente dexe de hacer aquello que es malo por no habello gana.

¿Cuál terniades vos, dixo Otavian Fregoso entónces, por mejor capitan, ó el que peleando abiertamente se pusiese á peligro de ser vencido, y venciese, ó el que por pura virtud y seso atajase las fuerzas á sus enemigos, trayéndolos á estado que no pudiesen pelear, y así sin batalla y sin peligro los venciese?

El que aventurando ménos, respondió el Manífico, y con mayor seguridad venciese, merecería, sin duda, ser más loado, con tal que esta su vitoria tan cierta no procediese de ser los enemigos flacos.

Bien habeis juzgado, respondió Otavian, y así tambien yo os digo que la continencia es como un capitan que pelea valientemente, y, aunque los enemigos sean recios y poderosos, no dexa por eso de vencellos,

pero no sin gran trabajo y peligro; mas la temperancia libre de toda turbacion y movimiento es semejante al otro capitan, que sin pelea y sin contradicion vence y reina, y habiendo en el alma donde se halla, no solamente remediado en parte, mas del todo muerto el fuego de los deseos, como buen príncipe, cuando un pueblo echa á dos partes y pelean entre sí unos con otros, destruye los alborotadores enemigos familiares, y da el mando y el señorío entero á la razon, y no forzando á nuestro sentido, sino infundiéndonos sabrosamente una fuerte y firme persuasion que nos inclina al bien, hácenos estar sosegados y llenos de reposo, iguales en todo y bien medidos, y por donde quiera compuestos de una cierta concordia con nosotros mismos, que nos mejora y nos da lustre con una bonanza tan clara, que jamas nos añublamos ni nos turbamos, sino que somos hechos en todo conformes con la razon, y prestos y aparejados á enderezar hácia á ella todos nuestros movimientos, y seguilla adonde quiera que nos lleve sin resistencia ninguna, como los tiernos corderos que corren, están y van siempre cerca de sus madres, y no se mueven más de cuanto las veen mover á ellas; así que esta virtud ya veis que es totalmente perfeta, y conviene principalmente á los príncipes, porque della nacen muchas otras.

No alcanzo yo, dixo entónces micer César Gonzaga, qué virtudes convenientes á un príncipe ó á un señor puedan nacer de esta temperancia, siendo ella la que quita, como vos decis, las aficiones y deseos y otros semejantes movimientos de nuestras almas, lo cual por ventura sería bueno en un fraile ó ermitaño; pero no

sé yo cómo pudiese sufrirse en un príncipe magnánimo, liberal y esforzado, que jamas, por cosa que se le ofreciese, tuviese ira y aborrecimiento ó amor ó desamor ó deseo ó otro sentimiento alguno, ó como, no teniendo alguna cosa destas, pudiese alcanzar autoridad con los pueblos ó con la gente de guerra.

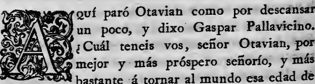
Yo no digo, respondió Otavian, que la temperancia desarraigue totalmente de nosotros las aficiones ó movimientos del alma, ni sería bien que lo hiciese, porque áun en estas aficiones hay algunas partes buenas, pero digo que aquello que en nuestros movimientos interiores es malo, y porfia á no dexarse domar de lo bueno, esta virtud lo sojuzga y lo trae hasta ponello debaxo de los piés de la razon. Así que no es cosa necesaria ni razonable, por quitar las pasiones del alma que nos turban, arrancar de raíz los movimientos y alborotos della, porque esto sería como si por proveer que ningun hombre fuese borracho, se hiciese un pregon que nadie osase beber vino, ó porque suele el hombre caer corriendo, se quitase el correr. Acordaos que el que concierta un caballo, no le hace que no corra ó que no salte, pero avézale á que lo haga á buen tiempo, y cuando quiere el caballero que le trae. Desta misma manera los movimientos de nuestra alma, moderados y corregidos por la temperancia, ayudan mucho á la virtud, como la ira que pone espuelas al esfuerzo, y el ódio contra los malos que fortifica á la justicia; y así hay otras muchas virtudes, ayudadas por estos nuestros movimientos, los cuales, si se quitasen del todo, dexarian la razon flaca y caida, de tal manera que se levantasen poco los brazos para hacer

cosa que debiese, y quedaria ni más ni ménos como un patron de una gran nave en mitad de una gran calma. Por esto no os maravilleis, señor micer César, que yo os haya dicho que de la temperancia procedan muchas otras virtudes; que sabé, que así lo hacen; y cuando todas están juntas, si el alma ayudada de la razon, llega á estar templada y concorde con el armonía dellas, fácilmente despues recibe aquel verdadero esfuerzo, con el cual se halla firme y constante en los peligros, y casi señora de todas las pasiones humanas; alcanza tambien la justicia pura vírgen y entera, amiga de la humildad y templanza, y del bien, y, en fin, reina de todas las otras virtudes, pues muestra de hacer lo que se debe hacer, y de huir lo que se debe huir; y es perfetísima, porque por ella se hacen las obras de las otras virtudes, y della recibe muy gran provecho el que la posee, no solamente para sí, mas áun para los otros; sin ésta, segun vulgarmente se dice, el mismo Júpiter no podria bien gobernar su reino; la grandeza del ánimo viene luégo tras éstas, y á todas las hace mayores, pero ella por sí sola no puede estar, porque quien no tiene otra virtud, tampoco puede tener gran ánimo; de todas éstas es despues guía la prudencia, la cual consiste en un cierto juicio de saber bien elegir; y en esta tal cadena, tan bien aventurada, vienen atadas la liberalidad, la manificencia, el deseo de honra, la buena crianza, la mansedumbre, la dulzura, la buena conversacion, la afabilidad, y muchas otras virtudes que agora no hace al caso decillas todas. Y, si nuestro Cortesano hiciere lo que hemos dicho, hallará todas estas virtudes en el alma de su

príncipe, de las cuales cada dia verá nacer tantas flores y frutas, cuantas no se hallan en los más deleitosos jardines del mundo; y viendo esto terná en sí un grandísimo contentamiento, acordándose que no ha dado á su príncipe lo que dan los locos y baxos hombres, que es oro y plata, vaxillas ricas, grandes aderezos, y semejantes cosas, las cuales suelen faltar al que las da, y sobrar al que las recibe; mas que le ha dado aquella singular virtud, que quizá entre todas las cosas humanas es la mayor y la ménos comun, y ménos conocida y tratada entre los hombres; y ésta es la buena manera de gobernar y reinar como es razon, la cual sola bastaria á hacer los hombres bienaventurados, y restituir otra vez al mundo aquella edad de oro, que fué, segun se escribe, en el tiempo en que reinó Saturno.

CAPÍTULO III

En el cual se platica cuál sea mejor gobernacion, la de un buen rey ó la de una buena república, y sobre esta disputa pasan entre los cortesanos sutiles razones y réplicas.



Aquí paró Otavian como por descansar un poco, y dixo Gaspar Pallavicino. ¿Cuál teneis vos, señor Otavian, por mejor y más próspero señorío, y más bastante á tornar al mundo esa edad de oro de que vos agora hecistes mencion, el reino de

un muy buen príncipe, ó el gobierno de una muy buena república?

Yo querria siempre más, respondió Otavian, el reino de un buen príncipe, porque es señorear más conforme á la natura, y, si se sufre comparar las cosas pequeñas á las infinitas, más semejante al de Dios, el cual siendo uno y solo gobierna á todo el mundo. Mas dexando esto, mirá que en lo que se hace con artificio humano, como en los exércitos, en los grandes navíos, en los edificios, y en otras tales cosas, todo se refiere á uno solo que gobierna á su voluntad, y es el maestro; asimismo en nuestro cuerpo todos los miembros trabajan y se exercitan, siguiendo lo que el corazon manda. Demas desto, parece cosa razonable que los pueblos sean gobernados por un príncipe, como lo son tambien muchos animales, á los cuales la misma natura les muestra la obediencia como cosa muy saludable. Veis que los ciervos, las grullas y muchas otras aves, cuando pasan de una tierra á otra, siempre tienen un gobernador á quien siguen y obedecen; y las abejas, casi como si usasen de discurso de razon, tienen tanto acatamiento á su rey, que no le tienen mayor los más sujetos pueblos del mundo; y así todo esto es muy gran argumento para hacernos conocer que el señorío del príncipe tiene más conformidad con la natura que el de la república.

Pues á mí me parece, dixo entónces micer Pietro Bembo, que, siéndonos dada á todos la libertad igualmente de mano de Dios por un dón señalado y singular, no es razon que nos sea quitada, ni que uno alcance mayor parte della que otro, lo cual acaece de-

baxo del gobierno de los príncipes, porque comunmente tienen á los vasallos apretados en estrecha sojucion; pero en las repúblicas bien fundadas y regidas no es así, ántes en ellas se guarda maravillosamente la libertad, y demas desto, en los consejos y juicios y consultas, más veces acaece engañarse el parecer de uno solo que el de muchos, porque una pasion de ira ó de ódio, ó de codicia, más fácilmente entra en un solo hombre que en todo un pueblo, el cual es casi como una gran agua, que ménos aparejada es á dañarse qne una pequeña. Digo más, que el exemplo que habeis traido de los animales, no me parece que hace á nuestro propósito, porque los ciervos y las grullas y otras muchas aves, no siguen ni obedecen siempre á uno mismo, ántes mudan, dando agora el mando á uno y agora á otro, y desta manera viene la cosa á ser más aína forma de república que de reino, y esta se puede llamar verdadera y igual libertad, cuando los que algunas veces mandan obedecen despues tambien. La otra comparacion, pues, de las abejas tampoco me parece que cuadra, porque aquel rey suyo no es de la misma especie dellas; y así el que quisiese dar á los hombres un señor, que verdaderamente fuese merecedor de serlo, habria de hallarle de otra especie y natura más ecelente que la humana, para que con razon los hombres hubiesen de obedecelle, así como acaece en las ovejas, ó carneros, ó bueyes, que no obedecen á un animal semejante á ellos, sino á un pastor que es hombre, y en su especie y natura les lleva gran ventaja. Por todas estas cosas pienso yo, señor Otavian, que el gobierno de una república debe ser te-

nido en más, y ha de ser más deseado que el de un rey.

Contra vuestra opinion, dixo entónces Otavian, quiero yo, señor micer Pietro, traer una sola razon, y es ésta: que, como sabeis, tres maneras de gobernar bien á los pueblos se hallan solamente; la una es el reinar de un solo rey; la otra el gobierno de los buenos, que eran llamados por los antiguos optímates; y la otra el regimiento popular. Estas tres tienen sus tres rompimientos, ó, por decillo así, sus tres vicios contrarios, en cada uno de los cuales, cada una tambien dellas incurre en dañándose. El reinar se daña y se convierte en su contrario cuando se hace tiranía; y el gobierno de los buenos, cuando se muda en el de pocos poderosos y no buenos; y el regimiento popular cuando es ocupado confusamente por todo el pueblo, el cual, mezclando y confundiendo los grados y las partes ordenadas y asentadas en cada oficio y estado, pone totalmente el gobierno en manos de la multitud confusa; de estas tres maneras de gobernar malas, claro está que la tiranía es la peor, segun se podria muy bien probar por muchas razones. Conclúyese luégo que de aquellas tres maneras de gobierno buenas, la del reinar es la mejor, porque es contraria á la peor; que, como teneis bien entendido, los efetos de las causas contrarias son ellos tambien entre sí contrarios. Tras esto, respondiéndoos á lo que habeis dicho de la libertad, digo que la verdadera libertad no es vivir como el hombre quiere, sino segun las buenas leyes mandan, y no es ménos natural y provechoso y necesario el obedecer que el mandar, y algunas cosas hay nacidas, y así señaladas y ordenadas naturalmente para mandar, como otras

para obedecer. Verdad es que hay dos formas de señorear; la una es rigurosa, y lleva á fuerza las cosas, como es la que usan con los esclavos sus dueños, y con ésta el alma manda al cuerpo; la otra es más blanda y sabrosa, como la que tratan los buenos príncipes por el camino de las leyes con sus pueblos; y con ésta manda la razon al apetito: la una y la otra destas dos son provechosas, porque el cuerpo es nacido naturalmente dispuesto á obedecer al alma, y asimismo el apetito á la razon. Hay tambien muchos hombres que no entienden sino en las cosas del cuerpo, y en ellas andan siempre envueltos, y para ellas solamente viven; y estos tales son tan diferentes de los virtuosos, cuanto lo es el cuerpo del alma; mas todavía por ser animales racionales participan algo de razcn, pero no más de cuanto la conocen, no poseyéndola ni gozándola; así que éstos naturalmente son siervos, y mejor les es á ellos obedecer que mandar.

¿Qué manera, pues, dixo entónces Gaspar Pallavicino, se ha de tener en mandar á los discretos y virtuosos, pues que no son naturalmente siervos?

Respondió á esto Otavian. Hales el hombre de mandar con aquella manera, que arriba diximos, blanda y sabrosa y propria para un buen rey y para una buena ciudad, y hanse de dar á estos tales aquellos oficios y cargos que más les convienen, segun su habilidad, á fin que puedan ellos tambien mandar y gobernar á los que fueren ménos sabios que ellos. Pero en eso hase de mirar siempre que el principal gobierno cuelgue todo de un supremo príncipe. Y porque me acuerdo que habeis dicho que es más fácil cosa

dañarse y hacerse malo un solo hombre que todo un pueblo, digo que tambien es más fácil cosa hallarse un hombre bueno y sabio que muchos. Y por cierto, razon es esperar que ha de ser bueno y sabio un rey viniendo de alta sangre, siendo inclinado á la virtud por su natural instinto y por la gloriosa memoria de sus antecesores, y siendo criado en buenas costumbres; y, si no fuere de otra especie más ecelente que la humana, segun nos habeis dicho, hablando en lo de las abejas, bastalle ha, siendo ayudado de la dotrina y crianza y arte del Cortesano hecho por estos señores, que sea perfetamente justo, continente, templado, animoso, sabio, liberal, manífico, buen cristiano, piadoso, y en fin, honrado gloriosamente y amado de los hombres y de Dios, con cuya gracia alcanzará aquella virtud alta y más que humana, que por los filósofos es llamada heroica, la qual le subirá más alto de lo que nuestra humanidad sufre, y le hará tan perfeto y maravilloso, poniéndole tan arriba de todo el mundo, que se pueda más ayna llamar un medio Dios que un mortal hombre. Porque en la verdad Dios recibe gran deleite, y es protector de aquellos príncipes que siguen sus pisadas, y andan por parecelle, no con mostrarse muy poderosos y hacerse adorar de los hombres, sino con ser puramente buenos y llenos de saber, con el cual quieran y sepan hacer bien y ser sus ministros, distribuyendo para la salud y provecho de los hombres los bienes y las mercedes que ellos dél reciben. Por eso, como en el cielo el sol y la luna y las otras estrellas muestran acá en el mundo, casi como en un espejo, una cierta seme-

janza de Dios; así en la tierra mucho más propria imágen de Dios son aquellos buenos príncipes que le aman y le temen, y muestran á los pueblos la clara luz de su justicia acompañada con la sombra de aquella alta razon y entendimiento divino; y Dios á estos tales da parte de la honestidad, igualdad, justicia y bondad suya, y de aquellos otros bienaventurados bienes que yo nombrar no sé, los cuales representan en el mundo un testigo de la divinidad harto más claro y cierto que la luz del sol, ó el contino volver del cielo con la variedad de los cursos de las estrellas. Así que los pueblos son de Dios encomendados á los príncipes, los cuales deben tener gran cuidado siempre dellos por poder dar buena cuenta del cargo que les es dado, como la dan los buenos mayordomos á sus señores; y hanlos de amar, y tener todo su bien y mal por proprio, y procurar sobre todas las otras cosas el descanso y contentamiento dellos. Por eso debe el príncipe, no solamente ser bueno, más áun hacer buenos á los otros, como aquella forma cuadra que usan los albañis, la cual, no sólo en sí es derecha, igual y justa, mas endereza, iguala y hace justas todas las cosas que á ella se juntan; y en la verdad muy cierta señal es de ser el príncipe bueno ser sus vasallos buenos. Porque la vida del príncipe es ley y maestra de los pueblos, y necesario es que de las costumbres dél procedan las de todos los otros, y no conviene que el inorante enseñe, ni el desordenado que ordene ni el caido que levante á otro; por eso, si el príncipe ha de hacer bien todas estas cosas, es menester primero que ponga gran estudio y diligencia en sabellas, y que

despues forme dentro en sí y guarde firmemente en toda cosa la ley de la razon, no escrita en papel ni en tablas de metal, sino imprimida en sus entrañas, á fin que le sea siempre, no solamente familiar, mas intrínseca y fixa, y ande con él siempre, como cosa que es parte de su alma; porque dias y noches, en todo lugar y tiempo, le conseje y le hable dentro en su corazon, curándole de aquellas pasiones que suelen sentir los hombres disolutos; los cuales, de estar continamente apretados por la una parte del pesado sueño de la inorancia, y por la otra del trabajo que reciben de sus perversos y ciegos deseos, están siempre desasosegados y combatidos de congoxosas fatigas, como acaece alguna vez á los que duermen, estallo de estrañas y espantosas visiones. Cargando despues mayor poder al mal querer, ha de cargar de necesidad mayor pesadumbre, y cree que, cuando el príncipe puede lo que quiere, entónces es gran peligro que no quiera lo que no debe. Por eso bien dice Bias, que en los cargos se parecen luégo los hombres; porque, como en una cuba ó en una tina, si se rezuma, mal se puede conocer, estando vacía, por dónde se sale, pero en hinchiéndola se vee luégo, así los corazones dañados y llenos de vicios pocas veces descubren sus tachas hasta que los hinchen de autoridad; porque luégo entónces en viéndose prósperos, no bastan á llevar el grave peso del poder que alcanzan, y así se caen y se quiebran, y quebrados vierten por todas partes la codicia, la soberbia, la ira, la vanidad y aquellas costumbres de tiranos que tienen dentro en sí; y así sin ninguna consideracion maltratan á los buenos y sa-

bios persiguiéndolos, y honran á los malos y locos favoreciéndolos, y no sufren que en las ciudades haya amistades ni compañías ni tratos entre los ciudadanos, ántes traen siempre sobre ellos grandes espías, y tienen cabe sí acusadores y matadores para espantar á los pueblos y hacellos de flaco espíritu. Y ordinariamente siembran discordias entre ellos, porque no estén unidos, y así no tengan tantas fuerzas; y desta manera, procediendo de un mal en otro, hácese un proceso de infinitos daños y miserias para los cuitados de los vasallos, y muchas veces se sigue cruel muerte, ó á lo ménos temor contino della á los mismos tiranos. Porque los buenos príncipes temen, no por sí, sino por sus pueblos, y los tiranos temen á sus mismos pueblos; y así cuanto mayores señores son, y más número de gente tienen debaxo de su mando, tanto más temen y tienen más enemigos. ¿Qué vida pensais vos que ternía, y cuántos sobresaltos sentiria Clearco, tirano de Ponto, cada vez que se paseaba por la ciudad, ó salia al teatro, ó iba á algun banquete, escribiéndose dél que dormia sólo en una cámara cerrado por de dentro á gran recaudo? Pues ¿qué dirémos de Aristodemo Argivo? el cual habia hecho de su cama casi una prision, porque en su palacio tenía una pequeña cámara hecha con tal artificio, que estaba colgada en el aire, y tan alta, que era menester una muy larga escalera para subir á ella, y allí dormia con una manceba suya, la madre de la cual tenía cargo expreso de quitar cada noche el escalera y de tornarla á poner en la mañana. Muy contraria vida desta ha de ser en todo la del buen príncipe; con-

viene que sea libre y sin miedo, y tan aceta y cara á los suyos, cuanto á ellos la propria, y ordenada de manera que sea en parte activa y en parte contemplativa, y esto no más de cuanto convenga para el bien de los pueblos.

¿Cuál desas dos vidas, dixo entónces Gaspar Pallavicino, os parece á vos, señor Otavian, que haga más al caso para un príncipe?

Respondió Otavian riendo. Vos quizá debeis de pensar que yo presuma de ser aquel gran Cortesano que es obligado á saber tantas cosas, y á aprovecharse dellas para el fin que aquí he dicho; pues acordaos que estos caballeros le han formado con muchas calidades, que yo por cierto no las tengo. Por eso procuremos de hallarle, y hallado que sea, remetirme á él en eso y en todas las otras cosas que pertenecen á un buen príncipe.

Yo pienso, dixo entónces Gaspar Pallavicino, que si de las calidades dadas al Cortesano vos faltan algunas, serán más aína la música y el danzar y las otras de poca importancia, que aquellas que hacen al caso para criar bien á un príncipe.

No son, cierto, respondió Otavian, de poca importancia las que provechan para ganar la voluntad del príncipe, lo cual es necesario que haga, como hemos dicho, el Cortesano primero que se aventure á consejalle y reprehendelle y mostralle la virtud, la cual, segun pienso haber probado con mis razones, se puede muy bien aprender, y aprendida aprovecha tanto cuanto daña la inorancia, de la cual nacen todos los pecados, y en especial aquella falsa presuncion que

el hombre tiene de sí mismo. Pero eso paréceme que basta ya lo que he dicho, y por ventura me he alargado más de lo que me obligaba lo que he prometido.

Dixo la Duquesa entónces. Cuanto mayor fuere vuestra paga que vuestra deuda, tanto mayor será vuestra cortesía y el cargo en que os quedarémos. Por eso no se os haga de mal responder á la pregunta del señor Gaspar Pallavicino; y pídos por merced que digais tambien todo lo que os parece, que vos mostraríades á vuestro príncipe, si él tuviese necesidad de aprender, y hacé cuenta agora que vos fuésedes ya tan su privado, que pudiésedes decille libremente vuestro parecer en todo.

Rióse á esto Otavian Fregoso, y dixo. Si yo fuese agora muy gran privado de algun príncipe, que yo conozco, y presumiese de decille mi parecer en algo, yo os prometo que presto no lo sería, y demas desto, para mostralle, sería necesario que yo primero aprendiese. Mas todavía, pues vos, señora, mandais que yo responda á lo que el señor Gaspar Pallavicino ha preguntado, soy contento de hacerlo, y así digo que mi opinion es que los príncipes deben tener fin á estas dos vidas, pero más á la contemplativa; porque ésta en ellos es partida en dos partes; la una de las cuales consiste en conocer y juzgar bien, y la otra en mandar justamente y por términos convenibles las cosas puestas en razon, y las que lícitamente se pueden mandar, y mandallas en su lugar y tiempo á los que con razon las hubieren de obedecer, y esto tocaba el Duque Federico, cuando decia que, el que sabía mandar, era siempre obedecido. El mandar, en fin, es siem-

pre el principal oficio, pero, aunque parezca que á ellos no les quepa sino esto, deben todavía muchas veces ser presentes en ver poner por obra sus mandamientos, y áun segun la necesidad y el tiempo ayudar con sus manos en todo, y esto es parte de lo activo; pero el fin de la vida activa debe ser la contemplativa, como el de la guerra es la paz, y el de los trabajos el reposo. Por eso conviene al buen príncipe poner sus pueblos en tan buenas costumbres, y tenellos tan corregidos con tales leyes y órden, que puedan vivir en sosiego sin peligro y con autoridad, gozando con honra del fin de todos sus negocios, que debe ser el descanso; porque muchas veces se han hallado hartas repúblicas y príncipes que en guerra siempre alcanzaron gran poder, y florescieron mucho, pero luégo que tuvieron paz, se perdieron y quedaron deslustrados, como hierro que en no sirviendo luégo se hinche de orin; y la causa de todo esto es no haber sido bien instruidos y acostumbrados en el vivir pacífico, ni saber gozar del bien del sosiego; y por cierto andar continamente tratando la guerra, sin tener ojo á llegar á su fin, que es la paz, no es lícito; puesto que piensen algunos príncipes, que todo su principal intento ha de ser señorear y tener sujetos los pueblos comarcanos, y así exercitan á los suyos en una fiera guerrería de robos, de matanzas y de semejantes cosas, y hacen mercedes á los que saben mejor tratar este oficio, al cual ellos llaman virtud; y de aquí nació aquella costumbre en los scytas, que el que no hubiese muerto á algun enemigo suyo, no pudiese en los convites públicos beber en la taza en que los

otros bebian. En otras partes se usaba poner al rededor de cada sepultura tantas colunas, de aquellas que los griegos llaman obeliscos, cuantos enemigos habia muerto aquel que allí estaba enterrado; y todas estas cosas y otras tales se hacian, porque los hombres fuesen guerreros, á fin que siempre anduviesen conquistando y sojuzgando provincias de una en otra, con intincion de sojuzgallas todas, lo cual fuera casi imposible, por ser cosa para nunca acabar, hasta que no hubiera más que sojuzgar en el mundo; y era tambien contrario á la ley de natura, la cual manda que no hagamos á otro lo que no querríamos que se hiciese á nosotros. Por eso deben los príncipes exercitar sus pueblos en las cosas de la guerra, no por codicia de señorear, sino por defender á sí y á ellos de quien les quiera hacer sobras, ó tambien por echar los tiranos, y por poder bien gobernar á los pueblos, no sufriendo que sean maltratados, ó verdaderamente por quitar de libertad y poner debaxo de servidumbre á los que sean naturalmente tales, que merezcan ser hechos siervos; pero esto ha de ser con intincion de gobernallos bien, y de tenellos en paz y sosiego, despues de habellos sojuzgado; y este mismo fin han de tener las leyes y todo lo que está ordenado por la justicia, castigando á los malos, no por ódio, sino porque no sean malos ni embaracen el sosiego de los buenos; porque en verdad, es una cosa fuera de toda razon y dina de ser muy reprehendida, mostrarse los hombres en la guerra, la cual en sí es mala, valerosos y sabios, y en la paz, la cual es buena, mostrarse inorantes, y para tan poco que no sean para gozar del bien que les

es concedido; así que como en la guerra deben los pueblos ocuparse en las virtudes útiles y necesarias para alcanzar dellas el fin, que es la paz, así en la paz por alcanzar su fin, que es el sosiego, deben ocuparse en las honestas, las cuales son el fin de las útiles. Desta manera los súbditos serán buenos, y el príncipe terná más á quien loar y hacer mercedes que á quien castigar, y el señorío será para el señor y para los vasallos próspero y bien aventurado, no riguroso ni áspero, como con el esclavo le usa su dueño, sino dulce y manso, como de buen padre á buen hijo.

Dixo entónces Gaspar Pallavicino. Por cierto yo holgaria mucho de saber cuáles sean esas virtudes útiles y necesarias en la guerra, y cuáles las honestas en la paz.

Todas son buenas, respondió Otavian, y provechosas, porque se enderezan á buen fin; pero en la guerra principalmente vale aquel verdadero esfuerzo, que hace ser nuestros ánimos tan libres de toda pasion, que no solamente no tememos los peligros, mas ni áun se nos da nada dellos; aprovecha tambien la constancia y el sufrimiento con el ánimo firme y fixo y desapasionado á todos los encuentros de la fortuna. Conviene asimismo en la guerra y en cualquier otra cosa tener todas las virtudes que son enderezadas á lo honesto, como es la justicia, la continencia y la temperancia; pero éstas más propriamente se requieren en la paz, porque muchas veces los hombres puestos en prosperidad y sosiego, cuando la fortuna les sucede bien, vienen á hacerse injustos y intemperados, y déxanse dañar con la abundancia de los deleites. Y por

eso los que están en este estado, que hemos dicho próspero y sosegado, tienen muy gran necesidad de estas virtudes, porque el mucho ócio fácilmente causa vicios y malas costumbres; y así los antiguos tenian por refran que los siervos nunca habian de estar ociosos. Y créese que las Pirámides de Egito fueron hechas por tener á los pueblos ocupados en algun exercicio, porque comunmente la costumbre del trabajo es muy provechosa á todos. Hállanse demas destas virtudes otras muchas de gran provecho; pero basta lo dicho, porque, si yo supiese hacer mi príncipe tal y de tan buena y virtuosa crianza como hemos declarado, y de hecho le hiciese así, yo pensaria haber harto cumplidamente alcanzado el fin del buen Cortesano.

CAPÍTULO IV

En el cual Otavian prosigue su plática cerca de las virtudes, en que pasan ciertas preguntas y respuestas, en especial cómo ha de criar y enseñar á un príncipe el perfeto Cortesano.



Señor Otavian, dixo entónces Gaspar Pallavicino, porque, segun veo, vos habeis alabado mucho la buena arte y manera de saber bien criar á uno, y casi habeis mostrado creer, que ésta sea la principal cosa, con la cual el hombre se haga virtuoso, querria por eso agora yo saber, si la crianza que ha de mostrar el Cortesano á su príncipe ha de comenzar á mostrarse con la conversacion y costumbres ordinarias,

las cuales poco á poco, sin que él mire en ello, le avecen á hacer buenas cosas, ó si ha de ser comenzada con hacelle entender por razon la calidad del bien y del mal, y con mostralle, ántes de ponelle en el camino que ha de llevar, cuál sea lo bueno para que lo siga, y cuál lo malo para que lo huya, y, en fin, si es mejor introducirse y fundarse la virtud en nuestras almas con la razon y con el discurso del entendimiento, ó verdaderamente con la costumbre.

Paréceme, señor, respondió Otavian, que vos quereis agora meterme en largas pláticas y grandes honduras, mas, porque no penseis que me escuso de responder á vuestras preguntas, digo que así como el alma y el cuerpo en nosotros son dos cosas, así tambien el alma es partida en dos partes, la una de las cuales tiene en sí la razon y la otra el apetito; y asimismo como en lo que se engendra precede el cuerpo al alma, así tambien la parte irracional del alma precede á la racional; y esto se vee claramente en los niños, los cuales casi en naciendo muestran luégo tener ira, y gana agora de una cosa y agora de otra; pero la razon no se muestra en ellos, sino despues por discurso del tiempo. Así que, siguiendo esta órden, débese primero tener cuidado del cuerpo que del alma, y asimismo del apetito primero que de la razon; pero este cuidado que se ha de tener del cuerpo, ha de ser por respeto del alma, y el del apetito por respeto de la razon; porque, como la virtud intelletiva se hace perfeta con la dotrina, así se hace perfeta la moral con la costumbre. Debe luégo primero mostrarse esta buena crianza con la costumbre, la cual

puede gobernar los apetitos que áun no son capaces de razon, y enderezallos con el buen uso hácia el bien; despues confírmanse ellos con el entender, el cual, aunque muestre tarde su luz, da manera para gozar perfetamente de la virtud á quien tiene fundamento de buenas costumbres, en las cuales consiste, á mi parecer, la suma de todo esto.

Querria saber, dixo Gaspar Pallavicino, ántes que paseis, más adelante qué cuidado es ese, que vos decis, que se ha de tener del cuerpo; porque me parece que habeis dicho, que primero debemos tenelle dél que del alma.

Eso preguntaldo, respondió riendo Otavian, á los que están más frescos y gordos que yo; pero todavía dexando burlas aparte, podríamos hablar bien fundadamente en eso, y tratar sobre ello hartas cosas buenas, como sería decir de la edad más conveniente para casarse, á fin que los hijos no estuviesen muy cerca ni muy léxos de los años de sus padres; tambien de los exercicios y crianza en que han de ser puestos los niños, luégo en naciendo, y despues en todo el proceso de su edad, porque salgan sanos, bien dispuestos y recios.

Lo que más querrian, respondió Gaspar Pallavicino, las mujeres para hacer sus hijos bien dispuestos y hermosos sería, segun mi opinion, lo que Platon en su república quiere dellas, que no sean particularmente proprias de nadie, sino que sean comunes; y áun holgarian ellas de sello de aquella misma manera, que ese filósofo dice.

Dixo entónces Emilia riendo. No me parece que

quedó asentado, en lo que concertamos, que hubiésedes vos de volver á decir mal de mujeres.

Yo por cierto, señora, respondió Gaspar Pallavicino, pienso que las alabo mucho en esto; porque no digo, sino que querrian que se guardase una costumbre aprobada por un tan singular y señalado hombre, como fué Platon.

Veamos, dixo riendo micer César Gonzaga, si entre los precetos del señor Otavian, que áun no sé si los ha dicho todos, podria tener lugar ése, y si sería bien que el príncipe hiciese dello una ley.

Los precetos que yo he dado, aunque son pocos, respondió Otavian, bastarian quizá á hacer un príncipe tan bueno, como podrian ser los que se usan hoy en dia, no embargante que quien quisiese tratar esta materia más delgadamente, áun hallaria más que decir sobre ella.

Dixo á esto la Duquesa. Pues no cuesta sino palabras, decínos agora todo lo que se os ofreciere, que haga al caso para criar á vuestro príncipe, y hacelle sabio.

Respondió á eso Otavian. Muchas otras cosas, señora, le mostraria yo, si las supiese, y entre las otras sería ésta una, que de sus vasallos escogiese un cierto número de caballeros, de los de mejor linaje y más principales y más sabios, con los cuales comunicase y consultase todas las cosas de su estado, y á éstos diese autoridad y licencia de poder decille libremente, sin ningun respeto, todo lo que les pareciese; y habia de tener con ellos tal manera que todos entendiesen dél que queria oir y saber de toda cosa la

verdad, y que tenía aborrecido todo género de mentira; y demas desta elecion, que habria de hacer de estos generosos y principales hombres, consejaríale tambien que eligiese en el pueblo otros de menor grado, de los cuales se hiciese un consejo popular, el cual comunicase con el otro consejo, de los caballeros las cosas de la ciudad pertenecientes á lo público y á lo privado, y desta manera que hiciese del príncipe como de la cabeza, y de los caballeros y de los populares como de los miembros, un cuerpo solo unido todo juntamente, el gobierno del cual naciese principalmente del príncipe, y despues participase de los otros; y así este tal estado, compuesto y ordenado de esta arte, ternia forma de aquellos tres buenos gobiernos que arriba diximos que serian el del reino, el de los generosos, ó, segun los llamaban los antiguos, optimates, y el del pueblo. Tras esto le mostraria, que de los cuidados que ha de tener el príncipe, el más importante es el de la justicia, por la conservacion de la cual se deben dar los cargos á los hombres sabios y abonados; y la prudencia destos ha de ser verdadera prudencia, mezclada con bondad, porque de otra manera no sería prudencia, sino astucia; que cuando la bondad falta, siempre el arte y la sotileza de los letrados es perdimiento y confusion de las leyes y de los juicios; y la culpa de todos los errores dellos se ha de echar á quien les dió cargo de justicia ó de otra cosa, en que pudiesen mandar. Diríale tambien cómo de la justicia pende aquel amar á Dios, que se requiere necesariamente en todos, pero más en los príncipes, los cuales deben amalle sobre toda otra cosa, y enderezar á

él, como á verdadero fin, todas sus obras, y, como decia Xenefonte, alaballe y amalle siempre, pero mucho más en la prosperidad, porque puedan despues sin empacho pedilles mercedes y remedios en las adversidades, que en la verdad nadie puede gobernar bien á sí ni á otro, si Dios no ayuda en todo, el cual suele alguna vez enviar á los buenos la buena dicha como criada suya para que les ande cerca, y los guarde de peligros; y otras veces les envia la mala por no dexallos que se duerman tanto en las prosperidades, que se olviden dél ó de la prudencia humana, la cual muchas veces hace que la mala fortuna sea buena ó sea ménos mala, como el buen jugador, que de los ruines lances de los dados saca provecho, ó á lo ménos menor daño con jugar bien las tablas. Acordaríale más, á vueltas de todo esto, que fuese verdaderamente buen cristiano, de conciencia sana y firme, no supersticioso ni dado á las vanidades de los conjuros ó ensalmos ó de los adevinos; porque desta manera, juntando con la humana prudencia el temor de Dios y la verdad de nuestra religion cristiana, terná de su mano la buena fortuna, y á Dios por protector, el cual siempre le hará andar próspero en la paz y en la guerra. Diríale yo tambien que debe amar á la patria y á sus pueblos, teniéndolos no muy apretados por no selles odioso, de donde suelen proceder las revueltas, las conjuraciones y mil otros males, ni tampoco muy sueltos en mucha libertad, por no llegar á ser tenido dellos en poco, de lo cual nace la vida demasiadamente libre y disoluta en los pueblos, y luégo tras ella se siguen los robos, los hurtos,

los homicidios sin temor de las leyes, y por aquí muchas veces viene la cosa á total caimiento y perdicion de las ciudades y reinos. Mostrallia más, cómo debe amar á sus deudos de grado en grado, guardando con todos en ciertas cosas, como en la justicia y en la libertad, una igualdad medida, y llevando en otras algunas una desigualdad puesta en razon, como en ser liberal, en remunerar los servicios, en repartir las honras y los cargos segun las diferencias y desigualdades de los méritos, los cuales por muchos que sean, no han de poder ser tantos, que las mercedes no hayan de ser más. Decillia tras esto que, si así lo hiciese, sería no solamente amado, mas adorado de sus súbditos, y que no ternia necesidad de tomar estranjeros para la guarda de su persona; que los suyos por provecho de sí mismos con sus vidas guardarian la dél; y todos de muy buena voluntad obedecerian á las leyes, cuando viesen que él las obedecia, y fuese casi un conservador y secutor fiel dellas; y desta manera daria acerca desto tan buena y firme opinion de sí, que, aunque alguna vez viniese en algo contra ellas, todos dirian y conocerian que se hacia á buen fin, y no ternian ménos respeto y acatamiento á la voluntad dél que á las mismas leyes; y con esto estarian los corazones de los pueblos tan moderados y puestos en su punto, que los buenos no querrian tener más de lo que hubiesen menester, y los malos no podrian, y esto bastaria para poner gran seguridad en todos; porque muchas veces las demasiadas riquezas son causa de grandes males, como en la triste de Italia, que anda puesta en manos de cuantos estranjeros quieren

saquealla y desollarla, y esto acaece así por el mal gobierno como por ser abundantísima y rica. Por eso sería bien, que por la mayor parte los pueblos ni fuesen muy ricos ni pobres; porque los demasiadamente ricos las más veces se hacen soberbios y locos; y los pobres vienen á ser apocados y tramposos; pero los que no declinan mucho al un estremo ni al otro, sino que se conservan en un buen medio, no engañan ni son revoltosos, ni tampoco han miedo de ser engañados, ni temen revueltas; y siendo éstos que están en esta medianía más en número, de necesidad han de ser más poderosos; y así están como unos medianeros que no dexan á los ricos ni á los pobres levantarse contra su príncipe ó contra los otros que gobiernan, ni los dexan andar revolviendo al pueblo. Así que, por hacer pacíficos y seguros los estados, es una cosa muy provechosa conservar generalmente esta medianía. Diríale luégo tras esto cuán necesario le fuese usar destos y de otros muchos remedios oportunos para hacer que en sus vasallos no entrase deseo de novedades y de mudanzas de estados, lo cual las más veces hacen los pueblos ó por provecho ó por honra que esperan, ó verdaderamente por daño ó por deshonra que temen; y estos movimientos se engendran en sus corazones alguna vez por ódio ó ira que los trae desesperados por las injurias y ultrajes que les son hechos con la avaricia, soberbia, crueldad, y bellaquerías y adulterios públicos de los más principales y poderosos del pueblo; y otras veces les vienen de menospreciar á los príncipes por la floxedad y vileza y poquedad, que ven en ellos. Para no dar lugar á estos dos

males, es necesario que los vasallos amen y teman á su príncipe, lo cual se alcanza fácilmente con hacer bien y honrar á los buenos, y con proveer algunas veces con buena maña y otras con rigor, que los malos y revolvedores no lleguen á ser muy poderosos, y este daño hase de prevenir mucho ántes que venga; porque con mucho ménos dificultad se atajan las fuerzas de los malos hombres ántes que ellos las tengan, que se quitan despues que las tienen. Diríale más, que el mejor camino de todos para hacer que los pueblos no den en semejantes yerros, es guardallos de malas costumbres, en especial de las que se entran poco á poco; porque éstas son pestilencias secretas, que tienen dañados los lugares ántes que puedan ser conocidas, cuanto más remediadas. Consejarlia tambien que el príncipe procurase con estas cosas de conservar sus pueblos en estado pacífico, y de dalles los bienes del alma y del cuerpo y de la fortuna; pero los del cuerpo y de la fortuna por poder con ellos exercitar los del alma, los cuales, cuanto mayores son y más eceden, tanto son de mayor provecho, lo cual no acaece en los del cuerpo ni en los de la fortuna. Desta manera si los pueblos fuesen buenos y valerosos y bien puestos y encaminados hácia el fin de la felicidad, el príncipe que fuese señor dellos sería muy gran señor; porque aquél se puede llamar verdadero y gran señorío, debaxo del cual los vasallos son buenos y bien gobernados y regidos con mandamientos sabios y justos.

Pues yo pienso, dixo Gaspar Pallavicino, que harto pequeño señor sería aquel cuyos vasallos fuesen todos

buenos, porque bien sabeis vos que en toda parte los buenos son siempre pocos.

Respondió á esto Otavian. Si por caso agora en el mundo se hallase alguna Circes que mudase en animales brutos todos los vasallos del rey de Francia, decí, ¿no os pareceria luégo el rey muy pequeño señor, aunque señorease tantos millares de bestias? Y por el contrario, si los ganados que andan paciendo solamente por estos nuestros montes fuesen convertidos en hombres sabios y caballeros de honra, ¿no juzgaríades vos que los pastores que los gobernasen serian de pastores hechos muy grandes señores? Bien veis luégo que no el número de los vasallos, mas el valor dellos hace ser grandes los príncipes.

Habian estado ya un buen gran rato atentísimos á la habla de Otavian la Duquesa y Emilia y todos los caballeros; pero habiendo aquí él parado un poco á manera de no querer hablar más, dixo micer César Gonzaga. Por cierto, señor Otavian, no se puede decir que vuestros precetos no sean buenos y provechosos; mas con todo esto yo creeria que si vos con ellos instruyésedes á vuestro príncipe, más aína mereceríades título de buen bachiller ó de buen maestro de una escuela, que de buen Cortesano, y él tambien más propriamente se podria llamar buen gobernador que gran príncipe. No entendais vos con todo que yo quiera decir agora que los señores no deban tener cuidado de procurar que sus pueblos sean bien regidos con justicia y beninidad; pero todavía me parece que podria bastar que eligiesen buenos maestros, para que tuviesen cargo de poner por obra estas ta-

les cosas; y su verdadero oficio no habia de parar en esto, sino pasar mucho más adelante. Por eso, si yo pensase ser aquel ecelente Cortesano que estos caballeros han formado, y ser ya gran privado de mi príncipe, soy cierto que yo nunca le consejaria cosa mala, sino que por alcanzar aquel buen fin que, segun vos decis y yo confirmo, debe ser el fruto de las fatigas y obras del Cortesano, trabajaria de imprimille en su alma una grandeza, con una majestad real y con una presta viveza de espíritu, y un valor constante en las armas que le hiciese ser amado y temido de todos, de tal manera que por esto principalmente su fama se estendiese por todo el mundo. Decillia tambien que mezclase con su grandeza una mansa familiaridad, juntamente con una beninidad dulce y aparejada á ganar el amor de sus pueblos, y que tuviese buena arte para traer contentos á los suyos y á los estranjeros, y esto que lo hiciese discretamente, contrapesando y poniendo más y ménos en cada uno, segun los méritos; pero guardando siempre la majestad conforme á su estado, con tan buen tiento que ni su autoridad se apocase, haciendo baxezas, ni él viniese á ser mal quisto siendo demasiadamente grave. Consejallia tras esto que fuese muy liberal y suntuoso, y que diese á todos largamente, porque Dios, como vulgarmente se dice, es tesorero de los príncipes dadivosos, y decillia que hiciese grandes y maníficos banquetes, fiestas, juegos, justas, torneos, momerías y otras cosas desta calidad; que tuviese gran suma de caballos muy singulares por aprovecharse dellos en la guerra, y por holgarse con ellos en la

paz; que tuviese tambien halcones, perros y todos los otros pasatiempos que convienen á grandes señores, y son para dar placer á los pueblos, como en nuestros dias hemos visto hacello al señor Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, el cual en todas estas cosas más parece rey de Italia que señor de una ciudad. Procuraria tambien de inclinalle á que hiciese grandes edificios por su autoridad y honra miéntras viviese, y porque dexase de sí memoria despues de muerto, como hizo el duque Federico, con hacer estas ricas y manificas casas, y agora el papa Julio con lo que labra en la iglesia de Sant Pedro, y en aquel largo pasadizo que va desde palacio hasta Belveder, y como hacian los antiguos romanos en muchos edificios, de los cuales se ven agora tantos pedazos y antigüedades en Roma y en Nápoles, en Puzol, en Baya, en Civitavechia, en Porto, y asimismo fuera de Italia, y en tantos otros lugares, que claramente muestran el valor de aquellos grandes y famosos hombres de aquellos tiempos. Así tambien lo hizo el gran Alexandre, el cual, no contento de la fama que con haber conquistado el mundo habia ganado, edificó á Alexandría en Egipto, Bucefalia en la India, y otras muchas ciudades en otras tierras; y pensó de reducir en forma de hombre aquella gran montaña llamada Atos, y edificalle en la mano izquierda una muy gran ciudad, y en la derecha una gran copa, en la cual se recogiesen todos los rios que de aquellas sierras descienden, y despues desde allí diesen en la mar, pensamiento verdaderamente grande y dino del grande Alexandre. Estas tales cosas pienso yo, señor Otavian,

que son las que propriamente convienen á un ecelente y verdadero príncipe, y las que le hacen en la paz y en la guerra señalado por todo el mundo, y no tener ojo á tantas delgadezas ó miserias cuantas vos habeis tocado, ni curar cuando tuviere guerra de pelear solamente con fin de sojuzgar y vencer los que merecieren ser sojuzgados y vencidos, ó con fin de hacer provecho á los vasallos, ó por quitar el gobierno á los que gobiernan mal; que cuanto si los romanos, Alexandre, Annibal y los otros grandes hombres hubiesen mirado todas estas menudencias, nunca hubieran llegado á tan alto grado de gloria como llegaron.

Respondió entónces Otavian sonriéndose. Los que no miraron esas que vos llamais delgadezas hubieran hecho mejor si las miráran; y áun, si bien os quereis acordar dello, hallaréis que muchos las miraron, y en especial aquellos primeros antiguos como Teseo y Hércules, y no creais que Procustes, Sciron, Cacco, Diomedes, Anteo y Gerion fuesen sino tiranos cruelísimos, despreciadores de Dios y de toda ley, contra los cuales traian perpétua y mortal guerra estos varones ecelentísimos que agora yo he nombrado, y por eso, porque ellos libraron al mundo de tan intolerables mostruos, que otro nombre no mantecen los tiranos, fueron hechos templos y sacrificios á Hércules, y honráronle como á Dios; porque la buena obra que se hace en echar los tiranos de los pueblos es tan provechosa al mundo, que quien la hace merece mucho mayor premio que el que conviene á un hombre mortal. Pero entre los otros que vos habeis nombrado

¿no os parece que Alexandre hizo muchos y señalados provechos con sus vitorias á los vencidos, habiendo puesto en tantas buenas costumbres aquellas bárbaras naciones que domó, que de fieras alimañas los hizo hombres? Y si queremos discurrir por los bienes que fueron hechos por él, hallarémos que edificó un gran número de ciudades famosas en tierras casi deshabitadas, introduciendo en ellas la manera del vivir conforme á virtud, y casi juntando la Asia y la Europa en paz y amistad estrecha, y en conformidad de santas leyes; de manera que más bienaventurados fueron los vencidos por él que los otros; porque á algunos dellos mostró la ley del matrimonio, á otros el arte de la labranza, á otros el tener fin á alguna ley cuanto á las cosas divinas, á otros el mantener sus padres ya viejos, y no matallos como solian, á otros el abstenerse de juntarse con sus madres, y, en fin, otras cien mil cosas que se podrian decir en testimonio de los grandes provechos que hicieron al mundo sus vitorias. Pero, dexando agora los antiguos, ¿cuál mas honrada y provechosa demanda podria hallarse, que sería poner los cristianos todas sus fuerzas en sojuzgar los infieles? ¿No os parece que esta empresa, sucediendo prósperamente, y siendo causa que se convertiesen de la falsa seta de Mahoma á la luz de la verdad cristiana tantos millares de hombres, sería tan buena para los vencidos como para los vencedores? Y verdaderamente, como se lee de Temístocles, que siendo echado de su patria y recogido del rey de Persia con gran honra, y tratado con regalos y dádivas infinitas, hablando un dia con los suyos les

dixo: mi fe, hermanos, perdidos fuéramos si no nos perdiéramos. Así entónces podrian bien decir lo mesmo con harta razon los turcos y los moros, porque su perderse sería su ganarse. Este bien tan glorioso áun yo pienso que hemos de velle, si Dios nos diera tan larga vida que veamos á mosiur Dangolema ser rey de Francia, el cual da tan claras señales de su valor, que todos tienen dél concebida tanta esperanza cuanta dixo el señor Manífico la otra noche, que fué la primera de estas nuestras disputas, y tambien será gran parte para esto ser rey de Inglaterra don Enrique, príncipe de Uvaglia, el cual agora debaxo de los mandamientos de su famoso padre crece en todo género de virtud, como debaxo de la sombra de un ecelente árbol un tierno ramo, que despues se ha de renovar y hacerse más hermoso y fértil á su tiempo; que como desde allá nos escribe el nuestro Castellon, y más largamente promete decírnoslo despues de vuelto, parece que la natura haya querido en este señor hacer prueba de sí misma, poniendo en un cuerpo solo tantas ecelencias, cuantas bastarian para muchos.

Dixo entónces micer Bernardo Bibiena. Muy grande esperanza tambien se tiene de don Cárlos, príncipe de España, el cual no siendo aún de edad de diez años, muestra ya tan gran ingenio y tan ciertos indicios de bondad, de prudencia, de beninidad, de grandeza de ánimo, y de toda virtud en fin, que, si el imperio de la cristiandad viniere, como se espera, en sus manos, creerse puede que con su fama porná silencio en la de muchos emperadores antiguos, y se igualará con los que más famosos han sido en el mundo.

Creo yo luégo, dixo Otavian Fregoso, que tales y tan grandes príncipes hayan sido enviados por Dios acá en la tierra, y hechos semejantes y conformes en edad, en poder, en estado, en hermosura y buena disposicion de cuerpo, á fin que se parezcan y se conformen tambien en una misma voluntad de juntarse para esta empresa que hemos dicho; y, si alguna envidia ó competencia ha de haber entre ellos en algun tiempo, plega á Dios que solamente sea en querer cada uno ser el primero y el más determinado en esta tan alta y gloriosa demanda. Mas dexemos por agora esto, y volvamos á nuestro propósito; así que digo, señor micer César, que todas estas cosas que vos quereis que haga el príncipe son buenas y merecen ser muy loadas, pero creé que, si él no supiere lo que yo he dicho que le conviene saber, y no formáre y asentáre su alma de la manera que yo he tratado, guiándola por el camino de la virtud, con dificultad sabria ser manánimo, liberal, justo, esforzado, prudente y tener alguna calidad de aquellas que en él se requieren; y por lo que yo querria que él fuese tal, cual yo le he hecho, no es sino porque supiese usar todas esas condiciones, que vos le habeis dado; que así como los que hacen edificios no son todos buenos oficiales en su arte, así los que dan no son todos liberales; porque la virtud jamas es causa de daño para nadie, y hay muchos que hurtan para dar, y así son liberales de la hacienda ajena; otros dan á quien no deben, y dexan tendidos en mitad de la pobreza á los que debrian socorrer por infinitos cargos que les tienen; otros hay que dan desabridamente, y casi con des-

pecho, de tal manera, que luégo se vee que lo hacen por fuerza; otros, si dan, no solamente no lo callan, mas llaman testigos que lo vean, y hacen pregonar sus liberalidades á cada paso; otros vierten locamente cuanto tienen, y agotan la hacienda, que es la fuente de la liberalidad, de tal manera que no pueden vacialla más; así que en esto, como en todas las otras cosas, es necesario saber y gobernarse con la prudencia, que ha de ser la compañera de todas las virtudes, las cuales, porque están en el medio, son algo vecinas de los dos estremos, que son vicios; por eso quien no sabe, fácilmente da de ojos en ellos; porque así como es difícil en un círculo totalmente redondo hallar el punto del centro, que es el medio, así lo es tambien hallar el punto de la virtud puesta en el medio de los dos estremos viciosos, el uno por lo mucho, y el otro por lo poco, á los cuales agora al uno y agora al otro somos inclinados, y esto se conoce por el placer y desplacer que por causa dellos sentimos; que por el placer hacemos lo que no debemos, y por el desplacer dexamos de hacer lo que debriamos; verdad es que el placer es mucho más peligroso, porque fácilmente nuestro juicio se dexa trastornar dél; mas, porque conocer cuanto el hombre esté léxos del centro de la virtud es cosa dificultosa, debemos poco á poco por nosotros mismos echar hácia la parte contraria de aquel estremo, al cual nos conocemos ser inclinados, como hacen los que por enderezar una vara tuerta, torciéndola á la otra parte, la hacen quedar derecha. Desta manera, haciéndolo así, llegarnos hemos más á la virtud, la cual, como dicho tengo, consiste puntual-

mente en el medio, y por esta causa nosotros tenemos muchos caminos para errar, y uno solo para acertar; como los ballesteros, que por una sola via dan en el blanco y por muchas le yerran, y por eso hartas veces un príncipe, por querer ser humano y tratable, hace infinitas cosas fuera de su punto, y se abaxa tanto, que viene á ser menospreciado; otros hay que, por guardar una majestad grande con aquella autoridad que les conviene, hácense tan graves y divinos que vienen á ser intolerables; otros, por mostrarse bien hablados, buscan unas nuevas maneras y estrañas y unos largos rodeos de palabras curiosas y hinchadas; y hacen unos gestos graves, ó, por mejor hablar, pesados, y escúchanse á sí mismos tanto, que esto solo basta para que nadie los escuche. Así que, señor micer César, no llameis delgadezas ó miserias á lo que puede mejorar á un príncipe, en cualquier cosa por delgada ó pequeña que sea, y no creais que yo tenga mis precetos por condenados ni reprendidos con lo que habeis dicho, diciendo que con ellos más aína se haria un buen gobernador que un buen príncipe; que no sé yo vuestra intincion cuál ha sido, pero por ventura no pudiérades vos con otra cosa alaballos más que con ésa; porque quizá á un príncipe ningun loor se le puede dar mayor ni más conforme á él que llamarle buen gobernador. Por eso si á mí tocase consejarle y ponelle en hacer lo que debiese, querria que él tuviese cuidado, no solamente de gobernar las cosas ya dichas, más aún las que fuesen mucho menores, y entendiese todas las particularidades pertenecientes á sus pueblos, cuanto le fuese posible, y

nunca diese tanto crédito, ni tanta parte á ningun ministro suyo, que le cometiese á él solo totalmente todo el gobierno; porque ninguno hay tan hábil que lo sea en toda cosa; y muy mayor daño hace creer los señores mucho y fácilmente, que creer poco y con dificultad, lo cual no solamente no daña, mas aprovecha muchas veces en gran manera; pero todavía en esto es necesario el buen juicio del príncipe para conocer quién debe ser creido, y quién no. Querria tambien que tuviese ojo á entender lo que hacen sus ministros, y que fuese como un veedor y juez dellos, quitando ó acortando los pleitos, atajando los bandos y cuestiones de sus vasallos, y juntándolos en deudo de parentesco, haciendo que cada una de sus ciudades estuviese unida y conforme en buena amistad, ni más ni ménos como una sola casa con un solo señor, y fuese populosa, rica, sosegada, llena de buenos oficiales, favoreciendo á los mercaderes, y áun ayudándoles con dineros, siendo liberal y amigo de hacer buen tratamiento á los estranjeros y á los religiosos, moderando las cosas demasiadas; porque muchas veces por los yerros que en esto se hacen, aunque parecen pequeños, las ciudades se echan á perder. Por eso es razon que el príncipe ponga término y órden en los muy suntuosos edificios, si no son públicos, en los convites, en los dotes demasiados, en los desordenados aderezos de las mujeres, en sus pompas de joyas y de vestidos, que no son sino claros indicios de la locura dellas; porque demas de derramar muchas veces las haciendas de sus maridos por una vanidad ó una invidia y competencia que traen las unas con

las otras, acaéceles alguna vez vender por alguna cosilla de oro que les parezca linda, ó por una pedrezuela que le digan que es muy fina, ó por otra nonada que les dé en los ojos, la bondad al que quiere compralla.

Paréceme, señor Otavian, dixo entónces micer Bernardo Bibiena, que vos volveis á ser del bando del señor Gaspar Pallavicino y del señor Frigio.

Respondió á esto riendo Otavian. El pleito ya se acabó, yo agora no quiero tornar á comenzalle; por eso acuerdo de no hablar más en mujeres, sino de volverme á mi príncipe.

Bien podeis, respondió el Frigio, dexalle ya, y contentaros que quede, cual le habeis hecho; porque sin duda áun sería más fácil cosa hallar una mujer con las calidades dichas por el señor Manífico, que un príncipe con las calidades dichas por vos. Por eso yo he miedo que esto ha de ser como la república de Platon, y que no hemos de ver un príncipe tal como el vuestro sino en el cielo.

Las cosas posibles, respondió Otavian, aunque traigan mucha dificultad, todavía se pueden esperar; por eso áun quizá le verémos en nuestros tiempos acá en la tierra; que, puesto que los cielos sean tan escasos en producir príncipes ecelentes, que apénas en muchos y largos espacios de tiempo se vea uno, Dios lo podria hacer todo, y darnos á nosotros éste que en diez mil años no se halla.

Dixo entónces el Conde Ludovico. Yo tengo deso harto buena esperanza, porque demas de aquellos tres grandes príncipes que hemos nombrado, de los

cuales se puede esperar lo que se ha dicho convenir al más alto grado de un perfeto rey, áun en Italia se hallan hoy dia algunos hijos de señores, los cuales, aunque no sean para ser tan poderosos como estos otros, suplirán quizá con la virtud lo que en el poder faltaren, y el que entre todos muestra mejor disposicion de ingenio, y promete de sí mayor esperanza que cualquiera de los otros, paréceme que es el señor Federico Gonzaga, primogénito del Marqués de Mantua, sobrino de la señora Duquesa nuestra, que aquí está presente; el que demas de la gentil crianza y buen seso que en tan tierna edad muestra, los que le tienen en cargo dicen dél maravillas, alabándole de avisado, de deseoso de honra, de manánimo, de cortés, de liberal y de amigo de justicia, así que de tan buen principio no se puede esperar sino muy buen fin.

Dixo entónces el Frigio. Agora no más, placerá á Dios que veamos salir verdadera esa vuestra esperanza.

Otavian en esto volviéndose á la Duquesa, pareciendo ya que habia dado fin á su habla, díxole. Esto es, señora, lo que á mí se ha ofrecido de decir sobre el fin que ha de tener el Cortesano, en la cual cosa, si yo he quedado algo corto, bastaráme á lo ménos haber mostrado que se le pudiera dar alguna otra perficion demas de las que le han dado estos caballeros, los cuales pienso que adrede han dexado de tratar todo esto, y cuanto yo más pudiera decir, no porque no lo supiesen mejor que yo, sino por escusarse de trabajo. Por eso yo callaré agora, y dalles he á ellos lu-

gar que sigan adelante la materia del Cortesano, si por dicha les quedáre algo más que decir sobre ella.

CAPÍTULO V

En el cual, prosiguiendo Otavian su plática cerca del fin de la perfeta cortesanía, añade otros documentos sobre ello al Cortesano; sobre lo cual pasan algunas contradiciones y réplicas entre los cortesanos.



Dixo entónces la Duquesa. Paréceme ya tan tarde que se mantoja que presto será hora de acabar esto por esta noche; tambien me parece que no debemos mezclar otras materias con esa que vos habeis tratado, en la cual habeis hallado tantas cosas tan buenas que, en lo que toca al fin de la perfeta cortesanía, se puede decir por vos, que no solamente sois aquel perfeto Cortesano que buscamos, bastante á criar bien y hacer maravilloso á vuestro príncipe, pero si la fortuna os ayudáre, que sois aparejado para ser el mismo príncipe, lo cual, si fuere, no podrá ser sin mucho provecho y acrecentamiento de vuestra patria.

Rióse á esto Otavian, y dixo. Quizá, señora, si yo llegase á ese estado, podria ser que me aconteciese lo que acontece á muchos que saben decir y no hacer.

Aquí replicando algo todos, y hablando así sin órden los unos con los otros, porfiando y haciéndose algunos contrarios, pero todo en loor de lo que se ha-

bia tratado, y diciendo que era temprano, dixo el manífico Julian sonriéndose. Yo, señora, soy tan enemigo de engaños, que me es agora forzado contradecir al señor Otavian, el cual por estar, segun yo sospecho, conjurado secretamente con el señor Gaspar Pallavicino, ha incurrido perjudicialmente para las mujeres en dos errores, á mi parecer, muy grandes; el uno es que por aventajar á este nuestro Cortesano de la Dama perfeta, y hacelle pasar más adelante del término donde ella puede llegar, le ha aventajado tambien de su príncipe y hecho mejor que él, lo cual es una cosa muy desconveniente y fuera de toda razon; el otro es que le ha determinado un fin, que siempre le ha de ser difícil y alguna vez imposible alcanzalle y, cuando le alcanzáre, no se ha de llamar Cortesano.

Yo no entiendo, dixo Emilia, cómo sea tan difícil ó imposible que el Cortesano alcance este su fin, ni tampoco veo cómo el señor Otavian le haya hecho mejor que á su príncipe.

No consintais, señora, respondió Otavian, que el señor Manífico diga tal, porque yo ciertamente no he puesto más adelante al Cortesano que al príncipe; ni tampoco pienso haber incurrido acerca del fin de la cortesanía en ningun error.

Respondió entónces el manífico Julian. No podeis, señor Otavian, decir que la causa de la cual es producido algun efeto, no sea siempre más fuerte y más noble en su calidad que aquel efeto producido della; y por esto es necesario que el Cortesano, por cuyos consejos y dotrina el príncipe ha de ser de tanta ecelencia como habeis dicho, sea más ecelente que el prínci-

pe, y desta manera habrá de ser tambien de más dinidad y valor que el mismo príncipe, lo cual sería una cosa muy estraña y fuera de todo órden. Tras esto, lo que vos habeis dicho, acerca del fin de la cortesanía, puede acontecer, cuando la edad del príncipe es muy diferente de la del Cortesano, y áun entónces se hace con dificultad; porque donde hay poca diferencia de edad, razon es que tambien la haya de saber; pero, si el príncipe es viejo y el Cortesano mozo, cosa razonable es que el príncipe viejo sepa más que el Cortesano mozo; y, aunque esto de las edades no acaezca siempre así, todavía acaece alguna vez, y acaeciendo desta manera, el fin que vos habeis determinado para el Cortesano sería imposible alcanzarse. Pues, si volveis la hoja, y quereis que el príncipe sea mozo y el Cortesano viejo, gran trabajo terná el Cortesano, en tal caso, de ganar la voluntad del príncipe con aquellas calidades que vos le habeis dado; porque á la verdad, el jugar de armas, el saber bien menear un caballo y los otros exercicios de la persona, no convienen sino á los mozos, y la música y el danzar y los juegos y los amores, todas son cosas de reir en los viejos, y muy desproporcionadas en un caballero que haya de ser tan grave y de tanta autoridad, tan maduro en años y en experiencia, y, si posible fuere, tan buen filósofo y capitan, y, en fin, que haya de saber toda cosa tan bien como conviene á uno que ha de tener cargo de criar á un príncipe; por eso este tal, tiniendo tantas cosas tan substanciales y tan perfetas, no se ha de llamar, á mi parecer, Cortesano, sino que le han de dar otro mayor y más honrado título. Así

que, señor Otavian, perdonáme, yo os lo suplico, si he descubierto agora ese vuestro engaño, que forzadamente he habido de hacello por la honra de mi dama, la cual vos querríades que fuese de menor valor que ese vuestro Cortesano, y hágoos saber que yo no lo he de sufrir esto.

Ríose á esto Otavian, y dixo. Catá, señor Manífico, que más honra de vuestra Dama sería ensalzalla tanto que pudiese ella ser igual con el Cortesano, que abaxar al Cortesano tanto que viniese á ser igual con la Dama; que, áun si vos quisiésedes, podria tambien la Dama saber criar á su reina ó á su señora, y tener con ella el mismo fin que ha de tener el Cortesano con su príncipe; pero vos, segun me parece, no andais por alabar á vuestra Dama, sino por desalabar á nuestro Cortesano; y por eso, pues vos no quereis en esto usar de aquella llaneza que podríades, yo habré por fuerza de tomar la parte del Cortesano, y defendella como mejor pudiere. Así que por responder á vuestros argumentos digo, que yo no he dicho que los consejos y la dotrina del Cortesano hayan de ser la sola causa por donde el príncipe llegue á ser tan perfeto como hemos tratado; porque, si él naturalmente no fuese bien inclinado y dispuesto á recebir la buena crianza, todo el cuidado y la industria del Cortesano en crialle bien sería tan en vano, cuanto lo sería sembrar muy buen trigo en mitad de un arenal muy grande, porque aquella esterilidad en aquel tal lugar es natural; mas cuando á la buena simiente, echada en tierra fértil con buena templanza de aire y llover conforme á la sazon del año, se añade la diligencia del buen granjear,

no puede entónces dejar de acudir gran abundancia y de cogerse mucho; y áun con todo esto no se sigue que el labrador solo sea la sola causa de esta fertilidad, no embargante que sin él poco ó nada aprovecharian todas las otras cosas. Muchos príncipes habria, pues, en el mundo buenos, si fuesen desde el comienzo con consejos y buena crianza bien granjeados, y de éstos hablo yo, no de aquellos que se pueden comparar á la tierra estéril, siendo naturalmente tan ajenos de buenas costumbres, que no basta industria ni diligencia para ponellos en el buen camino; y porque, como ya hemos dicho, tales se hacen en nosotros nuestras costumbres, cuales son nuestras operaciones, y en el obrar consiste la virtud, no es imposible ni maravilla que el Cortesano encamine á su príncipe en muchas virtudes, como es la justicia, la liberalidad y la grandeza del ánimo, las cuales todas el príncipe con la abundancia y poder de su estado fácilmente puede poner por obra, y hacer dellas en sí hábito, lo cual por ventura no podrá hacer el Cortesano, porque no será tan poderoso, ni tan rico, como muchas veces es menester para usar estas virtudes; y así, siguiendo este proceso, se puede concluir que el príncipe, puesto en cosas de virtud por el Cortesano, puede hacerse más virtuoso que el mismo cortesano; y demas desto, acordaos que la piedra en que aguzan los cuchillos no corta, pero hace que los cuchillos corten; así que mi opinion es que, aunque el Cortesano crie bien al príncipe, no se ha de seguir por eso de necesidad que sea más perfeto que el mismo príncipe. Y á lo que decis más, que el fin que yo he determinado en esta

cortesanía es difícil, y alguna vez imposible, y que cuando el Cortesano le alcanza, no se debe llamar Cortesano, sino que merece otro mayor título, digo que yo no niego esa dificultad que vos en ello poneis, porque tambien es tan difícil hallar un Cortesano, tal cual aquí se ha formado por estos caballeros, como es alcanzar el fin que yo le he señalado; pero la imposibilidad que vos pretendeis, ésa niego, y digo que no la hay ninguna, ni áun en aquel caso que vos habeis alegado, porque, si el Cortesano es tan mozo que no sepa lo que aquí se ha dicho que ha de saber, no es menester hablar en él, porque entónces no sería éste el Cortesano que nosotros buscamos, ni tampoco sería posible que quien ha de tener noticia de tantas cosas fuese muy mozo; y si por caso se ofreciere que el príncipe sea de suyo tan sabio y bueno que no tenga necesidad de ser consejado de nadie, aunque éstos es tan difícil cuanto todo el mundo sabe, al Cortesano en tal caso bastalle ha ser tal, que si el príncipe hubiere menester sus consejos, pueda él con ellos hacelle virtuoso; y desta manera podrá satisfacer con la intincion y buena habilidad á esto, y con la obra á lo otro de no dexalle que le engañen ni que se engañe, y de hacer que siempre sepa la verdad de toda cosa, y de ponerse por escudo contra los lisonjeros y maldicientes, y, en fin, contra todos los que procuraren de dañarle con deshonestos placeres; y así alcanzará su fin, por lo ménos en gran parte, aunque en todo no le alcance con la obra, lo cual tampoco será razon tenérselo á tacha, procediendo de una tal y tan justa causa como la que hemos dicho; porque si un famoso médico se

hallase en un lugar donde todos estuviesen sanos, y donde nunca adoleciese nadie, claro está que, aunque no sanase á ningun enfermo, no dexaria por eso de ser buen médico, ni faltaria acerca del fin de la medicina. Por eso, así como la intincion del médico debe ser la salud de los hombres, así tambien es razon que sea la del Cortesano la virtud del príncipe; y á lo uno y á lo otro basta tener este fin interior en potencia, cuando el no producille esteriormente en obra, procede del sujeto, al cual es enderezado este tal fin. Y más, si el Cortesano es tan viejo que le desconvenga usar la música, las fiestas, los juegos, las armas y las otras habilidades de la persona, ni áun con todo esto se ha de decir que le sea imposible ganar por via destos medios la voluntad de su príncipe; porque, aunque la edad quite la obra de todas estas cosas, no quita por eso entendellas; y, habiéndolas el hombre exercitado en la mocedad, terná en ellas tanto más perfeto juicio, y tanto más perfetamente sabrá mostrallas á su príncipe, cuanto mayor y mejor noticia de toda cosa se alcanza con la esperiencia y años que sin ellos; y desta manera el Cortesano ya viejo, aunque por obra no exercite las calidades á él atribuidas, alcanzará su fin de criar bien á su príncipe; y si no quisiéredes llamalle Cortesano, no me mataré por eso mucho; porque la natura no ha puesto un tan corto término á la autoridad y valor de las cosas humanas que no podamos subir de la una á la otra; y así los soldados muchas veces suben á capitanes, los hombres sin mando ni cargo á reyes, los clérigos á papas, los dicípulos á maestros, y desta manera juntamente con la dinidad

alcanzan el título, y por esta via podria quizá decirse, que llegar un hombre á tan alto grado, como es criar bien á un príncipe, fuese el postrer término y el fin del Cortesano; aunque con todo yo no sé quién en el mundo haya que no se tenga por muy satisfecho de este nombre de perfeto Cortesano, el cual, segun mi opinion, merece ser muy estimado, y paréceme que Homero, así como formó dos varones ecelentísimos por exemplo de la vida humana, al uno en las obras y hazañas famosas que fué Achíles, y al otro en los trabajos y sufrimientos grandes que fué Ulíses; así tambien quiso formar un perfeto Cortesano, que fué aquel gran Fénix, el cual despues de haber contado todos sus amores y muchas otras cosas que hizo en su mocedad, dixo ser enviado á Achíles por Peleo, su padre, porque le estuviese siempre cerca, y le mostrase cómo supiese decir y hacer, lo cual no es otra cosa sino este mismo fin que nosotros hemos señalado al Cortesano; y áun pienso que si á Aristótil y á Platon les dieran este nombre de Cortesano perfeto, se holgáran mucho con él, porque se vee claramente en ellos que hicieron todo lo que pudiera haber hecho un hombre de córte muy escogido, y tuvieron gran ojo á este fin de que tratamos, el uno con el gran Alexandre, y el otro con los reyes de Sicilia, y porque el oficio del buen Cortesano es conocer la condicion del príncipe y sus inclinaciones, y así, segun ellas, aprovechándose del tiempo y de los casos que se ofrecen, sabelle ganar la boca y llegar á selle muy aceto por medio de aquellas cosas que hemos tratado, y ponelle despues en el camino firme de la virtud, Aristótil siguiendo esto, co-

noció tan bien la condicion de Alexandre, y supo con tan buena maña llevarle, que fué más amado y honrado dél que si fuera su padre; y así entre otras muchas señales que Alexandre le mostró del amor que le tuvo, fué ésta una, que quiso que Estagira su patria, ya destruida por el suelo, fuese reedificada. Aristótil, demas de encaminar y poner á este gran rey en aquel propósito gloriosísimo, que fué querer hacer que el mundo fuese como una sola patria universal, y todos los hombres como un solo pueblo que viviese en amistad y concordia, debaxo de un solo gobierno y de una sola ley, que resplandeciese y alumbrase generalmente á todos, como hace la luz del sol, le formó tal en las ciencias naturales y en las virtudes del alma, que le hizo sapientísimo, esforzadísimo, continentísimo y verdadero filósofo moral, no solamente en las palabras, más áun en las obras, porque no se puede imaginar más ecelente filosofía que traer, á que supiesen estar juntos, y vivir con la órden que se suele tener en las buenas ciudades unos pueblos tan bárbaros y fieros, como los que habitan en Bactra, en el Cáucaso, en la India y en Scitia, y enseñarles la ley del matrimonio, el arte de la labranza, el amar y honrar á sus padres, el abstenerse de robos y de homicidios y de otras abominables costumbres, el edificar tantas ciudades famosas en tierras estrañas; de manera que infinitos hombres fueron por causa destas leyes reducidos de la vida salvaje y bestial á la humana; y estas cosas que Alexandre hizo, todas se las hizo hacer Aristótil, siendo buen Cortesano, lo cual no supo ser Calístenes, aunque Aristótil se lo habia mostrado, que por querer ser puro filósofo, y traer la verdad así

cruda, sin envolver en ella algun artificio de buena cortesanía, perdió la vida, y no aprovéchó en nada, ántes fué causa de infamia para Alexandre. La misma manera de Aristótil tuvo Platon con Dion Siracusano, y despues hallando á Dionisio tirano totalmente dañado, como un libro lleno de mil mentiras, y con más necesidad de ser del todo borrado que emendado, por ser imposible quitalle aquellos grandes errores de la tiranía, con la cual estaba de largo tiempo estragado, no quiso con él aprovecharse de ninguna arte, pareciéndole que todo fuera en vano. Esto mismo hará de mi consejo tambien el Cortesano, si por caso se halláre en servicio de algun príncipe de tan perversa condicion y natura, que esté ya envejecido en los vicios, como los ftísicos en la enfermedad; porque en tal caso debe despedirse por no llevar parte de la deshonra de las maldades y bellaquerías que él hace, y por no sentir el enojo que sienten los buenos cuando sirven á los malos.

Aquí, callando Otavian, dixo Gaspar Pallavicino. Por cierto yo no tenía á nuestro Cortesano por tan honrado como agora lo veo, y así, pues Aristótil y Platon eran tambien cortesanos, pienso que éste debe ser un gran título, y que nadie tiene razon ya de no precialle mucho; aunque con todo yo no sé si me crea, que Aristótil y Platon hayan danzado jamas, ó hayan sido músicos, ó hecho otras cosas de caballeros cortesanos.

Ciertamente no es de pensar, respondió Otavian, que dos espíritus tan divinos como los destos dos ecelentes varones no supiesen toda cosa; y hase de creer que ellos hacian todo lo que convenia hacer á un buen

Cortesano, porque, todas las veces que se ofrece, escriben de todas estas cosas tan sotilmente, que los mismos maestros dellas conocen que las entendian perfetamente, y llegaban á las entrañas y á las raíces más hondas dellas. Así que, concluyendo en esto, no se ha de decir que al Cortesano, al ayo de un príncipe si así quisiéredes llamalle, teniendo ojo á aquel grande y buen fin que hemos dicho, no le cuadren puntualmente todas las calidades en él puestas por estos caballeros, aunque sea el más severo filósofo, y muy santo en sus costumbres; porque estas calidades en ninguna edad ni tiempo ni lugar repunan á la bondad, á la discrecion, al saber, ni al valor.

Acuérdome, dixo entónces Gaspar Pallavicino, que estos caballeros, tratando esta noche pasada de las condiciones que se requieren en el Cortesano, todos determinaron que habia de ser enamorado; y porque, resumiendo lo que se ha dicho hasta aquí, se podria concluir muy bien que el Cortesano, el cual con su valor y autoridad ha de poner á su príncipe en cosas de virtud, ha de ser de necesidad viejo, porque muy pocas veces viene el saber ántes que vengan los años, y en especial en las cosas que con la esperiencia se aprenden, no sé cómo se pueda concertar esto que haya de ser viejo y enamorado, considerado que, como esta noche se ha dicho, el amor en los viejos asienta muy mal, y aquello que en los mozos parece bien, y se tiene por gran gentileza, y agrada á las mujeres, en ellos es todo locura y cosa de reir; en fin, las mujeres han asco, y los hombres burlan dellos; por eso si vuestro Aristótil, cortesano viejo, fuese enamorado,

y hiciese lo que hacen los mozos, cuando andan de amores, y siguiese el estilo de algunos viejos locos que en nuestros dias hemos visto, yo he muy gran miedo que no se descuidase de dar consejos á su príncipe, y que muchas veces no se viese rodeado de muchos rapaces que le diesen grita; y áun las mujeres le ternían como por un pasatiempo, con quien se desenfadasen, haciendo burla dél.

Dixo Otavian entónces. Pues todas las otras calidades dadas al Cortesano le convienen, no me parece que, aunque sea viejo, le deba ser quitada una bienaventuranza tan grande como es amar.

Mas ántes pienso, dixo Gaspar Pallavicino, que quitalle que ame es dalle una otra perficion más, y es hacelle vivir vida bienaventurada sin trabajo y sin miseria.

Dixo á esto micer Pietro Bembo. ¿No se os acuerda, señor Gaspar, que el señor Otavian, aunque por esperiencia sepa poco de amores, la otra noche supo, segun entónces mostró en su juego, que hay algunos enamorados que tienen por dulces y sabrosos los desabrimientos y enojos y iras y desavenimientos y congoxas que pasan en los amores; y así pidió entónces que alguno le hiciese saber la causa desto? Por eso, si nuestro Cortesano, aunque viejo, acertase en estos amores, que son dulces, sin ninguna amargura, claro está que no sentiria en ellos miseria ni fatiga alguna, y siendo sabio, como nosotros presuponemos que sea, no se engañaria pensando que habia de traer los amores como los suelen traer los hombres mozos, ántes andaria enamorado de tal manera, que no sólo no le

sería vergüenza, mas sellia mucha honra, y muy gran bienaventuranza, no mezclada con sinsabores y congoxas, lo cual pocas veces, y casi nunca acaece á los hombres mozos; y así de esta arte podria él muy bien mostrar á su príncipe toda cosa de virtud y de honra, y no viviria de manera que mereciese grita de rapaces, como vos habeis dicho.

Pláceme, señor micer Pietro, dixo entónces la Duquesa, que hayais tenido esta noche poco trabajo en estas nuestras pláticas, porque agora con ménos empacho os podamos dar cargo de tratar esa materia, y de enseñar al Cortesano ese amor tan próspero, que no trae consigo culpa ni pena ninguna, y será ésta por ventura una de las importantes y provechosas cosas, de cuantas hasta aquí le hayan sido dadas; por eso decí todo lo que en esto supiéredes.

Ríose á esto micer Pietro y dixo. Yo, señora, no querria que, por decir yo que los viejos pueden y deben andar enamorados, estas señoras me tuviesen por viejo; así que ese cargo dése á quien le quisiere tomar, que yo no le quiero.

No os debe pesar, respondió la Duquesa, que os tengan por viejo en el saber, pues no lo sois en los años. Por eso decí, y no andeis buscando por dónde descabulliros.

Por cierto, señora, dixo micer Pietro, si yo he de tratar esa materia, á mí me cumple consejarme con el ermitaño de mi Lavinello.

Mirá, señor micer Pietro, dixo entónces Emilia casi enojada, que no hay en la compañía quien tanto se defienda de obedecer á lo que le mandan como vos;

por eso sería bien que la señora Duquesa os mandase dar por ello alguna gran pena.

Dixo riendo micer Pietro. No os enojeis conmigo, señora, yo os lo suplico, que yo diré todo lo que vos mandáredes.

Decí, pues, dixo Emilia.

Micer Pietro entónces, habiendo primero estado sobre sí un rato callando, apercibiéndose despues un poco, como para hablar de una cosa muy sustancial y muy alta, comenzó á decir así:

CAPÍTULO VI

En el cual micer Pietro Bembo, por mandado de la Duquesa, tomando el cargo de la plática, muestra cómo el Cortesano siendo viejo puede ser enamorado, no sólo sin afrenta, mas con mayor prosperidad de honra que el mozo, y trata esta materia del amar sutilmente.


eñores, para mostrar yo que los viejos pueden amar, no solamente sin vergüenza y deshonra, mas áun con mayor honra y prosperidad que los mozos, será necesario estenderme un poco por declarar qué cosa es amor, y en qué consiste la bienaventuranza que pueden alcanzar los enamorados. Por eso, señores, yo os suplico que esteis atentos; porque yo espero haceros ver claramente que aquí no hay entre nosotros hombres que no pudiesen muy bien andar enamorados, aunque tuviesen quince ó veinte años más que el señor Morello.

Rieron desto un rato todos, y luégo el Bembo siguió adelante su habla diciendo así. Digo, pues, que, segun la difinicion de los antiguos sabios, amor no es otra cosa sino un deseo de gozar lo que es hermoso, y porque el deseo nunca codicia sino lo que conoce, es necesario que el conocimiento sea siempre primero que el deseo, el cual naturalmente ama al bien, pero de sí mismo es ciego y no le vee. Por eso la natura ha ordenado la cosa desta manera, que cada virtud, cuyo oficio es conocer, tenga por compañera otra virtud, cuyo oficio sea codiciar; y porque en nuestra alma hay tres formas de conocer, es á saber, por el sentido, por la razon, por el entendimiento; del sentido nace el apetito, el cual es comun á nosotros con las bestias; de la razon nace la elecion que es propria al hombre, y del entendimiento, por el cual puede el hombre participar con los ángeles, nace la voluntad. De manera que como el sentido no conoce sino cosas sensibles, así tambien el apetito no codicia sino las mismas; y así como el entendimiento no tiene ojo sino á la contemplacion de las cosas inteligibles, así la voluntad no alcanza otro mantenimiento sino los bienes del espíritu. El hombre de natura racional, puesto como medio entre estos dos estremos, puede por su elecion, ó inclinándose al sentido, ó levantándose al entendimiento, llegarse á los deseos, agora de la una parte, y agora de la otra. Siguiendo, pues, este proceso, se puede desear lo hermoso, de lo cual el universal nombre conviene á todas las cosas, así naturales como artificiales, que sean compuestas con buena proporcion y debido temple, cuanto la na-

tura de cada una dellas sufre. Mas hablando de la hermosura de que nosotros agora tratamos, la cual es solamente aquella que parece en los cuerpos, y en especial en los rostros humanos, y mueve aquel ardiente deseo que llamamos amor, dirémos que es un lustre ó un bien que mana de la bondad divina, el cuál aunque se estienda y se derrame sobre todas las cosas criadas como la luz del sol, todavía cuando halla un rostro bien medido y compuesto, con una cierta alegre y agradable concordia de colores distintos, y ayudados de sus lustres y de sus sombras, y de un ordenado y proporcionado espacio y término de líneas, infúndese en él, y muéstrase hermosísimo, aderezando y ennobleciendo aquel sujeto, donde él resplandece acompañándole, y alumbrándole de una gracia y resplandor maravilloso, como rayo de sol que da en un hermoso vaso de oro, muy bien labrado y lleno de piedras preciosísimas; y así con esto trae sabrosamente á sí los ojos que le ven, y penetrando por ellos se imprime en el alma de quien le mira, y con una nueva y estraña dulzura toda la trastorna y la hinche de deleite, y encendiéndola, la mueve á un deseo grande dél; así que, quedando presa el alma del deseo de gozar desta hermosura como de cosa buena, si se dexa guiar por el sentido, da de ojos en grandes errores, y juzga que aquel cuerpo, en el cual se vee la hermosura, es la causa principal della, y así, para gozalla enteramente, piensa que es necesario juntarse del todo, lo más que sea posible, con él; y éste es gran error, y por eso, el que cree gozar la hermosura poseyendo el cuerpo donde ella mora, recibe engaño, y es

movido no de verdadero conocimiento por elecion de razon, sino por opinion falsa por el apetito del sentido; y así tambien el placer que se sigue desto ha de ser de necesidad falso. Y por esto en una de dos miserias dan todos aquellos enamorados que cumplen sus carnales deseos con sus amigas; que luégo en llegando al fin deseado, no solamente quedan hartos y enhadados, mas aborrécenlas de tal manera, que no parece sino que el mismo apetito se arrepiente de su mismo yerro, y reconoce el engaño que el falso juicio del sentido le ha hecho, por el cual creyó que el mal era bien, ó verdaderamente quedan en el mismo deseo, como aquellos que áun no han llegado al fin verdadero que buscaban, y puesto que por la ciega opinion, que los tiene borrachos, les parezca que en aquel punto sientan placer, como acaece á los enfermos que sueñan beber en alguna fuente clara, no por eso se contentan ni quedan sosegados; y porque del poseer el bien deseado nace siempre sosiego y contentamiento en el alma de quien le posee, hemos de decir que si aquél fuese el verdadero y buen fin del deseo dellos, poseyéndole quedarian sosegados y contentos, lo cual no hacen, ántes engañados con aquella muestra ó semejanza del bien, luégo á la hora vuelven á sus desenfrenados deseos; y, con la misma fatiga que primero sentian, se hallan en mitad de la brava y ardiente sed de aquello, que en vano esperan poseer perfetamente. Así que estos tales enamorados aman pasando vida congoxosa y miserable; porque ó nunca alcanzan lo que desean, que no puede ser mayor trabajo, ó verdaderamente si lo alcanzan, hállanse haber alcan-

zado su mal, y acaban su miseria con otra mayor miseria; porque no solamente en el cabo, mas áun en el principio y en el medio de este amor nunca otra cosa se siente sino afanes, tormentos, dolores, adversidades, sobresaltos y fatigas; de manera que el andar ordinariamente amarillo y afligido en continas lágrimas y sospiros, el estar triste, el callar siempre ó quexarse, el desear la muerte, y, en fin, el vivir en estrema miseria y desventura, son las puras calidades que se dicen ser proprias de los enamorados. La causa, pues, de todos estos males es la sensualidad principalmente, la cual en la mocedad puede mucho; porque la virtud del cuerpo en aquella sazon le da tanta fuerza, cuanta es la que quita á la razon, y por eso fácilmente derrueca al alma, y le hace que siga el apetito. Y por cierto no es maravilla, porque hallándose ella presa y aherrojada en la prision de la carne, y siendo aplicada al cargo de gobernar y sostener el cuerpo, apartada de la contemplacion espiritual, no puede por sí misma entender claramente la verdad, y así esle forzado para alcanzar algun conocimiento de las cosas, que vaya mendigando de los sentidos el principio dellas, y por eso les da crédito, y tras ellos se anda, y á ellos toma por guia, en especial cuando son tan poderosos que casi la fuerzan; y, porque ellos son engañosos, hínchenla de errores y de falsas opiniones; por donde casi siempre acaece que los hombres mozos andan envueltos en este amor vicioso, enemigo total de la razon, y así son hechos indinos y inhábiles para gozar las mercedes y bienes que el amor da á sus verdaderos esclavos, y tras esto nunca en sus amores

sienten otros placeres sino los mismos que sienten las bestias, y los afanes son más graves; siendo luégo firme este fundamento, el cual no puede ser más verdadero, digo que al reves de todo esto que hemos dicho acaece á los que son de edad más madura; porque si éstos, cuando ya el alma no está tan cargada con la carga del cuerpo, y cuando el calor natural comienza á entibiarse, se encienden y se levantan tras aquella hermosura de que tratemos, y hácia ella vuelven todo el deseo, guiado por elecion de razon, no quedan engañados, sino que perfetamente la alcanzan y la poseen y la gozan, y deste poseella y gozalla, les nace bien contino, porque la hermosura es cosa buena, y por consiguiente, el verdadero amor della ha de ser bueno, y siempre ha de producir efetos buenos en las almas de aquellos que con el freno de la razon corrigen la malicia del sentido, lo cual pueden hacer los viejos mucho más fácilmente que los mozos. No os parezca, pues, muy gran sinrazon decir que los viejos pueden andar enamorados sin que merezcan ser por ello burlados ni reprehendidos, y áun con mejor vida y más sosegada que los mozos. Hase de entender con todo, cuando aquí digo viejos, que no es mi intincion decillo de los que lo son tanto que estén ya tan gastados y caidos, que el alma, por la flaqueza del cuerpo, no pueda ya aprovecharse en ellos de sus potencias; no lo digo sino de los que son de tal edad que su saber y su juicio y su ánimo están aún en su verdadera fuerza y virtud; pero entre otras cosas no quiero callar ésta: que yo tengo por cierto, que, aunque el amor que reina en la sensualidad sea en toda edad malo, toda-

vía en los mozos tiene muy gran desculpa, y quizá en alguna manera es permitido; porque, puesto que ellos por él padezcan trabajos y congoxas, y aquellas tantas desventuras que hemos dicho, y se vean á cada paso en mil peligros, hay muchos enamorados que por ganar el amor de sus damas hacen muchas cosas de virtud y de honra, las cuales, aunque no sean enderezadas á buen fin, todavía en sí son buenas; y tras esto, en mitad de sus males, sacan ellos por una fuerza ó propriedad de amor, que apénas se puede entender, un cierto gusto que les da sufrimiento, y les despierta el sentido, y les hace que huelguen de tragar mil males por aquel poco de bien que despues acude á su tiempo; llevan asimismo un gran provecho, que con las fortunas y adversidades, que pasan, escarmientan al cabo, y cobran seso, conociendo sus yerros y emendándolos. Así que como yo tengo por más que hombres aquellos mancebos que vencen sus apetitos, y aman, llevando sus cosas con el juicio de la razon, así tambien desculpo á los que se dexan vencer del amor vicioso, al cual por nuestra flaqueza somos muy inclinados. Con todo hase de mirar en esto, que estos que aman así se muestren bien criados, y usen de una gentileza de espíritu, y de un valor grande, y de todas las otras buenas calidades que estos señores han dado al Cortesano, y más que, en viéndose declinar á la vejez, dexen de amar con ese amor que agora decimos, y se retrayan, apartándose del deseo que la sensualidad trae, como del más baxo paso de aquella escalera por la cual se puede subir al verdadero amor; pero si éstos áun despues de viejos conservan en su co-

razon frio el fuego de los deseos desordenados, y someten la razon fuerte á la sensualidad flaca, no se puede decir cuánto merecen ser reprehendidos, porque en la verdad debrian como locos sin sentido ser echados con perpétua infamia entre los animales brutos, considerando que los pensamientos y los términos del amor vicioso son en todo estremo desproporcionados con la edad ya madura.

Aquí el Bembo paró un poco, casi como por descansar, y entónces estando todos quedos esperando lo qué más diria, atravesó Morello de Ortona, diciendo. Y si se hallase un viejo más bien dispuesto y más recio y más hermoso que muchos mozos que yo conozco, ¿por qué querríades vos que á este tal no le fuese permitido amar del amor que los mozos aman?

Rióse á esto la Duquesa y dixo. Si el amor de los mozos es tan trabajoso como aquí se ha dicho, ¿por qué quereis vos, señor Morello, que los viejos tambien amen, sintiendo el mismo trabajo? Por eso creo yo que si vos fuésedes viejo, como dicen estos caballeros, no procuraríades agora tanto mal para los viejos.

El mal para los viejos, respondió Morello de Ortona, paréceme que micer Pietro Bembo le procura, queriendo que ellos amen de un cierto modo, que yo de mí os digo que no le entiendo, y paréceme que gozar de aquella hermosura que él tanto alaba, si juntamente con ella no se goza del cuerpo donde ella mora, no es otra cosa sino un sueño.

¿Creeis vos, señor Morello, dixo entónces el conde Ludovico, que la hermosura es siempre tan buena como dice micer Pietro Bembo?

Yo no por cierto, respondió Morello. Ántes me acuerdo haber visto muchas mujeres hermosas ser en todo estremo malas, crueles y desabridas; y ésto parece, que comunmente ha de acaecer así; porque la hermosura las hace soberbias, y la soberbia crueles.

Dixo á esto riendo el conde Ludovico. A vos quizá os deben de parecer crueles, porque no hacen con vos todo lo que querríades; por eso hacé que micer Pietro Bembo os muestre de qué manera han de querer los viejos gozar la hermosura de la mujeres, y qué es lo que han de desear dellas, y de que se han de contentar, y así, no saliéndos vos de las reglas que él os diere, veréis cómo no serán con vos crueles ni soberbias, y cómo os acudirán muy bien á vuestros deseos.

Pareció en esto que Morello se enojó algo, y así dixo. Yo no quiero saber lo que no me toca; mas hacé vos que os sea mostrado cómo han de andar enamorados, y desear gozar esa hermosura que habeis dicho, los mancebos peor dispuestos y ménos recios que los viejos.

Aquí micer Federico, por desbaratar esta plática, porque Morello no se enojase más, no consintió al conde Ludovico que respondiese, sino atajándole, dixo. Por ventura el señor Morello no dexa de tener alguna razon en decir que la hermosura no es siempre buena, porque muchas veces las mujeres hermosas son causa de muchos males, enemistades, guerras, muertes y otros cien mil daños, y desto es buen testigo Troya; y son asimismo comunmente soberbias y crueles, ó verdaderamente, como ya se ha dicho, des-

honestas y malas; pero esto postrero quizá el señor Morello no lo terná por tacha. Hay tambien muchos hombres malvados y perversos, que tienen buena cara y buena disposicion, de manera que parece que la natura los haya hecho tales para que puedan mejor engañar, y que aquel gesto manso y bueno sea como el cebo en el anzuelo.

No creais, dixo entónces micer Pietro Bembo, que la hermosura no sea siempre buena.

Aquí el conde Ludovico, por volver al propósito de lo que arriba movió, atajó esto, que se comenzaba á tratar, y dixo. Pues el señor Morello no quiere saber lo que tanto le importa, mostrámelo á mí á lo ménos, y hacéme saber cómo los viejos puedan alcanzar alguna bienaventuranza en los amores; que con tal que yo sepa esto, no se me dará nada desotro que me tengan por viejo, los que vieren que he hecho esta pregunta.

Rióse á esto micer Pietro, y dixo. Yo quiero primero quitar de estos señores el error que tienen, y despues responderé á eso que vos quereis saber, y así volvió á comenzar, diciendo. Señores, yo ciertamente no querria, que con decir mal de la hermosura, la cual es una cosa sagrada y divina, hubiese alguno de vosotros, que, como profano y sacrílego, incurriese en la ira de Dios. Y así porque el señor Morello y el señor micer Federico estén en esto avisados, y se guarden de perder como Stesícoro la vista, que es pena muy justa y conveniente á quien menosprecia la hermosura, digo que de Dios nace ella, y es como un círculo, del cual la bondad es el centro. Por eso como no pue-

de ser círculo sin centro, así tampoco puede ser hermosura sin bondad; y con esto acaece pocas veces que una ruin alma esté en un hermoso cuerpo, y de aquí viene que la hermosura que se vee de fuera, es la verdadera señal de la bondad que queda dentro; y en el cuerpo de cada uno es imprimida, en los unos más y en los otros ménos, una cierta gracia casi como un carácter ó sello del alma, por el cual es conocida por de fuera, como los árboles que con la hermosura de la flor señalan la bondad de la fruta. Esto mismo acontece en los cuerpos; y así los que entienden de fisionomía, muchas veces en la compostura de los rostros y en el gesto, conocen las costumbres é inclinaciones, y alguna vez los pensamientos, y lo que es más de maravillar, hasta en las bestias se comprende en el aspeto la calidad del ánimo, el cual en el cuerpo se declara todo lo posible. Considerá cuán claramente en el rostro del leon, del caballo y del águila se conoce la ira, la ferocidad y la soberbia; en los corderos y en las palomas una pura y simple inocencia; en las zorras y lobos una astucia maliciosa, y por aquí casi en todos los otros animales; así que los feos comunmente son malos, y los hermosos buenos; y puédese muy bien decir que la hermosura es la cara del bien graciosa, alegre, agradable y aparejada á que todos la deseen; y la fealdad, la cara del mal escura, pesada, desabrida y triste. Y si quereis discurrir por todas las otras cosas, y bien considerallas, hallaréis que siempre, las que son buenas y provechosas, alcanzan este dón de hermosura. Mirá este gran edificio y fábrica del mundo, el cual por el bien y conservacion

de todas las criaturas ha sido criado y fabricado por la mano de Dios; veréis el cielo redondo, ornado y ennoblecido de tantas divinas lumbres; la tierra rodeada de los elementos con su mismo peso sostenida, el sol, que haciendo su curso, estiende y derrama su luz por todo, y en el invierno desciende hácia el más baxo sino, y despues su poco á poco vuelve á subir hácia el otro punto; veréis tambien la luna que dél toma su luz proporcionada segun la distancia de cómo se le allega ó se le alexa, y las otras cinco planetas que diferentemente hacen el mismo curso. Todas estas cosas en sí tienen tanta fuerza, por el ayuntamiento y atadura de un órden compuesto así necesariamente, que, mudándole un solo punto, no podrian compadecerse y caeria el mundo, quedando hecho mil pedazos; alcanzan asimismo tanta hermosura y gracia que no puede el entendimiento humano imaginar cosa más hermosa. Considerá tras esto la figura del hombre, el cual se puede llamar pequeño mundo, hallaréis en él todas las partes de su cuerpo ser compuestas necesariamente por arte y no á caso, y despues toda la forma junta ser hermosísima, de tal manera que con dificultad se podria juzgar cuál es mayor ó el provecho ó la gracia que al rostro humano y á todo el cuerpo dan los miembros, como son los ojos, la nariz, la boca, las orejas, los brazos, los pechos, y así las otras partes. Lo mismo se puede decir de todos los otros animales; veis las plumas en las aves, las hojas y ramas en los árboles, mirá que estas cosas les son dadas por conservacion de su sér, y juntamente con esto tienen en sí una frescura y lindeza

grande. Dexemos la natura y vengamos al arte. ¿Qué cosa hay tan necesaria en las naves y galeras como es la proa, los lados, el antena, el mastel, las velas, el gobernalle, los remos, las áncoras y todos los otros aparejos? Y todas estas cosas ya veis cómo parecen tan bien á la vista, que, quien las mira, halla que así se hicieron por ornamento como por provecho. Sostienen las colunas y los arcos y las bóvedas á los altos templos y palacios, mas por eso no son estas cosas ménos vistosas y soberbias á los ojos de quien las vee, que provechosas á los edificios. Cuando primero comenzaron los hombres á edificar, pusieron en los templos y casas, en lo más alto de enmedio, aquellas cubiertas así combadas como agora se veen, y no era entónces la intincion dellos hacer esto porque tuviesen más gracia los edificios, sino porque, estando así los tejados en pendiente, corriesen mejor las aguas, todavía vino mezclada con este provecho la hermosura tanto, que si debaxo de aquel cielo, donde nunca llueve ni graniza, se edificase agora un templo, no pareceria, que sin aquella combadura, pudiese tener ninguna majestad ni hermosura. Tambien vemos que para alabar cualquiera cosa, ningun término tenemos mejor que llamalla hermosa; y así cuando queremos alabar las cosas del mundo decimos hermoso cielo, hermosa tierra, hermoso mar, hermosos rios, hermosas provincias, hermosos montes, árboles, jardines, hermosas ciudades, hermosos templos y casas y exercitos. A toda cosa, en fin, da grandísimo ornamento esta alta y divina hermosura, y puédese bien decir que lo bueno y lo hermoso en alguna manera son una

misma cosa, en especial en los humanos, de la hermosura de los cuales la más cercana causa pienso yo que sea la hermosura del alma, la cual como participante de aquella verdadera hermosura divina, hace resplandeciente y hermoso todo lo que toca, especialmente si aquel cuerpo donde ella mora no es de tan baxa materia que ella no pueda imprimille su calidad. Así que la hermosura es el verdadero trofeo é insinia de la vitoria del alma, cuando ésta con la virtud divina señorea á la natura material, y con su luz vence las tinieblas del cuerpo. No es razon, pues, decir que la hermosura haga á las mujeres ser soberbias ó crueles, puesto que le parezcan así al señor Morello; ni tampoco se han de echar á cuenta de las hermosas aquellas enemistades, muertes y graves daños de que son causa los deseos desordenados de los hombres. No porfiaré con todo que no sea posible hallarse en el mundo entre las mujeres hermosas algunas deshonestas y malas, pero no se ha de decir por eso que la hermosura las incline á no ser buenas. Ántes hemos de tener por cierto que las guarda de caer en cosas feas, y las pone en camino de la virtud por aquel ayuntamiento, que, segun hemos dicho, tiene la bondad con la hermosura; mas alguna vez la mala crianza que les dieron, y los continos requerimientos y porfías de los enamorados, las dádivas, la pobreza, la esperanza, los engaños, el miedo y otras mil cosas vencen la bondad y firmeza de las muy hermosas y muy buenas; y por estas mismas ó otras semejantes causas pueden tambien los hombres hermosos venir á ser malos.

Si es verdad, dixo entónces micer César, lo que ayer afirmó el señor Gaspar Pallavicino, no hay duda sino que las hermosas han de ser más castas y virtuosas que las feas.

¿Qué afirmé yo? dixo Gaspar Pallavicino.

Si yo bien me acuerdo, respondió micer César, vos dexistes que las mujeres, cuando las ruegan, siempre niegan lo que les piden, y las otras que no son rogadas andan rogando á muchos; acaeciendo esto así, y siendo cierto que las hermosas son más rogadas é importunadas que las feas, síguese que las hermosas siempre niegan, y nunca acuden á los que andan tras ellas, y por consiguiente son más castas que las feas, las cuales no siendo rogadas, ruegan á los otros.

Rióse el Bembo, y dixo. A ese argumento no hay qué responder. Y luégo siguió adelante su habla, diciendo. Acaece tambien muchas veces, que así la vista como los otros sentidos nuestros se engañan y juzgan por hermoso un rostro, que en la verdad no lo es, y, porque en los ojos y en todo el gesto de algunas mujeres se vee alguna vez un cierto brío mezclado con una blandura ó regalo poco honesto, muchos que huelgan con aquello, porque les da esperanza de alcanzar fácilmente lo que desean, dicen que aquélla es la perfeta hermosura, pero realmente no es sino una deshonestidad cubierta con un no sé qué, que engaña á los necios, no por cierto merecedora de un tan honrado y santo nombre como es el de la hermosura.

CAPÍTULO VII Y ÚLTIMO

En el cual prosiguiendo micer Pietro Bembo su plática, muestra al Cortesano la manera que debe tener para amar muy al contrario del amor loco que el vulgo sigue.



CALLABA ya micer Pietro Bembo, pero todos aquellos señores le porfiaron que dixese más sobre este amor tan sustancial y tan alto, que tratase la manera que se ha de tener para gozar verdaderamente de la hermosura, y así él, en fin, dixo. A mí me parece que harto bien claro os he mostrado que con mayor descanso y más prósperamente pueden amar los viejos que los mozos, y ésta ha sido la materia que yo he tomado á cargo de tratar; por eso á mí no me conviene por agora entrar adelante en otras cosas.

Mejor habeis mostrado, respondió el conde Ludovico, la mala vida de los mozos en los amores que la buena de los viejos, á los cuales, segun me parece, áun no habeis enseñado qué camino hayan de seguir en este su amor, sino que solamente les habeis dicho que se guien por la razon, y muchos tienen por imposible que puedan la razon y el amor compadecerse.

El Bembo andaba ya por descabullirse de esta plática y por dar fin á su habla; pero la Duquesa le rogó que dixese más, y así él volvió á comenzar, diciendo.

Gran miseria y desventura sería de la humana naturaleza si nuestra alma, en la cual puede nacer fácilmente aquel tan encendido deseo que con el amor va mezclado, fuese forzada á mantenelle con solo aquello que á ella le es comun con las bestias, y no pudiese volvelle hácia la otra ecelente parte que le es conforme y propria totalmente. Por eso, pues vosotros mandais que yo trate un rato de esta tan singular materia, soy contento de hacello; pero, porque yo me hallo baxo para una tan alta cosa, y no merecedor de hablar de los santísimos secretos y misterios del amor, ruego á él que mueva y levante mi pensamiento y mi lengua tanto, que yo pueda mostrar á este nuestro gran Cortesano la manera que ha de tener para poder amar muy fuera de la costumbre del loco y profano vulgo; y así como yo desde niño siempre hasta aquí le he seguido y puesto mi vida en sus manos, así agora á él le plega que mis palabras sigan este mismo proceso, y tengan aliento y fuerza grande en alaballe. Digo, pues, que considerado que nuestra naturaleza en los hombres mozos es muy inclinada á la sensualidad, se puede bien sufrir al Cortesano que en su mocedad ame sensualmente; pero si despues en los años ya más maduros acaso se enamoráre, debe tener gran cautela, y áun estar mucho sobre aviso de no engañarse; y ha de guardarse de caer en aquellas desventuras y congoxas que en los mozos merecen más aína ser lloradas que reprehendidas, y en los viejos mucho más ser reprehendidas que lloradas. Por eso cuando viere á alguna mujer hermosa, graciosa, de buenas costumbres, y de gentil arte, y tal, en fin, que él

como hombre esperimentado en amores conozca ser ella aparejada para enamoralle, luégo á la hora que cayere en la cuenta, y oyere que sus ojos arrebatan aquella figura, y no paran hasta metella en las entrañas, y que el alma comienza á holgar de contemplalla, y á sentir en sí aquel no sé qué, que la mueve, y poco á poco la enciende, y que aquellos vivos espíritus que en ella centellean de fuera por los ojos no cesan de echar á cada punto nuevo mantenimiento al fuego, debe luégo proveer en ello con presto remedio, despertando la razon, y fortaleciendo con ella la fortaleza del alma, y atajando de tal manera los pasos á la sensualidad, y cerrando así las puertas á los deseos, que ni por fuerza ni por engaño puedan meterse dentro; y así entónces si la llama de fuego cesa, cesará tambien el peligro; mas si ella dura ó crece, debe en este caso el Cortesano, sintiéndose preso, determinarse totalmente á huir toda vileza de amor vulgar y baxo, y á entrar con la guía de la razon en el camino alto y maravilloso de amar; y para esto ha de considerar primero que el cuerpo donde aquella hermosura resplandece no es la fuente de donde ella nace, sino que la hermosura, por ser una cosa sin cuerpo, y, como hemos dicho, un rayo divino, pierde mucho de su valor hallándose envuelta y caida en aquel sujeto vil y corruptible, y que tanto más es perfeta, cuanto ménos dél participa, y si dél se aparta del todo, es perfetísima; y que así como es imposible oir nosotros con el paladar, ó oler con los oidos, así tambien lo es gozar la hermosura con el sentido del tacto, y satisfacer con él á los deseos, movidos por ella en nuestras almas, y

que solamente se puede gozar con el sentido del ver, del cual es ella el verdadero objeto; y así, con estas consideraciones, apártese del ciego juicio de la sensualidad, y goce con los ojos aquel resplandor, aquella gracia, aquellas centellas de amor, la risa, los ademanes, y todos los otros dulces y sabrosos aderezos de la hermosura. Goce asimismo con los oidos la suavidad del tono de la voz; el són de las palabras, y la dulzura del tañer y del cantar, si su dama fuere música, y así con todas estas cosas dará á su alma un dulce y maravilloso mantenimiento por medio de estos dos sentidos, los cuales tienen poco de lo corporal, y son ministros de la razon, y será tal este mantenimiento suyo, que no pasará, hácia el cuerpo con el deseo, á ningun apetito deshonesto. Tras esto acate, sirva, honre y siga en todo la voluntad de su Dama, y quiérala más que á sí mismo, tenga más cuidado de los placeres y provechos della que de los suyos proprios, y ame en ella no ménos la hermosura del alma que la del cuerpo. Por eso tenga aviso de acordalle lo que le cumpliere, no dexándola caer en errores, y con buenas palabras procure siempre de guialla por el camino de la virtud y verdadera honestidad, y haga que en ella no tengan lugar sino los pensamientos limpios y puros y apartados de toda fealdad de vicios. Y así sembrando virtudes en su alma della, cogerá grandes frutos de hermosas costumbres, y gustallos ha con entrañable deleite, y éste será el verdadero engendrar y juntar, y exprimir la hermosura en la hermosura, lo cual, segun opinion de algunos, es el sustancial fin del amor. Desta manera será nuestro

Cortesano muy aceto á su Dama, y así ella se conformará siempre con la voluntad dél, y le será dulce y blanda, y tan deseosa de contentalle, cuanto de ser amada dél, y las voluntades de entrambos serán honestas y conformes, y por consiguiente vivirán vida bienaventurada.

Respondió aquí Morello de Ortona. El engendrar con efeto la hermosura en la hermosura, me parece á mí que sería engendrar un hermoso hijo en una hermosa mujer; y por cierto yo creería que fuese más clara señal de amor acudir ella á su servidor en esto, que contentalle con aquella blandura y buen tratamiento que habeis dicho.

Rióse á esto el Bembo, y dixo. No nos salgamos de nuestros términos, señor Morello. ¿Paréceos á vos que señale poco amor la Dama á su servidor, dándole la hermosura, que es una cosa de tanto precio, y dándosela por las vias que son la derecha entrada para el alma? Porque por la vista y por los oidos le envia el blando mirar de sus ojos, la imágen de su rostro, la gracia de su gesto, la voz y las palabras que penetran hasta dentro en las entrañas dél, y allí muestran claramente cuán amado es.

El mirar y las palabras, dixo Morello, pueden ser, y muchas veces son, unos testigos bien falsos, que afirman lo que no es; así que el que no tuviere otra mejor prenda, no estará, á mi parecer, muy seguro. Y á la verdad yo esperaba que vos hiciésedes esa vuestra Dama un poco más tratable y dulce con el Cortesano que no ha hecho el señor Manífico la suya; mas paréceme que entrambos habeis sido en esto como aque-

llos jueces que por parecer sabios y virtuosos dan la sentencia contra los suyos.

Yo ciertamente quiero, dixo el Bembo, que mi Dama sea harto más dulce con mi Cortesano viejo, que no es la del señor Manífico con el mozo, y esto con grande razon por cierto, porque el mio no desea sino cosas honestas, y por eso puede su dama dárselas todas sin ninguna culpa. Mas la del señor Manífico, pues le cabe el servidor más travieso, debe dalle solamente lo que fuere honesto, y niéguele todo lo demas. Así que más bienaventurado será mi Cortesano, á quien se ha de dar todo lo que desea, que no el otro á quien parte se da y parte se niega; y porque mejor veais que el amor virtuoso vale más y da mayor bienaventuranza que el vicioso, digo que unas mismas cosas se deben alguna vez negar en el amor vicioso, y en el virtuoso concederse, porque en aquél son deshonestas, y en estotro honestas; y así la Dama, por contentar á su servidor en este amor bueno, no solamente puede y debe estar con él muy familiarmente riendo y burlando, y tratar con el seso cosas sustanciales, diciéndole sus secretos y sus entrañas, y siendo con él tan conversable, que le tome la mano y se la tenga; mas áun, puede llegar sin caer en culpa por este camino de la razon hasta besalle, lo cual en el amor vicioso, segun las reglas del señor Manífico, no es lícito, porque siendo el beso un ayuntamiento del cuerpo y del alma, es peligro que quien ama viciosamente no se incline más á la parte del cuerpo que á la del alma; pero el enamorado que ama, teniendo la razon por fundamento, conoce que, aunque

la boca sea parte del cuerpo, todavía por ella salen las palabras que son mensajeras del alma, y sale asimismo aquel intrínseco aliento que se llama tambien alma; y por eso se deleita de juntar su boca con la de la mujer á quien ama, besándola no por moverse á deseo deshonesto alguno, sino porque siente que aquel ayuntamiento es un abrir la puerta á las almas de entrambos, las cuales, traidas por el deseo la una de la otra, se traspasan y se trasportan por sus conformes veces la una tambien en el cuerpo de la otra, y de tal manera se envuelven en uno, que cada cuerpo de entrambos queda con dos almas, y una sola compuesta de las dos rige casi dos cuerpos; y por eso el beso se puede más aína decir ayuntamiento de alma que de cuerpo; porque tiene sobre ella tanta fuerza, que la trae á sí, y casi la aparta del cuerpo; por esta causa todos los enamorados castos desean el beso, como un ayuntamiento espiritual; y así aquel gran Platon, divinamente enamorado, dice que, besando una vez á su amiga, le vino el alma á los dientes para salirle ya del cuerpo; y porque el separarse el alma de las cosas sensibles y baxas, y el juntarse totalmente con las inteligibles y altas puede ser sinificado por el beso, dice Salomon en aquel su divino libro de los Cánticos: «*Bésame con el beso de tu boca*», por mostrar deseo grande que su alma sea arrebatada por el amor divino á la contemplacion de la hermosura celestial, de tal manera, que juntándose con ella entrañablemente desampare al cuerpo. Estaban todos muy atentos, escuchando lo que el Bembo decia, cuando él paró un poco, y estando así quedó un rato sobre sí, sin hablar

palabra, viendo que todos tambien callaban, volvió á decir así. Pues me habeis hecho comenzar á mostrar á nuestro Cortesano cómo pueda ya, siendo algo viejo, amar de este amor tan alto y tan lleno de bienaventuranza, yo quiero agora hacelle pasar más adelante, haciéndole subir á otro mayor grado, porque, ciertamente dexalle en este término de que agora hemos tratado, es harto peligroso, considerado que, como aquí muchas veces se ha dicho, nuestra alma es en estremo inclinada á los sentidos; y puesto que la razon, procediendo por sus argumentos adelante, llegue á escoger el bien, y conozca la hermosura no nacer del cuerpo, y por el mismo caso tenga la rienda corta á los deseos no buenos, todavía contemplándola siempre el entendimiento en aquel cuerpo de la persona amada, se le turba y trastorna hartas veces el verdadero juicio; y cuando ya otro mal no hubiese en esto, el estar ausente de la que amais no puede sino afligir mucho, porque aquel penetrar ó influir que hace la hermosura, siendo presente, es causa de un estraño y maravilloso deleite en el enamorado, y callentándole el corazon, despierta y derrite algunos sentimientos ó fuerzas que están adormidas y heladas en el alma, las cuales, criadas y mantenidas por el calor que del amor les viene, se estienden, y retoñecen y andan como bullendo al derredor del corazon, y envian fuera por los ojos aquellos espíritus, que son unos delgadísimos vapores hechos de la misma pura y clara parte de la sangre que se halla en nuestro cuerpo, los cuales reciben en sí luégo la imágen de la hermorsura, y la forman con mil ornamentos y primores de diversas

maneras, y con esto el alma por una parte se deleita, y por otra se espanta con una cierta maravilla, y en mitad de este espanto se goza, y, casi atónita, siente juntamente con el placer aquel amor y acatamiento que á las cosas sagradas suele tenerse, y parécele que es aquello puramente su paraíso; así que el enamorado que contempla la hermosura solamente en el cuerpo, pierde este bien luégo á la hora que aquella mujer á quien ama, yéndose de donde él está presente, le dexa como ciego, dexándole con los ojos sin su luz, y por consiguiente, con el alma despojada y huérfana de su bien; y esto ha de ser así forzadamente, porque estando la hermosura ausente, aquel penetrar y influir que hemos dicho del amor, no calienta el corazon como hacia estando ella presente, y así aquellas vias, por donde los espíritus y los amores van y vienen, quedan entónces agotadas y secas, aunque todavía la memoria, que queda de la hermosura, mueve algo los sentimientos y fuerzas del alma.

Y de tal manera los mueve, que andan por estender y enviar á su gozo los espíritus; mas ellos, hallando los pasos cerrados, hállanse sin salida y porfian cuanto más pueden por salir, y así encerrados no hacen sino dar mil espoladas al alma, y con sus aguijones desasosiéganla y apasiónanla gravemente, como acaece á los niños cuando les empiezan á nacer los dientes; y de aquí proceden las lágrimas, los sospiros, las cuitas y los tormentos de los enamorados; porque el alma siempre se aflige y se congoxa, y casi viene á tornarse loca, hasta que otra vez vuelve á ver aquella hermosura por ella tanto deseada, y luégo, en

viéndola, sosiega y descansa y huelga toda, y, contemplándola, recibe en sí un gusto sabroso sobre todos los otros gustos, y un mantenimiento sustancial sobre todos los otros mantenimientos, y nunca jamas querria de aquella vista partirse; así que por huir el tormento desta ausencia y gozar sin ninguna pasion la hermosura, conviene que el Cortesano, ayudado de la razon, enderece totalmente su deseo á la hermosura sola, sin dexalle tocar en el cuerpo nada, y cuanto más pueda la contemple en ella misma simple y pura, y dentro en la imaginacion la forme separada de toda materia, y formándola así la haga amiga y familiar de su alma, y allí la goce, y consigo la tenga dias y noches en todo tiempo y lugar sin miedo de jamas perdella, acordándose siempre que el cuerpo es cosa muy diferente de la hermosura, y que no solamente no le acrecienta, mas que le apoca su perficion; de esta manera será nuestro Cortesano viejo fuera de todas aquellas miserias y fatigas, que suelen casi siempre sentir los mozos, y así no sentirá celos, ni sospechas, ni desabrimientos, ni iras, ni desesperaciones, ni otras mil locuras llenas de rabia, con las cuales muchas veces llegan los enamorados locos á tanto desatino, que algunos no sólo ponen las manos en sus amigas maltratándolas feamente, más aún á sí mismos quitan la vida. Tras esto, no hará agravio á marido, padre, hermanos ó parientes de la mujer á quien amáre; no será causa de la infamia della, no terná necesidad de refrenar alguna vez con grande dificultad los ojos y la lengua por traer secretos sus amores; no sentirá los tormentos de las partidas ni de las ausencias, porque consigo se

llevará siempre en su corazon su tesoro, y áun con la fuerza de la imaginacion se formará dentro en sí mismo aquella hermosura mucho más hermosa que en la verdad no será. Pero áun entre todos estos bienes hallará el enamorado otro mayor bien, si quisiere aprovecharse de este amor como de un escalon para subir á otro muy más alto grado, y esto harásele perfetamente, si entre sí ponderáre cuán apretado ñudo y cuán grande estrecheza sea estar siempre ocupado en contemplar la hermosura de un cuerpo solo; y así de esta consideracion le verná deseo de ensancharse algo y de salir de un término tan angosto, y por estenderse juntará en su pensamiento poco á poco tantas bellezas y ornamentos, que, juntando en uno todas las hermosuras, hará en sí un conceto universal, y reducirá la multitud dellas á la unidad de aquella sola, que generalmente sobre la humana naturaleza se estiende y se derrama; y así no ya la hermosura particular de una mujer, sino aquella universal, que todos los cuerpos atavia y ennoblece, contemplará; y desta manera embebecido, y como encandilado con esta mayor luz, no curará de la menor, y ardiendo en este más ecelente fuego, preciará poco lo que primero habia tanto preciado. Este grado de amar, aunque sea muy alto y tal que pocos le alcanzan, todavía no se puede áun llamar perfeto; porque la imaginacion, siendo potencia corporal (y segun la llaman los filósofos, orgánica), y no alcanzando conocimiento de las cosas sino por medio de aquellos principios que por los sentidos le son presentados, nunca está del todo descargada de las tinieblas materiales, y por eso, aunque considera

aquella hermosura universal separada y en sí sola, no la discierne bien claramente; ántes todavía se halla algo dudosa por la convenencia que tienen las cosas á ella representadas, ó (por usar del vocablo proprio) los fantasmas con el cuerpo; y así aquellos que llegan á este amor, sin pasar más adelante, son como las avecillas nuevas, no cubiertas aún bien de todas sus plumas, que, aunque empiezan á sacudir las alas y á volar un poco, no osan apartarse mucho del nido, ni echarse al viento y al cielo abierto. Así que, cuando nuestro Cortesano hubiere llegado á este término, aunque se pueda ya tener por un enamorado muy próspero y lleno de contentamiento, en comparacion de aquellos que están enterrados en la miseria del amor vicioso, no por eso quiero que se contente ni pare en esto, sino que animosamente pase más adelante, siguiendo su alto camino tras la guia que le llevará al término de la verdadera bienaventuranza; y así en lugar de salirse de sí mismo con el pensamiento, como es necesario que lo haga el que quiere imaginar la hermosura corporal, vuélvase á sí mismo por contemplar aquella otra hermosura que se vee con los ojos del alma, los cuales entónces comienzan á tener gran fuerza, y á ver mucho, cuando los del cuerpo se enflaquecen y pierden la flor de su lozanía. Por eso el alma apartada de vicios, hecha limpia con la verdadera filosofía, puesta en la vida espiritual y exercitada en las cosas del entendimiento, volviéndose á la contemplacion de su propria sustancia, casi como recordada de un pesado sueño, abre aquellos ojos que todos tenemos y pocos los usamos, y vee en sí misma un

rayo de aquella luz que es la verdadera imágen de la hermosura angélica comunicada á ella, de la cual tambien ella despues comunica al cuerpo una delgada y flaca sombra; y así, por este proceso adelante llega á estar ciega para las cosas terrenales, y con grandes ojos para las celestiales, y alguna vez, cuando las virtudes ó fuerzas que mueven el cuerpo se hallan por la contínua contemplacion apartadas dél, ó ocupadas de sueño, quedando ella entónces desembarazada y suelta dellas, siente un cierto ascondido olor de la verdadera hermosura angélica; y así arrebatada con el resplandor de aquella luz, comienza á encenderse, y á seguir tras ella con tanto deseo, que casi llega á estar borracha y fuera de sí misma por sobrada codicia de juntarse con ella, pareciéndole que allí ha hallado el rastro y las verdaderas pisadas de Dios, en la contemplacion del cual, como en su final bienaventuranza, anda por reposarse; y así ardiendo en esta más que bienaventurada llama se levanta á la su más noble parte, que es el entendimiento, y allí, ya no más ciega con la escura noche de las cosas terrenales, vee la hermosura divina, mas no la goza aún del todo perfetamente, porque le contempla solamente en su entendimiento particular, el cual no puede ser capaz de la infinida hermosura universal, y por eso, no bien contento aún el amor de haber dado al alma este tan gran bien, áun todavía le da otra mayor bienaventuranza, que, así como la lleva de la hermosura particular de un solo cuerpo á la hermosura universal de todos los cuerpos, así tambien en el postrer grado de perficion la lleva del entendimiento particular al entendimiento universal; adonde el

alma, encendida en el santísimo fuego por el verdadero amor divino, vuela para unirse con la natura angélica, y no solamente en todo desampara á los sentidos y á la sensualidad con éllos, pero no tiene más necesidad del discurso de la razon; porque trasformada en ángel entiende todas las cosas intelligibles, y sin velo ó nube alguna vee el ancho piélago de la pura hermosura divina, y en sí le recibe, y recebiéndole goza aquella suprema bienaventuranza, que á nuestros sentidos es incomprensible; pues luégo, si las hermosuras que á cada paso con estos nuestros flacos y cargados ojos en los corruptibles cuerpos (las cuales no son sino sueños y sombras de aquella otra verdadera hermosura) nos parecen tan hermosas que muchas veces nos abrasan el alma y nos hacen arder con tanto deleite en mitad del fuego, que ninguna bienaventuraza pensamos poderse igualar con la que alguna vez sentimos por sólo un bien mirar que nos haga la mujer que amamos, ¿cuán alta maravilla, cuán bienaventurado trasportamiento os parece, que sea aquel que ocupa las almas puestas en la pura contemplacion de la hermosura divina? ¿Cuán dulce llama, cuán suave abrasamiento debe ser el que nace de la fuente de la suprema y verdadera hermosura, la cual es principio de toda otra hermosura, y nunca crece ni mengua, siempre hermosa, y por sí misma tanto en una parte cuanto en otra simplísima, solamente á sí semejante y no participante de ninguna otra, mas de tal manera hermosa, que todas las otras cosas hermosas son hermosas, porque della toman la hermosura? Esta es aquella hermosura indistinta de la suma bondad, que

con su luz llama y trae á sí todas las cosas, y no solamente á las intelectuales da el entendimiento, á las racionales la razon, á las sensuales el sentido, y el apetito comun de vivir, mas áun á las plantas y á las piedras comunica, como un vestigio ó señal de sí misma, el movimiento y aquel instinto natural de las propriedades de ellas; así que tanto es mayor y más bienaventurado este amor que los otros, cuanto la causa que le mueve es más ecelente, y por eso, como el fuego material apura al oro, así este santísimo fuego destruye en las almas y consume lo que en ellas es mortal, y vivifica y hace hermosa aquella parte celestial que en ellas por la sensualidad primero estaba muerta y enterrada; ésta es aquella gran hoguera, en la cual (segun escriben los poetas) se echó Hércules y quedó abrasado en la alta cumbre de la montaña llamada Oeta, por donde despues de muerto fué tenido por divino y inmortal; ésta es aquella ardiente zarza de Moisés, las lenguas repartidas de fuego, el inflamado carro de Elías, el cual multiplica la gracia y bienaventuranza en las almas de aquellos que son merecedores de velle, cuando partiendo de esta terrenal baxeza se van volando para el cielo. Enderecemos, pues, todos los pensamientos y fuerzas de nuestra alma á esta luz santísima que nos muestra el camino, que nos lleva derechos al cielo, y tras ella, despojándonos de aquellas aficiones de que andábamos vestidos al tiempo que descendíamos, rehagámonos agora por aquella escalera que tiene en el más baxo grado la sombra de la hermosura sensual, y subamos por ella adelante á aquel aposento alto, donde mora

la celestial dulce y verdadera hermosura, que en los secretos retraimientos de Dios está ascondida, á fin que los mundanales ojos no puedan vella, y allí hallarémos el término bienaventurado de nuestros deseos, el verdadero reposo en las fatigas, el cierto remedio en las adversidades, la medicina saludable en las dolencias, y el seguro puerto en las bravas fortunas del peligroso mar desta miserable vida. ¿Cual lengua mortal, pues, oh amor santísimo, se hallará que bastante sea á loarte cuanto tú mereces? Tú, hermosísimo, bonísimó, sapientísimo, de la union de la hermosura y bondad y sapiencia divina procedes, y en ella estás, y á ella y por ella como en círculo vuelves. Tú, suavísima atadura del mundo, medianero entre las cosas del cielo y las de la tierra, con un manso y dulce temple inclinas las virtudes de arriba al gobierno de las de acá abaxo, y, volviendo las almas y entendimientos de los mortales á su principio, con él los juntas. Tú pones paz y concordia en los elementos, mueves la naturaleza á producir, y convidas á la sucesion de la vida lo que nace. Tú las cosas apartadas vuelves en uno, á las imperfectas das la perficion, á las diferentes la semejanza, á las enemigas la amistad, á la tierra los frutos, al mar la bonanza y al cielo la luz, que da vida. Tú eres padre de verdaderos placeres, de las gracias de la paz, de la beninidad y bien querer, enemigo de la grosera y salvaje braveza, de la floxedad y desaprovechamiento. Eres, en fin, principio y cabo de todo bien, y porque tu deleite es morar en los lindos cuerpos y lindas almas, y desde allí alguna vez te muestras un poco á

los ojos y á los entendimientos de aquellos que merecen verte, pienso que agora aquí entre nosotros debe ser tu morada, por eso ten por bien, Señor, de oir nuestros ruegos; éntrate tú mismo en nuestros corazones, y con el resplandor de tu santo fuego alumbra nuestras tinieblas, y como buen adalid muéstranos en este ciego labirinto el mejor camino, corrige tú la fealdad de nuestros sentidos, y despues de tantas vanidades y desatinos como pasan por nosotros, danos el verdadero y sustancial bien; haznos sentir aquellos espirituales olores que vivifican las virtudes del entendimiento, y haznos tambien oir la celestia, armonía de tal manera concorde, que en nosotros no tenga lugar más alguna discordia de pasiones; emborráchanos en aquella fuente perenal de contentamiento, que siempre deleita y nunca harta, y á quien bebe de sus vivas y frescas aguas da gusto de verdadera bienaventuranza; descarga tú de nuestros ojos con los rayos de tu luz la niebla de nuestra inorancia, á fin que más no preciemos hermosura mortal alguna, y conozcamos que las cosas que pensamos ver no son, y aquellas que no veamos, verdaderamente son; recoge y recibe nuestras almas, que á tí se ofrecen en sacrificio; abrásalas en aquella viva llama que consume toda material baxeza; por manera que en todo separadas del cuerpo, con un perpétuo y dulce ñudo se junten y se aten con la hermosura divina; y nosotros de nosotros mismos enajenados, como verdaderos amantes, en lo amado podamos trasformarnos, y levantándonos de esta baxa tierra seamos admitidos en el convite de los ángeles, adonde mantenidos con

aquel mantenimiento divino, que ambrosía y néctar por los poetas fué llamado, en fin muramos de aquella bienaventurada muerte que da vida, como ya murieron aquellos santos padres, las almas de los cuales tú, con aquella ardiente virtud de contemplacion, arrebataste del cuerpo y las juntaste con Dios.

Habiendo el Bembo hasta aquí hablado con tanta fuerza que casi parecia estar arrebatado y fuera de sí, estábase quedo sin hacer movimiento ninguno, teniendo los ojos vueltos hácia el cielo como atónito, cuando Emilia, la cual juntamente con todos los otros habia estado siempre atentísima, tirándole por la halda le dixo: Guardad, micer Pietro, que á vos tambien con estos pensamientos no se os aparte el alma del cuerpo.

Señora, respondió micer Pietro, no sería ése el primer milagro que amor hubiese hecho en mí.

La Duquesa entónces y todos los otros comenzaron de nuevo á rogar muy ahincadamente al Bembo que siguiese adelante su habla, y á cada uno ya parecia sentir en su alma una cierta centella del amor divino, que le movia y le levantaba el espíritu, y así todos deseaban oir más.

Pero el Bembo dixo: Señores, ya yo he dicho todo aquello que el sagrado ímpetu del amor me ha inspirado, así que agora, que ya parece que más no me inspira, yo he de callar; y pienso que el amor no quiere que se descubran más secretos suyos, ni que el Cortesano pase más adelante de aquel grado, que él ha tenido por bien que yo le mostrase, y por eso quizá no sería bien tratar más de esta materia.

Verdaderamente, dixo entónces la Duquesa, si el Cortesano viejo fuere tal que sepa salir con lo que vos le habeis mostrado, él terná sin duda mucha razon de contentarse de sí mismo, y de no tener ninguna invidia al Cortesano mozo.

El camino, dixo entónces micer César Gonzaga, de esa tan alta bienaventuranza me parece tan áspero, que realmente yo tengo por cosa muy difícil podelle andar.

Andalle, dixo Gaspar Pallavicino, creo yo que á los hombres sea difícil y á las mujeres imposible.

Rióse á esto Emilia, y dixo. Si tantas veces, señor Gaspar, volveis á decirnos lástimas, yo os prometo que no os sea más perdonado.

Yo no pienso, señoras, respondió Gaspar Pallavicino, lastimaros en esto, diciendo que las mujeres no están tan libres de pasiones como los hombres, ni tan exercitadas en la contemplacion como es necesario, segun ha dicho micer Pietro Bembo, que lo estén los que han de gustar del amor divino, y así no se lee que alguna mujer haya alcanzado este dón, pero léese que le alcanzaron muchos hombres como Platon, Sócrates y Platino, y otros muchos, y en nuestros cristianos hay aquellos santos padres, como san Francisco, al cual un ardiente espíritu de amor imprimió aquel sacratísimo sello de las cinco llagas. Pues á san Pablo Apóstol, ¿qué otra cosa sino fuerza de amor pudo arrebatalle, y llevalle á la vision de aquellos secretos, de los cuales hablar no es permitido al hombre? y á san Estéban? ¿qué si no amor pudiera mostralle los cielos abiertos?

No llevarán en eso, respondió el Manífico Julian, los hombres ninguna ventaja á las mujeres; porque el mismo Sócrates confiesa todos los misterios del amor, que él sabía, haberle sido revelados por una mujer, que fué aquella gran Diotima; y el ángel que con el fuego de amor dexó llegado á san Francisco, hizo tambien merecedoras de las mismas llagas á muchas mujeres de nuestros tiempos. Debríades tras esto acordaros que á la santa Madalena fueron perdonados muchos pecados, porque amó mucho, y quizá no con menor gracia que san Pablo fué ella arrebatada de amor por el ángel hasta el tercer cielo. Acordaos tambien de muchas otras, las cuales, como ayer más largamente dixe, por amor del nombre de Cristo no tuvieron en nada perder la vida, ni temieron tormentos ni otro género de muerte por espantoso y cruel que fuese, y estas tales no eran, segun quiere micer Pietro Bembo que sea su Cortesano, viejas, sino tan mozas que eran mochachas tiernas y delicadas, y de la edad en la cual él mismo ha dicho que se puede permitir á los hombres, que amen sensualmente.

Comenzaba Gaspar Pallavicino á querer responder, pero atajóle la Duquesa, diciendo. Yo quiero que sea juez de eso micer Pietro, y que se haya de estar á su sentencia, en la cual se ha de declarar si las mujeres son tan capaces del amor divino como los hombres. Mas porque este pleito entre vosotros podria durar mucho, sería bien dexalle para mañana.

Ántes para esta tarde, dixo micer César.

¿Cómo así para esta tarde? dixo la Duquesa.

Porque ya es de dia, respondió micer César; y en

diciendo esto mostróle la claridad, que comenzaba á entrar por las hendeduras de las ventanas. Levantáronse entónces todos en pié, maravillados de ver que hubiese ya amanecido, porque no les parecia que hubiese durado aquella plática más de lo que solia; pero, por haberse comenzado más tarde que las otras noches, y por haber sido la materia muy sustancial y de mucho gusto, se engañaron todos, y se les pasó así el tiempo sin sentillo, de manera que no habia allí nadie que sintiese en sus ojos ninguna pesadumbre de sueño, lo cual suele acaecer al reves, luégo en llegando la hora acostumbrada de dormir; así que abiertas las ventanas por aquella parte que da hácia la alta combre del monte de Catri, vieron en el Oriente alborear el alba, y mostrarse con toda su hermosura, y con su color de rosas, con el cual todas las otras estrellas desaparecieron luégo, salvo la dulce gobernadora del cielo de Vénus, que de la noche y del dia tiene los confines, de la cual parecia salir un airecillo suave y blando, que, de viva y delgada frescura hinchendo el aire, comenzaba entre las arboledas de los vecinos collados á mover y levantar los dulces cantos de las lozanas y enamoradas avecillas.

Entónces todos, despidiéndose con mucho acatamiento de la Duquesa, comenzaron á irse para sus posadas, no curando de las hachas que allí les tenian los pajes, sino yéndose con la claridad del dia, y, al tiempo que todos salian ya de la sala, volviéndose el Prefeto á la Duquesa, díxole. Señora, porque se declare en el pleito que es entre el señor Gaspar y el señor

Manífico, nosotros vernémos con el juez esta tarde más temprano que no ayer.

Sea con tal condicion, respondió Emilia, que si el señor Gaspar quisiere todavía, como es su costumbre, decir mal de mujeres, y levantalles rabias, dé fiadores primero, con los cuales se obligue á estar á razon, porque yo alego aquí por nuestra parte, que se puede sospechar de él que huirá; y así no podrá entregarse de él la justicia.

¶ DEO GRACIAS.

AQUÍ SE ACABAN LOS CUATRO LIBROS DEL CORTESANO, compuesto en italiano, por el Conde Balthasar Castellon, y, traducidos en lengua castellana, por Boscan, imprimidos en la muy noble ciudad de Barcelona por Pedro Monpezat, imprimidor, á dos del presente mes de Abril Mil y quinientos treinta y cuatro.

(.•.) (.•.) (.•.)



NOTAS

Como se ha visto, el *Cortesano* es un diálogo hecho á imitacion de los famosos de Platon, Xenofonte y de otros autores griegos á quienes siguió Ciceron en várias obras, especialmente en sus libros *de Oratore*, que tanta semejanza tienen con estos de Castellon.

Los interlocutores del diálogo son los siguientes, y acerca de ellos damos las noticias que se contienen en las anotaciones que ha puesto el conde Cárlos Baudi de Vesme en su edicion de *El Cortesano*, impresa en Florencia por Félix Lemonier en el año 1854, pues aunque de algunos pudiera decirse mucho más, no lo harémos para no abultar mucho este volúmen.

1.° La Duquesa Isabel, hija de Federico y hermana de Francisco Gonzaga, Marqueses de Mántua, mujer de Guidubaldo de Montefeltro, duque de Urbino, dama de singular belleza y virtud, murió en el mes de Enero de 1526, siendo embajador del Papa en España el Conde Baltasar de Castellon, que la elogia en diversos pasajes de *El Cortesano* y en otras obras suyas. Sobre esta señora y sobre sus cualidades pueden consultarse el diálogo de Bembo *De ducibus Urbini*, y las anotaciones del abate Pier Antonio Serassi á las poesías italianas y latinas de Castellon.

2.° Emilia Pía. Esta célebre princesa fué hermana de Hércules Pío, Señor de Carpi y mujer del Conde Antonio de Montefeltro, hermano natural del duque Guidubaldo; pueden verse acerca de ella

mayores noticias en las notas de Serassi á la estancia xxxv de la égloga *Tirsi* de Castellon y Gonzaga.

3.º César Gonzaga, «Primo y grande amigo de Castellon, que á su »destreza y gloria en las armas unia en maravilloso consorcio el or- »namento de las letras y una increible viveza y madurez de juicio, »de suerte que fué tan valeroso guerrero como ingenioso poeta y há- »bil ministro. Despues de la muerte del duque Guidubaldo estuvo »con muy honrosas condiciones en la córte de Francisco María de la »Rovere, á quien prestó relevantes servicios, así en la paz como en la »guerra, y, habiendo reducido la ciudad de Bolonia en 1512 á la »obediencia del Papa, atacado de una fiebre agudísima, murió de sus »resultas muy jóven, dejando á todos cuantos le habian conocido »acerba y dolorosa memoria de su muerte.» (Serassi.)

4.º Conde Luis de Canosa, inmediato pariente de Castellon, fué Nuncio apostólico en Francia, obispo de Tricárico y despues de Bayeux, y embajador del rey de Francia Francisco I, cerca de la república de Venecia.

5.º Federico Fregoso. Hijo de la Señora Gentil Feltria, hermana del duque Guidubaldo. Fué Arzobispo de Palermo y Cardenal.

6.º Octavian Fregoso. Hermano del anterior, fué dux de Venecia, y murió infelizmente prisionero del Marqués de Pescara.

7.º Pedro Bembo fué muy amigo de Castellon, habiéndose tratado por largo tiempo, primero en la córte de Urbino y luégo en Roma, bajo el pontificado de Leon X, que le nombró su secretario. Castellon le encomendó el exámen y correccion de *El Cortesano*. Despues de muerto Castellon, el papa Pablo III creó cardenal á Pedro Bembo.

8.º Bernardo Divizio de Bibiena fué secretario del cardenal Juan de Médicis, y habiendo trabajado eficazmente para que le eligiesen Papa, como lo fué bajo el nombre de Leon X, éste le creó cardenal del título de Santa María *in Portico*. Fué Bibiena hombre de mucho ingenio, y principalmente de maravillosa habilidad en el manejo de los negocios políticos; encargado de várias legaciones importantísimas, mostró ser uno de los más grandes ministros que tuvo la Sede Apostólica.

9.º Gaspar Pallavicino. Esforzado caballero, muy amigo de Castellon, quien supone que le refirió estos razonamientos acerca de

El Cortesano, los cuales finge que pasaron en su ausencia. El autor lamenta la temprana muerte de Pallavicino, en el prólogo del libro cuarto.

10. Julian de Médicis, llamado el Magnífico, fué hijo de Lorenzo el Magnífico y hermano del Cardenal Juan de Médicis, que fué luégo Leon X; estaba entónces en la córte de Urbino,

> Donde con el autor del *Cortesano*,
> Bembo y otros discípulos de Apolo
> Hacía su destierro más humano.
> (Ariosto, sátira VI.)

Vuelto á Florencia en el año de 1512, fué Capitan general y gonfaloniero de la Santa Iglesia, y despues duque de Nemurs: se casó con Filiberta de Saboya, tia de Francisco I, rey de Francia, y murió el 17 de Marzo de 1516. Serassi da más ámplia noticia de este sujeto, en sus notas á la estancia XLIII de la pastoral *Tirsi*.

11. Bernardo Accolti, llamado el único Aretino, tuvo en su vida mayor fama que despues de su muerte; fué un gentil caballero, versado en las buenas letras, y especialmente en la poesía; sólo estuvo de paso en la córte de Urbino, pues era escritor apostólico y abreviador en el pontificado de Julio II.

12. Francico María de la Róvere, prefecto de Roma, fué hijo de Juan de la Róvere y de Juana hermana de Guidubaldo de Montefeltro, duque de Urbino; nació el 24 de Marzo de 1491, y por tanto, en el momento en que se supone que pasa el diálogo de *El Cortesano* sólo tenía 16 años. Julio II, su tio, para asegurarle la sucesion al ducado de Urbino, logró que Guidubaldo, que no tenía descendientes, le adoptase por hijo el 19 de Setiembre de 1504, y despues, para alcanzar tambien el apoyo de la duquesa Isabel, negoció su casamiento con Leonor Gonzaga, hija de Francisco, marqués de Mántua y sobrina por consiguiente de Isabel; cuyo matrimonio, contraido y publicado el 2 de Marzo de 1505, no se celebró por la tierna edad de los esposos hasta el 25 de Noviembre de 1509, cuando Francisco María de la Róvere habia sucedido á Guidubaldo ya difunto. Expulsado el año 1516 por el papa Leon X, que concedió aquel ducado á Lorenzo de Médicis, su sobrino, se refugió en Goito, ciudad del ducado de Mántua. El año siguiente, con un ejército de cerca de

nueve mil soldados procedentes de várias naciones, intentó recobrar su estado, pero obligado al fin á abandonar la empresa, volvió otra vez á Mántua. Finalmente, apénas murió Leon X en 1521, reuniendo cuatro mil infantes y dos mil caballos, ayudado del amor de los pueblos, recobró en breve espacio todo el territorio dèl ducado. En 1527, cuando la expedicion de Cárlos de Borbon contra Roma, era Capitan general del ejército de la Liga, y hay quienes dicen que dejó de intento que las cosas del Papa Clemente VII se perdiesen, en venganza de los daños que recibió de la familia de los Médicis. Murió envenenado el 20 de Octubre de 1538, á la edad de 47 años. Se acusa generalmente de este crímen á César Fregoso, que, siendo general de la infantería veneciana, habia intrigado contra el Duque, jèfe supremo de las tropas de aquella república.

13. Nicolas Frigio, á quien llama Bembo «hombre germano, pero avezado á las costumbres de Italia.» Fué criado del emperador Maximiliano, en cuyo nombre se halló á la celebracion de la Liga de Cambray; era sujeto de grande experiencia en los negocios y de singular benevolencia y lealtad. Vuelto á Italia, entró al servicio de D. Bernardino de Carvajal, cardenal de Santa Cruz, y, pasando por Urbino con la córte del Papa, se detuvo allí algun tiempo y contrajo amistad con Bembo y con Castellon, que le habia conocido dos años ántes en Roma (Castellon, *Cartas familiares*, 23). En el año de 1510 se hizo monje de la Cartuja de Nápoles, y entónces Bembo le escribió el soneto que empieza:

Frisio, che già da questa gente à quella.

14. Morello de Ortona, el caballero más viejo de la córte de Urbino, á quien Castellon elogia tambien como poeta en su pastoral *Tirsi*.

15. Roberto de Bari, muy amigo de Castellon, que habla de él con mucho elogio, y llora su muerte en el prólogo del cuarto libro de *El Cortesano*; tambien habla de él en la carta 58 de sus familiares.

16. Fray Serafin. Burlador gracioso y gran comilon.

17. Ludovico Pío, hijo de Lionello, fué eclesiástico.

18. Juan Cristóbal Romano. Escultor, discípulo de Pablo Ro-

mano. Fué tambien amigo de Saba Castellon, el cual dice de él en sus recuerdos (Recuerdo 109): «Ademas de otras habilidades, especialmente en la música, fué en su tiempo escultor famoso y muy delicado y cuidadoso, especialmente en el noble é ingenioso sepulcro de Galeazo Visconte en la Cartuja de Pavía; y si una enfermedad incurable no le hubiese imposibilitado en su edad más florida, quizá hubiera sido el tercero entre los dos primeros Miguel Angel y Donatello.» En el monumento de Galeazo Visconte se lee:
IHOANNES CHRISTOPHORUS, ROMANUS FACIEBAT.

19. Vienzo Calmeta. Fué en su tiempo poeta de escaso mérito.

20. Pedro de Nápoles. Ni en Castellon ni en otros autores se halla noticia de éste entre los hombres ilustres de aquella época.

21. El Marqués Phebus. Tampoco se sabe de este sujeto más que lo que dice Castellon en esta obra.

22. Constanza Fregosa. Hermana de Octavian y de Federico Fregoso, y por tanto sobrina, hija de una hermana, del duque Guidubaldo.

23. Margarita Gonzaga. Dama de la duquesa Isabel.

NOTAS Á LAS DEDICATORIAS

Pág.	Lín.	
9	6	*Chocarreramente.* Aquí significa este adverbio graciosa y oportunamente.
11	1	*Magnífica.* La primera edicion dice *manífica*, suprimiendo la *g*, como siempre, en este adjetivo. Lo mismo acontece, por tanto, en la dedicatoria de Boscan, pág. 1.ª
12	15	*Iba.* En la primera edicion dice *iva*, más conforme con la ortografía que ha prevalecido, y tan vária cuando Boscan hizo esta version.
13	29	*Offendiese.* Las ediciones españolas, hasta la de Valladolid de 1569, traen este verbo con doble *ff*, duplicacion que no modifica el sonido.
14	30	*Y por eso casi por fuerza le hice que á todo correr* LE PASASE. En esta bellísima carta de Garcilaso sólo encuentro esta frase, á mi parecer, algo oscura. El *le* que precede al verbo *pasar* creo que está puesto en lugar del libro, y pasar significaria aquí entónces corregir.
16	1	*Escripto.* Así dice en casi todas las ediciones, pero en la primera dice *escrito.*
16	1	*Al ilustre y muy reverendo señor D. Miguel de Silva, obispo de Viseo.* Así está en las dos primeras ediciones españolas esta dedicatoria; en la de Pedro Touans, en Salamanca, 1540, y las posteriores, dice: «*Prólogo de Baltasar Castellon, autor de la obra, enderezado al ilustre y muy reverendo señor don Miguel de Silva, obispo de Viseo.*» Sobre este personaje nos da las siguientes no-

Pág. Lín.

ticias en la *Historia de la casa de Silva*, don Luis de Salazar y Castro: *segunda parte, libro* VI, *capítulo* XIV. «D. Miguel de Silva, cardenal de Santa Práxidis, obispo de Viseu, legado de la Marca de Ancona, embajador ordinario, y de obediencia en Roma, escribano de la puridad del rey Don Juan III de Portugal y de su Consejo.»

Nació el segundo entre los hijos que tuvieron los Condes de Portalegre don Diego de Silva y doña María de Ayala, á cuyo amor debió mucho, y ellos á sus virtudes la gloria de tener hijo tan señalado, que en la línea que siguió, sólo la suprema dignidad del Pontificado le hizo falta, para que llegase al más alto lugar. Pasó á estudiar á París, llevado de aquel vehemente deseo con que todos los hombres quieren que las ciencias, diferenciándolos de sus iguales, los pongan en justificada competencia con los mayores. Y en aquella Universidad, y las de Sena y Bolonia, su perspicaz y agudo ingenio se extendió tanto en la amenidad de las humanas letras, poesía y griego, que, excediendo á los más adelantados condiscípulos suyos, supo granjearse, con la admiracion de los sabios, la amistad de todos los príncipes, de quien fueron en sumo grado celebradas sus obras. Restituido á Portugal con semejante adelantamiento, fué Comendatario ó Prior perpétuo del monasterio de Santa María de Landin, de los canónigos regulares de San Agustin. Tuvo la abadía del monasterio de Riva de Ave, y otras de crecidas rentas, y el rey don Manuel le eligió por su embajador al Pontífice Leon X, para que asistiese al concilio Lateranense, como lo hizo, quedándose con el mismo grado cerca de los dos subsiguientes Pontífices Adriano VI y Clemente VII, y recibiendo de todos singulares favores. El rey Don Juan III, lué-

Historia de los canónigos regulares, lib. X, *capítulo* XLIV, *p.* 413.

Pág. Lín.

Crónica del rey D. Juan III en la 1.ª parte.

go que á fines del año 1521 entró á reinar, le ordenó que en su nombre diese la obediencia á la Silla Apostólica, segun escribe el cronista mayor Francisco de Andrade, y, presentándole despues al obispado de Viseu, le llamó á Lisboa para valerse de su gran juicio y experiencia, teniéndole inmediato á su persona, con el puesto de Escribano de la Puridad, que habian servido ántes el conde su padre, y el primer conde de Liñares, su cuñado. En aquella grande ocupacion sirvió don Miguel, con general aprobacion del Rey y del reino hasta el año de 1540, en que falleció el cardenal infante don Alvaro, arzobispo de Lisboa, hermano del Rey, y, pensando sucederle en la púrpura, trató de ser presentado á ella por medio del cardenal Alejandro Farnesio, nieto (*sobrino*) del pontífice Paulo III, con quien en su asistencia en Roma le habia granjeado estrechísima amistad, la que ambos tenian á las letras. No queria el Rey que se hablase en esta presentacion, ó por parecerle que lográndola no se podria servir del obispo, ó porque quisiese impetrar aquel capelo para alguno de los príncipes de la casa real. Con que, viendo este prelado que la detencion en Portugal imposibilitaba su intento, dejó aquel reino y pasó á Roma, donde la santidad de Paulo III le creó cardenal presbítero del título de la Basílica de los Apóstoles, en 2 de Diciembre de 1541, con grande aplauso del pueblo romano, que tenía larga experiencia de sus virtudes. Sintió el Rey tanto que don Miguel hubiese tomado, sin su licencia, esta resolucion, y que no hubiese atendido á las cartas, y seguro, que cuando supo su viaje, le envió para que no le hiciese, que luégo que tuvo noticia de su assumpcion al cardenalato, despachó una provision, en Lisboa, á 23 de Enero

Pág. Lín.

de 1542, privándole del oficio de escribano de la Puridad, de la naturaleza de aquel reino, y de todos los bienes y rentas que gozaba en él. Cópiala entera la crónica de aquel príncipe, y le nombra en ella: *Don Miguel de Silva, obispo de Viseu, natural de mis reinos y mi vasallo, fidalgo de mi casa, de mi Consejo, escribano de mi puridad, y persona de quien yo mucho confiaba, y con quien comunicaba los secretos y cosas de mi Estado y de la Corona de mis reinos.* Ya habia previsto el Cardenal los efectos de la indignacion del Rey, con que le pudieron sobresaltar poco, y cediendo su obispado en el cardenal Farnesio, su grande amigo, continuó la residencia en la córte romana, donde Paulo III le mudó su título de la Basílica en el de santa Práxidis, y se sirvió de su persona en grandes cosas. Envióle á Venecia sobre negocios muy importantes á la Silla Apostólica; despues le hizo legado en Rávena, y últimamente le envió á tratar con el emperador Cárlos V una paz segura, porque sus guerras con el rey Francisco I de Francia tenian la cristiandad en notable alteracion. Julio III le dió el título de Santa María Transtiberim, y él y Paulo IV, su sucesor, le hicieron favores correspondientes á sus grandes méritos, lleno de los cuales falleció en Roma á 5 de Julio de 1556, y fué sepultado en su iglesia de Santa María Transtiberim. Edificó en aquella ciudad un magnífico palacio que llamaron del Cardenal de Viseu, y un hospital capaz de albergar cuantos portugueses necesitados concurriesen á él. Las *Biblioteca hispana*, antigua y moderna, el P. Antonio de Macedo, en su *Lusitania Purpurata*, y el licenciado Baltasar Porreño en los *Elogios de papas y cardenales españoles*, que dedicó el año de 1626 al cardenal legado Francisco Barberino, cuyo tras-

Crónica del rey D. Juan III.

Pág. Lín.

cripto vimos en la librería de don Nicolas Antonio, dicen de la vida de este prelado cuanto pudiera ocupar muchos volúmenes, recogiéndose allí en breves hojas los grandes elogios que tributaron á su memoria los floridos ingenios de aquella y de nuestra edad. Y despues de traer Macedo y Porreño un epigrama latino que hizo el Cardenal al pueblo romano, por cuyo decreto se puso en el Capitolio esculpido en una tabla de mármol, copia Macedo lo que en alabanza suya escribió Jano Vital, poeta ilustre, en los versos latinos, con que feneceremos su elogio, remitiendo al mismo Macedo las más dilatadas noticias del Cardenal, porque al fin de su vida, hace catálogo de los muchos autores en que tiene su nombre la memoria, que tan justificadamente merece.»

Michael Silvius Cardinalis S. Marcelli Lusitanus.
Pierides vestro iam dudum assurgite vati. Ex Helicone deae
Et celebre insigni, et longe venerabile Lauri cingite honore caput
Non in illo in Silvis, et propter lustra ferorum Carmina culta canit,
Orbis at in medio circumlaudente theatro, Hic ubi fama viget
Est illi Sacra Silva Deis, ubi lauria scena Delicias aperit,
Quod sibi habet Phébus Parnasi in vertice quodque,
Vos Heliconides
Nobilis hic silvae iam secessus amandus Civibus Asera tuis.
Hic nullae incidiae, non hic immanis adunco Dente timendus aper.
Sed molles spirant Zephyri, per veris apricas Semper olentis opes.
Hic curuant plenos passim poma aurea ramos, Dulcis, et halat odor,
Hic etiam ad liquidi dulcissima murmura fontis, Dulce queruntur avès,
Salve Silva Deis cultoribus inclyta, Salve vate Superba tuo.

El elogio ó vida de D. Miguel de Silva que trae Antonio Macedo en su libro titulado *Lusitania infulata et purpurata*, no añade ninguna noticia á las que da Salazar y Castro en su *Casa de Silva*.

16 15 *Escelentes*. La primera edicion dice *ecelentes*; la de Toledo de 1539 *excelentes*, y otras *escelentes*.

Pág.	Lín.	
18	1	*Intencion.* La primera edicion dice *intincion*, ortografía que he respetado generalmente.
18	19	*Continuamente.* Así en las últimas ediciones; en las primeras se lee *continamente.*
19	16	*Encargo.* Con error evidente ponen juntos estas dos palabras casi todas las ediciones, que la primera pone separadas, debiéndose leer la oracion de este modo: *era en cargo.*
20	10	*Exprimir,* «expresar con viveza». Es la segunda acepcion que da el Diccionario de la lengua á esta palabra.
20	14	*Dignas.* La primera edicion dice *dinas.*
23	5	«*Así que yo no pienso haber errado, si escribiendo he usado algunos de éstos, y más ayna tomando el entero y sano de mi patria, que el corrompido y extragado de la ajena.*» Habla Castellon de las palabras latinas que en efecto procuró siempre dejar en su primitiva forma, lo cual no aprueban los críticos de su nacion, porque dicen que, siguiendo ese sistema, el italiano volvería á ser latin, pues casi la totalidad de sus palabras tienen ese orígen.
24	18	*Atenies.* En la primera edicion se lee *athenies*, que segun el Diccionario de la Academia, que suprime como nosotros la *h*, es un adjetivo anticuado que vale lo mismo que *ateniense.*

NOTAS AL LIBRO I

Pág. Lín.

27 3 *Micer Alfonso Ariosto*, á quien Castellon dedicó su libro, no tiene nada que ver con el poeta de este apellido, y fué un noble boloñes que andaba en la córte del cristianísimo rey Francisco I de Francia, de quien fué muy favorecido.

30 13 *Aplacible.* Es el adjetivo apacible que ahora usamos. El Diccionario de la Academia dice: «adjetivo anticuado, *agradable.*

31 23 *Bronzo.* Así está en las dos primeras ediciones esta palabra, que es intacta la italiana del texto y que no hay para qué decir que equivale á *bronce.*

La descripcion del Palacio de Urbino, tal como estaba en tiempo de Castellon ó poco despues, puede verse en el libro titulado: *Versi e prose di monsignor Bernardino Baldi da Uribino, abate de Guastalla.* Impreso en Venecia, en 4.°, 1590. (*Cayetano Volpi*).

32 9 *De suerte que todos concluian que ninguna cosa habia hecho el duque Federico de mayor excelencia, que haber dado al mundo un tal hijo.* Imitacion de los siguientes versos de los Metamorfoseos de Ovidio, libro XV, versos 750 y 51,

Neque enim de Cæsaris actis
Ullum majus opus, quam quod pater extitit hujus.
(DOLCE.)

33 15 *Docto.* La primera edicion dice *dotto.*

Pág. Lín.

35 91 *Extremo.* En esta y en otras muchas palabras que ahora se escriben con *x*, se sustituye á esta letra la *s* en la primera edicion.

36 25 *Así que habiendo el papa Julio II*, etc. La visita del papa Julio II á Urbino, despues de la cual y durante cuatro noches, se supone que pasó este diálogo del Cortesano, tuvo lugar á principios de Marzo del año de 1507, á poco de haber vuelto Castellon de su viaje á Inglaterra, donde fué como embajador del duque de Urbino Guidubaldo de Montefeltro, cerca del rey Enrique VII. (Véanse sus *Cartas familiares*, 27, 28 y 29.) Castellon finge que el diálogo pasó en aquellos dias para poder introducir y dar parte en él á muchos ilustres personajes que no residian habitualmente en Urbino, pero que entónces estaban en dicha ciudad, y tambien finge que él estaba todavía ausente, para no figurar entre los interlocutores ó mostrarse entre ellos como espectador mudo. (*Conde di Vesme.*)

40 3 *Tarántola.* Es el animal que hoy llamamos *tarántula*, sin duda por ser abundante en los alrededores de la ciudad de Tarento, en la Pulla. Corresponde á la clase de los *aracnidos*, familia de los *araneidos*, género *Lycosa*, y es la *Lycosa taréntula*; existe tambien en España, y aunque venenosa su picadura, no es tan grave como se supone. La costumbre de curarla por medio de la música, de que habla Castellon, se practica en algunos pueblos de Andalucía, por más que sea esto una infundada preocupacion, y se cree por el vulgo que el mismo animal indica este remedio, porque tiene dibujada en el abdómen una guitarra, tomando por tal instrumento las rayas negruzcas que tiene el animal en esa parte de su cuerpo.

41 7 *Y segun la doctrina de fray Mariano.* De las gracias de este fraile, que residia en Roma y era familiar de Castellon, se habla tambien más adelante en el libro II; parece que entre otras rarezas solia hacer el elogio de

Pág. Lín.

la locura (adelantándose tal vez en esto á Erasmo de Roterdan), y la auguraba á los demas como una dicha, segun se infiere de este pasaje, y más claramente se ve en una de las cartas de Castellon que damos á luz por primera vez (*Cartas de negocios*, 174). «Los médicos »me aconsejan que me purgue con frecuencia por ser »aquel humor una melancolía de malísima especie; »pero fray Mariano dice, que no debo en manera alguna purgarme, pues si por mi dicha este humor se me »sube á la cabeza, me volveré loco y gozaré la mejor »época que haya tenido en mi vida.» (*Conde di Vesme.*)

41 15 *¿Por qué es que casi todas las mujeres* SE ABORRECEN *con los ratones?* En las dos primeras ediciones está así escrito; ya la de Valladolid dice *aborrecen los ratones*, usando del verbo como activo; el *Diccionario* de la Academia no trae este verbo como recíproco, Boscan lo usa como tal várias veces, y nos inclinamos á creer que en tal caso tiene la acepcion de *repugnar* ó *causar horror*. *Garcés* no comprende este verbo entre los que piden la partícula *con* ni en su régimen propio ni en el figurado; á nuestro parecer este giro es bellísimo y debiera usarse. El *Diccionario* llamado de Autoridades trae dos acepciones de este verbo, pero ninguna cuadra exactamente con la que aquí le da Boscan.

43 13 *Un soneto.* Este soneto se imprimió la primera vez, por Rovillio, en la edicion del *Cortesano*, hecha en Leon de Francia en 1562, de allí le tomó Volpi y le insertó en el índice del *Cortesano*, conservándose en las ediciones posteriores; hé aquí dicho soneto:

Consenti, o mar di belleza e virtute,
Ch'io, servo tuo, sia d'un gran dubio sciolto
L'S, qual porti nel candido volto,
Significa mio Stento o mia Salute?
Se dimostra Socorso o Servitute?
Sospetto o Securtà? Secreto o Stolto?
Se Speme o Strido? Se Salvo o Sepolto?
Se le catene mie Strette o Solute?

Pág. Lín.

Ch'io temo forte che non faccia segno
Di Superbia, Sospir, Severitate,
Strazio, Sangue, Sudor, Supplicio e Sdegno.
Ma, se loco ha la pura veritate
Questo S. dimostra, e con non poco ingegno,
Un SOL *solo in belleza e crudeltate.*

(*Con. di Verme.*)

48 16 *Porque así será* FORZADO, «*forzado por* FORZOSO». El diccionario de autoridades dice: «*forzado* se toma tambien por lo mismo que *forzoso*.» Lat. *Necessarium*. Figuer., *Histor. Orient.*, lib. III, cap. XVIII. «Mas como ántes de llegar allá corriesen nuevas de su muerte, fué *forzado* volverse.»

50 8 *Encubriendo siempre la tacha con el nombre de la virtud que está más junta*. Esto recuerda la sátira tercera de Horacio, verso 41 y siguientes:

Et isti
Errori nomen virtus possuisset honestum, etc.

51 94 *Esto no solamente lo vemos en las castas de los caballos*. En un ejemplar de la edicion del *Cortesano*, de la edicion de Toledo de 1539, que nos ha facilitado con su conocida generosidad el señor Gayángos, y que el mismo año de su publicacion leyó y anotó un doctor Luis Xuarez, de quien con razon sospecha el señor Gayángos que sería padre ó inmediato pariente de Fernan Xuarez, traductor de *El Aretino*, se señala exactamente el lugar de donde está tomado este pensamiento, adelantándose á los comentaristas italianos. El original de esas palabras son los siguientes versos de la oda cuarta de Horacio:

Fortes creantur fortibus et bonis
Est in juvencis, est in equis, patrum
Virtus, nec imbellem feroces
Progenerant aquilæ columbam.

Pág.	Lín.	
53	17	*Y, como si dijésemos, un buen* SANGO. Así se dice en las dos primeras ediciones, dejando esta palabra casi como en italiano, pues el texto original está en esta forma: «é, como si dice *un sangue*, etc.» En la edicion de Valladolid se ha sustituido á aquella palabra esta frase: «*y*, como si dijésemos, *una agraciada manera*», y así está en las ediciones posteriores. En el lenguaje vulgar, especialmente en Andalucía, tener buena sangre ó buen ángel, ó sólo tener ángel, equivale á lo que ahora decimos ser *simpático*.
58	29	*Sus arreos son las armas, y su descanso el pelear.* Este recuerdo del antiguo romance es propio de Boscan, no habiendo nada que aluda á él en el texto italiano, traducido en esta parte tan libre como felizmente. El pasaje de la version castellana trae involuntariamente á la memoria la cita que de los mismos versos hace Cerványtes en su *Don Quijote*.
59	23	*Se moverán á ódio y á* ASCO *contra él.* Así se dice en las primeras ediciones; en las posteriores, á la palabra *asco* se ha sustituido *indinacion*.
60	3	*Entre los que antiguamente escribieron el que mucho vale no deja de* LOARSE, en lo cual les han solido imitar los modernos, pudiendo citarse á este propósito la arrogante respuesta del Tasso, que, preguntándole quién era el primer poeta de Italia, contestó: *Ariosto es el segundo.*
64	3	*Pero entre las otras armas se ha de tener principalmente destreza en las que ordinariamente se usan entre caballeros.* Esta era principalmente la espada, y como se sabe, los caballeros españoles fueron en esta materia muy versados, habiéndose escrito en los siglos XVI y siguiente varios tratados sobre su esgrima, de los cuales es el más famoso el de *Pacheco de Narvaez*.
65	26	*Por eso cumple que nuestro Cortesano sea muy buen caballero de la brida*, etc. Sobre equitacion se han escrito tambien en España muchos libros, que son hoy, por cierto, muy raros, y de ellos tiene una importantísima coleccion el

Pág. Lín.

señor Soto-Posada, persona de muy buen gusto, y muy conocida entre los bibliófilos.

66 20 *Entre éstos son los principales la caza y montería.* Tambien son muy curiosos los libros de montería españoles, y harto raros, siendo el más famoso el que mandó escribir don Alonso el XI, adicionado é impreso en Sevilla, en 1582, por Argote de Molina. Los bibliófilos madrileños han hecho muy bien en publicar el libro de las *Aves de caza*, del cronista Pero Lopez de Ayala.

67 25 *Enhadarian.* Forma anticuada del verbo *enfadar.*

68 5 *Si no que burle, ría, sepa* ESTAR FALSO. Dice el texto italiano, *ma rida, scherzi, motteggi, balli e dansi,* cuya traduccion literal es «ria, burle (ó bromee), moteje (ponga motes, ó haga epigramas), baile y dance»; de aquí se infiere que *estar falso* equivale á estar disimulado burlando. Ni al ocuparse del verbo *estar*, ni del adjetivo *falso* traen este modismo ó frase los diccionarios de la Academia.

69 8 *Punidos.* Derivado del verbo anticuado *punir, castigar.*

75 3 *Pantufos.* Así se lee en las primeras ediciones; tal vez sea errata de imprenta y deba leerse *pantuflos*, esto es, zapatillas ó babuchas.

76 5 *A la valenciana.* El original dice: *e, come noi sogliam dire, alla veneziana.* No sabemos si en España los valencianos del tiempo de Boscan cabalgaban con afectacion, como parece que lo hacian de ordinario los de Venecia en tiempo de Castellon.

76 16 *Es muy defendido hacerse dos consonancias perfetas.* Apelamos de esta regla de contra-punto á Eximeno y á su moderno editor el señor Barbieri.

77 2 Esta anécdota de Apéles y Prothogenes ha debido ser el orígen de la novela de Balzac: *Un chef d'œuvre inconu.*

77 13 *La cual por agora nosotros la llamarémos* DESPRECIO. Así tradujo Boscan la palabra italiana *sprezzatura*, mas la castellana *desprecio* no ha llegado á tomar esta acep-

Pág. Lín.

cion, sino que se usan, para significar lo que la voz italiana da á entender, las palabras *abandono*, ó más propiamente *naturalidad*, y, en las artes, aquella *facilidad dificultosa* que es compañera inseparable de la belleza.

79 8 *Livianez*. Sustantivo anticuado que aquí equivale á *ligereza* más bien que á *liviandad*, segun las acepciones que le da la Academia.

83 13 *Nos despreciamos de hacer*. Frase en la cual se hace recíproco el verbo despreciar, que aquí parece significa *desdeñar*. *Nos desdeñamos de hacer*.

86 22 *Éstos*. Evidente errata, que en muchas ediciones se repite, pues debe estar en singular tal pronombre, y ya que nos ocupamos de una palabra que está en medio de la discusion entre arcaistas y neologistas, no debemos dejar de llamar sobre ella la atencion de los lectores; pues en España y en todas partes ha habido y hay la misma disputa, que no hemos de resolver tan de paso, como tendria que hacerse en una nota; diremos sólo que cuando una lengua está constituida y formada, por haberse escrito en ella grandes obras, deben respetarse sus giros y sus palabras, no aceptando sino aquellas innovaciones á que obligue la necesidad; pero esto se ha de someter siempre á la claridad en la expresion de los pensamientos, que es á lo que ha de tener fin siempre el que escribe.

87 11 *Los salios*. Sacerdotes romanos que primeramente eran doce jóvenes, que cantaban y bailaban en el mes de Marzo la danza de las armas, de lo que procede su nombre (*salii*, esto es, saltadores). Cuando se unió la ciudad de las colinas con la ciudad palatina, hubo un segundo sacerdote de Marte ó *Flámine*, y una segunda hermandad compuesta de otros doce *salios*. (Véase Mommsen, *Historia romana*, lib. 1, cap. CXXVI.)

88 18 *Así que lo que más importa y es más necesario al Cortesano para hablar y escribir bien es saber mucho*. Así lo dice Horacio:

Pág. Lín.

Scribendi recte, sapere est et principium et fons.
(*Arte poética*, v. 309.)

89 2 *Como las pinturas puestas á su proporcionada y natural claridad.* Imágen tomada de Ciceron. (Dolce.)

90 16 *Todo esto se haga tan sin trabajo que el que escuchare piense que aquello no es nada de hacer*, etc. Imitacion del siguiente pasaje del *Arte poética* de Horacio, ver. 240-42:

ut sibi quivis
Speret idem; sudet multum, frustraque laboret,
Ausus idem. (*Con. di Vesme.*)

92 9 *Patavinidad.* El *Diccionario* de la Academia trae el adjetivo *patavino*, pero no su derivado *patavinidad*, y ambas palabras significan lo que pertenece ó se relaciona con la ciudad de Pádua.

92 16 *Despeñadores.* Léase *despeñaderos.*

92 23 *Usalla.* Léase *usallas.*

93 11 *Y porque os he oido decir hartas veces que en lugar de Capitolio se diga Campidoglio.* Casteglione, como otros muchos escritores de lenguas romances, han propendido á volver las palabras vulgares á su forma latina, pero no han podido conseguirlo, porque iban contra las leyes del lenguaje, que, en virtud de lo que se llama, por los autores de gramática comparada, movimiento dialectal, tiende á diversificarse dentro de cada familia de idiomas. Esas leyes son la causa de que, de la primitiva lengua *ariana*, se hayan derivado todas las antiguas y modernas que constituyen el grupo que ordinariamente se llama indo-europeo.

93 17 *Abusiones.* El *Diccionario* de la Academia dice: *Abusion.* s. f. ant. abuso. || supersticion, agüero: aquí está empleada esta palabra en la primera acepcion.

94 11 *Oscos.* Nombre de una de las tribus de los primitivos pobladores de Italia, como los sabelios y otros, de que se tiene muy poca noticia, y ménos aún de sus lenguas; sobre lo cual puede consultarse á Mommsen, *Historia ro-*

Pág. Lín.

mana, lib. 1, y la obra del mismo autor sobre la *epigrafía* de los pueblos italianos.

97 12 *Leonardo Vinci, el Mantegna, Rafael, Miguel Ángel*, etc. Grandes maestros del Renacimiento, con los cuales, especialmente con Rafael, tuvo gran amistad Castellon, segun decimos en otro lugar.

102 2 *Resumido* en una cosa. No trae el *Diccionario* de la Academia este adjetivo, ni las acepciones que da al verbo *resumir*, de donde se deriva, nos parecen adaptables en el caso presente á esta palabra, que sin duda equivale á *enterado* ó *instruido*.

102 24 *Honorebole* y *horrebole*. Aunque estas palabras están así escritas en la mayor parte de las ediciones castellanas, en italiano se escriben *onorevole* y *orrevole*.

104 13 *Pues ¿cuánto más que todas las otras agrada la que muestra su color limpio y natural?* etc. A este pasaje, el doctor Xuarez, de quien ántes hemos hablado, pone la siguiente nota: «Friné, dama persiana, en un banquete, queriendo mostrar su hermosura y que aventajaba á la de todas las presentes, inventó un juego en el cual se incurriria en penas. (Venciendo?) á todas las damas, las condenó á que hiciesen lo que ella haria, y fué lavarse muy bien la cara delante de todos, con que vino á quedar hermosísima..... y las otras, porque iban afeitadas, quedaron muy desfiguradas y feas.....»

No hay para qué decir cuán aplicable es á nuestro tiempo lo que dice Castellon de las que se pintan y afeitan hasta el punto de parecer máscaras.

105 2 *Egnacio de Catullo*. Se refiere al *Carmen* XXXIX de Catullo, que empieza así:

In egnatium

Egnatius, quod candidos habet dentes.
Renidet usquequaque.....

107 12 *Monsieur D'angolema*. Fué rey de Francia, bajo el nombre de Francisco I, prisionero de los españoles en

Pág. Lín.

la famosa batalla de Pavía, merecedor, sin duda, de los elogios que le tributa Castellon, y del nombre de Rey Caballero, que le dieron sus coetáneos, aunque faltó á su palabra no devolviendo á Cárlos V la Borgoña, por lo que éste dijo á su embajador que el rey Francisco habia procedido *laschement et meschantement*; palabras que fueron orígen del famoso desafío entre ambos monarcas.

108 22 *Iliade.* Así está en la primera edicion, dejando esta palabra en su forma italiana.

109 13 *Pero escusado es deciros todo esto á vosotros, que bien conoceis cuán gran engaño reciban los franceses pensando que las letras embaracen las armas.* La edicion de Toledo pone al márgen de estas palabras la siguiente acotacion: *Ruin opinion*; y el doctor Xuarez añade en su ejemplar: «las letras no embotan la lanza, como el marqués don Íñigo Lopez dice en sus proverbios.»

112 29 *Si no que moderadamente casi los niegue.* Esto mismo dice Ciceron en su oracion *pro Archia poeta.* (DOLCE.)

113 8 *Respondió á ésto Pietro Bembo: Yo no sé, señor Conde*, etc. Este pasaje, que tan propiamente atribuye Castellon al sabio Bembo, escritor ilustre, se comenta por el doctor Xuarez en estos términos: «Siendo en igual grado las letras con las armas, no debe lo uno preferirse á lo otro, segun Bartolomeo Cataneo, en su libro llamado *Catalogus gloriæ mundi*, en el cap. IX dél. Mas si lo uno excede á lo otro, aquello se debe anteponer á lo otro, segun Cadpinion.»

113 15 *Porque el ejercicio dellas así pertenece*, etc. Este concepto lo comenta Xuarez en estos términos: «Verdad es que las cosas del alma débense anteponer á las del cuerpo, y porque en la guerra no solamente trabaja el cuerpo, mas en alguna manera el alma, por esta razon hay igualdad, segun la opinion del doctor arriba dicho... Las letras totalmente son obra del alma.»

Pág.	Lín.	
114	5	*Y os dexais de decir*. La edicion de Valladolid dice: *y acabais de decir*, frase más propia.
114	9	Estos versos son del soneto CXXXV de *El Petrarca*.
118	3	*Tambien me acuerdo que Aristótil y Platon*, etc. En efecto, el primero en sus libros políticos, y el segundo en su *República*, ponen como una de las bases principales de la educacion la música, así como tambien la gimnástica, á que se pueden reducir los ejercicios corporales que ántes se aconsejan del *Cortesano*. Todo esto prueba, con otros pasajes posteriores, que las dos obras citadas fueron muy estudiadas por Castellon, el cual tomó de ellas mucho para la suya.
118	23	*Epaminundas*. Así está escrito en la primera edicion el nombre del capitan griego, que hoy llamamos Epaminondas.
118	28	*Avezó*, por *enseñó*.
119	11	*Hubo músico que con ella hizo llegar un muy gran pescado*. «Este fué Arion, el cual hizo venir á sí un delfin, y se fué en él hasta la ribera» (Dr. Xuarez).
121	22	*Y así el primer Favio fué llamado pintor*. Alude sin duda á *Quintus Favius Pictor*, quien es más verosímil que fuese historiador, y uno de los primeros de Roma, que no pintor, pues en su tiempo (201 años ántes de Jesucristo), á pesar de lo que dice Castellon, la pintura y las artes en general no se consideraban objeto digno de la ocupacion de los nobles (sobre este punto véase á Mommensen, *Historia romana*, libro III, cap. XIV).
122	30	*Bultos antiguos*. Estatuas antiguas. Sabido es, por otra parte, que en tiempo de Castellon las artes del dibujo adelantaron mucho por el afan con que se estudiaron por Miguel Angel, Rafael y otros, los restos de las estatuas antiguas, de que reunió Lorenzo el Magnífico una notable coleccion en su palacio de Florencia.
123	3	*La buena traza ó figura que el oficial en sí concibe para la obra que ha de hacer*. Éste es el mismo concepto que expresa Rafael en su carta á Castellon, hablándole de

Pág. Lín.

su Galatea, pues dice como es sabido que faltándole modelos, pinta *seguendo una certa idea che mi vienne à la mente.*

123 28 *Por hacer placer á* VUESTRO RAFAEL. Lo que se dice aquí al conde Ludovico de Canosa es aplicable propiamente á Castellon, que fué tan amigo y tan protector de Rafael de *Sanctis* ó Sanzio, á quien probablemente conoció ya en Urbino, y con quien mantuvo íntimas y constantes relaciones en Roma, bajo los pontificados de Leon X y Clemente VII, circunstancia á que se debe que poseamos el retrato de Castellon, hecho por el gran artista hácia 1516, aunque segun Bembo fué obra de los discípulos de Rafael; pero esto, como demuestra Quatremère de Quincy, en su biografía de este pintor, no es creible.

125 18 *No el fuego de una ciudad que se quema.* Al decir esto, sin duda tenía presente Castellon el incendio del *Borgo vecchio*, pintado por Rafael tan admirablemente en una de las salas del Vaticano.

126 9 *Lo cual áun agora en nuestros dias se puede bien juzgar por algunos pedazos della* (de la pintura) *que nos han quedado, en especial en las grutas de Roma.* Esto es en lo que vulgarmente se llaman las catacumbas, pero sabido es que poco ántes de escribir Castellon su libro, se descubrieron las termas de Tito, cuyas pinturas sirvieron de modelo á Rafael para el adorno de las galerías ó logias del Vaticano, aunque ni las copió servilmente, ni es cierto que las destruyera luégo, como algunos dijeron entónces.

126 17 *Una amiga suya toda desnuda.* «Campestre se llamaba la dama, amiga de Alexandro.» Nota del Dr. Xuarez, que traduce Campaspe por Campestre.

127 11 *Pagala.* Léase *pagallas.*

130 14 *En las cuales era*, etc. Este verbo se pone en singular en todas las ediciones; tiene la acepcion de estar, y parece que debia hallarse en plural.

LIBRO II

Pág.	Lín.	
136	8	*Alaban los tiempos pasados.* Esto recuerda el *laudator temporis acti*, de Horacio, *Arte poética*, ver. 173, y á nuestro Jorge Manrique, en sus coplas á la muerte de su padre: «Como á nuestro parecer Cualquiera tiempo pasado Fué mejor.»
140	3	*Por esto dice bien Sócrates*, etc. Esta alusion se refiere á un pasaje del Fedon de Platon.
141	20	*Peña ó ropas.* «Fodre de pelle ne robe», dice el texto italiano, de donde infiero que peña es lo que ahora llamamos *pelliza*.
141	27	*Andar segun ellos decian en* GIORNEA. Giornea significa manto ó capa, de modo que la frase transcrita equivale á *andar de capa*.
146	21	*La causa de esto es ser todos naturalmente más inclinados á reprehender lo malo que á loar lo bueno.* Véase la primera comedia de Terencio. (DOLCE.)
147	22	*Y tambien el asentar de las figuras, la una al contrario de la otra.* Comparacion tomada de *Ciceron*. (DOLCE.)
147	29	*Mansedad: s. ant.* Mansedumbre.
151	11	*Las presa de los puñales.* El texto italiano dice *le prese di pugnale*, el modo de coger los puñales.
154	6	*Barleta.* El texto italiano dice *Barletta*, con mayúscula, y sin duda se refiere á algun bailarin famoso del tiempo de Castellon, de quien no hemos hallado noticia.
154	26	*Y él* TAMBIEN *vestido.* Esta es una errata evidente, pero que se repite en todas las ediciones, pues debe decir

Pág.	Lín.	
		tan bien vestido, para corresponder al italiano *e leggiadramente acconcio.*
157	31	*Un hierro.* Debe leerse *yerro*; es errata de la primera edicion.
157	16	*Ascorosos.* La edicion de Valladolid sustituye á éste el abjetivo *desabrido.* Este pasaje lo alteró notablemente Boscan al traducirle. El texto italiano dice: *Senza impacciarsi molto di quelli che Minerva rifiutò ad Alcibiade perche pare che abbiano del schifo.*
158	28	*Y se hacen la barba dos veces á la semana.* El Conde Vesme dice, á propósito de este pasaje, que le parece que Castellon querria decir dos veces al dia, porque, en efecto, no pasaria hoy ni áun por aseado, cuanto más por pulcro, quien se afeitase solo dos veces á la semana; con este motivo dice que Castellon fué criticado por Jovio, y, siguiendo á éste, por Marliani, de que se teñía el cabello, y andaba muy pulidamente vestido por parecer jóven.
162	15	*Se ha de preciar la vejez verde y viva.* Pensamiento tomado de Virgilio: .... *sed cruda Deo viridisque senectus.* (*Eneida, v.* 304.) (CONDE VESME.)
164	2	*Compusieron libros en loor de la mosca.* Nuestro Virues escribió despues de esto la *Mosquea*, y mucho ántes se escribió *La batalla de las ranas y de los ratones*, poema atribuido sin fundamento á Homero.
165	10	En *esta.* Léase *estas.*
168	17	*Beudos.* Adj. anticuado que equivale á *beodo.*
170	7	*Secarse.* No trae el *Diccionario* esta acepcion del verbo secar, ni le incluye Garcés entre los que se conjugan con pronombre ó sin él; Boscan lo usa várias veces, significando mostrar enojo; estar seco un sujeto con otro.
171	5	*Lo haceis.* Errata de la primera edicion; debe decir *la haceis.*

Pág.	Lín.	
171	19	*Cabidos.* Adj. anticuado: bien admitido, estimado. *Diccionario de la Academia.*
171	31	*Mirá los españoles*, etc. Tengamos modestia para reconocer que no es del todo infundado este juicio que hace de nosotros el Calmeta, y que nosotros hacemos de los portugueses, que tanto en esto se nos semejan. Hasta nuestros defectos los hemos tenido por virtudes, como lo prueba, entre otras cosas, el curioso libro titulado *Cinco excelencias del español, que despueblan á España*, escrito por el M. Fr. Benito de Peñalosa (Pamplona, Cárlos de Labayen, 1629).
179	28	*Mas yo no sé*, etc. Todo este pasaje está inspirado por la situacion de Italia en el primer tercio del siglo XVI, teatro de rudas y sangrientas guerras entre españoles y franceses, que se disputaban la dominacion de la mayor parte de su territorio. Castellon publicó su libro despues de la batalla de Pavía y del saco de Roma.
181	11	*El sosiego.* «Éste les robaron á los españoles despues acá.» Esta nota puso el Dr. Xuarez, el año 1539, cuando todavía estabamos en el apogeo de nuestra grandeza; ¿qué hubiera dicho si hubiese alcanzado los calamitosos tiempos de los últimos monarcas austriacos?
182	15	*Qué manera de* TRESNO *y de arte.* La edicion de Valladolid y siguientes dicen qué manera de *condicion* y de arte. Por lo demas, no hallo en los diccionarios que tengo á la mano la palabra *tresno*.
195	24	*Josquin des Pres.* La primera edicion dice de *Pris*. Era un famoso músico de fines del siglo XV y principios del siguiente, acerca del cual puede verse la obra de Fætis *Biografía de los Músicos*. En su *Don Lazarillo Vizcardi*, Eximeno le pone entre los contrapuntistas góticos y de mal gusto.
198	6	*Desdonados.* Adj. ant. insulsos.
201	11	*Nicoletto.* No he hallado noticia de este filósofo, destinado á enseñar leyes en la famosa universidad de Padua, último baluarte del averroismo.

Pág. Lín.

205 5 *Y muchas veces calle la verdad si pareciere mentira.* Pensamiento tomado del *Dante.*

Sempre a quel ver che ha faccia de mensogna,
Dee l'uom chiuder le labra, quanto ei pote
Però che senza colpa fa vergogna.

(*Infierno*, canto XVI, verso 22.)
(CONDE DI VESME.)

205 26 *Y levantallos discretamente con motes, gracias y buenas burlas.* Las imitaciones de Ciceron son frecuentísimas en este diálogo del *Cortesano*, pero, especialmente lo que se refiere á las burlas y gracias, está fidelísimamente imitado del libro segundo de *Oratore*, desde el párrafo 54, que empieza: *Suavis autem est et vehementer sæpe utilis jocus et facetiæ*, hasta el fin del párrafo 71, y como harémos notar, Castellon toma literalmente de Ciceron algunas de las gracias que pone por ejemplo.

210 32 *San Pedro Vincula.* Así dice no sólo la primera sino las demas ediciones, y parece que debiera decir *ad vincula*, ó *in vincula*, como dice el texto italiano.

215 26 *Que, aunque ella no dé lo que le piden, todavía huelga de ser rogada.* Tomada del carmen LXVII de Catulo.

217 1 Desde las palabras *esperando en qué habia de parar* hasta *esta manera de saber burlar* inclusive, se hallan tachadas en un ejemplar de la edicion de Valladolid, de 1569, que tengo á la vista, en el cual, al pié de la tasa al verso de la portada, hay una nota manuscrita, que dice así: «Está expurgado este libro conforme al nuevo expurgatorio de 1612 y 14, por particular comision que tengo del Santo Oficio, en Valladolid, en once de Diciembre del..... Alonso del Caño.»

Estos párrafos suprimidos, que con otros pasajes lo habian sido ántes por la sagrada congregacion del Indice, á ruego de un hijo de Castellon, están inspirados en el párrafo LIX del libro II *De Oratore* de M. T.

Pág. Lín.

Ciceron, y especialmente en estas palabras: *Addidisti clausulam tota Terracina, tum omnibus in parietibus inscriptas fuisse litteras, tria L L L duo M M, quum quæreres, id quid esset, senem tibi quemdam oppidanum dixisse « Lacerat lacertum Largii mordax Memmius.* »

218 8 Está igualmente tachada la cita de Boccacio.

219 13 *Berto* no ha hallado noticia de este sujeto.

219 15 *Estracino.* Stracino de Siena, poeta cuyas obras se hallan en la coleccion titulada *Rime piaccevoli.* (Gut. Volpi.)

231 6 *Mattonato.* Significa enladrillado, mas dividiendo la palabra, *matto* significa loco, y *nato* nacido: el chiste consiste, pues, en llamar loco al obispo de Potencia. El Dr. Xuarez subraya esta palabra en su ejemplar, y dice al márgen: «Quiere decir loco desde su nacimiento.»

231 12 *¿Tú por qué ladras? porque veo un ladron.* Léese en el párrafo 54 del libro II de *Oratore* esta misma gracia: *¿Quid enim hic meus frater ab arte adjuvari potuit, quum à Philippo interrogatus, ¿quid latrare?* FUREM SE VIDERE, *respondit?*

233 10 *Vos debeis ser harto más doto en la lengua latina que no en la griega.* En las ediciones posteriores á la primera se dice *latrina*; mas para que resultase el chiste sería menester en castellano decir *letrina*.

233 22 *Qua furiorum maxima juxta me accubat.* Dice Virgilio, *Eneida*, libro VI, versos 605 y 606. (Conde de Vesme.)

234 1 *Verso del Ars Amandi de Ovidio.* 1-59. (Conde de Vesme.)

234 6 Todo el cuento del fraile está borrado en el ejemplar á que ántes nos referimos, y se hace en él mencion de un micer Marco Antonio, que ignoramos quién sea.

235 4 *Evangelio de San Lúcas*, cap. XV-2.

235 6 *Evangelio de San Mateo*, cap. XXV-20.

235 15 Tampoco sabemos quién fuese este Proto de Luca, que debió ser alguien que ejerciera el cargo de Proto-notario.

Pág.	Lín.	
236	5	Tambien está borrada por la inquisicion la gracia que consiste en llamar heréticos y sistemáticos á los cardenales.
236	21	*Juan Thomas Galeoto* (Marcio). Literato y teólogo de fines del siglo xv. Murió por ser muy obeso, de la caida de un caballo, yendo en el séquito de Cárlos VIII de Francia cuando entró en Milan.
237	1	Monseñor Saba Castellon enseña en sus *Recuerdos*, que, para pasar el agua y comer el queso, se dé el primer lugar al compañero. (VOLPI.)
237	7	*Philippo Beroaldo* el antiguo fué uno de los más famosos humanistas del siglo xv, enseñó en Bolonia, Parma, Milan y París, y su principal mérito consiste en haber hecho muy buenas ediciones de varios clásicos latinos, que ilustró con notas ó escolios.
237	8	Despues de la respuesta de Beroaldo, el texto italiano trae otra gracia, que Boscan ha suprimido en su traduccion, sin duda para que nuestros paisanos no aparecieran ridículos, y principalmente para no contribuir por su parte á la opinion que de nosotros se tenía en Italia, y que formuló Paulo IV, diciendo que éramos una raza de judíos y de moros. Hé aquí la traduccion del pasaje suprimido: «Estando á la mesa con el Gran Capitan Diego de Quiñones, dijo otro español que comia con ellos, pidiendo de beber: *vino*, á lo que respondió Diego: *y no lo conocistes*, motejándole de *marrano* (esto es de judío).» Cayetano Volpi puso una nota á este pasaje para explicar el chiste, tanto más necesaria á los italianos, cuanto que las palabras que hemos subrayado están en el original en nuestra lengua; nosotros no necesitamos explicaciones para comprender que el que vino, y no fué conocido, era nuestro Señor Jesucristo; sólo dirémos que, para concluir su nota, Volpi dice que en España existian muchos judaizantes.
237	8	*Jacomo Sodoleto*. Literato celebérrimo, era secretario de

Pág. Lín.

Clemente VII y de Leon X, amigo de Bembo y de Castellon; fué obispo de Carpentras y Cardenal, y uno de los más ilustres personajes de su tiempo.

238 31 *Palla de Strozzi, ó mejor Pallas de Strozzi.* Erudito que nació en Florencia, en 1372, y dió á conocer las obras de Platon, de Plutarco y de otros autores griegos; dirigió la universidad de Florencia, y fué uno de los sabios que más contribuyeron al renacimiento de las letras; por esto y por su enemistad con los Médicis es muy conocido.

240 8 *Diego García.* Se trata, sin duda, del tan famoso Diego García de Paredes, de quien por ser tan conocido nada dirémos.

241 14 *Pistoya al Serafin.* Dice Volpi que este Serafin debe ser, ó el fray Serafin que figura en el *Cortesano*, ó fray Serafin Aquilano, célebre poeta; pero la frase indica un Serafin ausente y quizá ya muerto; nada indica que se aluda al poeta Aquilano, ni el Serafin de que aquí se trata se le llama fraile; de suerte que quizá sea el médico, de que despues se habla en este mismo libro. (Conde de Vesme.)

241 24 *Juan Gonzaga y su hijo* debian ser de la familia del Duque de Mantua.

245 6 *Mario de Volterra.* El dicho que se atribuye aquí á Mario de Volterra está tomado de Ciceron, párrafo 66, libro II *De oratore.* «Ita sibi ipsum magnum videri Memmium, ut in forum descendens caput ad fornicem Fabii demiteret.»

246 16 *Nicolo Leonico*, jurisconsulto y filósofo aristotélico, muy famoso en su tiempo.

247 12 *D. Juan de Cardona.* (Véase D. Ugo de Cardona.)

247 18 *Cardenal de Pavía.* Este cardenal fué muerto en 1510 á estocadas en las calles de Roma por el Duque de Urbino; no es extraño, pues, que lo que á él se refiere en este chiste le sea poco favorable.

248 28 *D. Ugo de Cardona*, así como su hermano Juan, «era

Pág. Lín.

»principal y valiente caballero y grandemente ejercitado en la guerra, en las empresas que el Duque de »Valentinoy tuvo en Romaña, y fué capitan de su »guarda y de cien lanzas, y D. Juan de Cardona, su »hermano, de otras tantas, y conociendo el Gran Capitan la calidad y valor de estos caballeros, y que eran »naturales y vasallos del Rey y hermanos de D. Pedro »de Cardona, conde de Golisano, y cuánto convenia »á su servicio, que tales personas fuesen empleadas en »principales cargos en aquella guerra, les prometió que »se les darian compañías de cada cien hombres de »armas, y fueron á servir al Rey.» (Zurita, *Anales*, tomo v, fólio 253.) En este y otros lugares de su obra habla Zurita con grandes elogios de estos caballeros.

248 9 *Ya podemos estar seguros de tempestad, pues Sant Elmo nos ha aparecido.* San Pedro Gonzalez Telmo es abogado de los marinos, y, cuando aparecen en las gavias y mástiles de los buques ciertos fuegos fatuos que se llaman de Sant Elmo, se tiene por señal de bonanza.

249 27 *No os fatigueis más en esto*, etc. Imitacion de lo que dijo Fabio Máximo de Marco Livio, que habia dejado que los cartagineses se apoderáran de Tarento; pero, habiendo conservado y defendido su fortaleza, se vanagloriaba de que se habia recuperado á Tarento por obra suya: «Fatere se opera Livii Tarentum receptum..... neque enim recipiundum fuisset, nisi amissum foret.» Tit. Liv., *Historiarum*, XXVII, XXV. (C. DE VESME.)

250 1 *Este necio en comenzando á ser rico se murió.* Ciceron, en el párrafo 67 del libro II *De oratore*, dice lo mismo tomándolo de una comedia.

Homo fatuus,
Postquam rem habere cœpit, est mortuus.

250 21 *Casi por esta arte fué lo que pasó á Scipion Nasica con Ennio.* Igualmente esta anécdota es una traduccion literal de un pasaje del párrafo 68 del libro II *De oratore*.

Pág. Lín.

»Ut illud Nasicæ, qui quum ad poetam Ennium ve- »nisset, eique ab ostio quærenti Ennium ancilla dixisset, »domi non esset; Nasica sensit, illam domini jussu »dixisse, et illum intus esse. Paucis post diebus, quum »ad Nasicam venisset Ennius, et eum à janua quære- »rit, exclamat Nasica «se domi non esse.» «Tum En- »nius» Quid? ego non cognosco vocem, inquit, »tuam? «Hic. Nasica» Homo es impudens, ego quum »te quærerem, ancillæ tuæ credidi te domi non esse; »tu mihi non credis ipsi?»

251 23 *Así respondió tambien Rafael.* Esta anécdota está tachada en el ejemplar de la edicion de Valladolid expurgado por la inquisicion.

252 15 Este cuento del marido, cuya mujer se ahorcó de un árbol, está tomada de Ciceron, de *Oratore*, libro II, párrafo 69.

252 15 En el mismo párrafo y libro se refiere lo de Caton.

260 15 *El meson de Montefior era una hostería que por lo mala se hizo proverbial* (Volpi). En todo esto la imitacion de la parte del libro *De oratore* de Ciceron que hemos señalado, llega á ser casi una traduccion literal del párrafo 71.

261 1 *Recaudo falso.* Así traduce Boscan en diferentes sitios la palabra italiana *burla*, que con la misma acepcion tenemos en castellano.

261 8 *Como algunos perros que por haber sido quemados con agua caliente*, etc. Esto recuerda nuestro proverbio «el gato escaldado, del agua fria huye.»

262 8 *Se echa de mano.* Esta frase ó idiotismo no le hallo en el *Diccionario* de la Academia, y Boscan le usa como traduccion «si tendi quasi una rete.»

268 19 *El Ribaldo* debe estar con letra minúscula, y no alcanzo porqué Boscan dejó este adjetivo en italiano teniendo el castellano tantos equivalentes, pues podia haber dicho bellaco, pícaro ú otra palabra semejante.

269 18 *César Becadelli* ó *Baccadelli*, infiero que debe ser padre

Pág. Lín.

de Luis Beccadelli, que nació en 1502 y fué protegido del cardenal Bembo y amigo de los literatos y artistas de su época, habiendo escrito las vidas de Petrarca y de los cardenales Bembo, Polux y Contarini.

270 29 *Hay un campanario, el cual está algo apartado de la iglesia.* Tal vez sería el de San Giacomo, pues no hay en Padua otro que pueda andarse alrededor, y en frente dél hay una callejuela que se llama *Scalfura*. (Volpi.)

274 28 *La Marquesa de Moya* debe ser sin duda doña Beatriz Fernandez de Bobadilla, dama de la Reina Católica doña Isabel, acerca de la cual puede verse el Nobiliario de Lopez de Haro, 2.ª parte, página 320; así como creo que Alonso Carrillo debió ser hijo de D. Luis y de doña Costanza de Rivera, de quien hace mencion asimismo Lopez de Haro en su obra citada, 2.ª parte, pág. 381.

276 2 *La Condesa de Castañeda.* Esta señora fué mujer de don Garci Fernandez Manrique, tercer conde de Castañeda y primer marqués de Aguilar, que se halló en la toma de Granada; era dama de la reina doña Isabel la Católica, y se llamaba doña Brazaida de Almada, hija de Juan Baez de Almada, caballero portugues, y de doña Violante de Castro, de la misma nacion.

278 5 *Y habeis de saber tras esto que las dádivas tambien disminuyen mucho el gusto de los amores.* Corroborando esta idea, dice el doctor Xuarez lo siguiente: «Esto deben mucho mirar las damas de ogaño, á las cuales hago saber que cuando me piden alguna vez por amor, me quitan la ocasion y ahuyentan la devocion de darles yo la segunda.»

LIBRO III.

Pág.	Lín.	
284	5	*Léese en Pitágoras.* Lo relativo á la medida del cuerpo de Hércules es traduccion fiel del capítulo 1 del libro 1 de las *Noches áticas*, de Aulo Gelio.
284	9	*En Acaya.* El texto latino dice *Quod est Pisis.* Pisa era el nombre de la antigua capital de la Elide.
292	26	*Como Pimalion.* Conocida es de todos la fábula de Pigmalion, enamorado de la estatua que él mismo hizo.
300	5	*Pífaro subs. ant.* pífano.
304	15	*Acaso.* Léase á caso.
306	7	*Acaso.* Léase á caso.
308	9	*Y por eso macho y hembra* Á NATURA SE CONSIGUEN. Nótese la acepcion que aquí se da al verbo conseguir, como si fuera compuesto de la preposicion *con* y del verbo *seguir*, esto es, seguirse juntos ó producirse juntos macho y hembra; ademas *à natura* es un ablativo latino que no se usa en esta forma en castellano; toda esta frase es propia de Boscan, y no un italianismo, pues el original dice «E però maschio e femenina da natura son sempre insieme.»
308	10	*Y así no se debe llamar macho al que está sin hembra.* El doctor Xuarez dice á este propósito: «Por esta conclusion yo no soy macho.» De manera que el año de 1539 cuando leyó el *Cortesano* era soltero, dato que quizá pueda servir para averiguar si este Xuarez fué ó no padre de Fernan Xuarez, traductor del *Aretino*.
311	13	*Yo no alcanzo, respondió Gaspar Pallavicino, cómo podeis*

Pág. Lín.

vos negar, señor Manífico, que el hombre por sus calidades naturales no sea más perfecto que la mujer, siendo ella fria por su complision y él caliente. No hemos de intervenir en la disputa que aquí sostienen Pallavicino y el Manífico sobre la superioridad ó inferioridad de los sexos; dirémos sólo que por sus calidades son *equivalentes*, pero no idénticos, y respecto á la manera de tratar este problema, harémos notar que está inspirada en las doctrinas de Aristóteles y de Galeno en la época de Castellon vigentes, añadiendo, que, sobre la influencia que en el espíritu se atribuia al calor, á la humedad y al frio, puede leerse la obra, bajo tantos conceptos notable, de Juan Huarte de San Juan, titulada: *Exámen de ingenios para las ciencias*, y en especial su capítulo VIII (V de las ediciones expurgadas): «En el que se prueba que de solas tres calidades, calor, humedad y sequedad, salen todas las diferencias de ingenios que hay en el hombre.»

315 13 *Ribaldería.* Esta palabra, como *ribaldo*, que ya hemos notado y de la que aquélla se deriva, es italiana, y significa bellaquería ó picardía.

320 10 *Epichari.* Este hecho está tomado de los *Anales* de Tácito, libro XV, párrafo 57; y á propósito de esta mujer notable, exclama el historiador despues de referir su suicidio: «Clariore exemplo libertina mulier, in »tanta necesitate alienos ac prope ignotos protegendo, »quum ingenui et viri et equites romani senatoresque »intacti tormentis carisima suorum quisque pignorum »proderent.»

322 2 *Hablilla.* Así dicen las primeras ediciones; en las posteriores se lee fábula, lo mismo que en el original italiano.

324 31 *Confacion.* Sustantivo ant. CONFECCION.

326 25 *Se dieron cata de ello.* En las últimas ediciones se sustituye á esta frase las palabras «lo vieron, ni sintieron»; el original italiano dice: *Non se n'accorsero.*

Pág.	Lín.	
329	4	*Aman en cabo.* En las últimas ediciones se dice: «Aman en extremo.»
329	29	*Despues quedó abrasada y por el suelo.* El primero de quien se sabe que atribuyera este orígen á Roma fué *Hellanico*, que escribió cuatrocientos años ántes de Jesu-Cristo. No hay para qué decir que los críticos modernos, á partir de Vico, especialmente Niebhur y Mommensen, han demostrado que son meras fábulas los orígenes troyanos de Roma.
338	3	*Si los pueblos de España.* Gran interes tiene para los españoles este elogio que de la Reina Católica hace Castellon, el cual habla aquí como si hubiera recogido de boca de los contemporáneos de la Reina estos juicio; por lo que pudiera creerse que este fragmento fué añadido, ó al ménos retocado durante la permanencia del autor en España, de donde, como en otro lugar decimos, envió el manuscrito para su impresion á Venecia el año de 1528.
338	19	*Que darian desto buen* TESTIGO *por* TESTIMONIO. El original dice: *Che fanno fede di questo.*
345	16	*Mas volvióla á su marido con grandes dádivas.* El doctor Xuarez agrega á estas dos historias la siguiente: «De un mancebo de treinta y dos años vi yo una cosa más señalada que estas dos que aquí se escriben; y fué que él queria mucho á una dama doncella, á la cual sirvió con todas sus fuerzas hasta que descubrió y llegó al punto la intencion de la señora, y porque ésta era que él desflorase su mocedad y gozase á su voluntad de ella, y le pareció que ademas de lo que sería deservir á su Dios, era poner un término tan obsceno y sucio á tan limpio amor como la tenía, no quiso condescender á su voluntad ni ruego de la señora.»
356	18	*Y él respondióle que no queria dar tanto por un arrepentimiento.* Esta respuesta dió Demóstenes á Teida, famosa hetaira de Corinto, *tanti pœnitere non emo.* (VOLPI.)
361	8	*El cuerpo de aquella constante y singular mujer.* La conclu-

Pág. Lín.

sion de esta trágica historia es una imitacion de los siguientes versos de la primera *Elegía* de Tibulo:

Illo non juvenis poterit de funere quisquam
Lumina, non virgo, sicca referse domum. (Vesme.)

369 14 *Creo yo cierto que sobre esta materia no se puede decir más.* Larga es, en efecto, la defensa de las mujeres, y grandes los elogios que de ellas hacen aquí el Magnífico y Pallavicino, pero no agotan la materia; pues mucho más dicen, entre otros, Juan de Spinosa en su *Diálogo en laude de las mujeres*, y Cristóbal de Acosta Africano en su *Tratado en loor de las mujeres*, en el cual, como era de esperar siendo posterior al *Cortesano*, se cita várias veces al *Conde Balthasar*.

372 10 *La Insula firme*; habla de ella Bernardo Tasso en su *Amadigi*. (Volpi.)

373 31 *Secarse ha de manera con él.* En las últimas ediciones se dice: «Sea tan seca para con él.»

374 15 *Con parlar roto é subito silencio.* Así se dice en la edicion primera, conservando casi intacta la frase del original italiano. En la edicion de Toledo, 1539, se lee: «Ya con el parlar roto y súbito silencio.»

375 5 *Sojucion.* Así en las primeras ediciones, traduciendo la palabra *servitù*.

377 29 *Ganchearse.* Así se lee en las primeras ediciones; en las posteriores, con impropiedad indudable, se sustituye á ésta la palabra *requebrarse* para traducir la italiana *guadagnarne*

383 31 *Tenellas contentas.* «Pondera verbum *contentas* quia nunquam potuit esse», dice el doctor Xuarez.

384 4 *Y áun ellas ratos hay que no se entienden ni saben lo que se quieren.* «Procede de la liviandad de sí mismas», así opina el doctor citado.

385 5 *Así que yo pienso que el que quiere que le amen, debe primeramente amar, y despues ser tal que merezca ser amado.* Xuarez añade, «y traer dinero sobrado, porque obras son amores, que no amor solo.»

Pág. Lín.

388 30 *Tras esto los ojos.* «Son los verdaderos alcagüetes y descubridores del bien querer», dice Xuarez.

389 7 *¿Por qué aquellos vivos espíritus que salen por los ojos?* «Aquí describe el autor la manera y causa de la fascinacion, que en castellano se llama *aojar*, muy delgadamente.» (Doctor Xuarez.)

389 25 *Y así bien se puede decir que los ojos son la guía de los amores.* Tomado del siguiente verso de Propercio:

> *Si nescis, oculi sunt in amore duces.*

(Dolce.)

391 2 *Acontece alguna vez que andar enamorado públicamente no daña.* «Si en otra parte se lava la lana», observa el doctor Xuarez.

395 8 *Usan unas ciertas palabras retóricas de Poliphilo.* — Francisco Colonna, fraile dominico, publicó un libro titulado *Poliphili Hypnerotomachia*, casi imposible de entender por el estilo y por el argumento. Murió en 1527, de edad de noventa y cuatro años. (Conde de Vesme.)

400 30 *Tienen la suya sobre el hito*; idiotismo, que no hemos hallado ni en la última edicion del *Diccionario* de la Academia ni en el llamado vulgarmente de *Autoridades*; parece que significa estar satisfecho, ó mejor estar orgulloso.

LIBRO IV.

Pág. Lín.

407 4 *Prólogo.* Todo este prólogo es una bella y feliz imitacion de los cinco primeros párrafos del libro III *De oratore*, de M. T. Ciceron.

417 27 *Poderoso y secutivo.* Ya ántes hemos visto usado por Boscan este adjetivo, y aquí no sigue literalmente el texto italiano, que dice *e col volto imperioso e costumi austeri*, lo cual vierte diciendo, «y con un semblante puesto siempre en mandar poderoso y *secutivo*»; ántes hemos dicho que esta palabra equivale á *ejecutivo.*

417 28 *Aquellos grandes bultos que el año pasado se hicieron en Roma:* el texto italiano añade: *Il dì della festa di piezza de Agone.* En tiempo de Castellon esta fiesta se hacia todos los años. Boscan suprime en la traduccion la parte del texto que hemos copiado.

418 5 *Graveza*, subs. antic. *gravedad*, *peso.*

418 10 En casi todas las ediciones, incluso las dos primeras, se lee «les hace que *se* ocupen locamente por vias justas ó injustas grandes estados»; parece que el reflexivo *se* está aquí de sobra, y tal vez sea una errata de imprenta que se ha trasmitido á todas las ediciones; el original dice: *Induce loro per ogni via giusta o ingiusta, ad occupar stati audacemente par che possano.*

421 5 *Que muchas veces queriendo dar á un muchacho enfermo.* El primero que usó este bello símil, fué Lucrecio en su poema *De natura Deorum*, libro III, versos 11 al 17:

Nam veluti pueris absintia tetra medentes,
Quum dare conantur, etc.

Pág. Lín.

El Taso imitó este pasaje en el canto primero de su *Jerusalen*, octava 3.ª:

Così all'egro fonciul porgiamo aspersi, etc.

425 5 *Sinjusticia.* Parece claro que esta palabra equivale á *injusticia*; pero así la vemos escrita en todas las ediciones.

428 16 *Intemperados*, ad. antic. *faltos de templanza.* Es de notar, sin embargo, la diferencia que en el original, como en la traduccion, se establece entre los *incontinentes* y los *intemperados*, para conocer bien la significacion que aquí tiene este último adjetivo.

435 3 *Yo querria siempre más, respondió Otavian, el gobierno de un buen príncipe.* Toda esta discusion sobre la forma de gobierno está inspirada en las doctrinas que Aristóteles expone en sus libros de política, y en los fragmentos que Aulo Gelio conservó del tratado *De república*, de Ciceron, siendo de notar la preferencia que dió Castellon á los gobiernos mixtos, pues aunque ambos escritores son de esta opinion, no era la que prevalecia en el siglo XVI.

435 15 *Las grullas.* La primera edicion dice *las gruas.*

438 16 *Así que éstos naturalmente son siervos.* Doctrina de Aristóteles, muy conocida y muy citada, y hoy generalmente combatida, aunque es evidente que si bien todo hombre es por naturaleza libre, no todos son aptos para la gobernacion del Estado.

440 20 *Forma cuadra que usan los albañís.* Segun Dozy, en su glosario de palabras españolas y portuguesas derivadas del árabe, la última palabra tiene tres formas en castellano, que son *albañí*, *albañir* y *albañil*, y se deriva del verbo árabe *baná*, que significa construir.

447 22 *Con el ánimo firme y fijo y desapasionado.* En las dos primeras ediciones, en vez del adjetivo *firme*, dice *saldo*, conservando esta palabra del texto italiano, que era insólita en el año 1539, en el cual el doctor Xua-

Pág.	Lín.	
		rez ponia al márgen de su ejemplar: «que quiere decir *sólido macizo.*»
454	15	*Conservador y secutor.* Ya hemos visto ántes *secutivo*, derivado del sustantivo *secutor*, que usa aquí Boscan.
457	4	*Circes* dicen casi todas las ediciones españolas, en lugar de *Circe* que ahora decimos, y tambien se dice así en el original italiano.
459	11	*Y agora el papa Julio II con lo que labra en la iglesia de San Pedro.* Estas obras, así la parte de arquitectura como las pinturas que las adornan, fueron encargadas por el Papa á Rafael, y de ellas habla en una carta que el gran artista dirige á Castellon.
459	23	*Bucefalia.* Ciudad de la India, edificada por Alejandro en memoria de su caballo favorito, llamado Bucéfalo. (Volpi.)
459	25	*Atos*, monte situado entre Macedonia y Tracia, que hoy se llama *Monte Santo.* Dinócrates, segun dice Virubio en el prólogo de su segundo libro, ó Stasícrates, segun Plutarco en la Vida de Alejandro, y en el libro que escribió sobre su virtud y su fortuna, aconsejó á Alejandro que hiciera de toda esa montaña un hombre, en cuya mano izquierda se edificase una gran ciudad, en que pudiera haber diez mil habitantes, y en la derecha una gran copa, en que se recogieran todos los rios que de esa montaña se derivan, desembocando luégo de la copa en el mar. Halagó á Alejandro tan grande idea; pero considerando que semejante ciudad no podia tener territorio, y habia de ser abastecida por la via del mar, abandonó el pensamiento, comparando la ciudad á un niño que no puede crecer porque su nodriza no tiene leche. (Volpi.)
460	9	*Que* cuanto *si los romanos*, etc. Parece que huelga el *cuanto* en esta frase; el texto italiano dice *che se i romani.*
462	6	*Monsieur de Angulema.* Fué, como ya hemos dicho, rey de Francia con el nombre de Francisco I, derrotado

Pág. Lín.

y prisionero por los españoles en Pavía, de donde vino á Madrid, y estuvo encerrado en la torre de los Lujanes.

462 11 *Don Enrique, príncipe de Uvaglia*, ó de Gáles, como ahora se dice, fué despues Enrique VIII, que hizo el cisma de Inglaterra, por no haber consentido el Papa que se divorciára de doña Catalina de Aragon, hija de los Reyes Católicos.

462 22 *Muy grande esperanza tambien se tiene de Don Cárlos, príncipe de España*. Fué éste el invictísimo César Cárlos V, el más grande de los reyes de una época de reyes grandes. Castellon vivió lo bastante para ver defraudadas sus esperanzas de concordia entre estos tres monarcas para combatir al turco; pues emplearon sus fuerzas en sostener entre sí terribles y sangrientas guerras. Más adelante logró Felipe II aliar contra el turco á los príncipes y repúblicas de Italia, dando el golpe de muerte á la Turquía en Lepanto, que es, sin duda, la mayor gloria del hijo de Cárlos V.

465 8 *Se mantoja*. Se lee en las primeras ediciones sin que ningun signo indique esta apócope desusada hoy.

473 15 *El Cortesano encamine á su príncipe en muchas virtudes como es la justicia, la liberalidad y la grandeza de ánimo*. Parece que el verbo *ser* deberia estar en plural.

473 26 *Acordaos que la piedra en que aguzan los cuchillos no corta*. Tomado del *Arte poética*, de Horacio, versos 304 y 305:

Fungar vice cotis, acutum
Reddere quæ ferrum valet, ex sors ipsa secandi.

478 15 *Ftisicos*. Dice la primera edicion, conservando la forma de la palabra italiana.

481 1 *Sellia por serle ia*. En la edicion de Valladolid y en las posteriores se dice *le sería*.

481 25 *Descabulliros*. Forma anticuada del verbo *escabullir*.

Pág.	Lín.	
482	23	*Labinello.* No sabemos quién sería el ermitaño á que alude aquí el Bembo.
491	27	*Stesícoro.* Refiere Platon en su diálogo titulado *Fedro,* que Stesícoro perdió la vista por haber hablado mal de la belleza de Elena, que alabó despues de haberla recobrado. (CICCARELLI.)
493	11	*Las otras cinco planetas.* Prescindamos de los errores astronómicos de este pasaje, hijos de la época en que se escribió, pues áun no habia florecido Copérnico, para fijarnos en el carácter de femeninos que se dá aquí á los planetas.
499	3	*Y* OYERE *que sus ojos.* Impropia nos parece esta frase, traduccion de la italiana *s'accorge che gli occhi.* Conociere, percibiere ó notáre que los ojos.
504	21	*Callentándose.* Ya ántes se usa en la edicion de Barcelona y en otras várias, principalmente en las primeras, la doble *l* en este verbo.
505	25	*Retoñecer.* Verbo anticuado, equivalente á *retoñar.*
509	24	*La* INFINIDA *hermosura universal.* Así está en la primera y en otras várias ediciones, pero tal vez sea errata de imprenta, pues no recordamos haber visto nunca el adjetivo infinito escrito de ese modo; por otra parte no parece que tradujo exactamente Boscan la frase italiana *della immensa bellezza universale.* Por lo demas es admirable, y está expresada en nuestra lengua con grandísimo vigor la doctrina platónica acerca del amor, tal como la expone el gran filósofo en el *Banquete,* que es, como se sabe, quizá el más famoso de sus inimitables diálogos, aunque dicha doctrina está modificada por la manera de concebirla y desarrollarla que tuvieron los filósofos neo-platónicos, y especialmente Plotino en sus *Eneades.* Tambien influyeron mucho en las opiniones de Castellon los escritos de Marsilio Ficino, discípulo de la academia de Florencia, y gran defensor de la doctrina platónica, como ántes de él lo habian sido los sabios griegos Jorge Gemitsthe Plethon, y Bessarion, su sucesor en dicha academia.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La grande y merecida fama que alcanzó *El Cortesano* desde que por primera vez se imprimió, fué causa de que tanto en Italia como fuera de ella se hiciesen muchas ediciones de este libro, el cual se tradujo á diferentes idiomas; es por lo tanto imposible, al ménos para quien esto escribe, formar una bibliografía completa de esta obra; el conde Carlo Baudi de Vesme, en su edicion hecha en Florencia, en la imprenta de Felice Lemonier, en 1854, trae un catálogo de 58 ediciones, y, á juzgar por lo que se refiere á España, debe ser muy incompleto, salvo en la parte relativa á las impresiones italianas.

Nosotros sólo darémos aquí noticia de las principales ediciones hechas en Italia, y de algunas de la traduccion de este libro en diferentes idiomas, para fijarnos más en las españolas, advirtiendo que todas ellas son reimpresiones más ó ménos correctas de la traduccion de Boscan, el cual se valió, sin duda, para su trabajo de la primera edicion hecha por los Aldos, cuya portada ó fróntis es como sigue:

IL LIBRO DEL CORTEGIANO | DEL CONTE BALDESAR | CASTIGLIONE. Escudo. Un rectángulo, dentro del cual hay una áncora, en que está enrollado un delfin, y que divide la palabra AL-DUS.

Debajo del escudo se lee: «Hassi nel privilegio, et nella gratia »ottenuta dalla Illustrisima | Signoria che in questa, ne in niun'altra »Città del suo | dominio si possa imprimere ne altrove | impresso ven»dere questo libro | del Cortegiano per x anni | sotto le pene in esso » | contenute.»

«COLOFON.—In Venetia, nelle case d'Aldo Romano, & d'An»drea d'Asola suo | Suocero nell anno MDXXVIII | del mese d'A»prile.»

El libro es un infolio pequeño, en caractéres redondos, cuyas pági-

nas no están numeradas; y, segun puede verse en las cartas familiares de Castellon, números 113 y 114, la edicion fué de mil ejemplares, y ademas treinta en gran papel (*carta reale*), y uno en vitela. Hemos visto un ejemplar de esta edicion en la biblioteca Colombina, que probablemente perteneció á su ilustre fundador, pues, aunque carece de la nota que ponia á todos sus libros en la última hoja, ésta puede haberse destruido al encuadernar de nuevo el libro, que no conserva la encuadernacion primitiva; nos fundamos para emitir esta opinion, en que se lee en la columna 186 del *Abecedarium*, escrito por el mismo D. Fernando Colon: «Balthasar Castiglione, libro del Cortegiano, in toscano 4383 f. 1528.»

En esta forma redactaba nuestro gran bibliófilo los primeros asientos que iba haciendo de los libros que adquiria ántes de formar el catálogo más extenso, que denominó *Registrum librorum*.

Reimpreso el libro en várias ciudades de Italia, en los años siguientes, con más ó ménos cuidado, la edicion que merece exámen, despues de la primera, es la siguiente:

«Il libro del Cortegiano del Conte Baldesar Castiglione, di nuovo »rincontrato con l'originale scritto di mano de l'autore: Con la tauo»la di tutte le cose degne di notitia: et di piu, con una brieve rac»colta de le conditioni, che si ricercano à perfetto Corteggiano et à »Donna di Palazzo.» Debajo está el escudo de los Aldos, y al pié MDXLVII.—COLOFON. «In Venetia nell'anno MDXLVII, in casa de' figliuoli d'Aldo, in 8.°» — De esta edicion se derivan directa ó indirectamente todas las posteriores en cuanto al texto, pero debemos fijarnos, por lo que á sus ilustraciones se refiere, en la siguiente:

«Il libro del Cortigiano del Conte Baldessar Castiglione. Nuova»mente con diligenza revisto per M. Lodovico Dolce, secondo »l'esemplare del proprio autore, e nel margine apostillato: con la »tavola. In Venegia, appresso Gabriel Giolito de Ferrari», MDLVI, en 8.° pequeño.»

Segun los bibliófilos italianos, no es cierto que Dolce tuviese presente el manuscrito del autor, siendo arbitrarias las correcciones y variantes que introdujo; pero citamos esta edicion por las acotaciones que puso en las márgenes, y porque aumentó, aunque no felizmente, la tabla. Más digna de aprecio, aunque por otra parte tenga la falta de estar truncada con algunas supresiones hechas por escrúpulos

religiosos, es la que vamos á describir, siguiendo al conde Baudi de Vesme:

«Il Cortegiano del Conte Baldassare Castiglione, riveduto e corre-»to da Antonio Ciccarelli de Fuligni. Dottore in teologia, con l'osser-»vazioni sopra el IV libro fatte dall'istesso. Al Sereniss. Sig. Duca »d'Urbino.» Hay un bello escudo con las armas del Duque, y debajo: «In Venetia apresso Bernardo Basa, MDLXXXIV, en 8.°»

En esta edicion, y ántes del texto, se incluye una extensa vida de Castellon, escrita por Bernardo Marliani Cicarelli, que expurgó el libro con aprobacion del Santo Oficio; al hacerlo no suprimió los raros pasajes peligrosos y poco morales que en él se encuentran, sino todo lo que se refiere á la Iglesia y á sus ministros, y las cosas que se atribuyen á la *fortuna*, por creerlas sin duda inspiradas en la doctrina pagana del *fatum*. Como luégo verémos, el ejemplar de la edicion de Valladolid, textado por la inquisicion española, sólo tiene borrados los pasajes relativos á la Iglesia y al clero; por lo demas en las notas hacemos mencion de algunas de las observaciones de éste y de los demas comentaristas italianos del presente libro.

En el siglo pasado se hicieron dos ediciones importantes de *El Cortesano*, miéntras que en el siglo XVII sólo hizo una tosca é incorrectísima Gioanni Abberti, en Venecia, MDCVI. La primera de aquellas en el órden cronológico comprende otras obras ademas de *El Cortesano*, segun se infiere de su portada, que es como sigue:

«Opere volgari e latine del Conte Baldessar Castiglioni. Novella-»mente raccolte, ordinate, ricorrette ed illustrate come nella seguente »Lettera puo vedersi, da Gio Antonio e Gaetano Volpi. Dedicate »all'eminentisimo e reverendisimo Signor Cardinale Cornelio Ben-»tivoglio d'Aragona, ministro per sua Maestà Catolica alla Corte di »Roma. In Padova CIƆIƆCCXXXIII. Presso Giusseppe Comino. »Con Licenza de Superiori, e col privilegio dell'Eccelentissimo Senato »Veneto, en 4.°»

Al reaparecer *El Cortesano*, despues de un eclipse de cerca de un siglo, le vemos puesto bajo la proteccion de un prelado español, como puso primitivamente la obra su autor bajo los auspicios de otro prelado natural de la península.

Despues de la dedicatoria peculiar de esta edicion, pónese en ella la de la edicion de Cicarelli, luégo se imprime la vida de Castellon,

escrita por Marliani, con notas de Cayetano Volpi, y á continuacion otros escritos breves, relativos á Castellon, siguen las anotaciones de Dolce al cuarto libro de *El Cortesano*, y finalmente una advertencia de los editores sobre los pasajes de esta obra, suprimidos por Ciccarelli, y reproducidos por ellos. Empieza despues *El Cortesano*, á cuyos libros tercero y cuarto se ponen algunas notas de los hermanos Volpi y de Ciccarelli, siguiendo á esto el índice de las cosas notables contenidas en *El Cortesano*, hecho de nuevo por Cayetano Volpi. La segunda parte del tomo contiene las cartas y poesías de Castellon, conocidas hasta entónces, con notas y varios escritos relativos al autor y á sus obras. Al fin hay un catálogo de las principales ediciones de *El Cortesano*, hecho por C. Volpi, y despues la tabla de materias. Terminado el libro, vino á manos de los editores una carta inédita de Castellon á Leon X, y la añadieron al tomo. Esta edicion es bastante correcta.

La otra edicion notable del siglo XVIII es la siguiente:

«Il libro del Cortegiano del Conde Baldessar Castiglione colla »vita di lui scritta dal Sig. Abate Pierantonio Serassi. In Padova »CIↃIↃCCLXVI Apresso Giuseppe Comino. Con licenza de' Superiori, en 4.°

De esta edicion se tiraron algunos ejemplares con el texto íntegro y sin las correcciones de Cicarelli, ni las notas de éste y de Volpi. Estos ejemplares, bastante raros, acaban en la página 300, y los expurgados, por lo que aumentan dichas notas, acaban en la pág. 303. La *Vida de Castellon*, escrita por Serasi con arreglo á las cartas de aquél dirigidas á su madre, fué publicada por primera vez en una edicion, hecha en Roma por este abate, de las poesías italianas y latinas de Castellon.

Como luégo verémos, la primera traduccion de *El Cortesano* fué la española, pero en el año de 1537 se publicó una en frances hecha por Juan Chaperon, impresa en París, en casa de Vicente Sertenas, en 8.° (Du Verdier Biblioth., núm. 671). Esta traduccion es poco apreciada.

Se publicó despues la edicion siguiente:

«Le parfait Courtisan du Comte Balthasar Castillonois, es deux »langues, respondant par deux colomnes, l'une à l'autre pour ceux qui »veulent avoir l'intelligence de l'une d'icelles. De la traduction de

»Gabriel Chapuis Tourangeau. A Lyon par Loys Cloquemin, 1580, »en 8.°»

Gabriel Chapuis era natural de Amboise, en Turena, y tradujo varios libros de italiano en frances.

La primera traduccion latina de este libro, que tuvo várias, fué la siguiente:

«Aulicus, Balthasari Castilionei, in latinam linguam conversus ab »Hieronimo Turlero Wittebergæ, 1569, en 8.°»

Por último, tambien se tradujo al inglés, en el siglo anterior, esta obra:

«Il Cortegiano or the Courtier written by Conte Baldassar »Castiglione and a new version of the same into English. Together »with several of his celebrated Pieces as well Latin as Italian, both »in Prose and verse. To which is prefix'd the Lif of the Author. »By A. P. Castiglione of the same Family. London, printed by W. »Bowyer for the Editor, MDCCXXII, en 8.°»

Esta edicion está dedicada al rey Jorge de Inglaterra, y la dedicatoria escrita primero en italiano, y luégo en inglés. La vida de Castellon, compuesta por su pariente el P. Castiglione, con los mismos datos que la de Marliani y el texto, están en ambos idiomas. Siguen algunos escritos en prosa y verso, en italiano y en latin, de los ya publicados en otras colecciones, y, por último, el breve poema latino, titulado *El Alcon*, traducido en verso inglés por el mismo P. A. Casteglione.

Como ántes dijimos, el primer idioma á que se tradujo *El Cortesano*, segun los datos que hemos podido reunir, fué el castellano, y Boscan publicó su elegante y bellísima traduccion en Barcelona, probablemente bajo su direccion inmediata y directa. Los que sobre este asunto habian escrito hasta ahora, daban como primera edicion la de Toledo de 1539; pero el señor Gayángos, que así lo dice en una nota de su traduccion del *Ticknor*, ha encontrado despues y posee un ejemplar, que por las razones que hemos expuesto, nos ha servido de norma para nuestro presente trabajo. Véase la descripcion de esta edicion princeps, de la que hay ademas, que sepamos, un ejemplar en la Biblioteca Nacional, y otro en la del Ministerio de Fomento, entre los libros que fueron del Marqués de la Romana.

1.ª «LOS CUATRO LIBROS DEL CORTESA | no, compuestos en ita- »liano por el Conde Baltasar | Castellon, y agora nuevamente tra-

»ducidos en len | gua castellana por Boscan»; en caractéres góticos de tinta roja, ménos la palabra *Boscan*, que está de tinta negra.

Debajo hay un escudo grande con las armas de España, tales como se usaban en tiempo de los monarcas austriacos y al pié un renglon en tinta roja, que dice: «con privilegio imperial por diez años.» El todo está rodeado de una especie de portada grabada en madera.

Colofon. «Aquí se acaban los cuatro libros de *El Cortesa* | *no*, compuestos en italiano por el Conde Baltassar Castellon, y | traducidos en lengua castellana por Boscan, imprimidos en | la muy noble ciudad de Barcelona por Pedro Mon | pezat, imprimidor. A dos del presente mes de Abril | Mil y quinientos treinta y cuatro.» En fólio, gót., 113 fólios.

Privilegio del emperador. «Dat en nuestra villa de Monzon á xx de Deziembre del año del naçimiento de nuestro señor. Mil quinientos treinta y tres.» «Carta de Boscan á la muy magnífica señora doña Jerónima Pola de Almogabar, otra de Garcilaso á la misma señora. Dedicatoria de Castellon, al ilustre y muy reverendo don Miguel de Silva.» No está dividido el texto en capítulos, ni tiene acotaciones en las márgenes.

Tambien poseia don Fernando Colon un ejemplar de esta edicion, pues en el ya referido abecedario, y debajo del asiento de la primera Aldina, hay este otro de letra algo más pequeña, pero tambien de puño de don Fernando, en que se dice: «Cortegiano en espagnol boscan intérprete 14217 ba 1534.»

A continuacion describimos las otras ediciones castellanas que conocemos, todas ellas reproducciones de la primera, con las variantes que hemos indicado, y que no hemos podido averiguar de quiénes proceden, aunque se ve claro que todas tienden á remozar, no con muy buen criterio, algunas frases ó palabras.

2.ª LOS QUATRO LIBROS DEL CORTESANO.—Compuestos en italiano por el conde Balthasar Castellon | agora nuevamente tra | ducidos en lengua castellana por | Boscan | . Cenefa del gusto del renacimiento, en cuya parte media y superior dos ángeles sostienen el escudo de San Francisco.

Colofon. ¶ «Aquí se acaban los quatro libros | del Cortesano, impresos en la imperial ciudad de | Toledo á ocho dias del mes de Julio. Año de mil | i quinientos i treinta i nueve.»

A la primera portada sigue otra con las armas de España, que usaban los reyes de la dinastía de Austria, de gran tamaño, y al pié de ellas lo siguiente: ❡ «Síguense los prólogos: ó car | tas de la presente obra.» De estos prólogos ó cartas hemos dado repetidas noticias; cada ejemplar consta de CXCIX fólios numerados, en los que se incluyen las dos portadas. En 4.° got. Esta edicion tiene algunas acotaciones por las márgenes, en las cuales se indica la materia que en el texto se trata.

Entre los varios ejemplares de esta edicion que hemos tenido á la vista, es por muchos conceptos notable uno de que ya hemos hablado várias veces y cuyo uso hemos debido al generoso desprendimiento del Sr. D. Pascual Gayángos, tan conocido y famoso por su saber y amor á nuestras letras, como por la sin igual generosidad con que facilita sus libros y las noticias que en su inmensa memoria atesora á cuantos aficionados al estudio á él se acercan. Este ejemplar es el que pertenecia á Luis Xuarez, quien, sospecha el señor Gayángos que fuese padre de Fernan Xuarez, traductor del *Aretino*. Ya hemos indicado en las notas que en 1539 Luis Xuares era soltero, y quizá no llegára á casarse, pero lo que tenemos por cierto es que así este Luis Xuarez como el Fernan Xuarez, de quien se sabe que era sevillano, pertenecian á una familia de este apellido, establecida en los siglos XVI y siguientes, en Sevilla, donde varios de ellos fueron jurados. En las investigaciones que hemos hecho para ilustrar las noticias de Sevilla, de 1592 á 1604, que escribia en aquel tiempo un tal Francisco Ariño, hemos tropezado con un Rodrigo Xuarez, *jurado*, á quien el Ayuntamiento de Sevilla dió la comision de ir á comprar armas á Milan cuando el saco de Cádiz por los ingleses, en 1596, llenó de espanto á aquella ciudad, que se encontró desapercibida para la defensa, falta de armas y de todo género de medios de guerra. Rodrigo Xuarez estuvo algunos meses en Milan desempeñando su comision, y en prueba de que debia ser persona de gusto artístico y literario, y ademas rica, harémos notar que Ariño dice que trajo de Italia *muchas cosas curiosas que tiene en su casa* (1). A este mismo Xuarez encomendó la

(1) Véase Ariño, *Sucesos de Sev. de* 1552 á 1604, pág. 42. Está imprimiéndose esta obra por la *Sociedad de Bibliófilos andaluces*.

cindad de Sevilla trazar la medalla que se arrojó al pneblo en la jura de Felipe III, y ademas consta en las actas de los cabildos del Ayuntamiento, que él fué quien recomendó á la ciudad al famoso pintor extremeño Zurbarán (1), logrando que este insigne artista obtuviese casa para vivir, y ciertos gajes que le dió Sevilla.

Por último, en la iglesia del convento del Ángel de dicha ciudad, y bajo el último arco de la nave de la derecha, existe una lápida de un enterramiento de los Xuarez, en la que consta que en él yacian varios individuos de esta familia, en 1616, en la cual, por lo que se sabe del doctor Luis Xuarez, cuyas curiosas notas á *El Cortesano* hemos publicado en este volúmen, de Rodrigo Xuarez y de Fernan Xuarez, traductor de *El Aretino*, debia ser tradicional y como una especie de patrimonio el amor á las artes y á las letras.

Además de las notas de Xuarez que hemos publicado, en el ejemplar de que hablamos se ve en la parte superior de la primera portada una poesía, de que los más entendidos paleógrafos sólo han podido leer el primer verso que dice :

Con esperanza y sin ella.

En la segunda portada, y en su parte superior, se repite dicho verso, y debajo de ésta, á la izquierda, el nombre, apellido y rúbrica del poseedor del libro en esta forma:

El Doctor. Y á la derecha : *si fata sinunt.*
Luis Xuarez.

En el fólio tercero se lee en la márgen superior :

No reposa la vida que está dudosa.

Y en la inferior:

Vos tambien podeis quitar
La duda á mi incertidumbre,
Haciendo sin humo lumbre.

Por último, despues del colofon, en el último folio hay esta nota: «Fué acabado de leer á 25 de Noviembre de 1539.»

3.ª Libro llamado *El Cortesano*, traducido agora nnevamente en

(1) Véase la nota de la pág. 109 de la citada obra.

nuestro vulgar castellano por Boscan, con sus acotaciones por las márgines. Escudo del impresor, y á los lados 1540.

COLOFON. «Aquí se acaba el libro llamado *El Cortesano*, del conde Baltasar de Castellon, agora nuevamente corregido y enmendado con sus acotaciones por las márgenes, impreso en Salamanca por Pedro Touans, á costa del honrado varon Guillermo de Millis. Acabóse á 15 dias del mes de Enero de mil e quinientos y cuarenta años.»

4.° Fróntis. l. g. 144 ps. ds.

El título está de letra encarnada y negra. Tambien está de rojo la cifra del impresor Guillermo de Millis, aunque en la portada no suena impresor.

En una advertencia que se estampa á la vuelta de la hoja fróntis, se dice:

«Él autor no dividió estos libros por capítulos; mas agora pareciendo á algunos que leer un libro desde el principio hasta el fin, sin haber donde pare ó repose el espíritu, trae consigo un cansancio ó hastío, se acordó en esta impresion de dividir cada uno de los cuatro libros por sus capítulos para más descanso del lector.»

Desde esta edicion todas las escritas en castellano están divididas en capítulos, division que suele alterar, aunque levemente, alguna vez el texto, que en nuestra edicion hemos procurado restablecer, porque tales alteraciones no eran necesarias para su inteligencia, áun despues de dividido en capítulos.

4.ª Libro llamado | *El Cortesano* tra | ducido agora | nuevamente en | nuestro vulgar | castellano por | Boscan. Estos renglones son alternativamente rojos y negros, los impares rojos, y están escritos en caractéres góticos, dentro de una portada que forma un dintel ancho, sobre el cual dos columnas caprichosas sostienen un arco inscrito en tres líneas rectas; los dos ángulos que éstas forman, contienen sendos medallones, el uno con una cabeza que mira á la derecha, cubierta con un casco; el otro, con un busto, que mira á la izquierda, ceñido de laurel. En las basas de las columnas, y en sombra, se ve una cifra compuesta de una *o* minúscula y una *T* y una *A* enlazadas, igual en ambas. La portada está exornada con vichas y follaje.

A la vuelta del fróntis está la advertencia que contiene la edicion anterior, aunque aumentada en esta forma:

«Síguese *El Cortesano* dividido en cuatro libros, los cuales tractan, y

es su fin de formar un Cortesano de las calidades y perfecciones que le pertenecen para ser perfecto cortesano, y asimismo tratan de las calidades que le pertenecen á una dama para ser perfeta dama, y como estas calidades son muchas y diversas, así son muchas y diversas las materias que se tratan en este libro por muy apacible estilo. Fueron tratadas ó platicadas todas estas materias en la corte ó palacio del Duque de Urbino, entre los cortesanos de su casa por ante la Duquesa y sus damas, segun que más por extenso se dirá en el primero capítulo del primero libro, etc.

En 4.° I. gótica, de 140 fólios, incluso el fróntis, sin indicacion de lugar ni año de impresion; pero colocamos esta edicion despues de la de Salamanca, porque el ejemplar que se describe, encuadernado en pergamino formando cartera, tiene en la parte interior de la tapa más corta la siguiente nota:

«Este libro me dió D. Francisco Lobo, Embajador, Señor portugués, en Ratisbona, año 1541.»

5.ª Libro lla | mado *El Cortesa* | *no*, traducido agora | nuevamente en nuestro vul.| gar castellano por | Boscan (Dos esc. de ar.) Fué impreso en la villa de Enveres, en ca | sa de Martin Nucio, en el año del señor | MDXLIIII.

COLOFON. (E. del I.) Fué empreso en Enveres, en casa de Martin Nu | cio, en el Unicornio, cerca donde están los | carros de Malinas (B.o), en 8.°, l. gótica. Sig. A. 58. Portada de letra romana, 239 fólios.

6.ª Un medallon sostenido por dos figuras, en el cual hay un busto que no sabemos á quién representa, y debajo el título en esta forma: LIBRO | llamado *El Cortesano*, tra | ducido en nuestro vulgar Caste | llano, por Boscan (la primera palabra en caractéres romanos, las demas en góticos, y en tinta roja, ménos la voz cortesano, que está de tinta negra). Impreso en Zaragoza, á costa, de Miguel de Çapila, mercader de libros MDLIII. (Letra gótica en negro.)

A la vuelta de la hoja de la portada escudo de armas reales, con la corona apoyada en el aguilla de dos cabezas, y debajo á derecha é izquierda, independientes del escudo, dos columnas pequeñas con la leyenda *Plus-Ultra*. Siguen el prólogo de Boscan, el de Garcilaso y

el de Castellon, y despues el texto dividido en capítulos. En el fólio cxx vuelto se repite el retrato de que va hecha mencion, y debajo dél diçe: El tercero libro de *El Corte* | *sano* del conde Baltasar Castellon, dirigido á misser | Alfonso Ariosto, traducido de italiano en Cas | tellano, el cual va dividido en siete | capítulos. | Tiene doscientos diez y seis fólios numerados, inclusa la portada. En 8.° gótico.

7.ª EL CORTESANO | traduzido por | Boscan en nuestro | vulgar castellano, nue | vamente agora | corregido. | (Escudo del impresor con la leyenda: *Virtus pietas homini tutisima.*) En Anvers | en casa de la viuda de Martin Nutio. | Año MDLXI. | Con gracia y privilegio | en 8.° 247 fólios. Signatura A. Hh.

8.ª *El Cortesano*, | TRADUCIDO DE ITA | liano, en nuestro vulgar castellano, | por Boscan. | Con licencia de los señores del muy alto | Consejo de la C. R. M. (Escudo de las armas de España sin águilas), impreso en Valladolid (*Pincia otro tiempo llamada*), | por Francisco Fernandez de Córdoba, impresor | de la C. R. M. (*En este año de* 569.) | Está tasado por los señores del muy alto Consejo en | dos reales y medio.

COLOFON | . «Aquí se acaban los cuatro libros | de *El Cortesano*, impresos en la muy noble villa | de Valladolid (*Pincia otro tiempo llamada*) | por Francisco Fernandez de Córdoba, im | presor de la C. R. M., acabóse á ve | inte y ocho dias del mes de Ene | ro. En este año de 1569.» Debajo una figura de niño, que sostiene en una mano un escudo, y en la otra, al parecer, una gran piedra.

In 8.° Letra redonda, 294 fólios, sig. A Oo. La tasa está fecha en Madrid, á 17 de Mayo de 1569. El privilegio en la misma villa á 21 de Julio del propio año.

El ejemplar que hemos tenido á la vista, trae la certificacion de estar expurgado de que se habla en las notas, y tiene borrados varios pasajes que hemos señalado en sus lugares correspondientes.

9.° *El* | *Cortesano* | traducido por | Boscan en nuestro | vulgar castellano, nue | vamente agora corregido | (Esc. del Imp.) | En Anvers | En casa de Philippo Nucio | Año MDLXXIIII | Con gracia y privilegio, en 8.°, 247 fólios. Signat. A. Hh.

Como se ve, es una exacta reproduccion de la edicion heha por la

viuda de Martin Nucio, en 1561, que dejamos descrita, siendo, por otra parte, la última impresion de la traduccion castellana de que tenemos noticia; de suerte que si en efecto no ha habido otra, como creemos, se ha tardado en reimprimirla tres siglos ménos un año, lo cual explica que el libro sea tan raro como dice Sedano, en el tomo 8.º de su *Parnaso*, al escribir la vida de Boscan.

FIN DE LAS NOTAS.





TABLA DEL PRESENTE LIBRO
en la cual se ponen los sumarios ó el contenido de todos sus capítulos.

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

FIN DE LA TABLA.





FUÉ HECHA LA PRESENTE EDICION DE El Cortesano, del Conde Baltasar Castellon, traducido por Boscan, en Madrid, en casa de Manuel Rivadeneyra, á costa de Alfonso Durán, librero, y fué dirigida y anotada por el Sr. D. Antonio M. Fabié. Acabóse en el mes de Mayo de 1873.





LISTA DE LOS SUSCRITORES

Excmo. Sr. D. Juan Valera.
Juan Eugenio Hartzenbusch.
Marqués de la Fuensanta del Valle.
Sr. D. Pascual de Gayángos.
Cayetano Rosell.
Excmo. Sr. D. Gregorio Cruzada Villaamil.
Sr. D. Eduardo de Mariátegui.
José María Escudero de la Peña.
José María Octavio de Toledo.
Mariano Zabálburu.
Excmo. Sr. D. José Luis Alvareda.
Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.
Toribio del Campillo.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
Cándido Nocedal.
Antonio Cánovas del Castillo.
José Alarcon Lujan.
Ricardo Heredia.

Lista

Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.
Sr. D. Luis de Egúilaz.
Excmo. Sr. Emilio Bernar.
Adelardo Lopez de Ayala.
Marqués de la Vega de Armijo.
Sr. D. Francisco Barca.
Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas.
Cirilo Álvarez.
José de Echegaray.
Eduardo Saavedra.
Patricio de la Escosura.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Antonio María Segovia.
Excmo. Sr. Marqués de Molins.
Ilmo. Sr. D. José Moreno Nieto.
Sr. D. Luis Vidart.
Pedro de Madrazo.
Luis Fernandez-Guerra.
Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.
Sr. D. Jacobo de la Pezuela.
Jesus María Muñoz y Rivero.
Ángel Lasso de la Vega y Argüelles.
José Sancho Rayon.
Alonso Messía de la Cerda.
Pedro Nolasco Oseñalde.
Santos de Isasa y Valseca.
Andres Domec.
Vicente Vignau.
Ilmo. Sr. D. Fernando de Castro.
Sr. D. Gumersindo Laverde y Ruiz.

de los suscritores

Excmo. Sr. D. Manuel Rivadeneyra.
Sr. D. Juan Uña y Gomez.
Francisco Bañáres.
Isidoro de Urzaiz y Garro.
Manuel Ibo Alfaro.
Juan Lasso de la Vega y Argüelles.
Sr. Conde de Roche.
Conde de Agramonte.
Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.
Excmo. Sr. D. José Fernandez y Gimenez.
Sr. D. Bonifacio Montejo.
José Antonio de Balenchana.
F. M. Tubino.
Cándido Breton y Orozco.
Juan de D. de la Rada y Delgado.
Excmo. Sr. D. Agustin Pascual.
Ramon de Campoamor.
Marqués de Isasi.
Sr. D. Manuel Cerdá.
Cárlos Haes.
Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.
Leopoldo Augusto de Cueto.
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Alfredo A. Camús.
Ilmo. Sr. D. Antonio M. Fabié.
Sr. D. Florencio Janer.
J. M. Sbarbi.
Excmo. Sr. Marqués de la Mesa de Asta.
Biblioteca Real.
Biblioteca Nacional.

c

Academia Española.
Academia de la Historia.
Academia de San Fernando.
Universidad Central.
Senado.
Congreso de los Diputados.
Ministerio de Fomento.
Ministerio de Gracia y Justicia.
Ministerio de Ultramar.
Museo Naval.
Museo Arqueológico Nacional.
Ateneo científico y literario.
Biblioteca Colombina (Sevilla).
Museo Británico (Lóndres).
Biblioteca Nacional (París).
Biblioteca Imperial (Viena).
Biblioteca Imperial (Berlin).
Biblioteca Imperial (San Petersburgo).
Biblioteca Real (Roma).
Sr. D. Emilio Huelin.
Nicolas Gato de Lema.
Antonio Villalonga.
Eusebio Pascual.
Ilmo. Sr. D. Dámaso de Acha.
Sr. D. J. N. de Acha.
Juan Facundo Riaño.
Fermin Lasala.
Vicente Barrántes.
Eduardo Gasset y Matheu.
Fernando Fernandez de Velasco.

Sr. D. Enrique Suender y Rodriguez.
José de Fontagud y Gargollo.
José Coll y Vehí.
Manuel del Palacio.
Eduardo Bustillo.
Excmo. Sr. Conde de Villalobos.
Sr. D. José Anlló.
Joaquin Arjona.
Joaquin Azpiazu y Cuenca.
Excmo. Sr. Marqués de Alcañices.
Sr. D. Dámaso Bueno.
Juan José Bueno.
Rafael R. de Carrera.
José Carranza y Valle.
Francisco Caballero Infante.
Félix Diaz.
Alejandro Dunffield.
Luis Estrada.
Cárlos Frontaura.
Cristóbal Ferriz.
Bernardino Fernandez de Velasco.
Sres. Hijos de Fe.
Sr. D. Manuel Goicoechea.
Rafael García Santistéban.
Excmo. Sr. Marqués de Guadalest.
Sr. D. Pedro Ibañez Pacheco.
Santiago Perez Junquera.
Excmo. Sr. D. Manuel Lasala.
Sr. D. Juan Llordachs.
Excmo. Sr. Marqués de Muros.

Sr. D. *Guillermo Martinez.*
Francisco de Moya.
Manuel Morillas.
Manuel Merelo.
Blas Osés.
Luis Olleros.
Escolástico de la Parra.
Juan Perez de Guzman.
Agustin Felipe Peró.
Excmo. Sr. *Vizconde del Ponton.*
Sr. D. *Antonio Pineda y Ceballos Escalera.*
Lino Peñuelas.
Eduardo Perez de la Canosa.
Juan Manuel Ranero.
Juan Rodriguez.
Vicente Romero Giron.
Cárlos Ramirez de Arellano.
Enrique Rouget de Loscos.
Excmo. Sr. D. *Bonifacio Cortés Llanos.*
Sr. D. *Manuel R. Zarco del Valle.*
Excmo. Sr. *Conde de las Almenas.*
Sr. D. *Emilio Santos.*
Eduardo Sanchez y Rubio.
Francisco Sanchez Molero.
José Sol Torrenz.
José María Santucho.
Braulio Saenz Yañez.
Gonzalo Segovia y Ardizone.
Fidel Sagarmínaga.
Sociedad Bilbaína.

Sr. D. Jacinto Sarrasí.
Juan de Tró y Ortolano.
Excmo. Sr. D. Augusto de Ulloa.
Sr. D. Florencio Ubagon.
Enrique Villarroya.
Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
Sr. D. Joaquin Valera.
Mariano Vazquez.
Excmo. Sr. Conde de Valencia.
Sr. D. Cayetano Vidal.
Excmo. Sr. Marqués de Yarayabo.
Excmo. Sr. D. José Elduayen.
Sr. D. Eusebio Blasco.
Santos María Robledo.
Mariano Catalina.
Ilmo. Sr. D. Sabino Herrero.
Sr. D. José María de Martos.
Joaquin María Sanromá.
José Arce y Luque.
Emilio Ruiz de Salazar.
Salvador Monserrat.
Sres. Maisonneuve y Compañía.
Sr. D. Domingo Perez Gallego.
Sres. Rosa y Bouret.
Sr. D. Francisco Brachet.
MM. Dulau y Compañía.
M. B. Quaritch.
Sr. D. Leocadio Lopez.
José de Carvajal-Hue.
Luis G. Búrgos.

Lista

Sr. D. Joaquin García Icazbalceta.
Salvador de Albacete.
Maruel Arenas.
Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
Sr. D. Vicente Abad.
Pascual Aguilar.
Excmo. Sr. Conde de Adanero.
Sr. D. Saturnino Álvarez Bugallal.
Excmo. Sr. D. Antonio de Benavides.
Sta. D.ª Elisa Boldun.
Sr. D. Juan Pedro Bastarreche.
Julio Baulenas y Oliver.
Nicasio Bustamante.
Excmo. Sr. Conde de San Bernardo.
Sr. D. Francisco Javier Cañedo.
Álvaro Campaner.
Emilio Castelar.
Sra. Vda. é hijos de Cuesta.
Sr. D. Francisco Comas de Ruidor.
Manuel Catalina.
Miguel de Cervántes.
Sres. Charlain y Fernandez.
Sr. D. Juan Francisco Camacho.
Excmo. Sr. Marqués de las Dos Hermanas.
Sr. Hijo mayor de la viuda de Delmas.
Sr. D. Juan José Diaz y Martinez.
José Enrique Dart.
José Jorge Daroqui.
Márcos Espada.
Raimundo Fernandez Cuesta.

Sr. D. Nilo M. Fabra.
Excmo. Sr. Duque de Frias.
Sr. D. Pablo Gil.
Donato Guio.
Julian García San Miguel.
José García.
Francisco García Franco.
Sr. Goïtia.
Sr. D. Fermin Hernandez Iglesias.
Teodomiro Ibañez.
Agustin Jubera.
Manuel Jontoya.
Inocencio Junquera y Sanchez.
German Knust.
Eduardo Lustanó.
Sr. Lopez Guijarro.
Excma. Sra. Condesa del Montijo.
Sr. Martinez de Espinosa.
Sr. D. Francisco Javier Mendoza.
Justo Oliver.
Excmo. Sr. D. Tomas O'Ryan.
Sr. D. Emilio del Perojo.
Manuel Prieto y Prieto.
Antonio Pirala.
Dióscoro Puebla.
Sr. Perez Seoane.
Sr. D. Manuel Pereda.
Bernardo Rein.
Miguel Vicente Roca.
Santiago Rodriguez Alonso.

Lista de los suscritores

Sr. D. Joaquin Rubio.
Federico Real y Prado.
Manuel Ramos Calleja.
Roberto Robert.
Manuel María Ramon.
Antonio de Santiyan.
Márcos Sanchez.
Paulino Ventura Sabatell.
Manuel María de Santa Ana.
Sebastian Soto.
Isidro Sainz de Baranda.
Luis Santonja.
Trinidad Sicilia.
Sr. Scheneider y Reyes.
Sr. D. Rafael Tarascó.
Excmo. Sr. Conde de Torre Pando.
Sr. D. Federico de Ubagon.
Excmo. Sr. Conde de Villanueva de Perales.
Sr. D. Ciriaco Tejedor.
José de Palacio y Vitery.
Tomás Ximenez Embun.
Ateneo Barcelonés.



OBRAS PUBLICADAS

(tirada de 500 ejemplares)

Entremeses de Luis Quiñones de Benavente. — Edicion dirigida y anotada por *D. Cayetano Rosell.* Tomo I.

El Cortesano, *del Conde Baltasar Castellon,* traducido por *Boscan.*—Edicion dirigida y anotada por *D. Antonio María Fabié.* . . . . 1 vol.

EN PRENSA

La desordenada codicia de los bienes ajenos: *Antigüedad y nobleza de los ladrones.* — Oposicion y conjuncion de los dos grandes luminares de la tierra: Antipatía de los franceses y españoles; *por el Dr. Cárlos García.*—Edicion dirigida y anotada por *D. José M. Escudero de la Peña.* 1 vol.

Crónica del Rey Henrico Octavo de Ingalaterra. —Edicion dirigida y anotada por el *Excmo. Señor Marqués de Molins.* . . . . . . , . . 1 vol.

Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Bajos de Flándes, *desde el año de* 1594 *hasta el de* 1598, compuestos por *D. Diego de Villalobos y Benavides,* capitan de caballos lanzas Españolas.— Edicion dirigida y anotada por el *Excmo. Sr. Don Alejandro Llorente.* . . . . 1 vol.





